

**horizonte  
español**

**1966**

**Tomo II**

**ideologías ■ luchas obreras ■ política  
sociedad ■ emigración ■ opinión pública  
nacionalidades ■ economía ■ sindicalismo  
iglesia ■ plan de desarrollo ■ prensa  
relaciones exteriores ■ turismo ■ oposición  
enseñanza ■ agricultura ■ liberalización  
opus dei ■ luchas estudiantiles ■ exilio  
oligarquía ■ mercado común ■ socialismo**



Ayuntamiento de Madrid

**Ruedo ibérico**









# Cuadernos de Ruedo ibérico

Suplemento 1966

Tomo II



Ramón Aboy  
Angel Bernal  
Jordi Blanc  
Ramón Bulnes  
P. B.  
Juan Claridad  
Fernando Claudín  
Equipo de jóvenes economistas  
Santiago Fernández  
Ignacio Fernández de Castro  
Xavier Flores  
Enrique Fuentes  
C. E. Q. García  
Vicente Girbau  
Iñaki Goitia  
Antonio Linares  
Pedro Marcos Santibáñez  
Felipe Miera  
Antoliano Peña

Esteban Pinilla de las Heras  
Luis Ramírez  
Joan Roig  
Jorge Semprún  
Blai Serratés  
Macrino Suárez  
Raul Torras  
Angel Villanueva  
Martín Zugasti

Cattolica  
César  
Genovés  
Ges  
Urculo  
Vázquez de Sola

# horizonte español 1966

Tomo II

ideologías

sociedad

nacionalidades

iglesia

relaciones exteriores

enseñanza

luchas estudiantiles

oligarquía

Luchas obreras

emigración

economía

plan de desarrollo

turismo

agricultura

opus dei

mercado común

política

opinión pública

sindicalismo

prensa

oposición

liberalización

exilio

socialismo



Ediciones Ruedo ibérico

Ayuntamiento de Madrid





# Indice

## TOMO I

### Presentación

1. Esteban Pinilla de las Heras, <b>España: una sociedad de diacronías</b>	1
2. C. E. Q. García, <b>De la autarquía económica al Plan de Desarrollo</b>	13
3. Equipo de jóvenes economistas, <b>Las «100 familias» españolas</b>	47
4. Pedro Marcos Santibáñez, <b>La familia «F»</b>	121
5. Xavier Flores, <b>La propiedad rural en España</b>	129
6. Macrino Suárez, <b>Problemas de la agricultura española</b>	149
7. Vicente Girbau, <b>La conferencia de Hendaya</b>	159
8. Felipe Miera, <b>La política exterior franquista y sus relaciones con los Estados Unidos de América</b>	177
9. Ignacio Fernández de Castro, <b>La Iglesia de la cruzada y sus supervivencias</b>	207
10. P. B., <b>Significación religiosa, económica y política del Opus Dei</b>	225
11. Luis Ramírez, <b>Visión actual de la guerra civil (encuesta)</b>	253

## TOMO II

12. Enrique Fuentes, <b>La oposición antifrancquista de 1939 a 1955</b>	1
13. Xavier Flores, <b>El exilio y España</b>	29
14. Jorge Semprún, <b>La oposición política en España: 1956-1966</b>	39
15. Fernando Claudín, <b>Dos concepciones de «la vía española al socialismo»</b>	59
16. Martín Zugasti, <b>El problema nacional vasco</b>	101

17. Santiago Fernández, <b>El movimiento nacional en Galicia</b>	111
18. Joan Roig, <b>Veinticinco años de movimiento nacional en Cataluña</b>	117
19. Antonio Linares, <b>Las ideologías y el sistema de enseñanza en España</b>	131
20. Antoliano Peña, <b>Veinticinco años de luchas estudiantiles</b>	169
21. Angel Bernal, <b>Las paradojas del movimiento universitario</b>	213
22. Antoliano Peña, <b>Las Hermandades de labradores y su mundo</b>	221
23. Iñaki Goitia, <b>El orden laboral y las Magistraturas de Trabajo</b>	241
24. Jordi Blanc, <b>Las huelgas en el movimiento obrero español</b>	249
25. Ramón Bulnes, <b>Del sindicalismo de represión al sindicalismo de integración</b>	285
26. Blai Serratés, <b>Teoría económica del turismo y su aplicación al caso español</b>	327
27. Raul Torras, <b>Problemas de la entrada de España en el Mercado Común</b>	339
28. Ramón Aboy, <b>Espanoles en Alemania</b>	371
29. Angel Villanueva, <b>Causas y estructura de emigración exterior</b>	377
30. Juan Claridad, <b>Nueva realidad: nueva prensa</b>	409

**Ilustraciones de:** Cattolica, Genovés, Ges, Urculo y Vázquez de Sola







**12**

ENRIQUE FUENTES

**La oposición antifranquista de 1939 a 1955**

**13**

XAVIER FLORES

**El exilio y España**

**14**

JORGE SEMPRÚN

**La oposición política en España: 1956-1966**

**15**

FERNANDO CLAUDÍN

**Dos concepciones de "la vía española  
al socialismo"**

En la página anterior:

Genovés: **Uno, dos...**

# La oposición antifranquista de 1939 a 1955

ENRIQUE FUENTES

— Todos los españoles que lucharon contra Franco en el interior de España durante los pasados años, merecen que sus nombres sean conocidos. Llegará el día en que eso pueda hacerse. En este trabajo se han eliminado, por razones obvias de seguridad, los nombres de cuantos sobreviven en las cárceles, en el exilio o en libertad (?) dentro del país. —

El día 1 de abril de 1939 terminaba la guerra civil española con la derrota del ejército republicano y el triunfo del régimen franquista. Muchas fueron las causas que confluyeron para la desaparición de la República. Pero la principal fue la intervención armada del fascismo alemán e italiano que obedecía a un plan de largo alcance destinado a asegurarse la retaguardia española en la II Guerra Mundial que Hitler preparaba desde hacía varios años. Como elemento complementario hay que agregar la falta de unidad obrera en España —sostén imprescindible para la unidad popular y nacional— sin la cual resultaba imposible hacer frente a la poderosa coalición de los enemigos de la democracia española. El imperialismo inglés y francés jugaron también un papel decisivo, a través de la política de «no-intervención», para romper la resistencia del pueblo español y deshacer la unidad obrera y popular.

En aquella época, el fascismo internacional había agrupado sus fuerzas alrededor del Eje Berlín-Roma-Tokío por medio del denominado «Pacto anti-Komintern» al que se había asociado Franco. Frente a ellos no se alzaba la tradicional alianza de Rusia, Francia e Inglaterra, porque estos dos últimos países mientras fingían interés por realizar interminables conversaciones diplomáticas con la URSS, practicaban la táctica de dejar las manos libres a Hitler con la esperanza de que atacase únicamente al país del socialismo. Así le permitieron, con una simple oposición verbal, apoderarse de Austria y después, en Munich, toleraron la anexión a Alemania de una parte sustancial del país checoslovaco: la región de los Sudetes. Ya sólo restaba entregarles Dantzig y su «pasillo» para que el ejército alemán encontrase un camino abierto hacia el corazón de la Unión Soviética.





Monotipo de Ges.

La heroica y prolongada lucha del pueblo español retrasaba la puesta en práctica de los planes hitlerianos. Había que hacer cesar aquella resistencia. Con el apoyo de ingleses y franceses, un militar republicano —el coronel Casado— se sublevó en Madrid contra el gobierno republicano y constituyó una «Junta» capituladora apoyada por algunos dirigentes republicanos, socialistas y anarquistas. La rebelión perseguía el propósito de entregar el país al fascismo. Y se encubría bajo capa de un «humanismo» que la experiencia demostró falso e irrealizable. Es cierto que el gobierno de la República también había iniciado, meses antes, otro intento de poner fin al conflicto bélico por la vía de la negociación, utilizando para ello a su embajador en Wáshington, Fernando de los Ríos. Nadie era opuesto entonces en la zona republicana a un compromiso honorable a condición de que se salvaguardasen los valores mínimos que interesaban al pueblo español. El Partido Comunista de España, principal blanco posteriormente de los ataques casadistas, deseaba también la paz, como la deseaba todo el pueblo. Y lo había declarado abierta y repetidamente. Pero no deseaba una paz conseguida mediante la rendición incondicional al franquismo, que significaba realmente la más cruel de las derrotas. Deseaba una paz que salvase tres cosas: la independencia del país, con la salida de él de todas las fuerzas extranjeras; la libertad interior para que el pueblo pudiera decidir acerca del régimen de gobierno de España; y la seguridad de que no habría ninguna represalia después de terminada la guerra. Para unas negociaciones basada en esos principios era imprescindible fortalecer la resistencia militar en los frentes de batalla a fin de poder discutir sin apremios ni debilidades. Lo que evidentemente resultaba utópico y por ende malintencionado, era confiar, como aparentó hacerlo Casado en la buena voluntad de los fascistas para alcanzar esos objetivos.

La «paz honrosa» preconizada por Casado ocultaba la más vergonzosa de las rendiciones incondicionales. La paz de la traición a la democracia fue la paz de los cementerios, la paz



de los fusilamientos y las ejecuciones y tuvo el desenlace previsto por los comunistas: la instauración de un régimen fascista en España.

El pueblo fue vencido. Y quedó inerme e indefenso en manos de la dictadura, soportando el peso de la derrota militar y política y las desgarraduras de una lucha intestina entre demócratas. Pese a ello, la guerra que durante tres años sostuvo el pueblo contra el fascismo interior y exterior tuvo enorme trascendencia revolucionaria. Sus efectos aún dejan sentir su acción, veinticinco años después, sobre la lucha de las masas española por su libertad.

### **Marzo a septiembre de 1939: los primeros resultados de la derrota**

El fin de una época y el principio de otra es, por supuesto, un problema de definición. Pero las definiciones, como todo lo social, son históricamente específicas: los acontecimientos se precipitaban en el contexto de la vida española y mundial. El «nuevo orden» se instauraba en nuestra patria con carácter dinámico, precipitado y complejo. Lo que se producía aparentemente era un fenómeno de contradicción entre distintos intereses nacionales. Pero también la gran agonía de España se engarzaba, sin solución de continuidad, con una cambiante situación mundial destinada a desembocar, poco después, en la segunda guerra mundial. El español no era un fragmento aislado en aquel mosaico. Nuestros hombres y mujeres eran actores históricos y sociales intrínsecamente formados en aquel mundo y sus posiciones, sus ideas, su evolución y toma de conciencia respondían a la estructura y la tendencia, la forma y el sentido de aquella época: el terrible y magnífico mundo de la sociedad humana a mediados de 1939. Los españoles discrepamos y nos pusimos de acuerdo, luchamos o permanecemos pasivos, matamos o fuimos muertos en función de acontecimientos que hay que tener en cuenta si se aspira a comprender el fenómeno de la lucha política de la oposición en nuestro país.

En unas horas, la revolución democrático-burguesa era definitivamente borrada del mapa de España. El primer experimento europeo de «república popular de nuevo tipo» terminaba ahogado en sangre. Las estructuras economicosociales de la democracia desaparecían. En el centro de su ideología, los altos círculos capitalistas triunfadores y sus principales publicistas militares llegaban al poder con sólo una idea política: la creación de una sociedad sometida al dominio absoluto de las instituciones burguesas y su personal clave. La influencia de las masas en la vida pública desapareció. Medio millón de trabajadores ponían a salvo su vida refugiándose en el extranjero. Otros tantos caían en manos del ejército franquista y desfilaban camino de las cárceles, los campos de concentración o los piquetes ejecutores. Los salarios se retrotraían a niveles de 1936 mientras los precios se elevaban al ritmo de las carencias de postguerra. La vieja clase media independiente se hacía subsidiaria del Estado atraída por las promesas de estabilidad, paz social y reconstrucción, hechas por las nuevas autoridades. La nueva clase media de cuello blanco —ex-militares, ex-campesinos, ex-combatientes— saltaban a la palestra apoderándose de los puestos vacantes de los represaliados. El nuevo rico «estraperlista» iniciaba su carrera de financiero apoyándose en el hambre del pueblo; una espantosa, inhumana, cruel hambre que no se aminoraba con las



frituras de cáscara de patata, el « puré de San Antonio » o las tortas de harina de maíz. La depuración y la denuncia, la tortura y la humillación se transformaron en el principio rector de la vida social en fábricas, oficinas, talleres, universidades y pueblos. Y la tabla de valores tradicionales —intelectual, moral, ética y social— saltó hecha añicos al impacto de un terror policiaco jamás conocido en España.

La tarea de comprender la reacción de las organizaciones democráticas de aquella época supone, pues, una comprensión de cuestiones básicas como: la ruptura de la unidad antifranquista; la pasividad creada por el terror; el error de no prever la clandestinidad en la etapa final de la guerra; el impacto psicológico producido por la derrota sobre el pueblo y la aparición de nuevos problemas económicos, políticos y sociales, no previstos ni analizados por nadie hasta entonces. En estas y otras cuestiones complementarias hay que buscar la explicación a los contradictorios frutos políticos obtenidos por la oposición en los primeros años de la dictadura en España.

Las desdichadas circunstancias que caracterizaron la muerte de la República —lucha armada entre los comunistas que negaban la viabilidad de la rendición y sus aliados que la defendían— ha esterilizado los esfuerzos antifranquistas en favor de la unidad durante mucho tiempo. La democracia, como serie de ideales, era válida y potencialmente unitaria para el hombre español de 1939. Todo el mundo podía estar de acuerdo fácilmente con este fin general; pero era más difícil ponerse de acuerdo sobre los medios y la pertinencia de algunos de ellos a los fines deseados. El resultado final fue una oposición fragmentada, contradictoria, débil. Al antifranquista medio —masa, en definitiva— hijo de socialistas, padre de comunistas, hermano de anarquistas, le restaba confianza y combatividad el caos ideológico y conceptual que enfrentaba radicalmente al sector socialmente más dinámico del antifranquismo español. Los trabajadores, principales víctimas de la situación, se dedicaron simplemente a pervivir como individuos en la temerosa selva en que se había transformado nuestra patria. Nadie confiaba en nada y el abnegado aliado de ayer era visto como el posible delator de hoy o el enemigo implacable de mañana.

En este cuadro sombrío de escepticismo, temor, desconfianza e impotencia, no aparece como casual que el Partido Comunista de España fuese la primera organización política que



Dibujo de Vázquez de Sola.



diese comienzo a la actividad clandestina. No se trata de capitalizar este hecho, históricamente irrefutable. Tampoco de minimizar el esfuerzo y sacrificios de otras organizaciones que tuvieron también sus héroes, sus víctimas, sus triunfos y méritos loables. El final de nuestra guerra civil es más importante como hecho político —que ha determinado el rumbo de los acontecimientos durante muchos años— que como tema polémico que sirva para reactivar viejas divisiones partidistas. Tan ilusorio es explicar la primacía de los comunistas remitiéndose a la «fe del carbonero», que les habría sido inyectada por su lejana dirección desde Moscú o Méjico a fin de acrecentar su moral combativa, como alegar su superioridad moral o humana sobre los demás antifranquistas. La explicación es más rigurosa y más simple.

Para los comunistas la lucha clandestina no fue sino la continuidad de la política de resistencia a ultranza reiteradamente defendida en los últimos meses de la guerra. Su paso a la oposición ilegal no significaba más que la continuación de la guerra con otros medios. Los hombres de otras organizaciones tenían que desintoxicarse, antes de actuar, de las falsas ilusiones adquiridas sobre el verdadero carácter y propósitos del franquismo y las posibilidades de pervivencia dentro del nuevo sistema.

Los primeros núcleos de organización comunista, descabezados en lo fundamental por la ejecución o marcha al exilio de sus principales dirigentes, comenzaron su actividad en abril de 1939 a partir de lo que consideraron eran las conveniencias prácticas de cada momento, aun cuando se apoyaran en la decisión —de largo alcance— de conseguir el triunfo de la democracia socialista en el país. La preparación política, el estudio ideológico, los análisis objetivos, el conocimiento de la realidad española dejaron paso al heroísmo, la tenacidad, la abnegación y la confianza razonada en su ideología. Jóvenes militantes, obreros modestos, combatientes anónimos sin experiencia tuvieron que fijar una posición política pública, elegir una táctica y estrategia revolucionarias, elaborar los primeros materiales de agitación y crear un tipo de estructura orgánica que fuese adecuada a la nueva situación de clandestinidad.

En estas condiciones, los errores fueron tan grandes como grande era la voluntad de luchar. Brevemente, su política se basaba en un hecho y dos decisiones. El hecho era éste: transitoriamente se había perdido la guerra, pero la próxima conflagración mundial que se anunciaba daría una nueva oportunidad de lucha armada a nuestro pueblo. Había que seguir defendiendo la República caracterizada por los gobiernos presididos por Juan Negrín con su estructura social de ejército popular, reforma agraria radical, industria nacionalizada en lo esencial y respeto a la pequeña propiedad de la ciudad y el campo. La primera decisión era: habían terminado la guerra sin aliados, luego debían seguir solos. La segunda, virtualmente impuesta por la anterior, era: la fundamental misión consistía en agrupar a los viejos comunistas en núcleos cerrados, conspirativos, que garantizaran el aislamiento y la seguridad de sus miembros. Nada de organización de masas ni ligada a ellas: soledad, clandestinidad total, cadena de simples «contactos».

En cuanto teoría se comenzó sin ideas claras —fruto en gran parte del bajo nivel ideológico del proletariado organizado—, con un conglomerado de soluciones parciales y de corto al-





Cada nuevo crimen no hace sino debilitar aún más al franquismo.  
Dibujo de Vázquez de Sola.

cance: ayuda a los presos políticos, solidaridad con su familias, adhesión de antiguos militantes y repetición de la mística combativa de la época bélica. Pero era un conglomerado coherente, cosido con un sólo hilo: la necesidad de dar vida nuevamente al Partido Comunista. Aunque sólo fuera en respuesta a la superioridad coercitiva del nuevo Estado, a la desmoralización de las masas, a la sentida necesidad de una fuerza que izara la bandera de la Resistencia, la naciente clandestinidad fue un desarrollo doctrinal. Una de sus principales misiones históricas fue demostrar al pueblo que era posible mantener la lucha por la libertad en las peores condiciones históricas conocidas.

El primer organismo clandestino nació en los primeros días de abril y tuvo una vida efímera. Formado por 35 jóvenes de la JSU, con edades comprendidas entre los 15 y los 17 años, su meta fue apoderarse de los expedientes judiciales incoados a otros camaradas. Con métodos típicamente militares, asaltaron y ejecutaron al juez militar —comandante Gabaldón— que llevaba los expedientes en la cartera y fueron apresados casi de inmediato por la guardia civil. Trece chiquillas y diez y nueve muchachos fueron fusilados. Las primeras fueron a la muerte vestidas de blanco y cantando la «Joven Guardia» y en su honor y recuerdo el expediente recibió en lo sucesivo el apelativo de «el de las trece rosas».

Paralelamente se creó en Madrid el Círculo estudiantil «Lenin», concebido por escolares del Instituto Escuela y reforzado por un par de jóvenes obreros y un adulto antiguo militante del Partido Comunista de España. Alcanzó con rapidez la cifra de 32 afiliados y fueron aprehendidos a fines del mes de agosto de 1939. Torturados ferozmente en una comisaría semiclandestina situada en los alrededores del Hipódromo, la muerte de uno de ellos hijo de influyente familia de la capital permitió legalizar en cierto modo su situación jurídica. Tres



veces condenados a muerte en distintos Consejos de Guerra, fueron finalmente conmutados y permanecieron más de 20 años en prisión.

El movimiento obrero surgía así lentamente bajo las más variadas formas, tarado por el aislamiento y la irregularidad de la situación. El único sentido político que le unificaba era el lema de «organizar a los desorganizados». En el puerto de Albatera, en Alicante, los Almen-dros, Gandía y Sagunto la masa de fugitivos acorralados entre el mar y las tropas italianas también creaba ya sus pequeños grupos de acción con el modesto objetivo de organizar huídas del cerco, administrar la distribución de la comida y hacer respetar las órdenes de las autoridades republicanas prisioneras ya en aquel último territorio de dominio, virtualmente el primer campo de concentración creado por los franquistas para el ejército derrotado.

En las cárceles los presos se agrupaban alrededor de sus antiguos dirigentes. Las células comunistas cobraban vida en Porlier, Torrijos, Las Comendadoras, prisiones provinciales de Valencia, Barcelona, Alicante, Bilbao, Burgos, Santander y Ocaña, dirigidos por Masón, Ascario Bares, Ortega, Caballero y varias decenas de organizadores locales que tras la experiencia bélica templaban su formación en la escuela de dirigentes que llegarían a ser las prisiones españolas.

Los socialistas, desdeñando en principio una estructuración de tipo orgánico, formaban sus grupos y peñas carcelarias de discusión bajo la autoridad de Sócrates Gómez, Vals, Egido, Besteiro, Gómez Osorios, Antonio Pérez, Trigo Mairal, Vara, Hencha y Del Val. Anarquistas, cenetistas y jóvenes libertarios mantenían sus Ateneos orientados por Conde, Iñigo, Mera, Benito Anaya, Clar, Valseca y otros.

Los comunistas emprendieron con rapidez en la cárcel un conjunto de tareas destinadas a mejorar las condiciones materiales y espirituales de la vida de reclusión. La influencia de este trabajo sobre la marcha general de la clandestinidad fue importante: frente al hundimiento moral aparecía como una posibilidad de recuperación. Organizaron a sus militantes en «comunidades» destinadas a organizar el reparto equitativo de los pocos víveres que los carceleros dejaban recibir. Crearon círculos de estudios políticos y culturales. Iniciaron la práctica de las conferencias, charlas y discusiones públicas destinadas a esclarecer las causas del final catastrófico de la guerra. Y, principalmente, se esforzaron por mantener entre sus militantes un alto nivel moral, una conciencia de dignidad humana y política, no fácil de conseguir en un medio ambiente donde diariamente morían varias decenas de hombres por causa del hambre y semanalmente eran fusilados centenares de reclusos.

Mientras, en la calle, la acción espontánea de algunas decenas de comunistas desligados entre sí, comenzó a jalonar al país de núcleos insignificantes de organizaciones del Partido Comunista. En crecimiento opuesto a la marea de los ejércitos triunfadores, la oposición comenzaba en la última zona perdida por la República —centro de España, Levante y Cataluña— continuaba en las provincias que fueron disputadas durante el conflicto —Bilbao, Santander, Euzkadi— para terminar en los territorios dominados desde un principio por los sublevados. La desatención a la propaganda y el trabajo político sobre la retaguardia enemiga durante la guerra, imperdonable en una lucha ideológica como la nuestra, producía así sus frutos negativos.



En este proceso de integración inicial, la falta de dirigentes expertos y de orientaciones acertadas produjo un efecto retardatario sensible. Es cierto que dos miembros del Comité Central del Partido Comunista —que no fueron aprehendidos en los primeros momentos— intentaron hacerse cargo de la dirección de los primeros núcleos del Partido. Pero no les dio tiempo a iniciar su actividad y, pocos meses después, morían asesinados. Fue un hombre de talla política media, de influencia regional, antiguo organizador comunista en las islas Canarias y Cataluña, llamado Heriberto Quiñones, quien encontró la oportunidad de iniciar ese papel coordinador. Su obra, decisiva en ese periodo, discutida y discutible, abundó en aciertos y errores. El análisis de unos y otros es importante, porque como decía Carlos Marx en «el 18 Brumario»: «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen como se les antoja; no la hacen en circunstancias escogidas por ellos...». Las circunstancias de España a fines de 1939 no podían ser más desfavorables para el renacer de una oposición unitaria y eficaz.

### **Septiembre de 1939 a junio de 1941: de la derrota a la esperanza**

Cinco meses después de terminada la guerra civil española, Hitler daba comienzo a la II Guerra Mundial. En la sociedad española las transformaciones se estaban produciendo muy rápidamente bajo la autoridad del gran capital, financiero y terrateniente, rígidamente centralizada. España era aún una nación típicamente agrícola y toda la coyuntura económica irradiaba de los campos. El descenso de la producción cerealista y ganadera, unido a la pérdida de los mercados exteriores, produjo una etapa de carencia de comestibles cuya envergadura sobrepasó todo lo imaginable. El índice de precios agrarios subió en un 98 %. La demanda del mercado interior —pese a la destrucción de las fuerzas productivas— era muy superior a la oferta existente. El fondo de la cuestión agraria seguía siendo el régimen de propiedad de la tierra. La gran propiedad latifundista arrebatava la tierra a cuantos les había sido con-



Víñeta de Ges.



cedida por la República. La Contra-Reforma Agraria era el más duro golpe recibido por el campo español y sus consecuencias sobre la evolución posterior de la agricultura iban a ser considerables. La escasez de medios de producción —abonos, semillas, productos industriales, etc.— agravaban la penuria. Y todos estos factores conjugados producían la intervención y la requisita, el mercado negro y las ventas de «straperlo», la arbitrariedad oficial y la ruina de las campesinos pobres y medios. Sin embargo, los campesinos ricos y terratenientes, organizando y beneficiándose del mercado negro, comenzaron a obtener enormes ganancias.

La menguada industria de anteguerra comenzó a recibir la inyección capitalizadora de los beneficios sustraídos al campo por las clases altas agrarias. Las pequeñas fábricas, manufacturas y talleres de artesanos carecían de capacidad de producción sin materias primas, obreros especializados y capitales. Pero esto era compensado con un mercado virgen ansioso de artículos de consumo y bienes de capital. El rápido cambio tecnológico, que exige grandes inversiones y facilita el engullimiento de los pequeños por los grandes, aún no había adquirido su máxima intensidad en esa época. Es cierto que ya existían grandes compañías para las que se decretaban garantías del Estado y sustanciosos subsidios. Pero el franquismo introdujo a la organización económica en el tejido de las combinaciones industriales dirigidas por los monopolios sólo cuando tuvo la oportunidad de hacerlo: es decir, ya bien avanzada la segunda guerra mundial. Más concretamente en el periodo de reconstrucción postbélica de 1945 a 1955. En 1939, el poder de las grandes combinaciones industriales hacía su aparición, pero los duros contornos de su fuerza aún no se hacían visibles en toda su intensidad. El capitalismo monopolista totalitario vivía, pero dejaba cierto margen de existencia a la pequeña industria. El poder estaba depositado en los grandes financieros, los propietarios latifundistas, la Iglesia, la burocracia del Estado y del ejército. En contraste con las grandes utilidades de esos sectores, la mano de obra tenía salarios de hambre y era reglamentada y fraccionada para evitar cualquier base común que pudiera fundamentar un movimiento de rebeldía, mientras el trabajador individual era aislado y sujeto al terror. El ejército, con sus primeros y estrechos lazos con el capital industrial y agrícola, era el principal baluarte contra cualquier intento de actuar sobre el capitalismo, proviniera de donde proviniera, incluso del sector de las capas medias que había dado origen a la ideología demagógica de la Falange.

Las ideologías son mantos políticos y la del franquismo disfrazaba la impersonalidad de una sociedad nacida para vigorizar las estructuras del atrasado capitalismo español. Su doctrina estaba modelada para engañar a varios estratos sociales: el «corporativismo» actuaba como subrogado estratégico del «proletariado»; la oposición al «capitalismo liberal» sustituía a la «lucha de clases»; la «comunidad del pueblo» a la «sociedad sin clases» y el «Imperio hacia Dios» a las «luchas políticas interiores».

Todo este tinglado, vacuo y artificioso, pero eficaz en cierta medida como elemento unificador alrededor de la figura de Franco, iba a sufrir la prueba del fuego con motivo de la extensión de la guerra a toda Europa y las esperanzas que este hecho crearon en la oposición antifranquista.

El ataque armado alemán contra Polonia fue recibido por el pueblo español con un júbilo comprensible. Las masas, desangradas y sin moral, no encontraban en sí mismas la fuerza



—No hable más... Le he arrancado lo que el tribunal no ha podido arrancarle. En primer lugar, a ese «tío» algo que objetar al acusado dicho por el juez, usted siempre ha respondido con una negativa, y ahora, por primera vez, ha declarado repentinamente que es inocente. Y confiesa su deseo de morir por puro romanticismo. Es un gran paso...



Composición de Ges.

necesaria para destruir el régimen desde el interior. De ahí que con rara unanimidad todos los antifranquistas coincidieron en considerar el conflicto bélico como el anuncio de su próxima liberación. Sin embargo esa identidad de criterio no duró mucho. Explicando la neutralidad soviética, la prensa comunista internacional calificó la agresión alemana de « guerra interimperialista », a la socialdemocracia occidental de « agentes y lacayos del imperialismo » y a los dirigentes políticos de Inglaterra, Francia y Estados Unidos de « fautores de guerra » y « tiburones imperialistas ». Como más tarde reconoció indirectamente el mismo Stalin, al declarar que la guerra había tenido desde el principio un carácter antifascista, la posición inicial de los partidos comunistas fue errónea, y en España se enfrentó con las tesis de la oposición no comunista, que calificaba a la guerra de « lucha entre la democracia y el fascismo », exacerbanda aún más los motivos de desunión de los demócratas. La prensa del Partido Comunista de España en el exilio, sangrando aún las heridas de la traición casadista, cargó nuevamente el acento sobre las acusaciones contra ciertos dirigentes del PSOE, la CNT, la FAI y los partidos republicanos. Estos contestaron acusando a la Unión Soviética, por su pacto con los alemanes, de traicionar la causa de la libertad mundial y a los comunistas españoles de actuar como voceros de una potencia extranjera en contra de los intereses del pueblo español. Adujeron también que no era equiparable el sistema franquista de poder con el de las democracias capitalistas occidentales y que los Frentes Populares se habían creado para combatir el fascismo como enemigo común de todos, incluso de los capitalistas liberales.

Para el hombre de la calle estas disputas eran desesperanzadoras. No rechazaba en principio de leal intención de los comunistas por evitarle a él y sus familiares los horrores de un nuevo conflicto armado. Pero su odio al fascismo le hacía simpatizar de inmediato con cual-



quiera que luchase con las armas en la mano contra Alemania e Italia. Por otro lado, aceptar las opiniones comunistas suponía tener que abandonar sus esperanzas acerca de una próxima solución a sus problemas personales ligada a la hipotética derrota de los países agresores. Las discrepancias entre la oposición interior alcanzaron un grado de paroxismo. Los insultos, adjetivaciones, odios y ataques se multiplicaron. El aislamiento de los comunistas se hizo más riguroso y las demás organizaciones, asíéndose al clavo ardiendo de la «solución exterior», se abandonaron al juego intrascendente de la difusión y lectura del boletín de la embajada inglesa y al comentario de noticias esperanzadoras de los frentes de batalla. La pasividad y el conformismo dominaron totalmente a las masas y el esfuerzo del Partido Comunista por movilizar al pueblo contra la posible intervención de España en el conflicto resultó prácticamente nulo.

Sobre el tablero político de la oposición quedaba, pues, sólo este partido como organización dispuesta a prepararse y preparar al pueblo para una larga y cruenta lucha clandestina con la finalidad de conquistar la libertad desde dentro del país. La llegada de Heriberto Quiñones a Madrid, fugitivo de una cárcel de Levante, estimuló la cohesión entre los núcleos orgánicos dispersos de los comunistas. Quiñones poseía cierta experiencia de viejo revolucionario, algunas cualidades de mando y un extraordinario valor. Pero sus limitaciones eran superiores a sus cualidades. Hombre muy personalista en sus decisiones, su inteligencia era muy inferior a lo que las necesidades complejas del momento exigían. Ambicioso, se dejó tentar por la atracción del poder absoluto y, apoyándose en que dentro de España no había ningún representante de los máximos organismos de dirección, acusó al Comité Central de haber abandonado al partido y difundió la idea de que la organización no podía ser dirigida, sino desde el interior. Logró unificar numerosos grupos de comunistas dispersos anteriormente, creó algunos órganos de prensa clandestina y trazó una línea política de acción pragmática, indecisa —que se perdía en detalles anodinos como el de centrar en la salida de Serrano Suñer del gobierno el éxito de la acción popular— hasta terminar por reducirse a defender la posición de la Unión Soviética en la política internacional del momento.

El sectarismo y la estrechez de este hombre se reflejaron también en sus concepciones sobre los métodos de organización. La estructura del «aparato» se hizo aún más rígida. La propaganda no podía salir de manos de los militantes que se obligaban, so pena de expulsión, a devolver los ejemplares que recibían una vez leídos. Los «contactos» se hicieron más personales. Cada adherido sólo podía tratar con otros dos: el «escalón» superior y el inferior y sólo debían ejercer su acción proselitista sobre antiguos comunistas de toda confianza. Las detenciones, más numerosas que las incorporaciones, mermaban continuamente la organización y anulaban el esfuerzo heroico de unos militantes abnegados cuya ineficacia política venía determinada, en gran medida, por la incapacidad de la dirección que los conducía.

En estas circunstancias, el mayor problema del Comité Central del Partido Comunista diseminado en el extranjero, era elaborar una ideología coherente, con cierta relevancia política. Para ello le era indispensable encontrar nexos de unión con el interior y poner en claro los intereses de las clases sociales a las que servía su ideología. Con esta finalidad fueron enviados a España, a fines de 1939, un grupo de miembros del Comité Central y algunos colaboradores de éstos: Larrañaga, Diéguez, Asarta, Girabau, Lobo y Valverde. La pobreza de me-



dios de relación con que contaba el Partido Comunista se evidencia en el hecho de que uno de los enviados tuviera que introducirse subrepticamente en Euzkadi para ponerse en relación con la esposa de otro ante la imposibilidad de disponer de datos sobre los núcleos del partido que existían organizados. La policía española tuvo noticias de la llegada del grupo a Portugal y en colaboración con las autoridades de aquel país se apoderó de los expedicionarios en suelo extranjero. Meses después eran ejecutados con excepción de Lobo que posteriormente se descubrió como el hombre débil que había entregado a sus camaradas. Años después la policía española pagaría los favores de la portuguesa haciéndola entrega del cadáver del jefe de la oposición liberal de aquel país: al general Humberto Delgado.

Pasarían varios años hasta la llegada de nuevos miembros del Comité Central. Mientras tanto, al Partido Comunista carecía de un vocabulario político a tono con los acontecimientos, los problemas y la nueva estructura de la sociedad española. La organización seguiría actuando como conservadores por su retórica, revolucionaria por su intención y heroica por su conducta. La dirección máxima, instalada en México, Cuba y la Unión Soviética, sin información objetiva del país, publicaba documentos y manifiestos que jamás llegaban al interior y que servían únicamente de orientación para la gran masa de exiliados diseminados por el mundo. Así, ya se hablaba entonces de imaginarias huelgas de taxistas en Madrid, se pedía continuar la lucha en pro de la República de 1939, y se exigía que la tierra fuera devuelta a los campesinos que la trabajaban. Otros artículos defendían un Frente Popular «sin los socialdemócratas, sin los nacionalistas burgueses, sin los anarquistas, sin los troskistas, sin los republicanos traidores...» Y no faltaban materiales describiendo supuestas manifestaciones en Bilbao contra los soldados italianos; huelgas en Madrid contra la participación de España en la guerra mundial; motines en Elche, Santander y San Sebastián; y se preconizaba un «Frente Unico Proletario», «sin elementos traidores, con exclusión de los enemigos del pueblo, sólo con los obreros socialistas, republicanos y anarquistas...»

Impelidos por el mismo subjetivismo típico de todos los núcleos exiliados, las demás organizaciones democráticas desenterraban también la lista de sus agravios y se lanzaban a la agria polémica que cada día alejaba más las posibilidades de un mínimo entendimiento antifranquista. El interior del país quedaba lejos esperando que la victoria aliada facilitase la reimplantación de la República, que cada grupo de la oposición concebía ya de forma distinta.

La única propuesta unitaria procedía de los comunistas bajo la forma de un nuevo tipo de «Frente Popular», que se diferenciaba del anterior en que excluía de antemano a los dirigentes de las demás organizaciones antifranquistas y se apoyaría, casi en exclusiva, en la adhesión de los militantes de base de los demás grupos democráticos. Esta propuesta tenía pocas posibilidades de realización. Suponía que las masas trabajadoras del país continuaban pendientes del esclarecimiento de las responsabilidades por la pérdida de la guerra civil e imaginaba también que la presión del terrorismo fascista haría que los militantes republicanos, socialistas y anarquistas abandonasen a sus dirigentes —cuyos errores en el final de la guerra eran ya evidentes— para reivindicar la posición trazada por el Partido Comunista en aquella ocasión y seguir su política actual. Se suponía también que la lección era suficiente y cualquiera que pudiera ponerlo en duda era simplemente ingenuo o quizás secreta o inconscientemente anticomunista. La amarga y desilusionada atmósfera creada en el país



con motivo del pacto germano-soviético no era tenida en cuenta. Tampoco la influencia de la propaganda franquista sobre ciertos sectores populares que hicieron la guerra civil al lado de los triunfadores. La campaña del Partido Comunista acusando a la socialdemocracia mundial —por correcta que fuera en sus juicios— era elemento poco unificador para el « Frente Popular » que se proponía. Un nuevo intento estéril de llegar al entendimiento « por la base » se estaba produciendo. No se podía esperar la creación de un bloque de izquierdas en momentos en que predominaban los **slogan** negativos que cargaban el acento sobre lo que se paraba en lugar de investigar que era lo que podía unir en España. Una oportunidad única de empezar de nuevo sobre distintas bases se produjo con motivo de la entrada de la Unión Soviética en la guerra. Se aclaró la confusa situación ideológica y aparecieron las primeras bases para un amplio movimiento unitario antifranquista.

### **Junio de 1941 a noviembre de 1942: la « Unión Nacional de todos los españoles »**

Para los habitantes de España el traicionero ataque alemán a la Unión Soviética no fue simplemente el fin de las disputas bizantinas sobre el carácter de la conflagración, sino una garantía absoluta de la próxima libertad política, una seguridad definitiva sobre la inevitable derrota del fascismo mundial —incluido, naturalmente el español— en los campos militares y políticos.

El político tiende a creer que los problemas van a ser resueltos realmente en su medio, el de la palabra. Pero son los hechos los que acaban enderezando el rumbo a los políticos. Las palabras de los dirigentes republicanos en el exilio no aclaraban los problemas de la unidad, porque los acontecimientos tendían a alejar entre sí a los antifranquistas. La entrada de la Unión Soviética en la guerra fue el catalizador de la unidad. Un político muy realista —Stalin— pudo con razón afirmar en su discurso del 3 de julio de 1941: « La guerra contra la Alemania fascista no puede ser considerada una guerra ordinaria... su objetivo consiste también en acudir en ayuda de los pueblos de Europa que gimen bajo el yugo del fascismo alemán... » Esa finalidad fue aceptada como una promesa en firme por el pueblo español y las principales discrepancias sobre el porvenir inmediato desaparecieron. Eso proporcionó una buena base objetiva para un nuevo intento de unidad más amplio, concebido también por los comunistas.

Los materiales del Comité Central del Partido Comunista de España, editados en el extranjero, recalificaron la guerra como justa, liberadora, progresiva y revolucionaria y adquirieron un tono más conciliador al hablar de los representantes de otras fuerzas antifranquistas. El « bloque mundial de los enemigos del hitlerismo » podía encontrar un sosias en España bajo la forma de un « bloque nacional antifranquista », de carácter más amplio que el Frente Popular restringido propuesto hasta entonces. Si en Europa luchaban y morían juntos capitalistas y proletarios, católicos y ateos, marxistas y derechistas, era evidente que bajo la bandera de liquidar al fascismo español podían combatir incluso los que fueron enemigos de ayer en las trincheras de la guerra civil. El llamamiento de agosto de 1941, firmado por el Comité Central del Partido Comunista de España, fue el primer paso para el nacimiento



de un amplio movimiento unitario y de masas denominado «Unión Nacional de todos los españoles».

Como en el interior del país no se conocían los documentos de la Dirección del Partido, la organización de Francia envió a uno de sus hombres —Jesús Carreras— que se presentó en Madrid ofreciéndose a actuar como «instructor» para aclarar la línea política del Comité Central. Después de algunas entrevistas con Quiñones, regresó a Francia con los informes y materiales que reflejaban las dificultades y los errores del trabajo del Partido Comunista en el interior del país. La organización española no difundía adecuadamente la línea de «Unión Nacional», no practicaba una política de aliados y de unidad. Esperaba —con admiración al ejército soviético que encerraba la exigencia de que los rusos resolvieran el problema de España— que el fin de la guerra liquidase al franquismo. Y agravaba la situación la mentalidad, ya muy extendida, de que siendo imposible dirigir el partido desde el extranjero, el Comité Central no tenía por qué ser acatado si no se trasladaba inmediatamente al país. Las enormes dificultades de relación entre México y la Unión Soviética por una parte y España por la otra, daban origen a algunas de esas anomalías. Otras nacían en la baja capacidad política de los comunistas que se hicieron cargo de la organización en España y Francia, al poner el Partido Comunista a salvo en países lejanos el mayor número posible de sus cuadros y dirigentes. Y no pocas fueron debidas a la introducción de agentes policíacos o confidentes en el seno de la organización, comprobado en numerosos casos como sucedió con «el Andalúz» en Madrid, Centenera en Valencia y otros.

Mes y medio después de caer en poder de la policía casi toda la organización del Partido dirigida por Quiñones —debido a la irresponsabilidad del secretario de organización que tenía en una maleta relación estricta de los domicilios de todos los militantes— regresaba a Madrid Jesús Carreras con las opiniones críticas de la dirección del Partido Comunista en Francia acerca del trabajo que se estaba realizando en el país. En lugar de poder exponerlas tuvo que dedicarse, en condiciones particularmente peligrosas, a recoger los dispersos restos orgánicos para iniciar la actividad sobre nuevas bases más eficaces. A finales de 1942, tras indecibles torturas policíacas que soportó con ejemplar entereza, fue fusilado Heriberto Quiñones. La dirección local del Partido en Madrid, actuando transitoriamente en nacional —Fuentes Bayón, Guerreiro, Tellado, más tarde fusilados también—, tuvo en todo momento acceso al expediente policíaco y judicial de Quiñones gracias al secretario del Juzgado «Z» de Plenarios en Capitanía General, Antonio Collar, miembro del Partido Comunista y que por instrucciones de éste luchó denodadamente por retrasar el momento de la ejecución consiguiéndolo durante varios meses. La ejemplaridad de la conducta de Quiñones ante los torturadores fue así comprobada sin ningún lugar a dudas. Con la columna vertebral rota en los calabozos de la Dirección General de Seguridad, Quiñones tuvo que ser ejecutado sentado en una silla. Así terminaba una etapa que, con el tiempo, había de ser llamada peyorativamente «el quiñonismo».

Carreras, en colaboración con otro grupo de comunistas llegados de Francia, consiguió rehacer al Partido Comunista e infundir su ampliación, así como dar vida a la organización de la Juventud Socialista Unificada. Pero en su afán de cohesionar lo disperso descuidó corregir los anteriores y defectuosos métodos de clandestinidad y fue atrapado por la policía, conde-



—Desde luego, solo le has durado ocho segundos; pero, ¿qué intensamente los has vivido?



Composición de Ges.

nado a muerte y ejecutado. Murió heroicamente como la generalidad de los comunistas españoles. La dirección del Partido Comunista en España quedó entonces constituida por los camaradas supervivientes, algunos enviados de Francia y el primer grupo procedente de América enviado por el Comité Central. Nuevamente tuvieron que dedicarse a reorganizar las filas de la organización dispersa, reconstruir la confianza de los militantes en el Comité Central y aplicar debidamente la política de «Unión Nacional».

Las condiciones generales para la unidad antifranquista habían mejorado mucho para entonces. La primera expresión orgánica de «Unión Nacional» venía de Francia donde ya funcionaban varios centenares de Comités, propiciados por la necesidad de encontrar un camino común para la lucha contra los alemanes hitleristas y la ayuda mutua entre los refugiados españoles en aquel país. A mediados de 1942 fue convocada una reunión en Grenoble a la que asistieron destacados dirigentes de todas las tendencias políticas democráticas, incluso una caracterizada representación de los católicos. En el interior, los tímidos intentos realizados por la dirección de Quiñones fueron ineficaces debido al carácter sectario con que éste interpretó esa posibilidad unitaria y en parte también a las diferencias —ya expuestas— sobre el carácter de la guerra y la posible evolución futura de los acontecimientos. Pero a estas alturas de la guerra mundial la neutralidad de España, el triunfo de los Aliados, comenzaba a interesar no sólo a las izquierdas española; podía interesar a muy distintos sectores sociales del país: desde las capas medias, desengañadas en parte de las promesas franquistas, hasta ciertos sectores capitalistas con intereses económicos ligados al capital angloamericano. Un aspecto básico del programa de Unión Nacional era la creación de un gobierno de oposición, lo suficientemente amplio y representativo para recoger en sus filas a sectores que en julio de 1936 habían apoyado la sublevación, cuya finalidad principal sería convocar elecciones libre donde el pueblo decidiese el destino ulterior del país.



Pero del sectarismo de Quiñones, que concebía la « Unión Nacional » como una organización « de comunistas » con otros antifranquistas alrededor, se pasó en el interior a la posición opuesta de imaginarla como sustitutivo de un verdadero partido político donde los comunistas perdían sus características de tales diluyéndose en el contexto amplio y variado del simple antifranquismo. Una y otra posición retrasaron el desarrollo de la nueva organización unitaria de masas, dieron pie a los enemigos de la unidad para especular sobre su carácter, y demostraron las enormes dificultades existentes para hacer llegar fidedignamente al interior del país las decisiones y acuerdos de la dirección del Partido Comunista. El manifiesto de septiembre de 1942 del Comité Central era aún demasiado genérico para poder servir de guía a los comunistas de España en la tarea de crear organismos de unidad nacional. La decidida postura antiunitaria de algunos dirigentes del PSOE y la CNT contribuyeron también a multiplicar la confusión al dedicarse a denunciar a la « Unión Nacional » como « una nueva maniobra absorbente del Partido Comunista de España ».

### **De noviembre de 1942 a mayo de 1945: fin de la guerra y propuestas de insurrección**

A medida que « Unión Nacional » extendía su influencia en el interior del país, la evolución de la lucha en los frentes militares de Europa apuntaba ya la derrota del fascismo mundial. De Stalingrado al segundo frente europeo hubo un largo camino jalonado por la sensible evolución de las fuerzas antifranquistas españolas. Para los partidarios de la pasividad —situados especialmente entre los viejos dirigentes de las organizaciones republicanas, socialistas y anarquistas— la evolución favorable de los acontecimientos militares era un nuevo acicate en favor de la espera y la inactividad. Para quienes pensaban que, en el mejor de los casos, tal posición hipotecaba el futuro político del país y que la democracia no era un don que nadie nos daría sino un derecho a conquistar, la solución consistía en elevar el nivel unitario y combativo de las masas. En este grupo estaban el Partido Comunista y algunos sectores de las otras fuerzas antifranquistas. Con representantes de estos últimos se constituyó en el exilio la « Junta Suprema de Unión Nacional », que más tarde se trasladó al interior del país. Su programa estaba basado en una serie de decisiones útiles para cualquier sector democrático: adhesión a la Carta del Atlántico; futura depuración del Estado; amnistía para los presos políticos; rehabilitación de los perseguidos y castigados; restablecimiento de las libertades humanas; política de reconstrucción del país y convocación de elecciones constituyentes.

Orgánicamente, Unión Nacional llegó a controlar centenares de juntas regionales y locales en el interior del país. Su composición interna no alcanzó la amplitud deseable ya que con excepción del Partido Comunista no podía hablarse de la existencia en España de organizaciones políticas de oposición. Pero la destacada personalidad de los representantes de las derechas que se adhirieron y el número de militantes socialistas, anarquistas y republicanos que las integraban, caracterizaron rápidamente a las Juntas como el único poder de la oposición capacitado para dirigir unitariamente la lucha en los últimos momentos del poder fascista. 1943 fue así el periodo inicial del auge de la resistencia interior. Sin embargo, esos



organismos tenían escasísima vinculación con las masas populares, que en su abrumadora mayoría permanecían al margen de la lucha.

La tesonera actitud anticomunista de algunos dirigentes del Partido Socialista Español les había llevado en el exilio a mantener y apoyar en Méjico una llamada «Junta de Liberación Nacional», dirigida por Martínez Barrio cuya misión aparente era el apoyo de las Cortes republicanas al gobierno exiliado de Negrín, pero cuya finalidad práctica quedaba reducida a la de oponerse a las propuestas comunistas en los escasas reuniones de las Cortes exiliadas. Saliendo al paso del intento de concentrar en el exilio los instrumentos del poder y arrebatárselo a las masas a través de organismos exclusivistas, la Junta Suprema de Unión Nacional, anunció en el mitin celebrado en Toulouse a fines de noviembre de 1944 que todos los organismos filiales suyos en el extranjero dependerían a partir de entonces de la organización interior del país. En el juego de la lucha política «Unión Nacional» ponía su fe en las masas del país frente a quienes, sin bases organizadas en el interior, buscaban fórmulas de compromiso con poderes extranjeros en un intento desesperado de asir las riendas del poder al margen del sentimiento del pueblo. A escala de la península ibérica, las contradicciones de clase, que posteriormente aparecerían entre los Aliados, mancillaban antes de tiempo las posibilidades de triunfo de una democracia útil para todos.

Al calor de la proximidad del fin de la guerra, casi todas las organizaciones antifranquistas tomaron forma orgánica en las ciudades españolas. Por primera vez en muchos años aparecieron organismos nacionales, regionales y de base del Partido Socialista. En numerosas fábricas, especialmente de la región catalana, se dejó sentir la presencia de los militantes de la CNT y el Partido Comunista recibió un aluvión de adhesiones cuya eficacia fue ínfima debido al mantenido error de centrar al grueso de su actividad en la propaganda impresa sin fundir a sus hombres de base con las masas en la proporción e intensidad debida. Todo este proceso acumulativo se veía facilitado por la evidente descomposición moral reinante entre los dirigentes franquistas que veían acercarse con temor al momento de tener que rendir cuentas al pueblo de los crímenes cometidos en los últimos años.

Es comprensible que, en esas condiciones de optimismo fundado, se multiplicase el subjetivismo y voluntarismo en todos los sectores democráticos. Para los comunistas y grupos más radicales de la oposición, la clase obrera del país y sus problemas eran los de 1939. Ciertamente que del fin de la guerra civil al año 1945 las variaciones producidas en la composición y mentalidad de la clase obrera no eran esenciales, pero la derrota había quebrantado profundamente la confianza de los trabajadores en sus fuerzas, y el temor seguía haciendo su efecto. Por otra parte, para la oposición socialista y burguesa, España era aún esfera de influencia del capitalismo occidental, con su cortejo de partidos socialdemócratas en el poder, los mismos que durante la guerra civil permitieron la derrota de la república popular. Confiaban, pues, en que la acción conjunta de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, consiguiera para España una democracia liberal, «occidentalizada», donde los comunistas pudieran ser excluidos del poder efectivo.

Sobre estas bases se comprende fácilmente que la táctica del Partido Comunista se orientara hacia una acción armada y de masas del pueblo para lograr que la situación favorable



creada por la derrota mundial del fascismo fuera aprovechada por la democracia española para evitar dejar en manos de los imperialistas occidentales la cuestión decisiva de liquidar o no liquidar la dictadura de Franco. El Partido Comunista llamó al pueblo a la realización de grandes acciones huelguísticas, de sabotaje, de insurrección, de protestas de todo tipo. Su lógica culminación debiera ser una protesta nacional de tal envergadura que, apoyada en un movimiento armado realizado por las guerrillas interiores, pusiera el poder directamente en manos del pueblo.

Existían ciertas condiciones favorables a estas tesis. El descontento popular había alcanzado un alto nivel. Las formas organizativas de la oposición democrática eran superiores en cantidad y calidad. Los sustentos políticos exteriores de la dictadura estaban desapareciendo. A la oposición democrática se unían las quejas de ciertos sectores reaccionarios que ya no soportaban el rígido corsé estructural a que los tenía sometido el régimen. Cinco años de dificultades económicas, represión, falta de libertades, crisis social y anarquía gubernamental habían cuarteado la base social del régimen y ofrecían fundadas esperanzas para una acción común del pueblo en favor de un sistema más democrático. El brazo armado de la insurrección podía constituirlo el movimiento guerrillero que desde 1936 existía en pequeña escala en las montañas.

Frente a esos factores positivos, se movían las fuerzas de cuantos —por temor o por interés— aspiraban a una solución «tibia» que no mermase las fuerzas de la burguesía española y garantizase las posibilidades de Washington, Londres y París de influir en el desarrollo posterior de los acontecimientos políticos en España. El gran capitalismo español no retiró definitivamente su apoyo a la dictadura franquista y comenzó a participar en las intrigas internacionales destinadas a evitar que el pueblo decidiera libremente su destino. Franco incrementó las relaciones políticas y económicas con Inglaterra y Estados Unidos iniciadas ya en el transcurso de la guerra mundial. Algunos dirigentes democráticos incrementaron la campaña en favor de la pasividad que produjo un efecto paralizador en la lucha



Composición de Ges.



en el interior de España. Y guiados por la idea de que la alianza con ciertos sectores de la burguesía y las capas medias era una ficción, así como por el deseo de anular la creciente importancia de la «Unión Nacional», los dirigentes socialistas, republicanos y anarquistas decidieron la creación de un organismo nacional denominado «Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas» donde en principio no colaboraban los comunistas y cuya finalidad básica debía ser hacerse cargo del poder al ser abandonado éste por Franco y sus colaboradores.

La lucha entre estas dos tendencias tan dispares alcanzó, no obstante, una síntesis positiva como resultado de la propia evolución de los acontecimientos interiores y exteriores. La «Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas» se constituyó, pero en la Europa de 1945 no se podía soñar en la sustitución de los regímenes totalitarios sin contar con los comunistas. Y mucho menos en la creación de un gobierno dirigido contra ellos que partiera de unas bases supuestamente democráticas. Cuando Lenin hablaba de la necesidad de realizar tareas nacionales, tareas democráticas, de eliminar una opresión extranjera sin romper la unidad nacional para establecer la unidad de clases, estaba señalando varios hechos: frente a un poder imperialista —en este caso el fascismo internacional y su representante en España: el franquismo— hay una tarea nacional y una tarea democrática que aplazan el momento de llegar a la unidad de clase. Esa tarea nacional estaba cristalizando en 1945 en Europa con el establecimiento de gobiernos socialistas, de democracias populares, de democracias burguesas de nuevo tipo con ministros comunistas. Esa tarea exigía entonces en España la presencia de los comunistas en cualquier órgano de poder que pudiera constituirse. Renunciando a lo accesorio en pro de la unidad, los comunistas disolvieron la «Unión Nacional» y pidieron el ingreso —que les fue concedido— en la «Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas».

En cierta medida todo parecía claro ya. En el interior se había conseguido la unidad a escala nacional. En el exterior existía el gobierno de Negrín con representantes de todas las fuerzas antifranquistas. Una meta común unificaba los sentimientos de todo el pueblo: la libertad y la democracia. Existía aún bastante confusión acerca de las metas a largo plazo que podría trazarse un hipotético gobierno republicano ya en el poder, que tendría que optar entre realizaciones tan dispares como las de la República de 1931, la de 1936 o la 1939, pero en principio la sólo tarea de sustituir la dictadura por un régimen democrático encaminado hacia una consulta popular en las urnas era elemento suficiente de unificación. Bajo el signo de la esperanza llegamos a la capitulación de Alemania y el Japón en 1945.

## **Junio de 1945 a marzo de 1951: de la guerra fría a las huelgas económicas**

De la tremenda prueba de la guerra mundial régimen socialista de la Unión Soviética salió más fuerte que nunca y el sistema capitalista mundial debilitado en extremo. La guerra acentuó asimismo la desigualdad del desarrollo económico, político y social de los diferentes Estados imperialistas. Aumentó en particular la fuerza de los Estados Unidos de Norteamérica y del campo mundial del socialismo que llegó a ocupar la tercera parte del universo y a hacer sentir su influencia en toda la vida contemporánea.



Las contradicciones de clase recobraron rápidamente su primacía y los Estados Unidos, convertidos en el centro económico y militar del mundo capitalista, iniciaron muy pronto una política enfilada a establecer su dominación sobre el mundo. Con este fin se orientaron a romper la coalición antihitleriana forjada en el curso de la guerra y a crear una coalición militar agresiva dirigida contra la URSS y los demás países socialistas.

Gracias a la política de la URSS y a la presión de la opinión pública internacional, en la Conferencia de Postdam de 1945, la dictadura de Franco fue condenada como un régimen impuesto a España con la ayuda armada de las potencias fascistas y asociado a dichas potencias en el curso de la segunda guerra mundial. Pero tal resolución fue sabotada en la práctica por los países imperialistas que evitaron que esa condena moral se tradujese en medidas concretas, tales como la ruptura de relaciones diplomáticas y comerciales, y comenzaron a prestar al franquismo una abierta ayuda económica y política.

Al amparo de esta política, se operó en España un reagrupamiento de las fuerzas reaccionarias en torno a la dictadura de Franco. La Iglesia desempeñó en este orden un papel muy importante. Otros grupos reaccionarios se esforzaban, entretando, en preparar una eventual solución de recambio, basada en la Monarquía, para el caso en que Franco no pudiera mantenerse en el poder\*.

En las últimas semanas de la derrota del ejército alemán, la organización del Partido Comunista español en Francia se dirigió a la del interior del país consultándola acerca de la viabilidad del envío de algunos guerrilleros expertos que pudieran ayudar a preparar las condiciones militares para una insurrección popular en el país. La contestación fue afirmativa. Pero arrastrados por el optimismo revolucionario de las últimas horas de la guerra en Francia, la organización comunista española en aquel país cambió sus planes iniciales por los de una invasión en toda regla a través del Valle del Arán, que fue fácilmente rechazada por las fuerzas represivas y el ejército franquista. El Comité Central del Partido Comunista envió urgentemente un representante a Francia para paralizar el descabellado intento y trasformarlo, posteriormente, en el paso de pequeños núcleos de hombres armados que debían infiltrarse en las zonas más abruptas del país hasta llegar a constituir el germen del ejército liberador, cuando las condiciones objetivas para la insurrección nacional fueran un hecho. La evolución de los acontecimientos hizo fracasar también posteriormente estos planes y años más tarde los supervivientes tuvieron que ser trabajosamente evacuados a Francia. Dejaron, además de centenares de vidas, un ejemplo de combatividad, respeto a su pueblo y heroísmo, dignos de su sacrificio personal.

El día 1 de abril de 1945, el primer representante del Buró Político del Partido Comunista de España llegado a París —Santiago Carrillo— hacía un llamamiento a la unidad de todas las fuerzas democráticas españolas, en un acto público en Toulouse, exortándolos a la «preparación de la gran "Huelga General Política" en la que habría de apoyarse la insurrección nacional para la reconquista de la República y los derechos y las libertades de la clase obrera».

---

\* NDLR. Véase en el primer volumen de esta obra: Felipe Miera, *La política exterior franquista y sus relaciones con los Estados Unidos de América*.



## A LA HUELGA TODOS UNIDOS HASTA



Monotipo de Ges.

## LA VICTORIA

La tesis de la acción se enfrentaba así nuevamente con la de la pasividad y la consigna, bastante viable en aquel momento, sintetizaba la opinión comunista de no dejar en manos de los compromisistas el porvenir democrático del pueblo. Mientras tanto, en Méjico, el gobierno exiliado de Negrín se esforzaba por conseguir de las cancillerías aliadas un reconocimiento legal que allanase el camino a una transición pacífica de poderes. En su seno se producía una lucha de tendencias representada de un lado por los comunistas —en cuyo nombre actuaba el ministro Vicente Uribe— que insistían en la necesidad de ampliar la base social del gobierno, y de otro por las restantes organizaciones antifranquistas que despreciaban la posibilidad de nutrirse en el descontento de amplios sectores «no históricamente democráticos». La «Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas» constituían la base política del organismo gubernamental y por tanto los errores de éste tenían su origen en aquélla. La limitación estructural de la «Alianza», restringida a las organizaciones claves del PSOE, la CNT, el Partido Comunista y los Partidos Republicanos y Nacionalistas, alejaba la posibilidad legal de colaboración de amplios sectores no encuadrados en ninguna organización democrática y de ciertos núcleos reaccionarios descontentos de la dictadura. Todo el aparato «gubernamental» pecaba de falta de relación real con las masas. Ciertamente, recogía el sentir de la mayoría del pueblo en cuanto optaba por la libertad, la democracia y la República, pero carecía de canales de relación, de vínculos con el pueblo para hacer de esos propósitos una realidad efectiva.

La «Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas», ya con participación comunista desde julio de 1945, no logró romper esa ineficacia basada en el aislamiento de las masas, porque jamás tuvo el carácter de un verdadero órgano de unidad de acción contra el franquismo. Quienes integraban la Alianza —con excepción de los comunistas— subordinaban desde un principio su conducta a los dictados de Londres y de Wáshington. De hecho, la «Alianza» estuvo desde su nacimiento dirigida por las embajadas anglosajonas en Madrid. La policía logró



introducir un confidente en su dirección —el socialista Alfaro— y las repetidas denuncias de los comunistas fueron rechazadas por las demás organizaciones como «posiciones secundarias» destinadas a «desacreditar al PSOE». Cuando el gobierno franquista lo consideró útil toda la dirección nacional de la «Alianza» cayó en poder de la policía. El error del Partido Comunista de España consistió en creer que el sacrificio voluntario de la «Unión Nacional» iba a ser compensado sobradamente con el ingreso de los comunistas en la «Alianza» y que su presencia allí podría modificar las tendencias pasivistas y hacia el compromiso de las otras organizaciones. Los dirigentes de la «Alianza» eran los mismos de 1939 y sus ilusiones acerca de una solución «negociada» con los Aliados «occidentales» muy similares a las del coronel Casado en 1939. Públicamente, su anticomunismo actuaba con sordina obligado por la coyuntura internacional creada a fines de la guerra mundial, pero en la práctica su línea de conducta destruía todas las propuestas e intentos de los comunistas por modificar el carácter y conducta de la oposición organizada en la «Alianza».

Así se abrió nuevamente un periodo de confusión de intereses e ideología en el seno de las fuerzas antifranquistas. Mientras el Partido Comunista de España se esforzaba por establecer un compromiso con ciertos sectores de la burguesía en la lucha contra el fascismo, un importante núcleo del PSOE se inclinaba a la colaboración con aquellas fuerzas monárquicas con tendencia a disminuir el futuro papel de las fuerzas obreras y populares en el movimiento de unidad y otros grupos socialdemócratas seguían a Negrín en su posición legal de continuador del gobierno republicano de 1939. La fuerza contrífuga creada por estas discrepancias condujo a la desaparición del gobierno legal republicano y la creación de otro presidido por Giral. A comienzos de 1946, éste propuso al Partido Comunista la participación en el nuevo gabinete ministerial. El Partido Comunista aceptó y Santiago Carrillo ocupó su cartera. Desde esa fecha hasta el verano de 1947 el Partido Comunista participó en los gobiernos presididos en el exilio por Giral y Llopi. La unidad plasmada en esos organismos se mantuvo con dificultades y no desembocó en una ayuda importante para el desarrollo de la lucha en el país porque la organización socialista continuó difundiendo ante el pueblo la tesis de que el gobierno republicano sería reconocido finalmente por las cancillerías y la sustitución pacífica de la dictadura era un hecho incuestionable. Esta nueva carga de pasividad y conformismo anuló, una vez más, los esfuerzos comunistas por llegar a una insurrección armada en el país. Por otro lado, en el interior, la organización del Partido Comunista —la más fuerte, la más sólida, la más extensa— se debilitaba al influjo de discrepancias internas que las dificultades de la clandestinidad impedían discutir y comprender adecuadamente. Los militantes se enteraron, por boca del representante del Buró Político en Francia, que la mayor parte de lo que se había hecho en el interior del país en años anteriores estaba mal hecho, que obedecía a «tendencias oportunistas», a «deformaciones pequeño-burguesas» que borraban la fisonomía propia del Partido Comunista como organización dirigente del proletariado. Un nuevo «ismo» sustituía el anatema contra Quiñones. Jesús Monzón, que entonces dirigía la organización en el interior del país, fue acusado de «despreciar el papel de las masas en la lucha del pueblo» y de «anular la actividad independiente de la organización». El realineamiento doctrinario y el viraje en la política de unidad, como venían dictados desde el Comité Central y no eran el fruto de la elaboración consciente de los militantes, convertían el trabajo de éste en una madeja que el comunista debía desenredar y enredar y volver a desenredar para poder actuar de algún modo. De las tesis de «Unión Na-



cional » acerca de la forma de llegar a la democracia y que el pueblo eligiera por sí mismo el tipo de régimen por que se inclinaba, se llegaba repentinamente a la teoría de la meta republicana similar a la de 1931. Con independencia de que este zigzag condujese o no a una táctica más adecuada, el desconcierto fue evidente. Mucho más cuando el estalinismo dominante en aquella época agregó una carga emocional innecesaria a la crítica, aportando improperios, calificativos y anatemas sobre Jesús Monzón, evidentemente injustos y destinados en exclusiva a su anulación política.

Fortalecida por estos desacuerdos y la vergonzante complicidad con que los gobiernos inglés y norteamericano toleraban la continuación del franquismo, la dictadura se dedicó a intentar romper el aislamiento político a que había sido sometida por las Naciones Unidas y a mejorar su economía previsiblemente deteriorable con los reajustes de los mercados mundiales en la postguerra. El régimen hizo verdaderos esfuerzos por disimular su identidad con las ideología fascista derrotada en los campos de batalla. El saludo fascista fue suprimido, se convocaron elecciones de enlaces sindicales en las empresas y de ediles y síndicos en los municipios, fue promulgado el « Fuero de los Españoles » y se instituyó el « Referéndum popular » como método de consulta para las grandes cuestiones de interés nacional. Estas medidas, encaminadas a encubrir la dictadura bajo una apariencia de « evolución democrática », culminaron en la anulación de la influencia de Falange como partido estatal. El régimen se replegó sobre sí mismo. La oposición interior se mostraba impotente para imponer una solución democrática y el franquismo logró un ligero respiro que le fue muy útil para reajustar sus fuerzas de acuerdo con la nueva situación mundial.

La guerra fría y el anticomunismo emprendido abiertamente por el imperialismo yanqui a partir de 1947 fueron para el franquismo una tabla de salvación. En la política interior, el régimen consiguió establecer un laborioso equilibrio concediendo poder económico a las grandes fortunas por la vía de los monopolios; interesando al ejército en los negocios paraestatales; entregando la enseñanza, la educación y la vida espiritual a la Iglesia; haciendo promesas a los monárquicos y transformando el falangismo en una burocracia petrificada con altas remuneraciones. El sistema se definía así como una dictadura militar apoyada por los núcleos financieros del capital monopolista y el sector más reaccionario de la Iglesia Católica representando por las jerarquías oficiales. El exterior, la encubierta ayuda que el capitalismo norteamericano comenzaba a prestar al gobierno de Franco permitió a éste el acceso a los mercados mundiales y la transformación gradual de una economía que si hasta entonces dependió fundamentalmente de la protección italoalemana encontraba un nuevo valdador en los monopolios yanquis dispuestos a apoderarse del mercado español aunque en principio fuera solamente de forma encubierta. Las buenas cosechas de 1946 y 1947 pusieron fin a la penuria de artículos alimenticios. El protocolo Franco-Perón y los préstamos de la Argentina permitieron la importación masiva de bienes de consumo. Terratenientes y campesinos ricos, abandonando el agotado campo del « straperlo » se comenzaron a asociar con industriales transformadores de artículos agrícolas para realizar mejoras agrícolas, a cambio de una parte del excedente de producción que se reservaba el industrial capitalista. A medida que comenzaba a desaparecer la escasez, los monopolios oficiales y su instrumento de acción —el intervencionismo estatal— comenzaron a adoptar una nueva técnica al servicio de los monopolios privados.



Desde un punto de vista político, el imperialismo mundial acentuó su presión sobre las distintas fuerzas del campo antifranquista para que rompieran la unidad democrática plasmada en el gobierno republicano en el exilio. El Partido Socialista se retiró del gobierno Llopias dando un golpe mortal al gobierno unitario. La CNT, faccionada entre « políticos » y « sindicalistas », sólo se mantenía como organización unida por el lazo de las posiciones antiunitarias y anticomunistas. Y los republicanos « históricos », sin base real en el país, se movían arrastrados por el influjo de las otras organizaciones en la dirección de tolerar nuevamente el aislamiento de los comunistas, confiando en que con esa « concesión » se acercaban a la reconquista de una República, aunque fuese mediatizada por las « democracias » occidentales. Nuevamente la cabeza de la oposición demostraba ser claramente inferior a lo que las necesidades históricas de la situación exigían de ella\*.

En 1950, al terminar el aislamiento del régimen con el reconocimiento de todas las potencias occidentales, comenzaron a sentarse en España las bases de lo que posteriormente habría de ser el florecimiento del capitalismo nacional. El país comenzó a vivir el periodo de expansión industrial más destacable desde la primera guerra mundial. Este desarrollo se inició apoyado en una implacable política de precios y salarios, impuesta por los grandes grupos financieros que prácticamente dominaban ya toda la economía. Además, el INI volcaba millones y millones de pesetas en las empresas estatales y planes económicos parciales del gobierno. Las inversiones se efectuaban a un ritmo tal que en pocos años rebasaron la capacidad productiva real de toda la economía española. Todo ello desembocaría posteriormente en un pavoroso proceso de inflación, nacido en el desajuste del instrumento monetario, la inadecuación de la oferta global sobre la demanda, el desajuste de precios y salarios y el impacto de la ayuda económica norteamericana. Pero inicialmente fue un instrumento útil para el desarrollo y fortalecimiento del capitalismo español.

En Estado franquista comenzaba así un periodo de transformaciones, económicas y políticas, que le iba a conducir rápidamente de su posición de « Estado-gendarme » con una función económica muy limitada, a la de fuerza económica decisiva, tanto en la dirección de la economía como en la estructura productiva, en toda la estructura económica. La influencia que esta acción iba a tener sobre las distintas clases sociales, sus intereses y antagonismos, sus luchas y relaciones, modificaría en pocos años el panorama político del país y la fuerza y el papel de la oposición. Pocos políticos supieron atisbar el carácter y profundidad de los cambios que se anunciaban. La organización más apta por su ideología para prever los acontecimientos, el Partido Comunista de España, carecía del nivel teórico, de la capacidad de elaboración marxista necesaria para hacer frente con éxito a la complejidad y originalidad de la nueva situación naciente. No obstante, dio los primeros aunque insuficientes pasos, para corregir su táctica y estrategia. Agotadas las posibilidades inmediatas de una insurrección nacional y las de que el régimen franquista desapareciese como consecuencia directa de la derrota del fascismo mundial, el pueblo español tenía que enfrentarse con la tarea de acabar con la dictadura a través de la acción de factores interiores, por la lucha de masas, a través de un lento y prolongado proceso de desgaste del enemigo que llevase al

\* NDLR. Véase en este volumen: Xavier Flores, *El exilio y España*.



quebrantamiento y descomposición del bloque gobernante. Esto obligaba a un cambio de táctica que permitiese a la oposición estrechar y multiplicar sus vínculos con la clase obrera en su conjunto y dirigirla en una mutiplicidad de acciones parciales de protesta y reivindicativas que pudieran culminar en la implantación de un sistema democrático de gobierno.

La clase obrera ya no era la de 1936. España ofrecía el mayor vacío político de Europa. A las filas del proletariado se estaba incorporando una nueva generación obrera y grandes masas provenientes del campo. La vida política era algo casi inexistente. El ligero aumento de la producción y el consumo permitía abrigar alguna ilusión de mejoría económica y los trabajadores más capaces orientaban sus ambiciones hacia las aspiraciones económicas más que las políticas. La vanguardia revolucionaria debía, pues, utilizar las organizaciones legales (en particular los sindicatos), para encontrar allí a las masas y ayudarlas en la defensa de sus reivindicaciones económicas para procurar después elevar éstas a un nivel político. El Partido Comunista de España preconizó —correctamente— una táctica paciente de acumulación de fuerzas, abandonando por ineficaz la lucha guerrillera, que en épocas anteriores tuvo su razón de ser basada en la confianza acerca de la posible insurrección nacional. La consigna de «Huelga Nacional Política» fue dejada a un lado, sustituyéndola por la «combinación del trabajo ilegal con el aprovechamiento de las condiciones legales». Todo ello significaba un extraordinario viraje en la vida de la organización. Representaba la primera corrección del impresionante subjetivismo que había existido en la dirección del Partido Comunista al apreciar en los años anteriores la realidad del país, particularmente en la falta de apreciación de las consecuencias desmoralizadoras que la derrota había ejercido en el pueblo y también en el desprecio de la importancia que la ayuda de los países capitalistas iba a tener sobre la continuidad del régimen de la dictadura. Pero como posteriormente señalaría Fernando Claudín, «esa elaboración, como otras, quedaron a medio camino o sólo iniciadas a consecuencia de la debilidad ideológica de la organización». Y también en gran parte debido a la deformación estalinista, a la falta de democracia interna que permitiera corregir los errores a su debido tiempo, y a la visión metafísica de la disposición revolucionaria del pueblo español que hacía previsible en cualquier momento «el estallido revolucionario de las masas» con carácter espontáneo e inesperado.

No obstante, gracias a la nueva táctica, circunstancialmente más adecuada a la realidad del país que las anteriores, el Partido Comunista de España pudo intervenir en ese periodo de forma destacada en la gestación de una posterior fase de ascenso en las luchas obreras y populares, a través de las acciones y protestas contra el empeoramiento de las condiciones de vida del pueblo. El resto de la oposición antifranquista «tradicional» continuó a la espera de una posible solución exterior. Pero sus loas a las «democracias occidentales» se mezclaron con agrias críticas al abandono en que fueron dejados por las cancillerías occidentales. Especialmente el PSOE, privado de la savia de las nuevas generaciones, quedó reducido a propugnar un sistema de democracia burguesa similar al existente en Francia y en Italia, solución «sobre el papel» que las masas no comprendían cómo se iba a alcanzar si previamente no existía una táctica adecuada de lucha para derribar la dictadura. La CNT y los republicanos históricos desaparecieron prácticamente del mapa político del país. La organización interna del Partido Comunista también sufrió un eclipse de importancia del que no se recuperaría hasta el año 1951. Los sustitutos de Jesús Monzón — Zorúa, Sánchez Viesma y Lu-



cas — cayeron rápidamente en manos de la policía. Zora fue fusilado, después de un proceso confuso donde su conducta personal quedó en entredicho. Sánchez Viesma murió asesinado por la policía. La confianza y la provocación se introdujeron en las filas de la organización. Once años de intensa práctica habían proporcionado a los cuerpos represivos una cierta eficacia: una serie de detenciones en masa acabaron desmantelando los últimos grupos de resistencia organizada, que dejó de existir prácticamente en 1948.

## Marzo de 1951 a junio de 1955: la evolución del sistema y la lucha de masas

En la primavera de 1951 se produjo la primera manifestación callejera de la lucha popular. El 12 de marzo el pueblo catalán protestó, pública y pacíficamente, contra la dictadura. El gobierno percibió que por primera vez en los últimos años las masas eran capaces de organizar una manifestación contra la carestía de la vida, que en las condiciones de la España de 1951 suponía un claro aviso de oposición al régimen franquista. En los meses que siguieron a la huelga de Barcelona, se produjeron protestas similares en Vizcaya, Madrid, Guipúzcoa y Navarra. Las acciones económicas abrían una nueva etapa en la lucha del pueblo contra la dictadura.

La situación económica del país en ese periodo lesionaba a sectores cada vez más amplios de la población. A medida que se fortalecían los monopolios y el capitalismo monopolista de Estado, muchas empresas se veían reducidas a una difícil situación. El INI incrementaba su participación en el desarrollo económico a un ritmo cada vez más elevado. Solamente en el

**ALGU NOSINCID  
ENT ES**



**al  
resistir  
a la fuerza pública**

Composición de Ges.



periodo que analizamos, elevó sus inversiones en más de 3000 millones de pesetas. La Banca y el capital financiero se fortalecieron. La distribución de la riqueza agravó las desigualdades sociales. Los trabajadores se vieron obligados a duplicar su jornada de trabajo. Los primeros síntomas de inflación acelerada comenzaron a impedir la reposición del capital fijo en los servicios públicos y mermaron los ingresos de los trabajadores, empleados y pensionistas. Y en la escala de la economía nacional se incrementó el crecimiento de las empresas directamente ligadas al capital monopolista.

Esta evolución económica se reflejó en la situación política. Falange Española se desintegró. Algunas personalidades católicas comenzaron a alejarse del régimen criticando ciertos aspectos de la actividad de la dictadura. Aparecieron los primeros núcleos de sindicatos de tipo «demócrata-cristiano», independientes del sistema franquista. Una nueva corriente «neoliberal», que abarcaba desde el liberalismo clásico hasta el «progresismo» de una buena parte de la juventud intelectual hizo su aparición. Al mismo tiempo intensificaron su acción los grupos monárquicos que aspiraban a impedir cambios democráticos profundos en el país. Nuevos núcleos jóvenes, de carácter socialista, comenzaron a ocupar el hueco dejado por los antiguos dirigentes del PSOE, cada día más alejados de la realidad imperante en el país\*. Un sector del clero joven comenzó a propugnar cambios democráticos en las estructuras oficiales y el nacionalismo vasco y gallego aumentó su actividad en sus respectivas regiones\*. En cuanto al Partido Comunista de España, después del eclipse sufrido hasta 1952, inició con sensatez su reorganización desde la base, apoyándose en un corto número de cuadros y dirigentes de absoluta fidelidad recién salidos de las cárceles. Numéricamente más pequeño que en periodos anteriores, adquirió no obstante superior influencia, especialmente entre los intelectuales y universitarios y ciertos sectores de la clase obrera industrial. Bajo el influjo de algunas de estas fuerzas y de la iniciativa espontánea de las masas indignadas por la brutal explotación económica, comenzaron a surgir formas de acción organizadas y unitarias —en muchos casos semilegales— que desbordaban los marcos estrictos de los grupos políticos.

Todo eso significaba que una nueva línea divisoria deslindaba los campos: ya no era la guerra civil la que separaba a los españoles en «vencedores» y «vencidos». La contradicción entre la oligarquía financiera y el resto de la sociedad se iba acentuando hasta ponerse, transitoriamente, en primer plano. Bajo la presión de exigencias económicas insoslayables, de ciertos periodos de distensión internacional y del crecimiento de la oposición interna, se iniciaba en España una evolución en las clases dominantes y en los círculos dirigentes del régimen. El marco institucional franquista seguía intacto, pero en la esfera económica el sistema evolucionaba hacia nuevas formas de explotación y dominio.

El pacto militar que en 1953 firmó Franco con los Estados Unidos fortaleció política y económicamente a la dictadura al mismo tiempo que incorporaba España a los planes estratégicos del imperialismo norteamericano. La existencia de bases militares en nuestro país suponía un riesgo para todo el pueblo y dotaba al sistema de unas reservas militares capaces

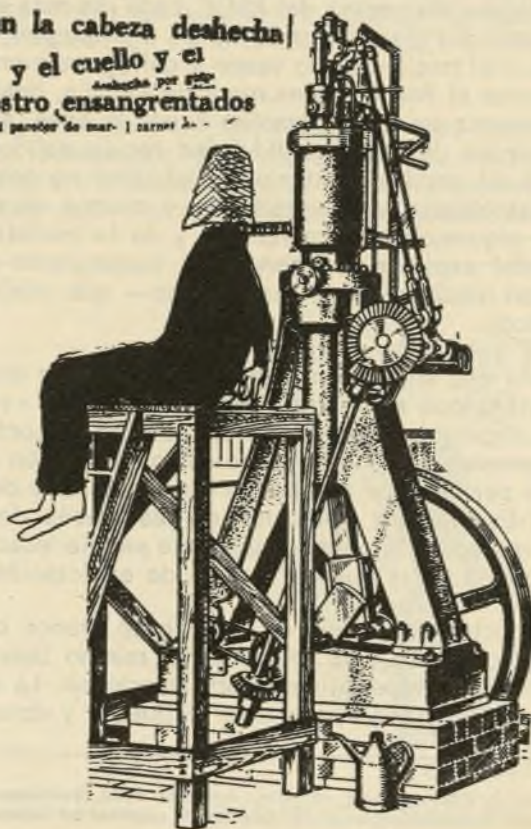
\* NDLR. Véase en este volumen: Antoliano Peña, *Veinticinco años de luchas estudiantiles*; Martín Zugastl, *El problema nacional vasco*; Santiago Fernández, *El movimiento nacional en Galicia*; Joan Roig, *Veinticinco años de movimiento nacional en Cataluña*.



de ser utilizadas contra las masas si la acción de éstas llegaba a poner en peligro a la dictadura. Una nueva prueba de la despolitización imperante en este periodo es la apatía con que las masas acogieron los llamamientos comunistas para luchar efectivamente contra la presencia de fuerzas militares extranjeras en nuestro suelo y en favor de la paz mundial.

Sin embargo, todo ello no logró evitar la lucha creciente de las masas contra la carestía de la vida que adquirió, en momentos, una clara significación política. Frente a la subida de los precios los trabajadores respondían con demandas de aumento de salario. El gobierno se vio obligado a revisar las reglamentaciones de trabajo y otorgar aumentos de jornales hasta de un 15 % en ciertas industrias. Con ello quedó demostrado que, aún bajo las difíciles condiciones de lucha clandestina e ilegal era posible la acción en favor de los intereses de los trabajadores. Esta comprobación habría de tener gran importancia en la evolución posterior de los acontecimientos.

**Muerto**  
con la cabeza deshecha  
y el cuello y el  
rostro ensangrentados  
al pasar de mar a tierra



Composición de Ges.



XAVIER FLORES

Las reflexiones que entraña el presente trabajo son el fruto de una experiencia de dieciocho años de exilio y de lucha política constante, ya sea en las organizaciones exiliadas o bien fuera de ellas, en pro del establecimiento de un régimen democrático en España. Tal vez algunos las juzguen intempestivas, y cierto es que lo hubieran sido hace diez años todavía cuando, frente al compacto monolitismo del régimen franquista, el hecho de criticar las carencias del exilio habría debilitado quizás su posición, cuanto más que los organismos políticos exiliados no tenían parangón en el interior y representaban la única fuerza activa contra la dictadura. Hoy, en cambio, el exilio políticamente activo se halla en minoría frente a los movimientos del interior. Este fenómeno de traslación de los polos candentes de la lucha contra el franquismo es probablemente el factor de mayor importancia de los últimos años y también el más esperanzador. Además, hace quince años cabía esperar una rectificación de los errores y una crítica pública hubiera sido prematura. Hoy, el callarlos no debilitaría ya más al exilio de lo que está y contribuiría a mantener esperanzas infundadas en el interior. Por ello, sin menospreciar cuanto de positivo se sigue haciendo fuera del país, creo oportuno explicar claramente mi actitud acerca de la situación actual de los organismos políticos exiliados y de su trayectoria a lo largo de un cuarto de siglo.

Desde mi punto de vista y sin pretensión alguna de infalibilidad, los dirigentes políticos republicanos tenían, al dejar la patria en 1939, tres deberes fundamentales que cumplir:

- denunciar ante el mundo democrático los abusos del nuevo régimen;
- mantener el contacto con la realidad interior y seguir su evolución día tras día;
- formar un frente común de la oposición en torno a un programa concreto, mantener este programa al día procediendo periódicamente a su revisión, y difundirlo por todo el país.

Es indudable que, salvo el primero de estos deberes que desde entonces hasta hoy cumplieron incansablemente los exiliados, los demás no eran ni siquiera concebibles durante los años de la última guerra mundial. Desperdigados fuera de España, perseguidos por

una Gestapo cómplice de Franco, los exiliados atendieron a lo primordial: sobrevivir a la tempestad que se había abatido sobre el mundo civilizado.

Muchos marcharon a América; otros quedaron en Francia, y de éstos decenas de miles murieron luchando en los «maquis» de la resistencia o en los campos de concentración alemanes. Todavía está escribir esta gigantesca epopeya del exilio amasada, y nunca se aplicarán mejor estas palabras, con sangre, sudor y lágrimas. Independientemente de sus fracasos políticos — y precisamente porque ahora nos ocuparemos de ellos — hemos de hacer constar que la emigración española ha servido al máximo, como ninguna otra, el prestigio de España en el mundo. Sea creando cátedras y editoriales en América, sea muriendo por la libertad y la democracia en los campos de batalla de Europa, los españoles exiliados han adquirido cartas de nobleza para España que constituirán, el día que pueda escribirse libremente la historia en nuestro país, uno de sus capítulos más hermosos e imperecederos.

Desgraciadamente, no podemos decir que los demás deberes, los estrictamente relacionados con la restauración de la democracia en España, se cumplieron con igual fortuna. Tal vez se deba esto a la conjunción de dos factores capitales: el traumatismo causado por la derrota de 1939 y las falsas esperanzas alimentadas por el mundo occidental en 1945. A esta hipócrita actitud de los Aliados, que no tenían la firme intención de abordar el problema español pero querían calmar su mala conciencia con proclamaciones grandilocuentes en las tribunas de las Naciones Unidas, se debe que el exilio haya caído en un providencialismo del que hasta hoy no ha logrado deshacerse. Y aunque la providencia fue cambiando sucesivamente de nombre — Roosevelt, Truman, Eisenhower, Kennedy, Johnson... —, hasta ahora no ha dado el menor fruto como no sea el de una complicidad cada día mayor con el régimen de Franco.

Hoy es inútil llamarse a engaño. Lo era ya en 1946, cuando las Naciones Unidas limitaron sus sanciones a una simple retirada de embajadores, cosa que nunca acabó con ninguna dictadura. Al obrar de esta forma, los Aliados consolidaron a Franco y causaron gravísimos perjuicios al pueblo español. Más aún, al no acabar con la dictadura y rechazarle más tarde el Plan



Marshall, no hicieron más que prolongar inútilmente el hambre de un pueblo humillado y vencido\*. Provistos ya de la experiencia de la famosa «no intervención» que en definitiva sólo sirvió para privar de recursos al gobierno de la República y facilitar la intervención germano italiana, el exilio debió darse cuenta pronto que de puros verbalismos no saldría nada eficaz. Pero su capacidad de fe en la Providencia era inagotable y no quiso ver la realidad; en vez de consolidar cada vez más sus fuerzas en torno a un frente unido y a un programa único, se consagró al poco tiempo a triturarse y a desparramarse inútilmente. Al acabar la segunda guerra mundial, cuando cabía la esperanza de que los Aliados apoyaran enérgicamente una solución democrática para el problema español, los exilados formaron el gobierno Giral, ejemplo de frente único de la oposición donde colaboraron íntimamente Unión Republicana, Izquierda Republicana, el Partido Socialista, la CNT, el Partido Comunista, los Nacionalistas Vascos, la Esquerra Catalana e incluso los gallegos representados por el escritor y político Alfonso Castelao. Esta unión, mal que bien, duró el espacio de dos gobiernos: el gobierno Giral y el gobierno Llopis. Pero, al constituirse el gobierno Albornoz, de toda aquella colección de partidos no quedaban ya más que Unión e Izquierda Republicana, los socialistas catalanes y el Partido Federal, en vías ya de franca desaparición, que se incorporó entonces por vez primera al gobierno. Los sucesivos gobiernos formados por Gordón Ordás, Herrera y Sánchez Albornoz fueron el signo de nuevas deserciones. Hoy, el gobierno se compone exclusivamente de republicanos, casi todos miembros de la Acción Republicana Democrática nacida de la fusión de Izquierda y Unión Republicana.

El factor central de este debilitamiento progresivo de la oposición republicana lo encontramos, doloroso es decirlo, en el Partido Socialista Obrero Español, más preocupado por desligarse de las Instituciones a fin de tener las manos libres para negociar con los monárquicos, que por consolidar un frente de toda la izquierda, lo cual, dada su condición de partido obrero, era un deber primordial para él. Contribuyó también al debilitamiento de las Instituciones exiladas la crónica costumbre de los demás partidos de subordinar su colaboración con el gobierno a la del Partido Socialista, como si su deber fuera ir a la zaga de hombres que ya no creían, ni poco ni mucho, en la República. Así, lo que al principio era un exilio unido en torno a un ejecutivo fuerte y todavía prestigioso, se fue convirtiendo progresivamente en una colección de reinos de taifas más propicios a servir de caldo de

cultivo de pequeños caciquismos que a la programación de una lucha verdaderamente eficaz contra la dictadura.

Nada ilustra mejor esto que la triste historia de los pactos firmados en vano por el exilio. En 1948, sin antes pensar si convenía presentar un frente unido a la derecha, el Partido Socialista concertó un pacto con la Confederación de Fuerzas Monárquicas «a base de constituir un gobierno provisional heterogéneo que, tras otorgar la amnistía y restablecer libertades elementales, organizase un plebiscito que permitiera al pueblo optar por el régimen político que prefiriera, régimen que todos se comprometerían a acatar»<sup>1</sup>. Poca vida tuvo este pacto que, según Prieto, se rompió al hacer pública su actitud Don Juan de Borbón, «quien no admite parecer, dictamen ni juicio adverso a sus derechos sucesorios al trono»<sup>2</sup>. Resulta un poco extraña esta afirmación, pues los socialistas debían conocer ya de memoria la actitud de Don Juan, expresada claramente en sus manifiestos de 1945 y 1947, así como en un documento de marzo de 1946, dirigido al general Franco, en el que el Pretendiente manifestaba la necesidad de «obstruir, en una palabra, todo intento de ataque o revisión de los postulados históricos capaces por sí solos de dar estabilidad a nuestra vida pública y en cuyo servicio se han realizado tantos

Composición de Ges



\* NDLR. Véase en el primer volumen de esta obra: Felipe Miera, La política exterior franquista y sus relaciones con los Estados Unidos de América.



sacrificios y ofrendado tantos dolores»<sup>3</sup>. Es más, su indignada protesta del 7 de abril de 1947 ante el proyecto de Ley de Sucesión de Franco no dejaba lugar a dudas: «ante tal tentativa — decía D. Juan — tengo el deber inexcusable de hacer la declaración solemne y pública del principio de legitimidad que encarno, de los derechos imprescriptibles de la soberanía reunidos en mi persona por la voluntad de la Providencia Divina...»<sup>4</sup>.

Más detallada es la tesis sostenida por Gordón Ordás de que el pacto se rompió «al enterarse los socialistas de que los monárquicos, por indicación de Don Juan y contrariamente a lo que habían suscrito, pedían que primero se implantara la monarquía y después se efectuasen las elecciones bajo la presidencia del régimen así instalado»<sup>5</sup>. Generosamente, Gordón Ordás no quiso entonces llevar más lejos el análisis, pues de haberlo hecho — y él estaba en condiciones de hacerlo — hubiera preguntado qué poderes tenía aquella fantasmagórica Confederación de Fuerzas Monárquicas para negociar con los socialistas. Estos debían saber que esos monárquicos no tenían facultades para condicionar la monarquía contra la voluntad de Don Juan, reiterada tantas veces, y que una negociación de esa índole sólo la podrían efectuar mandatarios debidamente provistos de credenciales firmadas por su amo y señor. Dada la estructura del pensamiento monárquico y el acatamiento incondicional que exige a la persona del Pretendiente, todo lo que no fuera eso era negociar en el vacío. Además, detrás de aquellos monárquicos no se ocultaba ninguna fuerza efectiva — cosa que debían haber estudiado los socialistas — para llevar a la práctica la instauración de un gobierno provisional. De ello se dieron entonces perfecta cuenta los republicanos al manifestar lo siguiente en un Informe reservado de Unión Republicana: «no sabemos ni nadie nos ha dicho que detrás del pacto haya una fuerza nacional o internacional capaz de hacerlo operante, único caso en que podría con fundamento hablarse de realidades que oponer a nuestros principios. Mientras esto no exista, no hay sino utopías frente a principios»<sup>6</sup>.

Los socialistas no lo entendieron así. Y no podían entenderlo, imbuidos como estaban de un irreprimible deseo de negociar con la derecha, aunque en realidad fuera una derecha fantasmagórica y, llegado el caso, aunque tuvieran que inventársela para darse el placer de hablar con ella. Este ha sido y sigue siendo el drama del Partido Socialista: en vez de dedicarse a consolidar la izquierda se ha dedicado a la caza de una derecha hipotética, sin querer darse cuenta de que mientras no se reforzara la izquierda en un frente común la derecha real no la consideraría nunca como interlocutora válida para ninguna clase de negociaciones. Ni entonces ni hoy se ponderó el peso real del personaje central de este primer pacto fracasado: Gil Robles. En vez de mirar si tenía una importancia real

porque se la daba la derecha del país (y para ello hacía falta que existiera esa derecha como tal, o sea, en forma de verdadero partido), el Partido Socialista se dedicó a darle él importancia a Gil Robles para crearse así una oposición con la cual negociar. El resultado es que al obrar de esta manera los socialistas no hicieron más que negociar con su propia sombra, lamentando después que no tuviera cuerpo suficiente para promover un mínimo de entusiasmo en el país. Entretanto, huelga decirlo, la verdadera derecha, la derecha «fetén» como dicen los castizos, seguía tan tranquila al frente de sus negocios o de sus cargos públicos, muy dispuesta a no negociar nunca mientras no tuviera que topar con una fuerza capaz de amenazarla seriamente.

Tal vez no sea exagerado decir que la raíz de esta actitud del Partido Socialista — que se adhirió públicamente al pacto de la OTAN al suscribirse éste — estriba en la necesidad de ofrecer a los Estados Unidos la visión de una futura España centrista y americanófila, con la esperanza de que, a cambio de ese espejismo, la Casa Blanca se decidiera a romper sus relaciones con Franco. En 1955, después de acusar de felonía a los Estados Unidos, los socialistas, sumidos en un verdadero ensueño político, declaraban todavía lo siguiente:

«¿En qué se basan nuestras esperanzas? En un aflojamiento de la tensión internacional, ya iniciado desde la Conferencia de los Cuatro Grandes celebrada en Ginebra, que, si prosigue, desvalorará el concurso de Franco a uno de los bandos beligerantes en potencia, y en un posible acuerdo prohibiendo el empleo de ingenios atómicos, acuerdo que inutilizaría a España como «portaaviones» terrestre y como aprovisionadora de portaaviones marítimos.

Bajo esas dos condiciones, quizá próximas a establecerse, los Estados Unidos carecerían de pretexto para mantener con Franco una alianza bochornosa. Encima, cesaría el predominio militar de Norteamérica sobre Europa occidental, recobrando los gobiernos de ésta una independencia que perdieron, con lo cual los partidos socialistas y las organizaciones sindicales recobrarían a su vez la libertad que de hecho tienen menoscabada por el deseo de no estorbar a sus respectivos gobiernos en el cumplimiento de compromisos derivados de la dañosa guerra fría actual y acrecidos por el temor a una pavorosa guerra futura.

Para cuando ese momento llegue, el Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores deberán comparecer ante las Internacionales, a fin de exigir a los partidos hermanos y a los sindicatos libres una actuación práctica, eficaz y decisiva, no limitada a declaraciones retóricas con las cuales disfrazaron hasta ahora su pasividad. Ya no habría motivo para persistir en ésta. Ningún temor la justificaría. Nuestro Partido, ostentando su honrosa inscripción en el socialismo democrático, del que nunca se desvió, ni aun en



las trágicas jornadas en que una lamentable insolidaridad, claramente visible entre afectuosas manifestaciones verbales, le empujó hacia tremendo y cruentísimo sacrificio, reclamaría apoyo decisivo de quienes antes nos abandonaron »<sup>7</sup>.

Huelga subrayar que diez años después ninguna de estas esperanzas se ha cumplido. Entretanto, la tensión Internacional atravesó muy diversos vaivenes, con momentos de hipotensión y de hipertensión, Francia recobró en la época del general de Gaulle la « Independencia perdida », pero de todo ello socialistas españoles no sacaron el menor fruto. Al contrario, en Bruselas, es esta Francia « Independiente » la que, unida a la Alemania « no independiente », ejerce toda su presión en favor del ingreso de la España actual en el Mercado Común. Así pues, uncir el problema español al carro de la guerra fría y disfrazarse de ovejas practicando una política de alianza con una derecha hipotética, que nos hace pensar ahora en la fracasada « operación Deferre », no le ha dado ningún resultado positivo al Partido Socialista.

Lo malo es que esta enfermedad, esta obsesión de inventarse una derecha, se extendió más tarde a todos los partidos de la oposición democrática. En 1956, un eminente universitario, Enrique Tierno Galván, lanzó tres hipótesis sobre la transición del régimen actual a otro, con arreglo a las cuales podría suceder que la futura forma de gobierno fuera elegida por el pueblo español, que, aun impuesta **de facto**, fuera posteriormente legitimada por la consulta al país, o bien, que fuera implantada sin previa ni posterior consulta al país.

Este documento, tan interesante como bien escrito, merecía sin duda alguna una contestación cordial y amistosa, pero nada más. Lo que no se podía hacer era tomar a Tierno Galván como representante de un partido político con fuerza suficiente para conmover los cimientos del régimen, cosa que además no pretendía el interesado. Dicho sea esto sin restarle mérito alguno a Tierno Galván que desde entonces ha seguido una trayectoria de verdadero sacrificio y adquirido una justa notoriedad internacional. Sin embargo, en febrero de 1957, excitados ante tamañas hipótesis, se reunieron casi todas las planas mayores del exilio para redactar una contestación en un tono tal que cualquiera que no estuviera al corriente de las cosas creería todavía hoy, al leerla, que estaban definiéndose colectivamente ante un sector importantísimo de la derecha del país. No otra cosa se desprende de la lectura del primer párrafo de esta contestación, a la que más tarde se dio el nombre de « Pacto de París », « Las fuerzas democráticas que suscriben han examinado con la atención que la importancia del caso requiere el documento que se nos ha presentado a nuestra consideración, en el que se indican distintas situaciones que pueden crearse en España después de la caída del régimen actual ». Ingenuamente añadían



Rodolfo Llopis, secretario general del PSOE. Caricatura de Cattolica.

a continuación: « No se nos dice en dicho documento cómo puede llegarse a la creación de esas situaciones, es decir, en virtud de qué acto o serie de actos, punto éste al que concedemos extraordinaria importancia, pues estamos seguros de que la manera de producirse la caída del régimen actual ha de condicionar si no determinar las situaciones o etapas inmediatamente posteriores a ella ». Luego, con el tono clásico de los conspiradores del siglo XIX, se añadía: « Sin embargo, no insistimos en ese silencio del documento, pues pensamos que cuando no se habla de ello en él es porque todavía no se puede o no se debe hablar. Respetamos el silencio en este momento, más no sin dejar constancia de la importancia decisiva que concedemos nosotros a esa cuestión, que tarde o temprano necesitará plantearse ». Al parecer, a ninguno de los firmantes se le ocurrió pensar que si el autor del documento silenciaba el acto o la serie de actos neces-



rios para acabar con el régimen, era porque carecía de fuerza y de medios para llevar nada a cabo.

Los partidos firmantes del « Pacto de París »<sup>9</sup> no lo entendieron así. Persuadidos de que estaban negociando de fuerza a fuerza se pronunciaron por el paso a un gobierno sin signo institucional encargado de celebrar elecciones para que el pueblo decidiera qué tipo de régimen habría de presidir los destinos del país. Después, sucedió lo de siempre: aunque la intención era muy noble, se quedó en lo que era, en mera intención, en pura espera del milagro. Tanto daba que se pronunciaran por un gobierno sin signo institucional como por un gobierno revolucionario. La Unión Española, de la que era miembro Tierno Galván, no representaba ninguna fuerza real y no podía, por tanto, hacer nada, ni en pro ni en contra de los partidos firmantes del pacto. Estos se quedaron con la ilusión de haber dialogado con el país y la gran muralla del franquismo siguió en pie, tan inmovible como antes. Después de tres meses de entusiasmo y cinco años de depresión nerviosa, al ver que el « pacto » no estaba ni vivo ni muerto, varios de los mismos partidos y la Izquierda Democrática Cristiana decidieron elaborar uno nuevo que, en definitiva, no es más que una versión atenuada y empeorada del anterior. Empeorada porque el nuevo pacto, titulado « Unión de Fuerzas Democráticas »<sup>10</sup>, contiene una cláusula estúpidamente injuriosa contra el Partido Comunista, al que se pone en parangón con el fascismo, y ablandada porque, si bien se sigue defendiendo la instauración de un gobierno sin signo institucional, se tiene cuidado de decir esta vez que, en caso de no producirse la situación prevista en el pacto, los firmantes « se reservan el derecho de adaptar su actitud, llegado el caso, a la significación y conducta de la situación que hubiese sido establecida ». Más claro; llegado el caso de una restauración monárquica, cada uno quedaría libre de hacer lo que diera la gana. Los socialistas, habida cuenta de los « intereses de la clase obrera » podrían situarse en la oposición de su Majestad, dejando en la estacada a los republicanos. Así lo interpretaron los monárquicos de Unión Española al afirmar que este párrafo del Pacto « evidencia la existencia de una clara evolución hacia la solución monárquica... »<sup>10</sup>. En efecto, si no existiera tal intención, el texto hubiera dicho: en caso de que se produzca una situación distinta de la que propugnamos, es decir, una restauración de la monarquía sin previa expresión de la voluntad del pueblo, nos opondremos rotundamente a esta nueva violación de la soberanía nacional.

El 24 de junio de 1961 se firmó y entregó a varias embajadas el pacto de la Unión de Fuerzas Democráticas. Hasta la fecha no dio el menor resultado ni suscitó nunca el más mínimo entusiasmo popular. Respecto de este texto, como de los anteriores, no creo necesario rectificar en lo más mínimo la crítica que formulé en la revista *Ibérica* en marzo de 1962: « Los

vicios fundamentales de estos pactos son, a mi juicio, los siguientes: se trata de pactos destinados mucho más a producir efectos en el exterior que en el interior; estos pactos no tienden a unir a todas las fuerzas opuestas al régimen no sólo en lo político sino también en lo económico y social y, debido a ello, no pasan de ser meras declaraciones de orden político que al no ir acompañadas de un verdadero programa para la restauración económica y social del país no suscitan el entusiasmo popular. Estos pactos — y esto es lo más grave — no prevén ninguna actividad más que la espera de que algo surja de fuera y lo resuelva todo. Reposan, en suma, en una especie de providencialismo más parecido a la lotería que a la política »<sup>11</sup>. Desgraciadamente, estas advertencias, formuladas también por otros muchos, no gozaron nunca de la menor audiencia en los partidos políticos. Prueba de ello es la parrafada romántica con que termina la resolución política adoptada por el IX Congreso de la UGT el 7 de agosto de 1965: « Coincidiendo los imperativos obreros con los nacionales en esta hora final del franquismo, ratificamos nuestra adhesión a la Unión de Fuerzas Democráticas por constituir la fórmula más adecuada para solucionar el problema político, instándola a reforzarse, dinamizarse y encabezar el vigoroso despertar de la conciencia cívica »<sup>12</sup>.

Lógico es preguntarse a qué obedece esta persistencia en el error, esta incapacidad de improvisar una táctica nueva, esa manía de colocarse periódicamente en situaciones archifracasadas ya, que nos hace pensar en el complejo de repetición de Freud. Aunque delicado, el diagnóstico de esta actitud es posible: después del doble traumatismo de la guerra civil de la guerra mundial, la muerte de la mayoría de los dirigentes políticos de la República y la dispersión forzosa de los exilados en una treintena de países europeos y latinoamericanos provocaron una reducción drástica de los sectores verdaderamente politizados. Partidos que eran grandes latifundios políticos en España quedaron reducido a pequeñísimos minifundios, anclados en el culto del pasado, cuyos militantes, en vez de renovarse se dedicaban a contar los recuerdos de la guerra civil, lo cual es humanamente comprensible pero políticamente negativo. Al margen de los minifundios, la gran masa de los exilados se dedicó a trabajar y a rehacer los hogares deshechos »<sup>13</sup>. Pasaron los años, continuaron muriendo grandes figuras — hoy no quedan ya más de cinco o seis a lo sumo y unos pocos políticos de segunda fila — algunos no carentes de talento — se apoderaron definitivamente de los minifundios, transformando en *res privata* lo que había sido antaño *res publica*. Pasaron más años todavía, surgieron nuevas ideas y nuevas generaciones, vinieron de España otros hombres, dispuestos a colaborar con los exilados, a ayudarles a renovar los partidos y a programar un futuro, pero agazapados en sus tiendas y temerosos de que les discutieran sus méritos



o sus puestos, los nuevos líderes los recibieron con la típica prevención del que no está seguro de sí mismo. Sólo en algunas revistas independientes<sup>14</sup> y en el gobierno republicano, en la época del presidente Gordón Ordás y del difunto ministro Salvador Echevarría, encontraron las nuevas generaciones una actitud verdaderamente generosa y abierta. En los partidos, los que se incorporaron a ellos lucharon en vano por introducir nuevas ideas en una atmósfera viciada por largos años de aislamiento de la realidad del país; uno tras otro fracasaron casi todos. Algunos se retiraron de la política militante, otros se fueron al Partido Comunista, el único que por su dinámica revolucionaria ha logrado atraer pese a sus defectos a un número cada día mayor de gente nueva.

Creo que nadie ha definido mejor que Vicente Girbau el contenido de esta doble actitud de espera en la presión exterior y de desconfianza respecto del interior. La presión exterior, decía Girbau en 1959, «es una idea que, de un modo más o menos explícito, predomina en las organizaciones exiladas. La razón psicológica profunda, desde luego no consciente, me parece estar en la desconfianza instintiva con respecto a todo lo que sale de la España actual; es la idea, repito que no explícita, de que España es un cuerpo infectado por la gangrena franquista, de que toda la pureza de España y la esperanza de curación reside en lo que ellos se llevaron. Como saben que en sí mismos no tienen fuerza para la tarea de derribo, piensa instintivamente en un apoyo exterior. Pero esto es una pura ilusión; no sé si el mundo exterior apoyaría una solución con arraigo actual en el país y con perspectivas de éxito. Lo que desde luego es seguro, cada vez más seguro, es que no impondrá el fin del Régimen. Un sucedáneo de esta postura es el de la pura conspiración. Es la idea de que diferentes personas, o grupos, son los representantes reales de las diferentes corrientes ideológicas del país, y que bastará ponerlas de acuerdo en unos puntos para que este acuerdo represente a todo el país y arrolle al Régimen. Es patético a veces oír a algunas personas «pero, ¿con quién hay que tratar?». Y uno piensa entonces que con quien hay que tratar es con el pueblo español, que tiene que sacar espontáneamente de su entraña sus nuevos jefes. Esta idea de la conspiración toma a veces otro aspecto del general que va a pronunciarse y derribar al Régimen para el poder a las fuerzas conjuradas»<sup>15</sup>. Tampoco esta crítica tuvo la menor resonancia en los medios del exilio. En vez de mejorar, la situación continuó agravándose. Es curioso comprobar que a la impermeabilidad del régimen actual ante toda crítica sólo puede compararse la de los hombres que dirigen los partidos exilados, salvo honrosas y destacadas excepciones. Así, al paso de los años, el exilio político militante se ha quedado reducido a dimensiones esquemáticas, pues como no hay nada, y menos aún la vida humana, que resista al paso del tiempo, también se

fueron muriendo muchas de las figuras de segunda fila que animaban la vida política. Los que aún quedan han acabado por creer, tal vez de buena fe, que ellos son, no ya los representantes de la oposición, sino la oposición misma, y que, por tanto, sin ellos ninguna actividad es legítima o valedera. Reducida a estos términos, es decir, a un conciliábulo de «personas distinguidas», no es extraño que esta oposición tenga la manía crónica de concertar pactos en el vacío, pese a su conocida ineficacia.

Distinta habría sido la realidad si la oposición exilada, en vez de desconectarse cada vez más del país, se hubiera preocupado por renovarse haciendo un generoso esfuerzo de asimilación de toda la gente nueva y procurando a la vez ponerse al servicio del interior. En suma, si en vez de **exteriorizar** la lucha hubiera procurado **interiorizarla** cada vez más, con una buena prensa, más ceñida al problema actual que al recuerdo del pasado, y con unos cuadros dirigentes renovados y situados tanto dentro como fuera. Con un poco más de modestia y de generosidad, los dirigentes políticos hubieran podido crear una resistencia nueva, de cara al futuro, y ofrecer a los españoles la imagen de la España que necesitan.

Contra este inmovilismo de la oposición se estrellaron las mejores intenciones. Incluso el presidente Gordón Ordás — uno de los pocos dirigentes republicanos que no perdió nunca contacto con la realidad del país — predicó inútilmente durante varios años la constitución de un frente democrático-liberal con un programa común. Gordón Ordás, cuyo anticomunismo no deja lugar a dudas, no proponía, pues, un «frente popular». Pero los socialistas, y tras ellos otros partidos, no quisieron seguirle. Volvamos a leer, por lo que tiene de novedad, a pesar de los años transcurridos, lo esen-

Leizaola, presidente del gobierno de Euzkadi. Dibujo de Cattolica.





cial del discurso que pronunció en Toulouse el 5 de diciembre de 1954:

« Para que lleguemos a alcanzar la meta de la unión común en una disciplina común y bajo una dirección común, me permito invitar a la constitución de un grupo representativo de todas las entidades españolas del signo antedicho (democrático-liberal) que pueda realizar, con independencia del gobierno, los tanteos internacionales que se jueguen convenientes y una propaganda intensiva orientada hacia el interior y distribuida en él principalmente, y para que llegue a proponer acuerdos, no solamente sobre los procedimientos de acción contra Franco y sus cómplices, sino también sobre los puntos esenciales que es necesario tener estudiados y aprobados para « después ». ¿ No seremos capaces de formar una Junta, Comisión o Comité, que el nombre no hace a la cosa, formado por uno o dos miembros de cada entidad o grupo de entidades federadas para que estudie el problema de la conjunción definitiva e incluso para que pueda actuar en su día ejecutivamente en nombre y representación de todos? A los fines de vuestra meditación y resolución lanzo esta idea desde esta tribuna.

« Yo me permito proponer desde ahora a esa futura Junta tan ampliamente representativa el estudio de acuerdos sobre los siete puntos que considero fundamentales, después naturalmente del previo de la lucha conjunta contra el régimen franquista: 1. Liquidación justa de la guerra civil; 2. Organización del Estado; 3. Bases para la solución de los problemas militar, religioso, agrario y crediticio; 4. Política de orden público; 5. Política económico-financiera; 6. Política internacional; 7. Bases para la reconstrucción nacional.

« Los conceptos básicos que han de dar contenido a estos siete puntos deben ser trazados políticamente, pero su desarrollo y planificación han de realizarse con las cooperaciones técnicas precisas, que las hay en el exilio y podrían encontrarse también en el interior. Esta labor para ser útil ha de ser lenta, pero repito que se trata con ella de obtener el programa común para « después », un programa nacional y no de partidos; entiéndase bien: nacional y no de partidos, porque esa orientación es la indiscutiblemente justa y la urgentemente necesaria y, por lo tanto, es la firme garantía de nuestro éxito en el empeño. Mientras se fuera elaborando poco a poco el programa para el futuro, la lucha política, económica y social contra el régimen franquista se iría desenvolviendo a la velocidad que los acontecimientos impusiesen. Son funciones que no se excluyen y pueden perfectamente efectuarse paralelamente. ¿ Seremos capaces de dar cima a la obra? Si queremos, sí. ¿ Se negarán a ello los elementos responsables de los partidos y de las sindicales? Deben pensarlo bien antes de decidirse a adoptar una actitud negativa o indiferente. La gran masa exilada y la inmensa masa del interior anhelan algo en que creer y desean encontrar una voluntad de lucha

a que adherirse. Si no queremos o no sabemos dársele acabarán ambas por prescindir de todos nosotros y se correría el riesgo de una inconexa acción revolucionaria desde abajo que barriese todo lo actual, el poder y la oposición. Entonces serían estériles las lamentaciones y la responsabilidad contrada por nosotros con nuestra incuria, enorme »<sup>16</sup>.

Más tarde, el 13 de febrero de 1955, el 2 de mayo de 1956, el 18 y el 20 de julio de 1958, el presidente Gerdón Ordás reiteró su oferta a los dirigentes de los partidos políticos (excluido el Partido Comunista), pero éstos, convencidos de que lo fundamental era la caza de la derecha y la espera del milagro de un cambio de actitud del gobierno de los Estados Unidos, no hicieron el menor caso de estas exhortaciones.

Cada partido continuó por su lado, consagrado a sus recuerdos y a sus esperanzas. Ciertamente es que entre tanto asistimos a la firma de llamado Pacto de París y de la Unión de Fuerzas Democráticas, dos instrumentos que podrían hacernos creer que la oposición estaba unida como un solo hombre para abordar las tareas del porvenir, si no conociéramos lo que significan estos pactos: meras expresiones del deseo de que caiga Franco. Ni menos, ni más tampoco. ¿ Y después? Nadie contesta a esta pregunta fundamental, tal vez porque quienes debieran contestarla se imaginan que la suprema aspiración de España es retornar, pura y simplemente, al sistema de la segunda República. En definitiva, el franquismo no habría sido más que un doloroso interregno en la espera del « empalme ». La misma actitud encontramos en los monárquicos con la salvedad de que para ellos el interregno abarca también los cinco años que duró la República. Pero el pueblo español espera otra cosa: que se le ofrezca un nuevo régimen con un contenido y una reformas muy concretas. Mientras esto no se haga es inútil esperar que la presión popular se coordine y canalice hacia objetivos más amplios que los de las pasadas huelgas. En este estado de debilidad, fraccionamiento y falta de preparación respecto del futuro, abordamos la reunión de Munich en junio de 1962. No cabe duda de que esta reunión fue un acontecimiento nacional e internacional de cierta importancia. Por vez primera desde la guerra civil 118 españoles procedentes de los más diversos sectores ideológicos del país (monárquicos, republicanos, socialistas, Frente de Liberación Popular, Acción Democrática, representantes de los organismos vascos y catalanes, demócratas cristianos de izquierda y de derecha) propugnaron por unanimidad ante el Congreso del Movimiento Europeo los siguientes puntos: 1) La instauración de instituciones auténticamente representativas y democráticas que garanticen que el gobierno se basa en el consentimiento de los gobernados; 2) la efectiva garantía de todos los derechos de la persona humana, en especial los de libertad personal y de expresión, con supresión de la censura gubernativa; 3) el reconocimiento de la



personalidad de las distintas comunidades naturales; 4) el ejercicio de las libertades sindicales sobre bases democráticas y de la defensa por los trabajadores de sus derechos fundamentales, entre otros medios por el de la huelga; 5) la posibilidad de organización de corrientes de opinión y de partidos políticos con el reconocimiento de los derechos de la oposición. El objetivo de esta resolución no era, como lo dijo la prensa franquista, impedir la entrada de España en el Mercado Común, sino el ingreso del franquismo en el seno de una ordenación política y económica europea de carácter democrático. Por ello, después de los cinco puntos citados, el Congreso del Movimiento Europeo expresó su «fundada esperanza de que la evolución con arreglo a las anteriores bases permitirá la incorporación de España a Europa, de la que es un elemento esencial».

Ha transcurrido bastante tiempo como para que podamos juzgar los efectos reales de esta resolución. Hasta cierto punto impidió el ingreso del franquismo en el Mercado Común. Decimos hasta cierto punto porque los intereses económicos de Italia han pesado tanto y más — más bien más — que la resolución adoptada en Munich. Pero lo que nos interesa aquí es señalar — de cara al interior — algunos de los aspectos positivos y negativos de esta reunión. Entre los primeros figura ante todo la tenue liberalización a que se vio obligado el régimen, el hecho mismo del encuentro de personas pertenecientes a los dos bandos de la guerra civil y su coincidencia en la necesidad de una democratización del país. Fue también positivo poner frente a sus propias responsabilidades a una serie de gobernantes y de gobiernos cada vez más favorables al franquismo, obligando incluso al gobierno alemán a destaparse claramente. La escandalosa intervención del ministro von Merkatz, en nombre de su gobierno, para impedir que el Congreso del Movimiento Europeo hiciera suya la resolución presentada por los españoles, indicó claramente el cariz reaccionario que ha venido tomando esta Alemania de los monopolios y lo poco que le preocupan las reglas más elementales de la democracia.

Veamos ahora los aspectos negativos. El análisis de las repercusiones de la reunión de Munich en España nos mostró que muchos sectores de la burguesía pequeña, media y alta desaprobaron formalmente este encuentro de la oposición del interior con la oposición del exilio. En estos sectores le fue bastante fácil al gobierno desencadenar el clásico reflejo patriótico contra los «enemigos de España». No analizaremos aquí el contenido del burdo silogismo dictatorial: Franco es España y todo lo que va contra Franco va contra España. El hecho es que el silogismo funcionó bastante bien, tan bien como en la época en que la Asamblea de las Naciones Unidas pronunció su condena contra el régimen.

¿A qué se debe esto? Sencillamente a que la oposi-

ción no había preparado como era debido el terreno. Si la resolución de Munich, en vez de caer como una bomba en un vacío político casi perfecto, hubiera sido la consecuencia de una larga labor de información y de coordinación de los sectores democráticos del interior, la virulenta campaña del gobierno no habría topado con un público desprevenido. Además, si esa resolución, en vez de expresar una coincidencia momentánea, en el tiempo y en el espacio, de diversos sectores de la oposición, hubiera sido la consecuencia de una coalición de fuerzas unidas en torno a un programa concreto, dotadas de una dirección común y empeñadas en ofrecer una apertura viable al país, sus efectos hubieran sido totalmente distintos.

En suma, en Munich se reprodujeron una vez más todos los defectos clásicos de la oposición republicana y socialista: providencialismo, exteriorización excesiva de la lucha, falta de coordinación y de programa y, en suma, falta total de táctica a corto y a largo plazo. Veamos uno por uno estos defectos. En primer lugar está el providencialismo. ¿Cuántas veces habrá que repetirles a los dirigentes de la oposición que el mayor de sus errores fue el de uncir el problema español al carro de la guerra fría? Nada podíamos ofrecer sino nuestra amistad, mercancía que en la balanza del Departamento de Estado no pesaba absolutamente nada al lado de las bases concedidas por Franco. En vano destrozó la oposición socialista la unidad forjada en tiempos del presidente Giral; en vano también se dedicó a clamar por el mundo adelante que era más anti-comunista que todos los presidentes de los Estados Unidos juntos, más «otamista» que los fundadores de la OTAN, más respetuosa de la religión católica que el propio Vaticano... Estas declaraciones platónicas, al lado de las ventajas materiales e inmediatas ofrecidas por Franco, no podían ni tomarse en consideración. Admitamos que, a título de ensayo, se hubiera hecho una o dos veces la experiencia de solicitar el apoyo de las democracias occidentales. *Errare humanum est...* y, al fin y al cabo, el mejor político también «peca siete veces por día». Pero al segundo fracaso se debió haber revisado la táctica. Lo inadmisibles es pecar setenta veces diarias durante veinte años, con la pretensión, además, de que eso es lo bueno y de que el que no está de acuerdo es un espía moscovita o cualquier otra cosa por el estilo. Lógico es que ante esta lamentable política, los hombres de las nuevas generaciones rechacen una «experiencia» que no es más que un tejido de fracasos. No hace falta ser un lince ni haber leído a Maquiavelo para saber que una oposición no tiene la menor audiencia fuera mientras no constituye verdaderamente un problema dentro.

Pero esto supone, claro está, interiorizar al máximo la lucha. He ahí el segundo defecto, hijo del primero. El Partido Comunista cuidó mucho de no caer en él y hoy la presencia de células comunistas en España es una realidad reconocida por el propio régimen. Y es que



en vez de esperar una intervención de la URSS en los asuntos españoles, los comunistas se dedicaron desde el día siguiente de la guerra civil a reconstituir pacientemente sus células en el interior, sin temor a que de esta renovación brotaran nuevos dirigentes. Los demás partidos adoptaron la óptica contraria; la fundamental para ellos era la constitución de agrupaciones en el exilio, el mantenimiento de los viejos dirigentes y la espera de la intervención americana. El resultado es que cada vez es menor su audiencia en el país.

Como todo va ligado, esta exteriorización crónica nos explica por qué no hay coordinación ni programa común en la oposición del exilio. Ciertamente es que hacen las veces las declaraciones o « pactos » que se lanzan periódicamente mirando de reojo hacia Washington pero sin la menor convicción de que vayan a tener efecto y sin voluntad efectiva de luchar por darles un mínimo de vida. Pero estos pactos sirven, cuando más, para que sus firmantes reiteren de nuevo su fe en la democracia, en las libertades fundamentales y en los derechos del hombre, y se hagan la ilusión de que, con oírse decir, el país se va a poner inmediatamente en marcha. Una vez firmado el pacto se separan y esperan, hasta que, cansados de esperar, se reúnen otra vez y firman otro pacto.

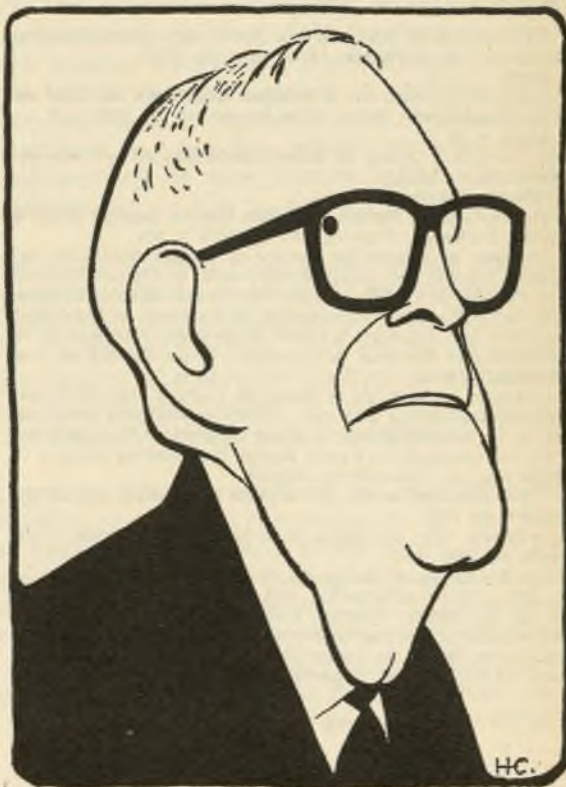
El resultado final de todo esto es la falta total de táctica a corto y a largo plazo. La táctica a corto plazo se redujo siempre a meras improvisaciones sin base seria de apoyo, aunque los preparativos de esas improvisaciones fueran a veces largos y enojosos. Por ejemplo, cada vez que se firmó un pacto no se proyectó la ejecución de un plan de actividades destinado a darle eficacia en lo inmediato, y cuando se hizo se cayó en el ridículo, como ocurrió en el Pacto de la Unión de Fuerzas Democráticas, donde se habla de no prestar colaboración al régimen. Pero ¿acaso el régimen solicitó alguna vez de la oposición que colaborara con él? En cuanto a la táctica a largo plazo, se redujo siempre a la espera del milagro, viniera de donde viniera.

Ahora bien, un pacto es una inversión política cuyo rendimiento no puede remitirse a las calendas griegas. Cuando un instrumento de esta naturaleza no se apoya en una realidad previa — un conjunto de fuerzas actuantes — no cabe esperar que tenga efectos positivos. Por otra parte, aun apoyándose en esas fuerzas, lo lógico es señalarle un plazo para la obtención de resultados, finalizado el cual se anula o rectifica el pacto. En vez de esto, cada vez que se firmó un pacto se le dejó luego morir de olvido y de consunción.

Parece difícil que, al cabo de un cuarto de siglo se enderecen las cosas y sigan otro derrotero. Sin embargo, aún podría el exilio prestarle un gran servicio a España. Si hoy es ya quimérico imaginar que los exilados han de volver a gobernar el país, por la sencilla razón de que los dirigentes han fallecido casi todos (¿de dónde sacaríamos ahora dos docenas de

ministros y subsecretarios, cincuenta gobernadores, amén de un centenar de embajadores?), les cabe en cambio una posibilidad: la de formar un frente verdadero con la finalidad primordial de ayudar a los hombres del interior a canalizar la oposición y, sobre todo, a elaborar un programa para el futuro del país basado en una crítica detenida y seria de las realidades sociales y económicas de la España actual. Al plan de desarrollo, cuyos defectos ha descrito el profesor Prados Arrarte, hay que oponerle las opciones democráticas de la oposición. A la crisis agraria, un programa de reformas a la altura de nuestro tiempo. Al problema de la enseñanza, soluciones verdaderas, habida cuenta de las posibilidades del país. Un exilio unido podría contribuir con medios poderosos a la elaboración de ese programa de renovación del país, y al hacerlo se renovaría a sí mismo y rebasaría el plano de la pura crítica negativa que, si sirve para denun-

Julio Alvarez del Vayo. Caricatura de Cattolica





ciar injusticias, no es suficiente para levantar una España nueva. Frente a las incertidumbres del propio régimen, que busca todavía el cauce de su continuidad, y a las inquietudes del pueblo que se pregunta a dónde vamos, los dirigentes de la oposición tienen hoy como ayer el deber de concentrarse aún más en la programación de la España futura que en la denuncia de los vicios del sistema actual, hartos conocidos de todos los españoles. España necesita un sistema de garantías políticas para todos sus hijos, sin exclusión de nadie, y un orden económico y social que asegure su estabilidad y su crecimiento en beneficio de todos. Este régimen nuevo que debe brotar de la entraña misma del país está todavía por definir. No se imagine nadie que con pronunciar las palabras « república » o « monarquía » ha dado con la varita mágica que desencadenará el milagro. Por ello, estimamos que el deber inexcusable de la oposición — tanto la

de dentro como la de fuera — estriba en formular conjuntamente el nuevo perfil de España, si de verdad quiere que seamos — como lo soñaba el inolvidable Fernando de los Ríos — « una comunidad de hombres libres en una sociedad económicamente disciplinada ». Tal vez estas pretensiones que exponemos aquí no pasen de ser lo que los ingleses califican de « wishful thinking », de toma de un deseo por una realidad. En ese caso, la unidad se hará un día, dentro, en España. Pero es posible que ésta pase antes por horas amargas de confusión que una oposición inteligente y consciente de sus deberes podría evitarle. De todas formas, la unidad al servicio del interior es hoy la única salida, cada vez más angosta, que se le ofrece al exilio. No le queda otra. Si no la adopta, terminará ocurriéndole lo que a Don Juan Tenorio en el último acto del drama: que estaba muerto y no se había dado cuenta todavía.

## NOTAS

1. Definición dada por Indalecio Prieto en « Monarquía con veredicto ». **El Socialista**, 14 de julio de 1960.
2. *Idem*.
3. Documento citado en el **Informe Reservado del CEN de Unión Republicana**, París, 24 de noviembre de 1948, p. 8.
4. *Idem*, p. 8.
5. Félix Gordón Ordás: **El deber republicano en la crisis española**, París, 1958, p. 16.
6. **Informe Reservado**, p. 11.
7. **Mensaje que el Partido Socialista Obrero Español dirige a España**, Toulouse, 15 de agosto de 1955, p. 13.
8. Firmaron el « Pacto de París » el Partido Socialista, Izquierda Republicana, Unión Republicana, el Partido Republicano Federal, el Partido Nacionalista Vasco, Acción Nacionalista Vasca, Esquerra Republicana de Cataluña, el Movimiento Socialista de Catalunya, la Unión General de Trabajadores, la Confederación Nacional del Trabajo y la Solidaridad de Trabajadores Vascos.
9. Firmaron el Pacto de la Unión de Fuerzas Democráticas: Izquierda Demócrata Cristiana, Acción Republicana Democrática, el Partido Socialista, la Unión General de Trabajadores, el Partido Nacionalista Vasco, Acción Nacionalista Vasca y la Solidaridad de Trabajadores Vascos.
10. Discurso pronunciado por Joaquín Satrústegui el 5 de noviembre de 1961.
11. « España 1961: las tareas de la oposición », **Ibérica**, 15 de marzo de 1962, p. 7.
12. **Le Socialiste**, 12 de agosto de 1965.
13. Con singular penetración, una de las figuras más brillantes del socialismo español, Luis Araquistáin, describía el problema de la emigración política en carta dirigida el 16 de octubre de 1955 a un amigo residente en América: « Como usted vio en Toulouse, el partido de la emigración es un gran

gesto romántico y heroico, sin ninguna eficacia política: una admirable Numancia errante que prefiere morir gradualmente a darse por vencida. Emigramos por instinto de conservación, para que no nos mataran, como lo hubieran hecho de haberlos quedado, y ahora creemos que nos fuimos por dignidad y que por dignidad no debemos volver, ni siquiera en una visita de placer o de nostalgia, aunque no nos pasara nada, como usted oyó en nuestro congreso. El partido en el exilio se está muriendo de muerte natural, consumido por la acción del tiempo. Ya han muerto casi todos los jefes. En Méjico acaba de fallecer bruscamente Trifón Gómez, acaso el mejor hombre de gobierno que hemos tenido. Morirán poco a poco los que quedan y acabaremos muriéndonos todos. Y no se puede renovar: los hijos de los emigrados se desinteresan del partido y la mayoría hasta de España y de su lengua. El partido, como todos los partidos de la emigración, de todas las emigraciones, es un cadáver político insepulto cuyos afiliados vamos enterrando físicamente día a día. Nuestras únicas señales de vida son los gritos de resentimiento y desesperación por la república y la patria perdidas. El partido hay que recrearlo en el interior ». Algunas de estas ideas las recogió Araquistáin en su obra **El pensamiento español contemporáneo** (p. 152-153), publicado después de su muerte por la Editorial Losada.

14. Cabe citar, en particular, **Ibérica**, siempre atenta a las nuevas ideas, **Tribuna Socialista**, **Boletín de Información** publicado por el Congreso para la Libertad de la Cultura, y **España Republicana** de Buenos Aires.

15. Respuestas a una encuesta de **Les Temps Modernes**, **Agrupación Socialista Universitaria**, París, 20 de junio de 1959, p. 19-20.

16. **Hacia una revisión de nuestra política en el exilio**, París, 1955, p. 30-31.



# La oposición política en España: 1956-1966

JORGE SEMPRUN

1. ¿Cuál es el objeto de este ensayo? Tal vez resulte necesario delimitarlo de antemano, con la mayor precisión posible. Su título, en efecto, parece referirse a una exposición de la historia política española —o al menos de una parte de ésta, apresada desde el ángulo de visión de las fuerzas de oposición— durante el último decenio. Semejante empresa (un historial pormenorizado de los grupos y partidos políticos de oposición, de sus programas, cuando los hubiere, de sus acciones, alianzas y contradicciones) no niego que pueda ser útil, hasta necesaria. Pero no puede tratarse aquí de empresa semejante. Primero, porque rebasaría, o dilataría indebidamente, dada la arquitectura general de este **Suplemento**, los límites disponibles. Pero también —razón de mayor peso— porque una historia pormenorizada de la oposición política española exigiría volver reiterativamente sobre la realidad económico-social, ya abordada, y con autoridad y acierto, en otros ensayos de esta obra colectiva. Resulta, por todo ello, más interesante, más fructífero hoy por hoy, elegir un enfoque teórico: o sea, plantearse, no la **historia** sino la **problemática** de este período, apoyándonos en los resultados de los trabajos de este mismo **Suplemento** en que se analiza el fondo estructural de la realidad española de hoy<sup>1</sup>.

Desde este enfoque, lo que se intenta aprehender no es el desarrollo serial de los acontecimientos, sino la evolución de una problemática objetiva, frente a la cual, ajustadas o desajustadas, —se tratará de esclarecerlo— se presentan las respuestas, programáticas y estratégicas, de las fuerzas políticas de oposición. En fin de cuentas: ¿qué visión de la realidad española ha ido elaborando, si es que lo ha hecho, la oposición política, a lo largo de este último decenio? ¿En qué medida ha influido la oposición sobre la coyuntura nacional, para configurar, no sólo la situación actual sino también la perspectiva previsible?

2. Una cuestión, sin embargo, se impone como previa. ¿Puede hablarse de **oposición** política, globalizando y singularizando así la diversidad, y acaso la discordancia, de las acciones de lucha producidas a lo largo del decenio? Resulta imposible, a todas luces. No ha habido, a lo largo del decenio, **oposición**, sino **oposiciones**, lo cual, por otra parte, se comprende perfectamente, dada la concreta situación histórica de nuestro país. Oposiciones, pues, pluralizadas, sectoriales, profundamente marcadas por los antagonismos de clase fundamentales de la sociedad española. El primer tópico que conviene, por tanto, arrinconar, al intentar elaborar conceptualmente la realidad de la lucha política en la España actual, es el de una simple dicotomía: por un lado, el pueblo; por otro, el régimen **sui generis** surgido de la victoria militar de 1939.



Esta dicotomía un tanto primitiva ha sido operante, y todavía lo es, de forma a veces abierta, a veces solapada, mediatizada, en los planteamientos políticos de alguna de las fuerzas de la oposición. Pero, antes de examinar este punto, estrechamente relacionado con el problema de la posible unidad de aquellas fuerzas, será necesario, aunque sólo sea en el marco de un cuadro analítico, provisional, estudiar el origen y la disposición de los grupos y partidos de la oposición.

En primer lugar, tanto en función del orden lógico como del cronológico, habría que enumerar las fuerzas que constituyeron el Frente Popular, en 1936, o, más precisamente, que sostuvieron al gobierno de la República, durante la contienda civil. Fuerzas e instituciones (fantasmales éstas, aunque legítimas; inoperantes históricamente, aunque henchidas de razón y de derecho) cuya pervivencia se afina en el exilio, durante un periodo y en condiciones ya estudiadas en otro lugar de este **Suplemento**<sup>2</sup>.

Ulteriormente, en el país mismo, al estabilizarse por un lado la situación internacional —liquidadas las crisis más agudas, tanto en Europa como en Asia, de la primera fase de la llamada « guerra fría »— y al iniciar débilmente la economía española una fase de expansión, una vez terminada la recuperación autárquica, brutalmente fundada en la acumulación extensiva de la plusvalía nacional, de los años de posguerra, en el país mismo vemos surgir de nuevo los primeros brotes de una actividad política de oposición.

Protagonizan esta actividad reanudada —muy lenta y tímidamente reanudada, todo hay que decirlo— por un lado, las agrupaciones regionales **interiores** de ciertas fuerzas del exilio<sup>3</sup>. Por otro, fuerzas políticas tradicionales de la derecha, socialmente insertas en el conglomerado de clases y capas sociales en que se apoyaba el Movimiento, pero políticamente desposeídas de instrumentos autónomos de acción, desde la unificación autoritaria y burocrática de 1937. Fuerzas, concretamente, encapsuladas en la tradición de la CEDA y del conservadurismo dinástico español. Ahora bien, junto a esas fuerzas, en cierto modo tradicionales, surgen en 1956, o sea, al iniciarse el período cuya problemática nos ocupa hoy, grupos originales, inéditos, portadores, al menos en sus inicios, de una visión y de un lenguaje político nuevos, de los cuales, el más significativo ha sido sin duda alguna el **Frente de Liberación Popular**<sup>4</sup>.

3. Si nos propusiéramos establecer un cierto orden analítico en la maraña de grupos y partidos de la oposición —algunos de efímera existencia; de escasa eficacia otros<sup>5</sup>—, cuya actividad se ha desplegado en España, de una u otra forma, a lo largo del decenio examinado, sería necesario clasificarlos en función del siguiente cuadro:

Fuerzas e instituciones del exilio	—	Fuerzas del interior
Oposición tradicional	—	Nueva oposición
Grupos tradicionales	—	Nuevos grupos

La primera clasificación (fuerzas del exilio, fuerzas del interior) es la más elemental, la más evidente. Se establece según las coordenadas geográficas que son el resultado de determinados acontecimientos históricos (o sea, la victoria militar franquista de 1939). Ante esta innegable divisoria, caben dos actitudes extremas, erróneas ambas, que conviene apuntar aquí. La primera tiende a superponer, identificándolos y confundiéndolos, los conceptos de **exilio** y de **pasado**, como si los grupos que compusieron el bloque de fuerzas derrotadas en la guerra civil no tuvieran ya vigencia en la España real. Es bien conocida esta conse-



cuenta orientación de la propaganda oficial del régimen, que pretende desahuciar del presente histórico —y por tanto, de la solución de los problemas institucionales pendientes— a las fuerzas políticas del bloque republicano de antaño. Pero no es menos evidente que esta pretensión no resulta totalmente operativa. Entre los grupos del exilio, los hay que no sólo tienen representación interior, sino que han desempeñado un papel —a veces decisivo, otras orientador, pero siempre estimable— en la reactivación de la vida política, y de las luchas de masa, muy particularmente en este último decenio. En menor o mayor medida, esto resulta incuestionable en relación con fuerzas del exilio como son el Partido Comunista de España, el Partido Socialista Obrero Español, el Partido Nacionalista Vasco, la Confederación Nacional del Trabajo, pongamos por caso. Estas fuerzas, a pesar de radicar en el exilio los núcleos básicos de sus direcciones; de celebrarse en el exilio sus Congresos o asambleas ejecutivas, forman parte indisoluble de la oposición interior, y todo intento de apartarlas de una alternativa democrática al régimen actual —viniera de donde viniese dicho intento— chocaría con la realidad de su existencia, de su actividad, de su relativo peso específico.

La segunda actitud que aquí quería mencionar, a este respecto, es radicalmente diferente. Consiste en la pretensión de negar —o de difuminar, de esfumar, al menos— toda oposición, toda divisoria, entre el exilio y el interior. Se manifiesta esta tendencia en los aparatos políticos emigrados de los grupos que han sabido mantener, y acaso desarrollar, su influencia en el país. La obsesión del monolitismo (que no es exclusivamente comunista, podría demostrarse documentalmente) alimenta esa tendencia, cuya figura ideológica culmina en la representación de unos partidos férreamente cohesionados en torno a sus direcciones, a las resoluciones de sus Congresos. Esta proyección ideológica se considera necesaria para mantener la disciplina y la eficacia de los grupos y partidos, pero en ella se oculta la realidad de los cambios producidos por más de veintisiete años de emigración política. A mi modo de ver, es evidente —y lo contrario sería milagroso, o sea inexplicable— que dentro de un mismo partido —el comunista, pongamos por caso— la contradicción entre el exilio y el interior no funciona sólo como accidente geográfico; se nutre de razones perfectamente objetivas, de muy diverso tipo. No se resuelve el problema negándolo, sino procurando que dicha contradicción, por otra parte inevitable, funcione como motor de un ajuste cada vez más certero a la realidad española, no sólo en el plano teórico (conocimiento real de la problemática de la sociedad capitalista española en expansión) sino también en el orgánico (composición de los organismos de dirección). Problema éste que todos los grupos afincados a la vez en el exilio y en el país tienen planteado, y que, a pesar de sus declaraciones propagandísticas de monolitismo, intentan resolver, de una u otra forma<sup>6</sup>. La segunda clasificación (oposición tradicional, nueva oposición) se rige por criterios más complejos que la primera, no meramente geográficos, sino histórico-políticos.

Se refleja en ella la aparición, junto a la oposición tradicional de las fuerzas del bloque derrotado en la guerra civil, de grupos desgajados del bloque franquista de poder y de nuevos grupos (de inspiración liberal, democristiana o marxista) surgidos al calor de la indudable reactivación de la vida política española, a lo largo del último decenio.

La tercera clasificación (grupos tradicionales, nuevos grupos) apunta más concretamente al hecho arriba mencionado, y conduciría a una investigación histórica, documental, del mantenimiento, o desaparición, de los grupos y partidos tradicionales, y del surgimiento, a veces efímero, coyuntural, de nuevos grupos.



4. Es claro que en el cuadro analítico anteriormente establecido (sin profundizar en los temas que suscita, sino únicamente para que funcione como sistema global de referencia), no sólo desarrollan ligazones binarias, horizontales, dentro de cada nivel de clasificación, sino también ligazones verticales. A través de unas y otras podría dibujarse la configuración dinámica de las fuerzas de oposición, de sus coincidencias y contradicciones. Sin embargo, más que entrar en el detalle de semejante análisis, lo que interesa hacer constar desde ahora, para los fines del presente ensayo, es la situación peculiar, específica, en que se encuentran dos de los movimientos políticos de la oposición: el movimiento comunista y el movimiento demócrata-cristiano.

(Aquí, se impone abrir un paréntesis: Si digo **movimiento** comunista, no es por afán de originalidad, ni para diluir en este concepto más amplio la realidad indiscutible, y fuertemente estructurada, del **partido** comunista. Utilizo, en este caso, el concepto de movimiento para señalar una realidad sociológica, incuestionable a mi parecer: la realidad de una corriente, de una aspiración y de una actividad comunistas en nuestro país, que, a la vez, se encuadra y desborda continuamente los marcos forzosamente limitados del partido, **strictu sensu**, dadas las condiciones de clandestinidad. Por otra parte, esta distinción se ve autorizada por las formulaciones oficiales mismas del Partido Comunista. A partir de su Sexto Congreso (1960), en efecto, toda una serie de trabajos publicados en la prensa periódica del partido, relativamente a problemas de organización, establecen una distinción categorial entre **organización regular** y **organización irregular** (entre partido y movimiento, en fin de cuentas). La orientación hacia un partido de masas, perfilada en ese mismo congreso, y desde entonces tesoneramente mantenida (una de sus recientes manifestaciones puede verse en el artículo de Santiago Carrillo, **El fortalecimiento del Partido**, publicado en **Mundo Obrero**, n. 14, segunda quincena de junio de 1966) refleja la distancia objetiva que sigue mediando entre **partido** y **movimiento**, así como la voluntad comunista de achicar esa distancia, intentando hacer penetrar las estructuras orgánicas en la profundida del movimiento real.

Ahora bien, lo novedoso en el **movimiento** comunista de nuestro país, en relación con la tradición comunista española (novedad que el concepto mismo se propone subrayar), sólo podrá ponerse plenamente de manifiesto en una situación de democracia política, y entonces puede que sorprenda a más de uno. Hoy por hoy, exigencias de la acción diaria, de la solidaridad interna —entendida a veces de forma cuasi mítica— frente a una situación en cambio constante, y que no corresponde a las previsiones oficiales, tienden a oscurecer los rasgos originales en vías de cristalización, y a proyectar como generalmente válida la imagen que de sí mismo elabora, ideológicamente, el aparato clandestino del partido.

A mi modo de ver, la novedad actual del movimiento comunista tiende a perfilarse en torno a dos hechos fundamentales. Por un lado, la consolidación de la influencia comunista en el nuevo movimiento obrero, cuya configuración orgánica se centra en el desarrollo de las comisiones obreras. No se trata aquí, claro está, de examinar a fondo las características de este movimiento de la clase obrera española<sup>7</sup>; baste con afirmar que constituye uno de los datos más importante de nuestra historia actual, al que dedicará una atención permanente el equipo de redactores y colaboradores de **Cuadernos de Ruedo Ibérico**. Ahora bien, tal vez resulte perogrullesco, trivial incluso, subrayar como un hecho nuevo la influencia del **partido de la clase obrera** en el movimiento sindical. Pensándolo mejor, sin embargo, podrá comprobarse que la novedad reside en la extensión (aspecto cuantitativo) y en el contenido (aspecto cualitativo) de dicha influencia. Tradicionalmente, en efecto, y si se examinan



los desarrollos de la historia española con un mínimo de objetividad científica, será forzoso concluir que la influencia comunista en la clase obrera de nuestro país había sido siempre minoritaria, muy sectorializada, y localizable en puntos o regiones no decisivas, en cuanto al peso político fundamental sobre el resto del país. Hasta la guerra civil, esa influencia estaba prácticamente monopolizada por las fuerzas socialistas y anarcosindicalistas, a pesar de los indudables progresos del Partido Comunista de 1934 a 1936. Durante la guerra civil, la influencia comunista creció, sin duda, considerablemente, pero ello se produjo en circunstancias muy peculiares y en virtud, tal vez principalmente, de la eficacia militar y administrativa del Partido Comunista en la zona republicana. La historia social interna de dicha zona aún está por escribir y sólo ese estudio podrá mostrar, en su detalle, la exacta composición social de las nuevas fuerzas comunistas, y dibujar el perfil ideológico del indiscutible aumento numérico del partido, igualmente debido —además de los factores internos mencionados— al carácter casi unilateral de la solidaridad internacional manifestada para con el gobierno de la República, por parte de la URSS y de la Internacional Comunista<sup>1</sup>.

En el período más reciente de nuestra historia, sin embargo, y muy especialmente en este último decenio, la influencia comunista se ha desarrollado considerablemente, tanto en extensión como en contenido, en la clase obrera de nuestro país, y ello, no sólo en detrimento de la influencia de otras fuerzas obreristas tradicionales, sino también entre la nueva clase obrera que el proceso de industrialización, primero, y la expansión monopolista, ulteriormente, han ido concentrando en las zonas fabriles, algunas de ellas implantadas en regiones hasta ahora exclusivamente agrarias.

Es claro, al menos para mí, pero supongo que también para todo observador atento, que dicha influencia comunista dista todavía mucho de ser **hegemónica** en la clase obrera. Diré más: ni siquiera puede afirmarse que conseguirá serlo, por un mero proceso acumulativo. La conquista de la hegemonía es un proceso complejo, difícil, que depende de múltiples factores, algunos de los cuales escapan radicalmente al voluntarismo revolucionario. En nuestro país, por ejemplo, y limitándonos a apuntaciones casi telegráficas, es evidente que la composición misma de la actual clase obrera; su formación como clase en un período que se caracteriza por la falta de democracia política y sindical, y, más recientemente, por la expansión de nivel de vida, la adquisición de nuevos modelos —urbanos y fácilmente alienantes— de civilización material y de cultura, etc., todo ello puede favorecer, aun sin tener en cuenta al impacto de factores políticos, subjetivos, la extensión y consolidación de una corriente reformista, hegemónica por los sectores socialdemócratas y socialcristianos del movimiento obrero.

Por otro lado, toda recaída, o más exactamente, toda perduración en el Partido Comunista de la tendencia instrumentalista, que lleva a considerar al movimiento sindical (en este caso, al movimiento de oposición obrera configurando en torno a las comisiones) como mera correa de transmisión entre el partido y la masas, puede tener consecuencias negativas, de mayor o menor alcance, para el futuro de la influencia comunista en el nuevo movimiento obrero español.

El segundo hecho, que conviene destacar, y en torno al cual puede subrayarse la novedad del movimiento comunista, relativamente a su propio pasado, es el que se refiere al surgimiento de una intelectualidad marxista, a lo largo del último decenio. Son estos años, en efecto, y sólo por aparente paradoja, años en que se constituye, por primera vez en la historia de nuestro movimiento obrero, un fuerte núcleo de intelectuales marxistas, que abarca las



disciplinas científicas más diversas. No coinciden, naturalmente, de manera geométrica, las fronteras de ese núcleo o capa de intelectualidad marxista con las de la organización estrictamente comunista. Aquéllas son más amplias, y el pensamiento de inspiración marxista se hace operante, no sólo en otros grupos políticos de la izquierda, sino en sectores universitarios o de investigación no encuadrados en formación política alguna.

Hecho éste radicalmente nuevo, sobre cuya importancia nunca se insistirá bastante. En el pasado, antes de la guerra civil, durante ella, ha habido en España intelectuales **comunistas**, y alguno de talla respetable. (Aunque tal vez fuera más exacto decir que ha habido poetas, pintores, novelistas comunistas). Pero no ha habido intelectuales **marxistas**. Al margen de la labor educativa, directamente política, y de escaso relieve, realizada por el partido mismo, la tarea marxista intelectual consistía exclusivamente en la traducción y difusión de las obras fundamentales del marxismo clásico. Tarea indiscutiblemente necesaria, y en España hasta encomiable, ya que el balance de una editorial como **Cénit**, por ejemplo, con la aportación personal de W. Roces, se sitúa a un nivel comparable al de otros países occidentales, en los que los partidos comunistas desempeñaban ya un papel político importante. (Por dar un solo ejemplo: todavía no existe una traducción completa al francés de **La Acumulación del Capital**, de Rosa Luxemburgo, obra ya asequible en versión española por los años treinta). Pero, con ser necesaria, es claro que dicha tarea de traducción sólo es un primer paso, de por sí poco significativo si no desemboca en la elaboración marxista original, no sólo de los problemas nacionales específicos, sino de la nueva problemática general del pensamiento marxista.

La importancia que entraña la existencia de una intelectualidad marxista en España (independientemente de las limitaciones objetivas impuestas por el régimen académico y la censura a su producción y a su actividad docente) se deriva del hecho siguiente: de que constituye la **posibilidad de una fusión**, a nivel de los tiempos, entre la teoría y el movimiento obrero, posibilidad no existente en el pasado. Así se crean las condiciones que hacen posible (pero en modo alguno inevitable, ni siquiera cierta) la solución de uno de los problemas fundamentales del movimiento de transformación revolucionaria de la sociedad. No es posible, en efecto, dicha transformación; ni siquiera es concebible la constitución de la clase obrera en clase hegemónica, de no realizarse esa fusión entre la teoría y el movimiento obrero. Toda la historia de los partidos comunistas, de sus aciertos y de sus errores, de su progresión y de su estancamiento, podría escribirse tomando por hilo rojo, conductor, el tema de la solución, o del aborto, de dicha problemática histórica<sup>9</sup>.

Ya sé que aquí abordamos un tema que nos apartaría del objeto concreto de este ensayo. Tampoco se me escapa que sobre esta cuestión existe una versión ortodoxa del movimiento comunista, que tiende a minimizar, cuando no a negar todo valor a dicha problemática. Según esa versión, la fusión de la teoría y del movimiento obrero fue un problema, en los orígenes de dicho movimiento, en su fase inicial. Ahora, sin embargo, desde que existen partidos comunistas, éstos serían la mediación orgánica natural en cuyo seno el movimiento se hace científico y la ciencia de la historia, se hace movimiento real. Así, según esa idílica versión, todo el problema se reduce a la adopción de medidas organizativas: todo consiste en administrar con la máxima eficacia el capital de **ciencia infusa** que en el partido ha encontrado su sede metafísica, y que se transmite, continua y naturalmente enriquecida, de comité central a comité central, o mejor dicho, de secretario general a secretario general, por los tiempos de los tiempos ¡así sea! Lo que en la configuración histórica actual del



marxismo chino se denomina **pensamiento de Mao Tse-tung**, ciencia universal y autosuficiente, sólo es la proyección ideológica más acabada y redondeada de una tendencia general, latente aquí, manifiesta allá, en todo el movimiento comunista. Tendencia que la radical insuficiencia doctrinal de la crítica al marxismo dogmático hace perdurar, con grave daño, no sólo teórico, sino práctico, para el movimiento revolucionario en su conjunto.

Volviendo al tema, repito que la existencia en España de una intelectualidad marxista —y con un criterio más amplio, podría hablarse de una intelectualidad para la cual el marxismo constituye, o bien un sistema de referencia global, o bien una metodología con refrendados títulos teóricos— establece la posibilidad de una nueva fusión, adecuada a la problemática objetiva actual, de la teoría y del movimiento obrero. Que esa posibilidad cristalice, o que se esfume, depende de múltiples factores. Pero era necesario señalarla, llamar sobre ella la atención, como rasgo históricamente original del movimiento comunista en España.

Cerrado el paréntesis —excesivamente largo, tal vez, pero reconozcamos que el tema se las trae— vuelvo a la afirmación que estaba en su raíz. A saber, la situación peculiar, específica, en que se encuentran tanto la democracia cristiana como el comunismo, relativamente a todos los demás grupos y partidos políticos de la oposición<sup>10</sup>.

Ambos movimientos, en efecto, y a diferencia de todos los demás, constituyen **ejes permanentes** de la actividad política de la oposición, a lo largo del último decenio, y en torno a sus opciones, sus relativas coincidencias, sus fundamentales contradicciones, se configura la elaboración de una alternativa a la actual situación, de una perspectiva racionalizada mediante programas y planteamientos institucionales. Ambos tienen sus raíces en la tradición histórica, pero ambos constituyen, a un tiempo, los polos orgánicos de la nueva oposición desarrollada en el país a partir de 1956. Fuerzas presentes en la guerra civil y en el exilio<sup>11</sup>, nunca han dejado de ser fuerzas del interior, y en el periodo que nos ocupa, fuerzas particularmente activas. Finalmente, **last but not least**, los dos movimientos ofrecen, frente a los demás grupos y grupúsculos, la singularidad de poseer una ideología global (o sea, una concepción del mundo en que se totalizan las visiones parciales de tal o cual sector de la realidad histórica) y de gozar del apoyo de estructuras político-sociales —estatales incluso— de dimensión internacional<sup>12</sup>.

Ahora bien, antes de examinar la correlación de fuerzas actual entre DC y PC —en gran medida determinante de la evolución política de la oposición y de la elaboración de una alternativa coherente— conviene precisar las profundas diferencias que separan a ambos grupos, en cuanto a sus orígenes, sus programas y su visión del porvenir.

5. Observada desde el exterior, con el relativo rigor a que pueda llegar el análisis de un proceso político-social, la trayectoria del Partido Comunista presenta, a lo largo de todo el periodo de poder franquista (ya sé que utilizo aquí un concepto simplista, pero suficientemente expresivo por el momento), una gran coherencia. Independientemente de los virajes tácticos, se manifiesta dicha coherencia por la unidad de los fines continuamente propuestos (derrocamiento del actual poder; restablecimiento de la democracia política) y por el contenido esencial de la estrategia aplicada (unidad y lucha de las masas). La continuidad de la actividad comunista, de su línea política y programática, desde que el Congreso de Sevilla (1932) arrinconara, según las orientaciones y con la ayuda decisiva de la Internacional Comunista, al grupo dirigente de entonces, caracterizado por su sectarismo, es algo in-



sistentemente se destaca en la visión, relativamente ideologizada, que el partido ofrece de su propia historia.

Es claro que una visión más dialéctica (es decir, a la vez interiorizada y objetivizada) de la historia del PC, mostraría los puntos de ruptura, los saltos cualitativos, la interferencia de la problemática nacional con la internacional, los procesos de desarrollo o de involución, el peso de los factores generacionales y personales, todos los fenómenos reales que han ido, en fin de cuentas, inscribiéndose en aquella continuidad formal, como respuestas, a veces ajustadas, a veces meramente ideológicas, a los cambios producidos en el espesor de la realidad nacional y mundial<sup>13</sup>.

En esa historia posible, el decenio que hoy nos ocupa merecerá especial atención. 1956 es un año, en efecto, durante el cual la lucha interna en los organismos de dirección del Partido Comunista —que culmina en el alejamiento de Vicente Uribe de la responsabilidad operativa máxima en el aparato clandestino— coincide con la reanudación de las luchas de masa, estudiantiles y obreras; con la aparición de nuevos grupos (ASU, FLP, IDC, PSAD, etc.); es el año en que se restablece paulatinamente un cierto diálogo, interrumpido desde hace tiempo, entre el Partido Comunista y otros grupos y partidos de la oposición<sup>14</sup>. Concretamente, en ese período comienzan a producirse, en el interior, ciertos contactos entre representantes de las corrientes de izquierda de la democracia cristiana y representantes autorizados de la dirección comunista.

¿De dónde viene esa corriente demócrata-cristiana, que comienza a manifestarse, débilmente, pero como entidad autónoma, por aquellas fechas? Es evidente que no surge *ex nihilo*. Por la utilización de ciertos temas ideológicos tradicionales; por la composición social de los estratos hacia los que proyecta su primerizo intento propagandístico y de organización<sup>15</sup>; por la personalidad misma de algunas de las cabezas visibles de sus diversas tendencias (Gil Robles, Giménez Fernández), es claro el entronque de esta DC con la CEDA de antaño. Pero no han pasado los años en balde: la experiencia nacional e internacional —la italiana, particularmente— imprime su sello, desde un comienzo, en los postulados, en el estilo mismo de actividad, de esta resurgida corriente demócrata-cristiana.

El entronque de la DC con la tradición «cedista» —o sea, con una configuración política de la derecha que ofrecía ya una serie de rasgos nuevos, relativamente al conservadurismo español— si explica parcialmente las raíces sociales del movimiento, no explica, en cambio, su historicidad, es decir, el por qué se produce ese resurgir autónomo en aquel preciso momento. En relación con este aspecto de la cuestión, lo determinante, en efecto, no es la tradición, sino el concreto nivel histórico alcanzado por la sociedad española surgida de la guerra civil. La culminación, hacia 1956, y en cuanto a lo esencial, de la tarea de reconstrucción económica; el desarrollo, hasta un nivel, cualitativamente diferente, del proceso de acumulación extensiva y de concentración monopolista, que se traduce por la implantación orgánica e irreversible del sistema de capitalismo monopolista de Estado<sup>16</sup>, esto es lo que determina la estructura objetiva en que se produce la desintegración progresiva del monopolismo ideológico-político del Movimiento Nacional. En ese proceso repercute asimismo el choque generacional que resulta de la preeminencia masiva, en la producción y en los aparatos de gestión social, de los españoles que no han participado en la guerra civil, y que, cualquiera que sea su enjuiciamiento de ese período, tienden a considerarla como un hecho histórico. Como repercute también la onda concéntrica de la expansión económica que está entonces produciéndose en todo el Occidente europeo capitalista.



Así, desde sus primeros pasos, la DC (utilizo aquí un concepto global, aunque, si se tratara de pormenorizar la historia de la democracia cristiana, habría que distinguir entre sus diversas corrientes y tendencias) pone de manifiesto la complejidad de su situación. Grupo de oposición —y como tal perseguido, y sometidos a prisión o exilio momentáneo algunos de sus máximos dirigentes—, siempre ha tenido, sin embargo, sus vinculaciones con el poder, sus representantes directos o indirectos en el bloque gobernante. Grupo ilegal, siempre ha podido utilizar, no obstante, las estructuras orgánicas legales de la Acción Católica, pongamos por caso, así como un determinado número de órganos de prensa y de publicaciones periódicas. Grupo político considerado con recelo colérico por la jerarquía eclesiástica —al menos por parte de ella y en una primera fase— siempre ha podido, sin embargo, acogerse al amparo tutelar de la Iglesia, que todos sabemos previsora del porvenir, y tanto más previsora cuanto más incierto éste se presente.

No parece necesario insistir en estos rasgos característicos de la democracia cristiana, hartos conocidos por otra parte, para subrayar la radical diferencia que la separa —como grupo político de oposición, y sin referirnos aquí a otros aspectos ideológicos o programáticos— del Partido Comunista, que ha tenido que orientarse hacia la conquista de las masas bajo el fuego cerrado de la represión policiaca. Fuego cerrado que no es mera metáfora, para quien recuerde los disparos del piquete de ejecución que segaron la vida de Julián Grimau, en fecha tan reciente como abril del 1963. Y es que la DC, como tal, ni se propone, ni tiene por qué proponerse, la transformación del **sistema social** español, sino tan sólo su racionalización: el ajuste de las estructuras del **régimen político** actual a las exigencias objetivas de la expansión neo-capitalista.

6. Pese a sus diferencias —o mejor dicho, hablando con rigor: **a causa** de esas diferencias— la democracia cristiana y el Partido Comunista constituyen hoy las dos fuerzas potencialmente hegemónicas de la oposición política en España, afirmación ésta que el análisis documental de las acciones obreras y universitarias realizadas durante el año de 1966 sentaría irrefutablemente.

**Potencialmente** hegemónicas: es decir, que ambas fuerzas reúnen las condiciones formales de una posición hegemónica, pero que ninguna de ellas ha conseguido todavía implantar en la realidad, de forma operativa, esa posibilidad, de forma operativa, esa posibilidad. En la perspectiva, tanto inmediata como a largo plazo, la lucha por esa posición hegemónica va a determinar, en cuanto a lo esencial, el desarrollo de la política de la oposición, y ello, en tres direcciones principales: 1) frente al régimen político actual, el contenido de una posible alternativa dependerá del predominio de una o de otra de ambas fuerzas, como también dependerá de este factor, 2) la configuración del sistema de alianzas de clase y de acuerdos políticos que abarque al conjunto de las fuerzas de oposición, y 3) en cuanto al tipo de acuerdo, más o menos transitorio, implícito o formalizado, que pueda establecerse entre DC y PC, con miras al desplazamiento de las actuales superestructuras políticas, su contenido variará, resulta fácil preverlo, en función de la posibilidad hegemónica que una cualquiera de ambas fuerzas haya conseguido imponer en la realidad<sup>17</sup>.

Ahora bien, el concepto de hegemonía no es un concepto meramente formal, o lógico; es un concepto histórico, de la praxis social. Ello quiere decir que ningún análisis formal, por delicado que sea, nos permitirá dictaminar en qué preciso momento, como si se tratara de una experiencia de laboratorio, tal o cual fuerza haya conquistado la hegemonía. Sólo desde la



interioridad de la acción histórica, a veces transparente, a veces —las más— opaca, se irá manifestando, a través de un proceso acumulativo, la realidad operativa de esa hegemonía, independientemente de la visión ideológica que una u otra fuerza ofrezca acerca de su posición y de sus posibilidades en la sociedad española.

Por otra parte, al hablar de hegemonía, hemos dado hasta ahora por supuestas la **voluntad** y la **capacidad** hegemónicas de las fuerzas que nos parecen determinantes, en la actual configuración político-social de la oposición española. Pero esa voluntad, esa capacidad, habría que demostrarlas. No es evidente, por ejemplo, y sólo un estudio profundo permitiría establecerlo con rigor suficiente, que exista ya, o que se den las condiciones para que exista en la perspectiva próxima, una voluntad, una capacidad hegemónicas de la clase obrera. Ciertos rasgos del nuevo movimiento obrero parecen apuntar en esa dirección; otros, sin embargo, y de mucho peso, parecen demostrar las limitaciones corporativas de dicho movimiento, su tendencia a una integración reformista en el sistema neocapitalista en vías de expansión. No puede sorprendernos, menos aún escandalizarnos, este último fenómeno: la clase obrera no tiene, por obra y gracia de su mera situación de clase, **vocación** hegemónica, y éste es un punto que el marxismo clásico, así como el leninismo, han subrayado suficientemente. El obrerismo metafísico, mesiánico, es totalmente extraño al auténtico espíritu del marxismo. La posibilidad de que la clase obrera se transforme en clase hegemónica —antes incluso de la transformación revolucionaria del sistema capitalista— depende de múltiples factores, de entre los cuales puede destacarse la visión que de su propia misión presentan a la clase los partidos obreros, a través de su táctica, de su política de alianzas y de sus programas.

En España, poco puede decirse, a este respecto, del PSOE, y de los grupos que le son afines. Predomina aquí el reformismo, la voluntad, calificada de modernista, de adaptarse al proceso de expansión neocapitalista<sup>18</sup>. Si volvemos los ojos hacia las formulaciones programáticas del Partido Comunista, veremos que las cosas se presentan de otra manera, más compleja, llena de contradicciones<sup>19</sup>. Por un lado, en efecto, y en relación con la táctica preconizada por el Partido Comunista para obtener el derrocamiento del actual régimen político, aparece visible la tentativa de imponer la hegemonía de clase obrera, como fuerza social determinante del proceso táctico propuesto, y del partido mismo, como fuerza política decisiva, de vanguardia, en el bloque de alianzas proyectado. La orientación consecuente hacia la Huelga General Política<sup>20</sup> de la clase obrera, materializa dicha tentativa hegemónica, como el celo receloso del partido por afirmar, en toda acción de masas, su preeminencia sobre todas las demás fuerzas, materializa su voluntad de constituir el elemento decisivo de todo bloque político de oposición, independientemente de que esa afirmación refleje la realidad de la correlación de fuerzas, o sólo sea una figura ideológica.

Por otro lado, sin embargo, y en relación con las formulaciones programáticas acerca del tipo de sociedad que haya de surgir, después del derrocamiento del actual régimen político, vemos desvanecerse toda pretensión hegemónica. Aquí, por debajo de algunas proclamaciones propagandísticas, de alguna referencia retórica a la vía española hacia el socialismo, lo que vemos dibujarse es el perfil de una sociedad capitalista —y de tipo arcaico, por añadidura, premonopolista, o sea, concebida ideológicamente por medio de la supresión del factor **dinámico** de la red de contradicciones que caracterizan al actual sistema de capitalismo monopolista de Estado<sup>21</sup>— en la cual sociedad la llamada **burguesía nacional no monopolista** gozaría forzosamente de la hegemonía política en el nuevo bloque de poder.

¿Cómo explicarse esta evidente contradicción entre las formulaciones tácticas, de aparente



pretensión hegemónica, y las programáticas, netamente reformistas, en cuanto a su contenido, y a pesar de su ropaje ideológico? Será preciso profundizar un poco más en el análisis de ambas.

Volvamos de nuevo la mirada a los planteamientos tácticos, en los que se materializa, a través de la consigna de Huelga General o Nacional, la visión que el Partido Comunista posee sobre la actual correlación de fuerzas entre el **poder** y el **pueblo**, y sobre su próximo desenlace. Varias observaciones se impondrán, después de un examen más detenido.

Una, en primer lugar, casi perogrullesca: y es que, no sólo ha sido irrealizable, hasta la fecha, la consigna de HGP o HNP, sino que, a medida que se proclama la maduración objetiva de sus condiciones, resulta que nos alejamos de su supuesta realización. En 1959, en efecto, pareció posible el éxito de tamaña empresa. El entusiasmo, la abnegación militante del aparato clandestino comunista, y de los grupos irregulares que se desenvolvían en torno suyo; el fabuloso esfuerzo de propaganda realizado durante larguísimas semanas, sin desmayo ni interrupción, pese a los golpes policíacos; el relativo desconcierto del gobierno, manifestado en diversas ocasiones; todo ello hizo pensar, y no sólo a los dirigentes comunistas, sino también a los de otras fuerzas de la posición, que la HNP del 18 junio podía ser un éxito, al menos relativo. Si la IDC se apartó, en el último momento, de la coalición de fuerzas que llamaban a la acción, no fue por considerar que se iba a un fracaso; ni tampoco, principalmente, y aunque fuese la razón invocada, porque una concepción instrumentalista de la unidad por parte de la dirección comunista impusiera a todas las demás fuerzas una fecha y unas condiciones decididas por cuenta propia para la acción proyectada; fue también porque la perspectiva de un éxito posible, y del subsiguiente papel hegemónico del Partido Comunista en el bloque de oposición, atemorizó a la IDC, la alineó junto a las fuerzas del orden, en función de esa íntima dualidad de la democracia cristiana que ya hemos señalado. En aquel momento —las cosas como son— tal vez la mayor resistencia a la acción proyectada hízose sensible en algunas organizaciones interiores, entre algunos cuadros regionales del propio Partido Comunista. Y ulteriormente, la reflexión sobre las causas del fracaso movió a algún dirigente comunista a la paulatina elaboración de nuevas tesis acerca de la realidad española. Una de las raíces de la discusión interna de 1963-1964 se encuentra, pues, en esa experiencia de la HNP de 1959<sup>22</sup>.

Tres años más tarde, cuando el movimiento **autónomo** de las masas<sup>23</sup> desplegó, a partir de Asturias, la potente oleada de huelgas de la primavera y del verano de 1962<sup>24</sup>, ni siquiera fue posible, a pesar de las circunstancias objetivamente favorables —al menos si los análisis del Partido Comunista hubiesen sido correctos— lanzar abiertamente la consigna de Huelga Nacional, latente y como emboscada, sin embargo, en todas las proclamaciones oficiales de aquel periodo.

Vuelven a pasar tres años, y a fines de abril de 1965 se produce el confuso episodio de la Jornada Nacional de Acción de la clase obrera, que en el País Vasco se concretizó en un llamamiento a la huelga general, con una semana de duración anunciada, y en otros lugares a una huelga de veinticuatro horas, el 30 de abril, enlazada con el proyecto de manifestaciones de calle el primero de mayo, sin que se consiguieran resultados apreciables ni en uno ni en otro caso. En esta ocasión, como en otras posteriores, de menor importancia, parece como si se manifestara cierta vacilación, cierta pragmática prudencia, en las orientaciones tácticas del Partido Comunista. Se mantiene intacto el valor de la consigna de Huelga General o Nacional; se sigue insistiendo en la maduración de las condiciones para realizarla; se afirma su



inevitabilidad, incluso su proximidad; pero a la acción, cuando las masas están en movimiento, cuando despliegan una actividad reivindicativa, de alto nivel, a través de su comisiones obreras, en la discusión de los contratos colectivos, etc., no llega a lanzarse nunca la consigna concreta de huelga general. Como si ésta dejara de ser la culminación anunciada de un complejo proceso de acción y de organización de las masas, para convertirse en una invocación cuasi mítica, en la espera siempre aplazada, pero siempre posible, ideológicamente, de un súbito estallido de lo real.

Una segunda observación se impone, si examinamos en lugar de su avatar histórico, el contenido mismo de la mencionada consigna. En la **Declaración del Partido Comunista de España ante el XXX aniversario del comienzo de la guerra civil** (junio de 1966), o sea, en el más reciente documento oficial que obre en mi poder, puede leerse lo que sigue: «La experiencia está demostrando que la Huelga Nacional preconizada por el Partido Comunista para evitar una nueva guerra civil, es perfectamente posible. ¡Sí, es posible, dado el carácter nacional de la oposición al franquismo, hacer coincidir en una coyuntura favorable la huelga general política de la clase obrera, con huelgas campesinas, huelgas de estudiantes y profesores, de empleados y funcionarios, de comerciantes e industriales! Es decir, es posible lograr la paralización del país con el consenso y la participación de los más amplios sectores sociales. Y es perfectamente posible, en tal caso, que obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales, sacerdotes, salgan a la calle exigiendo la desaparición de la dictadura, y la instauración de un gobierno democrático. En la actualidad, ante un movimiento de ese género, podría lograrse que el Ejército apoye al pueblo, o cuando menos que en su mayor parte no se oponga a la realización de tan justos propósitos».

Vemos aquí precisarse los rasgos a que ya hemos aludido. Se afirma la posibilidad de la huelga nacional, pero sin argumentarla, tautológicamente: es posible porque es posible, más aún, perfectamente posible. Se afirma que esa posibilidad será realizada en una «coyuntura favorable», que no se precisa y que mucho se asemeja al **deus ex machina** de nuestro teatro clásico, olvidándose aquí una de las principales enseñanzas del marxismo revolucionario: a saber, que las «coyunturas favorables» no se **dan**, sino que se crean; lo que se dan son las condiciones objetivas para **crear** las «coyunturas favorables». Se afirma como «perfectamente posible» la participación en esa acción de todos los sectores sociales, de la clase obrera al Ejército, pasando por los sacerdotes, los industriales y los comerciantes, cuando toda la experiencia revolucionaria mundial demuestra que ese tipo de acción en esas condiciones es perfectamente imposible. Se nos dirá que **España es diferente**, ya que, bajo este lema de castizo machismo, diversamente interpretado, coinciden hoy en extraño contubernio fuerzas ideológicamente dispares; pero contestaremos que no **tan** diferente como para escapar a la aplicación específica de la ciencia histórica del marxismo.

En fin de cuentas, y como el tema que hoy nos interesa es únicamente el de la **hegemonía**, diremos que la contradicción entre los planteamientos tácticos y los programáticos actuales del Partido Comunista sólo es aparente. Es decir, que la **voluntad hegemónica que parecía localizable en los primeros no es real, sino meramente ideológica**. No funciona al nivel operativo de la práctica social, sino al nivel ideal de las formulaciones automistificadoras. Bajo el subjetivismo izquierdista que se pone de manifiesto en la apreciación de la actual correlación de fuerzas, y en la previsión de su desenlace, lo que se despliega en realidad es un pragmatismo reformista, en cuya raíz se encuentra, entre otros factores, la incapacidad teórica actual, y tal vez transitoria, de los organismos dirigentes del Partido Comunista, para



apresar los profundos cambios cualitativos que se han producido en la sociedad española, y para elaborar, en función de las nuevas contradicciones operantes en el sistema social español, una estrategia de transformación socialista.

La democracia cristiana, por su parte, se encuentra en una situación radicalmente diferente, a la hora de plantearse los problemas de la hegemonía política. Como ya se ha dicho, la clase obrera y el Partido Comunista, para elaborar, primero, una visión hegemónica, y para implantar luego, como materialización de aquélla, un nuevo bloque histórico de fuerzas político-sociales, tiene que plantearse la transformación revolucionaria de la sociedad, de abajo arriba: desde las relaciones de producción y de propiedad, hasta la esfera cultural. Incluso cuando un partido comunista abandona, de hecho, toda pretensión hegemónica, limitándose a ser una fuerza de contrapeso crítico y reformista, en un sistema social globalmente aceptado, tiene que seguir formulando, al menos a nivel ideológico, su voluntad revolucionaria. Pero a la democracia cristiana le bastará con proponerse objetivos mucho más limitados: su hegemonía política, si llega a establecerla, en un bloque de fuerzas de centro-izquierda, o de centro-derecha, no exige la transformación radical de la sociedad capitalista, sino tan sólo una diferente estructuración de ésta. Ni las relaciones de producción, ni las de propiedad, ni el carácter del Estado, ni siquiera el contenido esencial del poder político necesitan ser transformados: se tratará tan sólo de una redistribución de funciones, profunda desde luego, pero dentro del mismo bloque histórico, ya secular, que ha ido cristalizando en torno a la hegemonía burguesa.

7. De todo lo antedicho se deducen fácilmente las contradicciones, los obstáculos, los malentendidos, que han ido entorpeciendo, haciéndolo hasta ahora infranqueable, el camino de la unidad entre las fuerzas de oposición. Y es que una parte de éstas —las de izquierda— se proponen, tienen que proponerse, en un mismo movimiento, los problemas relativos a la sustitución del actual **régimen político**, y aquellos que se refieren a la transformación del **sistema social**; o sea, con otras palabras, los problemas de la democracia y los del socialismo. Es claro que entre la solución de unos y otros median fases históricas, no descritas ni elaboradas en ningún libro sacro y que es posible, conceptual y programáticamente, distinguir entre ellas, poner entre paréntesis los problemas del futuro, al formular las condiciones de la unidad de hoy. Pero ninguna de esas distinciones conceptuales o programáticas impedirá que en la espesa inmediatez histórica incidan ya, acaso solapadamente, ideológicamente **enmascarados, los problemas sociales de la alternativa final**. El llamado **bloque de las cuatro clases** (clase obrera, compesinado, pequeña burguesía, burguesía nacional), de significación casi mítica en el movimiento comunista, desde las discusiones de la IC sobre la revolución china, sólo puede realizarse, transitoriamente, en una situación histórica muy determinada: cuando se da un factor nacional aglutinante, **por encima de las contradicciones de clase de un sistema económico de tipo colonial**, en una guerra de independencia antimperialista.

Por su parte, el otro sector de las fuerzas de oposición —las de centro, centro-izquierda y derecha— no sólo no tiene por qué plantearse los problemas de la transformación social, sino que **su función histórica consiste precisamente en asegurar, bajo un régimen político más adaptado a las exigencias del desarrollo monopolista, la permanencia, la continuidad del actual sistema social fundado en la propiedad privada-monopolística y estatal-monopolística de los medios esenciales de producción**. Desde este punto de vista, la actual presión de las fuerzas democristianas contra el régimen constituye un progreso importante, asesta un golpe



indudable a dicho régimen —y no verlo, subestimar este factor, sería demostrar un izquierdismo sectario, profundamente nefasto— pero constituye, a la vez, una de las mejores garantías de continuidad del sistema social, en su conjunto— y no verlo, no captar esta dualidad de funciones, según la proyección política inmediata o la perspectiva social a largo plazo, sería demostrar un pragmatismo reformista, igualmente nefasto.

En las fuerzas de izquierda de la oposición, la concepción de la unidad depende fundamentalmente de que el grupo en cuestión ponga el acento en los problemas de la **fase democrática**, o en los de la **fase socialista** del proceso revolucionario. Si lo pone en esta última —como suele ocurrir, al menos tendencialmente, en el FLP; muy abierta y consecuentemente en el grupo que gravita en torno a la revista **Acción Comunista**; de forma extremista, y hasta caricatural, en los efímeros grupos surgidos de las sucesivas escisiones de la tendencia pro-china— surge el peligro izquierdista de subestimación de la democracia política, como período insoslayable de acumulación de fuerzas, de organización multilateral de la hegemonía, con miras a las tareas últimas de la revolución. Si se pone el acento en la primera, la fase democrática —como suele ocurrir en las formulaciones unitarias del Partido Comunista (véase, por ejemplo, la ya citada **Declaración** con motivo del XXX aniversario del comienzo de la guerra civil)— surge el peligro contrario de subestimar la influencia que ya ejerce, en toda la problemática político-social, el carácter objetivamente socialista de la transformación revolucionaria planteada en España, en un sistema de capitalismo monopolista de Estado en expansión.

La elaboración por las fuerzas de izquierda de la oposición de un planteamiento unitario coherente, dialéctico, en el cual el espejuelo de los acuerdos políticos inmediatos, y necesarios, no enturbie el contenido de las alianzas de clase fundamentales, depende de forma decisiva de los aciertos del Partido Comunista a este respecto. Por su influencia, por la solidez de su aparato clandestino, por toda una serie de razones harto conocidas, el peso del PC es, en efecto, un factor determinante de la izquierda. Si no acertara a formular una estrategia unitaria adecuada a las exigencias reales de la sociedad española, podrá producirse un proceso de involución política de la izquierda, de fragmentación de sus fuerzas actuales y potenciales, que faciliten la constitución cristalizada de un bloque hegemónico de centro-derecha o de centro-izquierda, según las circunstancias.

Por su parte, las fuerzas de centro y de derecha de la oposición han ido elaborando una concepción de la unidad que se caracteriza por la exclusión, en todo acuerdo o pacto formal, del Partido Comunista. No se puede decir que dicha orientación haya tenido, hasta ahora, resultados considerables. Ni las confabulaciones con las fuerzas monárquicas; ni la constitución de la Unión de Fuerzas Democráticas; ni las proclamaciones de la momentáneamente famosa asamblea de Munich, han tenido vigencia práctica real, al nivel operativo de las acciones de masa en el país. Lo cual no quiere decir que este tipo de alianza, de significación casi académica hasta la fecha, no prefigure en cierto modo la posible constelación de fuerzas políticas de un porvenir liberalizado por la coincidente presión de factores objetivos, de una parte de la oposición y de un sector de las fuerzas del bloque actual de poder.

Desde otro punto de vista, a nivel no de los pactos o acuerdos formales, sino de la acción real de las masas, es cierto que el proceso unitario de estos últimos años ha sido más profundo, consiguiendo barrer o neutralizar algunos obstáculos tradicionales de tipo ideológico. El análisis de las acciones universitarias del último período (curso 1965-1966) en Cataluña; de las acciones obreras reivindicativas en toda España, lo pondría inequívocamente



de manifiesto. Ahora bien, al analizar dichas acciones, en cuanto a su contenido esencial, sus objetivos, conviene tener en cuenta, para no desorbitar utópicamente su significación, que se trata de movimientos que se sitúan, no sólo en el marco del actual sistema social, sino incluso dentro de la trayectoria evolutiva del régimen político hacia formas de poder autoritario más funcionales, más despersonalizadas; o sea, de movimientos que el actual régimen puede ir absorbiendo, mediante modificaciones graduales de sus estructuras sindicales, políticas, etc. Ya sé que esta afirmación chocará a muchos, por estar tan arraigada la imagen de un poder sin cimientos, sin apenas base social («Quítadle un ladrillo el edificio y se vendrá abajo estrepitosamente», ¡cuántas veces hemos oído esta profecía de tertulia provinciana!). Sin discutir aquí específicamente esta cuestión, baste con remitir a la experiencia de estos años. Su análisis demostraría que las acciones de masa —reivindicativas y políticas— si son, por un lado, el factor determinante de los cambios producidos en la situación (crecimiento de la oposición, liberalización, evolución de la política represiva, etc.), por otro constituyen el elemento dinámico de la adaptación del régimen a las exigencias objetivas de su continuidad, con interferencias mutuas de estos dos aspectos o vectores de un mismo proceso histórico global. No sólo no se ha alcanzado todavía, en ningún momento, el **nivel de ruptura** prácticamente necesario para que la satisfacción de las reivindicaciones presentadas lleve en sí misma implícita la supresión del equilibrio político-social existente, sino que, desde un punto de vista meramente lógico, abstracto, los intereses del propio desarrollo monopolista exigirían, idealmente, una mayor actividad de las masas. Y es que, en efecto, una presión acentuada de éstas, tanto en lo que se refiere al nivel salarial como a la libertad sindical, y a la organización misma del trabajo, obligaría al sector dominante de la burguesía monopolista a acelerar el proceso de racionalización capitalista, de aumento de la productividad del trabajo, en todas las esferas de la producción y de la distribución, colocándose así aquella burguesía en mejores condiciones para afrontar los problemas de la continuidad de su poder económico-social.

No ha de extrañar, por tanto, si se tienen en cuenta todos estos complejos factores —aquí más bien esquemáticamente enumerados— que el camino de la unidad de las fuerzas de oposición haya sido tan lento, tan sembrado de obstáculos, y que no sea posible vaticinar sus próximas peripecias. No ha de extrañarnos, porque la dicotomía simplista que todavía se maneja en algún sector de la oposición (por un lado el **pueblo**, por el otro, el **poder**) es meramente retórica, no operativa. En primer lugar, el pueblo no es una categoría histórica, sino una figura ideológica de muy excepcional vigencia; el pueblo lo componen las clases y éstas introducen en él la espesa presencia de sus antagonismos, contradicciones o alianzas. En segundo lugar, el poder, a medida que han ido descomponiéndose sus rasgos específicamente fascistas, no se ha vaciado de contenido social, sino que ha recompuesto su base, atrayendo a su esfera de atracción a nuevas capas de la sociedad —dinamizadas por el desarrollo monopolista— o configurando nuevamente la estructuración de las que le apoyaron desde un primer momento. Así, la línea divisoria fundamental de la sociedad española no se establece entre un poder inerte, vaciándose de su contenido como un reloj de arena, y un pueblo concebido como unidad metafísica de las más diversas clases antagónicas, sino entre dos configuraciones sociales dinámicas, dos bloques históricos insertos en la misma totalidad, o sea, en la misma formación económico-social: el sistema de capitalismo monopolista de Estado.

Agosto de 1966.



## NOTAS

1. Véase en particular en el primer volumen de esta obra: Macrino Suárez, **Problemas de la agricultura española**; en este volumen los trabajos de: Xavier Flores, **El exilio y España**; Jordi Blanc, **Las huelgas en el movimiento obrero español**; Ramón Bulnes, **Del sindicalismo de represión al sindicalismo de integración**; Fernando Claudín, **Dos concepciones de «La vía española al socialismo»**; Raul Torras, **Problemas de la entrada de España en el Mercado Común**; Angel Villanueva, **Causas y estructura de la emigración exterior** y Antonio Linares, **Las ideologías y el sistema de enseñanza en España**.
2. Xavier Flores, **El exilio y España**.
3. Véase en este volumen, Enrique Fuentes, **La oposición antifranquista de 1939 a 1955**.
4. Sería sumamente interesante un análisis, histórico y teórico, del FLP. Sus orígenes, su evolución, su historia interna — con sus escisiones y sus reagrupamientos — objetivamente estudiados, arrojarían ciertamente mucha luz sobre los problemas de la oposición de izquierdas en España. No es esta la ocasión, pero desde ahora quisiera destacar dos de las enseñanzas, a mi parecer más interesantes, que se derivan de la experiencia del FLP. En primer lugar, la necesidad del marxismo, como cuerpo teórico fundamental en la elaboración de una visión coherente y operativa de la realidad española. No es casual, ni producto de un mimetismo coyuntural, la evolución de la ideología «felipista» hacia las posiciones del marxismo. En segundo lugar, la imposibilidad objetiva de desarrollar e implantar un movimiento de masas, inspirado en el marxismo, frente al Partido Comunista, o acaso al margen de éste. Imposibilidad que no tiene, claro está carácter metafísico, inapelable; que es un hecho concreto, histórico, y como tal susceptible de transformarse. Ahora bien, me parece que en función de esos dos polos limitativos se desenvuelven las contradicciones internas del FLP, sus sucesivos cambios de rumbo tácticos. Pero, como decía, se trata de una cuestión que habría que abordar a fondo.
5. En el volumen **España hoy**, editado por Ruedo Ibérico en 1963, bajo la dirección de Ignacio Fernández de Castro y José Martínez, se establece (p. 489-495) una nomenclatura y una breve caracterización, todavía válidas, de los principales grupos políticos, alianzas e instituciones.
6. Idénticos problemas, en cuanto a su contenido esencial, y a pesar de todas las diferencias de tiempo y lugar, han surgido en todas las emigraciones políticas de larga duración. No se pueden, por ejemplo, comprender totalmente las luchas internas habidas en los partidos comunistas de las democracias populares, desde 1945 en adelante, si no se tiene en cuenta la procedencia, del interior o de la emigración occidental o en la URSS, de los diversos grupos de dirigentes.
7. Véase en este mismo volumen los trabajos de Jordi Blanc, Ramón Bulnes y Angel Villanueva.
8. Al hacer esta afirmación, porque la considero justa, no pretendo naturalmente zanjar la necesaria discusión teórica sobre los problemas de la guerra y la revolución en España, a partir de las tesis de la Internacional Comunista y de la oposición trotskista referentes a ese período. Dicha discusión, así como el estudio objetivo del expediente de las repercusiones en nuestro país de los primeros grandes procesos políticos stalinianos, constituyen un capítulo inevitable en la elaboración de una auténtica historia marxista de la guerra civil, que algún día habrá que hacer.
9. Para un desarrollo de este tema fundamental, véase el muy

notable ensayo de Perry Anderson, **Los orígenes de la crisis presente**, publicado en el número de agosto-septiembre de 1964 de la revista **Les Temps Modernes**.

10. Democracia cristiana es un concepto de la historia política de cuño relativamente reciente, que utilizo aquí, a veces, con valor retroactivo, refiriéndome a épocas en que no era vigente. Primero, para simplificar la terminología. Segundo, porque, independientemente de la historia misma de dicho concepto, la realidad de un movimiento político confesional o paraconfesional, vinculado a las estructuras de la Iglesia Católica, es un dato permanente de la historia contemporánea española, y mundial.
11. Durante la guerra civil, las fuerzas católicas y comunistas militaron en campos opuestos, como es bien sabido. Pero el hecho de la masiva colaboración de la Iglesia con uno de los bandos combatientes no debe hacernos olvidar la presencia, en el bloque de fuerzas republicanas, del Partido Nacionalista Vasco, de inspiración netamente demócratacristiana. Ulteriormente, en el exilio, el PNV ha sido uno de los sectores de la emigración política con más amplios y eficaces contactos políticos en el país, a lo largo de los años.
12. Formalmente, los rasgos distintivos en virtud de los cuales se establece aquí la singularidad de la DC y del PC, también pueden aplicarse al PSOE. Por una serie de razones estructurales y políticas, me parece, sin embargo, que en el PSOE esos rasgos no han tenido, ni la fuerza aglutinante, ni el carácter operativo que se hacen manifiestos en los otros dos grupos. Ahora bien, en una situación de democracia política, es lógico prever un crecimiento y una cristalización orgánica considerables de la influencia del PSOE. Con esto, quiero, subrayar que la singular situación de la DC y del PC en la constelación de las fuerzas de oposición, **no significa, en modo alguno, que la vida política española habrá de polarizarse radicalmente en torno a ambos grupos**. No vamos hacia un régimen de bipartidismo, ni mucho menos.
13. Desde los años treinta, ningún partido comunista ha sido capaz de presentar una historia aceptable, según los básicos criterios de rigor, objetividad y veracidad, de su propio desarrollo. Típico — y tópico — es, a este respecto, el ejemplo del PCUS, cuya historia oficial es un trabajo de Penélope, continuamente tejido y destejido, según la coyuntura polémica, que lleva a exaltar, o a oscurecer, el papel de tal o cual dirigente. Que una historia científica de los partidos, desde los partidos mismos, sea todavía hoy inconcebible, resulta buena demostración de los daños incalculables provocados por los hábitos de una época eufemísticamente designada, y mistificada, por la metáfora del «culto a la personalidad».
14. No es casual, claro está, dicha coincidencia. Existe, entre ambos procesos de fenómenos (cambios en la situación objetiva y discusión interna en los organismos dirigentes del PC) una relación dialéctica.
15. Conviene insistir un tanto en este punto. Los partidos políticos son, desde luego, la expresión concentrada de determinadas clases o capas sociales. Pero el hecho mismo de la existencia de partidos interclasistas (la DC es buen ejemplo de ello), como también el hecho opuesto de que una misma clase pueda verse representada por varios partidos, muestran hasta qué punto no son mecánicas las relaciones entre clases y grupos políticos. En el caso de la DC española de este último decenio, la vinculación originaria de este grupo con la burguesía, rural y urbana, es transparente. Pero el



grupo, como tal, comienza su vida política autónoma, aunque embrionaria, antes de que en la conciencia de clase de la burguesía haya cristalizado la necesidad de establecer los instrumentos políticos de su nueva situación; el grupo prefigura esa necesidad objetiva y contribuye a objetivarla. De ahí que haya transcurrido cierto tiempo — ciertamente prolongado en nuestro país por las específicas circunstancias represivas — entre la aparición del grupo DC y su masificación. Pero todo esto, que ahora sólo puede apuntarse, cuadra perfectamente con una concepción marxista dialéctica de las relaciones entre la base social y las superestructuras políticas, para seguir utilizando el lenguaje usual.

16. Irreversible quiere decir — lo aclaro frente a toda interpretación malévolamente — que desde este peldaño del desarrollo histórico no hay vuelta atrás posible hacia un capitalismo no monopolista; sólo hay salida, cualesquiera que sean las fases y su ritmo histórico, hacia el socialismo. Acaso resulta asimismo necesario precisar que el socialismo nunca será el fruto espontáneo, inevitable, de la actual situación. Sobre estos problemas, véase el ensayo de Fernando Claudín en este mismo volumen.

17. Un acuerdo de tipo no hegemónico, en el cual, idealmente, se pongan entre paréntesis los problemas del sistema social, en aras de una idílica unidad democrática, me parece irrealizable, o al menos, fuertemente improbable.

18. Como ejemplo típico de reformismo socialista, véase la entrevista del profesor Enrique Tierno Galván, publicada en el número primero de la revista **Cuadernos de Ruedo Ibérico**.

19. No se trata aquí de abordar a fondo la intrincada problemática de las actuales formulaciones del PC, tales y como se desarrollan en su documento programático más reciente e interesante: Santiago Carrillo, **Después de Franco, ¿qué?** Sólo nos interesan en función del tema de la hegemonía, o sea, lateralmente. Una primera aproximación crítica al tema en su conjunto puede hallarse en el ensayo de Fernando Claudín publicado en este mismo volumen.

20. No puede entrarse ahora en los sutilísimos distinguos, de cuño escolástico, que los documentos oficiales del PC han ido estableciendo entre Huelga General Política, Huelga Nacional — a veces adjetivada como Pacífica — levantamiento Popular, y demás figuras ideológicas del acto único, del salto metafísico entre la actual situación y una venidera de pura democracia. En otro momento, será interesante investigar la historia de estos conceptos tácticos, desde 1957, la historia de su progresiva ideologización, a lo largo de los años.

21. Con enorme retraso sobre la realidad de los procesos objetivos, la teoría económica marxista oficial va elaborando, sin embargo sus instrumentos teóricos de análisis de esta nueva configuración histórica del capitalismo, a escala internacional. Último ejemplo de esta elaboración teórica es la interesante discusión organizada por la revista del Partido Comunista Francés, **Economie et Politique**, cuyos materiales han comenzado a publicarse en el número doble, 143-144, de junio-julio de 1966. Sólo el actual pragmatismo, predominante en el movimiento comunista, explica que se produzca, sin escándalo teórico, la muy notable contradicción entre las tesis fundamentales de reuniones como la citada y las formulaciones programáticas del partido español acerca de la posibilidad de un retorno a la sociedad capitalista premonopolista. ¿Como si el marxismo hubiese dejado de tener valor universal, para convertirse en recetario pragmático *ad usum dephini*, o sea, en este caso, para el uso exclusivo de cada secretario general!

22. Sobre estas cuestiones, véase el folleto de Fernando Claudín, **Las divergencias en el Partido**, publicado sin pie de imprenta ni fecha de impresión, pero que ha circulado en los círculos políticos españoles a partir del verano de 1965.

23. Autónomo es una cosa, y espontáneo otra muy diferente: téngase bien en cuenta.

24. En el volumen ya citado de las Ediciones Ruedo Ibérico, **España hoy**, se encontrará una amplia documentación relativa a este período tan rico de enseñanzas.





el dictador

muñoz grande



JUAN CARLOS



DON JUAN







Nieto Antunez



Solis



Fraga Iribarne



Iturmendi



Vigon



Alonso-Vega



Romeo Gorria

...



Castiella







Dibujo de Urculo.



# Dos concepciones de «la vía española al socialismo»

FERNANDO CLAUDIN

Las discusiones marxistas de los últimos años acerca de la estrategia de la clase obrera en los países capitalistas desarrollados, parten de un supuesto que se admite como axiomático: en dichos países no puede haber otro tipo de alternativa global al capitalismo monopolista de Estado que el socialismo. Las divergencias aparecen a la hora de descifrar qué es el capitalismo contemporáneo, de discernir las posibles vías de su transformación en socialismo, o de definir qué debemos entender por socialismo.

En España, el problema del tipo, o carácter, de la revolución **por hacer** es motivo aún de controversia entre los marxistas. En esencia, se trata de dilucidar si el capitalismo español ha llegado a esa fase en la que no cabe más transformación radical que la socialista o si todavía es posible una «revolución democrática» intermedia, que sin rebasar los marcos del capitalismo resuelva determinadas tareas antifeudales y antimonopolistas. La importancia político-práctica de este problema teórico es evidente, puesto que cada una de las tesis en presencia implica representaciones diferentes de la estructura económica y social de España, del papel que desempeñan las clases y grupos sociales en la lucha política, del contenido que tiene el actual proceso de liquidación de las formas fascistas de Estado. Consiguientemente, la concepción global de la estrategia socialista no puede por menos de variar.

A nuestro parecer, la primera tesis es la correcta: el capitalismo español ha llegado a una fase avanzada de capitalismo monopolista de Estado, aunque por el nivel económico siga a la zaga de los países más desarrollados (si bien, acercándose a éstos); la única alternativa global posible a este capitalismo es el socialismo; los objetivos parciales de todo tipo, por relevantes que sean —la liquidación del franquismo es uno de ellos, entre los más importantes, lo mismo que la extirpación de los últimos vestigios «feudales» en la agricultura— deben concebirse en función de dicha perspectiva, como momentos de un proceso complejo, dialéctico, de avance hacia el socialismo. Nos parece, sin embargo, que la segunda tesis no puede rechazarse a la ligera. En primer lugar, por ser la posición oficial del Partido Comunista de España, que en el momento actual es el grupo marxista con más influencia y orga-



nización en la clase obrera<sup>1</sup>. En segundo lugar, porque los rasgos diferenciales de España respecto a otros países capitalistas europeos (por ejemplo, la existencia de la dictadura franquista y el mayor peso de elementos arcaicos en las estructuras socioeconómicas) son bastantes significativos aún como para proporcionar a la tesis de la « revolución democrática » una aparente consistencia. Da ahí que todo intento de elaboración de una estrategia socialista de la clase obrera española deba incluir el análisis crítico de esa concepción, cuya versión más autorizadas se encuentra en la exposición hecha por Santiago Carrillo, publicada bajo el título **Después de Franco, ¿qué?**<sup>2</sup>.

## Premisas teóricas et históricas de la « revolución democrática »

Antes de entrar en el examen concreto de la « vía española al socialismo » a través de la « revolución democrática », nos parece necesario referirnos, siquiera sea de manera muy esquemática, a los antecedentes teóricos y a la práctica histórica que condicionan de manera muy directa las actuales concepciones estratégicas y tácticas del Partido Comunista de España.

En los primeros diez años de existencia del PCE, su política se caracterizó por un izquierdismo y sectarismo a ultranza, derivados de factores muy diversos que no es posible examinar aquí. La extrema debilidad teórica del marxismo en nuestro país hacía imposible la elaboración autónoma de una estrategia revolucionaria acorde con las condiciones originales en que se gestaba la revolución española. La Internacional Comunista no abordó este problema hasta que la caída de la Dictadura de Primo de Rivera lo planteó con urgencia, y entonces aplicó a España la teoría de la revolución elaborada por Lenin para las condiciones originales rusas de comienzos de siglo. Trataremos de resumir en pocas palabras esta teoría, dado el papel enorme que ha desempeñado y sigue desempeñando en la orientación fundamental del PCE.

La revolución rusa de 1905 tenía un carácter burgués. Su necesidad histórica venía determinada por la contradicción entre las exigencias del desarrollo capitalista y las supervivencias feudales en el régimen político y en la estructura económica. Según la doctrina ortodoxa de la II Internacional, el partido obrero no debía proponerse la lucha por el poder en ese tipo de revolución. Su tarea era apoyar a la burguesía liberal —a la que correspondía « legítimamente » la dirección de la revolución—, y defender las reivindicaciones inmediatas, parciales, de los trabajadores. La clase obrera no podía proponerse la toma del poder —según el marxismo ortodoxo de aquel tiempo— más que cuando el capitalismo se hubiera desarrollado lo suficiente y la estructura económica estuviera madura para el socialismo. Es la doctrina que sirvió de guía al Partido Socialista Español en la revolución iniciada con la caída de

1. En la situación actual es difícil, por no decir imposible, calibrar la influencia y la organización reales de ninguno de los grupos políticos que actúan en la clase obrera española. La mayoría de ésta no tiene una actitud política definida, aunque el antifranquismo sea la nota dominante.

2. **Después de Franco, ¿qué?** Editions Sociales. París. Octubre de 1965. Todas las citas que hacemos en este ensayo sin indicar referencia están extraídas de esa edición. Los subrayados, mientras no se indique lo contrario, son nuestros.



la dictadura de Primo de Rivera. Se trataba de una interpretación economista del marxismo fundamentada en la utilización dogmática de textos de Marx y Engels. Lenin, inspirándose en algunas hipótesis de Marx sobre lo que podía ser (y no fue) la revolución alemana de mediados del Ochocientos, elaboró una teoría original: la revolución iniciada en Rusia tiene ciertamente —decía Lenin— un carácter burgués, pero « la clase obrera **está absolutamente interesada** en el desarrollo más vasto, más libre, más rápido, del capitalismo... Cuanto más completa y decidida, cuanto más consecuente, sea la revolución burguesa, tanto más garantizada se hallará la lucha del proletariado contra la burguesía, por el socialismo »<sup>3</sup>. Ahora bien —observaba Lenin— en las condiciones del siglo XX, en un país como Rusia, donde el proletariado ya ha adquirido un cierto desarrollo y cuenta con su propio partido, la burguesía liberal teme que la revolución « degenere » en revolución proletaria y tiende, por ello, al compromiso con la aristocracia terrateniente. La burguesía liberal puede favorecer ciertas reformas pero actuará, en lo esencial, como una fuerza contrarrevolucionaria. Por otra parte, el campesinado, aunque está vitalmente interesado en la revolución burguesa (puesto que ésta es, ante todo, una revolución agraria, antifeudal) ha puesto de manifiesto a lo largo de la historia su incapacidad orgánica para constituirse en clase dirigente. En consecuencia, sólo la clase obrera, con el apoyo decidido de los campesinos, puede llevar hasta sus consecuencias más radicales la revolución burguesa, venciendo la resistencia de la propia burguesía. Y para conseguirlo no puede limitarse a impulsar la revolución « desde abajo ». Debe proponerse tomar el poder, en alianza con los campesinos, e instaurar la « dictadura democrático-revolucionaria de los obreros y los campesinos ». Las transformaciones políticas y económicas que acometa esta dictadura no podrán rebasar durante una etapa determinada los marcos del régimen capitalista. Cuando las condiciones económicas, por un lado, y la correlación de fuerzas sociales y políticas, por otro, lo hagan posible, la clase obrera, aliada ahora no ya al conjunto del campesinado sino a sus capas más pobres y al semiproletariado urbano, instaurará la dictadura del proletariado y pasará a las transformaciones socialistas. Debe agregarse —porque sin ello el entendimiento de esta estrategia quedaría completamente truncado— que Lenin veía la revolución rusa (ya la del año cinco) como la chispa capaz de encender la « hoguera revolucionaria » en Europa<sup>4</sup>.

Tal es en sus rasgos más generales, resumidos de manera muy sumaria, la teoría de la revolución democrático-burguesa —o simplemente « revolución democrática »— bajo la hegemonía de la clase obrera, que Lenin elaboró a comienzos del siglo. Con la polémica marxista en torno a esta teoría, a su aplicación en las revoluciones rusa, china, española, etc.; a su con-

3. Lenin. **Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática**. Obras escogidas, t. I, p. 528. Edición española en tres tomos. Moscú. 1960.

4. Para Lenin, la dictadura democrático-revolucionaria de los obreros y campesinos cubriría toda una etapa histórica, como se ve en las siguientes citas de **Dos tácticas...** (edición ya citada): « Esta dictadura no podrá tocar (sin pasar por toda una serie de grados intermedios de desarrollo revolucionario) las bases del capitalismo. Podrá, en el mejor de los casos, llevar a cabo una redistribución radical de la propiedad de la tierra a favor de los campesinos, implantar una democracia consecuente y completa hasta llegar a la república,

desarraigar no sólo de la vida del campo, sino también del régimen de la fábrica, todos los rasgos asiáticos de servidumbre, iniciar un mejoramiento serio en la situación de los obreros y elevar su nivel de vida y, finalmente, **last but not least** (el último por el orden, pero no por su importancia), hacer que la hoguera revolucionaria prenda en Europa. Semejante victoria no convertirá aún, ni mucho menos, nuestra revolución burguesa en socialista; la revolución democrática no se saldrá proplamente del marco de las relaciones económico-sociales burguesas; pero, no obstante, tendrá una importancia gigantesca para el desarrollo futuro de Rusia y del mundo entero » (p. 534-535).



firmación o desmentido por la experiencia histórica, pueden llenarse decenas de volúmenes<sup>5</sup>. Dos resultados, sin embargo, parecen bastante evidentes. Uno positivo y otro negativo. La idea de que en las revoluciones democrático-burguesas de este siglo la clase obrera no debe limitarse al papel de auxiliar de la burguesía liberal, sino pugnar por ser la fuerza hegemónica y tratar de tomar el poder en alianza con los campesinos y otros sectores populares; esa idea básica, que a nuestro juicio constituye el núcleo esencial de la teoría leninista de la « revolución democrática », se ha revelado de inmensa fecundidad revolucionaria. Sin ella, las revoluciones rusa y china difícilmente habrían desembocado en la victoria del proletariado. El segundo resultado, este negativo, concierne a la hipótesis de que dicho tipo de revolución podía engendrar un régimen político-social intermedio entre la dictadura burguesaterrateniente y la dictadura del proletariado, capaz de cubrir un periodo histórico que fuera algo más que un fugaz momento de transición<sup>6</sup>. Esta hipótesis no se ha confirmado en parte alguna. Países europeos con vestigios feudales más o menos importantes eran, en las primeras décadas del siglo XX, Rusia, Turquía, Italia, Portugal, algunos Estados del centro y del sudeste europeos. En todos ellos hubo revoluciones o iniciación de revoluciones democrático-burguesas. Pero, o bien éstas no escaparon en ningún momento a la dirección burguesa, o bien (en el caso único de la Rusia de 1917) la revolución se transformó inmediatamente en revolución proletaria<sup>7</sup>. Veamos el caso de España.

Está por hacer el estudio crítico, marxista, de hasta qué punto el esquema teórico de Lenin correspondía realmente a las características de la sociedad española de la década del treinta, y de cómo fue aplicado dicho esquema<sup>8</sup>. Nos limitaremos aquí a suscitar algunos problemas que tienen un interés actual.

Durante los primeros años de la revolución (1930-1933), cuando la mayoría de los trabajadores se encontraba aún bajo el influjo de las ilusiones democrático-burguesas, la Internacional Comunista y el PCE aplican de manera extremista y ultrasectaria la estrategia preconizada por Lenin para la « revolución democrática »<sup>9</sup>. En los años 1934 y 1935, se inició la elaboración

---

5. Los dos principales teóricos marxistas sobre este problema han sido Lenin y Trotsky. Del primero, además de la obra citada, véase *Informe sobre la revolución de 1905* (Obras escogidas, t. I) y *Las tareas del proletariado en nuestra revolución* (las famosas tesis de abril de 1917), en el t. II. De Trotsky, *La revolución permanente*, Gallimard, Collection Idées, 1963.

6. La historia ha dado en este aspecto la razón a Trotsky, para el cual en un país de las características de Rusia en las primeras décadas del siglo actual (y con mayor motivo en países de superior desarrollo capitalista) la dictadura revolucionaria de los obreros y campesinos no podía ser otra cosa, prácticamente, que la dictadura del proletariado. En las Tesis de abril de 1917, Lenin adoptó, de hecho, este punto de vista. Frente a la opinión de Stalin y otros dirigentes bolcheviques, que ateniéndose dogmáticamente a la perspectiva de *Dos tácticas...* proponían orientarse hacia el desarrollo de la revolución democrático-burguesa bajo la hegemonía de la clase obrera (apoyándose para ello en el poder de los soviets frente al poder del gobierno burgués), Lenin planteó: « El poder del Estado ha pasado en Rusia a manos de una nueva clase, la clase de la burguesía y de los

terratenientes aburguesados. Por consiguiente, la revolución democrático burguesa en Rusia, está terminada ». Y propuso orientarse a la revolución socialista. A partir de ese momento el concepto « dictadura del proletariado y los campesinos » fue utilizado por Lenin como equivalente a « dictadura del proletariado ». Trotsky apoyó plenamente a Lenin en esta posición.

7. Las revoluciones en los países coloniales después de la segunda guerra mundial han confirmado hasta ahora lo que venimos diciendo. En los únicos casos en que su dirección ha pasado al partido del proletariado (China, Corea, Vietnam, Cuba) la revolución se ha transformado rápidamente en revolución socialista.

8. Existen diversos trabajos de carácter más o menos marxista, pero profundamente « partidistas », que tienden, sobre todo, a justificar la política de éste o el otro partido o grupo.

9. Daremos un botón de muestra. En las elecciones legislativas de noviembre de 1933, la plataforma presentada por el Partido Comunista va encabezada por las siguientes consignas: « ¡ Clase contra clase ! ¡ Por el poder de los obreros y campesinos, única salida revolucionaria ! ¡ Por el pan, la



de una táctica más insertada en la realidad del proceso revolucionario que vivía España. Fue un verdadero viraje, que culminó en la política de Frente Popular. El problema que hoy se plantea ante la crítica marxista, a la luz de toda la experiencia posterior, es el siguiente (enunciado en forma muy simplificada): ¿no fuimos los comunistas demasiado lejos en ese viraje? En efecto, a medida que las masas se radicalizan y rompen con el marco legal de la democracia burguesa, para pasar a la lucha revolucionaria abierta; a medida que en la conciencia de la clase obrera se perfila la necesidad de la lucha por el poder<sup>10</sup>, la IC y el PCE van inflexionando sus planteamientos en un sentido cada vez más moderado. No nos referimos al abandono de la fraseología sobre los « soviets », y de las directivas tácticas sectarias y abstractas. Esto era absolutamente necesario, como lo era la política de unidad obrera y de unidad antifascista. Nos referimos a que la defensa de la democracia burguesa se convierte —precisamente cuando esa democracia burguesa se ha desacreditado por su impotencia frente a la contrarrevolución— en el elemento esencial de la táctica comunista. La razón de este viraje es bien conocida: las fuerzas contrarrevolucionarias se orientan a liquidar la democracia burguesa e instaurar la dictadura fascista. Tratan de arrastrar a capas pequeño burguesas, a los campesinos. La idea central de la política de Frente Popular es oponer a esa amenaza el bloque social más amplio posible y, en particular, impedir que las masas pequeño burguesas, urbanas y rurales, pasen bajo la dirección de la reacción. Se considera que para lograr ese objetivo táctico el ala revolucionaria de la clase obrera debe formar frente único con los sectores reformistas del mismo movimiento obrero, con las amplias masas campesinas, con los núcleos burgueses y pequeño-burgueses democráticos. Y se piensa que el principio aglutinante de ese amplio frente antifascista no puede ser otro que la defensa de la democracia burguesa republicana. Bien entendido, la vanguardia obrera revolucionaria debe tratar de ser la fuerza dirigente, pero haciendo las concesiones programáticas y tácticas que hagan posible el acuerdo con los sectores burgueses republicanos y con los grupos menos radicalizados del proletariado y de los campesinos. ¿Se justificó históricamente esa política? Ciertamente que no fue capaz de impedir la sublevación fascista, pero de no haber existido el Frente Popular y su resultado inmediato: la victoria electoral de febrero de 1936 y el fulminante crecimiento de las fuerzas obreras y democráticas al que esa victoria abrió camino, ¿hubiera podido producirse la respuesta de julio a la sublevación fascista? Ahora bien, el problema puede enfocarse desde otro ángulo: si en lugar de atarse con el pacto de Frente Popular a la pequeña burguesía republicana y facilitarle el acceso al poder, las fuerzas revolucionarias de la clase obrera se hubieran planteado la lucha directa por su propio poder, sobre la base del frente único proletario, ¿hubieran podido lograr ese objetivo, adelantarse al complot fascista y aplastarlo en germen? ¿Existían en aquella situación concreta las condiciones objetivas y subjetivas, el tiempo necesario, para tal alternativa? Naturalmente, ninguna investigación puede dar respuesta exhaustiva a esos interrogantes, dado que no podría so-

tierra y la libertad! ¡Por la España de los soviets!». En el documento se dice que «los partidos de la democracia burguesa, junto con los socialistas... han sido y son el centro organizador de toda la contrarrevolución». «Por consiguiente, para vencer al fascismo es preciso luchar implacablemente contra la sedicente democracia burguesa que lo fomenta y estimula».

10. La insurrección de Asturias y la huelga general revolucionaria de octubre de 1934; el paso a posiciones revolucionarias de la mayoría de los militantes (y de una parte de la dirección) del Partido Socialista y de la UGT, así como de las Juventudes Socialistas en bloque, fueron la expresión más significativa de ese cambio en la conciencia de las masas.



meterla a la única prueba definitiva: la prueba de la práctica. Pero puede esclarecer los términos reales en que la alternativa expuesta se situaba, puede profundizar en las motivaciones que decidieron a las diversas fuerzas revolucionarias a optar por una u otra solución táctica. ¿Hasta qué punto, por ejemplo, la concepción teórica del carácter democrático-burgués de la revolución no influyó decisivamente en la táctica del PCE? ¿Y correspondía ya esa concepción, en aquel momento, al carácter real de la revolución?<sup>11</sup>

En todo caso, una vez que estalló el complot fascista, la revolución pugnó con fuerza irresistible por romper los marcos burgueses, destruir las bases mismas del capitalismo y transformarse en revolución socialista. El PCE tuvo que desplegar enorme energía y habilidad política para mantenerla en los límites de la llamada « república democrática parlamentaria de nuevo tipo », en la que los comunistas veíamos una forma peculiar, condicionada por las circunstancias de la guerra, de la « revolución democrático-burguesa bajo la hegemonía de la clase obrera » concebida por Lenin<sup>12</sup>. Las exigencias militares y políticas (interiores y exteriores) de la guerra vinieron a aportar justificaciones suplementarias en favor de esa concepción estratégica: necesidad de mantener a toda costa la unidad de las fuerzas republicanas; necesidad de forjar una férrea unidad y disciplina en el frente y en la retaguardia; necesidad de conquistar asistencias internacionales en la socialdemocracia y en la burguesía democrática de los países capitalistas, etc. La política internacional de la Unión Soviética en ese período, orientada a formar bloque con los Estados de democracia burguesa contra los Estados fascistas, influía en la misma dirección. La guerra civil (guerra, al mismo tiempo, contra la intervención extranjera; guerra que se integraba objetivamente en el latente conflicto internacional) y la revolución formaban una unidad indisoluble. Pero una unidad internamente contradictoria. La política del PCE se debatió en esa contradicción, esforzándose por dominarla. En parte, probablemente en gran parte, la dominó; en parte fue dominada por ella. La inexistencia, hasta ahora, de una investigación científica de la guerra civil, no permite formular juicios sólidos. Desde mayo de 1937, la política del PCE influyó considerablemente en la orientación del gobierno republicano y ganó extensos apoyos en las masas. Sin embargo perdimos la guerra y la revolución. Pero la derrota puede explicarse porque otros factores más poderosos, de tipo adverso, predominaron en definitiva sobre las posibilidades de resistencia que la política del PCE favorecía. ¿Existía otra alternativa, era posible otra política que no sólo hubiera permitido resistir casi tres años, sino enlazar la lucha armada del antifascismo español con la guerra mundial antifascista? ¿Pudo prevenirse a tiempo la traición casadista? ¿La orientación de mantener a toda costa la alianza con los elementos reformistas y pequeño burgueses vacilantes fue justa, o contribuyó a crear las condiciones para que el golpe traidor a la resistencia republicana pudiera organizarse e imponerse? En otras palabras: ¿el afán de mantener la amplitud de la unidad no iba en perjuicio, en aquella situación concreta, de su solidez interna?<sup>13</sup> Hasta ahora no hay una investigación histórico-

11. En *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n. 4, Ignacio Fernández de Castro aborda parcialmente este problema, que en otra ocasión trataremos de analizar con detenimiento.

12. Recientemente, con motivo del treinta aniversario del VII Congreso de la Internacional Comunista, Dolores Ibárruri, lo ha recordado: « ... España fue el primer país donde a través de la lucha contra el fascismo se estableció una dicta-

dura democrática de los obreros, de los campesinos, de la pequeña y media burguesía, ejercida por una multifacética coalición de fuerzas políticas, desde los comunistas a los católicos, y apoyada en su régimen parlamentario ». *Nuestra Bandera*, n. 46, 1965.

13. La tesis hasta ahora admitida por el Partido Comunista es que era posible prolongar la resistencia (véase, por ejem-



científica de estos interrogantes. Hay respuestas « de partido ». La crítica desde la « izquierda » a la política del PCE en la guerra civil contiene aspectos que una investigación marxista no puede soslayar pero no nos parece convincente en cuanto a fundamentar la posibilidad de una alternativa **positiva** —suceptible de resolver el doble problema de la guerra y la revolución— a la política del Partido Comunista. Por su parte, éste se ha limitado hasta ahora a la defensa apologética de su actuación durante la guerra civil. Ha pasado más de un cuarto de siglo desde que enmudecieron las últimas defensas republicanas y aún no ha habido en el PCE una discusión a fondo, crítica, de las experiencias, no sólo de la guerra sino de toda aquella gran década revolucionaria, de la teoría y de la práctica de los comunistas en ella. Es una de las razones que explican la perpetuación acrítica de modelos, interpretaciones y comportamientos nacidos de aquella experiencia y trasladados después a situaciones completamente distintas.

Hay un aspecto que parece poco dudoso: la década española del treinta confirmó la fecundidad revolucionaria de la idea básica de Lenin, antes expuesta: en una revolución democrático-burguesa, como era la de España el iniciarse en los años 1930-1931; en las condiciones de un país capitalista atrasado con fuertes vestigios feudales, la clase obrera no debía limitarse a ser el auxiliar de la burguesía liberal. El Partido Socialista logró en los primeros años de la revolución que la clase obrera desempeñara ese papel subordinado, y la consecuencia fue el fracaso de la República y el levantamiento de la contrarrevolución<sup>14</sup>. Gracias a que la mayoría de la clase obrera abandonó esa línea de supeditación a la burguesía republicana y comprendió —o practicó, de hecho— su papel revolucionario hegemónico, fue posible invertir el proceso y sostener durante tres años la guerra nacional-revolucionaria en condiciones internacionales extremadamente adversas.

Pero esa misma experiencia ¿no demostró que ya en aquella España (pese a su retraso capitalista) era imposible la revolución democrático-burguesa con hegemonía de la clase obrera, **como una etapa de cierta duración histórica**? ¿No demostró que el establecimiento de esa hegemonía implicaba que la revolución perdiese su carácter democrático-burgués y se transformase en revolución socialista?<sup>15</sup>

Sin embargo, lo que ya en la España de los años treinta se reveló extremadamente problemático quedó como dogma intangible en el bagaje teórico y político del PCE: para llegar a la revolución socialista España tendría que pasar antes por la etapa de la revolución democrático-burguesa dirigida por la clase obrera; este tipo de revolución engendraría un régimen político social del que la « república popular », o « república parlamentaria de nuevo tipo », cristalizada en la zona republicana durante la guerra civil, aparecía como la prefiguración. La « democracia política y social » que el secretario general del PCE anuncia en **Después de Franco, ¿qué?**, no es más que una nueva versión de la vieja idea, aunque, como veremos, con ciertos « enriquecimientos » sorprendentes.

plo, 986 días de lucha, de M. Azcárate y J. Sandoval, Moscú, 1965, edición española, p. 130). De ahí la importancia que adquiere el problema de las causas que hicieron posible la sublevación casadista.

14. La táctica extremista del anarcosindicalismo (de la mayoría de este movimiento, más exactamente), la falta en él de

una política revolucionaria, facilitó objetivamente la política oportunista del Partido Socialista.

15. A nuestro juicio, la victoria en la guerra civil hubiera significado la rápida y plena transformación de la revolución española en revolución socialista, pero este problema lo trataremos ampliamente en otra ocasión.



El arraigo en el actual núcleo dirigente del PCE del dogma sobre la inevitabilidad de la « revolución democrática » intermedia, para llegar a la revolución socialista en España, se explica, en parte, porque esa concepción hubo que defenderla, en acerba lucha ideológica y política, contra las concepciones trotskistas, caballeristas (muy próximas a las trotskistas) y anarco-sindicalistas, que llegaron a influenciar la mayoría de la clase obrera, sobre todo en el período 1934-1936. La lucha se llevó con la clásica intolerancia española y en el estilo simplificado que permitía el bajo nivel teórico, tanto del PCE como de las otras corrientes obreras. Durante la guerra civil, la pugna ideológica y política entre las diversas concepciones de la revolución se transformó en lucha por el poder, y llegó hasta el choque armado. Asimilada de manera simplificada y apasionadamente partidista, la teoría de la revolución española elaborada por la IC se convertía para el PCE en un principio intangible. Ponerla en tela de juicio podía aparecer como una concesión mayor al trotskismo (lo que todavía hoy representa para muchos viejos militantes del PCE el pecado más nefando en que puede incurrir un comunista); podía interpretarse, también, como un denigramiento de las glorias del partido en la guerra civil.

Bajo el franquismo, dicha concepción ha seguido dominando en la interpretación de la realidad española y en la elaboración de la política del PCE. Es una de las principales raíces ideológicas de esa invariable visión « explosiva » de la situación político-económica de España que se refleja en los análisis del PCE, desde 1939 hasta **Después de Franco, ¿qué?** En efecto, el supuesto de que el carácter de la revolución española no ha cambiado presupone, a su vez, que en España persisten los mismos problemas estructurales, básicos, que determinaron la revolución de los años treinta. Y como han sido « reprimidos y agravados por el poder político fascista » durante largos años, su coeficiente de « explosividad » ha ido en aumento a medida que se prolongaba el régimen franquista<sup>16</sup>.

En 1956-1959 la dirección del PCE intentó profundizar en los nuevos fenómenos que surgían en la realidad económica y social: el capitalismo monopolista de Estado; el desarrollo más acelerado del capitalismo en la agricultura, etc. Pero esta investigación —cuya lógica interna llevaba a una revisión fundamental de la concepción estratégica del partido— quedó sumergida en las cristalizaciones ideológicas precedentes. Lo que en ella había de fecundo fue desvirtuado posteriormente, en lugar de ser desarrollado. Los nuevos hechos quedaron integrados en el viejo esquema. La « revolución democrática » de definió en adelante como « revolución antifeudal y antimonopolista ». Para algunos de los que intervinimos en esa « re-

---

16. En la Declaración del Comité Ejecutivo de junio de 1964, se dice: « los problemas económicos y sociales fundamentales — que son en substancia los de la revolución democrática — han venido siendo reprimidos y agravados por un poder político fascista », y ahora « irrumpen de nuevo en la vida nacional con gran virulencia y exigen imperiosamente solución ». En el artículo de Santiago Carrillo « ¿ Liberalización o democracia ? » (*Nuestra Bandera*, n. 35, marzo de 1964) se insiste en esa visión de una España inmóvil bajo el régimen franquista, diciendo que los autores del Plan de Desarrollo « están tratando exactamente los mismos problemas que en la década del treinta pusieron al orden del día la necesidad de una revolución democrática » (el sub-

rayado es de SC). Como se ve, se trata de una visión que no tiene en cuenta más que las formas políticas y deja de lado el fenómeno decisivo de la transformación capitalista-monopolista de España. Sobre esa base se llega a una representación optimista-revolucionaria del estado político actual de la mayoría de los españoles: « la masa fundamental de los españoles — se dice en la Declaración de junio — ... ya no están dispuestos a continuar soportando las condiciones de existencia que hasta ahora han conocido ». Lo cual, si quiere decir lo que dice, significa que la mayoría de la sociedad española está subjetivamente predispuesta a la revolución.



definición», la nueva fórmula significaba que la revolución en perspectiva estaría más cerca del contenido socialista, desde el primer momento, que la anterior. Otros la entendieron —hoy está claro— como una especie de vuelta al capitalismo sin monopolios. En **Después de Franco... ¿qué?**, según veremos, esta interpretación queda netamente explicitada. Y busca sus títulos teóricos en una concepción del actual capitalismo monopolista de Estado, según la cual éste consiste en una simple sobreestructura. Deja de lado que esta fase del capitalismo representa, ante todo, un cambio cualitativo de las estructuras económicas (un nivel superior de concentración, de integración económica, etc.). Pero sobre este problema volveremos más adelante. Aquí nos detendremos en algunas de las derivaciones práctico-políticas de esa interpretación.

Puesto que el capitalismo monopolista de Estado —según ese punto de vista— no alteraba en lo esencial la estructura socioeconómica de España sino que se superponía a ella, su efecto era agravar todas las contradicciones tradicionales. El obstáculo «infranqueable» que suponía el latifundo para el desarrollo nacional se doblaba ahora con el obstáculo no menos «infranqueable» de la sobreestructura monopolista. Bajo el efecto de esta doble barrera, todas las contradicciones económicas **tenían** que adquirir un carácter explosivo. Cada una de las múltiples contradicciones esenciales o secundarias del desarrollo capitalista se veía como el signo anunciador de una próxima e irremediable «catástrofe económica». Y al régimen franquista se le consideraba en estado de perpetua, y cada vez más aguda, descomposición. Su hundimiento estaba a la vista. Frente a él iba cuajando rápidamente una vasta coalición de clases y capas sociales «no monopolistas». Más vasta aún que en los años treinta, puesto que a las contradicciones y opresiones de entonces se sumaban ahora las engendradas por el capital monopolista y su dictadura política.

Bajo los efectos de la doble opresión «feudal» y monopolista, la potencialidad revolucionaria del campesino aparecía magnificada. Lo mismo en lo que respecta a la pequeña y media burguesía. La vía monopolista entrañaba, supuestamente, su ruina inexorable y acelerada, de donde se deducía que la posibilidad de tener esa capas burguesas como aliados del proletariado en la «revolución antifeudal y antimonopolista» cobraba mayor consistencia. De análoga manera se veían desorbitadas las posibilidades de atraer bajo la dirección de la clase obrera a otros grupos sociales «no monopolistas». Por ejemplo, vistas bajo esa óptica, las luchas universitarias cobraban una dimensión revolucionaria que desbordaba su significación real de lucha contra un sistema político de asfixia cultural y de privación de libertades ciudadanas\*; se entendían como la expresión radical del supuesto antagonismo irreconciliable entre la pequeña y media burguesía y la oligarquía monopolista-terrateniente. Argumentamos en pasado, pero esa visión sigue presente, como comprobaremos en **Después de Franco, ¿qué?** Tal supervaloración del potencial revolucionario del campesinado, de la pequeña y media burguesía y de otros grupos sociales «no monopolistas», derivada de la visión de una España cuyos problemas explosivos de hace treinta años no han sido más que «reprimidos y agravados», permite suponer cual es la valoración de la actual clase obrera y de sus luchas, vistas a través del mismo prisma. Aquí se entra en la pura metafísica. Así como ciertas interpretaciones psicologistas y culturalistas de nuestra historia nacional nos han fabricado

\* NDLR. Véase en este volumen: Angel Bernal, **Las paradojas del movimiento universitario**.



la imagen intemporal del español sobrio y guerrero, menospreciador de las actividades mercantiles, reacio a la técnica, impermeable a la civilización industrial —esa imagen que hoy se derrumba bajo el impacto del desarrollo capitalista— cierta interpretación « marxista » de la revolución y la guerra civil nos ha legado la imagen del proletario español combativo y revolucionario **de por sí**, fuera de todo condicionante histórico. Verdad es que otros proletariados europeos han protagonizado grandes luchas revolucionarias, algunas no tan lejanas, y hoy aparecen alienados, en mayor o menor grado, dentro del llamado « neocapitalismo ». Tomando un solo ejemplo, ahí está el proletariado de Alemania Occidental, el proletariado de Rosa Luxemburgo y de Thaelman, prisionero hoy de un reformismo ultrarreformista. Pero esos son los trabajadores alemanes —piensan nuestros carpetavetónicos marxistas—: el proletariado español es **otra cosa**. « **En cuanto** puedan organizarse, **se plantarán** y exigirán: trabajo y salario digno, aquí, en España. Y si las clases dominantes no son capaces de dárselo, los trabajadores **se plantarán** y resolverán el problema de acabar con esas clases dominantes y de tomar en sus manos los destinos del país »<sup>17</sup>. Es decir, harán la revolución y... ¡se acabó! Ciertos que en Italia, veinte años después de la liquidación del fascismo, y pese a contar con potentes organizaciones sindicales y políticas que han dado pruebas de gran combatividad, los trabajadores siguen emigrando por cientos de miles a buscar trabajo en la industria de otros países europeos. Pero esos son los trabajadores italianos. ¡Los españoles son **otra cosa**!

Esta representación metafísica del proletariado español impide comprender al proletariado real de hoy, que encierra potencialidades revolucionarias como el de antaño, pero se encuentra en otras condiciones históricas; en cuya composición se han registrado profundos cambios —a consecuencia de la industrialización del país y del relevo de generaciones; en cuya ideología se reflejan los efectos acumulativos de más de cincuenta años de vacío político, de inexistencia de organizaciones clasistas de masas, del monopolio ideológico y político de las clases dominantes, etc. Sólo se contabilizan los factores positivos, que existen efectivamente, pero no son los únicos: la influencia de la tradición revolucionaria (subestimando el prolongado corte histórico); la irradiación de los éxitos mundiales del socialismo (subestimando los efectos de los errores, dificultades y divisiones del socialismo, hábilmente explotados por el monopolio propagandístico del régimen); el contagio de las revoluciones en el « tercer mundo » (subestimando la seducción del inmediato modelo « neocapitalista » y reformista, con el que se ha entablado conocimiento directo a través de los cientos de miles de trabajadores españoles que trabajan en la industria europea); los efectos del contraste entre su nivel de vida en España y el nivel europeo (subestimando el efecto del contraste con el nivel propio de hace diez o quince años; el mejoramiento relativo que ha significado el paso de la condición de campesino pobre o de obrero agrícola a la de obrero industrial); y así sucesivamente.

Bajo el espejismo de esa representación metafísica, idealizada, del sujeto principal de la pasada y futura revolución española, el **magnífico despertar** del movimiento obrero en los últimos años, las luchas por aumentos de salarios, sindicatos de clase y libertades democrá-

17. Santiago Carrillo. Discurso ante una asamblea de militantes del Partido, 19 de abril de 1964. Editado en folleto

en París. El párrafo citado se encuentra en la p. 22. Los subrayados son nuestros.



ticas, reciben una valoración que desorbita totalmente su carácter y alcance real. En cambio, no se toman en consideración los aspectos que aparecen en este nuevo movimiento sintomáticos de un comienzo de integración reformista en la dinámica del desarrollo económico-político del capitalismo monopolista de Estado.

En resumen, la teoría leninista de la revolución democrática-burguesa bajo la hegemonía de la clase obrera, adecuada en uno u otro grado a la España de los años treinta, se convirtió posteriormente en un esquema ideológico vacío. El empeño de adaptar a dicho esquema las nuevas realidades nacidas del desarrollo capitalista monopolista —en lugar de partir de ellas para elaborar una nueva estrategia de la revolución española— ha sido un fermento de representaciones subjetivistas sobre el comportamiento de las fuerzas sociales y políticas, sobre la naturaleza de la crisis del franquismo (confundiendo la crisis de las formas políticas con la crisis del sistema socioeconómico), etc., como veremos más concretamente al analizar **Después de Franco, ¿qué?** De ahí se deriva la apreciación del actual proceso político como un proceso « explosivo ». Si aún no se ha llegado al inevitable desenlace —la crisis nacional-revolucionaria, la « huelga nacional », el hundimiento, no sólo de las formas políticas franquistas sino de todo el sistema económico-social— la explicación debe buscarse en los conocidos imponderables de la política que, como se sabe, no es una ciencia exacta. Por eso en **Después de Franco, ¿qué?** se afirma que si ha habido errores en los pasados análisis del PCE, se trata de errores en la apreciación de los ritmos, de los plazos, pero no en la interpretación fundamental del proceso político<sup>18</sup>. Esta sigue siendo válida y por eso se vuelve a repetir —con algunas modificaciones de estilo, susceptibles de desorientar al lector que se limite a una lectura superficial— en la nueva exposición de la política del PCE.

## Del franquismo a la “democracia política y social”

El actual momento político se caracteriza en **Después de Franco, ¿qué?**, diciendo que « hemos entrando en la fase de liquidación de las formas fascistas de gobierno ligadas a la persona del general Franco, liquidación que, por el momento, se realiza lentamente, paso a paso... ». Sin embargo, al mismo tiempo se afirma que « está iniciándose una situación revolucionaria »: « el gran torrente de la huelga general política, de la huelga nacional que barrerá al régimen de la dictadura [...] puede concretarse en un plazo próximo ». Incluso se da como « probable » que en el « otoño próximo » (la redacción parece hecha en el verano de 1965) se iniciará « la nueva fase de luchas obreras, estudiantiles, campesinas y populares », que los comunistas deben impulsar « hasta el extremo posible; si las condiciones se dan, hasta la huelga general política y la huelga nacional »<sup>19</sup>.

18. Véase **Después de Franco, ¿qué?**, p. 26. Todo el apartado « El factor subjetivo en la lucha por la democracia y el socialismo », es una defensa del subjetivismo, con la que se trata de responder a la exposición documental que en

1964 hicimos de los errores subjetivistas del Partido durante los años anteriores.

19. La « huelga nacional » es una consigna acuñada en 1959 y cuyo contenido se definió entonces de la siguiente ma-



Estamos ante dos juicios que parecen contradictorios: la liquidación de las formas fascistas se opera **lentamente**; el derrumbamiento bajo el « torrente » de la « huelga nacional » puede producirse en **plazo breve**. La contradicción puede ser « útil » al autor, que el día de mañana, cualquiera que sea el curso de los acontecimientos, siempre podrá decir; ya lo prevé. Pero, en realidad, es una contradicción sólo aparente, si se analiza bajo la óptica del secretario general del PCE. Para él, el aspecto lento del proceso oculta su carácter explosivo. Ya lo dijo en 1961: « España es ahora como una inmensa caldera en la que la presión va subiendo de punto »<sup>20</sup>. Es natural que cinco años después la presión haya alcanzado un « punto » verdaderamente crítico. Así se explica que aparezcan fenómenos tan extraordinarios como el que se nos revela en **Después de Franco, ¿qué?**: « la posibilidad, nueva e imprevisible hace cierto tiempo, de establecer una colaboración pueblo-Ejército para una acción destinada a instaurar las libertades políticas y levantar la grave hipoteca que el régimen representa para España. Si esta posibilidad se concretase, la huelga nacional podría tomar la forma de un movimiento coordinado del pueblo y el Ejército para abolir la dictadura ». Obsérvase bien que no se trata de conspiraciones en las alturas para sustituir a Franco por Don Juan, o por otra dictadura militar, o por cualquier otra forma de régimen político de las clases dominantes; se trata de la **colaboración coordinada** entre el Ejército y el pueblo para realizar un **levantamiento de masas** (es el significado de la « huelga nacional » para el PCE), concebido como el primer gran acto de un proceso revolucionario llamado a acabar con el poder político de las actuales clases dominantes y dar paso a un poder de la clase obrera, aliada a los campesinos, a la burguesía media, etc., bajo la dirección de la clase obrera, la cual, a su vez, se supone (en la óptica del PCE) bajo la dirección del Partido Comunista. La historia no conoce casos parecidos más que en coyunturas de verdadera catástrofe nacional y de insurrección revolucionaria de las masas<sup>21</sup>. Para considerar posible tal actitud en un Ejército de las características del franquista es preciso ver a España realmente al borde del colapso total: colapso económico, político y social. Y aún en ese caso, ¿no sería mucho más probable que un Ejército como el actual interviniera, no para unirse al pueblo sino para aplastar el movimiento revolucionario y salvar el régimen burgués?

Como vemos, en **Después de Franco, ¿qué?** no hay ninguna corrección real de la visión subjetivista de los años pasados. Se sigue viendo a España como un volcán presto a entrar en erupción... « La crisis de la dictadura —se dice en otro lugar— no es sólo una crisis de régimen político; es también la crisis de un régimen social, la bancarrota de la oligarquía

---

nera: « La huelga nacional es la huelga general política de los trabajadores de la ciudad y del campo, con el apoyo y con la participación en ella, de diversas formas, de otras capas y clases — campesinos, pequeña y media burguesía, funcionarios, intelectuales — más la fraternización con las fuerzas armadas y de orden público, contra la dictadura » (Declaración del Partido Comunista de España sobre la Huelga Nacional. Julio de 1959). En el Pleno del Comité Central del PCE de octubre de 1961, la definición anterior se perfiló más: « la Huelga Nacional viene a ser un **levantamiento nacional y popular** contra la Dictadura » [...] « Por lo tanto, se diferencia de la insurrección armada clásica y de la guerra civil en que la lucha armada no es la forma **principal** de

acción ». Lo que quiere decir que la huelga nacional incluye la lucha armada, aunque subsidiariamente.

20. Artículo de Santiago Carrillo en *Nuestras Ideas*, n. 11, 1961.

21. Incluso en situaciones de ese tipo no se ha producido nunca, que sepamos, el paso en bloque del Ejército al pueblo revolucionario. Ha sido una fracción, y de ahí que precisamente situaciones como éstas involucren, casi inexorablemente, la guerra civil, la lucha entre las dos fracciones del Ejército, cada una sumada a una fracción de la sociedad. El precedente del 14 de abril de 1931, no significó el paso del Ejército al pueblo sino una maniobra táctica del primero para conservarse y pasar a la lucha contra el pueblo en mejores condiciones.



dominante. Es el sistema de poder político y económico del gran capital financiero y de la aristocracia terrateniente el que está sobre el tapete...». Y frente a este poder que se derrumba «se está incorporando y poniendo en pie un nuevo **poder**, aún no legal, expuesto a vaivenes y accidentes, pero en una línea ascendente: el **poder** de las fuerzas democráticas, el **poder** de las masas populares» (los subrayados son de SC)<sup>22</sup>. Estamos ante el cuadro clásico de toda gran revolución social. Lo que se viene abajo no es una determinada forma política de la burguesía; es el sistema económico y social capitalista. El nuevo poder popular comienza a tomar forma. El Ejército parece propicio a unirse al pueblo. España está en vísperas de su 1917.

En esta dramática situación, una parte de la burguesía española comienza a proceder como la burguesía liberal rusa. Si bien en su iniciación la política de liberalización fue «una maniobra demagógica», «en las circunstancias presentes —dice Santiago Carrillo— aunque su objetivo esencial sea hacer abortar las transformaciones democráticas que maduran en la entraña de la sociedad española, podría no ser una maniobra demagógica»; «ahora las querellas por el poder encierran una contradicción de importancia sobre la orientación política. Ahora, el desplazamiento de los «ultras» sería su liquidación y la apertura de un rumbo político que podría acarrear, en definitiva, la eliminación de todo el sistema». Es decir, los liberalizadores, pretendiendo salvar la situación con algunas reformas, lo que hacen es abrir el camino a la revolución. Son los Kerenski 1966. Como consecuencia de la liberalización en curso, «la dictadura reaccionaria y conservadora puede, incluso, llegar a transformarse en **dictablanda** —y utilizo este término (dice SC) por analogía con un precedente histórico que está en la mente de todos—. El avance de la lucha democrática y la descomposición interna son susceptibles de producir en un momento dado ese resultado. Si esa posibilidad se diera, no excluiría en ningún modo el enfrentamiento final entre el régimen y las fuerzas nacionales democráticas, la ruptura inevitable de la continuidad, la victoria de una revolución política que abrirá un período de importantes transformaciones sociales. Podría hacerla, eso sí, menos violenta, más pacífica; pero nunca evitarla»<sup>23</sup>. Suponemos que el lector advierte el curioso mimetismo histórico que hay en todas esas previsiones. El modelo para definir lo que pasa en la España de hoy oscila entre la Rusia del 1917 y la España de 1930.

Del inevitable «enfrentamiento final», que revestirá, como ya se sabe, la forma no menos inevitable de «huelga nacional» (con «colaboración coordinada» del Ejército, o limitándose éste, más modestamente, a «retirar su apoyo al régimen, facilitando la realización de la voluntad popular», surgirá un «régimen de libertades políticas». «Tal régimen facilitaría la apertura de un marco dentro del cuál las fuerzas políticosociales podrían defender y tratar de hacer triunfar sus concepciones. En este sentido, la instauración de las libertades políticas sería un paso de gran importancia histórica». Dentro de este marco se plantearía «la preparación y convocatoria de unas Cortes Constituyentes». Sobre este «régimen de libertades políticas», **Después de Franco, ¿qué?** apenas ofrece precisiones, pero refiriéndose a él

22. Aquí el concepto **poder** — por eso está subrayado — no tiene el sentido con que a veces se utiliza en situaciones normales: los sindicatos son un «poder»; los partidos obreros son un «poder», etc. Tiene el sentido que se le da en

las situaciones revolucionarias: el nuevo poder revolucionario que va a sustituir al que se trata de derrocar.

23. La «dictablanda» fue el gobierno Berenguer (seguido del de Aznar) que sirvió de puente entre la caída de Primo de Rivera y la caída de la Monarquía.



dice lo siguiente: « En España, la imposibilidad de estabilizar un régimen de democracia política y de dominio oligárquico efectivo surgirá con suma rapidez ». De donde parece deducirse que se trataría de un régimen tipo occidental, de una democracia política en los marcos del sistema de capitalismo monopolista, aunque con la característica de no poder « estabilizarse »<sup>24</sup>. La alternativa entre « dos vías posibles de desarrollo: la vía monopolista y la vía democrática, revolucionaria » se planteará inmediatamente y de la manera más aguda. De imponerse la primera, las libertades políticas no serían más que « un breve paréntesis entre la dictadura de Franco y una nueva dictadura reaccionaria »<sup>25</sup>. La victoria de la segunda llevaría a la instauración de la « democracia política y social ». « Nuestra perspectiva —dice Carrillo— es cubrir este proceso hasta la victoria sin apelar a la guerra civil, a través de una enérgica lucha de masas combinada con la acción política dentro de los órganos de la democracia, cuando estos se instauren ». La posibilidad de esta vía pacífica se ve en función de dos factores: « el apoyo que logremos alcanzar para nuestra concepción entre las capas no monopolistas y, por otro lado, la actitud de los grupos reaccionarios monopolistas ». Con otras palabras: si los grupos « no monopolistas » apoyan al Partido Comunista y los grupos monopolistas no ofrecen resistencia violenta, el proceso será pacífico. Lo que es la evidencia misma pero deja el problema igual que estaba. Como no se puede excluir « la posibilidad de que, en cierto momento, se imponga a las fuerzas democráticas la necesidad de responder a la violencia reaccionaria con la violencia revolucionaria », Santiago Carrillo advierte que la « historia del Partido es una garantía » de que llegado el caso sabría organizarse la « violencia revolucionaria »<sup>26</sup>.

La política del Partido Comunista en todo el proceso, desde el momento actual de iniciación de la situación revolucionaria<sup>27</sup> hasta la liquidación del poder político y económico de la oligarquía, parte de una premisa fundamental (que se conserva, como veremos, a lo largo de la « democracia política y social »): « las fuerzas motrices de la revolución, en la etapa

24. Aquí Carrillo hace una concesión mayor a los que discrepábamos de él (y por eso fuimos expulsados del PCE) en los primeros meses de 1964. Partiendo de que en España no existe en el período actual la coyuntura apropiada para la revolución socialista (a esto nos referiremos en otra parte de este ensayo) llegábamos a la conclusión de que de la pugna entre la política de « liberalización » y la lucha de las fuerzas democráticas resultaría, como eventualidad más favorable, la instalación de una democracia política burguesa en la que el capital monopolista seguiría detentando, bajo otras formas, el poder efectivo, y en la que las fuerzas obreras y democráticas tendrían mayores posibilidades de organizarse y luchar por sus objetivos. Esta tesis se rechazó, calificándola de oportunista, con el argumento de que España está preñada de una « revolución democrática » análoga a la de los años treinta, que por esa razón la situación es explosiva, etc. Pero si esto es cierto, si estamos viviendo un proceso revolucionario de la profundidad que nos describe Santiago Carrillo desde hace años ¿ es lógico prever que su victoria en el « enfrentamiento final » desemboque en una democracia política con dominio efectivo de la oligarquía ? En cuanto a la mayor o menor « estabilidad » de esa etapa de democracia política con dominio efectivo de la oligarquía, que ahora acepta como probable Carrillo, es otra cuestión. Dependerá de la correlación de fuerzas que se cree,

de factores coyunturales, etc. Hay « inestabilidades » que duran decenas de años. Ahí está el régimen de Franco, que durante más de un cuarto de siglo hemos considerado (no sólo el PCE sino toda la oposición) en permanente descomposición.

25. Observemos de nuevo el mimetismo del proceso seguido en los años treinta.

26. En realidad, la perspectiva fundamental que hay en **Después de Franco, ¿ qué ?** es la pacífica. Toda la construcción descansa en las hipótesis de que el Ejército esté con el pueblo; que en la Iglesia predomine el espíritu « conciliar » (entendido con « espíritu optimista »); que la burguesía no monopolista se mantenga al lado de la clase obrera; que las potencias imperialistas no intervengan, etc. Todo ello tiene una cierta base real, a nuestro juicio, en la perspectiva de un cambio que, estableciendo libertades políticas del género existente en Europa Occidental, no comprometa el sistema capitalista monopolista. No la tiene, si el cambio implica el hundimiento de todo el « sistema » como anuncia Santiago Carrillo. Si el proceso revolucionario que nos describe el Secretario General del PCE es real, entonces la perspectiva real es la lucha armada.

27. La apreciación de que el proceso revolucionario **está iniciándose**, se viene repitiendo, de una u otra forma, desde hace años.



actual, son el proletariado, los campesinos y las capas medias, y su aliado potencial es la burguesía no monopolista»<sup>28</sup>. De ahí que la táctica del Partido Comunista se proponga, tanto a través del « movimiento de masas », como de las relaciones y acuerdos con las fuerzas políticas representativas de dichas clases y capas sociales, agrupar y organizar a éstas en un frente común<sup>29</sup>. Paralelamente, se tratará de lograr « la unión sólida de todas las fuerzas y corrientes de tipo socialista », pero advirtiéndose que « nuestro Partido es hoy potencialmente, y lo será mañana en la práctica, el Partido mayoritario entre esas fuerzas »<sup>30</sup>.

Resumamos. Hemos recorrido, a través de **Después de Franco, ¿qué?** las primeras fases de la revolución democrática, antifeudal y antimonopolista que, al parecer, estamos viviendo. A partir de la situación básica explosiva, creada por la persistencia de los mismos problemas de los años treinta, « reprimidos y agravados » durante más de un cuarto de siglo, está iniciándose (desde hace años) una situación revolucionaria. No sólo el régimen político franquista, sino todo el sistema capitalista monopolista español ha entrado en crisis. El poder de las clases dominantes se encuentra en un grado extremo de descomposición, hasta el punto de que su instrumento principal, el Ejército, puede pasarse a la revolución. Frente a este poder decrepito comienza a constituirse el nuevo poder popular. Los tardíos esfuerzos de los liberalizadores no pueden, en todo caso, más que introducir la fase de la « dictablanda », pero el enfrentamiento final (huelga nacional, levantamiento nacional pueblo-Ejército) es inevitable. De este enfrentamiento final saldrá un régimen de libertades políticas pero de dominio efectivo de la oligarquía. Esta nueva situación no puede estabilizarse (lo sorprendente es que pueda producirse, que de un movimiento revolucionario de la profundidad y el empuje que se describe salga un régimen en el que al poder efectivo siga en manos de la oligarquía). La lucha entre la vía monopolista y la vía democrático-revolucionaria se entabla en términos perentorios. El triunfo de la segunda da a luz la « democracia política social ». Trataremos ahora de presentar en forma estructurada los rasgos definitorios de este nuevo régimen, según se formulan en **Después de Franco, ¿qué?**

**Las estructuras económicas** vienen definidas por los siguientes tipos de propiedad y de producción:

1. Un « capitalismo de Estado democrático », nacido de la nacionalización de la Banca, el crédito, las riquezas del subsuelo y las grandes empresas monopolistas, cuya gerencia y administración será realizada por el Estado y los trabajadores<sup>31</sup>.

28. Antes vimos la utilización « monolítica » del concepto « Ejército ». Lo mismo sucede, a lo largo de **Después de Franco, ¿qué?** con conceptos definitorios de los grupos sociales: « campesinos », « capas medias », « pequeña burguesía », « burguesía no monopolista », etc. Es un método muy arraigado en el marxismo vulgarizado que hemos venido manejando en las últimas décadas. Se hace abstracción de la heterogeneidad política, ideológica, y también económica, que caracteriza a estos grupos sociales, debida a la cual incluso en situaciones de gran auge revolucionario una fracción importante de los mismos sirva de base de masas a las fuerzas reaccionarias. Nuestro proceso revolucionario de 1930-1939 es bien aleccionador al respecto. La necesidad de un análisis diferenciador se plantea cada vez más, no sólo en relación con esos grupos sociales sino con la clase obrera.

29. Como se desprende del propio informe de Carrillo, los resultados logrados hasta ahora en los intentos de unidad de los partidos y grupos antifranquistas son muy escasos. Se hacen predicciones optimistas, como se han hecho otras muchas veces, pero no se dan razones sólidas que las justifiquen.

30. Este espíritu de hegemonía a priori no puede facilitar el acercamiento entre los diversos grupos y partidos que se declaran partidarios del socialismo.

31. La fórmula « capitalismo de Estado democrático » se encuentra una sola vez en el informe, pero no hay duda de que su primera parte — « capitalismo de Estado » — corresponde exactamente al contenido que tiene al « sector social » en el Estado de la « democracia política y social ». Lo de « democrático » es más discutible.



2. Un extenso sector de capitalismo privado no monopolista: « Lo que se ha dado en llamar el océano de las pequeñas y medias empresas, tan característico de la estructura económica española, permanecería en esta etapa de democracia económica en manos de sus propietarios, cuyos intereses no sufrirían con el cambio ».
3. Una masa de millones de pequeños propietarios agrícolas, resultante de la liquidación del latifundio y su reparto entre los obreros agrícolas y los campesinos, de acuerdo con la divisa « la tierra para quien la trabaja ». De esta manera en el campo « coexistirían las explotaciones de tipo familiar y otras empresas de tipo burgués con las cooperativas de uno u otro grado y con las colectividades agrarias más avanzadas ».

**El carácter y las estructuras del nuevo Estado** se definen con los siguientes rasgos:

1. En cuanto al carácter: se trata de « un nuevo poder político en el que los trabajadores de la ciudad y del campo, los intelectuales, los profesionales y los técnicos, la burguesía no monopolista, se reconozcan; un poder con el que estén identificados, al que consideren suyo ». Es decir, un poder que sea en el mismo grado obrero, burgués y pequeño-burgués.
2. El Estado será una democracia parlamentaria, con el Parlamento como « órgano más elevado de la voluntad popular ». Se creará un Consejo Económico-social a escala nacional y organismos similares de tipo regional. Habrá pluralidad de partidos políticos sin restricción. Mediante ellos, y mediante sus organizaciones sindicales, económicas o profesionales, las clases y capas de la « democracia política y social » podrán defender sus intereses con plena libertad en el marco del sistema institucional indicado. El Estado será multinacional. Cataluña, Euzkadi y Galicia se integrarán en él a través de un régimen autonómico<sup>32</sup>. Existirá un « sistema de control democrático de los trabajadores, tanto en las grandes empresas estatales como en la empresa privada, reconociéndose el derecho de aquéllos a participar en la programación y en la organización de la producción... »<sup>33</sup>.
3. Relaciones con la Iglesia: « El Estado se esforzará por mantener un ambiente de coexistencia respetuosa e incluso en ciertos aspectos de colaboración con la Iglesia; las Ordenes religiosas « no serán molestadas »; se autorizará la existencia de escuelas y universidades católicas. Ejército: « Nosotros —declara el secretario general del PCE— no tenemos ninguna intención de dismantelar el Ejército, y mucho menos de reemplazarlo por el antiguo Ejército popular. Pensamos que a los mandos del Ejército deberá exigírseles verdadera vocación profesional, capacidad, valor, patriotismo, fidelidad al régimen nacido de la voluntad nacional ». Teniendo en cuenta el supuesto de que el Ejército colaborará, o facilitará con su inhibición benevolente, la implantación del nuevo régimen, el planteamiento anterior significa, en la práctica, que el Partido Comunista promete conservar en la « democracia político-social » al Ejército actual<sup>34</sup>. Política exterior: la política exterior del nuevo régimen será de « neutralidad positiva », manteniendo a España fuera de los campos y bloques militares en que se divide el mundo actual. Dentro de esta definición general se declara taxativamente que

32. Santiago Carrillo se ha pronunciado tajantemente contra toda solución federalista (Véase *Nuestra Bandera*, n. 44-45, « Coloquio sobre problemas de organización del futuro democrático de España »). No creemos que pueda excluirse a priori la solución federal. Algunos grupos de izquierda, incluidos grupos socialistas, la propugnan.

33. ¿Cómo combinar este sistema de control con el prin-

cipio de que la burguesía tenga « plena libertad » para defender sus intereses (el principal de los cuales es explotar lo más posible a los trabajadores)? ¿No habrá que reducir un poco esa libertad?

34. Como ya hemos indicado (véase nota 26) el supuesto de que el Ejército actual apoye al pueblo es fundamental en toda la construcción de Santiago Carrillo.



« un Estado democrático, con la participación gubernamental de los comunistas, no sería, **de su propia iniciativa**, un Estado « antinorteamericano ». Sería un Estado plenamente independiente y sólo podría chocar con los intereses de los Estados Unidos o de cualquier otro Estado, en el caso de que éste tratara de ingerirse en nuestros asuntos internos o amenazase la paz mundial y el principio de autodeterminación de los pueblos. Naturalmente, un Estado democrático debería negociar por la vía diplomática el desmantelamiento de las bases que hoy existen y la anulación de los acuerdos militares, objetivo derivado de su neutralidad. Pero, a su vez, podría dar a los Estados Unidos la garantía de no permitir la instalación de otras bases extranjeras y de no establecer acuerdos militares con otras potencias. Podría asegurar a los Estados Unidos la libre disposición de los aerodrómos y puertos españoles para su aviación y marina comerciales, mediante el pago de los mismos derechos que cualquier otro país extranjero » (los subrayados son de SC)<sup>35</sup>. Más adelante se dice que la actual política exterior de De Gaulle « sería un terreno de base favorable hacia el progreso y el mejoramiento de las relaciones de España y Francia ».

Dos observaciones incidentales: 1) ¿Puede un marxista, ni siquiera como hipótesis, suponer que el imperialismo norteamericano no va a ingerirse en una revolución popular española y que ese imperialismo puede dejar de ser una amenaza para la paz y para el principio de autodeterminación de los pueblos? 2) El sentido « táctico » de los tres planteamientos anteriores es transparente: se trata de dar garantías a los tres « grandes poderes » —Iglesia, Ejército, Imperialismo— respecto a la participación comunista en la dirección de la « democracia política y social ». Precaución que no está de más dado que se da por seguro —como vimos anteriormente— que el Partido Comunista será el partido mayoritario de la clase obrera. ¿Pero puede un Partido Comunista, por consideraciones « tácticas » del momento, contraer algunos de los compromisos más arriba enunciados? (hacemos la salvedad de lo que se refiere a la Iglesia, que nos parece correcto).

**La duración de la « democracia política » y la transición desde ella al socialismo**, se formulan en los siguientes términos:

1. Duración: de « una a dos generaciones », es decir, de quince a treinta años.
2. Formas de transición al socialismo: « Esta etapa creará las condiciones para el paso gradual al socialismo; pero no será aún el socialismo. Será una democracia nueva, antifeudal y antimonopolista, en la que coexistirán formas de propiedad social en los sectores fundamentales<sup>36</sup> y formas de propiedad burguesas y capitalistas **ampliamente extendidas**. El paso gradual a la propiedad social del conjunto de los medios de producción, por esta vía, **no sería consecuencia de tales o cuales medidas de expropiación**; el desarrollo de las fuerzas productivas iría planteando **de una manera natural**, la superación gradual de la pequeña y mediana industria (obsérvese que aquí se pasa subrepticamente de la categoría « propiedad privada » —que es la suceptible de expropiación— a la categoría « dimensiones productivas de la empresa » que pueden estar justificadas o no económicamente, sin que por ello la empresa tenga que permanecer en manos de la propiedad privada; puede pasar a manos de la autogestión obrera. FC). Por esta vía, formas de indemnización y sobre todo de integración per-

35. Este último ofrecimiento es curioso. Si hay relaciones normales, huelga. ¿Se trata, simplemente, de mostrar la « buena disposición » del Partido?

36. Como ya hemos visto esta « propiedad social » no es socialista; es capitalismo de Estado.



sonal en el nuevo sistema de producción socialista de los antiguos propietarios privados, teniendo en cuenta su experiencia y su capacidad directiva, harían que la transición no representase una tragedia para nadie, excepto para aquellos que se opongan por la violencia al desarrollo democrático »<sup>37</sup> [...] « Esta es la única forma real en que en España puede desarrollarse una **revolución en la libertad** ». (Este último subrayado es de SC, los anteriores son nuestros).

Tales son las definiciones y conceptos claves que caracterizan en **Después de Franco, ¿qué?** el contenido y la forma de la « democracia política y social ». Su carácter capitalista (no monopolista, precisemos) queda evidenciado no sólo en la definición de las estructuras socio-económicas y políticas, sino en la significación que ese proyecto tiene de respuesta a « ciertas gentes [que] en sus elucubraciones político-ideológicas, haciendo suyas las concepciones neocapitalistas, han sostenido que hoy no cabe la existencia de **otro capitalismo** que no sea el capitalismo monopolista de Estado »<sup>38</sup>. La « democracia política y social » es ese « otro capitalismo ». Examinémoslo ahora bajo dos ángulos importantes: el contenido de las relaciones de clase y la significación de este « capitalismo sin monopolios » para el desarrollo económico.

El nuevo Estado —con el que, como hemos visto, estarán identificados tanto los trabajadores como los burgueses; será **su** Estado— impedirá todo proceso de concentración capitalista<sup>39</sup>, dice Santiago Carrillo, pero proporcionará a los capitalistas no monopolistas « **garantías que hoy no poseen** dentro del sistema del capitalismo monopolista de Estado », crédito que « **eliminaría** el peligro de asfixia financiera que amenaza hoy, a cada paso, a la empresa no monopolista ». « Estos sectores sociales [los sectores burgueses. FC] tendrían sus propios representantes en el Consejo Económico-Social, en el parlamento y en el gobierno; sus propios órganos de información, sus asociaciones; podrían **hacer respetar sus intereses** como los otros sectores sociales »<sup>40</sup>.

Si se tiene en cuenta todo lo expuesto hasta aquí, el contenido fundamental de las relaciones entre los trabajadores asalariados y la burguesía no monopolista sería la colaboración armónica. Colaboración a todos los niveles: en la gerencia del sector capitalista de Estado, en la gerencia del sector capitalista privado, en la ayuda y protección a este último (a través del Estado), en las instituciones políticas, sociales y económicas, etc. El secretario general del Partido Comunista dice taxativamente: « Ese período [los quince a treinta años de « democracia política y social ». FC] será posible sobre la base de la colaboración de la clase obrera, los campesinos, la burguesía no monopolista, y de las fuerzas políticas expresión de estas clases y capas »; se tratará de « una empresa democrática y nacional », que « exige desarrollar y elevar a un nuevo nivel la reconciliación del pueblo ». A lo largo de **Después de Franco**,

37. Sería un poco más exacto y menos idealista decir que para los capitalistas que no se opongan por la violencia la tragedia sería « pacífica ».

38. Alusión a los marxistas que negamos la posibilidad de la vuelta atrás, al capitalismo sin monopolios, y sostenemos que a partir del capitalismo monopolista de Estado la única transformación radical posible es la socialista.

Como es bien sabido, ello no tiene nada que ver con las concepciones neocapitalistas. Estas consisten en identificar capitalismo monopolista de Estado y socialismo, y por lo

tanto ni se plantean siquiera la cuestión de la revolución socialista. En cuanto a este tipo de lenguaje polémico: « ciertas gentes », « elucubraciones », etc. (son los calificativos más suaves que nos dedica; de ahí *in crescendo* se llega a los de « capituladores », « desertores de la revolución », « traidores al marxismo », etc.) preferimos no tenerlo en cuenta. Nos parece indigno de un verdadero marxista.

39. Esto implica cortar seriamente la « plena libertad » de los pequeños y medios capitalistas para funcionar como tales. 40. ¿Cómo compaginar esto con lo anterior? (nota 39).



¿qué?, el concepto « pueblo » recibe un contenido concreto: es el conjunto de todas las clases y capas no monopolistas, incluida la burguesía no monopolista. El **nuevo nivel** de la reconciliación del pueblo es, por tanto, la... reconciliación de clases. Para que no haya dudas, en las treinta y tres páginas dedicadas a exponer la sustancia de la « democracia política y social » no hay una sola palabra alusiva a la lucha de clases en ese período de quince a treinta años (tampoco la hay, dicho sea de paso, a las contradicciones y la lucha de clases en el período actual entre los trabajadores y las capas burguesas no monopolistas)<sup>41</sup>. Como hemos visto, el paso gradual al socialismo se producirá —según Santiago Carrillo— en el mismo marco de una colaboración que excluye las expropiaciones. Se basará, fundamentalmente, en la decisión voluntaria de los pequeños y medios burgueses, de los burgueses agrarios, de los pequeños propietarios campesinos. En relación con la propiedad campesina, la posición del secretario general de PCE es tajante y desde luego nueva en un dirigente comunista: «... nosotros no tocaremos la propiedad de los campesinos pobres, de los campesinos medios e incluso de los campesinos considerados tradicionalmente ricos que cultiven su tierra. No tocaremos esa propiedad y es más, la defenderemos y la defendemos contra este régimen y **contra todos los que en el futuro traten de atentar contra ella** »<sup>42</sup>.

Veamos ahora el aspecto económico. El sistema de « democracia política y social » debe permitir a España —declara Carrillo— « dejar de ir al trote lento en el terreno del desarrollo económico para empezar el galope que el país necesita ». Pero no explica cómo. Si el « océano » de pequeñas y medias empresas capitalistas —que engloba los sectores de más baja productividad, más arcaicos y primitivos del capitalismo español, aunque en él emerjan empresas modernas— permanece intacto durante un largo período, recibiendo créditos y ayudas del Estado para no « asfixiarse », hasta que sus propietarios renuncien voluntariamente a su condición de capitalistas; si en la agricultura se estabilizan millones de propietarios pequeños, medios y ricos, a los que se garantiza ayuda y defensa; si las decenas de miles de accionistas de las grandes empresas nacionalizadas y los cincuenta mil terratenientes expropiados cobran una renta a título de indemnización<sup>43</sup>; si los obreros mejoran sus condiciones

41. No se trata de una observación puntillosa. No se trata de repetir fórmulas cuando no es necesario. Pero en el contexto que venimos analizando la ausencia de toda referencia —no de fórmulas sino de un análisis concreto— a las contradicciones y a la lucha de clases entre proletariado y burguesía en el marco de la « democracia política y social » adquiere una significación concreta.

42. Santiago Carrillo. « Para nuestro análisis ». **Nuestra Bandera**, n. 41, febrero de 1965, p. 106. Lenin, refiriéndose a la lucha por el socialismo en las condiciones de pleno triunfo de la « revolución democrática », decía: « Los campesinos, como clase poseedora de tierras, desempeñarán en esta lucha el mismo papel de traición, de inconsecuencia, que ahora desempeña la burguesía en la lucha por la democracia. Olvidar esto es olvidar el socialismo, engañarse a sí mismo y engañar a los demás respecto a los verdaderos intereses y tareas del proletariado » (**Obras escogidas en tres tomos**, edición citada, p. 606).

Lenin consideraba también que el partido obrero no debe propugnar el reparto de la tierra en propiedad privada al campesino, en aquellos países donde la transformación capitalista de la gran propiedad terrateniente se ha iniciado,

es decir donde ha pasado a la explotación con mano de obra asalariada y utilización de maquinaria. En esas condiciones se encontraba Alemania en 1909 y refiriéndose a ella Lenin decía: « En Alemania, el apoyo de los obreros a los deseos del "mujik" de recibir él la tierra es **reaccionario** » (el subrayado es de Lenin). **La alianza de la clase obrera y del campesinado**, p. 351, edición española, Moscú. El proceso de transformación capitalista del campo español, pese a su retraso, se encuentra hoy probablemente bastante más avanzado que en la Alemania de 1909. Y a ello se agrega la crisis general de la pequeña explotación agrícola como consecuencia de la revolución en la técnica de la explotación agraria. Lo que no quiere decir que en una serie de casos aquella no siga siendo inevitable en las condiciones de España.

43. En **Después de Franco**, ¿qué? se plantea: « Esa nacionalización (la de las empresas del capital monopolista) puede hacerse **sin lesionar los intereses** de los accionistas, que podrían seguir recibiendo un porcentaje de los beneficios por las acciones que poseen en tanto no sean rescatadas »; en cuanto a los latifundistas: « Estaríamos dispuestos a aceptar el pago de un rescate por sus tierras ».



de existencia (sobre esto no se dice una palabra, seguramente porque el autor lo da por supuesto); ¿de dónde van a salir los fondos necesarios para las grandes inversiones susceptibles de poner al galope a la economía española y permitirle alcanzar rápidamente a los países desarrollados? ¿Cómo van a efectuarse las racionalizaciones drásticas de las estructuras industriales y agrarias sin las cuales esa aceleración del ritmo del desarrollo es imposible? Queda el « capitalismo de Estado democrático ». Se nos aclara que aunque el nuevo Estado « impedirá todo proceso de concentración monopolista privada », ello « no significaría interrumpir el proceso de centralización y concentración de la economía, característico de la moderna producción. Este proceso es inevitable y necesario para el desarrollo económico; pero puede realizarse, sin monopolios capitalistas, más rápida, más racionalmente... » Sin monopolios, de acuerdo, pero... ¿con el « oceano » a cuestas?, ¿garantizando la existencia de la burguesía no monopolista hasta que voluntariamente renuncie a serlo?, ¿sin lucha de clases, ni coacción? En la descripción de la « democracia política y social » no hay ninguna respuesta de tipo económico a esos interrogantes. Sólo encontramos una invocación del factor subjetivo: « el esfuerzo nacional que esto demanda [pasar del trote al galope. FC] sólo puede lograrse si el pueblo entero, obreros, campesinos, intelectuales, burguesía no monopolista, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, se sienten arrastrados por un gran impulso común, por un irresistible movimiento de colaboración y de emulación hacia un fin claro y bien determinado. Si este fin exalta las capacidades de trabajo, de abnegación y de heroísmo de las masas. Si se crea un romanticismo del desarrollo nacional democrático, revolucionario ».

Permítasenos dudar de la eficacia económica de ese « romanticismo del desarrollo ». Y de la misma posibilidad del « romanticismo » en un régimen como el que se propone en **Después de Franco, ¿qué?** La revolución despierta, en efecto, inmensas energías creadoras en las masas trabajadoras, pero a condición de que éstas comprueben, en la práctica, que se trata de su revolución, que el nuevo régimen es capaz, efectivamente, de asegurar un desarrollo más rápido, armónico y en beneficio de los trabajadores mismos. ¿Puede ser así en un régimen que garantiza por un largo período la explotación capitalista a una extensa masa de asalariados? ¿Pueden las empresas nacionalizadas asegurar mejores condiciones de vida a sus trabajadores si sobre el sector público recae durante largo tiempo la onerosa carga de garantizar la supervivencia al « océano » de pequeñas y medias empresas capitalistas privadas, rentables y no rentables? ¿Es admirable hacerse ilusiones sobre el « romanticismo » de la burguesía no monopolista o de los millones de pequeños propietarios de la ciudad y del campo? ¿Es posible una planificación racional, una concentración rápida y eficiente de la producción en esas condiciones? «

Sabemos perfectamente que ni el autor de este proyecto —que él mismo presenta como aplicación creadora del marxismo leninismo<sup>44</sup>— ni los comunistas que hasta ahora lo aprueban,

44. Aclaremos que no propugnamos la liquidación precipitada, una vez que la clase obrera dirija el Estado, de las pequeñas y medias empresas. Este problema tiene un aspecto técnico-económico cuya solución requiere un plan y largo tiempo, pasando por diferentes fases. Puede ser racional la subsistencia prolongada de muchas y la creación de otras de pequeñas o medias dimensiones, de acuerdo con la tecnología moderna. Pero ¿por qué no pueden pasar a manos de los obreros y técnicos que en ellas trabajan, con régimen de autogestión? Lo que no excluye en determinados casos, cuando

ello sea conveniente y el interesado reuna las cualidades técnicas apropiadas, la participación del antiguo empresario en las funciones directivas u otras.

45. « Nuestro Partido — dice Santiago Carrillo en **Después de Franco, ¿qué?**, refiriéndose a sus propios planeamientos — puede preclarse hoy de haber elaborado, en sus rasgos fundamentales, la vía española hacia la democracia y el socialismo, aplicando la enseñanza universal del marxismo-leninismo a la realidad específica de España ».



piensan en regímenes de colaboración de clases, ni en soluciones utópicas; pero ¿no es eso lo que resulta en la práctica? Huyendo del reformismo que colabora con la gran burguesía monopolista, ese reformismo que domina hoy en la mayor parte del movimiento obrero de los países capitalistas desarrollados, ¿no se cae en un ilusorio reformismo pequeño-burgués, un reformismo « no monopolista »? Comprendemos, y compartimos plenamente, la preocupación de asegurar « la revolución en la libertad », pero ¿de qué libertad se trata? ¿La libertad para la burguesía no monopolista —para la **gran masa** de la burguesía española— de continuar siéndolo mientras no comprenda que el interés del « desarrollo nacional democrático » exige su desaparición como clase? La crítica que en este aspecto puede hacerse a las revoluciones socialistas del siglo XX no es la de haber privado de esa libertad a las clases explotadoras, sino la de no haber creado una democracia real para los trabajadores, la de no haber asegurado la libertad de las diferentes corrientes socialistas, la de haber liquidado la democracia interna en el partido obrero dirigente. Pero sobre esta cuestión volveremos más adelante.

## Carácter y fuerzas motrices de la revolución española en la presente etapa histórica

Hemos examinado en el primer apartado de este ensayo los fundamentos ideológicos y los precedentes históricos de la concepción de la revolución española expuestos en **Después de Franco, ¿qué?** Hemos sintetizado en el segundo apartado la plasmación concreta de esa concepción, tal como es formulada por el secretario general del PCE, lo mismo en sus aspectos táctico-estratégicos, como en la definición de las estructuras económicas, sociales y políticas del régimen de « democracia política y social ». Trataremos ahora de argumentar nuestro propio punto de vista sobre los problemas que nos parecen esenciales, comenzando por el del carácter de la revolución española en las condiciones del capitalismo monopolista de Estado. La respuesta a este problema tiene que partir de la caracterización de las estructuras económicas y del significado del actual Estado español, tanto desde el punto de vista de su contenido de clase como del de sus funciones.

En **Después de Franco, ¿qué?** se sostiene la tesis de que el capitalismo monopolista de Estado español se caracteriza por un alto desarrollo de las « superestructuras », mientras que su « base económica » está formada por « el océano de pequeñas y medias unidades económicas representativo del « viejo capitalismo »<sup>46</sup>. Esta tesis se revela de gran utilidad para fun-

46. La necesidad de apoyar las tesis del secretario general del Partido obliga a algunos economistas comunistas a decir verdaderas aberraciones teóricas, como por ejemplo que en España « el monopolio es superestructura de un capitalismo extremadamente débil y atrasado ». (Enrique Andrés. « La revolución democrática española », *Realidad*, n. 9, p. 112). Independientemente del grado de debilidad y atraso del capitalismo español, que se exagera para las conveniencias de la polémica, el monopolio, en el capitalismo español como

en todo capitalismo medianamente desarrollado, no es un fenómeno superestructural solamente, sino estructura. Sin una concentración monopolística en las estructuras económicas no hay capitalismo monopolista, ni superestructuras monopolistas. Los Altos Hornos de Vizcaya, por ejemplo, significan desde hace medio siglo un alto nivel de concentración del capital y de la producción, independientemente de su atraso técnico. En cuanto a éste, probablemente Enrique Andrés no conocía a la hora de escribir su artículo (y si lo



damentar la concepción de la «vía española al socialismo» expuesta en **Después de Franco, ¿qué?** En primer lugar, basta con liquidar las artificiales «superestructuras» para el «viejo capitalismo» emprenda una nueva y libre existencia amparado por el «capitalismo de Estado democrático». En segundo lugar, esa artificialidad de las «superestructuras» monopolistas proporciona a la contradicción entre ellas y la burguesía no monopolista, el campesinado, etc., una «agudeza desconocida en otros países», de donde se deduce la posibilidad de una alianza duradera de la clase obrera con esos grupos sociales, hasta el punto de poder cimentar en esa alianza la «democracia política y social». En tercer lugar, esa singular combinación —«superestructuras» monopolistas altamente desarrolladas sustentadas en el «océano de pequeñas y medias unidades»— determina la fragilidad global del sistema, incapaz de resistir la prueba del cambio de régimen político. Luchamos contra un «tigre de papel», como diría Mao. Pero la realidad (no hablemos ya de la teoría económica marxista) encaja difícilmente en esa representación del capitalismo monopolista de Estado español que sirve de comodín a la «vía española al socialismo» concebida en **Después de Franco, ¿qué?**

El capitalismo español comenzó a entrar en su fase monopolista —antes ya de la guerra civil— como consecuencia de un proceso de concentración del capital y de la producción, nacido de las condiciones mismas de la libre concurrencia. Este proceso ha revestido en España determinadas particularidades, bien conocidas: retraso histórico, derivado de la no realización de una revolución burguesa radical; intervención deformante del capitalismo extranjero; prolongado proteccionismo seguido de casi dos décadas de fuerte autarquía; retraso (derivado de los factores anteriores) de la concentración de la producción respecto a la concentración del capital; retraso técnico, etc. Pero todas esas peculiaridades<sup>47</sup> no significan que haya dejado de producirse el hecho esencial, sin el cual no hay paso del «viejo capitalismo» al capitalismo monopolista: la aparición, en ramas decisivas de la economía, de la gran industria, de la gran empresa. En la memoria de todos están las grandes empresas de la industria minera, siderometalúrgica, naval, química, eléctrica, etc., que han jalonado históricamente, junto con el desarrollo del capital financiero, la formación del capital monopolista español. Después de la guerra civil, el número e importancia de las grandes empresas —estatales, privadas, mixtas— ha dado un salto cualitativo, y en la hora actual el ritmo de concentración y racionalización técnica se acelera visiblemente, como efecto y causa, al mismo tiempo, del intenso crecimiento industrial de los últimos años en condiciones de mayor competencia.

Como han señalado diversos economistas, lo característico de la estructura productiva industrial de España no es el «océano de pequeñas y medias unidades», sino el que «casi sin

---

conocía ha tenido que ignorarlo) que en los Altos Tornos, como en otra muchas grandes empresas españolas, la modernización técnica está al orden del día. Recientemente se ha inaugurado en los Altos Hornos una de las más modernas plantas de laminación de Europa, con capacidad de producción, en su primera fase, de 1 200 000 tm de chapa gruesa. Y en Puertollano acaba de inaugurarse uno de los más modernos complejos petroquímicos de Europa. Y podríamos seguir citando decenas y decenas de casos. Pero Enrique Andrés, repitiendo a Santiago Carrillo y a Juan Gómez, habla de la industria española de hace diez, veinte, o treinta años.

47. Peculiaridades que no son exclusivas de España. El pro-

teccionismo ha desempeñado un papel fundamental en la industrialización de todos los países llegados con retraso al desarrollo capitalista (Alemania, Italia, Japón, etc.). En España el proteccionismo ha sido la condición misma del desarrollo de la gran industria, cosa que no entendieron con frecuencia nuestros liberales y después algunos marxistas. Su aspecto negativo (obstáculo a la libre competencia, freno, por lo tanto, a la racionalización técnica) es indudable, pero al mismo tiempo ha sido la condición indispensable para crear bases industriales más mínimas capaces de afrontar posteriormente un mayor grado de competencia y de abordar su modernización.



eslabones intermedios, las grandes empresas se elevan en medio de un mar de pequeñas y pequeñísimas unidades». Pero precisamente esto da a las primeras « especial fuerza y poder ». « En una serie de ramas decisivas de la industria la masa aplastante de la producción corresponde a unas cuantas grandes empresas [...] En su conjunto, la industria pesada está concentrada, mientras que la ligera está fraccionada. Con exclusión, sin embargo, de la producción de papel, azúcar, fibras artificiales, productos lácteos y cerveza, donde la concentración es también elevada<sup>48</sup>. Es decir, si bien es cierto que el índice de concentración —más exacto sería decir, de racionalidad técnica— está en retraso en relación con el de los países capitalistas más avanzados, respecto a lo que era la industria española antes de la guerra civil la transformación ha sido significativa. Los espectaculares ritmos del crecimiento industrial de España en los últimos años, superiores a los de los principales países capitalistas<sup>49</sup>, no pueden explicarse, ciertamente, más que en el contexto del ciclo largo de auge económico iniciado en el sistema capitalista mundial en los años cuarenta. Pero no pueden explicarse tampoco sin tener en cuenta el nivel industrial, el nivel de concentración de la producción y del capital, alcanzado por las estructuras económicas españolas a finales de la década del cincuenta. Porque la cuestión no reside, sólo, en que los ritmos indicados hayan sido superiores en los últimos años a los de los países más desarrollados (lo cual no tendría gran importancia si se arrancara de un nivel extremadamente bajo), sino en que se haya llegado actualmente —pese al escaso aumento del producto agrícola— a los 600 dólares de renta por habitante, la de Italia en 1962<sup>50</sup>. Explicarse este nivel industrial a partir de « océano de pequeñas y medias empresas » parece un poco difícil...

48. Las citas están tomadas del estudio de Juan Vicens « Tendencias del desarrollo del capitalismo en España (1940-1963) » publicado en « Problemas económico-sociales de la historia de España », Moscú, 1965 (en ruso). Juan Vicens es un economista español formado en la Unión Soviética que trabaja actualmente en el Instituto de Economía de la Academia de Ciencias de la URSS. La observación que hace Vicens de que a consecuencia de la escasez relativa de empresas medias, las grandes tienen especial fuerza y poder, es muy importante. Precisamente por esto la contradicción entre las grandes y el « océano » de pequeñas y pequeñísimas es menos aguda. Todo lo contrario de lo que sostienen S. Carrillo y J. Gómez. En los países donde la empresa media tiene mayor peso la contradicción entre ésta y las grandes es, por eso mismo, más aguda. El error metodológico básico de todos los análisis de Juan Gómez (que sirven de base a los planteamientos de Carrillo) es la ausencia de enfoque dialéctico.

En 1958, según datos del Ministerio de Comercio, había en España 623 empresas con más de 500 obreros, ocupando un total de 783 417 trabajadores, es decir, una media de más de 1000 obreros por empresa. Muchas de ellas cuentan con varios miles. Este núcleo de grandes empresas representa el 0,2% de la totalidad de las empresas españolas y ocupa el 21,3% de la totalidad de los obreros. No se conocen datos globales posteriores a 1958, pero hay que tener en cuenta que ha sido después cuando se ha producido la expansión de la fabricación de automóviles y de otros sectores. Las informaciones parciales de los últimos años revelan una aceleración del proceso de concentración.

El criterio para definir la gran empresa depende de diversos factores, y varía de unos a otros países. En Italia se consideran grandes empresas las que tienen 500 o más trabajadores. En Francia y Alemania a las de más de 200.

El « océano » de pequeñas y medias existe en todos los países capitalistas desarrollados. Por ejemplo, las empresas industriales de menos de 100 obreros constituían en Francia, en 1958, el 97,9% de la totalidad, ocupando el 46% de los trabajadores industriales; en 1952, en el Japón la proporción era 99 y 59 respectivamente; en España en 1960, 99,32 y 62,98. Como se ve, el « océano » es mayor en España, pero la diferencia no es grande, por ejemplo con el Japón. En cambio en España el « océano » es más débil, como ya hemos dicho, por la escasez de empresas medias.

49. Índices del aumento de la producción industrial en los principales países de 1961 a 1964 (1961 igual a 100):

España	140,1
Japón	139,2
Estados Unidos	121,6
URSS	121,1
Inglaterra	120,5
Francia	119,0
Alemania	117,2
Italia	112,3

En 1965 el aumento de la producción industrial española sobre 1964 ha sido de un 11% en tasas reales, lo que eleva a más de un 57% el aumento sobre 1961.

50. Información Comercial Española, 21 de abril de 1966. A nuestro juicio, desde el punto de vista del volumen glo-



Sobre el alto nivel de concentración del capital no vamos insistir porque parece fuera de discusión. En el estudio que se publica en este mismo volumen\* relativo a 100 familias de la oligarquía, se demuestra que ese grupo controla el 71,75 % del capital desembolsado y de las obligaciones emitidas por todas las sociedades anónimas existentes en España. Esta concentración del capital domina decisivamente todas las ramas y empresas de mayor significación económica. Es indudable que las concentraciones bancarias e industriales del último período están elevado aún más ese grado de concentración del capital. Y el proceso tiende a acelerarse.

En toda esa dinámica de concentración monopolista y de desarrollo industrial, el Estado ha desempeñado desde 1939 un papel primordial<sup>51</sup>. Y no simplemente como « superestructura » (de haber sido así su intervención no hubiera sido tan decisiva). El Estado español se ha convertido en una de las más poderosas —en realidad, la más poderosa— de las empresas económicas del país.

El entrelazamiento del monopolismo estatal con el monopolismo privado, en un mecanismo único, es el sistema de capitalismo monopolista de Estado. De una manera o de otra, toda la economía nacional está integrada en ese sistema. Y este sistema no es sólo —como se deduce de todo lo dicho— « superestructura »: es « base económica ». El alto desarrollo de las « superestructuras » monopolistas, la posibilidad misma de su existencia, se explica (aunque en **forzar** su creación haya intervenido el factor político de la dictadura fascista, lo mismo que sucedió en Alemania e Italia) por el desarrollo de la concentración en las estructuras económicas, en el capital y en la infraestructura productiva. La coexistencia con estas estructuras concentradas de un sector arcaico tradicional (en la industria y en la agricultura) no es un **handicap** para el sistema de capitalismo monopolista de Estado, sino todo lo contrario, como explica Ernest Mandel analizando la expansión del capitalismo japonés y del capitalismo italiano después de la segunda guerra mundial<sup>52</sup>.

bal, de la diversificación y del papel que en ella juegan las ramas más modernas, la industria española es ya la de un país capitalista desarrollado. No podemos aquí dar un cuadro completo justificativo de esa opinión. Pero los datos siguientes son significativos.

La producción de acero ha pasado de 606 000 tm como promedio anual en el quinquenio 1951 a 1955, a 3 460 000 tm. Y el aumento va a ser más espectacular en los próximos años.

La producción de energía eléctrica ha pasado de 10 000 millones de kw/h en el mismo quinquenio a 31 650 millones de kw/h en 1965.

La producción de productos petrolíferos ha pasado de unos 5 millones de tm en 1957 a más de 14 millones de tm en 1965. Recientemente ha sido inaugurado en Puertollano uno de los complejos petroquímicos más modernos de Europa. La producción de automóviles, inexistente en el quinquenio citado, ha sido en 1965 de 159 145 unidades. Actualmente España ocupa el décimo lugar mundial en la fabricación de automóviles. Y la producción está en rápida expansión. Se prevé para 1968 la producción de 765 000 vehículos (*Le Monde*, 26 de mayo de 1966).

En la construcción naval, España ocupa el sexto puesto mundial. A fines de 1965 tenía en gradas 561 197 tm.

51. En 1962, el sector público contaba, además de la Administración Central y de las Corporaciones locales, unos 1600 organismos autónomos, cerca de 60 empresas industriales agrupadas en el INI (algunas de talla europea, como la ENSIDESA), otras empresas y servicios (transportes ferroviarios y aéreos), las Entidades financieras públicas, los Organismos de Seguridad Social (INP, Mutualidades y Montepíos Laborales) y otros instrumentos. En su conjunto, se trata de un mecanismo extraordinariamente complejo y ramificado que penetra e interviene toda la economía nacional. Una idea del peso decisivo de este mecanismo la da el que sus ingresos representaban (en 1962) más del 25% de la Renta Nacional, y sus inversiones más del 40% de las realizadas en el conjunto de la economía nacional.

52. Ernest Mandel. *The Economics of Neo-Capitalism*. Socialist Register, 1964. En este ensayo el economista belga explica cómo el subdesarrollo del *Mezzogiorno* en Italia, y la existencia en el Japón, junto con el sector moderno de la industria, de un importante sector arcaico, han sido una de las bases esenciales del espectacular ritmo de crecimiento industrial de estos países. Esos sectores atrasados han sido

\* NDLR. Véase en el primer volumen de esta obra: Grupo de jóvenes economistas, *Las 100 familias españolas*.



Si el Estado ha adquirido un poder de intervención real sobre los procesos económicos; si ha sido posible la introducción de la « planificación indicativa » (con todos los defectos que en esta fase inicial tiene respecto a otras « planificaciones » capitalistas, como, por ejemplo, la francesa) no se debe fundamentalmente ni a la imposición dictatorial del régimen, ni a la mayor o menor pericia de los tecnócratas que rigen los ministerios económicos. Se debe a que las actuales estructuras económicas ofrecen la **posibilidad objetiva** de esas formas de intervención y regulación (con todas las limitaciones y con el carácter de clase que no pueden superarse en las condiciones capitalistas). Y esa posibilidad objetiva no es otra cosa que un cierto nivel de concentración, de integración, de las estructuras económicas. Es, precisamente, el hecho de que un núcleo relativamente reducido de grandes empresas industriales concentra la masa aplastante de la producción en ramas decisivas de la economía. Es el hecho de que un grupo reducido de capitalistas, apoyado en esas grandes empresas, en las miles de pequeñas y medias que son filiales de las primeras, en los grandes bancos y en el Estado, tiene en sus manos los resortes decisivos de la economía total del país. Y esto no es otra cosa que un alto grado de **socialización** del proceso económico. Por ser eso, hay la posibilidad de un cierto tipo de dirección de la economía. Por ser todavía una socialización **capitalista** esa dirección tiene límites que no puede superar. Este doble aspecto es el que Lenin definía con las siguientes palabras: « el capitalismo monopolista de Estado es la preparación **material** más completa para el socialismo, su antesala, porque en la escalera histórica no hay ya peldaños intermedios entre esa fase y aquella a la que se da el nombre de socialismo »<sup>53</sup>. Y en la época de Lenin el capitalismo monopolista de Estado sólo daba sus primeros pasos. Aún no había llegado a ser lo que es hoy: un sistema total, integrador (al mismo tiempo que portador de contradicciones, insolubles a término) de toda la vida económica y social.

Su conversión en este tipo de sistema económico es el aspecto más importante del cambio experimentado por el capitalismo español después de la guerra civil. Con frecuencia se deja en la sombra, mientras se pone el acento en el espectacular despegue económico de los últimos años. En realidad se trata de dos aspectos del mismo proceso, que se inciden recíprocamente como causa y efecto, pero el primero es el que determina básicamente el carácter de la revolución española en la actual etapa histórica.

En efecto, en las condiciones del sistema de capitalismo monopolista de Estado, la toma del poder por un bloque social en el que la clase obrera sea la fuerza hegemónica, y la nacionalización del capital monopolista privado, **significan el comienzo de la revolución socialista**<sup>54</sup>. Lo **fundamental** de la economía —lo que hoy está en manos del Estado o del

la fuente de mano de obra barata, del consiguiente nivel elevado de los beneficios, y, en consecuencia, del rápido ritmo de acumulación capitalista. Por otra parte, dice Mandel, estos países se han podido aprovechar de « la inmensa reserva de innovaciones tecnológicas que se había constituido en el curso del decenio precedente en los países anglosajones y que bastaba con importar para obtener rápidos progresos en el terreno de la productividad ». ¿No es algo muy parecido lo que está sucediendo en España en el último decenio?

53. Lenin. *La catástrofe que nos amenaza y como combatirla*,

obras escogidas, en dos tomos, ed esp. 1948, p. 134. En el mismo trabajo (p. 133) Lenin plantea: « el socialismo no es más que el primer paso de avance que sigue al monopolio capitalista de Estado. O dicho en otros términos, el socialismo no es más que el monopolio capitalista de Estado **aplicado en provecho de todo el pueblo**, y que, por lo mismo, **deja de ser tal monopolio capitalista** » (el subrayado es de Lenin).

54. El concepto marxista de revolución socialista implica, como es sabido, toda una época de transformaciones sociales. Pero el paso decisivo, inicial, es la toma del poder por la clase obrera. Este criterio, a nuestro juicio, sigue siendo



capital monopolista privado— quedaría convertido en **sector socialista**. Por muchos pequeños y medios capitalistas que queden en pie y por mucho que se prolonge su supervivencia, el sistema capitalista deja de existir como tal. Ninguna revolución socialista ha expropiado, inmediatamente después de la toma del poder por la clase obrera, a los pequeños capitalistas, pero no por eso ha dejado de tener el carácter de revolución socialista desde el momento que la clase obrera está al frente del Estado y que los medios fundamentales de producción son socializados de una u otra manera. Con mayor razón en las revoluciones que lleven al poder a la clase obrera en los países donde el capitalismo ha llegado a transformarse en sistema de capitalismo monopolista de Estado.

La hipótesis de que una vez liquidado el poder político y económico del capital monopolista pueda instaurarse un régimen no socialista, un sistema basado en el capitalismo de Estado (regido por trabajadores y burgueses) y en el capitalismo privado no monopolista, sólo es concebible si la clase obrera renuncia a ser la clase dirigente del nuevo Estado, si asume voluntariamente el papel de auxiliar de la burguesía no monopolista. Naturalmente, un partido revolucionario no puede tener esa orientación. Y un partido reformista tampoco: su orientación es colaborar con el capital monopolista. Y es que, como decía Lenin, el capitalismo monopolista de Estado es el último peldaño en la escalera histórica del capitalismo. Más allá de él no hay más que el socialismo.

Dado ese inevitable carácter de la futura revolución española —que no puede disimularse con promesas en las que nadie ha de creer— resulta ilusorio contar con la burguesía no monopolista (industrial, comercial y agraria) como aliado de la clase obrera en dicha revolución. Unos u otros grupos de esa capa pueden coincidir con la clase obrera (y ésta debe hacer todo lo posible para lograrlo, pero sin tratar de engañarlos ni de engañarse ella misma) en la presente fase de la lucha por las libertades políticas y en torno a otros objetivos parciales. Liquidado el actual régimen político, pueden surgir nuevas coincidencias en relación con determinadas reformas tendentes a limitar el poder político y económico del capital monopolista o a destruir los últimos vestigios «feudales» en la agricultura. Pero esa capa no está realmente interesada en la destrucción del sistema de capitalismo monopolista de Estado, por la sencilla razón de que ello implica, en plazos más o menos breves, pero ineluctables, su liquidación como tal capa burguesa. Es indudable que entre esa capa (cuya consistencia como «capa» es muy relativa, tanto desde el punto de vista de su conciencia social como de su praxis) y el capital monopolista existen contradicciones y conflictos de intereses. Pero existe, al mismo tiempo, una coincidencia fundamental: la voluntad de conservar el sistema capitalista. El Estado actual no representa sólo los intereses del

---

válido para definir el comienzo de una revolución socialista, independientemente de que sea necesario reexaminar lo que debe incluirse hoy en el concepto de clase obrera. Si la toma del poder ha sido el comienzo de la revolución socialista en países donde el Estado no desempeñaba aún la función económica que ejerce hoy en España ¿cómo puede no ser así en la España actual?

En el ensayo antes citado de Enrique Andrés (véase nota 46) se hacen verdaderas acrobacias «dialécticas» para demostrar teóricamente que una revolución que liquida el poder

político y económico del capital monopolista no es todavía una revolución socialista. En esencia su demostración se reduce a comprobar que después de eso todavía queda un sector de capitalistas privados. Pero con este criterio ni la Revolución de octubre de 1917, ni ninguna de las revoluciones socialistas posteriores eran socialistas. Bajo la NEP el poder económico del capitalismo en la Rusia socialista era cien veces mayor del que le quedaría al capitalismo español un vez el Estado en manos de la clase obrera y de ser nacionalizado el capital monopolista privado.



capital monopolista —como cierto marxismo simplificado suele repetir—; representa los intereses de **toda la clase capitalista**, aunque al garantizar estos intereses lo haga, ante todo, en beneficio particular del capital monopolista. Como dice el economista checo Ludek Urban: «La característica general de las modificaciones de la estructura económica [en el capitalismo actual. FC] está constituida por la restricción de las prerrogativas económicas de los empresarios privados que no tienen en cuenta más que sus necesidades e intereses particulares, y la transferencia de esas prerrogativas a organismos centrales en los que los representantes del gran capital ocupan una posición dominante, **preocupándose en un plano más amplio de los intereses de la burguesía en tanto que clase**»<sup>55</sup> (el subrayado es nuestro. FC).

En **Después de Franco, ¿qué?** se presenta la situación de la burguesía no monopolista bajo el sistema actual con acentos patéticos. Pero la realidad no es tan dramática. Es cierto que el mecanismo de la competencia y la concentración asfixia en cada momento a una parte de los pequeños y medios (como a algunos de los grandes) pero otra parte prospera. Y nacen nuevos capitalistas de todos los tamaños. Se desarrolla la integración de las pequeñas y medias unidades en el mecanismo de producción de las grandes, mediante el sistema de participación o contratación. En otros casos las pequeñas empresas se agrupan para racionalizar su actividad. En un palabra, se trata de un proceso sumamente contradictorio, pero, a través del cual un sector de los pequeños y de los medios capitalistas se enriquece y prospera, sobre todo en una etapa de intenso dinamismo económico como la que está conociendo España. Este proceso contradictorio es el que permite decir en **Después de Franco, ¿qué?** (cuando se trata de demostrar la fragilidad del capitalismo monopolista español como simple «superestructura» sobre el «océano», etc.), que «el océano de pequeñas y medias unidades» se **amplía**, se **dilata**. Y cuando se quiere convencer a los burgueses no monopolistas de marchar junto a los obreros hacia la «democracia política y social» entonces **Después de Franco, ¿qué?** les augura que en caso de no seguir ese camino, su destino es «perecer brutalmente bajo los zarpazos de las grandes empresas industriales y financieras».

¿Siguen siendo los «campesinos»<sup>56</sup> la fuerza motriz más importante de la revolución española, después del proletariado, como se dice en **Después de Franco, ¿qué??**

El problema del campo es, sin duda, uno de los más complejos de la España actual. Pero su significación en relación con el problema de la revolución ha cambiado profundamente en las últimas décadas. En la España de los años treinta, en una coyuntura de crisis económica y política, el problema agrario adquirió entonces sí— un carácter explosivo. La salida revolucionaria, antifeudal, se puso al orden del día. Pero existía potencialmente otra salida, más lenta y más penosa para los campesinos: la que Lenin llamaba «vía prusiana» de transformación capitalista del campo<sup>57</sup>. En realidad, desde la resamortización se había iniciado

55. Véase «Economía política marxista y capitalismo contemporáneo» en **Cuadernos de Ruedo Ibérico**, n. 5.

56. El concepto de «campesinos» en **Después de Franco, ¿qué?** incluye campesinos pobres, campesinos medios y campesinos ricos. Con este contenido lo utilizamos aquí.

57. Lenin denominaba así (por haber sido la zona de Pru-

sia uno de los primeros lugares en que se produjo) la transformación capitalista del campo sin haber tenido lugar una revolución burguesa que liquidara radicalmente las relaciones de tipo feudal. Los grandes latifundios de los **junkers** prusianos fueron pasando lentamente a la utilización de mano de obra asalariada y a la introducción de maquinaria.



esa vía pero con suma lentitud. Lo que ha hecho el desarrollo capitalista-monopolista español, en conjunción con la incidencia de factores exteriores (auge económico europeo, crisis general de la pequeña explotación en la agricultura de los países capitalistas, etc.) es imprimirle a esa vía una acelebración extraordinaria. Por un lado, ha precipitado la crisis de las estructuras agrícolas arcaicas; por otro, ha creado una salida a la enorme reserva de fuerza de trabajo barata que esas estructuras contenían. Cada uno de estos procesos repercutía sobre el otro, acelerándolo en progresión geométrica. El resultado es una modificación radical de los términos económicos, sociales y políticos en que se plantea hoy el problema agrario en contraste con el periodo anterior a la guerra civil.

El desplazamiento de población activa de la agricultura a la industria o los servicios se ha realizado a un ritmo y en masas tales, que no tienen precedentes en la historia moderna de España<sup>58</sup>. Decenas de miles de explotaciones minifundistas han desaparecido. Paralelamente, aunque con ritmo más lento (como ha ocurrido en otros países en procesos semejantes) se han desarrollado las explotaciones de tipo capitalista. Una parte del viejo latifundismo ha entrado en la vía de la modernización capitalista. El resto se encuentra en crisis, y tendrá que seguir el mismo camino o perecer bajo la presión convergente de las nuevas condiciones económicas, de los grupos capitalistas más dinámicos (incluidos los agrarios) y de la lucha de las fuerzas democráticas por la reforma agraria. La mecanización y utilización de abonos y otros procedimientos técnicos, se encuentra aún a un nivel bastante inferior del de las agriculturas más avanzadas, pero ha experimentado un enorme incremento en relación con el periodo anterior a la guerra civil, particularmente en algunas regiones, y sectores agrícolas<sup>59</sup>. La política agraria del Estado, aunque con una serie de inconsecuencias, está orientada a impulsar todo ese proceso de transformación capitalista y sus instrumentos de intervención se refuerzan de año en año.

En palabra, la profunda crisis actual de la agricultura española no es la crisis de los años treinta. Ahora se trata de una dinámica transformadora de las estructuras: liquidación de las estructuras arcaicas e implantación de las nuevas estructuras capitalistas modernas. Es

---

58. Según datos de la Dirección General de Empleo (citado por *Cuadernos de Ruedo ibérico*, n. 2, p. 65) de 1957 a 1964, ambos inclusive salieron del campo más de dos millones de personas. Se calcula que en 1965 salieron 300 000 personas más. Es decir, en 9 años han abandonado el campo español 2 300 000 personas, mientras que en Italia (donde por razones análogas a las de España el trasvase de población agrícola a la industria o los servicios ha sido una de las premisas principales del crecimiento económico) en el periodo del 1950-1960, los diez años del « milagro italiano », salieron del campo 700 000 personas. Y la población de Italia supera en veinte millones a la española.

El porcentaje de la población agraria activa ha pasado en España del 48,8% en 1960, al 34,6% en 1964, y cálculos aproximados la sitúan alrededor del 31% a finales de 1965. Más de la mitad de esa masa campesina ha encontrado ocupación en la industria o los servicios en España. El resto ha emigrado a los países europeos. Pero es significativo que en el último año la emigración al extranjero tiende a decrecer, sin que crezca el paro en España.

59. El parque de tractores, que era de 4 000 unidades antes

de la guerra civil, y de 30 000 en 1956, ha pasado a 147 000 en la actualidad. La revista *Información Comercial Española*, analiza los resultados del pasado año agrícola diciendo: « Ante los importantes movimientitos de población que están ocurriendo en nuestra geografía, es significativo que en la campaña de 1965-1966 la renta agraria se ha elevado un 2,7% respecto a la del año anterior (en el que había descendido un 9,7%) pese a las desfavorables condiciones climatológicas. El aumento de la productividad ha sido de un 9,9% » pese a las desfavorables condiciones climatológicas. El aumento de la productividad ha sido de un 9,9% ». Y la revista explica que estos resultados se deben, en parte, a los cambios ya habidos en las estructuras agrarias, a los progresos de la capitalización del campo, a la utilización de máquinas y abonos, etc. (Véase *Información Comercial Española*, n. 895 y 979). Debe tenerse en cuenta que las cifras e índices expuestos son promedios. Expresan (y disimulan) un doble proceso: la ruina vertical de un tipo de agricultura y el auge rápido de otra. La investigación diferenciada de ambos procesos permitiría comprender mejor lo que está ocurriendo en el campo español.



el efecto (al mismo tiempo que factor) de la intensa industrialización del país. El proceso ha seguido su curso inevitable en las condiciones capitalistas: primero, la industrialización a costa del campo, mientras en éste aparece en primer plano la destrucción de las viejas estructuras, quedando en segundo plano y en retraso la aparición de las nuevas: ahora se está entrando en una nueva fase: el nivel alcanzado por la industrialización hace posible y necesario un ritmo más rápido de desarrollo de la nueva agricultura capitalista bajo diversas formas. La inevitable perspectiva de integración en el Mercado Común acelerará aún más todo el proceso\*.

En el plano político-social todo esto quiere decir que el campo ha dejado de ser en medida importante la reserva revolucionaria del movimiento obrero que fue en la España de los años treinta, aunque incluso entonces —suele olvidarse con facilidad— un sector no pequeño de la masa campesina sirvió de base social a las fuerzas reaccionarias. Índice expresivo de esa pérdida de potencialidad revolucionaria del campo es la escasez de luchas campesinas de alguna importancia en todo el período franquista, particularmente en los últimos años, desde que el ritmo de crecimiento industrial tomó las proporciones espectaculares conocidas<sup>60</sup>. Y es lógico que haya sucedido así: la «carga explosiva» retenida en el campo español ha encontrado su válvula de escape en la industria y los servicios, cuando no en España, en el extranjero. Esto no quiere decir que la clase obrera no pueda encontrar en los pequeños campesinos, e incluso en la burguesía agraria, aliados circunstanciales en la lucha por la democratización política y por otros objetivos parciales. Sobre todo, como es natural, la lucha por una reforma agraria que conjuge los problemas sociales con las exigencias del desarrollo económico y de la moderna técnica agrícola.

Nos estamos refiriendo a los campesinos propietarios o arrendatarios. Otra cosa es el proletariado agrícola. Este sector del proletariado español, tradicionalmente tan importante, se ha reducido de manera considerable, tanto en cifra absolutas como relativas, en el conjunto de la población activa. Con ello su situación en el mercado de trabajo ha mejorado, habiendo logrado en los últimos años aumentos de salarios y otras reivindicaciones. Su mentalidad ha cambiado también, como señalan Tamames y otros economistas. La ruina masiva de la pequeña explotación y el aliciente de la ciudad se conjugan para quebrantar la aspiración tradicional a la posesión de la tierra. Los grupos más conscientes se orientan a soluciones socialistas del problema agrario.

En resumen, la transformación capitalista de las relaciones de producción agrarias<sup>61</sup> ha llegado demasiado lejos como para que el aspecto «antifeudal» pueda seguir considerándose

60. Las pocas que ha habido de alguna importancia han sido de obreros agrícolas. Muy raramente de campesinos. Aparte del factor económico que contribuye a explicar este hecho (la salida que la masa campesina encuentra en la industria o los servicios) hay que tener en cuenta el desarrollo considerable de las organizaciones que han puesto a esa masa campesina bajo el control de la burguesía agraria, de la Iglesia, de las fuerza conservadoras del campo, en general: Hermandades, movimiento cooperativos, etc.

61. No debe confundirse la transformación capitalista de las relaciones de producción (utilización más intensiva de mano de obra asalariada, con reducción de las formas de arriendo

semifeudal, en las grandes propiedades; liquidación de la pequeña explotación de subsistencia, desarrollo de las explotaciones de los campesinos ricos que utilizan mano de obra, formas de cooperación capitalista, etc.) con el nivel técnico de las explotaciones, aunque sean dos fenómenos relacionados.

\* NDLR. Véase en el primer volumen de esta obra: Macrino Suárez, *Problemas de la agricultura española*; C. E. Q. García, *De la autarquía económica al plan de desarrollo*; en este volumen: Raul Torras, *Problemas de la entrada de España en el Mercado Común*.



como el rasgo distintivo del problema del campo español. Unos años más y tendremos una agricultura netamente capitalista, independientemente de que por su nivel técnico no esté a la par de las más avanzadas. La única transformación revolucionaria —en el doble aspecto social y económico— que a partir de la situación actual puede concebirse, es la que tiene como eje el cooperativismo socialista. Pero esta transformación no es posible sin el triunfo de la revolución socialista en España. Otra cosa es que dentro de las condiciones actuales las fuerzas revolucionarias luchen por objetivos parciales que vayan en la dirección de la futura transformación socialista de las estructuras agrarias.

El desarrollo capitalista-monopolista de los últimos veinte años ha acrecentado en grado considerable las fuerzas sociales interesadas **objetivamente** —por su situación en las relaciones de producción o en otras estructuras— en la transformación socialista de la sociedad española. La masa asalariada —desde el obrero agrícola al industrial, desde el empleado al técnico— constituye ya, con sus familias, la gran mayoría de la sociedad española. Está por hacer el estudio sociológico global de esta masa, pero algunos rasgos generales son conocidos.

El proletariado agrícola ha sufrido —como acabamos de decir— una reducción drástica, pero en cambio la clase obrera industrial se ha duplicado, o más, en relación con lo que era antes de la guerra civil. Una proporción mayor se encuentra concentrada en grandes empresas y en centros neurálgicos del país, lo que favorece su acción sindical y política. Hay un aumento considerable de la masa asalariada ocupada en los servicios y de las mujeres incorporadas al trabajo en uno u otro sector. En los últimos años hay la expansión de las capas de técnicos, administradores, empleados, cuadros en general, típicos del capitalismo contemporáneo.

Naturalmente, una cosa es la situación en las estructuras económicas de los grupos enumerados, y otra muy distinta la conciencia que tienen de esa situación, la cual depende de múltiples factores, unos coyunturales, otros más permanentes. Dentro de la condición común de asalariados, existe en esa masa gran heterogeneidad de condiciones de vida, tipo de trabajo, medio cultural, tradiciones, etc., que influye profundamente en la manera y el ritmo con que, en cada caso, puede producirse el paso a una conciencia política proyectada hacia la perspectiva socialista. No es necesario recalcar que la clase obrera industrial —y en particular la concentrada en las grandes empresas— es el grupo más homogéneo. Pero a juzgar por datos parciales, la diferenciación de funciones, de salario, de otras condiciones de vida (vivienda, etc.) tiende a acentuarse en la clase obrera. En parte, a consecuencia de la racionalización en la organización del trabajo y de la introducción de nueva tecnología (ambos aspectos están íntimamente ligados); en parte, por una política deliberada de las empresas interesadas en acentuar dicha diferenciación. Se trata, insistimos, de conjeturas a partir de datos parciales, puesto que la investigación sociológica de la actual clase obrera está por hacer, lo que hace difíciles las previsiones sobre su comportamiento como clase en el actual proceso económico y político. Sin embargo, algunos hechos fundamentales están a la vista.

Las huelgas, manifestaciones y otras acciones de importantes núcleos de la clase obrera en los últimos años; la formación de comisiones obreras en las empresas; la exigencia de sindicatos auténticos (que comienza a pasar del terreno de la reclamación a la creación, de



hecho, de sus estructuras orgánicas<sup>62</sup>; todos estos hechos, son otros tantos aspectos de un fenómeno fundamental: la aparición de una nueva conciencia sindical y política, después de la larga etapa de desmoralización y atonía que siguió a la tremenda derrota de la revolución en los años treinta. Se trata, por el momento, de una vanguardia. Extensos sectores no han llegado todavía a esa toma de conciencia. Pero la tendencia se acentúa. Hay un aspecto que debe valorarse en toda su importancia: este nuevo movimiento obrero está abriéndose paso hacia la legalidad en una lucha enconada y difícil, suceptible de imprimirle características más combativas, más clasistas, que las del actual movimiento obrero en la mayoría de los países capitalistas desarrollados<sup>63</sup>. Sin embargo, no es más que una probabilidad, porque la eventualidad de una inflexión reformista cuenta con cartas nada despreciables. El predominio, en definitiva, de la corriente revolucionaria o de la reformista, está sujeta a un abanico muy complejo de factores (entre otros, el margen de maniobra que el desarrollo económico deje a la clase capitalista para hacer concesiones a la lucha sindical; la forma en que, en definitiva, se produzca la liquidación de las actuales formas políticas, etc.). Pero uno de los principales, sin duda, será el grado de madurez política y teórica de las fuerzas marxistas dentro de este movimiento obrero. Por el momento no se puede ser muy optimista al respecto.

En los otros sectores asalariados —empleados, técnicos inferiores, etc.— el proceso de toma de conciencia, no ya socialista sino simplemente sindicalista, va mucho más retrasado. Y es una de las razones por las que la vanguardia obrera debe medir cuidadosamente sus pasos. Sin el apoyo de estos sectores —lo mismo que el de las capas más atrasadas de la misma clase obrera— los núcleos avanzados pueden exponerse a golpes peligrosos en la actual situación. Afortunadamente, los nuevos cuadros obreros que van destacándose en los últimos años —aludimos a los que se sitúan en posiciones de clase— están dando pruebas de inteligencia táctica, aprovechan con habilidad las crecientes posibilidades legales, combinando la utilización de éstas con las formas de lucha que todavía tienen un carácter ilegal. En este aspecto — como en otros relativos a la impulsión de la lucha, a la toma de conciencia— el Partido Comunista ha dado una ayuda efectiva a la clase obrera. No puede decirse lo mismo en lo que respecta a sus repetidas incitaciones a la huelga general política y a la «huelga nacional», en situaciones en que no existían las condiciones para ese tipo de acciones<sup>64</sup>.

62. En este aspecto tiene gran significación el documento firmado por más de cien miembros de las Comisiones de trabajadores del Metal, Prensa y Artes Gráficas, Electricidad, Industrias Químicas, Construcción, Transporte y Combustible, que ha circulado ampliamente en España. Está fechado el 31 de enero de 1966 y en el exilio ha sido publicado por *Mundo Obrero*, *Mañana* y otros órganos. En este documento se definen con gran claridad y sentido de clase las bases del nuevo sindicalismo español.

63. Al decir mayoría, queremos subrayar que en ciertos países el ejemplo más típico, tal vez, es Italia — no se puede decir que el movimiento obrero tenga una actitud conformista, de «integración» en el sistema. Hay la posibilidad de que el nuevo movimiento obrero español en los años próximos, en una etapa de libertades políticas, tenga rasgos bastante semejantes a los del actual movimiento obrero italiano. Y más avanzados aún si, acrecentando sus caracterís-

ticas combativas logra, al mismo tiempo, conservar su unidad actual.

64. Como nuestra opinión sobre este problema ha sido falsificada totalmente, presentándola como una oposición de principio a la huelga general política, nos permitimos reproducir literalmente nuestro planteamiento en el Comité Ejecutivo del Partido Comunista durante las discusiones habidas en marzo de 1964: «En el período actual debemos centrar nuestros esfuerzos y la atención de las masas en otra serie de formas de acción (económicas y políticas) como son las huelgas parciales, las manifestaciones, etc., [aparte de una utilización cada vez más intensa de las posibilidades legales que cada día son mayores] cuyo desarrollo, junto con otras circunstancias, puede o no, poner de verdad al orden del día en un momento dado, la huelga general política. Sólo si se crea esa situación debemos plantearnosla como una tarea real».



Al tratar de precisar las fuerzas sociales susceptibles de marchar con la clase obrera en la lucha por el socialismo, debe ponerse especial atención en una serie de grupos cuyo papel en la actual sociedad capitalista tiende a crecer en importancia, al mismo tiempo que en el seno de ellos aparecen elementos de contradicción con el sistema. Nos referimos a los cuadros técnicos y científicos de todas las especialidades y categoría, al personal de la enseñanza y de otros servicios sociales (médicos, etc.), que el crecimiento industrial exige en contingentes cada vez mayores. La masificación de estas categorías lleva aparejada su diferenciación social entre una reducida élite que tiende a fundirse con las clases dominantes —aunque en ella surjan individualidades que por motivaciones morales o ideológicas puedan sumarse a la lucha socialista— una masa que queda relegada en la jerarquía social y en las condiciones económicas\*. Por otra parte, las limitaciones que el sistema capitalista presenta a la plena utilización de los espectaculares progresos científicos y técnicos de nuestra época en beneficio de toda la sociedad; las barreras que ese sistema opone a las crecientes exigencias culturales de la sociedad, inciden en la conciencia y en la praxis de esos grupos, cuya función social no puede ejercerse en plenitud más que en un sistema socialista. Unos y otros motivos crean premisas para que esas categorías —cuyo papel, insistimos, en las estructuras económicas y sociales, tiende a ser decisivo, junto con el de la clase obrera— puedan ser ganadas a posiciones de izquierda y socialistas. A condición de que la vanguardia marxista sea capaz de realizar en ellas una adecuada labor ideológica, política y sindical; de que sepa proponerles un proyecto de transformación socialista susceptible de contrarrestar los condicionamientos —muy poderosos— que tienden a integrar dichas categorías sociales en el sistema capitalista-monopolista.

No es necesario subrayar la irradiación que las corrientes socialistas tienen ya en importantes núcleos intelectuales y en la juventud universitaria. Tomado **globalmente**, el actual movimiento intelectual y universitario de oposición al franquismo no va más allá, por su carácter y objetivos concretos, de un planteamiento democrático dentro del sistema capitalista, pero la influencia más o menos difusa del marxismo en el interior de ese movimiento es bien notoria.

#### En conclusión:

1. La revolución social de tipo democrático-burgués, en todas sus variantes, ha pasado a la historia en España. La única « revolución democrática » real en el sistema actual es la revolución socialista<sup>65</sup>.

---

65. En toda esta discusión, conviene precisarlo bien, el concepto de « revolución democrática » de la que se habla en **Después de Franco, ¿qué?** tiene un contenido de revolución social, no simplemente política. Toda revolución social es una revolución política, pero no a la inversa. La liquidación del franquismo y la instauración de un régimen de libertades políticas dentro del actual sistema de capitalismo monopolista de Estado, será una « revolución democrática » en sentido político, pero no en el social. A nuestro juicio el concepto de « revolución democrática » no debería ser utilizado por los marxistas en la época actual más que como sinónimo de revolución socialista. Con ello se lograría: 1) Marcar con fuerza las limitaciones de todo avance democrático en los

marcos del capitalismo y no despertar ilusiones al respecto; 2) Subrayar que el socialismo no es sólo la base económica socialista, sino un nivel de democracia superior, en todas las esferas, a los que le han precedido históricamente; 3) Registrar lo que ya es una experiencia histórica: la base económica socialista no engendra automáticamente la democracia a ese nivel superior. Una serie de factores objetivos y subjetivos pueden determinar la cristalización de un sistema socio-político no democrático. En los países donde esa situación existe la lucha por la democracia es una tarea de primer orden para llegar efectivamente al socialismo.

\* NDLR. Véase en este volumen: Antonio Linares, **Ideología y sistema de enseñanza en España**.



2. El capitalismo español se ha transformado en un sistema de capitalismo monopolista de Estado. Este sistema representa un alto grado de socialización de las estructuras económicas, mientras que la propiedad de los medios fundamentales de producción se ha concentrado en un reducido grupo de grandes capitalistas. Tal contradicción básica define el carácter socialista de la futura revolución española. Las contradicciones subsistentes entre las estructuras capitalistas y los restos de estructuras arcaicas desempeñan un papel totalmente subordinado, están siendo superadas mediante la destrucción de dichas estructuras arcaicas en el proceso del desarrollo capitalista-monopolista. Lo que pueda subsistir de ellas a la hora de la revolución socialista será liquidado por ésta.

3. El Estado —controlado por el capital monopolista— constituye la pieza clave del sistema actual. Ya no es sólo una superestructura política sino una parte esencial de la estructura económica. La toma del poder en este Estado, por un bloque social dirigido por la clase obrera, y la nacionalización del capital monopolista privado significa la transformación del sector decisivo de la economía en sector socialista. Es el comienzo de la revolución socialista.

4. La principal fuerza motriz y dirigente de la revolución socialista es la clase obrera industrial, que en España ha alcanzado un importante desarrollo numérico y un nivel relativamente elevado de concentración. El proletariado agrícola y las restantes masas trabajadoras de la ciudad y del campo constituyen, asimismo, fuerzas fundamentales de la revolución socialista. En los trabajadores intelectuales de todas las especialidades y en la juventud universitaria se desarrollan grupos llamados a desempeñar un papel relevante en la lucha por el socialismo. Todas estas clases y grupos sociales son agentes **en potencia** de la revolución socialista. Su transformación en agentes **reales** depende del desarrollo de la situación económica y política española e internacional, y de la acción política, ideológica y organizadora de las fuerzas socialistas de vanguardia.

## La lucha por el socialismo en la España actual

En las conclusiones anteriores hemos tratado de precisar —reduciendo deliberadamente el esquema a sus elementos más simples, para mejor destacar su articulación global— el sistema de coordenadas que sitúa la **necesidad** de la revolución española, su **carácter** y las **fuerzas sociales** susceptibles de llevarla a cabo. Con ello no hemos hecho más que definir un marco muy general, del que no se deduce ni la inevitabilidad de la revolución, ni sus formas concretas, ni los plazos en que puede tener lugar, ni el comportamiento de sus agentes sociales. El proceso que lleva a toda verdadera revolución social es, en última instancia, un proceso **no-intencional**, resultante de fenómenos objetivos en las estructuras económicas y sociales, y de múltiples y contradictorias acciones **intencionales** de las fuerzas sociales, tanto de aquellas cuyos intereses vitales han de ser favorecidos por la revolución, como de aquellas para las que la revolución significa su desaparición en tanto que clase a grupo social. La intervención de las fuerzas que conscientemente se proponen la realización de la revolución, tendrá tanta mayor influencia en el proceso, cuanto más su teoría, su estrategia y su táctica política, tengan un fundamento científico. Es decir, cuanto más se apoyen en un conocimiento real de los múltiples factores que intervienen en el proceso global. Pero en ningún caso ese factor consciente anula el carácter no-intencional del pro-



ceso global. La revolución no llega cuando los revolucionarios quieren, sino cuando la totalidad de los factores —de los que una gran parte escapa a la voluntad y la previsión de los revolucionarios— crea las condiciones **concretas** para ella.

A partir de la investigación de las revoluciones pasadas, los marxistas han tratado de extraer los rasgos comunes que expresan la maduración concreta de toda gran revolución. Lenin llegó a la conclusión de que no puede crearse una verdadera coyuntura de revolución social sin que la sociedad haya llegado a una situación de **crisis general**, de crisis económica, social y política; sin una crisis que impulse irresistiblemente a la gran mayoría de la población trabajadora a arrostrar riesgos y sacrificios para derrocar el sistema existente; sin una crisis que descomponga realmente el Estado, que haga imposible para las clases explotadoras seguir dominando en las formas tradicionales. Las revoluciones posteriores a Lenin han presentado estos mismos rasgos generales. Lo que no quiere decir que deban repetirse forzosamente en todas las revoluciones futuras. Particularmente en los países capitalistas desarrollados. No se puede descartar la hipótesis de que en nuevas condiciones históricas las fuerzas sociales partidarias del socialismo lleguen a tener tal aplastante superioridad, en un país o conjunto de países capitalistas, que sin necesidad de una « crisis general » de las características antes indicadas pueden imponer el paso al socialismo. Pero esta posibilidad supone un alto nivel de conciencia política en la mayoría aplastante de la sociedad, incluidos los núcleos decisivos de los servidores militares, técnicos y científicos de la clase capitalista. Tal hipótesis, repetimos, no se puede descartar de la perspectiva histórica, pese a la fisionomía actual de los países capitalistas más desarrollados. A nuestro juicio, tanto más la sociedad aparece « integrada » en el sistema capitalista, tanto más el sistema se encuentra potencialmente a merced de la sociedad. En determinadas condiciones históricas este segundo aspecto puede traducirse en la fácil liquidación del sistema por la sociedad. Pero por ahora, incluso en las hipótesis de una posible « vía pacífica », o « vía democrática », al socialismo, subyace como premisa básica la creación del tipo de « crisis general » definido por Lenin.

En las condiciones concretas de la España actual, y durante un futuro que por ahora sería pura especulación—intentar acotar, la revolución socialista no puede presentarse como posibilidad real sin que la sociedad española entre en dicho tipo de « crisis general »; sin una crisis que impulse irresistiblemente a la gran mayoría del pueblo a la acción revolucionaria y que descomponga realmente el aparato económico, militar y político del sistema capitalista-monopolista. Por otra parte, dada la integración creciente del capitalismo español en el sistema mundial del imperialismo y, en particular, en el capitalismo europeo, la creación de una coyuntura apropiada para la revolución socialista española no puede verse desligada de una coyuntura semejante, al menos en algunos de los principales países europeos. Este es un aspecto que requeriría un examen especial. Aquí nos limitamos a subrayar su importancia.

Como hemos visto, la idea central de **Después de Franco, ¿qué?** es que la sociedad española ha entrado en una « crisis general » del tipo indicado más arriba. De ahí que la liquidación del régimen político franquista se vea fundida indisolublemente con la revolución social, concebida ésta con el carácter ya sabido. Si esa tesis refleja la realidad española, si ésta se caracteriza, efectivamente, por la iniciación de la crisis general revolucionaria, entonces no hay duda de que estamos en el umbral de la revolución social. Pero no de la que se concibe en **Después de Franco, ¿qué?**, sino de la revolución socialista. Y en ese caso es



completamente irreal prever una «vía pacífica» como la que se proyecta en el citado texto. Estaríamos de nuevo ante la guerra civil y la intervención extranjera. ¿O es que alguien cree que las actuales clases dominantes, el Ejército, la Iglesia, el Imperialismo, iban a dejar paso pacíficamente a la liquidación del sistema capitalista en España?

A nuestro juicio la actual coyuntura española no es ésta. Sus rasgos esenciales podrían caracterizarse, esquemáticamente, de la siguiente manera:

1. Nos encontramos en una fase de intenso desarrollo económico. Como en otros desarrollos de este ritmo dentro del sistema capitalista —pero más todavía en las condiciones estructurales de España— se producen tensiones y desequilibrios de todo género: tensiones inflacionistas, acentuación del desequilibrio regional, ampliación del déficit de la balanza comercial (con su consiguiente repercusión en la balanza de pagos), etc. Pero ningún análisis serio de la perspectiva económica española preve, por ahora, que esos fenómenos puedan conducir en plazo próximo a una crisis económica profunda<sup>66</sup>. Pueden determinar reducciones del ritmo, medidas transitorias de «estabilización», recurso en caso extremo a los préstamos financieros internacionales, como se hizo ya en 1959, y como ha hecho Italia recientemente. Hay que tener en cuenta algunos aspectos que favorecen en esta fase la expansión de la economía española y explican, junto con otros factores bien conocidos, tanto los índices superiores del crecimiento español respecto a los de los principales países capitalistas en los últimos años, como la afluencia masiva de capitales extranjeros: 1) Que España ha entrado después que los otros países europeos en la fase de intenso desarrollo económico; 2) Que uno de los resortes principales de este desarrollo —la «reserva» de estructuras arcaicas, cuya destrucción es fuente de mano de obra más barata que la europea y factor de ampliación del mercado interior— está lejos de haberse agotado\*. Subrayamos estos dos aspectos porque ciertos análisis superficiales tienden a ver en ellos el «obstáculo insuperable» al actual crecimiento<sup>67</sup>. La afluencia de los capitales extranjeros crea una hipoteca sobre la independencia económica y política del país, pero es un factor que por ahora favorece la prolongación del actual auge económico. Por todas estas razones la posibilidad de una crisis económica profunda, susceptible de cortar todo el proceso actual, está ligada, hoy por hoy, más que a factores interiores, a la aparición de una crisis de ese tipo a escala europea o mundial. De producirse, podría tener en España efectos más graves que en otros países, dado el papel que en nuestro desarrollo económico están desempeñando el turismo, la masa de trabajadores españoles absorbida por la industria europea y el capital extranjero. Pero los análisis de la coyuntura económica internacional y la consideración de los mecanismos de que dispone actualmente el sistema capitalista no parecen justificar una previsión de ese género en los próximos años<sup>68</sup>.

2. La dictadura franquista ha pasado por una serie de fases. Durante toda una etapa el capital monopolista no tenía otra posibilidad —para asegurar su dominación sobre las masas trabajadoras e imponer su hegemonía en el bloque de las clases explotadoras, para forzar la

66. Esta es la conclusión que puede deducirse, por ejemplo, del amplio estudio de la coyuntura económica hecho por *Información Comercial Española* en el número especial consagrado a este problema (noviembre 1965). Y lo mismo de las Juntas de Bancos y grandes empresas que están realizando en estos primeros meses de 1966.

67. Véase la nota 52.

68. Véase «Economía política marxista y capitalismo contemporáneo» en *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n. 5.

\* NDLR. Véase en este volumen: Angel Villanueva, *Causas y estructura de la emigración exterior*.



acumulación del capital y crear las condiciones del desarrollo económico que exigían sus intereses de clase— que recurrir a la utilización, i en su forma más terrorista, de los métodos y superestructuras fascistas, aprovechando las experiencias alemana e italiana.

A medida que la gran burguesía ha logrado extender y perfeccionar el sistema de capitalismo monopolista de Estado, resolver parcialmente una serie de problemas estructurales y desembocar en la actual fase de auge económico, la necesidad objetiva de tales métodos y formas políticas ha ido desapareciendo. Entraban en colisión con las mismas exigencias del nuevo tipo de desarrollo. La « liberalización » económica reclamaba objetivamente la « liberalización » política, al menos para las clases y partidos burgueses. Para estas clases aparecía también la conveniencia de un movimiento sindical reformista capaz de llevar a la clase obrera por la vía de la « integración » en el sistema. El crecimiento económico ofrecía una cierta base a ese proyecto. Determinados factores internacionales, como la perspectiva de integración en el Mercado Común\*, la influencia de las corrientes « neocapitalistas », la evolución de la Iglesia reflejada en el Concilio\*\*, etc., presionaban en la misma dirección de « liberalización política ».

Por otra parte, el despertar del nuevo movimiento obrero y democrático, a medida que iban borrándose los efectos desmoralizadores de la derrota del 39, a medida que pasaban a ocupar el primer plano en la vida social las nuevas generaciones, fue haciendo cada vez más difícil, y políticamente contraproducente, la prolongación del sistema fascista. Las importantes acciones obreras y universitarias de los últimos años han obligado a las clases dirigentes a acelerar y profundizar el proceso de « liberalización » y a comenzar a plantearse el problema de la « democratización ».

Bajo la presión convergente de todos estos factores, la dictadura franquista ha ido evolucionando, perdiendo cada vez más sus rasgos ultradictatoriales, « abriéndose » en una serie de aspectos, mientras que las nuevas fuerzas políticas —no sólo las obreras y democráticas, sino las de la burguesía, las del gran capital, las de la Iglesia— han ido constituyéndose lentamente. Hoy están emergiendo a la superficie nuevos sindicatos: obreros, universitarios, etc.; partidos y grupos políticos, representativos de diversas tendencias obreras o burguesas, unos de nueva planta, otros que vienen de lejos.

Si se examinan los principales órganos de expresión de los grupos de la gran burguesía (Ya, ABC, La Vanguardia, etc.), los portavoces de amplios sectores de la actual burocracia sindical « vertical » (como Pueblo), las revistas económicas, etc., se encuentra una **cuasi** unanimidad en dos puntos fundamentales: 1) La necesidad de llevar hasta el fin el proceso de « liberalización », pasando a la institucionalización « democrática » de la vida política del país; 2) La posibilidad de hacer esto en el momento actual, sin riesgo grave para el sistema social, dado el estado general del país (económico y político). La discusión gira en torno a las modalidades concretas del cambio, al tipo de las nuevas instituciones, a la amplitud que debe tener la « democracia », etc.

Si se examinan los documentos de las fuerzas de oposición (poniendo entre paréntesis la « frase revolucionaria »), se encuentra también una coincidencia general: el objetivo central

---

\* NDLR. Véase en este volumen: Raul Torras, **Problemas de la entrada de España en el Mercado Común**.

\*\* NDLR. Véase en el primer volumen de esta obra: Ignacio Fernández de Castro, **La Iglesia de la cruzada y sus supervivencias**.



es la libertad política, la instauración de un régimen de democracia política. El acento no se pone en la forma del nuevo régimen (monarquía o república) sino en que la voluntad popular pueda expresarse libremente y decidir sobre ese y otros problemas constituyentes. No es necesario decir que entre el proyecto de « democratización » de la gran burguesía y de otros grupos conservadores, y la democracia política a la que aspiran las fuerzas de oposición más avanzadas hay diferencias sustanciales. Pero en la práctica se está produciendo un movimiento convergente —tanto a partir de importantes fuerzas burguesas situadas dentro del régimen o en la oposición moderada, como a partir de las fuerzas obreras y democráticas— hacia una solución de compromiso: crear las condiciones legales transitorias en las que la opinión nacional pueda manifestarse libremente. El hecho de que importantes fuerzas burguesas vayan aproximándose a esa solución no significa que se sientan débiles, sino precisamente que comprenden la posibilidad de encontrar, a la hora de la expresión de la « voluntad nacional », un amplio apoyo de masas, particularmente el partido o los partidos que, para entendernos, englobaremos bajo la denominación de « democracia cristiana ». Lo mismo, las fuerzas burguesas de Cataluña y Euzkadi.

Aunque pueda parecer sorprendente, a primera vista, quien ha hecho una propuesta más clara en esa dirección es el secretario general del Partido Comunista. Santiago Carrillo ha lanzado la iniciativa de una reunión que incluya: liberales, socialistas, republicanos, demócratas cristianos de diversas tendencias, nacionalistas catalanes, vascos y gallegos, neoliberales, monárquicos de Don Juan y monárquicos tradicionalistas, falangistas que se conformen con que Falange no sea más que un partido entre otros, y admitan el sufragio universal, etc.<sup>69</sup>. De la reunión debería salir el compromiso de « trabajar por una situación en la que todos los españoles puedan expresar sus ideas y defender sus intereses con plena libertad; en que cada familia política pueda desenvolverse libremente. Una situación en la que el sufragio universal, el voto ciudadano y los órganos representativos elegidos por él sean la fuente de toda autoridad ». Se declararía: « ésta será **la regla de juego** que estableceremos y **respetaremos para solventar nuestras diferencias** » (el primer subrayado es de SC, el segundo nuestro. FC). Las « diferencias » son las existentes entre los obreros, campesinos, etc., por un lado, y la burguesía, incluyendo la gran burguesía y los latifundistas por otro. Los monárquicos de Don Juan y tradicionalistas, una parte de los demócratas cristianos y de los nacionalistas catalanes y vascos, no representan precisamente a la pequeña burguesía.

Si se quisiera una prueba concluyente de que en realidad nadie cree en serio que España ha entrado en una crisis nacional revolucionaria, ninguna mejor que esta iniciativa del único partido que anuncia la revolución como inminente. En efecto, supongamos que en la España actual existe, en realidad, una situación explosiva, de crisis nacional revolucionaria; supongamos que lo que se está jugando **hoy** no es sólo la existencia del régimen político franquista sino la del sistema capitalista-monopolista español (tesis de **Después de Franco, ¿qué?**). En

69. *Nuestra Bandera*, n. 47-48, 1966, p. 11-12.

Si se considera deseable y posible la asistencia de los representantes de D. Juan, de los tradicionalistas, etc., no hay razones para no invitar también a otros grupos y personalidades que tienen posiciones más avanzadas que las de D. Juan o, cuanto menos, « tan avanzadas » como las del

candidato al trono. Por ejemplo, Emilio Romero y otros jerarcas sindicales de su grupo, el grupo de Ya, etc. Y si el principio selectivo es la no colaboración con el régimen, es difícil comprender la invitación a Don Juan, que colabora por intermedio de su hijo (y no sólo de su hijo). Vivir en Estoril no es una prueba de « no colaboración ».



este caso la iniciativa anterior equivale a decirles a los burgueses y terratenientes: « Señores, puesto que de todas maneras les ha llegado la hora de desaparecer como clases, colaboren para que el problema se pueda resolver pacíficamente, por sufragio universal, y comprométanse a respetar el voto de la mayoría del pueblo trabajador ». Por mucho que se hayan modernizado los capitalistas y terratenientes españoles no creemos que hayan llegado a ese grado de comprensión. Si el compromiso que se les propone significa, en virtud de la situación objetiva del país, abrir paso legal al derrocamiento del sistema capitalista, esa propuesta no tiene sentido, o es pura demagogia. Lo tiene, en cambio, si —como venimos argumentando— lo que ha caducado en España, de momento, es la actual forma política del sistema capitalista, pero no éste como tal. El sistema capitalista ha caducado **históricamente**, pero la hora de su liquidación efectiva no ha sonado aún en España.

En España no existe actualmente una coyuntura de revolución social. El actual desarrollo económico ha permitido (y puede seguir permitiendo) a las clases dominantes, hacer serias concesiones a las luchas reivindicativas de los trabajadores. Para una parte considerable de éstos, el paso reciente del campo a las industria o los servicios ha significado un mejoramiento de su situación. En extensos sectores populares existe una profunda alienación ideológica<sup>70</sup>. Por otra parte, los instrumentos fundamentales del Estado actual —su mecanismo económico, el Ejército— no ofrecen signo alguno de descomposición. El Ejército aparece, hoy por hoy, como una de las garantías principales de que el cambio político no ponga en peligro la totalidad del sistema. Finalmente, hay un factor que sigue gravitando con fuerza sobre la escena política española: la voluntad general de evitar a toda costa una nueva guerra civil. Cualquier grupo político que pueda aparecer como empujando al país en esa dirección está condenado al aislamiento.

Precisamente porque la situación actual **no es de vísperas de revolución social**, el compromiso que propone el secretario general del Partido Comunista va en la dirección del proceso político real. Abrir un cauce legal democrático a la vida política del país conviene hoy, objetivamente, tanto a amplios sectores burgueses (incluidos los más fuertes, los de la gran burguesía, que son los que están en mejores condiciones para abordar la lucha política en ese nuevo marco) como a las fuerzas obreras y democráticas.

El peligro para éstas consistiría en contraer —por llegar a un compromiso de ese tipo: que el problema del cambio de régimen se resuelva sobre la base de la consulta al pueblo en condiciones que garanticen la libre expresión de todas las fuerzas políticas— otros compromisos inaceptables. El riesgo también —en la perspectiva de la « democracia política y social »— es que dicho compromiso se convierta en el primer paso de una política que coloque a la clase obrera a remolque de la burguesía no monopolista. Las fuerzas obreras deben ir a un tal compromiso —si en la práctica llega a ser posible— de manera que no hipoteque en absoluto su independencia de clase.

En realidad, la alternativa que hoy está planteada en España no es la de continuidad del

70. No pueden subestimarse los efectos de más de veinticinco años de privación de libertades políticas, durante los cuales las clases dominantes han tenido el monopolio de los medios de información y propaganda y en los últimos años ese instrumento verdaderamente poderoso de influencia ideológica y política que es la televisión. En 1964, según datos

del Ministro de Información, había en España 1 000 000 aparatos de televisión. Uno por cada treinta españoles. Pero los que no lo tienen en casa lo tienen en el bar o la taberna. Las horas de programación de la televisión española son superiores al promedio europeo.



franquismo, con algunos retoques liberales, o revolución social. El dilema verdadero es entre una democracia política burguesa fuertemente recortada, que excluya de la legalidad a las fuerzas más avanzadas de la clase obrera, que coloque al movimiento obrero bajo una dirección reformista (una « democracia », diríamos, del género de la Alemania Occidental); o una democracia política que, para entendernos, llamaremos de tipo italiano. El objetivo esencial, **en esta fase**, de las fuerzas que luchan por el socialismo en España, debe ser la lucha por imponer este segundo tipo de democracia política burguesa. La pretensión de quemar las etapas no conduciría, en la coyuntura actual, más que a facilitar la primera salida.

La consecución de ese objetivo no es fácil, aunque pueda parecer mínimo a algunos jóvenes revolucionarios. Sólo se logrará si las fuerzas obreras y democráticas luchan decididamente por él. Algunos marxistas españoles temen que si las fuerzas socialistas se comprometen en la lucha por ese objetivo, lo único que consigan, en definitiva, sea consolidar el sistema capitalista, favorecer su evolución « neocapitalista », contribuir a la « integración » en él del movimiento obrero. Semejante preocupación nace de experiencias pasadas y presentes que, efectivamente, hay que tener en cuenta. El riesgo es real. Pero el problema, según nosotros lo vemos, se plantea así: la posibilidad inmediata de la revolución socialista es harto improbable, por no decir que no existe; si no se impone la salida que convencionalmente hemos llamado « italiana », se impondrá la « alemana » u otra peor. Los peligros enunciados se acrecentarán.

La solución está en que las fuerzas socialistas **no se limiten** a luchar por el tipo más avanzado de « democracia burguesa » como salida al franquismo, sino que inserten ese objetivo en una estrategia general de lucha por el socialismo, dentro de la cual las libertades políticas democráticas no constituyan más que un eslabón. Eso significa que, desde ahora ya, es necesario elaborar objetivos concretos de lucha, en relación con todos los problemas fundamentales —económicos, sociales, culturales— que tiene planteados el país, en oposición a los objetivos que en relación con esos mismos problemas propone el capital monopolista. Dichos objetivos de las fuerzas socialistas deben caracterizarse:

- a) Por su carácter **realista**. No en el sentido que los oportunistas dan a este concepto, sino en el de corresponder a la correlación real de fuerzas en cada momento. Y también, en el sentido de corresponder a las exigencias del desarrollo económico, técnico y científico, al mismo tiempo que a los intereses de la población trabajadora.
- b) Por su carácter **revolucionario**. En el sentido de que, aunque no sean todavía las soluciones socialistas, aunque no rebasen, **a priori** los marcos generales del capitalismo, **no sean las soluciones del capital monopolista**, no se subordinen a las exigencias del « beneficio máximo ». Que vayan, por lo tanto, **en la dirección** de las futuras transformaciones socialistas y, en algunos casos, puedan ser el embrión de las mismas.

La lucha sindical, política e ideológica por ese tipo de objetivos ayudará a las masas a tomar conciencia de los límites del sistema capitalista y de la necesidad de liquidarlo. La propia naturaleza conflictiva con los intereses del capital monopolista, de esos objetivos, obligará, para mantenerlos y consolidarlos, una vez conquistados, a no detenerse en ellos, a proponerse otros más avanzados, a llevar la lucha a un nivel superior. Por esta vía se irán preparando y acumulando las fuerzas sociales susceptibles de proponerse metas cada vez más radicales; se irán conquistando posiciones en las estructuras económicas y en las superestructuras políticas, que facilitarán la lucha decisiva por el poder en una coyuntura favorable.



La actual lucha obrera y universitaria ofrece ya interesantes experiencias en este aspecto (comisiones obreras, nuevas estructuras sindicales, planteamientos de ciertas reformas, etc.). Pero no parece exagerado decir que en relación con la gran mayoría de los problemas fundamentales de la sociedad española las fuerzas marxistas apenas han iniciado un estudio serio, y en muchos casos se limitan a una agitación superficial. Los objetivos intermedios, susceptibles de articularse en una estrategia global de lucha por el socialismo, no pueden improvisarse empíricamente. Deben fundamentarse en una labor previa de investigación. Deben integrarse en un plan general que sea la alternativa al plan del capital monopolista. Y este plan general, que corresponda en cada momento a la situación concreta, debe integrarse, a su vez, en una concepción global de la transformación socialista de la sociedad española. Esta concepción tampoco puede ser estática; tiene que irse modificando en función de los cambios que la sociedad española vaya experimentando mientras permanezca en los marcos del actual sistema capitalista monopolista de Estado<sup>71</sup>.

Todo ello exige un esfuerzo teórico y científico que se ensamble con la iniciativa de las masas, con el conocimiento práctico que éstas tienen de sus problemas inmediatos. Para lograrlo es necesario que las fuerzas intelectuales marxistas desempeñen en los partidos y sindicatos obreros un papel mucho más importante del que tradicionalmente han venido teniendo. El « obrerismo » ha sido, y sigue siendo, uno de los defectos principales del movimiento obrero socialista español. El problema, en definitiva, consiste en restituir a la política marxista la fundamentación científica que fue perdiendo después de Lenin, al ser liquidada dentro del Partido Comunista la libertad de discusión y de investigación, para dejar paso al subjetivismo y al pragmatismo.

En la elaboración de una perspectiva socialista para la sociedad española no puede prescindirse del estudio crítico de las experiencias socialistas existentes. Dentro del rasgo común a todos —la abolición de la propiedad privada de los medios de producción— los actuales modelos de transformación socialista se diferencian por multitud de rasgos específicos, nacidos de la trayectoria histórica de cada país, de las condiciones concretas en que triunfó la revolución, de las características de los partidos que las dirigieron, de las soluciones ensayadas, etc. En esos diferentes modelos se han acumulado experiencias positivas y negativas, éxitos y errores. La asimilación crítica de esas experiencias es indispensable para llevar a cabo con más seguridad nuestra lucha por el socialismo.

Por ejemplo. Los comunistas afirmamos que luchamos por una sociedad socialista democrática, que en el socialismo es donde la democracia adquiere su plena realidad y significación. Pero en los modelos socialistas existentes se han producido graves deformaciones antidemocráticas, que ponen en tela de juicio el carácter democrático del socialismo. No basta decir: nosotros no lo haremos así. Nuestras palabras tendrán escaso valor mientras no seamos capaces de proporcionar una explicación racional, científica, de las causas de todo tipo que han

---

71. El plan a que aludimos no tiene nada de común con el que se propone elaborar en *Después de Franco, ¿qué?*, como futuro programa de gobierno una vez que haya triunfado la revolución. A nuestro juicio, plantearse el problema así es caer en la especulación abstracta. En *Las divergencias en el Partido* hemos tratado más ampliamente el problema de los objetivos intermedios. Dentro de los límites de este ensayo

no podemos entrar en mayores precisiones. En el ensayo de Ramón Bulnes, « Asturias frente a su reconversión industrial » (*Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n. 4) se hacen interesantes sugerencias sobre objetivos parciales del tipo a que nos venimos refiriendo, concernientes, en este caso, a los problemas que la racionalización de la industria asturiana plantea ante el movimiento obrero de la región.



engendrado esas deformaciones; mientras no seamos capaces de extraer de ese análisis crítico las debidas conclusiones para nuestra propia actividad. Por ejemplo, en lo que concierne al carácter y funcionamiento del partido marxista.

En un país como el nuestro, en el que después de más de veinticinco años de dictadura el problema de la democracia y la libertad es la cuestión palpitante, si el Partido Comunista (o cualquier otro grupo marxista) soslaya esas cuestiones, si condena a los que se interrogan sobre ellas, la confianza en él de las masas y de las otras fuerzas socialistas o democráticas no puede por menos de quebrantarse. Y lo mismo si ese Partido conserva en su seno métodos que, como es bien sabido, han representado una de las causas fundamentales de los aspectos negativos de las actuales experiencias socialistas.

Esto nos lleva al último problema que, muy brevemente, queremos tocar en este ensayo. La perspectiva del movimiento obrero y de la revolución socialista en España está íntimamente ligada, obvio es decirlo, a la acción política y sindical de las fuerzas marxistas, a su elaboración de los problemas teóricos de la revolución española. Está ligada, también, al grado de unidad que las fuerzas socialistas logren en la acción. El Partido Comunista es hoy el núcleo más influyente y organizado del marxismo español<sup>72</sup>. Sus tradiciones revolucionarias, su papel en la guerra civil, su lucha abnegada y tenaz bajo el franquismo, su contribución positiva a esta lucha en una serie de aspectos, son indiscutibles. Pero, al mismo tiempo, como la experiencia reciente ha demostrado, en su funcionamiento interno, en sus métodos de elaboración política y teórica, subsisten fuertes vestigios de lo que se ha venido en llamar « stalinismo ». Ello tiene graves repercusiones negativas en toda su actividad. Se traduce en la ausencia de verdadera discusión y de auténtica participación de los militantes en la elaboración de la política y de la teoría del Partido; en que esa elaboración se haga de manera empírica, intuitiva, subjetiva, por unos pocos, cuando no por uno solo. Con este método se reduce considerablemente, como es lógico, la posibilidad de encontrar respuestas acertadas a los problemas que plantea la compleja realidad española y mundial. Y sin embargo, el Partido Comunista se considera, en cada momento, en posesión de la « verdad marxista ». Por ejemplo, en **Después de Franco, ¿qué?** se dice: « nuestro Partido puede preciarse hoy (es decir, una vez que SC ha escrito **Después de Franco, ¿qué?**FC) de haber elaborado, en sus rasgos fundamentales, la vía española hacia la democracia y el socialismo, aplicando la enseñanza universal del marxismo leninismo a la realidad específica de España ». Como es conocido, a esta « elaboración » se ha llegado sin una discusión real en el Partido. En cuanto esa discusión se inició de verdad, los que tenían divergencias importantes con los puntos de vista del secretario general del partido fueron expulsados, primero de la dirección y luego del partido. A partir de ahí ya no hubo « problema ». La « elaboración » de la « vía española al socialismo » avanzó fácilmente y las tesis del secretario general fueron aprobadas por unanimidad, según la regla instaurada en los partidos comunistas después de Lenin: la regla del « monolitismo ».

Como es natural, estos métodos y esa concepción del marxismo no facilitan tampoco las relaciones entre el Partido Comunista y otros núcleos marxistas. Desde el momento que el

72. Pero hay que tener en cuenta — como ya dijimos en la nota 1 — que en las condiciones actuales es difícil medir la

influencia y la organización real de ninguno de los grupos políticos.



Partido Comunista posee la «verdad», la discusión y la inteligencia con los otros se hace extremadamente difícil. En el mejor de los casos puede llegarse a coincidencias tácticas en momentos favorables, pero no puede abrirse un proceso profundo de unificación de las fuerzas socialistas. La discusión y la apertura internas son condiciones indispensables de la apertura hacia los otros.

Si en el Partido Comunista no se produce una renovación profunda de métodos y concepciones —que lo convertiría probablemente en el gran partido de la revolución socialista española— no puede descartarse la aparición, al margen de él, de un nuevo tipo de partido marxista. Un partido en el que la unidad y la disciplina necesarias **en la acción** se conjuguen con la libertad de debate y de investigación sobre todos los problemas políticos y teóricos no sólo en reuniones internas sino en las publicaciones del partido. Un partido que considere el marxismo como **problema**, como **un hacer** constante, práctico y teórico. Y que con esos métodos y esa concepción del marxismo trate de dar una respuesta auténticamente marxista —que quiere decir, abierta, problemática, al mismo tiempo que científicamente fundamentada— a los problemas originales de la revolución española.

En todo caso, la creación de un partido marxista de nuevo tipo —bien por la vía de la renovación del actual Partido Comunista y su fusión con otros núcleos marxistas, bien por otras vías— es una necesidad histórica, tanto en España como en otros países. La actual crisis del movimiento comunista internacional es la expresión de esa necesidad.

Junio de 1966.







**16**

MARTÍN ZUGASTI

**El problema nacional vasco**

**17**

SANTIAGO FERNÁNDEZ

**El movimiento nacional en Galicia**

**18**

JOAN ROIG

**Veinticinco años de movimiento nacional  
en Cataluña**

En la página anterior:

Genovés: **Hombre colgado**



# El problema nacional vasco

MARTIN ZUGASTI

Para intentar explicarnos en su base el problema nacional vasco debemos dedicar un breve recuerdo a la forma en que se ha desarrollado la revolución industrial dentro del Estado español.

Las nuevas formas de vida burguesa, correspondientes a la expansión industrial, no han existido, durante bastante tiempo, más que en las zonas periféricas. Este término se refiere, no sólo al concepto geográfico, sino también al estructural económico. Queremos decir, por una parte, que la estructura burguesa periférica lo era con respecto a un centro de desarrollo agrario, sin que modificara profundamente la base de la vieja sociedad; por otra, que en aquellos sitios en donde esta base resulta más modificada es justamente en las zonas de la periferia geográfica de la península; en particular, en las dos zonas que han dado origen a los planteamientos autonómicos más pujantes, como son Cataluña y el País Vasco.

En la primera mitad del siglo XIX, propiamente el único país en que se puede hablar de la existencia de una burguesía industrial, en el sentido estricto de la palabra, es Cataluña. Salvado un ligero retraso, la formación social y política de Cataluña se asemeja a una formación de una sociedad europea en plena expansión del capitalismo industrial. Los mismos fenómenos que sacudieron a la historia industrial de otros países — quema de máquinas, formación y persecución de los primeros sindicatos, intensa constitución de un proletariado, etc. — se produjeron en Cataluña. Pero, dentro del territorio del Estado, se produjeron únicamente en Cataluña. En las restantes zonas, incluida entre ellas el País Vasco, la expansión industrial estaba todavía en una fase primitiva.

Tendríamos que ir a la segunda mitad del siglo para encontrarnos con una burguesía industrial en franca fase de desarrollo, dentro del País Vasco. La acumulación del capital se fue formando, tanto por la expansión comercial — particularmente interesante es analizar el comercio guipuzcoano con América — como por la exportación de los productos mineros del hierro a Inglaterra. Esta acumulación hizo posible la potente industria siderometalúrgica vizcaína que, como un polo de desarrollo industrial notable, había de arrastrar a

una expansión a todo al País Vasco y aun a buena parte del litoral norteño de España<sup>1</sup>.

Tenemos así, mediado ya el siglo XIX, digamos más, a la altura de la primera República española, dos burguesías industriales de carácter muy distinto: la burguesía relativamente autosuficiente catalana y la burguesía expansiva vasca. Junto a éstas, y dejando de lado menores focos de desarrollo industrial, habríamos de mencionar el desarrollo burgués madrileño, más ligado a un capital de especulación, y mucho más determinado por las vicisitudes políticas del siglo XIX<sup>2</sup>.

Estos hechos determinan seriamente el comportamiento con respecto al problema nacional vasco. El Estado nacional burgués español no pasa de ser una ficción. Propiamente, España no logra constituir su Estado nacional burgués. España es, por el contrario, un país de fracasada nacionalidad. Utilizar el término de burguesía española, para aplicarlo como género a, por lo menos, tres realidades burguesas tan distintas como la catalana, la vasca y la madrileña, no pasa de ser una abstracción que encierra una falacia lógica. En España, a medida que transcurre el siglo XIX, se van formando unas burguesías, coexistentes dentro del territorio del Estado, sobre bases históricas distintas y con un ritmo, unos intereses y pronto una ideología claramente diferenciados.

Los enfrentamientos al Estado nacional burgués español nacen desde cuatro vertientes distintas.

La primera es aquella que enfrentó a la sociedad burguesa, liberal y democrática, con un potentísimo movimiento de reacción, que revelaba que la constitución de la burguesía industrial española había sido predominantemente ideológica. En este sentido tenemos que colocar la fuerte reacción absolutista en la época de Fernando VII, las guerras carlistas y el poderoso movimiento contrarrevolucionario.

Frente a la formulación racionalista de los teóricos del nuevo orden, el viejo sistema agrario hacía valer sus intereses. Para ello, la pretensión a la hegemonía de la sociedad estamental española debía, en estos momentos de crisis política que surgían en toda Europa, utilizar formas que consiguieran la integración voluntaria, a través de ideologías precisas y concretas,



de anchas capas de la población. El aspecto popular del carlismo es, desde este punto de vista, indudable. No es que el carlismo sea una formulación en defensa de los intereses populares sino que es una formulación, desde el punto de vista de pretensiones ideológicas y políticas, de capas populares que, con el manejo de los mitos y de las fórmulas del antiguo régimen, aseguran de hecho la posición hegemónica de la vieja sociedad reaccionaria. Con respecto al problema de la nacionalidad española en trance de constituirse, el carlismo representa el primer gran mentis a esta formulación puramente doctrinaria y teórica, la afirmación de que la formulación racional de la nación de la primera época no pasa de ser una utopía y la proclamación, en contra, de una sociedad en que los particularismos locales son proclamados, como libertad que el orden burgués pretendía imponer. No se trata, sin embargo, de ninguna libertad concreta. Por el contrario, es la formulación, ideológicamente alienada, de anchas capas de la población que, pretendiendo defender sus libertades, sus formas históricas de vida, defienden de hecho el orden reaccionario del antiguo régimen.

El segundo enfrentamiento al estado nacional burgués es el que le nace dentro, por obra del gran pacto conservador que se constituye dentro del Estado español. En los países de revolución burguesa fracasada o retrasada — caso de Alemania, Italia, etc. — el orden viejo se reafirma, frente a las tentativas de los burgueses, no sólo a través de una lucha armada sino, preferentemente, a través de la constitución de un gran pacto de tono extremadamente conservador. Ante la tímida, pero paulatina introducción del modo de vida burgués, el viejo orden tiene que afirmarse muchas veces haciendo un pacto hegemónico con las nuevas clases. Es de notar que este pacto tiene el mismo sentido, si bien la composición de sus fuerzas es distinta, que el pacto que se constituye más adelante, a partir de mediados de siglo, en toda Europa, contra la clase obrera. El pacto social conservador, que en otras latitudes nace cuando el movimiento obrero se manifiesta con impulso revolucionario, en los países de revolución burguesa abortada ha nacido antes. En ambos casos se trata de la alianza de las fuerzas del antiguo régimen y del orden burgués nuevo. Según la composición de este pacto, esto es, según los grupos hegemónicos en el mismo, podremos distinguir los órdenes definitivamente reaccionarios de aquellos otros órdenes de burguesía tímida. En España el poder político es detentado desde el primer momento por un pacto en el que el orden más conservador conserva normalmente la hegemonía. No hay necesidad de esperar al miedo que provocarán las fuerzas proletarias para que las fórmulas conservadoras se implanten. Las fuerzas de la burguesía nacional solamente son aceptadas, en las formulaciones estatales, en la misma medida

que aceptan la hegemonía de los grupos conservadores.

Este pacto burgués-reaccionario determina las dos últimas formas tradicionales de oposición a las pretensiones del Estado nacional burgués. Una de ellas es la forma del internacionalismo proletario. Las primitivas concepciones revolucionarias proletarias denunciaban todo el orden existente, intentan sustituirlo por un orden nuevo, acabar con las concepciones de clase, mediante la toma del poder por la clase trabajadora, e instaurar así la nueva sociedad proletaria. La nación es denunciada, como creación de una sociedad capitalista.

La otra forma de oposición al Estado nacional, controlado hegemónicamente por el pacto burgués-reaccionario, se encuentra en las formulaciones burguesas progresivas autonómicas. Esta es una reacción específica de los centros industriales periféricos más desarrollados que los restantes del país. No es extraño que, ante las crisis del sistema, la burguesía de las zonas progresivas, pretenda salvar las dificultades mediante una apelación a sus superiores capacidades para dirigir la economía y la sociedad. Las pretensiones autonómicas de los grupos burgueses progresivos se sostiene muy frecuentemente sobre esa consciencia de una capacidad rectora superior. En esta lucha por una reivindicación autonómica es apoyada por posiciones de la pequeña burguesía de estas zonas desarrolladas. Esta es una observación interesante puesto que la reacción de la pequeña burguesía en estas zonas autonómicas no adopta un carácter tan irracional ni se deja atraer por una mitología de tipo fascista. Por el contrario, frente a la inseguridad tradicional de la pequeña burguesía fascistizada, llevada, en contra de su voluntad, por una fuerza superior que no puede controlar, a una proletarianización creciente, la pequeña burguesía de las zonas de desarrollo reacciona, no atemorizadamente y mediante mitos irracionales, sino apelando a sus superiores capacidades para incorporarse activamente a la constitución y al gobierno de un Estado de corte más progresivo.

La perduración, o el cambio, de estas tendencias, determina fundamentalmente el comportamiento de hoy ante el problema nacional.

## Las clases sociales en el país

En este último cuarto de siglo, una de las observaciones básicas a hacer es que la expansión industrial vasca se ha acentuado progresivamente y adopta hoy posiciones de capitalismo de exportación, lo cual lleva a formulaciones en términos de imperialismo económico. Las clases económicamente dirigentes en el país tienen su campo de expansión económica en una perspectiva hispánica. Una organización estatal española



es la que permite la constitución de un mercado suficiente de salida para sus productos y, al mismo tiempo, la base demográfica para un cómodo mercado de fuerza de trabajo. Particularmente útil resulta, para el capitalismo industrial vasco, el nivel de relativo subdesarrollo, en que se encuentran grandes zonas del Estado, lo que da posibilidades de importación de una mano de obra en condiciones económicas.

Las veleidades autonómicas del capitalismo industrial vasco, a que antes hemos aludido, han desaparecido de modo casi total. A nivel de clase no encontramos en el momento actual más que un fuerte centralismo, unas ideas nacional-españolas, que son las que han servido de base para la incorporación masiva al régimen actual. La ideología de la clase capitalista vasca es centralista. Los planteamientos autonómicos no tienen otra finalidad que la de presentar conflictos a las posibilidades de expansión capitalista.

El desarrollo expansivo del capitalismo vasco, tanto en su forma tradicional de capitalismo financiero como en su más moderna forma de desarrollo autonómico industrial, con alto índice de autofinanciación, ha supuesto la constitución de un proletariado de corte nuevo. Este proletariado ha tenido dos orígenes fundamentales. Por una parte, la industrialización de trabajadores autóctonos; por otra, la más importante demográficamente, la inmigración desde otras zonas del Estado. La observación que debe servirnos de punto de partida para comprender la conciencia de clase de estas dos bases proletarias es la de que tanto en un caso como en otro se trata de un proletariado de formación reciente; todavía mucho más reciente el proletariado de inmigración que el otro. A esta conclusión llegamos con sólo observar que la expansión industrial vasca comienza prácticamente en la segunda mitad del siglo XIX y que, desde luego, el ritmo creciente ha sido muy notable, por lo cual podemos observar que una buena parte de la industrialización se ha cumplido después de la primera guerra europea.

La industrialización de los autóctonos se cumple en buena parte por movimientos de migración interna, que se dirigen principalmente de Navarra a las zonas más industrializadas como son Vizcaya y Guipúzcoa y, más recientemente, hacia la zona alavesa, lo que ocasiona un cierto reflujo por parte de algunas zonas guipuzcoanas y vizcaínas.

La migración interior se cumple sobre la forma clásica preponderante del éxodo del trabajador del campo a las zonas industriales. Esto trae como consecuencia que trabajadores de clara mentalidad agraria, muy dominada por las posiciones del carlismo, se ven, en el plazo de muy poco tiempo, obligados a replantearse los problemas desde las nuevas plataformas a que el proceso de proletarianización les somete. Las formas de vida industriales no son las más apropiadas para la conservación del tipo de mentalidad tradicional y mítica en que se sostiene el carlismo. Por el contrario,

las formas industriales de explotación hacen comprender, en un plazo de tiempo relativamente breve, la condición obrera como una condición de explotación, que obliga a plantear las reivindicaciones sindicales o políticas en forma específicamente proletaria.

Este paso se cumple, y se cumple en un plazo relativamente breve. El trabajador industrial autóctono ha abandonado casi por completo sus viejos planteamientos reaccionarios, lo cual no quiere decir que haya abandonado los planteamientos autonómicos. Por el contrario, podríamos distinguir dentro del trabajador industrial a aquel que procede de las viejas ciudades vascas, de tradición liberal y con mucho influjo de una democracia racionalista y españolista, de aquel otro trabajador autóctono que procede del éxodo del campo a la ciudad. Así como el primero no resulta demasiado tocado por planteamientos nacionales autonómicos, sino que más bien formula sus planteamientos obreros desde el punto de vista de una ideología centralista, el segundo conserva un poderoso sentido del arraigo en unas formas tradicionales de vida, concretamente vascas por su cultura, por sus costumbres y por sus aspiraciones. La etnia vasca, estudiada no desde el punto de vista de un planteamiento racista, sino más bien desde una perspectiva de antropología cultural, es sentida por estos trabajadores como algo particular, específico y que se debe defender en las formulaciones de ordenación de la sociedad entera.

Atravesándose a este problema está el otro problema grave que se presenta actualmente a la clase trabajadora vasca, que es el de la entrada en una sociedad de consumo generalizado. La conciencia creciente, en la clase hegemónica capitalista, de que debe asegurarse la integración de la clase obrera dentro del sistema burgués, opera de modo particularmente fuerte con la clase autóctona trabajadora. Esto sucede, como es natural, en primer lugar por la superior condición económica en que se encuentran estos trabajadores, con respecto a los que proceden de otras zonas peninsulares. Los trabajadores que entran en un planteamiento de consumo generalizado son los trabajadores autóctonos y a ellos es a quienes se dirigen las nuevas fórmulas del neocapitalismo, que pretenden integrar en soluciones reformistas a la clase trabajadora. En segundo lugar, la tendencia hacia la integración en las fórmulas burguesas procede de la superior condición cultural. Como hemos observado, los trabajadores autóctonos se encuentran más integrados que los trabajadores inmigrantes, que han debido sufrir un proceso notable de desarraigo. Esta integración en una vida cultural es algo positivo, pero puede adquirir en ciertos casos un contenido ambiguo. Ya hemos observado hace un momento que los trabajadores autóctonos plantean, en una buena parte, sus pretensiones particularistas, a través del reconocimiento de una etnia, que debe ser respetada y mantenida. No es difícil comprender cómo este planteamiento de una etnia, convertida en sujeto



a respetar y defender, es un planteamiento que responde a una racionalidad idealista. Normalmente no se trata de una comprensión de la sociedad como una sociedad del trabajo, que debe ser sostenida a partir de las clases trabajadoras actualmente en el país, las que, en consecuencia, pueden formular sus reivindicaciones económicas, sociales y políticas, como una apropiación de los instrumentos de producción material e intelectual, sino que, por el contrario, se trata de la fijación, por encima de los derechos de las clases trabajadoras, de los derechos de la etnia vasca. Así tendríamos que el concepto de vasco no es entendido en forma revolucionaria como integrado e identificado con el concepto de trabajadores del pueblo vasco, sino que es comprendido a través de la definición que los etnólogos nos puedan dar sobre la base de estudios históricos y culturales. El inmigrante es considerado de hecho como un trabajador de segunda categoría. Este aristocrático lleva a confundir muy fácilmente el indudable papel rector que ejercen los trabajadores autóctonos, como sector de clase más culto, arraigado y responsable, con la afirmación aristocrática de élite cultural, que atribuye a este sector dirigente unos hipotéticos derechos, en virtud de argumentos y razonamientos históricos.

Que esta interpretación revela un hecho difícilmente discutible aparece acreditado a través del claro y habitual desprecio con que el trabajador autóctono trata al trabajador inmigrado. Desprecio que recorre una gama variada, desde las formas más irracionales y cercanas al racismo, que son las que han acuñado el término de « coreano », aplicado al inmigrante, hasta fórmulas mucho más racionalizadas, que proclaman la indudable igualdad de derechos, por una parte, entre el trabajador autóctono, para defender su etnia vasca y por otra el trabajador inmigrado, para defender igualmente la etnia del trabajador autóctono.

Más numeroso y, sobre todo, más concentrado que el proletariado autóctono, es el proletariado inmigrante. Si del autóctono decíamos que su formulación proletaria era reciente, mucho más debemos decir del trabajador inmigrante que procede, en gran parte, de provincias andaluzas y extremeñas. Es claro que en estas provincias su forma de trabajo era una forma agraria y que, si se había logrado independizar de las formas tradicionales de vida agraria, esto sólo lo había sido dentro del leve camino recorrido por el trabajador por cuenta ajena del campo andaluz. En general, el trabajador inmigrante viene con una ideología muy poco razonada, con un nivel de cultura bajísimo y con unas posibilidades inmediatas de incorporación al movimiento obrero, casi nulas. A estas condiciones generales debemos añadir también las que se derivan del hecho de que haya tenido que abandonar, por obra de las necesidades económicas, su zona de vida y que esté experimentando el consiguiente desarraigo, al pasar a otras regiones económicas de vida muy distinta. La po-

sición psicológica que se crea en éstos es una posición de planteamientos muy individualizados, sin deseos de llegar a formas colectivas de actuación, por lo menos mientras no llegan a constituir las bases de un nuevo arraigo. Esto comienza a producirse cuando trae a su familia del pueblo o, más aún, cuando contrae matrimonio en el lugar de inmigración.

En esta situación de incultura general y en esta posición psicológica individualista están las mayores bazas que tiene la clase burguesa para lograr la integración al sistema por parte de estos trabajadores. El sistema capitalista, con respecto a los trabajadores con tradición de lucha obrera tiene que operar, en sus formas modernas neocapitalistas, sobre la base de una consciente incorporación a fórmulas de contenido reformista. Cuando se trata de trabajadores que no han llegado a unos estratos de consumo tan altos y que, además, no tienen una tradición de lucha tan señalada, las formas de integración se sostienen sobre la base de un aprovechamiento consciente o inconsciente de estas situaciones de conciencia de clase deficiente. Indudablemente que esta situación es temporal y que el trabajador incorporado a un proceso de proletarianización cumple en poco tiempo progresos en la adquisición de la conciencia de clase, que difícilmente podría haber cumplido en su zona de origen. Pero también aquí, y a un plazo más largo, el problema nacional juega en forma bastante determinante sobre la adquisición de una conciencia unitaria de lucha. No resulta fácil la comprensión por parte del trabajador inmigrante de un planteamiento nacional popular, cuando los argumentos que se le utilizan tienen un carácter marcadamente burgués, en muchos casos. Pero lo cierto es que tanto por la perspectiva de una parte de la clase trabajadora como de la otra, la concepción nacional popular no está formada y esto trae como consecuencia una situación deficiente en Euzkadi, por lo que respecta a la unidad revolucionaria de lucha.

Probablemente en donde los planteamientos nacionalistas vascos adquieren una formulación más general y además más racionalizada, desde el punto de vista ideológico, es en las capas de la pequeña y media burguesías. El planteamiento nacional de la pequeña y media burguesía vascas es claramente progresivo en cuanto sus pretensiones de democratización son indudables.

Tampoco aquí las afirmaciones pueden ser globales. No podemos olvidar a la pequeña burguesía tradicional de las capitales, con restos del influjo centralista que experimentaron, al que no le fue ajeno, probablemente, un sentimiento de oposición frente a los planteamientos más autonómicos de la reacción carlista. Sin embargo, y salvando todas las generalizaciones excesivas, es aquí, en la pequeña y media burguesía, en donde se encuentra la base y el núcleo del planteamiento nacionalista.

Es de notar que, frente a la general crisis que tuvo



que soportar la pequeña burguesía de otros países, y que jugó un papel tan importante en la gestación de los movimientos fascistas y parafascistas, la pequeña burguesía vasca había manifestado su posición de rebeldía, no con una defensa irracional del Estado nacional sino, por el contrario, desvinculándose de este Estado. El Estado nacional del pacto burgués-reaccionario era claramente denunciado como incompetente. Para resolver los agudos problemas sociales alimenta una construcción ideológica nacional, en directa oposición a la del pacto nacional hispánico. Esto le lleva también, en el momento en que la alta burguesía vasca se siente y se confiesa solidaria de los intereses nacionales españoles, a una clara ruptura política con esta clase. Es de notar la importancia de este fenómeno de ruptura entre las formulaciones político-sociales de la alta burguesía, por una parte, y de la burguesía pequeña y media, por otra. La vinculación práctica de los movimientos pequeño-burgueses vascos a la República española, con ocasión de la guerra de 1936, son la muestra más clara del alcance de esta ruptura.

El claro sentido democratizador y progresivo que tiene la formulación nacionalista vasca, en la clase que estamos considerando, da origen, sin embargo, y de forma paradójica, a una notable ambigüedad. En efecto, la pequeña burguesía construye su idea nacional, como se podía esperar, sobre la base de una ideología de mentalidad burguesa. Las afirmaciones de tipo ideal, que sostienen al nacionalismo sobre conceptos históricos, antropológico-culturales, lingüísticos, convirtiéndolos en sujetos políticos, suponen una clara muestra de la típica fetichización burguesa. Por encima de los planteamientos reales humanos se colocan planteamientos ideales, esto es, se personalizan las obras humanas y se aliena a los hombres a estas creaciones culturales. Mientras esto se manifiesta como ideología propia de una clase burguesa, el fenómeno es relativamente normal y, más aún, presenta el aspecto claramente positivo de un enfrentamiento con los intereses de la burguesía alta. Pero cuando ideológicamente la pequeña burguesía adopta una posición rectora, detrás de la que queda encuadrada una buena parte de la clase trabajadora, entonces el planteamiento ideológico nacional sirve para poner frenos y resistencias a la formación de un auténtico pensamiento popular nacional. Las clases trabajadoras, rotas por la ideología nacional burguesa, no construyen una ideología nacional popular propia. Este fenómeno lo hemos estudiado antes, como resultado de una implícita ideología nacional centralista en las clases trabajadoras inmigrantes, y de una explícita ideología nacional burguesa autonómica en una buena parte de las clases trabajadoras autóctonas; habría que completar esta divergencia de formulaciones, dando en cierto modo la clave de la misma. La clave se encuentra en que las ideologías nacionales, centralista y autonómica, no están formuladas desde una perspectiva nacional popular, sino

que, por el contrario, obedecen a planteamientos burgueses, que difícilmente conseguirán integrar a quienes no se mueven por la sentimentalidad propia de esas concepciones autonómicas. Es difícil pensar que, en grado masivo, los trabajadores inmigrantes puedan asimilar un programa y una idea nacionales, formulados a partir de la mentalidad dirigente de los grupos pequeño-burgueses y de media burguesía.

Si la ideología nacional de la pequeña burguesía domina sobre una buena parte de las clases obreras autóctonas del país, mucho más podremos señalar esta influencia cuando, en lugar de las tradicionales clases obreras, nos estamos refiriendo a las clases trabajadoras no obreras, esto es, por ejemplo, a los dependientes o a los administrativos. En éstos el peso de la ideología nacional es muy notable pero la formulación es casi generalmente de corte liberal burgués. Si entre las clases trabajadoras se puede percibir una cierta tensión hacia posiciones propias, que prescindan de las formulaciones nacionales burguesas, entre los trabajadores administrativos — empleados, dependientes, etc. — esta tendencia es prácticamente inexistente. Forman una base demográfica notable colocada detrás de las formulaciones ideológicas a que antes nos hemos referido.

Queda por analizar en este breve repaso, la mentalidad nacional en relación con la clase campesina. En los campesinos es en donde se encuentran todavía concentrados los elementos más reaccionarios de la formulación nacional. Siguen todavía presentes, en una parte de los campesinos vascos, las formulaciones de una sociedad agraria prerrevolucionaria, que perduran por obra de la ideología tradicionalista. En los lugares donde esta ideología se ha perdido, como consecuencia sobre todo de la pérdida del sentido monárquico legitimista, y sobre ella ha imperado un oscuro sentimiento de tipo autonómico, no es extraño que éste adopte posiciones extremadamente reaccionarias y aun racistas. El reproche de racismo, dirigido al nacionalismo vasco, creemos que hoy es casi generalmente inmerecido. Esto no quiere decir, sin embargo, que no haya algunas formulaciones en que el elemento racista aparezca, por lo menos, implícito. Tales formulaciones no son en modo alguno dominantes sino que son consciente y pedagógicamente atacadas. Sin embargo, la psicología de élite va unida normalmente a formulaciones en que la tendencia racial puede aparecer en cualquier momento. En la clase campesina es en donde esta tendencia aparece despuntada, no tanto en formulación racial, como en un confuso sentimiento de superioridad.

Debemos, sin embargo, continuar nuestras precisiones, pues de otra forma daríamos una idea totalmente falsa de lo que es la sociedad agraria vasca. Por ahora nos hemos limitado a abstraer del problema un modelo y aplicar esta calificación a este modelo abstracto. Sin embargo, este no sería un planteamiento real. Por el



contrario aparece, directamente relacionado con el tema de la clase campesina, el tema de la simbiosis campo-fábrica, tan extendida en el país vasco. El campesino, además de trabajar en la zona agraria, muy frecuentemente está dedicado a trabajos industriales, a través de su incorporación a un taller o a una pequeña fábrica. Este fenómeno es particularmente extendido en Guipúzcoa. Así tenemos que la mentalidad campesina cada vez es menos dominante, no sólo porque aparece sociológicamente subordinada a otras mentalidades de mucho mayor impulso demográfico y político, sino también porque, dentro de la misma clase campesina, se está operando un proceso de transformación, como consecuencia de la pérdida de una única forma de producción en sus componentes. El campesino, muy frecuentemente, es al mismo tiempo obrero. Esto supone una alteración en los tradicionales comportamientos sociales e ideológicos y un elemento de apertura hacia posiciones mucho más progresivas. En nuestro análisis de las clases del País Vasco hemos omitido deliberadamente una alusión directa a los grupos intelectuales, profesionales y eclesiásticos. Estimamos que no puede entenderse que éstos constituyan una clase comparable a las anteriores. Por el contrario, las clases existentes tienen sus propios grupos intelectuales y profesionales que cumplen la función de dar una racionalización a aquellas formulaciones de intereses que aparecen implícitas en las clases respectivas. Entendemos, al modo como Gramsci lo entendía, que no puede hablarse de una clase intelectual, sino de una función intelectual, incorporada a su clase. En este sentido debemos observar que, como es natural, las clases hegemónicas en el país son las que cuentan con un peso de formulación ideológica superior, como consecuencia de una contratación mayor de intelectuales. Dentro del País Vasco habría que hacer la observación de que, como resultado de esta división y ese enfrentamiento, a que antes hemos aludido, entre los planteamientos de la alta y de la pequeña y media burguesías, también las formulaciones a nivel intelectual se encuentran divididas. De todas formas, es relativamente frecuente que el profesional de las ciudades vascas esté normalmente incorporado, en su ideología, a los intereses de la clase dominante. La tradición liberal de las capitales de provincia ha traído como consecuencia la desvinculación entre pueblos y ciudades y la incorporación consciente e ideológica a unos planteamientos de una sociedad burguesa. Así tenemos que la formación intelectual vasca es más bien de corte centralista y muy poco dispuesta para comprender el problema autonómico. No es extraño que estos reduzcan a caricatura los rasgos más exaltados de los planteamientos nacionales y pretendan con ello crear un enemigo fácilmente derrotable en el orden intelectual.

El fenómeno no es tan general cuando se trata de profesiones ejercidas fuera de las capitales o cuando se

trata del planteamiento eclesiástico. El directo contacto de los sacerdotes con una ancha capa demográfica de la pequeña burguesía o de los trabajadores autóctonos — mucho menos, de los trabajadores inmigrantes — determina, en cierto modo, siempre al nivel de independencia que su planteamiento religioso relativamente desvinculado les proporciona, la incorporación de una buena parte del clero vasco a las formulaciones populares entendidas al modo nacional. El general enfrentamiento al régimen que en casi todas las capas sociales de Euzkadi se experimenta, facilita una útil desvinculación de los intereses religiosos y los intereses políticos. El problema del clero vasco podría ser interpretado en este sentido. Se trata de un clero de raigambre popular, que formula, racionalizándolos, los legítimos intereses de una ancha capa de la población.

## La política de los grupos burgueses

Frente al problema de clase que hemos intentado resumir en las páginas anteriores, la política de los distintos grupos aparece con unas pretensiones históricas muy determinadas.

Por una parte, la alta burguesía se hace eco de los cambios que se están experimentando a escala de neocapitalismo, de un lado, y de otro lado de los cambios que se están preparando a escala de evolución política del régimen. Evidentemente que estos dos planos no son independientes y que podríamos estudiar cómo los cambios en la estructuración política también responden a las necesidades del neocapitalismo. Sin embargo, no podemos ir a un determinismo mecanicista para presentar esta interpretación. En resumen, las clases dominantes del país se sienten llamadas a dos formas de integración de las otras clases, si quieren conservar una actitud hegemónica. La pretensión hegemónica se debe ejercer, por una parte, en forma de una progresiva y consciente integración en la concepción burguesa, de anchas capas de las clases trabajadoras; por otra, mediante la comprensión de la utilidad de que el enfrentamiento de clase entre alta y pequeña burguesía acabe. La sociedad moderna, en país que está entrando en fase de consumo generalizado, no puede sostenerse sobre la base de un dominio directo, en el plano político, de la clase dominante en el plano económico y social. Por el contrario, para asegurar precisamente el dominio económico-social, la clase dominante se tiene que contentar con una actitud de hegemonía, pero la hegemonía supone la positiva integración de las demás clases en una composición de las fuerzas políticas. De aquí los grandes esfuerzos de la burguesía más consciente del país en iniciar una dinámica de integración de las clases trabajadoras en el



sistema, mediante el apoyo de modificaciones de sentido reformista. De aquí también un cierto cambio de enfoque con respecto a las actitudes autonómicas de la pequeña burguesía. En uno o en otro caso no se trata de que la clase dominante haya cambiado su forma peculiar de comprender los problemas sino de que los dirigentes de esta clase, encargados de preparar el clima político en que ha de desarrollarse la actividad pública en los años venideros, comprenden que justamente para defender los intereses e ideología peculiares de la clase dominante es necesario llegar a una cierta composición de fuerzas con la clase trabajadora — reformismo — y con la pequeña burguesía — recepción de las posiciones burguesas autonómicas —. Naturalmente que, ni el pacto con las clases trabajadoras, ni el pacto con la pequeña burguesía, se piensa realizar con abandono de los intereses de clase de la alta burguesía. En consecuencia, ni las reformas adoptarán una perspectiva revolucionaria, ni tampoco las actitudes autonómicas cambiarán la estructural posición centralista, que es la que conviene a la expansión de corte imperialista de la burguesía vasca. Simplemente afirmamos que se están poco a poco preparando actitudes políticas de desvinculación del Régimen, sobre la base de apoyo a posiciones en las que la democracia cristiana lógicamente adquirirá influencia cada vez superior. Pero, para adquirir esta influencia, debe recibir — y a ello se está preparando — una buena parte de los aires izquierdistas que en otras perspectivas europeas han ido creciendo, y una comprensión del derecho de autodeterminación de los pueblos, que también es doctrina relativamente adquirida y conquistada por las posiciones demócrata-cristianas. Es de notar el poderoso papel que puede jugar en este pacto de clases la fuerte organización autonómica que es el Partido Nacionalista Vasco. Sociológicamente dominando por las clases de la media y pequeña burguesía, pero con una fuerte base demográfica popular mantiene unas claras pretensiones hegemónicas en relación con el país. Este hecho, considerado con realismo por las clases dominantes de la alta burguesía, puede ser bien aprovechado para la constitución del pacto de clases, mediante una distribución de funciones hegemónicas. Una sociedad burguesa, de corte más bien conservador, puede permitirse una distribución de funciones hegemónicas, según se trate de asegurar el dominio político a escala de Estado nacional o de autonomía localista, predominantemente cultural y administrativa. Planteando la coexistencia de las dos organizaciones, a escala del Estado español, puede pensarse en que la organización propia de la democracia cristiana del Estado mantenga su poder, solamente si concede una cierta zona de hegemonía a las actitudes nacionalistas en las zonas en que lógicamente éstas van a primar sobre las anteriores. Queremos decir que la posición autonómica del Partido Nacionalista no es comprendida ya, desde la perspectiva

demócrata-cristiana general, como una actitud irreconciliable con la hispánica, sino en un sentido totalmente funcional, con respecto al aparato total del Estado. El Partido Nacionalista es para la gran burguesía la organización, no muy simpática, pero sin embargo útil para que la pequeña y la media burguesía se integren en un orden burgués. Su carácter conservador impide que pueda pretender cambios revolucionarios en la estructura económico-social. En una estructura burguesa, la constitución imperialista de las fuerzas económicas, los mercados a escala de Estado español, la necesidad de importar mano de obra, la desigualdad de renta entre un País Vasco desarrollado y unas zonas de subdesarrollo, imponen, con un carácter de necesidad, la conservación de un Estado único de corte neocapitalista. Con tal de que el Partido Nacionalista Vasco adopte esta actitud de respeto de las formas estructurales generales, lo cual se presenta con un carácter de necesidad, desde sus supuestos no revolucionarios, la posición conservadora general del Estado lo tolerará y, más aún, se servirá de él para lograr el pacto de clases que fue roto en 1936. Esto exige, por ambas partes, una comprensión común de los problemas. Se hacía imposible antes, cuando las actitudes autonómicas eran enjuiciadas desde una perspectiva mitológica e irracional, como atentatorias de sagradas unidades suprapersonales. Ahora las actitudes autonómicas de una burguesía templada se comprenden como plenamente integradas y asegurando una función de orden dentro de un Estado burgués moderno.

No olvidemos, sin embargo, que nos estamos refiriendo únicamente a unas formas más progresivas de la alta burguesía. La situación oficial, en el Régimen actual, es directamente heredera de las formas antidemocráticas que han impedido la expresión y el desarrollo de las más elementales formas culturales vascas. Frente a la dura posición oficial ante el problema autonómico, y ante el tono suave y contemporizador, de muy escasa actividad política, que ha emprendido el Partido Nacionalista, las posiciones populares autonómicas han reaccionado con muestras de claro descontento. Han denunciado de forma más o menos consciente, el pacto burgués que se pretende realizar entre la media y pequeña burguesía autonómicas y la burguesía de planteamientos políticos centralistas. La denuncia del pacto adopta dos manifestaciones: por una parte, se trata de la rebeldía de grupos de la pequeña burguesía, que perciben más fácilmente la opresión en el plano cultural que la estructura económico-social alienante. Sus perspectivas de democratización se encuadran, llevándolas a sus últimas consecuencias, en las formulaciones ideológicas de la burguesía. La denuncia del pacto es comprendida, desde esta posición, como una rebeldía ante la formulación antidemocrática que pretende hacer perdurar un estado de opresión cultural y política. El Partido Nacionalista resulta, por



su inactividad, claramente implicado en esta acusación. No es extraño, entonces, que como forma de rebeldía, negadora de toda contemporización con la burguesía que domina en el aparato del Estado, se manifiesten estas actitudes en forma de un activismo mediante el que se pretende renovar la actitud nacional adormecida.

Probablemente la formulación más típica, dentro de estos movimientos de independencia nacional, que renuncian a toda postura teórica o práctica de pacto hegemónico con la burguesía del Estado, lo tenemos en el movimiento ETA. No sería justo, sin embargo, calificar a este movimiento solamente por una de sus tensiones. Además de esta tensión de una pequeña burguesía no conformista y exasperada ante un ablandamiento de las actitudes nacionales, forma parte del movimiento una base de más raigambre popular, que pretende darle una salida de renovación social más declarada.

La contradicción en que incurre la formulación burguesa del nacionalismo vasco es la de que a los intereses burgueses les conviene un Estado centralista, y no un Estado autonómico. Esto significa que, como la formulación burguesa no se presenta, por burguesa precisamente, con carácter revolucionario no pretende replantear el problema de la sociedad entera en términos de revolución de estructuras. En consecuencia, la burguesía autonómica se verá forzosamente implicada con los juegos de intereses que llevan a la gran burguesía a mantener sus estructuras y sus mercados. Para ello, es imprescindible la aceptación de la forma política centralista. Las correcciones autonómicas serán, simplemente, suavizaciones del sistema, que permitan integrar, sin demasiada mala conciencia, a las actitudes autonómicas. Solamente cuando la perspectiva autonómica va ligada a una praxis de revolución de las estructuras viejas, esto es, cuando a los intereses de la burguesía se pretende sustituir los intereses de un pueblo trabajador, es posible replantear desde su base el problema nacional vasco. Solamente en su vertiente nacional popular, esto es, entendido como la apropiación por el pueblo trabajador, no sólo de los medios de producción, sino también de todos los medios de promoción social, de cultura, y políticos, tiene posibilidades de éxito la reivindicación autonómica. Ahora bien, esta reivindicación autonómica no podrá ser formulada en términos idealistas, pues equivaldría a pretender que un pueblo revolucionario iba a mover su revolución por ideologías reaccionarias. La pretensión de que el movimiento nacional vasco debe ser el movimiento de promoción de la etnia vasca es, en nueva formulación, el planteamiento ideológico burgués que actualmente prima. En contra de esto se trata de la promoción, por el pueblo formado por los que trabajan en el país, de la nueva sociedad que, sin vinculaciones a prestigios suprapersonales, deben construir ellos mismos.

Este aspecto contradictorio de una reivindicación burguesa que a sí misma se está cerrando el camino, por no poder adoptar las formas revolucionarias que solamente la clase revolucionaria podría adoptar, es sentida por la izquierda nacional. El movimiento ETA, a que antes nos hemos referido, vive todavía hoy en la contradicción que le marcan estas dos tendencias, sin que, realmente, y por encima de formulaciones verbales, se pueda decir que se haya decidido de modo definitivo por uno de ambos caminos.

Por lo que respecta a los grupos proletarios de carácter político o sindical, están atravesados por dos coordenadas que marcan las antinomias del movimiento obrero: por una parte la perspectiva ante el problema nacional; por otra, el replanteamiento, en tonos agudos, del viejo debate reforma-revolución, en la nueva forma que adopta, en una sociedad de consumo generalizado, como es aquella en que está entrando Euzkadi. La organización, de contenido sindical, que pretende encuadrar a la clase obrera autóctona, es la de los Solidarios Vascos. Esta pretensión, como la de cualquier otra organización política o sindical, queda muy lejana de la realidad. En parte, por la dificultad que experimentan, dentro del Régimen actual, todas las organizaciones de carácter clandestino. Pero en parte también, y ésta es una explicación importante, por las implicaciones que tiene esta organización con la política del Partido Nacionalista Vasco. Es cierto que la contradicción entre un sindicato obrero y un partido político burgués se vive intensamente, dentro de los solidarios, y ha llevado en bastantes ocasiones a actitudes de claro distanciamiento y hasta de ruptura. Pero, así como la tónica de la actuación sindical es sin duda la de un sindicato no amarillo, sino auténticamente obrero, eficaz y luchador, su perspectiva política es claramente integradora en la sociedad burguesa. La perspectiva política que se traduce, detrás de esta organización sindical, es la de constituirse como un grupo autónomo, o como el ala izquierda, de tono reformista, en un movimiento nacional, aceptando esta situación de sociedad de consumo, que le coloca en posición superior a la de la mayor parte de las restantes zonas sometidas al Estado. Para la adopción de esta actitud que podríamos llamar, desde una perspectiva revolucionaria, insolidaria de los solidarios, es muy explicativa la posición de grupo de élite que adoptan sus miembros ante la clase trabajadora, en general. Entre las otras organizaciones, todas ellas clandestinas, que pretenden encuadrar a la clase trabajadora en el país, podemos mencionar, como más tradicionales, y de mayor conocimiento público, al Partido Socialista — en su vertiente sindical, Unión General de Trabajadores — y al Partido Comunista. Las dos primeras organizaciones arrastran, ante el problema nacional, el prejuicio de una tradicional incomprensión del mismo. El Partido Socialista Obrero Español no se ha preocupado nunca de plantearse, en forma popular, el pro-



blema de las nacionalidades. En el momento actual, si pretende salvar esta carencia, se debe más bien a una aceptación clara, definitiva y decidida de las tesis reformistas, que a una autocrítica revolucionaria. Dentro de la estructura burguesa, en la que ha aceptado integrarse, el PSOE debe ampliar sus perspectivas, porque se tiene que preparar para el gran pacto centro-izquierda, a través del cual intenta formar parte de los grupos hegemónicos políticos.

Más sincera es, en este sentido, la autocrítica del Partido Comunista, que, por otra parte, es la única organización política, de sentido revolucionario, que tiene una cierta incidencia en la conciencia de clase obrera en el país. Sin embargo, aunque única organización revolucionaria con incidencia en la clase trabajadora, esto no quiere decir, ni mucho menos, que sea la organización política que integre a toda la clase trabajadora con potencialidad revolucionaria. Por el contrario, la mayor parte de la clase trabajadora de Euzkadi se encuentra sin integrar en las vías revolucionarias y a merced

del poderoso movimiento reformista que se está preparando.

Quedan así, en resumen de esta exposición, dos tareas revolucionarias de importancia fundamental dentro del país; por una parte, la construcción de una síntesis práctica, de sentido nacional popular y de perspectiva revolucionaria, que logre realizar la unidad de clase; por otra, el encuadramiento de esta síntesis en un poderoso movimiento político, de corte nuevo, que ocupe el vacío que las organizaciones reformistas dejan y que el Partido Comunista, por muy serias razones, no puede cubrir por sí solo. Las clases trabajadoras cuando intentan construir su sociedad nueva, deben plantear su reivindicación con perspectiva global: deben para ello apropiarse de todos los instrumentos de edificación de la nueva sociedad, que será internacional, en cuanto revolucionaria, pero por lo mismo, salvo que por « internacional » entendamos un concepto idealista, nacional-popular en cuanto construcción histórica concreta.

---

1. Vicens Vives. **Historia social y económica de España y América.** Barcelona.

2. Tuñón de Lara. **La España del siglo XIX.** Club del libro español, París, 1961.





Dibujo de Urculo.



# El movimiento nacional en Galicia

SANTIAGO FERNANDEZ

« O día que nos estalemos, Galicia ha sere o terror d'España y-o asombro d'Europa, y-até do mundo, porque o noso problema rexional, mais que de lexítimas expansión e descentralización política e administrativa, é de liquidación d'agravios, d'aldraxes, de vexaciones e de carraxes ». Manuel Murguía.

Las frases que encabezan este trabajo pueden parecer a quienes siguen creyendo en la España uniforme, unitarista y centralista, una auténtica herejía y una provocación. Fueron escritas por Manuel Murguía, uno de los precursores del nacionalismo gallego, hace ya muchos años. Los suficientes como para no olvidarlas todavía; bastantes como para tenerlas en cuenta, porque en estos lustros han ocurrido muchas cosas en la vieja Iberia, y, naturalmente, Galicia fue partícipe de todos estos sucesos. Fue partícipe y llevó la peor parte, cabría añadir. No hubo guerra, evento, o revolución en la que Galicia no participase, siempre al lado de los elementos más progresivos. Hasta aquel 18 de julio de 1936, cuando se consumó la hecatombe política de todo el país y, de rechazo, la de nuestro país gallego. Pero en aquella fecha no dio comienzo nada. Los mártires gallegos de la opresión franquista eran, ni más ni menos, el tributo pagado a una historia demasiado larga, turbia, y turbulenta. La historia del nacionalismo gallego y de su represión sistemática y meditada.

## Una historia demasiado larga

Cuando el reino de León-Galicia se une a Castilla y en las Cortes se suprime como lengua oficial la lengua gallega (que hasta entonces había regido), podemos decir que comienza la historia de la opresión y de la rebeldía del país gallego. Rebeldía ésta que nace de específicos condicionamientos socioeconómicos e infraestructurales.

El pleno disfrute de Galicia de su función como nación en los siglos XI, XII y XIII habían determinado el florecimiento de su capacidad creadora. En política inventa las primeras Cortes que se reúnen en Europa. En literatura crea una de las dos primeras lenguas romances

que cantan en Europa. En escultura crea unas formas que todavía no fueron superadas por ninguno de los movimientos que se fueron sucediendo. ¿Qué fuerzas oscuras empezaron a maniobrar para destruir implacablemente la personalidad de esta tierra? Algo está pasando en la península ibérica que trata de destruir la personalidad de sus nacionalidades, cuyo delirio destructivo culmina en 1939 cuando Franco, interpretando el sentir de todas las fuerzas reaccionarias, obtiene su victoria sobre el pueblo español y sobre las nacionalidades ibéricas, decretando su defunción. En ese momento todos los reaccionarios internacionales, descarada o en forma vergonzante, están aplaudiendo a Franco porque suponen que está celebrando las exequias de las esperanzas de los pueblos ibéricos.

Una línea histórica viene determinando que la traición a los pueblos cabalga sobre sus aristocracias. Y la historia de las rebeldías gallegas, del pueblo llano de Galicia luchando contra los imponderables del destino que van implacablemente destruyendo su personalidad es una historia demasiado larga. Como una intuición asombrosa de lo que va a suceder más tarde, a la traición que se avecina, el pueblo empieza a luchar contra sus señores. Las guerras campesinas contra el poder feudal adelantándose en más de medio siglo a las de Alemania tienen su primer jefe en Ruy Xordo que inicia la primera fase de las guerras de los Irmandiños en 1431. Pero este movimiento no logra triunfar plenamente y es destruido en pocos meses; 34 años después, en 1465, los Irmandiños, ahora más organizados, triunfan en toda Galicia; derrocan cuanto castillo encuentran a su paso, como símbolos de la injusticia; y reparten la tierra. Tres años más tarde, el espíritu negro de la reacción armando el brazo de los feudales desplazados y de la iglesia utilizada, que se alían, vuelve a vencer a los Irmandiños. En 1478, los Reyes Católicos, interpretando oscuras intenciones, empie-



zan a destruir sistemáticamente la unidad política de Galicia. La ocupación militar por Castilla; el destierro de la nobleza gallega; la eliminación sistemática de ciudadanos gallegos de todo puesto de responsabilidad en Galicia; y la persecución de todo lo diferencial gallego hasta privar a Galicia de su voto en Cortes (de las Cortes que ella había creado) y hacerla aparecer desde entonces representada por Zamora.

Atemorizada, la lengua literaria que había sido asombro poético del mundo, deja de cantar. En la destrucción del espíritu de Galicia la Iglesia ocupa un importante papel, preocupándose con minuciosidad increíble de que los actuantes religiosos en Galicia de habla gallega no pasen de un 10%.

Los instrumentos, más que de gobierno de opresión y succión, castellanos en su totalidad, radicados en las ciudades gallegas van creando una burguesía castellanizada en los cinco o seis núcleos urbanos principales; pero el pueblo, como una fuente que no cesa de manar, defiende su idioma amorosamente y hoy, después de cinco siglos de persecución del idioma, el 80% de la población de Galicia piensa y habla en gallego. La totalidad del pueblo trabajador, campesinos, marineros, obreros, todo el pueblo que realiza tareas no privilegiadas en Galicia habla y piensa en gallego. Los señoritos, los que viven del cupón y de las rentas, los que viven en los casinos y en las sociedades distinguidas hablan castellano. El trabajador gallego se siente en sus propias ciudades el más extranjero de todos los seres que tienen que transitar por ellas. La diferenciación de clases en Galicia ha llegado al paroxismo, entre individuos de un mismo color de piel. Las discriminaciones raciales, que con frecuencia saltan a la noticia periodística son pálidas tiranías cuando se conce a fondo la que se ejerce sobre el campesino gallego. Esta es la herencia que ha recibido Galicia del espíritu uniformista monstruoso que se desarrolló en Castilla y del que no es posible culpar al pueblo castellano, porque esa forma de ejercer la tiranía era un producto clásico de los « señores » y de los « señoritos » que formaban las clases aristocráticas en las que a veces eran gallegos quienes las monopolizaban, como sucede actualmente.

## Los precursores

Puede decirse que el movimiento nacionalista gallego da comienzo en el momento en que el gobierno centralista de los Reyes Católicos inicia su política de anonadamiento cultural, económico y lingüístico. Pero hasta 1833 no se consuma la centralización definitiva, con la moderna división provincial de origen francés que con carácter provisional y arbitrario, en pleno desconocimiento de las realidades hispánicas, anuló los últimos organismos que coordinaban la gestión admi-

nistrativa de los antiguos reinos. La conciencia de la unidad gallega que no había sido perdida por nuestro pueblo ni aún en los más tristes momentos de la decadencia, hallábase bien viva en el momento en que se lleva a cabo esta división. El resurgimiento iniciado por los grandes personajes gallegos del siglo XVIII (Sarmiento, Feijóo, Cornide, Cernadas de Castro, etc.) y potencializado por la labor reconstructiva de los años del Fomento, se vio de este modo frenado. Hasta entonces, la Junta Superior del Reino de Galicia había venido representando a la unidad gallega, encarnando el vínculo de las antiguas siete provincias, en lucha con la subdivisión de los señoríos y las tendencias absorbentes del Estado centralizador. Se privó a Galicia de su unidad precisamente en un momento de resurgimiento, cuando una corriente reivindicadora iniciaba el movimiento autonomista que aún no aspiraba a la integración regional ni mucho menos a una reconstrucción nacionalista. Sentíase solamente « cierto provincialismo » como fue denunciado ya por el Boletín del 6º Cuerpo del Ejército. Este sentimiento inicial de la galleguidad buscaba solamente la mejora de Galicia, sobre la base de unas aspiraciones más intuidas que razonadas.

Como fruto de una agitación juvenil, románticamente liberal, surgió, poco después el movimiento de liberación gallega. Y mientras Pastor Díaz con su formidable sentido del « espíritu europeo », descubría en la lengua gallega un maravilloso medio de expresión literaria, y Neira de Mosquera encontraba el sentido histórico de la vida gallega, fue Antolín Faraldo quien inició políticamente la obra renovadora, intentando por todos los medios reintegrar a Galicia a su perdida personalidad. Así se produjo el movimiento que agitó a Galicia en 1840, en fuerte reacción contra las leyes centralizadoras. En 1843 la reacción fue tan fuerte que en la famosa asamblea de Lugo se rechazó sólo por un voto la propuesta de Faraldo de discutir si Galicia debía ser o no independiente. En 1846 el famoso movimiento revolucionario, que termina con los fusilamientos de Carral, pretendió anular todo « acto del gobierno de Madrid ». El banquete de Conjo, en 1856; organizado por los estudiantes de Santiago de Compostela en honor de la clase trabajadora y para consagrar las ideas democráticas y revolucionarias, buscaba la solidaridad de todas las clases sociales de Galicia (en el naciente proletariado, en la poderosa burguesía ciudadana, en los pequeños propietarios campesinos y en los asalariados agrícolas). En los brindis de aquel histórico banquete intervinieron los poetas Aurelio Aguirre, muerto prematuramente en el mar, y Eduardo Pondal. La teoría nacionalista empieza sin embargo a perfilarse cuando Vicetto y Murguía, en 1855, fundan en La Coruña **El Clamor de Galicia**. Desde entonces, los intelectuales al cultivar la lengua vernácula o al estudiar las realidades gallegas, dieron a su obra un sentido transcendental, como « precursores » de un resurgi-



miento. En 1861, López Cortón y los hermanos de La Iglesia inician los Juegos Florales de Galicia, imprimiendo el *Album de la Caridad* y la revista *Galicia*. Esta etapa señala el final de los precursores del nacionalismo, surgidos en plena eclosión romántica y por lo tanto hijos de una época y de un tiempo. Pero la realidad europea de aquel momento exigía que los ideales confusamente atisbados por algunos intelectuales tomaran cuerpo en la realidad que seguía siendo, en el caso de Galicia, verdaderamente espeluznante.

## De la utopía a la realidad

A raíz de la revolución de 1868, Sánchez Villamarín traza un plan de Hacienda cantonal, que junto con un « Proyecto para el futuro Estado gallego » presentado a la Asamblea de Lugo, prepara el advenimiento de la Primera República Española (1873). El 22 de junio del mismo año 1873, se reúne en Santiago de Compostela una Asamblea Popular. De aquella reunión, cuya acta firmaron 545 ciudadanos, salió la constitución de un directorio que se reunió diariamente, que lanzó al país gallego un vibrante manifiesto autonomista y que vio interrumpidas sus tareas de preparación de un magno Congreso Regional con la caída de la Primera República que de rechazo implicó el fracaso de las esperanzas de liberación para Galicia.

En 1889, Brañas imprime su libro *El Regionalismo*, libro que viene a ser como el primer compendio doctrinal del autonomismo gallego. La *Patria Gallega* difunde por toda Galicia estos ideales y el discurso universitario del mismo Brañas en 1892, concreta en 16 puntos todo un programa de gobierno, el más avanzado que registra nuestro movimiento autonomista en todo el siglo XIX. El mismo año en que Cataluña plantea sus aspiraciones, Galicia inicia ya la « conquista del poder propio », en busca de un país autónomo, afirmando las características y el desarrollo de la cultura peculiar, haciendo, en fin, de la cuestión gallega « un problema político » de primer orden.

Y en 1897 se forma en La Coruña la Liga Gallega, movimiento de defensa de Galicia, que viene a cristalizar en las « Irmandades da Fala » y en la « Irmandade Nazionalista Galega » que en sus Asambleas de Lugo (1918), Santiago de Compostela (1919), Vigo (1920), Monforte (1921) y La Coruña (1922), ordenan un pensamiento coherente y plantean a nivel de actualidad política acuciante los problemas de Galicia. En la Asamblea de 1918 se pide lo siguiente: 1. Autonomía íntegra para Galicia. 2. Autonomía municipal, distinguiendo el Concejo aldeano del urbano, sobre la base de reconocimiento de la personalidad jurídica a las parroquias. 3. Cooficialidad de los idiomas gallego y castellano. 4. Federación de Iberia. 5. Dentro de esta Federación igualdad de relaciones con Portugal. 7. Ingreso de las

nacionalidades de Iberia en la Liga de las Naciones. Entre los problemas políticos planteados por la Asamblea figuran también la « igualdad de derechos para la mujer », la representación proporcional como sistema electoral, la desaparición de las Diputaciones Provinciales, y la creación de un poder autónomo, representando por un parlamento gallego, elegido por sufragio universal. En cuanto a los problemas jurídicos pedía la Asamblea la « sustantividad del derecho foral », la publicación de las leyes en idioma gallego, la igualdad de los derechos de la mujer casada, etc. La Asamblea de Lugo estructuró una teoría que estaba latente desde mediados del XIX, cuando la génesis del pensamiento nacionalista obligaba a formulaciones más o menos nebulosas. A partir de la Segunda República las cosas comienzan a variar. El ejemplo de Cataluña y su noble lucha por la emancipación centralista, anima a los líderes del galleguismo, unidos bajo la bandera del Partido Nacionalista Gallego, encabezado por Castelao, a elaborar un Estatuto de Galicia, que es aprobado en 1932 por la Asamblea de Municipios y cuyo trámite queda aplazado por el bienio « negro » de Gil Robles-Lerroux. El Estatuto advertía a los miedosos unitaristas de que « en ninguna de las etapas del resurgimiento, ni en ninguno de sus sectores, ha estallado nunca la pasión xenófoba, el deseo de erigir nuestras fronteras, el ardor militarista o el separatismo antihispánico. Por el contrario, ha sido la obra del resurgir gallego fruto de liberal comprensión y de auténtico hispanismo, obra constructiva y serena de un pueblo que renace, que se encuentra a sí mismo sin odiar ni combatir ».

Las dificultades que opuso el poder central con objeto de frenar el Estatuto fueron enormes pero al fin, el 28 de junio de 1936 el pueblo gallego, Galicia entera, lo aprueba por abrumadora mayoría.

## Los tiempos duros

Aquel pueblo que se encontraba « sin odiar ni combatir » fue prontamente arremetido por los poderes de la reacción. Ni un mes después de aprobado el Estatuto estallaba la insurrección militar con la que se inauguraba el « terror blanco » en Galicia. Patriotas, intelectuales y artistas, fueron barbaramente asesinados por las hordas franquistas. Mientras tanto, en la zona republicana, Castelao intentaba hacer comprender a los demócratas republicanos los derechos que Galicia tenía a su autodeterminación y en que medida el no reconocimiento de estos derechos, la tozuda actitud de políticos como Azaña, ayudó, inconscientemente, a la insurrección militar. Una Galicia con poder para dirigir su propio destino hubiese sabido atajar las maquinaciones derechistas que todos, incluso Casares Quiroga, conocían.



Bien se puede afirmar que mientras Galicia no recupere la unidad que tuvo como pueblo diferenciado dentro de la unidad ibérica la reacción tiene en sus manos un poderoso instrumento. Ninguno de los acontecimientos negativos para los reaccionarios durante el periodo republicano, incluida la revolución de Asturias del 1934, fueron motivos para intentar desmontar el régimen republicano; pero el 28 de junio de 1936 Galicia entera acaba de aprobar su Estatuto, que las Cortes españolas no tendrán más remedio que homologar pocas semanas después. Algún temor tiene la reacción de que esto se consume y Galicia ya en posesión de su destino sea el arma definitiva que le impida volver a gobernar, abierta o encubiertamente, de una vez para siempre, y so pretexto del asesinato de Calvo Sotelo se lanza apresuradamente a dar el golpe de Estado y derribar la República. Pero lo que verdaderamente hace es cortar el camino de recuperación de Galicia y aplastar brutalmente todo lo que olía a galleguismo. ¿Fue el Estatuto de Galicia la causa fundamental que precipitó la Guerra Civil? Otros tiempos más propicios podrán esclarecer esto. Pero no deja de ser significativo que en la prensa gallega, servidora, por imperativo, del régimen anticomunista, sea posible encontrar alguna vez algún artículo laudatorio de algún aspecto de los regímenes comunistas. Lo que no es posible encontrar en esa misma prensa es un trabajo verdaderamente positivo para la recuperación de la personalidad histórica de Galicia.

Galicia hubo de soportar su martirio y proveer a los sublevados de tropas y alimentos no sin antes haber diezmado los jefes militares muchos de los batallones que se enviaban al frente y eliminando a los oficiales leales al gobierno republicano. El número de deserciones de soldados gallegos fue considerable y fueron a engrosar las filas del ejército republicano. La marina de guerra se mantuvo en gran parte leal a la República por la acción decidida de las clases y marinería gallegas que actuaron como « hermandad » y de la que quedan, como es natural, testimonios. Una de las primeras milicias para la defensa de Madrid fue precisamente las Milicias Gallegas creadas por personalidades políticas residentes en esa ciudad, y que más tarde pasaron a engrosar el V Regimiento, que, entre sus órganos de publicidad, editó **Nueva Galicia**. En Barcelona se publicaba, por las mismas fechas, apoyada por el Ministerio de Propaganda de la Generalitat, **Nova Galiza**, de índole más literaria. Durante el periodo de guerra en la zona republicana los gallegos se mantuvieron unidos alrededor de las aspiraciones populares plebiscitadas el 28 de junio. Y el millón aproximadamente de emigrantes gallegos en distintos países de América continuaron manteniendo desde entonces hasta hoy, con las divisiones políticas naturales, las mismas aspiraciones autonomistas. Los sucesos de Galicia, su situación política en vísperas de la guerra civil, fue sistemáticamente ignorada, des-

deñada o no comprendida, por los historiadores de esos años. Tal el caso, entre otros, de Hugh Thomas el más divulgado últimamente de ellos. Pasó por ser una región pasivamente entregada a los sublevados sin tener en consideración su situación de aislamiento en el mapa social y político español, ni el implacable terror implantado en ella desde los primeros días de la sublevación.

Terminada la guerra civil, son muchos los patriotas gallegos que deben emigrar para no sufrir una suerte cruel en su propia tierra. Castelao emigra también y se establece en la Argentina. La historia de los exilados gallegos en América es una de las más bellas páginas de la historia de Galicia y de España. Su solidaridad, su entusiasmo, su ardor patriótico y revolucionario, y, sobre todo, su fidelidad a la tierra madre, pueden parecer a quien lea estas líneas el burocrático reconocimiento a una labor meritoria. Pero hay mucho más. Los exilados gallegos de América, y, en general, todos los emigrados supieron alimentar el fuego sagrado del patriotismo en tiempos duros, en momentos en que hablar gallego era un delito, denostar al centralismo un crimen, y amar a Galicia una pasión estúpida.

Desde el mismo momento que a Galicia le obligan a enmudecer en la península, Galicia sigue hablando en América donde tiene casi la mitad de su vida. Sería demasiado largo describir la tarea realizada por la Galicia emigrante a través de una labor de divulgación de todo orden para mantener vivo el espíritu gallego. Puede decirse que las esperanzas de Galicia quedaron por mucho tiempo dirigidas hacia su existencia ultramarina, y que gracias a esto el movimiento reivindicador de Galicia no hizo más que afirmarse y progresar a pesar del franquismo.

La fuerza de las armas puede vencer, pero no vencer. En Galicia quedaban todavía supervivientes de la masacre 1936-1946, y nacían a la realidad muchos jóvenes con la pupila sensible y el corazón generoso. En 1946 se inicia un tímido movimiento cultural. Después de diez años de absoluto silencio se publica un insignificante opúsculo en lengua gallega debido al poeta Celestino Luis Crespo. En la Universidad compostelana los estudiantes leen casi clandestinamente a Curros y Rosalía. Los diez años de tenaz, terrible, impresionante silencio, traen un lastre difícil de desalojar.

En 1951 nace la Editorial Galaxia de Vigo. Es este un hito y una fecha importantes porque marcan un nuevo renacer de la perseguida cultura gallega. La Editorial Galaxia, que se ve obligada a limitar sus actividades al campo literario, soportando estoicamente una censura tan cerril como mal intencionada para Galicia y que cercena la mayor parte de sus proyectos, va descubriendo para el lector una serie de figuras señeras dentro del actual panorama cultural, dando testimonio de que Galicia no ha muerto. Sólo el amor a Galicia ayudado de una paciente tarea de reducción y síntesis



hace posible que Galicia pueda vencer todos los obstáculos que se le ponen. Es a partir de 1951 cuando la alborada cultural gallega toma carta de naturaleza en la Galicia metropolitana. Pero esto no hubiese sido posible sin el aliento y sin el ejemplo abrumador que en todos los órdenes está facilitando la Galicia ultramarina. Nacen otras editoriales (Benito Soto, Celta, etc.) y se forman en casi todas las ciudades grupos culturalistas (*O Galo*, *O Facho*, etc.) dedicados vocacionalmente a la exaltación y cultivo de la lengua y tradición gallegas. La Academia Gallega reanuda, a trancas y barrancas, una tímida actividad. La ausencia de intelectuales de fuste, de teóricos y políticos se nota en estos años duros. Galicia tiene que improvisar todos los días, con el riesgo de un bárbaro sometimiento y de una no menos bárbara dictadura, sus valores espirituales. **Sempre en Galiza** de Castelao pasa a ser la «biblia» del movimiento nacionalista. Su actualidad, su sencillez y, sobre todo, sus opciones para una política justa y noble encandilan a la juventud gallega. En el año 1960, el panorama sociopolítico de Galicia ha variado. Las formulaciones más o menos comprometidas de algunos intelectuales, la defensa de la lengua y de la cultura, fructifican en un sentir general reivindicativo. Todos los partidos, excepto, naturalmente, las derechas o algunos «revolucionarios» infantiles, aceptan el programa nacional de Galicia. Nacen organizaciones clandestinas como la UPG (*Union de Pobo Galego*), de declarado matiz izquierdista. Por su parte, algunos elementos del clero (muy pocos, por lo demás) se aprestan a la tarea de respetar la lengua del pueblo. Los artistas gallegos, los escritores, los obreros con conciencia de clase y una parte de la pequeña burguesía, se enrolan ya, decididamente, en las filas del nacionalismo gallego. Y así estamos. En el punto cero. Mientras este movimiento reivindicativo resulta difícil de parar, la cultura gallega es perseguida. Castelao, un «rojo exilado», llega a ser clandestino. Los inquisidores del Ministerio de Información prohíben escribir en gallego, prohíben la enseñanza del idioma, prohíben, y prohíben y prohíben. Ya es tarde. Resulta tarde para los sicarios de la tortura y del fusil, para los escribientes y los «delegados de Información» (más bien de difamación y mutilación de la información) con un ministro nacido en Villalba (Lugo), pero no gallego en su esquema mental y en su actuación pública, pretender acallar ese gran movimiento de solidaridad de intelectuales y campesinos, de burgueses y de universitarios. Los tiempos duros (que siguen siendo duros en los propósitos de los inquisidores) se han abierto a una esperanza nacional. La esperanza de Galicia por encontrarse a sí misma. La fabulosa palanca revolucionaria de reivindicar la lengua del pueblo, la tradición popular, la historia de represiones y rebelías, y sobre todo, la reivindicación de una reforma agraria, una industrialización acorde con las necesidades del tiempo, una racionalización del régimen ad-

ministrativo, judicial y civil, la autodeterminación de la propia Galicia en todos los terrenos. En la medida que existen grupos políticos coincidentes, a partir de muy diferentes posturas, en la medida que hoy el problema nacionalista rehuye cualquier calificación «derechista» (desde el Partido Comunista Español, al PSOE, pasando por la democracia cristiana y la socialdemocracia, lo han aceptado y considerado en sus programas), en la medida en que esta corriente de opinión cuenta con las más preclaras cabezas de la intelectualidad, del arte, de la cultura, resulta irreversible y no puede frenarse.

## De ahora en adelante...

Todavía subyace en cierta mentalidad española una actitud colonialista (nos atreveríamos a decir, racista) que se niega a considerar como aquellos «republicanos de segunda vuelta», el problema del nacionalismo gallego, que, no hace falta repetirlo, es hispánico, pero no castellano. Para algunos, las palabras del reaccionario Ortega y Gasset en 1922 siguen teniendo validez. Decía el precursor del fascismo español: «Porque no se le dé vueltas: España es una cosa hecha por Castilla y hay razones para ir sospechando que, en general, sólo cabezas castellanas tienen órganos adecuados para percibir el gran problema de la España integral». Lo que Ortega llama con su especial retórica, «la España integral» es la España unitarista y centralista. La que prohibió la lengua gallega en las Cortes leonesas, la que fusiló a los mártires de Carral, la que ametralló a los valerosos campesinos de Celanova, la que asesinó a Alejandro Bóveda, y a tantos otros patriotas. Y es ésta, precisamente, esa España negra de la intransigencia y de la hoguera, contra la que Feijóo alzó su voz. Y Sarmiento, y Cornide, y tantos otros. Reivindicar la España integral es reivindicar una historia turbia en la que Galicia llevó siempre la peor parte. Pero es que además los partidarios de este España Integral son unos nuevos colonialistas de las libres nacionalidades, en Euzkadi, en Cataluña y en Galicia. Y siguen inconscientemente a aquel señorito llamado José Antonio que tan preocupado andaba con la unidad de España, y que para ello alentó con sus puños y sus pistolas, la definitiva desintegración de la patria. Son muchos y muy complejos los problemas con que hoy lucha el nacionalismo gallego. En primer lugar debe desembarazarse de una inevitable (y en su tiempo, necesaria) carga intelectual. Lo que el sentimiento nacionalista pretende y a lo que aspira no puede diluirse en abstractas consideraciones, sino en reivindicaciones muy concretas, de cara a la realidad de todos los días. La creación de organizaciones exclusivamente políticas, y la propia marcha de la economía gallega, proporcionan bases a una actuación directa y eficaz.



En Galicia se está creando, merced a un « desarrollo » acéfalo promovido por la concentración capitalista, un sector proletario impresionante, que habla y piensa en gallego, que sufre en su carne todas las limitaciones y persecuciones del hombre gallego, que es, por partida doble, víctima de un colonialismo (económico y cultural) cuyos destinos se deciden en las altas esferas madrileñas. Este sector proletario está cerca ya (y el tiempo demostrará la verdad de esta aserción) de una actitud nacionalista y revolucionaria. Por otra parte los recientes fenómenos migratorios han cambiado la estructura campesina. Hay absentismo en la tierra pero también hay hambre. Y propiedades extensísimas sin explotar, pequeña propiedad atomizada y repartida, antirrentable y antisocial. Estos campesinos gallegos que aprenden a leer las leyes que los persiguen y las oraciones que les hablan de un Dios lejano, en lengua extraña, forman hoy un sector popular « adicto » a cualquier reivindicación nacionalista.

Algo ha variado también el clero gallego. No mucho, por supuesto. En principio la gran masa de curas aldeanos se niega a considerar la posibilidad de una liturgia en lengua vernácula ¿Qué extraños hilos mueven esta actitud reaccionaria? Resulta casi cómico repetir aquellas palabras del Padre Arrupe (« Los misioneros católicos deben respetar los elementos de las otras culturas »). A unos « desertores del arado » que, como diría Castelao, « viven das almas do purgatorio ». Pero existe también un juvenil movimiento católico que exige de las jerarquías más comprensión para el pueblo gallego, más respeto a su lengua y tradiciones, más caridad. La traducción de los Evangelios al gallego, y del ordinario de la misa, representa un avance de cara a otras épocas. Pero conviene que los católicos mediten la enorme responsabilidad que tienen en sus manos, en estos momentos en que el Concilio acaba de promulgar normas de respeto para las minorías nacionales y para los países colonizados.

El pueblo gallego que ha tenido que sufrir en su carne la alienación religiosa más bárbara, está perdiendo la fe en los sacerdotes de Dios, porque hablan en otro idioma (fonético e ideológico) y porque han formado parte siempre de la minoría explotadora, y centralista.

Convendría que pensarán en ello de vez en cuando los pastores de almas.

El movimiento nacionalista en el ámbito universitario puede ser considerado también como una creación reciente y ascendente. En la universidad compostelana se forman, por « revulsivo » a la necia estructura docente española, promociones de jóvenes gallegos que comienzan a sentir el problema de su país, primero quizás por una vocación literaria o científica, después por los imperativos de una realidad demagógica. La labor callada y fértil de ciertos maestros y personalidades, con respecto a estas promociones es digna de todo encomio. Al igual que lo es la proyección cultural de algunos organismos o asociaciones recreativas que realizan (en contra de instituciones « arqueológicas » como el Instituto Padre Sarmiento y el Museo de Pontevedra) cursos, ciclos de conferencias, exposiciones y coloquios sobre temas nacionales.

Hemos llegado al final. El nacionalismo gallego es hoy punto de contacto y común denominador de todas las tendencias políticas antifranquistas, de todos los movimientos revolucionarios, de todas las actitudes progresistas que subsisten en Galicia. La historia de la rebeldía gallega continúa, y se ha convertido en « clamor », en opinión pública, reivindicación revolucionaria. Probablemente los años venideros y las necesidades reales del país amplíen las perspectivas políticas del nacionalismo. Probablemente también no sea necesario un específico partido nacionalista, puesto que sus ideales tienen ya cabida en cualquier organización, que sea auténticamente revolucionaria. Por de pronto, Galicia y sus obreros y sus campesinos, y sus hombres de letras, y sus universitarios, recaban el derecho a una personalidad sociopolítica, que la historia nos ha negado desde siglos. Pero ya no se trata de un movimiento más o menos romántico, ni de una resistencia armada, ni de un grupo de intelectuales. El nacionalismo gallego moviliza hoy a diversos sectores del pueblo (en la medida que el pueblo puede ser movilizado en un régimen totalitario), y a las conciencias. Es una fuerza que conviene tener en cuenta de ahora en adelante...



# 18 Veinticinco años de movimiento nacional en Cataluña

JOAN ROIG

La derrota de la República en 1939 y la opresión ejercida por el régimen franquista instaurado entonces, no tuvo las mismas consecuencias para Cataluña que para el resto de España. En Cataluña la supresión de todas las libertades democráticas y la represión fascista vino doblada por la opresión nacional. No sólo fueron liquidadas las libertades nacionales otorgadas por el Estatuto de 1931, sino que fue emprendida una campaña represiva sistemática contra todas las características que configuran a Cataluña como nación (lengua, cultura, historia, tradiciones) con el objetivo de liquidar su personalidad nacional.

Una breve revisión de lo que ha sido el movimiento nacional en estos 25 años, a partir del intento franquista de desnacionalizar a Cataluña, debe tener en cuenta los diversos periodos a través de los que el movimiento se ha ido desarrollando, con características diferentes según las condiciones de cada etapa.

## 1939 - 1950

El primer periodo, en que la dictadura intentó la desnacionalización violenta, se caracterizó por la dureza de las condiciones bajo las que el pueblo catalán hubo de iniciar la lucha.

La experiencia histórica de los primeros años del franquismo probó que la clase social más consecuentemente defensora de los intereses nacionales es, en nuestra época, la clase obrera. Ese periodo permitió ver como la burguesía catalana, antaño clase dirigente del movimiento nacional, colocando por encima del sentimiento nacional sus intereses de clase, llegaba hasta el abandono de la propia lengua. En 1939, la burguesía catalana, profundamente traumatizada por haber previsto — durante los tres años de guerra civil — una

Cataluña proletaria en el poder, se entregó con armas y bagajes al nacionalismo centralista de Franco. Su dimisión de todo carácter nacional llegó hasta la adopción del castellano como medio de expresión en el círculo familiar. En los primeros años posteriores a la guerra civil, sólo las masas populares conservaron la lengua nacional en una Cataluña cubierta con los carteles que nadie ha olvidado: « Españoles: hablad la lengua del Imperio ».

En la época difícil en que había falangistas que abofeteaban en la calle a quienes hablaban catalán, en que carteles colocados en las cabinas telefónicas recordaban al usuario que estaban permitidas las conversaciones en italiano y en alemán, pero prohibidas en catalán, en que la palabra misma de Cataluña se hizo desaparecer de los nombres de instituciones culturales y científicas y de las calles de las ciudades (en Barcelona, la Plaza de las Glorias Catalanas se convirtió en Plaza de las Glorias, el Palacio de la Música Catalana en Palacio de la Música, la Biblioteca de Cataluña en Biblioteca Central, y así siguen todavía), en esa época las masas populares fueron las únicas que siguieron usando el catalán. El hecho reviste una gran importancia.

En el intento de desmedular una nación, el franquismo actuó conscientemente en la dirección de arrancar su lengua al pueblo catalán, y para ello se propuso empezar por reducirla al nivel de un dialecto hablado. Fue prohibido el catalán en las escuelas, liquidadas todas las instituciones culturales y científicas catalanas, suprimidos todos los diarios y revistas en lengua catalana (sólo en Barcelona, en 1936, se editaban más de 200 publicaciones periódicas en catalán), y prohibida la edición de libros en catalán. Era el periodo en que la dictadura aparecía fuerte dentro de sus fronteras y apoyada exteriormente por las armas triunfantes del Eje fascista. En el interior, la clase obrera y el campesinado se sentía aplastados por la derrota en la guerra, la intelectualidad estaba diezmada por la repre-



sión y el exilio, y la burguesía catalana colaboraba alegremente con la dictadura en un país donde tres años de guerra habían creado una situación de miseria y carencia tales que cualquier producto presentado en el mercado encontraba comprador. La burguesía catalana se embarcó en la época de oro del estraperlo poniendo a contribución utillaje abandonado y máquinas anticuadas que, al exigir la utilización de mucha mano de obra, empezaron a canalizar hacia Cataluña la fabulosa inmigración desde el resto de España que no ha dejado de aumentar en estos 25 años.

Los primeros textos en lengua catalana aparecieron en 1942: fueron las hojas y la propaganda clandestina del Partit Socialista Unificat de Catalunya, distribuidas por los comunistas catalanes. En los momentos más duros, y desde entonces, los comunistas no han dejado de enseñar a la clase obrera que el sentimiento nacional catalán es un aliado potente en la lucha por la democracia y, gracias a ello, muchos inmigrantes de lengua castellana han podido aprender que deben estimar el catalán como cosa propia.

Bajo la dureza de la represión, la vida intelectual era inexistente y los estudiantes y los jóvenes universitarios que sentían la inquietud y la responsabilidad de prepararse para un futuro que deberían construir reanudando la continuidad con el pasado, encontraban orientación difícilmente en el aislamiento y bajo el silencio impuesto por el terror. Los intelectuales que hubieran podido ser los maestros de la nueva generación, habían muerto o estaban en el exilio. Joan Triadú — entre otros — ha evocado esa época « en que hubo quienes habían quemado, o vendido, o por lo menos escondido una buena cantidad de libros de los que, como los de Salvat-Papasseit, hacían un contraste demasiado marcado con los tiempos que vivíamos »<sup>1</sup>. El ambiente artístico reflejaba también la esterilidad del pensamiento oficial. Barcelona, que había sido uno de los grandes centros creadores en los años 30, vio en los años 40 triunfar la arquitectura de un neoclasicismo monumentalizante propia de los regímenes tiránicos (como la Alemania de Hitler, como la Italia de Mussolini). Los nuevos establecimientos que se abrían entonces para atender a la burguesía estraperlista, se llamaban « Capitel » y « El Parador del Hidalgo ». Se postulaba que « el arte moderno ha pasado de moda », y los críticos oficiales proponían el retorno de la pintura al Museo del Prado y practicaban la delación desde las columnas de los periódicos<sup>2</sup>.

El final de la guerra mundial creó una situación nueva. Aunque el régimen seguía siendo igualmente fuerte dentro de sus fronteras, aunque la oposición interna era prácticamente inexistente y la lucha de las masas resultaba imposible con el pueblo postrado por la derrota y la represión, sin embargo los apoyos exteriores del franquismo habían desaparecido y una inmensa esperanza se difundía entre los sectores que pensaban que la consecuencia lógica de la guerra mundial sería

la liquidación de la dictadura de Franco, una vez aplastados los regímenes fascistas que la hicieron posible. La guerra fría, que empezó casi inmediatamente después, iba a liquidar esta esperanza, pero la condena del franquismo en la Conferencia de Potsdam (1945) y en la ONU (1946) obligó al régimen a realizar cambios políticos interiores — en el verano de 1945, Martín Artajo, representando a la Acción Católica, llega al gobierno — y abrió un clima nuevo bajo el que los elementos más conscientes en Cataluña empezaron a reagrupar sus fuerzas para la conservación de la lengua a un nivel superior al de dialecto hablado y por la recuperación de una cultura.

Esta actividad de conservación y de recuperación, en aquellas condiciones, no podía hacerse de otra forma que en grupos y círculos clandestinos o semiclandestinos, aun cuando su actividad fuera únicamente literaria. La situación era tal, que el simple hecho de imprimir un texto en catalán se convertía en un acto de resistencia. Albert Manent ha evocado recientemente ese período: « Los escritores que no se ausentaron, que fueron una gran parte, tuvieron que volver a empezar. Unos cambiaron de oficio, otros se aferraron a trabajos literarios de encargo, y unos terceros intentaron mantener la continuidad profesional con una lengua prestada. He aquí el drama: volver a empezar... Los más valerosos siguieron siendo « un corazón en la oscuridad », según el famoso verso de Carles Riba... Entre tanto, algunos jóvenes intentaban empujar a los mayores y hacerlos salir de su aislamiento. Con unos y otros la literatura catalana reemprendió entonces un cultivo tímido y diversos grupos culturales impulsaban los caminos... En pocos años volvieron algunos maestros — Charles Riba, Ferrán Soldevila — y otros escritores lo hicieron después del triunfo de los aliados... »<sup>3</sup>.

Algunos de estos grupos se arriesgaron a imprimir las primeras revistas literarias en catalán, sin autorización legal, en un número muy reducido de ejemplares que se distribuían privadamente. En mayo de 1946, apareció el primer número de **Ariel** y en los años siguientes — muy irregularmente —: **Antologia**, **Occident** y **Temps**. Se trataba de hacer un puente entre los hombres de antes, que colaboraban en estas publicaciones (Riba, Sagarra, J. V. Foix, López-Picó, Clementina Arderiu) y las voces nuevas de la primera promoción de postguerra (J. Triadú, Josep Romeu, Joan Barat, R. Llevroni, J. Palau Fabre, F. P. Verrié, etc.). Ninguna de estas revistas contenía alusiones políticas. Los que las redactaban consideraban que eran un acto de resistencia por el solo hecho de existir, pero no hay que hacerse ilusiones respecto a su influencia en un círculo amplio de lectores: venían a ser — en realidad — boletines internos para esa capa de intelectuales que empezaba a reconstruir sus fuerzas.

Una actividad que fuese más allá de estos estrechos límites en la lucha por las reivindicaciones nacionales



catalanas y por las libertades democráticas, exigía todos los riesgos graves de la lucha clandestina y el heroísmo de sus militantes. J. Puig Pidemunt, militante del Partit Socialista Unificat (PSU), que dirige en Barcelona el periódico clandestino comunista *Treball*, fue detenido en 1947 y fusilado en el Campo de la Bota el 17 de febrero de 1949.

En 1946, venciendo enormes dificultades de orden legal y económico, se fundó la «Editorial Selecta», la primera editorial que, después de la guerra, se proponía publicar legalmente libros en catalán. El intento del editor Josep M. Cruzet y de su director literario Josep Miracle, fue visto como una osadía sin límites, aunque los primeros títulos publicados fuesen las reediciones de tres obras de mossèn Jacinto Verdaguer (*L'Atlàntida*, *El Canigo* y *Montserrat*), de dos de Eugenio d'Ors (*Gualba* y *La Ben Plantada*) y de una de S. Russinyol (*L'Illa de la Calma*). Pero el primer paso había sido dado. Junto con la reedición de obras importantes, «Editorial Selecta» inició pronto la reincorporación de escritores de antes de guerra (Riba, Carner, T. Garcès, M. Manet, S. Espriu, C. Soldevila, R. Tasis, etc.) y — aspecto fundamental — la publicación de los hombres de las nuevas promociones (Pedrolo, Triadú, Espinàs, Sarsanedas, etc.). Poco después empezaron a aparecer otras ediciones legales: la primera fue la colección de poesía «Ossa Menor», fundada por J. Pedreira bajo ese título evocador de la personalidad de Salvat-Passell.

La reconstrucción de las fuerzas intelectuales, que en el ámbito de lengua castellana se opera entre 1945 y 1950 (1945: fundación del grupo de teatro «Arte Nuevo», 1948: primeras obras de G. Celaya y de E. de Nora, 1949: A. Sastre y J. M. de Quinto publican el *Manifiesto del Teatro de Agitación Social*, 1950: Blas de Otero publica *Redoble de Conciencia*), en Cataluña se produce unos años más tarde, como es lógico en un país donde la opresión fascista venía doblada por la opresión nacional y por la persecución de la lengua. Así, mientras que la poesía castellana realiza la substitución de la influencia de Juan Ramón Jiménez por la de Antonio Machado en el quinquenio 1945-1950, con la consecuencia inmediata de que los poetas se impregnan de los problemas de la sociedad en que viven; en la poesía catalana ese cambio coyuntural no se produce hasta 1955-1960, con la substitución de la influencia sobre los jóvenes de la poesía de Riba por la de Espriu y Pere Quart<sup>4</sup>.

Quizá la primera obra que pueda citarse en el ámbito catalán representativa de la *nueva cultura* sea la *Primera Historia de Esther* de Salvador Espriu, escrita en 1947-1948 y publicada en 1948, en la que Espriu se entregaba a la crítica del mundo surgido del naufragio de 1939<sup>5</sup>. Esta actitud crítica, de moralista, se continúa en 1949 en muchos poemas de *Les cançons d'Ariadna*, la obra siguiente de Espriu (entre otros *I beg your pardon*, *Guany pur*, *Plaça de suburbi* y *Canço banal de la*

*ciutat de Ctesifon*). Pero, en esta época, Espriu aparece como una figura aislada.

La misma recuperación lenta se observa en el terreno de las artes. Hasta 1949, en la Escuela de Arquitectura, aparte de las enseñanzas técnicas, todo se acaba en la Opera de París de Garnier. El arquitecto Moragas ha relatado que hasta 1949 aún no había oído citar a nadie el nombre de Frank Lloyd Wright. Entonces, pese a la intensa actividad en la construcción, sólo había dos arquitectos en Barcelona que considerasen la arquitectura en su trascendencia de hecho social y cultural: J. M. Sostres y Joaquim Gili. En 1949 se empezaban a agrupar en torno a Moragas y Sostres los jóvenes arquitectos que más tarde constituirán el Grupo R. En el terreno de la pintura, el año 1947 se realizó una exposición colectiva de Rogent, Fin y Vilató en la que una ligera influencia de Matisse y del postcubismo aparecía como una explosión frente al conformismo académico reinante. El año siguiente, 1948, se funda el grupo «Dau al Set» (Tàpies, Cuixart, Ponç, el poeta Brossa y el crítico A. Puig) que, a través de sus publicaciones y de las exposiciones de sus miembros, aporta el sarcasmo, la agresividad y el sentido mágico del surrealismo, y en pocos años cambiará todo el ambiente artístico, no sólo catalán.

En líneas generales, el movimiento nacional en este primer periodo aparece reducido a un esfuerzo de los intelectuales por reagrupar sus fuerzas, por salvar la lengua y por reconstruir las bases de una cultura, sin que este tipo de tareas tuviese todavía una proyección de masas. La lucha política, reducida por la represión terrorista a la más rigurosa clandestinidad, era mantenida por algunos grupos aislados que realizaron acciones individuales de escasa trascendencia (colocación de alguna bandera catalana en lugares públicos, inscripciones murales, etc.) y, en especial, por la presencia activa de pequeños núcleos comunistas, los únicos que lograron organizarse realmente bajo la etapa más dura de la represión, que intentaban a través de su prensa clandestina en catalán, formular las reivindicaciones populares y sostener la lucha por las libertades nacionales catalanas.

## 1951 - 1959

Mientras en el primer periodo los cambios en el sentido de la disminución de la presión fascista fueron sobre todo el resultado de la coyuntura internacional, durante los años 50 los cambios del mismo signo fueron motivados cada vez más por factores internos: la evolución de la estructura socioeconómica española y la lucha de las masas contra la dictadura. Una conse-



cuencia de ello fue la aparición de elementos de lucha política, cada vez más claros, en el movimiento nacional.

El nuevo periodo se abre con un renacer del movimiento obrero que tiene su expresión más potente en la huelga de Barcelona de la primavera de 1951. La huelga se produjo como resultado acumulativo del movimiento reivindicativo iniciado unos meses antes a raíz de las elecciones sindicales de octubre de 1950, en las que alcanzaron el cargo de enlaces sindicales buen número de obreros combativos dispuestos a utilizar la plataforma legal de los sindicatos verticales para propugnar las reivindicaciones económicas de la clase obrera. En este resultado jugó un papel importante la nueva táctica preconizada por el Partido Comunista de utilización de las posibilidades legales existentes.

El 1 de marzo de 1951, se inició un boicot a los tranvías de Barcelona como protesta por el aumento de tarifas. El boicot fue total durante cinco días y en él desempeñaron un papel relevante los estudiantes de la Universidad. El 6 de marzo tuvo lugar una reunión de los jerarcas sindicales con los enlaces elegidos en octubre, en la que no se pudo llegar a un acuerdo sobre el aumento de salarios, y al salir de la cual éstos acordaron llamar a una huelga para el día 12 en protesta contra la carestía de la vida. La huelga duró 48 horas y se extendió particularmente a la metalurgia, industria química y construcción. El segundo día de huelga, el 13 de marzo, hubo manifestaciones de obreros que se dirigieron al Gobierno Civil y al Ayuntamiento. El régimen, sorprendido por la amplitud del movimiento, trasladó a Barcelona grandes contingentes de policía armada y de guardia civil. El día 14 se reanudó el trabajo, y, aún cuando aparentemente todo seguía igual, resultó evidente que se había abierto una nueva etapa en la historia del franquismo: las masas populares y las fuerzas de oposición veían abierto el camino a utilizar, el de las huelgas y manifestaciones basadas en el aprovechamiento de las posibilidades legales, y el régimen pasó a ser consciente de los peligros del inmovilismo y de la necesidad de dotar de una cierta flexibilidad a su política.

Simultáneamente con el nuevo planteamiento de la lucha de masas, tuvo lugar el cambio de la coyuntura económica, especialmente en la Industria textil algodonera, de importancia decisiva en Cataluña (que reúne el 85% de los efectivos españoles de esta industria). Efectivamente, en 1951 se agotó la coyuntura favorable de la postguerra mundial y las exportaciones españolas descendieron bruscamente:

#### Exportación de manufacturas de algodón

Periodos	Toneladas	Miles pesetas	Indice valor
1946-1950	10 162	104 891	100
1951-1955	3 684	32 647	31,1

Mientras en 1950 se exportaron manufacturados de algodón por valor de 40 millones de dólares, en 1954 se llegó escasamente a los 10 millones. Los almacenes acumulaban los stocks invendidos y la burguesía catalana, después de algunas vacilaciones, se puso en movimiento.

El 17 de noviembre de 1954, los representantes de la gran burguesía catalana se presentaron en el Gobierno Civil de Barcelona para plantear una serie de reivindicaciones y para exigir libertad de expresión a fin de hacer públicamente propaganda entorno a las mismas<sup>6</sup>. Por primera vez desde antes de 1936, la gran burguesía catalana iniciaba una actividad política como grupo y pretendía lograr una base de masas, presentándose públicamente como defensora de los intereses de Cataluña. Ahora no se trataba de organizarse como partido político (cosa que la situación no permitía) sino como **grupo de presión**, con la pretensión de tomar en sus manos la bandera « nacional » y simultanear esa toma de posición con su fidelidad al franquismo. Dos días más tarde, el 19 noviembre, el editorial de *La Vanguardia* escribía: « Desinteresarse de los problemas, seguir la política del avestruz, sería inaceptable para las personalidades prestigiosas que representan la producción y el comercio de Barcelona ». De hecho, con su acción y pese a sus intenciones, los oligarcas catalanes ayudaban a abrirse más la situación y despertaban ilusiones entre las capas pequeño y medio-burguesas catalanas que se sintieron rápidamente decepcionadas cuando advirtieron que las concesiones del régimen tenían por objeto satisfacer solamente los intereses del capital monopolista catalán<sup>7</sup>.

Poco menos de un año más tarde (en octubre de 1955), con motivo de un viaje de Franco a Cataluña, el **lobby** catalán continuó la operación « nacionalista » con una reunión en el castillo de Perelada (Gerona), propiedad de Miguel Mateu, en la que la oligarquía catalana (Ventosa i Calvell, Bertrán i Musitu, M. Mateu, Barón de Terrades, etc.) plantearon a Franco « sus » problemas como reivindicaciones generales de Cataluña (simplificación de la política fiscal, que las importaciones yanquis no compitiesen con la producción del país, libertad de comercio exterior, divisas para renovar la maquinaria textil, etc.). En su discurso del 5 de octubre, en Barcelona, Franco condescendió a reconocer (frase recogida en grandes titulares de los periódicos) « Cataluña es un factor importante de la grandeza de España ».

Entre tanto, la reconstrucción de la cultura nacional seguía adelante, aprovechando las nuevas posibilidades. En 1952 se autorizaron las primeras traducciones de otros idiomas al catalán. En principio, esta autorización se redujo a las obras ya editadas en lengua catalana antes de 1939<sup>8</sup>, y hubo que esperar hasta 1957 para poder empezar a publicar traducciones nuevas de obras actuales. El papel que desempeñan las traduccio-



nes en una literatura pequeña, como la catalana, pero de un nivel de lectura relativamente alto, es de gran importancia. La prohibición de toda traducción hasta 1952 y su restricción a las antiguas hasta 1957, tenían por objeto, por una parte, romper el equilibrio que en países semejantes (Holanda, Dinamarca, etc.) se realiza entre una producción original relativamente escasa y un índice de lectura elevado, y por otra parte, incomunicar a la cultura catalana del desarrollo mundial para forzarla a la provincialización y a un desarrollo puramente folklórico.

En 1954, Espriu publica *El caminant i el mur* que contiene su célebre « Assaig de Càntic al Temple » (probablemente los versos más famosos del poeta) que fue divulgado en los claustros de la Universidad en forma de octavilla a multicopista y como material de agitación, durante las luchas estudiantiles de los años 1956-1957. A partir de este momento, la poesía catalana evoluciona hacia nuevas tendencias que la convierten en eco de la sociedad en la que se produce: en 1955 se publica *La Rambla de les Flors* de J. Sarsanedas, y en 1956 *Terra de Naufragis* de Pere Quart.

En los años 50, la novela catalana ve aparecer una nueva generación de novelistas: Pedrollo, Espinás, Blai Bonet, Folch Camarasa.

El ensayo registra la publicación de dos libros importantes: en 1954 la *Noticia de Catalunya* de J. Vicens Vives, y en 1955 la reedición aumentada de *Les formes de la vida catalana* de J. Ferrater Mora. Uno y otro son como un examen de conciencia, una introspección propia de un pueblo convaleciente después del trauma de la guerra y de la derrota, con todas las características de la esquematización idealista. El primero es una revisión historicista de « un país de marca, limpio y ordenado », el segundo es un montaje de características morales que componen un modelo artificioso: el catalán soñado. Ambos miran sobre todo hacia el pasado con añoranza. Pero en esa misma época aparece ya la figura de Joan Fuster<sup>9</sup> que, más tarde, en los años 60 orientará el ensayo catalán a pensar los problemas del presente y a interesarse por los del futuro.

El teatro catalán da sus primeros pasos en la senda de una creación teatral culturalmente válida (al margen de los intentos del teatro comercial, agonizante al igual que el teatro comercial de lengua castellana) con los grupos teatrales universitarios<sup>10</sup> y, sobre todo, con la fundación de la « Agrupació Dramàtica de Barcelona » (1955) que después de un primer periodo de desorientación, emprende — bajo la dirección de F. Roda — la tarea de llevar a escena algunos de los escritores de más personalidad de la escena catalana contemporánea junto con la representación de traducciones catalanas de autores extranjeros y clásicos.

En el terreno de las artes plásticas, donde por razones obvias la presión de la dictadura es menos sensible y no existe la vigilancia de la censura, se asiste en

este periodo a un gran desarrollo creador que, hacia el final de la década del 50, adquiere características casi de normalidad. Lo cual permite tomar el pulso de organismo cultural y servir de índice de referencia con respecto a las dificultades con que tropiezan y las resistencias que deben vencer los otros sectores de la intelectualidad catalana. En 1951 el arquitecto Moragas realiza la reforma del cine Fémica que puede ser considerada como la primera obra de arquitectura moderna construida en Cataluña desde el final de la guerra civil. También en 1951 se funda el Grupo R<sup>11</sup> que los años siguientes realiza varias exposiciones (1952, 1954 y 1955) y ciclos de conferencias (« Economía y urbanismo » en 1958 y « Sociología y urbanismo » en 1959) que despiertan gran interés y adquieren una importancia política en el mundo intelectual catalán y entre los estudiantes, y liquidan la ridícula arquitectura monumentalista imperante hasta entonces. A partir de los años 1953-1954 la pintura catalana, bajo el impacto sobre todo de la personalidad de Tapies supera la incomunicación con la evolución de la plástica mundial, característica del periodo anterior, y empieza a producir obras al nivel del mundo contemporáneo. Tiene interés registrar que la renovación plástica se produce en Madrid (fundación del grupo El Paso en 1956) bajo la influencia de la actividad artística del grupo catalán. A partir de 1956, en Cataluña, es visible la elevación de la lucha de las masas contra la dictadura. En abril de 1956, la clase obrera inicia la marcha con una huelga que se extiende al sector metalúrgico y textil (Maquinista Terrestre y Marítima, Hispano-Olivetti, ENASA, SEAT, Fabra y Coats) por un aumento de salarios. Esta acción y las huelgas que también se producen en otros lugares de España (especialmente en Bilbao y Pamplona) obligan al gobierno a decretar un aumento general de salarios que se realiza en dos etapas (abril y noviembre de 1956).

El 22 de diciembre de 1956, la prensa anunció un aumento en los precios de los transportes urbanos de Barcelona. Aprovechando la experiencia de 1951, el Partido Socialista Unificado llamó a realizar un boicot contra los mismos que se inició el día 14 de enero de 1957 y creó un clima impresionante al prolongarse durante más de 15 días con una total unanimidad de la población. A este ambiente de gran agitación vino a sumarse el movimiento universitario que realizó una primera Asamblea Libre de Estudiantes en el Paraninfo de la Universidad de Barcelona el 21 de febrero de 1957, coincidente con una huelga en la Universidad de Madrid. Más de 300 estudiantes catalanes fueron detenidos o sancionados con este motivo<sup>12</sup>.

Los acontecimientos de Barcelona y de Madrid fueron la causa fundamental del cambio de gobierno que tuvo lugar a fines de febrero. El nuevo gobierno se caracterizó por la pérdida de peso específico de los falangistas dentro del mismo<sup>13</sup>, en beneficio de los militares y de los nuevos ministros del Opus Dei que, a partir de



este momento, dirigirán la nueva política económica. En el nuevo gobierno entró también Gual Villalbí (que hemos visto formar parte de la comisión de oligarcas catalanes en 1954) con el cargo « oficial » de ministro sin cartera, pero cuyo nombramiento fue presentado por la prensa barcelonesa como « ministro de Cataluña ». El lobby catalán había logrado introducir uno de sus hombres en el gobierno, aunque en lugar muy secundario.

Recientemente ha sido publicado el documento que José M. Marcet, alcalde franquista del importante centro industrial de Sabadell, envió al gobierno en febrero de 1957, inmediatamente después del boicot a los tranvías de Barcelona<sup>14</sup>. Lo citamos con cierta extensión porque es un buen exponente del estado de espíritu de los elementos franquistas catalanes en esa época y del juicio que les merecía la situación política. Decía así J. M. Marcet: « En los cargos políticos de la Administración española raramente se tropieza con un catalán, ni siquiera en lo sindical cuentan los catalanes entre los jefes nacionales incluso en actividades singularmente radicadas en esta región... Barcelona fue siempre una ciudad laboriosa con vida y alegría; ahora se nota como un ambiente de tristeza y pesadez en todas las clases sociales. El contraste con Madrid, de vuelta de la capital, es enervante.

Abandono de lo municipal; el alcalde, sin popularidad alguna, encerrado en la torre de marfil de su apatía y desgana; suciedad e inactividad urbanística, deficiencia de transporte, malestar y fermento de protesta y desengaño ». Protesta también del estado deplorable de las carreteras, de las dificultades de la industria, de la gravedad del problema de la vivienda, del abandono del puerto de Barcelona, del problema escolar (« más de cincuenta mil niños sin escuela hay en Barcelona y su provincia »), de la actitud de la prensa (« desacertada e hiriente a veces »), etc. Este documento que constituye un auténtico memorial de agravios, terminaba con una exposición del problema político existente: « En Cataluña hay planteado un problema político; no es del pueblo ni de los partidos. Lo crea un ambiente general — éste que ha estallado en el problema de los tranvías —, y sólo puede resolverlo una política empeñada en desvirtuar la sensación de "separatismo desde Madrid", dando a la región la importancia que merece y no permitiendo tratos diferenciales ni su apariencia ».

La valoración que este documento hace de los acontecimientos de Barcelona, interpretándolos como parte del movimiento nacional catalán, adquiere más importancia si se tiene en cuenta que su autor, J. M. Marcet, no perteneció nunca a la burguesía nacionalista. En su juventud militó en las filas mauristas y fue diputado provincial, por primera vez, durante la dictadura de Primo de Rivera; franquista desde 1936, ocupó la alcaldía de Sabadell desde 1940 a 1960.

Los años 50 terminan en Cataluña bajo el signo del des-

contento de todas las capas sociales y de la lucha contra la dictadura. La situación económica no había dejado de deteriorarse y la crisis golpeaba las industrias productoras de artículos de consumo. En 1959, por primera vez desde el fin de la guerra civil, descendió la producción de energía eléctrica. El coste de la vida no había dejado de aumentar: a mediados de 1959 se calculaba que la subida era del 40% en relación con 1956 (último aumento de salarios). El comercio exterior atravesaba una grave crisis, en una época en que la corriente turística aún no revestía las proporciones que se han conocido después y que han permitido saldar con creces el déficit de la balanza comercial. En 1957 las exportaciones cubrían un 65% de las importaciones, y en 1958 sólo se llegó a cubrir un 49%. Cada vez se hacía más urgente la puesta en práctica de una nueva política económica.

Galinsoga. Caricatura de Cattolica.





No es extraño que, en estas condiciones, las capas burguesas se pusiesen también en movimiento. A fines de 1958 las asambleas de fabricantes de la industria textil, celebradas en Cataluña, expresaron su descontento por la situación económica. Al mismo tiempo, el gobierno descubrió una importante fuga de capitales a Suiza (280 millones en dos meses) que constituyó un grave escándalo del que tuvo que hacerse eco la misma prensa franquista. Era evidente que una parte de la burguesía estaba retirando su confianza a la política económica del régimen y que era necesario introducir cambios que liquidasen definitivamente el sistema de la « autarquía ». El mismo mes de diciembre de 1958, el ministro Navarro Rubio anunció la próxima puesta en marcha del Plan de Estabilización.

Las acciones de masas apenas se habían interrumpido. En la primavera de 1958 se produjo una importante huelga de los mineros asturianos. En Barcelona, el PSUC llamó a realizar una jornada de lucha por un aumento de salarios y en solidaridad con los huelguistas de Asturias, para el 25 de marzo. La clase obrera respondió con una huelga que se extendió a la ENASA, Hispano-Olivetti, SEAT, Seda del Prat, Fabra y Coats, Lámparas Z, Maquinista Terrestre y Marítima, el puerto de Barcelona y a otras grandes fábricas metalúrgicas y textiles. Pese a que en esta huelga aparecían elementos no sólo económicos sino políticos (solidaridad con Asturias), los intentos de llevar a la clase obrera a acciones políticas de nivel más elevado que intentaron por entonces los comunistas a escala de toda España, tuvieron muy escasa repercusión en Cataluña (« Jornada de Reconciliación Nacional » el 5 de mayo de 1958) o no la tuvieron en absoluto (« Huelga Nacional Pacífica » el 18 de junio de 1959). No obstante, las organizaciones comunistas de Barcelona realizaron un extraordinario esfuerzo de propaganda en la preparación de esta última acción: probablemente nunca se habían visto tantas octavillas y pasquines antifranquistas como en los días anteriores al 18 de junio de 1959, pero el intento no cuajó. Parece evidente que hubo un error de estimación sobre el nivel político de la conciencia de las masas y las condiciones de organización de las mismas para unas acciones tan ambiciosas que debían extenderse a fecha fija a toda España.

Otro tipo de acciones políticas más modestas, y más concretas que no exigían una acumulación de tensión que hubiera de dispararse a fecha fija, tuvieron mayor éxito: la campaña de la « P » y la campaña contra el director del periódico *La Vanguardia*. Diversas fuerzas políticas, desde los demócratacristianos a los comunistas, desarrollaron de común acuerdo una campaña de protesta en los meses de febrero y marzo de 1959, bajo el lema de la letra P, inicial de la palabra protesta. Durante unas semanas, las paredes de Barcelona se llenaron de letras P, pese a la movilización de la policía que se esforzaba en borrarlas o deformarlas. Las últimas semanas de 1959 y primeras de 1960 vieron de-

sarrollarse una intensa campaña contra Luis de Galin-soga, director del periódico *La Vanguardia*<sup>15</sup>. Circularon miles de octavillas, descendió de manera alarmante la venta de ejemplares del periódico, muchos suscriptores se daban de baja, un número cada vez mayor de empresas comerciales e industriales retiraron sus órdenes de publicidad a *La Vanguardia*. De acuerdo con su táctica acostumbrada, esperaban que más o menos pronto pasaría la tormenta y no habría que ceder a la exigencia popular. Pero la campaña llegó a adquirir tal intensidad, que las autoridades se vieron obligadas a ceder para evitar que la movilización conseguida se plantease otros objetivos más amplios, y Luis de Galin-soga, que aparecía no sólo como un enemigo de Cataluña, sino como un personaje importante del régimen y amigo personal de Franco, fue destituido de su cargo. Este éxito evidenció que el sentimiento nacional catalán había alcanzado ya niveles susceptibles de movilizar políticamente a miles de personas de todas las clases sociales y de mantenerlas en acción durante varias semanas.

En síntesis, se puede decir que en este segundo periodo (1951-1959), el movimiento nacional había extendido considerablemente su base de masas. Al terminar el mismo, se podía estimar completado el esfuerzo de los intelectuales por reconstruir las bases de la cultura nacional catalana y todo parecía dispuesto para un nuevo desarrollo. Siguen faltando los medios de comunicación de masas en catalán, cuestión grave que aísla a los creadores del público y configura el modelo cultural catalán como una extraña estructura sin circuitos de *feed-back*, es decir sin posibilidades de retroacción que informe de los ecos que produce en las masas y de la influencia que en la conciencia popular ejerce todo cuanto se ha logrado ya como creación cultural válida. Otro problema importante en este sector es la carencia de enseñanza en catalán. En el periodo siguiente, múltiples acciones reivindicativas de carácter político se orientarán en ambos sentidos, y algunas iniciativas particulares (la revista *Serra d'Or* y cursos de catalán en diversos centros) vendrán a proporcionar soluciones provisionales para ambos problemas.

Desde el punto de vista de la lucha política, el movimiento nacional ha salido de los estrechos marcos del periodo anterior en que aparecía reducido a la lucha aislada de pequeños núcleos activistas. La gran burguesía, apoyándose en la libertad de movimientos que le permite el franquismo, intenta tomar la dirección del mismo (toma de posición colectiva de noviembre de 1954, reunión de Perelada en octubre de 1955, Gual Vil-lalbí ministro en febrero de 1957). Este « catalanismo franquista » se prosigue en la primera etapa del periodo siguiente, pero su insuficiencia frente a la amplitud que va logrando el sentimiento nacional en el movimiento de masas antifranquista, lo obligará a evolucionar a posiciones que lo harán chocar con los sectores más reaccionarios del franquismo (clausura del



«Omnium Cultural» en diciembre de 1963). Respecto a la extensión del movimiento nacional entre la juventud, es notable el hecho de que todas las organizaciones políticas universitarias, al igual que todas las fuerzas políticas de oposición que actúan en Cataluña, se expresan en catalán en su prensa, boletines, octavillas, etc.

El ambiente de desarrollo del movimiento nacional detectado por los mismos franquistas en torno a acciones de tan vasta amplitud como el boicot a los tranvías de enero de 1957, logra al final del periodo movilizaciones políticas tan amplias y prolongadas como la campaña contra Galinsoga. Es indudable que la lucha de la clase obrera catalana (grandes huelgas de 1951, 1956 y 1958) ha desempeñado un papel determinante en la ruptura del inmovilismo político de la etapa anterior, ha hecho posible que en la lucha antifranquista aparezca el movimiento nacional, y ha abierto el camino para que las reivindicaciones propias del mismo se planteen ya abiertamente en el periodo siguiente.

## 1960 - 1964

El nuevo periodo que se abre hacia 1960 se desarrolla bajo el signo de las nuevas características impresas a la situación política general y al movimiento antifranquista por la nueva coyuntura de desarrollo económico de España.

Los factores determinantes de esta nueva situación hay que buscarlos en los orígenes mismos del régimen. La guerra civil de 1936-1939 resolvió el dilema de si el inevitable impulso al desarrollo económico, cuya necesidad tenía objetivamente planteada la sociedad española, habrían de darlo las fuerzas revolucionarias, por la vía democrática y socialista, o las fuerzas reaccionarias por la vía capitalista-monopolista. Es decir: en 1936 el dilema era si el desarrollo se haría a costa de las clases explotadoras, mediante su expropiación, o a costa de las masas trabajadoras, mediante su explotación intensiva y su aplastamiento político. Ambas eran posibilidades reales. La victoria de Franco permitió que el capital monopolista, mediante el fascismo, realizase la segunda posibilidad.

El instrumento fundamental para ello ha sido el sistema de capitalismo monopolista de Estado que integra y domina toda la economía del país. A partir de la puesta en marcha del Plan de Estabilización (julio de 1959) ese sistema se ha perfeccionado cualitativamente, creciendo su capacidad de control y dirección de la economía, de intervención en el mecanismo de acumulación e inversión del capital, de hacer frente a las crisis cíclicas, etc.

Algunos análisis económicos, hechos desde el punto

de vista de la izquierda, parten de la base de que el sistema de capitalismo monopolista de Estado es una **superestructura** que está en contradicción radical con las estructuras de la economía española. Pero, en realidad, ese sistema es una **estructura económica**. Precisamente es la estructura que adquiere la concentración de la producción y del capital al llegar a un determinado nivel dentro del sistema capitalista. Ese nivel está determinado, ante todo, por el crecimiento de las fuerzas productivas y lo alcanzaron los países capitalistas más desarrollados después de la gran crisis de 1929 y, sobre todo, después de la segunda guerra mundial. En ciertos países donde el capitalismo se desarrolló con retraso, la oligarquía financiera ha utilizado el fascismo para forzar el proceso de transformación de la estructura económica y desembocar en el sistema de capitalismo monopolista de Estado. Así sucedió en Alemania e Italia (países que, como España, no habían conocido una revolución burguesa radical que liquidara previamente las formas de explotación feudal o semi-feudal en la agricultura) y en el Japón.

En España, el sistema de capitalismo monopolista de Estado, establecido por la violencia y mantenido por el terror, procedió durante 20 años a remodelar enteramente la economía y la sociedad españolas, en beneficio de la oligarquía monopolista. Los grandes cambios que ha vivido el país en este periodo (industrialización<sup>16</sup>, gigantescos trasvases de población<sup>17</sup>, enormes alteraciones en la distribución de la población activa por el paso de mano de obra campesina a la industria, con el consiguiente aumento del mercado interior que esto representa, etc.) se han desarrollado sobre la base de una explotación despiadada de la clase obrera y de la expoliación de amplias capas no monopolistas de la ciudad y del campo. Pero el resultado ha sido que, al cabo de 20 años, ha aparecido un país nuevo en el que las contradicciones fundamentales no son ya las que generaron la revolución de los años 30, sino otras. Este desarrollo por la vía monopolista ha **resuelto parcialmente** viejos problemas, ha dejado otros sin resolver y, sobre todo, **ha creado nuevos problemas**, propios de una economía capitalista desarrollada. La clase obrera es por primera vez la clase más numerosa del país (la clase obrera industrial casi ha triplicado en estos 25 años, aumentando — al mismo tiempo — en grado de concentración); la población activa agraria que en 1950 era todavía el 48,64% de la población activa total, había pasado a ser el 38,7% en 1962; nuevas capas burguesas urbanas se han desarrollado a la sombra de las grandes empresas monopolistas, mientras que amplios sectores de la pequeña y media burguesía de los años 30 han sido liquidados por el nuevo desarrollo; han experimentado considerable expansión algunas ramas de los servicios (de los 11 634 000 trabajadores del censo de 1960, 3 260 000 trabajaban en este sector); nuevas capas sociales características de la fase «neocapitalista» (técnicos,



obreros muy calificados, empleados, organizadores de la producción, etc.) adquieren un peso creciente en el aparato productivo y en la organización económica del país.

En líneas generales, las fuerzas políticas de la oposición llegaron a los años 60 sin ver estos cambios\*. El inmovilismo político franquista ocultaba a sus ojos los cambios reales de la estructura socioeconómica, y sus análisis partían de la base errónea de suponer a toda la sociedad tan inmóvil como su superestructura política. La teorización más elaborada de este punto de vista ha sido la realizada por la dirección del Partido Comunista que se refleja en la metáfora, tan empleada en su propaganda, del franquismo como «una losa de plomo» bajo la que, lejos de resolverse ni una sola de las contradicciones de la sociedad española, se han agudizado todas ellas hasta adquirir un carácter explosivo<sup>18</sup>.

Pero este punto de vista que veía una estructura socioeconómica inmóvil bajo el franquismo, ha sido desmentido por los hechos. Los cambios que han hecho desaparecer gran parte de las viejas contradicciones españolas sustituyéndolas por otras nuevas, correspondientes al nuevo modelo social, han hecho que las formas fascistas de poder hayan dejado de ser estrictamente necesarias a las clases dominantes. Durante toda una larga etapa, el capital monopolista no tenía otro medio de asegurar su dominación que con los métodos fascistas, en su forma más terrorista, aprovechando la experiencia del capital monopolista alemán e italiano. Pero a medida que se fue extendiendo y perfeccionando el sistema de capitalismo monopolista de Estado, que se fueron resolviendo parcialmente una serie de problemas estructurales y que se desembocó en la fase de auge económico, la necesidad objetiva de tales métodos fue perdiendo fuerza, e incluso los métodos fascistas empezaron a entrar en colisión con determinadas exigencias del nuevo tipo de desarrollo. Por otra parte, la presión creciente del movimiento obrero y democrático fue haciendo cada vez más difícil, y políticamente contraproducente, la utilización del sistema fascista.

De ahí la progresiva liquidación de las formas fascistas de poder, característica de este último periodo, mientras que — en cambio — el sistema de capitalismo monopolista de Estado no ha dejado de fortalecerse y perfeccionarse. A su vez, el desarrollo económico ha permitido al capital monopolista hacer concesiones de importancia a la lucha reivindicativa de la clase obrera y ha hecho posible un aumento general del nivel de vida que se refleja en el crecimiento ace-

lerado del consumo. Es necesario tener en cuenta todo este proceso para estudiar la evolución del movimiento nacional catalán en el último periodo.

Desde el punto de vista de la cultura catalana, el avance hacia la normalidad realizado en los últimos años es verdaderamente notable. Pese a todas las prohibiciones con las que el régimen sigue limitando el desarrollo cultural catalán (sin escuelas, ni prensa, ni revistas, ni radio) los intelectuales lograron en este periodo empezar a disponer de un medio de comunicación con los lectores mediante la revista mensual **Serra d'Or**, integralmente redacta en catalán. El origen de **Serra d'Or** está en la fusión, en octubre de 1959, de dos pequeños boletines de dos asociaciones católicas. Durante los primeros años de su existencia **Serra d'Or** no podía distribuirse más que por suscripción, y su publicación se amparaba en el artículo del Concordato que autoriza a la Iglesia española a tener publicaciones propias que sólo deben someterse a la censura eclesiástica. **Serra d'Or** que oficialmente aparecía como el portavoz de la Confradía de Nuestra Señora de Montserrat, había llegado a los 12 000 suscriptores en 1964 (cifra insólita en España — y en Europa — tratándose de una revista exclusivamente cultural y literaria). El sumario de todos sus números empezó a ser pronto considerable en extensión e intensidad, debido a su nivel (muy elevado, dada la media española) y a las nutridas colaboraciones que engloban autores de todas las tendencias políticas actuantes en Cataluña. Encuestas sobre temas de la actualidad cultural, intervius a escritores y artistas y la sección con cartas de los lectores, además de las secciones corrientes de ensayo y crítica, han causado un fuerte impacto en un extenso núcleo de lectores y han cubierto parcialmente la anterior carencia de **feed-back** en el modelo cultural catalán, a la que antes hemos hecho referencia.

En 1960 se publica **La Pell de Brau** de Salvador Espriu, y el año siguiente **Vacances pagades** de Pere Quart, los dos libros de poesía catalana más importantes de estos 25 años por su contenido y por su influencia sobre los jóvenes. **La Pell de Brau** contiene una crítica violenta de la actual coyuntura histórica y, al mismo tiempo, una serie de propuestas concretas para el futuro. El autor, en la dedicatoria, decía que es «un libro abierto a la esperanza, a la esperanza de la gente honesta y de la juventud». Desde el punto de vista formal, la poesía elíptica y seca de Espriu termina con las sonoridades simbolistas tan profundamente arraigadas en la poesía catalana. **Vacances pagades**, conjunto de poemas tremendamente amargos pero impregnados de humanismo, revelan una finalidad de moralista («Vull

\* NDLR. Véase en este volumen: Fernando Claudín, **Dos concepciones de «la vía española al socialismo»**.



repetir dites / de mal escoltar») y convierte a Pere Quart (seudónimo de Joan Oliver) en uno de los maestros de las jóvenes generaciones catalanas. Dos años más tarde, en 1963, se publican las **obras poéticas completas** de Espriu y de Pere Quart, de cada una de las cuales se venden 2 000 ejemplares en los primeros seis meses de su publicación.

La situación desastrosa del teatro tradicional, que no comprende que el teatro es una manifestación vital de una sociedad y no sólo artística, queda ejemplificada por la liquidación del viejo teatro Romea (teatro catalán desde 1867). Pero toda una serie de grupos teatrales, formados por jóvenes, empiezan a actuar en el sentido de tratar la sociedad de hoy, con sus problemas y sus inquietudes. La «Escola d'Art Dramàtic Adrià Gual», fundada en 1960, realiza un montaje escénico de **La Pell de Brau** de Espriu que sorprende al revelar la calidad dialéctica, teatral, de estos 44 poemas<sup>19</sup>, presenta a diversos escritores catalanes de la postguerra (M. A. Capmany, R. Salvat, M. Pedrol, J. Brossa), y en 1962 sale al teatro público con **La primera història d'Esther** de Espriu. El grupo «Gil Vicente» (F. Formosa, F. Nel·lo, F. Espinet y otros) desarrolla un combate entusiasta por un teatro catalán inspirado en Brecht. En 1963, la «Agrupació Dramàtica de Barcelona», ya citada, realiza una representación de **L'Opera de quat'sous** (adaptación catalana de Joan Oliver) en el Palacio de la Música, que reviste las características de un gran acontecimiento.

El ensayo, que hasta ahora había atraído poco a los escritores catalanes, empieza a adquirir importancia. En 1962 se publica **Nosaltres els valencians** de Joan Fuster, primera exploración del problema valenciano (región bilingüe desde la reconquista en el siglo XIII) y de sus relaciones con la nacionalidad catalana, que una encuesta realizada por **Serra d'Or** ha calificado como el mejor ensayo catalán en estos 25 años. **Nosaltres els valencians** presenta además la importante característica de abrir una nueva etapa: la de pensar los problemas de la comunidad en términos de futuro. En 1964 se publica el ensayo-reportaje de F. Candel **Els altres catalans**, sobre el problema de la asimilación de los inmigrantes de lengua castellana, que en pocos meses alcanza tres ediciones (9 000 ejemplares), lo cual revela el extraordinario interés que el lector catalán aporta a los problemas más vivos del presente. «Edicions 62» inicia con éxito inmediato la publicaciones de traducciones al catalán de obras extranjeras de política, economía, sociología y Historia, la mayoría de las cuales aún no han sido traducidas al castellano.

El número de traducciones al catalán de obras literarias extranjeras no deja de crecer en estos años. En 1963, cuatro editoriales barcelonesas estrictamente comerciales inician varias colecciones de traducción catalana de novela. Poco a poco va resolviéndose el desequilibrio, ya señalado, propio de una literatura como la catalana, con un nivel de lectura superior al que la pro-

ducción original puede satisfacer. El Día del Libro de 1964 fue comentado por Joan Triadó<sup>20</sup> en estos términos: «...ha habido un cambio notable en el panorama del libro catalán, con unos sesenta títulos nuevos y de toda clase. Desde una monumental traducción en verso de una obra clásica, **Els Lusíades**, hasta Teilhard de Chardin; desde un **Nomenclàtor geogràfic** hasta un estudio sobre el anarquismo, y desde la biografía de Joan Capri hasta un libro de ensayos sobre Picasso...». En el Día del Libro de 1964 apareció por primera vez en la historia del libro catalán una colección de novela policiaca, y en algunas librerías importantes los libros en catalán superaron en la venta a las ediciones en lengua castellana. Hay que destacar la actividad de «Edicions 62» que, bajo la dirección de Max Cahner, J. M. Castellet y J. Molas, está realizando una inteligente labor al poner la cultura catalana al compás del mundo moderno. El número de libros catalanes editados en los últimos años da una idea del ritmo al que está creciendo un nuevo público: en 1960, 196 libros catalanes; en 1962, 272; en 1963, 316.

Pero el fenómeno quizás más interesante de este último período es la aparición del movimiento de la «Nova Cançó Catalana», inteligente aprovechamiento de la canción moderna, uno de los grandes medios de comunicación de masas, como vehículo de la cultura nacional. Los mejores escritores catalanes han escrito los textos de muchas de las nuevas canciones, sobre cuya base ha surgido una pléyade de intérpretes entre las jóvenes generaciones. Un éxito multitudinario ha acompañado su presentación en festivales y las ediciones de discos. Este movimiento presenta la gran originalidad de no tener nada que ver con la canción catalana mal llamada «tradicional», de temática rural e impregnada de elementos folklóricos (no siempre de los mejores) sino que aparece enraizada en la realidad social actual por la radical modernidad de los temas y de la melodía, de un elevado nivel medio literario y musical. El movimiento de la Nova Cançó Catalana ha creado un equivalente catalán de la mejor canción francesa (Georges Brassens, Léo Ferré, Jacques Brel, etc.) y del movimiento actual de la **folk-song** americana (Bob Dylan, Joan Baez, etc.).

El movimiento arrancó de un pequeño grupo de intelectuales, cuyos puntos de vista sobre la canción fueron expuestos por primera vez en algunos artículos de Lluís Serrahima y de Joseph Benet<sup>21</sup>. El 19 de diciembre de 1961 se celebró un acto en el CICF bajo el título «Poesía de la nova cançó» en el que Remel Margarit, Miquel Porter y Josep M. Espinàs cantaron canciones de Pere Quart, J. M. Andreu y del propio Espinàs. Este grupo, que adoptó el nombre de «Els Setze Jutges» y al que pronto se sumaron D. Abella, F. Pi de la Serra y E. Vilaresau, realizó una infatigable labor de difusión y propaganda que, durante el año 1962, llegó a las 40 actuaciones en Barcelona y diversas comarcas catalanas. A ellos se debe el descu-



brimiento de Raimón que se ha convertido posteriormente en la personalidad más importante del movimiento como autor-compositor-intérprete.

En 1962 empezaron a ser corrientes los bailables en catalán y EDIGSA inició la edición de discos. El 24 de agosto de 1963, con el primer Festival de la Nova Cançó Catalana en l'Ametlla del Vallés, el movimiento recibió su confirmación oficial y multitudinaria, y el mes siguiente, su primer triunfo de masas al lograr el primer premio del V Festival de la Canción Mediterránea con una canción catalana (**Se'n va anar**) con música de Borrrell y letra de J. M. Andreu, cantada por Raimón. La venta de la grabación de esta canción en disco alcanzó en pocas semanas la cifra de 50 000 ejemplares.

El éxito de todo este movimiento no ha podido ser frenado por ninguno de los intentos realizados por el régimen (prohibición de canciones catalanas en los sucesivos festivales de la Canción Mediterránea, exclusión de Raimón en la radio y en la televisión, etc.). Pese a todo, Raimón es hoy un ídolo de la juventud catalana y su célebre canción **Diguem no** ha sido coreada por millares de espectadores en todas las ocasiones en que ha sido cantada en público.

La rapidez con que, en muy poco tiempo, esta actividad iniciada por un pequeño grupo de intelectuales se ha convertido en un movimiento de masas, el desarrollo de la literatura y de la cultura catalanas en el último periodo y su orientación, revelan hasta qué punto son importantes los pasos adelante dados por el movimiento nacional.

Desde el punto de vista de la actividad política, el movimiento nacional en el periodo 1960-1964 se puede dividir bastante exactamente en dos mitades separadas por las huelgas de la primavera de 1962, que — comenzadas en las minas de Asturias — se extendieron a toda España. Su repercusión en Cataluña, y la elevación del movimiento nacional a partir de esa fecha, son una nueva prueba de la importancia decisiva que juega el movimiento obrero en la evolución general de España hacia la democracia.

Desde 1959 hasta 1962 hubo muy escasas acciones de la clase obrera y cuando las había tenían un muy marcado carácter defensivo tanto por sus objetivos como por el carácter de las formas de lucha. Ello correspondía a la etapa inmediatamente posterior al Plan de Estabilización que, al cargar el peso de la operación fundamentalmente sobre las masas trabajadoras, creó unas condiciones objetivas desfavorables para el movimiento obrero. Esta etapa es la que registró las cifras más altas de emigración de trabajadores al extranjero. Pero cuando la coyuntura de auge económico subsiguiente empezó a hacerse sensible, el movimiento obrero reemprendió con la gran explosión huelguística de la primavera de 1962. En Cataluña — durante el mes de mayo — se produjeron huelgas, plantés, acciones de trabajo lento o concentraciones de trabajadores en diversas fábricas textiles y metalúrgicas de Vilanova,

Mataró, Cabadell, Tarrasa, Cornellá y Manlleu, en la minas de Berga, Sallent, Suria y Cardona, y en muchas empresas textiles, químicas y metalúrgicas de Barcelona (ENASA, Maquinista Terrestre y Marítima, MACOSA, SEAT, Vulcano, Hispano-Villiers, Hispano-Olivetti, Lámparas Z, OSSA, Aismalibar, Fabra y Coats, Batlló, Seda del Prat y Papelera Española).

Consecuencia de todo este movimiento fue la puesta en marcha por parte del régimen de la **política de liberalización**, anunciada oficialmente después de lo que hay que destacar la entrada en el gobierno de Fraga Iribarne (10 de julio de 1962). La **política de liberalización** es la forma elegida por el régimen para ir realizando lentamente la liquidación de las formas fascistas de poder, a cuyas bases objetivas ya nos hemos referido antes y cuya urgencia fue puesta al orden del día por la lucha de las masas en 1962.

Aparte de la ruptura del bloqueo de salarios conseguida por los huelguistas, el gobierno decretó inmediatamente el aumento del salario base, fueron suprimidos himnos y los gritos fascistas (« las invocaciones de ritual » según la jerga falangista) que acompañaban al diario radiado desde la victoria de Franco en 1939, se dispuso la elección democrática de las juntas directivas de las Cámaras de Comercio, Industria y Navegación, y los ministros y otros portavoces franquistas empezaron a hablar de la necesidad de « reforzar » el carácter representativo de los sindicatos. Más tarde siguieron otras disposiciones en la misma línea (Ley de 5 de diciembre de 1963, creando el Tribunal de Orden Público, por la cual fue disuelto el siniestro Tribunal Militar Especial del coronel Eymar, y, desde entonces los hechos políticos no son juzgados por consejos de guerra, etc.).

En el marco del movimiento nacional, las acciones desarrolladas en la etapa anterior a las huelgas de 1962 fueron una continuación de las que ya hemos reseñado, correspondientes al fin del periodo anterior. La campaña contra Galinsoga, victoriosa en febrero de 1960, tuvo su continuación en los hechos que se desarrollaron poco después en el Palacio de la Música, durante una estancia de Franco en Barcelona<sup>22</sup>. Se celebraba por entonces el centenario del nacimiento de Joan Maragall. Entre los diversos actos, a uno de los cuales asistió el propio Franco como invitado de honor, se organizó un concierto de canciones en el Palacio de la Música que debía terminar con el **Cant de la Senyera** (canto de la bandera), la letra del cual es de Maragall. Aunque la programación había sido previamente aprobada por la censura, unas horas antes de su ejecución los organizadores recibieron la orden de suprimir el **Cant de la Senyera**. Pese a la prohibición, al final del concierto y en presencia de las « jerarquías » locales y de algunos ministros, el público en pie entonó el canto prohibido<sup>23</sup>. La policía intervino violentamente, golpeando a varias personas y practicando diversas detenciones. El escándalo fue mayúsculo pues trajo consigo una



protesta muy amplia contra los malos tratos de que los detenidos fueron víctimas en la Jefatura de Policía (especialmente el doctor Jordi Pujol a quien la policía acusó como principal responsable). El Abad de Montserrat mandó un telegrama indignado al «caudillo», y 400 personalidades catalanas presentaron un escrito de protesta en la Audiencia de Barcelona solicitando que se abriese una investigación contra la policía y que se castigase a los culpables. Tal fue el final de la estancia de Franco en Barcelona y de la tan trabajosamente preparada **operación sonrisa**.

El resto del año 1960, todo el 1961 y el principio de 1962 se caracterizaron por la ausencia de acciones importantes, paralelamente al reflujo ya señalado del movimiento obrero. Pero en esta etapa tiene lugar un nuevo paso dado por la gran burguesía en su pretensión de lograr plataformas para tomar la dirección del movimiento nacional catalán. Nos referimos a la fundación del «Omnium Cultural», sociedad legal cuya finalidad oficialmente declarada era subvencionar toda clase de actividades culturales, publicaciones y ediciones catalanas<sup>24</sup>, pero cuya finalidad real — como se vio enseguida por su actuación inmediata — era ejercer un control sobre la orientación de la cultura catalana e intervenir en la dirección de todas las actividades de este orden. El «Omnium Cultural» se instaló en el viejo e histórico palacio Dalmases de la calle de Montcada, donde el año 1700 había sido fundada la primera Academia de Cataluña, y pronto empezó a extender su poder de decisión, basado en las subvenciones económicas, a los premios literarios y a diversas entidades como la «Agrupació Dramàtica de Barcelona», la «Obra del Ballet Popular», el «Institut d'Estudis Catalans», el «Secretariat d'Orfeons de Catalunya», etc. Esta iniciativa, mucho más audaz que todo cuanto había venido haciendo la gran burguesía catalana desde su recuperación de la actividad política en 1954, resultó **demasiado avanzada** para la lenta marcha de la **liberalización** franquista y — como veremos enseguida — no tardó en chocar con la misma, pese a su carácter de clase y a sus intenciones.

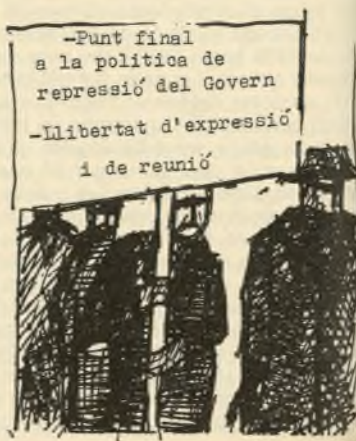
El panorama del movimiento nacional experimentó una rápida activización, en cambio, a partir de la primavera de 1962. El 25 de mayo, en plena oleada huelguística, los intelectuales catalanes publicaron un documento en el que, junto a la protesta por la represión violenta de las huelgas y a la exigencia de una información verídica y completa, reivindicaban «una completa libertad cultural para las diversas minorías nacionales comprendidas dentro del Estado español». El documento llevaba 115 firmas, las más significadas de la intelectualidad catalana.

A continuación, se desarrolló la **Campaña de la Lengua Catalana**. La idea central era reunir el máximo de instancias individuales (las únicas que autoriza la ley franquista) dirigidas al gobierno, pidiendo: **a)** la enseñanza de la lengua catalana en todos los centros de ense-

ñanza públicos y privados; **b)** prensa, radio, televisión y cine en catalán; **c)** funcionamiento en lengua catalana de las corporaciones y entidades que lo deseen. La campaña fue lanzada por un documento con las firmas de 46 personalidades (escritores, profesores, profesionales, industriales, jerarquías de la Iglesia y sacerdotes) a los que inmediatamente se sumaron varios centenares de otros. El «Omnium Cultural» puso su organización y recursos a disposición de la campaña, empezaron a difundirse hojas en multicopista dando cuenta del curso de la misma y copias impresas del modelo único de instancia cuya firma se solicitaba. La campaña fue lanzada el 20 de mayo de 1963, y cuatro meses después el «Omnium Cultural» había recogido cerca de 3000 instancias individuales. Para valorar esta cifra hay que tener en cuenta que se exigía en cada instancia una descripción completa de la identidad de cada firmante, y esto para una reivindicación política opuesta a las normas establecidas por el régimen y soportadas durante 25 años.

En este ambiente se produjeron las declaraciones del Abad de Montserrat Dom Aurell M. Escarré al periódico francés **Le Monde** que lograron una increíble difusión en toda Cataluña. Decenas de miles de octavillas y la prensa clandestina de la oposición las divulgaron inmediatamente y lograron agrupar en torno a ellas a todas las tendencias políticas y al sentimiento popular<sup>25</sup>. La respuesta del régimen no se hizo esperar: inmediatamente se desarrolló la típica campaña de prensa franquista, preparada en el Ministerio de Información, contra el Abad de Montserrat y se pusieron en marcha toda clase de presiones que terminaron

Composición de Ges.





obligando al Abad al exilio. Diversas conferencias pronunciadas en catalán durante aquellas semanas fueron el pretexto para varias multas gubernativas, se prohibió un festival de la canción catalana que debía celebrarse en Villanueva y Geltrú, y la policía se presentó en el local del « Omium Cultural », se incautó de sus archivos y clausuró la entidad.

Pero la acción represiva que levantó mayor indignación popular fue el incendio de « Casal de Montserrat » en la calle dels Arcs, de Barcelona, la madrugada del 22 de diciembre. El « Casal de Montserrat » era la sede del movimiento de scouts católicos de Cataluña conocido con el nombre de « Minyons de Muntanya ». Los incendiarios — que gozaron de la protección de la policía — habían escrito en las paredes del local: « España: una bandera, una patria, una lengua ». Inscripciones análogas aparecieron simultáneamente en varios lugares de Barcelona. Inmediatamente tuvo lugar una movilización popular que organizó una manifestación, el día siguiente del incendio, en la calle dels Arcs y Avenida del Portal del Angel hasta la Plaza de Cataluña. Centenares de personas interrumpieron la circulación y desfilaron gritando « ¡Visca Catalunya! ¡Visca la llibertat! ¡Visca la pau! ». Era la primera vez desde 1939 que tenía lugar una manifestación de calle en Barcelona relacionada con el movimiento nacional.

La segunda tuvo lugar unos meses más tarde, el 11 de septiembre de 1964. La oposición catalana había trabajado intensamente en las semanas anteriores a esa fecha preparando la celebración del 250 aniversario de la pérdida de las libertades catalanas<sup>2</sup>. Habían sido distribuidas grandes cantidades de octavillas y de hojas, no sólo en Barcelona sino en toda Cataluña, textos con la letra de *Els segadors* (himno nacional catalán) e incluso cintas magnetofónicas con el himno grabado habían circulado profusamente. El 11 de septiembre, pese a la presencia de importantes fuerzas de policía, tuvo lugar una manifestación de 2 000 personas en el mismo lugar donde antes estuvo la estatua de Rafael de Casanova.

Al finalizar en 1964 estos 25 años de movimiento nacional en Cataluña, puede considerarse coronado con éxito el esfuerzo por la reconstrucción de la cultura catalana. Este resultado no es un favor otorgado por el régimen, sino una victoria arrancada en dura y larga lucha que demuestra la vitalidad nacional de Cataluña. Pero a esta cultura, hoy salvada, siguen faltándole los instrumentos necesarios a todo desarrollo cultural normal, que son las reivindicaciones por las que sigue luchando hoy el pueblo catalán.

El régimen franquista ha comenzado a organizar dentro del marco de su **política de liberalización** un cierto « catalanismo » domesticado que pueda servir a sus planes. En enero de 1964, con motivo del 25 aniversario de la entrada de las tropas de Franco en Barcelona,

el régimen organizó en la Plaza de Cataluña una grotesca mascarada con barretinas y sardanas y llenó la ciudad con los carteles de los « 25 años de paz », que han conocido todos los españoles, pero que en Cataluña llevaban la inscripción traducida al catalán: « 25 anys de pau ». Casi todos habían sido arrancados, 24 horas más tarde, por las manos del pueblo. Unos meses después, el 22 de abril, Fraga Iribarne pronunció en Barcelona el pregón del Día del Libro y en él la frase « hable usted en cristiano » de los años 40 se había transformado en esta nueva fórmula: « la unidad de la patria no se ve amenazada por el cultivo del idioma vernáculo », pero para añadir enseguida que no puede haber igualdad de derechos entre los idiomas catalán y castellano: el castellano seguirá gozando de un privilegio oficial mientras que el catalán sólo será tolerado — vale la pena de citar liberalmente la cursilería pedestre del Ministro de Información — « ...para solaz de quienes, sin desdeñar la lengua franca, que a todos sirve de poderoso vehículo internacional, quieren enriquecer su espíritu con el paladeo y la mágica recreación cotidiana del venerable idioma de Lluís y Sagarra, de Riba y de Folx, del gran Maragall y del dulce Mosén Jacinto Verdaguer ». He aquí los límites de la **política de liberalización** franquista.

Pero el movimiento nacional no tiene unos objetivos exclusivamente culturales. Estos van consiguiéndose parcialmente, gracias a la lucha de las masas, y no son más que una parte de las legítimas aspiraciones de Cataluña. Los objetivos últimos del movimiento nacional son objetivos políticos y se resumen en el reconocimiento por parte del Estado español del derecho de autodeterminación para Cataluña. El respeto que exigen los catalanes para su cultura, su historia y sus tradiciones, para su personalidad como pueblo, sólo puede encontrar satisfacción en un Estado que se proclame multinacional y democrático. La lucha de hoy consiste en romper las maniobras transformísticas de la **liberalización** para conquistar la democracia.

La experiencia de estos 25 años de lucha ha enseñado al pueblo catalán a identificar, cada vez más conscientemente, libertad nacional para Cataluña y democracia para toda España. Los avances del movimiento nacional catalán son correlativos a la lucha de las masas de toda España por la democracia y, inversamente, cada victoria obtenida por el pueblo catalán en su lucha por las libertades nacionales es un paso adelante de la futura democracia española. Ambos son aliados que sólo juntos podrán vencer en esta larga batalla.

1. Serra d'Or, gener 1963.

2. Cuando A. Cirici Pellicer publicó en 1946 su *Picasso antes de Picasso*, el crítico J. M. Junoy escribió en *La Vanguardia* un artículo titulado « Las huellas del Minotauro » en el que decía que « se empieza elogiando a Picasso y se termina construyendo checas ».



3. Serra d'Or, novembre 1962, p. 36.
4. Con muy escasas excepciones, como la de Joan Brossa que, en 1950, escribió en catalán una «Elegía a Miguel Hernández».
5. «Atorgueu-vos sense defallences, ara i en créixer, de grans i de vells, una almoïna recíproca de perdó i tolerància. Eviteu el màxim crim, el pecat de la guerra entre germans. Penseu que el mirall de la veritat s'esmicolà a l'origen en fragments petitíssims, i cada un dels trossos recull tanmateix una engruna d'autèntica llum».
6. La visita al despacho del Gobernador Civil, Acedo Colunga, fue realizada, entre otros, por Miguel Mateu por el Fomento del Trabajo Nacional, el marqués de Villalonga por el Instituto Agrícola Catalán de S. Isidoro, F. Escales por la Cámara de Comercio y Navegación, R. Par por la Cámara de la Industria, el vizconde de Guell, Gual Villalbí, etc. Pedían publicidad para los proyectos de ley, que las disposiciones fiscales no tuvieran efecto retroactivo, que las restricciones eléctricas no fuesen mayores en Cataluña que en el resto de España (en 1951 sólo hubo restricciones de corriente en Cataluña), construcción de un dique seco para el puerto de Barcelona, electrificación del «ocho catalán», supresión de las intervenciones que trababan la libertad de comercio, etc.
7. F. Escales fue nombrado presidente de la Junta del Puerto, se concedieron nuevos privilegios a la SNIACE (donde tenían fuertes posiciones los oligarcas catalanes), se declararon preferentes «a los efectos del dividendo» las acciones del capital privado del INI (grupo Miguel Mateu), etc.
8. Las primeras traducciones publicadas en 1952 fueron *Mirreia de Mistral*, *El jardiner de Tagore* y *El llibre de la jungla* de Kipling.
9. Joan Fuster, procedente de Sueca (Valencia), donde reside, publica en 1955 *El descrèdit de la realitat* y en 1956 *Les originalitats*.
10. En 1958 F. Formosa ya traduce *L'excepció i la regla* de Brecht y realiza una lectura semi-representada en la Facultad de Letras.
11. Los arquitectos Bohigas, Coderch, Gill, Martorell, Moragas, Pratmarsó, Sostres y Valls, a los que se unirán en 1953 J. A. Balcells, Bassó, Giráldez y Ribas Plera.
12. El movimiento estudiantil antifranquista se había iniciado en la Universidad de Madrid los días 7-9 febrero de 1956, y en la Universidad de Barcelona a fines de octubre del mismo año. La primera huelga de los estudiantes catalanes tuvo lugar los días 5-6 de noviembre de 1956. Los estudiantes enarbolaron una pancarta con la inscripción «Viva la libertad» y gritaron «abajo la dictadura». El gobernador Acedo se presentó en la Universidad acompañado por la policía que practicó varias detenciones. La Universidad se mantuvo cerrada por orden gubernativa hasta el día 13 de noviembre.
13. A principios de año J. L. Arrese había dimitido de su cargo de Ministro Secretario General del Movimiento.
14. J. M. Marcet: *Mi ciudad y yo. Veinte años en una alcaldía. 1940-1960*. Barcelona, 1963.
15. En octubre de 1959, Galinsoga produjo un escándalo en una parroquia de Barcelona en la que el sacerdote pronunciaba un sermón en catalán. Las frases insultantes de Galinsoga contra los catalanes y su lengua fueron divulgadas rápidamente y dieron origen a la campaña.
16. El desarrollo industrial ha sido particularmente intenso en los últimos años: el índice de conjunto de la producción industrial pasó de 100 en 1929 a 338 en 1960, y de 1960 a 1963 la producción aumentó en un 38,5%.
17. Entre 1939 y 1951, 1 600 000 habitantes habían abandonado las regiones rurales para concentrarse en los municipios de

más de 50 000 habitantes. De ellos, más de un millón se concentraron en Madrid, Barcelona y Valencia. Desde 1951 a 1960, Barcelona recibió 450 000 inmigrantes y Madrid 412 000.

18. Según Santiago Carrillo «[Los autores del Plan de Desarrollo] están tratando exactamente los mismos problemas que en la década del 30 pusieron al orden del día la necesidad de una revolución democrática» («¿Liberalización o democracia?», *Nuestra Bandera*, núm. 35, marzo de 1964. El subrayado es del propio SC).

19. F. Valiverú, uno de los mejores poetas jóvenes, ya había escrito al publicarse la obra: «Espru nos presenta con su nuevo libro, el *drama* de Sepharad».

20. Serra d'Or, juny de 1964.

21. El primer artículo fue el de Lluís Serrahima, «Ens calen cançons d'ara», publicado en *Germinabit* en abril de 1959.

22. El viaje de Franco de mayo de 1960, que fue calificado acertadamente de *operación sonrisa*, tenía como objetivo halagar el sentimiento nacional catalán con una serie de discursos, festejos y disposiciones legales sin ninguna trascendencia (cesión del Castillo de Montjuich, promulgación de la Compilación de Derecho Civil Catalán, y aprobación de la Carta Municipal de Barcelona). Estos «favores otorgados» estaban muy lejos de lo que ya entonces eran las reivindicaciones catalanas que aparecían en la calle. Con ello, el régimen intentaba proseguir su política de catalanismo franquista apoyándose en el lobby de la gran burguesía catalana, activo — como hemos visto — desde 1954.

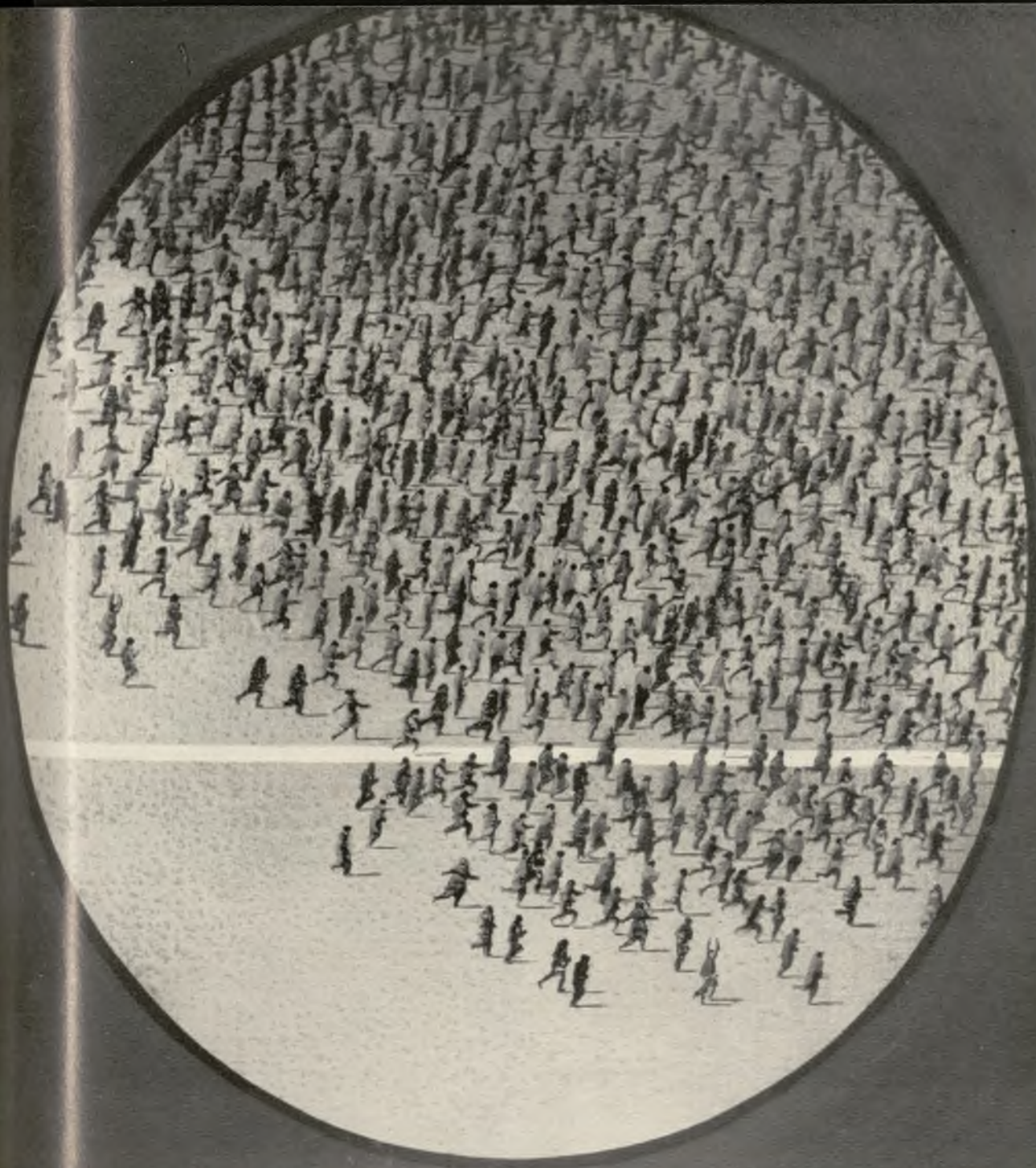
23. La acción había sido bien organizada y con suma rapidez, pues llegaron a repartirse entre los asistentes octavillas con la letra de la canción.

24. La escritura de constitución fue otorgada el 11 de julio de 1961 por un grupo de industriales y financieros catalanes (Lluís Carulla, Joan Cendrós, Félix Millet, P. Riera Sala y Joan Vallvé). La forma legal adoptada, para evitar la rigurosa reglamentación legal de las asociaciones, fue la de una sociedad civil.

25. Estas declaraciones, publicadas en la primera página de *Le Monde* del 14 de noviembre de 1963, hacían referencia a todos los problemas políticos españoles (necesidad de superar la guerra civil, responsabilidad de la Iglesia, libertad, democracia, denuncia del régimen de Franco como «primera subversión que existe en España», problema de los presos políticos, etc.). En relación con el problema nacional catalán, decía: «Cataluña es uno de los ejemplos típicos a los que puede aplicarse la Encíclica en lo referente a las minorías étnicas. El Estado debe favorecer estas minorías y su vida cultural: el régimen impide el desarrollo de la cultura catalana. Utilizando el derecho de petición, reconocido por la ley, yo mismo junto con otras personas escribimos una carta hace unos meses al vicepresidente del gobierno, capitán general Muñoz Grandes, pidiendo entera libertad para la cultura catalana: hasta ahora no hemos recibido ninguna respuesta...». «En gran mayoría los catalanes no somos separatistas. Cataluña es una nación entre las nacionalidades españolas. Tenemos derecho como cualquier otra minoría, a nuestra cultura, a nuestra historia, a nuestras costumbres, que tienen su propia personalidad dentro de España. Somos españoles, no somos castellanos».

26. En 11 de septiembre de 1714. Hasta la entrada de Franco en Barcelona, este aniversario era celebrado cada 11 de septiembre con una concentración en la Ronda de San Pedro frente al monumento del Conseller en Cap Rafael de Casanova, dirigente de la resistencia catalana de 1714. La estatua fue derribada en 1939.





Ayuntamiento de Madrid



ANTONIO LINARES

## La ideología y el sistema de enseñanza en España

En la página anterior:  
Genovés: **La fuga**

## I.

Inte  
par  
a v  
gru  
pas  
esp  
que  
vés  
de  
ran  
dia  
de

Col  
la p  
sól  
Ins  
cio  
cie  
titu  
pro  
exc  
cle  
des

Pe  
un  
lid  
su



# 19 Las ideologías y el sistema de enseñanza en España

ANTONIO LINARES

## I. ¿Por qué hablar de ideologías?

Intelectuales, cuadros, profesionales liberales, son términos cuyos significados se recubren parcialmente sin coincidir. El conjunto de los individuos designados por ellos ha sido llamado a veces «intelligentsia», y no es —en las sociedades mínimamente desarrolladas— sino el grupo de personas que ha recibido una formación o enseñanza superior, es decir, que ha pasado dentro del sistema escolar un número de años que oscila alrededor de dieciséis. La especificidad de la acción social de estos grupos viene dada en buena parte por el hecho de que los modelos de actividad que los caracterizan son adquiridos predominantemente a través del sistema de enseñanza en sus niveles medio y, sobre todo, superior. Esta especial dependencia de los medios escolares, el largo contacto con los ambientes académicos durante las edades de máxima moldeabilidad, la existencia en definitiva de un medio estudiante específico, serán para la «intelligentsia» determinantes de su comportamiento ulterior de tanta o más importancia que el «origen socioeconómico» de sus componentes.

Comprendemos el carácter polémico de esta afirmación, que choca con ciertos mecanicismos vulgares que utilizan la procedencia de clase como principio explicativo universal. No es ésta la ocasión de tratar por extenso el tema; sólo queremos decir aquí que origen socioeconómico, medio estudiante y perspectivas (objetivas y subjetivas) de inserción profesional son tres factores que han de considerarse conjuntamente a la hora de un acercamiento sociológico a los problemas universitarios, y que la importancia relativa de cada uno de ellos depende en cada sociedad concreta de su grado y modalidad de desarrollo social y económico, cristalizados en el papel que las instituciones universitarias juegan en la estructura global. Ninguno de los tres factores debe olvidarse, y hay que reprochar en general a la Sociología «de izquierdas» el prestar una atención casi exclusiva al primero. (Son una excepción notable a esta limitación los trabajos llevados a cabo en Francia por el CERS). De todos modos, es cierto que en España, donde la vida propiamente universitaria es pobre y escasa en comparación a la de los países desarrollados, el factor medio estudiante queda reducido en su intervención a casi el puro papel de marco físico.

Pero la transmisión de los modelos de actividad a que nos hemos referido no se realiza de un modo autónomo, de manera que cada modelo sea autosuficiente en cuanto a su racionalidad. La constelación de técnicas profesionales más cerradamente pragmática no encuentra su sentido último sino dentro del cuadro de referencia de una estructura racional más amplia.



Cualquier profesión, hasta la más tecnocrática —y tal vez éstas más que otras—, supone: 1) una sociedad concreta, con su nivel de desarrollo y sus rapports peculiares entre grupos sociales, que sirve de soporte —de «base»— a la actividad profesional, y 2) una actitud, o si se quiere conciencia —que puede ser inconsciencia—, del profesional cara a la estructura de su profesión y a través de ella, más o menos directamente, cara a la sociedad en que ha de ejercerla. Estos dos supuestos constituyen los aspectos objetivo y subjetivo o vivido del conjunto de relaciones que toda actividad social supone.

El profesional que acepta su profesión **tal y como ésta se da en la sociedad en que vive**, acepta también a su sociedad e, inversamente, es a través de la profesión que con más frecuencia se realiza la toma de posición crítica del profesional respecto a su sociedad.

El ingeniero español que añora las barreras que hasta 1957, e incluso hasta 1964, dificultaban el acceso a las Escuelas Superiores Técnicas, añora, y por lo tanto acepta, la política de castas de esas barreras representaban. El médico español que acepta —o al que aun le parece escasa— la privatización de la Medicina y la miserable dotación de los centros hospitalarios tal como estos dos fenómenos se dan en España, acepta la política de un Estado que se despreocupa de la salud de los ciudadanos, o que sólo se ocupa de ella en la medida en que lo exigen sus necesidades de propaganda. El licenciado en filosofía que acepta las limitaciones puestas al pensamiento por la Escolástica oficial, acepta el papel de fieles intérpretes y dóciles justificadores del desorden establecido que el Estado asigna a los intelectuales españoles. El profesor que acepta los programas infantilizadores, las clases sobrecargadas y la escasez de centros de nuestra Enseñanza Media, acepta el intento de mantener en la minoría de edad mental a la mayor parte de los españoles, y la concepción de la enseñanza exclusivamente como fuente de «mano de obra cualificada» para nuestra industria. El militar que acepta una increíble serie de mitos sobre las glorias y virtudes excepcionales de nuestro Ejército y sobre su papel mesiánico en nuestra historia, acepta una sociedad de rígida jeraquía castrense en la que unos pocos mandan y los demás obedecen, sin que a los primeros se les ocurra preguntarse qué piensan o sienten los segundos ni les pase por la imaginación una duda sobre la legitimidad de tal situación.

Y estas aceptaciones o rechazos no se definen en el universo cerrado y profundo de la conciencia individual. No bastan las reservas mentales para justificar la aceptación objetiva. El rechazo de una situación **social** ha de ser también social para ser efectivamente un rechazo. Todo lo demás es complicidad, por muchos esfuerzos y distinguos que hagamos para salvar nuestra buena conciencia.

Cada modelo de actividad profesional es una práctica que «sirve para algo», y sólo en la medida en que el futuro profesional cree —errónea o acertadamente— que aquello sirve efectivamente para algo, acepta el esfuerzo de aprendizaje que su adquisición supone. Pero este servir para algo no es un «en sí» inherente por esencia a determinadas actividades, sino que es un servir para algo en una determinada comunidad, en una determinada época y por una **serie de razones** que hacen que la comunidad valore como útil o como necesaria la actividad de que se trate. Esta serie de razones forma parte de una visión del mundo, de una imagen que la sociedad se hace de sí misma, más o menos vigente dentro de ella.

Las razones por las que en España la Psicología o la Sociología son materias enseñadas a un nivel científico vergonzoso; las razones por las que a los ingenieros españoles —que eran hasta hace poco los de más años de escolaridad del mundo— no se les enseñan apenas Matemáticas, sino elementales técnicas de cálculo, o por las que desconocen en absoluto los aspectos prácticos de su profesión; en fin, las razones de tantas «peculiaridades» del sistema de enseñanza español no son las «sequías de la postguerra», ni la pobreza de nuestro suelo, ni la indisciplina o la falta de interés por el trabajo del pueblo español. Las **razones** de todo esto constituyen las ideologías de las clases dominantes españolas, en conflicto, como veremos más adelante, dentro del sistema escolar, y las **causas** hay que buscarlas en la estructura social de la que el sistema de enseñanza forma parte.



## Las ideologías presentes

De todo esto se desprende que la racionalidad, el ajuste y en cierto modo la supervivencia de los modelos de actividad social no les viene a éstos sólo de su eficacia dentro del sector específico en el que han de realizarse, sino también del sentido que poseen en un modelo total de la sociedad, y de la racionalidad de ese modelo total mismo. Esto tiene gran importancia, y lo veremos con más detalle más adelante, pero quede dicho desde aquí que el hombre no puede funcionar sin una integración racional de su actividad en una unidad superior que organiza y da sentido a su acción, y **esta unidad racional superior es una ideología**, una concepción más o menos orgánica del mundo, un sistema jerarquizado de conceptos y valores.

De nada vale que los tecnócratas de la Comisaría del Plan de Desarrollo, que acaban de descubrir —¡al fin!— la competencia profesional, prediquen el desprecio y la desconfianza hacia las ideologías; lo que ellos predicán es también una ideología, es también una visión del mundo con toda una metafísica vergonzante implícita, más peligrosa que las metafísicas tradicionales por no presentarse abiertamente como tal.

¿En qué consiste esta metafísica? Creemos que su clave nos la puede dar lo que podríamos describir como «tendencia capitalista a la autonomización de los sectores culturales». Esta autonomización tiende inteligentemente a reducir las contradicciones que pueden surgir entre criterios valorativos pertenecientes a distintos sectores de la vida social o cultural, poniendo a la base misma del estatuto de objetividad científica de todo examen de dichos criterios el postulado de la radical **heterogeneidad ontológica** de los sectores a que se aplican. Expresiones como «los negocios son los negocios», «usted está haciendo filosofía», «a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César», etc., pueden ser, según se las mire, o bien afirmaciones obvias, puras tautologías, o bien una expresión del citado **postulado pluralista**. De este modo, toda contradicción queda reducida, al menos verbalmente, al reconocimiento de una heterogeneidad que radica en «la naturaleza de las cosas» mismas, y con la cual se ha de contar, o a la cual hay que resignarse como si se tratara de un «hecho objetivo» y no de una elaboración cultural; como si todo aquello que hace referencia al hombre y a su vida real no tuviera derecho, precisamente por ello, a una consideración unitaria, por encima de todas las heterogeneidades específicas que, por otra parte, a nadie se le va a ocurrir negar a estas alturas.

Esta necesidad de una interiorización a nivel reflexivo de la sociedad en que se vive y de las modalidades de integración en ella, puede dar lugar a todo el repertorio ideológico, el cual se extiende, por enunciarlo brutalmente, entre los dos polos de la racionalización y la conciencia de clase. La primera consiste en la contrapartida conceptual de ilusiones en las que se percibe un estado social puramente actual si «total», o sólo segmentario si «histórico», sin percibir nunca su carácter de elemento de una estructura a la vez total e histórica; esta elaboración ideológica se realiza hoy principalmente a partir de categorías autonomizadas —por razones de «eficiencia»— de sectores realmente no autónomos de la realidad. El **tipo ideal** que la refleja mejor es el de la tecnocracia que acabamos de describir.



Pero en España tiene todavía un peso relativamente importante otra elaboración ideológica que se realiza a partir de materiales de más «rancio abolengo»; nos referimos al patrimonio ideológico construido a partir de viejos estereotipos tradicionales, arrancados de una Historia cuyo parecido con la ciencia del mismo nombre —si es que tal parecido existe— es pura coincidencia. En esta ideología, la España de hoy y sus problemas son referidos a un marco de categorías en el que acontecimientos de nuestra Historia, más o menos deformados y **aislados de su contexto**, cumplen un papel de explicación, y sobre todo de justificación **mecánica** de la política actual o reciente de nuestras clases dominantes. Así, la unión de Castilla y Aragón bajo los Reyes Católicos se utiliza como estereotipo justificador de las represiones anticatalana o antivasca. El descubrimiento y la conquista de América amparan toda la retórica de una Hispanidad cada vez más vacía de contenido salvo en lo que respecta al común servilismo cara a los Estados Unidos. La política de Carlos I sirvió para cobijar los fuegos de artificio verbales sobre la «voluntad de Imperio» de los primeros años de la postguerra. El autoritarismo y la austeridad de Felipe II han servido de cortina de humo a la represión y al oscurantismo. Los Tercios de Flandes han rendido un buen servicio al mesianismo militar posterior a 1898. La Reconquista, o la guerra de la Independencia han sido la pantalla embellecedora de nuestra Guerra Civil. Y así se podrían seguir citando ejemplos del uso «científico» que nuestros ideólogos más tradicionalistas han hecho de nuestra Historia. Esa Historia de la que se nos ha desposeído a todos los españoles al ser utilizada por sólo algunos de entre nosotros para justificar y «explicar» sus depredaciones.

En cuanto al otro polo del repertorio ideológico, al que de un modo harto esquemático hemos llamado conciencia de clase, el **tipo ideal** que mejor la representa es una conciencia social —total y en cierto modo científica— portadora de una visión histórica —y por lo tanto perpetuamente abierta e inacabada— de la realidad social o, si se quiere y forzando un poco los términos, del mundo, con un repertorio y una jerarquía de valores propios y originales. La falta de este segundo tipo de integración racional deja al hombre desamparado en su necesidad de un cuadro racional de referencia, lanzándolo a una búsqueda de resultados problemáticos en la que agota sus energías, y que favorece todo género de escapismos, o la adhesión más o menos idealista y acrítica a las ideologías de los grupos con suficiente capacidad de proselitismo. Esta es la ventaja inicial de la ideología tecnocrática; pues termina reclutando no sólo a cuantos adhieren a ella conscientemente, sino también a los que, en busca de una imposible asepsia ideológica, refuerzan objetivamente con su actitud negativa, y por lo tanto conservadora, la infraestructura neocapitalista.

Estos diversos tipos de conciencia, más o menos correcta y comprensiva, de su inserción en la totalidad social los adquiere el hombre a través de los mecanismos de socialización, entre los cuales la importancia relativa del sistema de enseñanza varía según los grupos concretos que en una determinada sociedad se quieran observar. En cualquier caso y para cualquier sociedad, parece obvio que la «intelligentsia» es el grupo en la formación de cuya ideología el papel más importante corresponde al sistema escolar. A través de éste le será dada y cobrará coherencia la mayor parte del material conceptual y axiológico que constituirá su visión del mundo, y esta visión del mundo será más unitaria y coherente cuanto mejor organizada administrativa y pedagógicamente esté la institución escolar que la transmite.



## ¿Enseñanza de clase?

Lo que seguirá pretende ser un análisis del sistema de enseñanza español bajo este punto de vista. Pero antes parece imprescindible examinar de cerca, aunque sea de un modo muy breve, el concepto, presente en toda la problemática educacional contemporánea, de **sistema de enseñanza de clase**. Este concepto, íntimamente vinculado al de **democratización de la educación** que examinaremos más adelante, debe ser analizado desde un doble punto de vista. El carácter clasista de un sistema de enseñanza puede deberse a dos de sus aspectos fundamentales: su base social de reclutamiento y el contenido que transmite (entre ambos conviene considerar la orientación de los alumnos hacia las distintas ramas en que el sistema se organiza, así como las diferencias de programación entre las mismas. Aludiremos a estos aspectos al ocuparnos de la democratización). Hay sistemas que son clasistas bajo los dos puntos de vista, y los hay que lo son sólo o predominantemente bajo el segundo.

El primer criterio no necesita grandes explicaciones. Por lo mismo que es el menos decisivo, los países más desarrollados no han tenido demasiados reparos —a veces tienen incluso necesidad, debida a la demanda de educación que se desprende del nivel de desarrollo tecnológico del sistema de producción— en abordar algunos de los problemas que plantea, dejando por supuesto en la obscuridad aquellos otros que lo vinculan estrechamente al segundo criterio, el cual es mucho más « peligroso » y, por ello, raramente tenido en cuenta en los países capitalistas. Según el primer criterio, un sistema de enseñanza es democrático cuando las distintas clases y grupos sociales están representados en él en la misma proporción que en la población activa del país de que se trate.

Para que el sistema de enseñanza español fuera democrático según este concepto, la proporción de hijos de obreros en él debería ser, aproximadamente, del 87%<sup>1</sup> (sin tener en cuenta el mayor índice de natalidad de las familias obreras).

Se desconoce por falta de datos estadísticos la proporción exacta de hijos de obreros en el sistema escolar español; pero si aceptamos la estimación —a nuestro juicio exageradamente optimista— del Ministro de Educación Nacional, éstos representarían un 50% de la población escolar universitaria. Estas cifras se comentan por sí solas; de todos modos, nos parece conveniente insistir en el hecho de que mientras el 87% de la población activa sólo dispone del 5% de las plazas de la enseñanza superior para sus hijos, el 13% restante se reserva el 95% de las mismas.

Como elemento de comparación añadiremos simplemente que en Francia la proporción de hijos de obreros en la enseñanza superior es aproximadamente del 7%, siendo muchísimo menor que en España (aproximadamente del 45%) la proporción que corresponde a los obreros en la población activa<sup>2</sup>. Aun así, y con sobrada razón, nadie con un mínimo de solvencia intelectual considera en Francia democrático el sistema de enseñanza, hasta el punto de que el Plan Fouchet, que no puede calificarse precisamente de revolucionario, se reclama de la democratización del segundo ciclo de la enseñanza secundaria y de la democratización del segundo ciclo de la enseñanza secundaria y de la enseñanza superior como de su más importante objetivo (*L'Education Nationale*, n. 24, 17 de septiembre de 1964).

En cuanto al segundo criterio, en la medida en que toda persona que entra en el aparato del sistema de enseñanza, sea cual sea su procedencia social, los valores que su medio de origen le hubiera inculcado, o el modo de su futura inserción en la sociedad, adhiere a su salida al sistema de valores de las clases o grupos dominantes, en la medida en que esto ocurre puede afirmarse que la enseñanza dispensada es una enseñanza de clase.

Cuando el hijo de un peón de Altos Hornos, que ha llegado a graduarse de ingeniero a costa



de un gigantesco esfuerzo personal y de la enorme comprensión y capacidad de sacrificio de su familia, defiende los privilegios de su nuevo status en nombre de « la mayor responsabilidad que ahora asume » y en nombre del « esfuerzo invertido » —como si cualquier trabajador no « invirtiera » su esfuerzo, y a fondo perdido—, podemos decir que el sistema de enseñanza que le ha permitido promocionar es clasista.

Independientemente de la base demográfica de reclutamiento del sistema educativo, si toda persona que entra en él corre el riesgo de salir marcada por una visión del mundo fundada en los criterios de racionalidad capitalistas, el sistema de enseñanza proporciona una educación clasista.

¿En qué medida ocurre esto en España? Pese a todo, nos parece que no en una medida total gracias, entre otras cosas, a los graves fallos técnicos del sistema de enseñanza. Gracias también a que dicho sistema no está por ahora estructurado ideológicamente según un sistema monolítico de valores. La división existente entre las clases dominantes españolas aparece claramente en el techo ideológico del sistema de enseñanza, que se resiente de ella en detrimento de la coherencia interna del sistema de valores que transmite. A través de esta falta de coherencia —debida a la coexistencia de las que hemos llamado ideologías tecnocrática y tradicionalista— ha podido infiltrarse un cierto escepticismo que ha preservado y preserva al universitario, en un apreciable número de casos, de la total alienación ideológica.

A este propósito no deja de ser aleccionador el hecho de que en España en un determinado momento, la enseñanza de la Historia de la Filosofía en el Bachillerato ha podido ser puesta en cuestión y suprimida porque provocaba en los alumnos el escepticismo (!) (Punto de vista lógico para quienes creen que la Verdad es una —como el Ser—, y descubierta por añadidura en el siglo XIII). En efecto, se da ese escepticismo que la sensibilidad y el desvelo de nuestros responsables de la educación han detectado; el error está en el diagnóstico etiológico, pues su causa no ha de ser buscada ingenuamente en un relativismo metafísico producido por el conocimiento de la Historia de la Filosofía, sino en las contradicciones internas del sistema de valores transmitido por la enseñanza: vocación, desinterés, abnegación, principio de autoridad, etc., junto a moral del beneficio, individualismo feroz, espíritu competitivo, responsabilidad personal, etc.

Esto no quiere decir que no haya que tener en cuenta también como factor generador de escepticismo la enseñanza de lo que en España se hace pasar por Historia de la Filosofía. En efecto, esta materia es enseñada, tanto en el Bachillerato como en la Universidad, como si el mundo de las ideas no tuviese la más mínima relación con este otro mundo en el que vivimos; en el que hay que comer, vestirse, dormir, y esto dentro de un cuadro de relaciones humanas institucionalizadas, con un patrimonio de conceptos y valoraciones indiscutidos, etc., cosas todas ellas de las que —que nosotros sepamos— ningún filósofo se ha visto libre, pero que, según se enseña la Historia de la Filosofía en nuestro país, parecen no haber influido lo más mínimo en las estructuras conceptuales que los mismos filósofos han construido. Esta concepción del mundo del pensamiento como un dominio autónomo, en el que las cosas ocurren **exclusivamente** en nombre de una lógica que le es propia, es la antesala efectivamente del más radical escepticismo. Si las leyes del pensamiento son únicas y ahistóricas (Eternas e Inmutables), y en sus construcciones no influye para nada el mundo « sublunar », la pluralidad de sistema filosóficos que se han sucedido a lo largo de la Historia no puede conducirnos más que a considerar como una ingenuidad —indicio únicamente de la estupidez humana— todo intento de llegar a « la Verdad ». En este sentido sí que puede decirse que la enseñanza, no de la Historia de la Filosofía, sino de lo que bajo esa atiqueta se hace circular en España, es fuente de escepticismo.

En resumen, nos parece que el sistema de enseñanza español es cerradamente clasista por su base social de reclutamiento, y no tan perfectamente clasista como pudiera pensarse (muy a pesar de los grupos sociales dominantes) por la ideología que transmite.



## ... y después ¿qué?

Como consecuencia de esta falta de coherencia ideológica, la «intelligentsia» española se encuentra, al menos a la salida de las instituciones de enseñanza y antes de su inserción definitiva en la sociedad, en una situación ambigua por lo que respecta a sus intereses en un modelo de desarrollo económico-social neocapitalista.

Por una parte, el gran capital industrial y financiero trata de que el personal de alta cualificación identifique sus intereses con los de un modelo de desarrollo que se trata de hacer pesar por el único **racional**; este modelo constituye la infraestructura social de la ideología tecnocrática. Para lograr dicha identificación, se tratan de introducir ciertas reformas en el sistema de enseñanza, cuyo funcionamiento resulta anacrónico para servir a las necesidades del neocapitalismo. Con esas reformas se quieren eliminar definitivamente del sistema los últimos vestigios tradicionalistas, consumando así al nivel superestructural ideológico el proceso —ya bastante avanzando al nivel de la base económica, aunque atrasadísimo al de la superestructura estatal— de liquidación del viejo y anticuado capitalismo agrario español. (Dentro de esta óptica «reformista» hay que entender, a nuestro juicio, la sorprendente audiencia que las reivindicaciones estudiantiles de febrero-abril de 1965 tuvieron en todos los medios de la derecha progresista española). El sistema de enseñanza, en efecto, respondía en su estructura —y en gran parte sigue respondiendo— a un modelo de sociedad preindustrial cada vez más alejado de la realidad actual de España, donde los grandes propietarios agrícolas —soporte de la arcaica ideología tradicionalista— están siendo progresivamente neutralizados y asimilados, a través de la banca y de alianzas matrimoniales, por el capital financiero.

Como tercero en discordia entre estas dos ideologías, una en ascenso —la tecnocrática— y otra en franca decadencia, una tercera corriente hace notar su presencia en el teatro de la lucha ideológica española: es la que trata de hacer ver a intelectuales y cuadros que sus intereses coinciden con los de la clase obrera. En efecto, la izquierda intelectual de todo el mundo, frecuentemente de un modo vago y en nombre de un humanismo no siempre muy definido, pretende identificar sus intereses con los del proletariado. Esta actitud, que merece el respeto y la simpatía debidos a toda búsqueda intelectual sincera, no deja por ello de prestarse a múltiples equívocos, y nos parece que responde, en su vaguedad y en su moralismo, a la peculiar situación de aislamiento casi traumático respecto a la realidad social en que los sistema de enseñanza clasistas de las sociedades capitalistas ponen a los pocos de entre sus miembros que escapan a la total alienación ideológica. En estas sociedades —en que el reclutamiento para la educación superior es clasista, y en que la cultura que dicha educación transmite funciona como una barrera discriminatoria tras la que las élites dominantes se parapetan— los problemas universitarios y los problemas obreros pasan por meridianos radicalmente distintos. Al menos ello es incontestablemente así en España, donde la problemática que se plantea en la Universidad —al nivel de la movilización de masas— es la problemática de una burguesía a la que se priva del ejercicio de «sus libertades». Se puede discutir sobre las posibilidades de una revolución socialista en España; lo que a nuestro juicio es evidente es que si se espera de la Universidad española que marque el ritmo de esa revolución, ésta se convertirá indefectiblemente en una revolución liberal y decimonónica.



No queremos decir con esto que el estudiante español sea radicalmente burgués **por su procedencia de clase**. Queremos decir que **es burgués** porque los **rappports** sociales en que está inserto (dentro de la Universidad y en sus perspectivas de una futura inserción profesional), así como el grado de madurez ideológica desde el que se enfrenta con ellos le llevan a plantearse casi exclusivamente la problemática burguesa de las libertades formales, es decir, de las libertades al nivel prácticamente voluntarista de la superestructura jurídica.

Queda sin embargo la esperanza —hoy por hoy mantenida desde luego en el terreno de los puros posibles— de que por la fisura del escepticismo antes aludido, y sobre la base concreta de sus dificultades de inserción profesional en la sociedad, se realice por parte de la «intelligentsia» española una toma de conciencia socialista, en la cual las libertades democráticas, hoy relegadas a las calendas griegas de una superestructura jurídica que deberá imponerlas desde el Olimpo del «poder legislativo», sean reconocidas como formando parte del proyecto vivo y concreto de cada hombre que no puede «delegarlas» en nadie.

Pero ello no vendrá si al universitario no se le ofrece dentro del modelo socialista un **porvenir objetivo** que le permita adherir a dicho modelo de modos menos vagos y moralizantes que los que predominan en la actualidad.

Dividido entre las dos tendencias —capitalista y «proletaria»— que se lo disputan reclamando su adhesión, el intelectual español duda —al menos mientras es estudiante, y hasta que la «realidad de la vida» no se le impone con la prosaica necesidad de comer cada día **de su trabajo**— sobre hacia qué lado inclinarse. Por una parte, el capitalismo le ofrece a corto plazo, a cambio de su complicidad, un status de **relativo** privilegio dentro del sistema de producción-consumo. En el mismo sentido conspiran las instancias ideológicas que presentan los privilegios de la gran propiedad como asequibles a todos, vehiculadas a través del gran aliado del capitalismo en este terreno que es el sistema de educación, en la medida en que éste presenta como **única concebible** la jerarquía de valores de la civilización capitalista. Pero las diferencias de infraestructura son demasiado obvias, y si bien con frecuencia los universitarios españoles caen en la trampa, no es sino a cambio de una mala conciencia que hay que tener en cuenta a la hora de explicar determinadas actitudes de fanática e histórica intransigencia.

Frente a ello, ¿qué ofrece al intelectual el modelo de desarrollo socialista? A decir verdad, y **desde el nivel de información medio del universitario español**, hay que reconocer que el socialismo le ofrece bien poco más que una escatología vaga, dentro de la cual no se perfilan, o lo hacen apenas, los **modelos de actividad concreta** que le estarían reservados en una sociedad socialista. Es más, a través del marxismo vulgar que circula entre la oposición española, la sociedad socialista, que se pinta como paraíso del **obrero**, y que por este concepto satisface el sentido estético y moral del universitario, no parece tener cabida para el universitario mismo. Los problemas que plantea el papel del trabajo intelectual en una tal sociedad no son abordados de frente y con rigor. En esto la izquierda española, como en gran medida la francesa, no ha sabido aún desembarazarse de la herencia jdanovista, del realismo socialista y, en general, de todo el dogmatismo staliniano que Italia y Cuba, por ejemplo, parecen haber aprendido a superar.



En resumen, creemos que a la izquierda española le ha faltado en absoluto una estrategia universitaria que no sea la pura y simple extrapolación mecanicista de una estrategia general, por lo demás discutible. Esto no era muy grave hasta ahora. Mientras los vestigios del viejo tradicionalismo persistían por todas partes; mientras los «representantes» sindicales eran designados desde las alturas, una estrategia universitaria que se limitase a pedir un sindicalismo estudiantil democrático tenía ciertas perspectivas, y de hecho fue capaz de movilizar a los estudiantes. Pero hoy esto ya no basta. La ideología tecnocrática se reclama de la democracia tanto como la izquierda. Ya no se plantea —al nivel ideológico, por supuesto— el conflicto entre el peculiar fascismo-tradicionalismo español y la democracia, sino entre dos modos de entender a ésta. Frente a los defensores de la democracia formal burguesa hay que poner en pie un programa algo más matizado e inteligente que el de lograr un sindicato democrático.

Hay que tener en cuenta que la «intelligentsia» en una sociedad capitalista está siempre más o menos contaminada por la ideología de la clase dominante y, además, que su posición en el plano del consumo es —al menos psicológicamente y, si se quiere como una alienación más— netamente privilegiada. Frente a la presión de estos dos determinantes concretos y actuales, la fuerza de un modelo «ideal» y lejano, sin que exista la menor conciencia de las mediaciones concretas entre dicho modelo y la realidad actual, no ha de servir para provocar adhesiones fiables. Se lograrán adhesiones, sí, entre universitarios —estudiantes sobre todo— no sometidos aún, gracias precisamente a su origen social, a las presiones del modelo de consumo. Se lograrán adhesiones **morales**, precipitadas identificaciones idealistas con «los intereses del proletariado», que no tienen otro fundamento que la repulsa moral frente a la corrupción y la injusticia demasiado evidentes, y que encontrarán siempre tremendas dificultades para salir eficazmente del plano de las declaraciones de principios. Pero en definitiva, ¿constituyen todos estos fenómenos aislados, por muy numerosos que sean hoy en España —y no lo son tanto— una toma de conciencia social por parte de los trabajadores intelectuales? Creemos que no, y esta opinión viene confirmada por la frecuencia con que son recuperados para las ideologías reaccionarias universitarias que, durante sus años de estudiante, **sintieron** con mayor o menor intensidad inquietud por los «problemas sociales», o que se tuvieron a sí mismos por socialistas, llegando incluso a comprometerse «seriamente» en alguna modalidad de acción de las casi infinitas que el folklore político español ofrece.

Creemos que los trabajadores intelectuales españoles no terminan de verse a sí mismos dentro de nuestra sociedad, es decir, que aparte de la estrecha racionalidad sectorial —que por otra parte no se da siempre, sino sólo en la medida en que se ha incorporado la ideología tecnocrática— no alcanzan a discernir cuál es su posición individual y colectiva dentro de esta totalidad que es España; no terminan de ver definidas sus relaciones con los otros grupos sociales; no llegan a captarse a sí mismos como grupo peculiar, distinto, por ejemplo, del de los grandes propietarios agrícolas, financieros e industriales, y, sobre todo, no adhieren a un sistema de valores propio, es decir, que aunque infraestructuralmente existen netas diferencias entre los titulados técnicos o universitarios de un lado y los financieros e industriales de otro, estas diferencias no han cristalizado al nivel de la visión del mundo.



Pero éste no es, ni mucho menos, un estado definitivo, que se desprenda necesariamente de la condición de intelectual, de universitario o de estudiante. Prueba de ello es la sorda inquietud que se percibe en los medios universitarios, y que ha cristalizado en 1965 en los movimientos reivindicativos a favor de la libertad sindical. La dinámica social de la «intelligentsia» pasa en España por una época de gran actividad, que la impulsa a plantearse las preguntas que pueden hacerla salir del estado de confusión y de indiferenciación social en que hasta ahora se ha visto mantenida. Se acerca el momento en el que al universitario español le será imposible dejar de preguntarse qué intereses y necesidades le son propios y cuáles comunes con los demás grupos de la sociedad española; cuál ha de ser su acción política concreta para lograr la satisfacción de tales intereses y necesidades y, en fin, qué tipo de dinámica global de desarrollo quiere para la sociedad en que ha de vivir, en la que su acción ha de tener lugar.

De la respuesta que los universitarios españoles den a estas preguntas dependerá el papel que la Universidad haya de jugar en el futuro político del país; de esa respuesta dependerá que la Universidad desempeñe el papel de sector de frenaje en el desarrollo social, o que, por el contrario, sea la planta piloto y el centro de reflexión de la futura sociedad española.

Para terminar con esta primera parte, queremos decir que si bien la condición alienada del trabajo intelectual en España justifica en principio su asimilación **teórica** a las otras formas de trabajo y, por lo tanto, la identificación con los intereses de todos los trabajadores, hay que tener en cuenta que la toma de conciencia —o eventualmente la falta de conciencia— de esta alienación pasa en unos u otros tipos de trabajo por mediaciones prácticas absolutamente distintas: mediaciones que contradicen mucho más directamente la estructura social del capitalismo en el caso del trabajador manual que en el del intelectual. De ahí que el potencial revolucionario de aquél sea mucho mayor; de ahí también la necesidad mucho más acuciante para el segundo de llevar la lucha en dos niveles, infraestructural e ideológico, pues si la conciencia de las contradicciones a las que se ve sometido no es tan directamente contestadora de la civilización capitalista, ello se debe precisamente a su mayor impregnación de la ideología justificadora de esta civilización. Por eso nos parece tan importante la respuesta a determinadas preguntas, es decir, el resultado de la lucha al nivel ideológico; pues si bien ideología sin base es pura charlatanería filosófica, la lucha en la base social que se adelanta al ritmo de la elaboración ideológica corre el riesgo de caer en todas las trampas que le tiendan las ideologías concurrentes, y ello más aún cuando, como en el caso de España, la ideología concurrente de más relevancia —la tecnocrática— está cada día implantándose más sólidamente por el procedimiento, clásico ya en el neocapitalismo, de acercarse lo más posible a un cambio recíproco de papeles entre base y superestructura.



## II. El sistema de enseñanza

La socialización, en el sentido total del término y no en el restrictivo en el que muchas veces lo usan los «funcionalistas», es coextensiva de la educación —aunque no cointensiva, ya que abstractamente pueden aislarse de ella las dimensiones psicológicas de la educación—, y es precisamente a través de este proceso que cada individuo adquiere los modelos básicos, o mejor las funciones básicas de actividad social. A esta socialización de base pertenece lo que podríamos llamar el «cuadro categorial» o «techo ideológico» desde y en función del cual se constituye la visión del mundo. A partir de esta plataforma, la mayor parte de la cual es incorporada generalmente de un modo acrítico, quedará determinado, por ejemplo, el campo de validez de los procesos iterativos, o cuáles son los datos «primarios» de la experiencia, junto a multitud de criterios de valoración incorporados a través de la lengua e incluso de las técnicas del cuerpo.

Una parte de este proceso socializador o educativo: la enseñanza, presenta un elevado grado de formalización e institucionalización en las sociedades modernas, dando lugar al sistema escolar. Su importancia en los mecanismos de socialización depende sobre todo del tiempo durante el cual se frecuenten las instituciones escolares, así como de la calidad de éstas. Ahora bien, los universitarios y técnicos son precisamente los que permanecen en dichas instituciones durante una parte más importante de su vida; de ahí que sea en ellos en los que más influye el sistema escolar; en los que deja una huella más profunda. Efectivamente, cuanto más alto es el nivel al que se llega dentro del sistema de enseñanza, más se toman de él los elementos para las elaboraciones ideológicas no sólo en cuanto a su contenido conceptual, sino **sobre todo** en cuanto a los criterios de coherencia, racionalidad, y, en general, de valoración. De ahí que todo intento de estudio de las ideologías de los trabajadores intelectuales deba apoyarse en un estudio del sistema de enseñanza que contribuya a constituirlos en grupo peculiar. El sistema de enseñanza **hace** al trabajador intelectual, dando cuenta de la mayor parte de las diferencias que lo separan de los demás grupos sociales.

Junto a esta influencia de las instituciones escolares existen indudablemente otras, entre las cuales tiene sin duda gran importancia la ejercida por la familia; pero este tema cae fuera de nuestros objetivos actuales y, además, téngase en cuenta que gran parte de las influencias a primera vista atribuibles a la familia pueden y deben reducirse a una influencia del sistema de enseñanza sobre la generación precedente.

Finalmente, tiene una influencia de importancia decisiva la actividad profesional misma, tal como ha de ejercerse realmente en el contexto social dado. En un país como España, en el que las ideologías transmitidas por el sistema de enseñanza no son, como hemos visto, de una absoluta coherencia, el trabajador intelectual puede pasar —y de hecho pasa en la mayor parte de los casos—, al fin de sus estudios y durante los primeros años de su vida profesional, por una etapa de disponibilidad ideológica a lo largo de la cual los materiales conceptuales, y sobre todo axiológicos, recibidos en las precedentes etapas socializadoras son sometidos en su estructura, y a veces en su contenido, a cambios y reajustes más o menos pro-



fundos, que darán lugar a una construcción ideológica de carácter casi siempre definitivo. En efecto, a partir de lo que llevamos dicho sobre las ideologías presentes en el sistema escolar español, puede afirmarse que los miembros de la «intelligentsia» llegan a la vida profesional en uno de los siguientes estados de condicionamiento ideológico:

—O bien definitivamente troquelados según el molde de una de las ideologías oficiales —tecnocrática o tradicionalista.

—O bien en un estado de escepticismo y de carencia ideológicos que los deja totalmente disponibles, caso que, a nuestro juicio, corresponde al de la mayoría.

—O bien ganados por la ideología socialista por razones de índole moral, sentimental o visceral, caso asimilable al anterior a efectos de disponibilidad.

—O bien, finalmente, con una conciencia social arraigada que los adscribe definitivamente al campo socialista.

Creemos que el último caso es el más raro, y que los dos casos intermedios, con ventaja probablemente a favor del primero de ellos, se reparten a la inmensa mayoría de nuestros recién graduados. De ahí que no quepa exagerar la importancia de esa primera fase de la vida profesional aludida, durante la cual los escépticos y los «jóvenes inquietos» van a caer sobre sus posiciones definitivas. Imposible entrar aquí en la problemática que esta fase de incorporación definitiva a la sociedad plantea. Sólo queremos hacer hincapié sobre la necesidad de que se busque la manera, a través de asociaciones profesionales vinculadas al sindicalismo estudiantil, de que la experiencia real de la vida profesional durante esta fase no quede ahogada por el conformismo de los profesionales «situados», sino que sirva de un lado para acrecentar y dar cauce viable al potencial de acción política de los jóvenes profesionales, y de otro, por la conexión con los movimientos estudiantiles, para dar a éstos el contenido y la base de conocimiento empírico de la realidad social, sobre los que pueda estructurarse su política reivindicativa. Con ello ambos sectores, profesionales y estudiantes, saldrían ganando al acrecentar la base social que respaldaría sus reivindicaciones, y al prestarse simbióticamente empuje y caja de resonancia a la hora de imponer las alternativas elaboradas, y conocimiento directo de los verdaderos problemas que cada profesión tiene planteados.

## La función de control ideológico

Como acabamos de decir, junto a la influencia familiar y a la del modo concreto de inserción profesional, el sistema de enseñanza contribuye en gran medida a crear el sujeto social que es el trabajador intelectual, y esto en la medida en que contribuye a diferenciarlo de los demás miembros de la sociedad. ¿Cómo se realiza esta diferenciación? y ¿cómo es vista esta diferenciación por sus protagonistas, al nivel de las ideologías presentes dentro del sistema?, es decir, ¿cuáles son los aspectos subjetivo y objetivo de esta diferenciación que el sistema de enseñanza realiza?

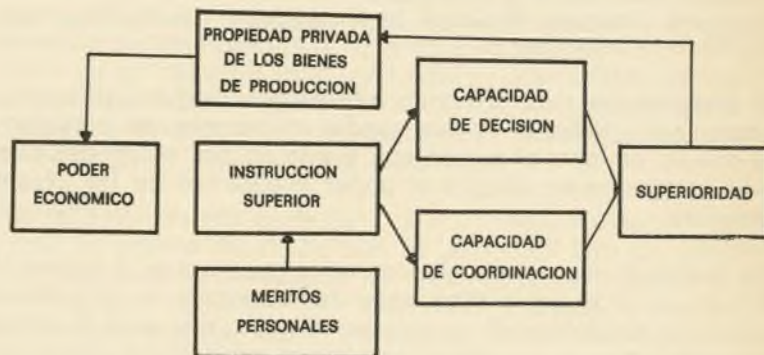


Veamos en primer lugar el aspecto subjetivo. Para exponerlo nos vamos a servir del gráfico 1. En él hemos tratado de representar el papel que el sistema de enseñanza, representado por su resultado —la instrucción—, juega como fuente de justificación dentro de la superestructura jurídica del sistema capitalista, en lo que ésta afecta a la propiedad de los medios de producción.

En efecto, todo el mundo está de acuerdo en admitir que de la propiedad privada de los medios de producción se deriva un cierto poder económico detentado también por personas privadas; pero, por las autonomizaciones ilegítimas a que nos referíamos al hablar de la ideología tecnocrática, este poder económico se cierra sobre sí mismo, sin repercutir en ninguna otra esfera de la vida social. Según estas ideologías, el poder económico es puro y exclusivamente económico; se limita a ejercerse en la gestión de los bienes de producción, y no proporciona a sus detentadores el más mínimo privilegio en las esferas del poder político ni de las posibilidades de acceso a la instrucción superior; y todo ello gracias al maravilloso descubrimiento que constituye la democracia parlamentaria. (En el caso de España no se tratará de la democracia parlamentaria, sino de otra mucho mejor: la democracia orgánica).

Según la misma ideología, sólo el mérito personal permite (o gracias a reformas inminentes está a punto de permitir) el acceso a la instrucción que, en sus niveles superiores, crea las capacidades de decisión y coordinación económicas, capacidades que son los únicos constitutivos de una superioridad que a su vez es la única justificación de la detentación privada de los bienes de producción.

Gráfico 1.



Se trata, pues, de todo un esquema de circulación y renovación de las élites, que cuenta con precedentes de la categoría de Burnham, Schumpeter y Aron, aunque este último excluye expresamente a España del campo de aplicación del modelo. A tal modelo se le puede objetar en primer lugar que la autonomización del poder económico es absolutamente ilegítima; el poder económico no se ejerce sólo en una esfera de gestión técnica de la producción, sino que influye en otras esferas de decisión que se encuentran indisolublemente vincula-



das a aquélla y que, sin dejar de ser económicas, no son de pura gestión, sino de **política económica**.

Así, las posibilidades de investigación en España para un graduado con vocación científica son mínimas. «Conviene citar a este respecto las dolorosas deserciones sufridas con la marcha al extranjero de investigadores ya formados, debido principalmente a las dificultades que han venido encontrando en su trabajo por falta de medios experimentales, más apetecibles para el científico de vocación que la cuantía misma de sus ingresos personales»<sup>1</sup>. Pues bien, las inversiones públicas en este terreno, como en todos, dependen estrechamente del poder económico, y del poder económico de las empresas privadas que utilizan la inversión pública para favorecer sus intereses, como lo prueba el hecho de que el Plan de Desarrollo sólo se preocupe de la investigación científica y técnica, es decir, de la más directamente rentable para la economía privada, y aun esta investigación orientada según unas prioridades de mezquina aplicabilidad inmediata. En efecto, los subsidios a la investigación para el periodo 1964-1967 están condicionados al cumplimiento de los requisitos siguientes:

**Matemáticas:** Formación de grupos de investigación comunes a todos los laboratorios que puedan participar en el Plan de Desarrollo.

**Estadística:** Desarrollo acelerado de la investigación operacional.

**Cibernética:** Creación de investigaciones destinadas a sistematizar la programación y el desarrollo de las actividades del Comisariado del Plan.

**Física:** Magnetismo y Física de sólidos para su aplicación a semiconductores.

**Geofísica:** Localización de aguas subterráneas para el desarrollo de los planes de irrigación.

**Fisicoquímica:** Desarrollo de la química del petróleo; metalurgia ferrosa.

**Geología:** Desarrollo de la prospección.

**Agronomía y Botánica:** Desarrollo de la oleicultura; investigaciones sobre fibras textiles y vegetales; racionalización de la agricultura<sup>2</sup>.

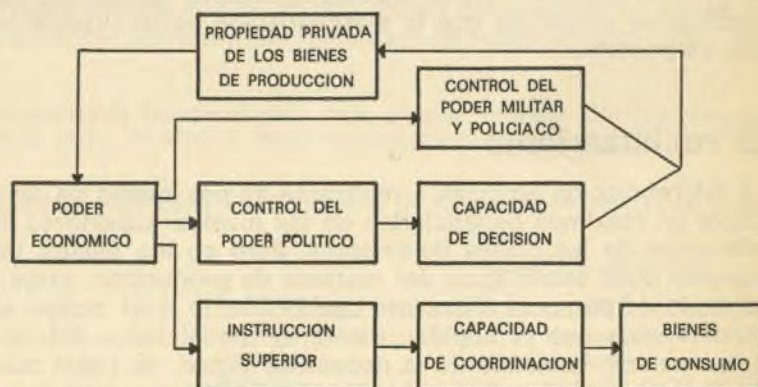
El investigador que no sienta interés por ninguno de estos temas debe saber que le espera seguir trabajando, si es que puede, en las mismas sórdidas condiciones que hasta ahora o, si puede, emigrar al extranjero, y ello no por culpa del destino o porque «la vida es así», sino precisamente porque el poder económico de las clases propietarias impone esas condiciones.

En realidad, nos parece que las relaciones entre la instrucción y la propiedad privada de los bienes de producción está mejor representada en el gráfico 2. La instrucción proporciona en efecto la capacidad de coordinación necesaria para la gestión del sistema de producción, y con ello rinde un excelente servicio al capitalismo; pero esta capacidad no proporciona en modo alguno el acceso a la propiedad de los bienes de producción, sino en el mejor de los casos una posición de cierto privilegio en el sistema de consumo. A la propiedad privada de los bienes de producción —si consideramos las cosas desde el punto de vista de la promoción social, y no individual— no **se llega; se está** en ella, y el **círculo** poder-propiedad se mantiene cerrado —e incluso, por la creciente concentración, su radio va disminuyendo— mediante los controles interpuestos de los poderes político y militar. La propiedad privada de los medios de producción se apoya en el poder económico, el poder económico se apoya en la propiedad privada de los medios de producción: círculo del que sólo se puede salir



rompiéndolo, y que sólo se puede romper controlando los poderes político y militar. La gran polémica interna de la izquierda en todo el mundo enfrenta precisamente a los partidarios de las diversas maneras de llegar a este objetivo. Las distintas soluciones propuestas pueden reducirse en última instancia a dos: la que defiende que **en primer lugar** hay que controlar el poder militar, y la que opina que es posible y preferible **empezar** por controlar el poder político. Probablemente, aunque en distintos lugares y tiempos, las dos tienen razón.

Gráfico 2.



Como residuo pintoresco, en franca pérdida de importancia al lado del esquema de justificación tecnocrático, sobrevive el esquema tradicionalista, que da más importancia como definitorias de la superioridad a notas de un carácter más carismático, desplazando el acento, por ejemplo, hacia una capacidad de decisión ancestral y hereditariamente transmitida, o hacia un derecho «natural» o «divino» a la propiedad heredada de «nuestros mayores», cuando no directamente hacia el derecho de las armas vencedoras.

Hay que tener en cuenta, de todos modos, que los gráficos 1 y 2 no dan cuenta, ni mucho menos, de toda la problemática real. En primer lugar, porque no son más que un esquema ideal de trabajo, sin pretensiones de ajustarse a la realidad en toda la complejidad de su casuística y que nos obliga, por el contrario, a medir en cada momento la distancia que va de ellos a dicha realidad. En segundo lugar, porque, como esquemas «estructuralistas» que son, dejan fuera de sí lo más importante de la dinámica histórica de los fenómenos a los que pretenden aplicarse. En efecto, el sistema de educación se ve tratado en ellos como una «caja negra» de la que sólo nos interesan la entrada y la salida, prescindiéndose de su contenido. Por el simple examen de tales esquemas podría llegarse a la conclusión —errónea— de que para resolver los problemas que el sistema de educación plantea a la sociedad bastaría con que el acceso a la instrucción fuera realmente función sólo de los méritos personales. Pero no es así en modo alguno, y trataremos de ello con más detenimiento al ocuparnos de la democratización de la enseñanza. De momento nos limitaremos a advertir que la flecha, que en nuestro gráfico 2 va del poder económico a la instrucción, no significa sólo



un privilegio de **acceso** a la educación para los que detentan aquél, sino también, y ello es mucho más importante, el monopolio de la **creación de la cultura** que esta educación transmite. Si destruimos el primer privilegio sin atacar el segundo habremos pasado de un sistema clasista grosero a otro más refinado, pero igualmente clasista.

Dejemos aquí el análisis de la función de control ideológico de las instituciones escolares españolas, y pasemos al del proceso real de diferenciación, análisis al que llamamos objetivo no en nombre de una imposible asepsia ideológica, sino por crear que las categorías ideológicas desde las que lo emprendemos están establecidas con el mayor rigor crítico que nos es posible.

## El reclutamiento

La diferenciación empieza a realizarse ya por medio de un reclutamiento selectivo, que convierte en máximos beneficiarios de los niveles superiores de la instrucción a los hijos de los miembros de las clases dominantes. Pero en los países industriales más desarrollados, el elevado nivel tecnológico del sistema de producción exige que se le proporcione una gran cantidad de personal altamente cualificado, lo cual obliga al sistema de enseñanza a unos rendimientos que le impiden mantener modalidades extremas de reclutamiento de casta. En éstos países, haciendo de la necesidad virtud, se habla abundantemente de democratización de la Universidad y de igualdad de oportunidades para todos los jóvenes con aptitud para el estudio. Toda esta charlatanería es un perfecto ejemplo de distorsión a nivel de la ideología del sentido de la realidad y de las verdaderas causas de su dinámica; buena prueba de ello es que nadie en dichos países se ha hecho cuestión de los problemas de democratización de la enseñanza hasta que las necesidades de mano de obra cualificada han comenzado a ser apremiantes.

España es un buen ejemplo en el mismo sentido. Veamos lo que han sido en ella las grandes líneas de la política del Estado en materia de educación a partir de la guerra civil.

Desde el año 1939 en que la guerra termina, hasta el 17 de julio de 1945 en que se establece la enseñanza obligatoria de los 6 a los 12 años, se vive prácticamente sin una legislación escolar. El plazo de seis años que el Estado se toma para promulgar la «revolucionaria» ley del 45 es un índice más que suficiente de su interés por la educación.

Las preocupaciones por estos problemas continúan «latentes» hasta el año 1957 en que el Opus Dei —esa curiosa mezcla de tecnocracia en lo económico e integrismo en la metafísica— llega al poder. Se comienza una política antiinflacionista y de acercamiento a los monopolios internacionales, que plantea la necesidad de una total modernización y racionalización de nuestra economía de acuerdo con los criterios que rigen en el ámbito del neocapitalismo internacional, y, simultáneamente, profundas inquietudes humanísticas comienzan a turbar la conciencia de nuestros dirigentes. En el año 1957 se descubre bruscamente<sup>5</sup> que, sólo para que se queda cumplir la ley vigente sobre escolaridad obligatoria, hace falta construir en España 34 124 aulas (!), y eso calculando a razón de 40 niños por aula, es decir, que por estas fechas 1 364 690 niños comprendidos entre los 6 y los 12 años carecían de la posibilidad material de recibir la instrucción elemental<sup>6</sup>. Vivamente conmovidos por esta situación, que hasta el momento les había pasado desapercibida, nuestros dirigentes se acuerdan de los derechos del hombre (y en particular del derecho a la educación) y lanzan el Plan Nacional de Construcciones Escolares, que prevé la construcción de 25 000 clases en 5 años (¿qué habrá ocurrido con las 9 124 restantes?). Por lo pronto, en el texto del Plan de Desarrollo, aprobado por ley del 28 de diciembre del 1963, es decir, en fechas en las que el citado Plan de Construcciones debería haber logrado ya sus objetivos, se reconoce en la Enseñanza Primaria un



déficit de 27 550 aulas<sup>7</sup>, mientras que en el Plan de Desarrollo se prevé tan sólo la construcción de 14 173. Parece que seguiremos teniendo déficit de aulas en la Enseñanza Primaria durante bastante tiempo.

En el mismo año 1957 se descubre bruscamente también la desastrosa organización de las enseñanzas técnicas, y se legisla una reforma que disminuye y racionaliza las dificultades de ingreso en las Escuelas Superiores Técnicas, contribuyendo con ello, si no a mejorar la calidad de la preparación, al menos a disminuir la duración del período de gestación de los ingenieros españoles.

Vemos, pues, cómo en España, por una curiosa coincidencia histórica, el interés del Estado por los problemas educativos se despierta cuando el sistema de producción capitalista empieza a necesitar mano de obra cualificada. Desde ese momento, como esta necesidad no se satisface de la noche a la mañana y de un plumazo, las medidas de «democratización» han continuado.

Así, en 1961, nace el PIO (Patronato de Igualdad de Oportunidades), cuya creación obedece al súbito descubrimiento de que en nuestro país no existe dicha igualdad, y desde este momento, naturalmente, la enseñanza empieza a «democratizarse».

El cuadro siguiente muestra la distribución de los fondos del PIO durante los tres primeros años de su funcionamiento:

(En millones de pesetas)			
Enseñanza	1961	1962	1963
Primaria	180	438	702,8
Media	398,42	240	396,3
Profesional	—	347	616,8
Superior	21,58	175	284,1
Total	600	1200	2000

Las cifras de esta distribución por niveles de enseñanza, y sobre todo sus índices de crecimiento, pueden decirnos ya algo sobre los supuestos latentes de esta democratización. Efectivamente, del año 62 al 63, las inversiones en todos los niveles de enseñanza han sido proporcionalmente disminuidas salvo en el de la enseñanza profesional, siendo la enseñanza primaria la que más disminución ha experimentado. Ahora bien, toda medida de inversión que se aplique hoy fuera de la enseñanza primaria no hace sino reforzar el privilegio de los privilegiados, pues las otras enseñanzas generales son un feudo de las clases medias y burguesa. En cuanto a las inversiones crecientes en el sector de la enseñanza profesional, su alcance democratizador es prácticamente nulo, ya que esta línea de enseñanza es en realidad un callejón sin salida que no desemboca más que en la formación del personal mínimamente cualificado que nuestra industria necesita, y con una cualificación de baja calidad y estrechamente especializada que incapacita al que la recibe para aspirar a nada que no sea un trabajo manual. La política de inversiones del PIO no hace, puede, sino consagrar la estratificación de clases existente en la sociedad española.

Finalmente, en el año 1964, y para prepararse a hacer frente a las exigencias del «milagro económico español», han sido promulgadas dos nuevas leyes, una de las cuales sobre todo se ha pretendido hacer pasar por una medida tendente a la democratización de la educación. Las dos leyes, «aprobadas» en la misma sesión de las Cortes de 29 de abril de 1964, son la de reforma de las Enseñanzas Técnicas y la de ampliación del período de la escolaridad obligatoria.

La primera apunta, como la anterior reforma de 1957, a aumentar la producción de técnicos y a disminuir o racionalizar el costo de esta producción, aunque de nuevo —nos parece— sin modificar de manera apreciable la calidad de su preparación. Esta ley obedece a un razonable imperativo de realismo. En efecto, la situación en nuestras Escuelas Técnicas Superiores ha contenido durante muchos años una contradicción insostenible. Nuestros ingenieros son de una calidad ínfima (pese al mito tan extendido de su amplísima formación, etc.); pero, por otra parte, eran tal vez los ingenieros con más años de escolaridad del mundo. Hasta la reforma actual, el número de



años transcurrido entre el final del Bachillerato y el fin de una carrera de ingeniería alcanzaba un promedio superior a ocho. Ocho años para formar un ingeniero son muchos, incluso si se trata de un excelente ingeniero de altísima cualificación. Pero es que, además, nuestros Ingenieros distan muchísimo de ser excelentes. Todo lo contrario. Prescindiendo de la aplastante incultura a que los condena un sistema de enseñanza absurdo, y cuyas consecuencias no es este el momento de analizar, su formación técnica es atrasada y deficientísima en lo teórico y absolutamente nula en cuanto al aspecto práctico de su profesión. La ley a que nos referimos no apunta más que a poner de acuerdo el costo con la calidad del producto bajando aquél sin modificar ésta. Ello es bastante fácil de lograr, ya que una gran proporción del costo está representada en años empleados para aprender lo que puede aprenderse en semanas, y en medidas malthusianas aplicadas de todas las formas imaginables. No obstante, las escuelas siguen jugando al **numerus clausus** todo lo que pueden, apoyándose sobre todo en el pretexto de la insuficiencia de sus instalaciones (pretexto que, por otra parte, se apoya en una realidad innegable).

La segunda ley a que hemos aludido es la que amplía el periodo de la escolaridad obligatoria hasta los 15 años. Hay que tener en cuenta que en numerosas regiones de España no se cumplía la anterior legislación, por tratarse de medios rurales en los que no existían escuelas. Ya hemos visto la eficiencia del Plan de Construcciones Escolares de 1957. En 1963, según el Plan de Desarrollo, faltaban 27 550 aulas. Eso quiere decir que 1 102 000 niños no podían cumplir la legislación anterior. En vista de eso, dando muestras de un gran sentido realista, el gobierno amplía el periodo de escolaridad obligatoria. Con ello no se resuelve el problema de los millones de niños sin la instrucción requerida, pero en cambio se tiene una legislación « avanzada », comparable a la de cualquier país desarrollado. ¿Qué importa que dicha legislación no se cumpla? Son tantas las leyes españolas que no son sino papel mojado, que una más apenas si se notará.

Pero hay un aspecto que nos parece importantísimo de la estructura de la enseñanza española, y que ni esta ni ninguna ley rozan para nada. Se trata de la precoz bifurcación de la enseñanza en dos ramas, de las cuales una —el bachillerato— conduce a la Universidad y la otra, indefectiblemente, a la condición de trabajador manual o empleado subalterno. Cada una de estas ramas está destinada a una casta, y la comunicación entre ellas —es decir, la posibilidad de que un escolar que ha finalizado a los catorce años el ciclo completo de la enseñanza primaria en una escuela nacional pueda alguna vez llegar a la Universidad— es nula (aunque formalmente, a través de los Institutos Laborales, existe la « posibilidad metafísica » de acceder a las carreras técnicas, la viabilidad real de este paso no merece ni siquiera el comentario).

Con este brevísimo recorrido de la legislación española en materia de educación durante los años de la postguerra, queríamos tan sólo ilustrar con un ejemplo el modo en que se traducen y deforman al nivel ideológico las realidades que la infraestructura económica impone. Pero la superestructura ideológica tiene ciertos aspectos dinámicos propios que le dan una **relativa** autonomía, la cual le permite actuar, por efecto de retorno, sobre la infraestructura<sup>4</sup>. Este efecto de retorno es el que se produce en países menos desarrollados, a los que la ideología según la cual la democratización de la enseñanza es útil al desarrollo económico llega a través de la confraternidad internacional de los tecnócratas (vía OCDE, UNESCO, etc.), y en los que se da por supuesta esa coincidencia entre el interés económico y los valores humanísticos de la democratización. Esto es lo que puede ocurrir en España, en cierta medida, si los jóvenes tecnócratas del Plan de Desarrollo supervaloran el nivel de desarrollo tecnológico al que los monopolios internacionales van a dejar llegar a nuestra industria, e infravaloran la capacidad demográfica de las capas privilegiadas de nuestra sociedad.

Este género de ideología bien pensante suele ir acompañado de otro bastante similar, según el cual basta el desarrollo económico para asegurar, como derivado necesario, un desarrollo cultural democrático. Ambos puntos de vista suelen ir mezclados en la literatura tecnocrática sobre el tema. Damos a continuación un texto bastante representativo, tomado de **Las necesidades de educación y el desarrollo económico-social de España**. (Madrid, 1963. Ministerio de Educación Nacional - OCDE, p. 14):



« Es innegable que la educación es en sí un bien de consumo desde el punto de vista del individuo, independientemente de su consideración como factor de crecimiento. Sin embargo, en nuestras circunstancias actuales se impone una planificación educacional que tenga perfectamente en cuenta las necesidades de mano de obra cualificada que el desarrollo económico implica. No hay, en realidad, oposición entre este enfoque, que podríamos llamar "económico", y el enfoque puramente "cultural". La condición necesaria para el desarrollo cultural, en un sentido más amplio, es el propio desarrollo económico. Y, si esto es así, constituye una razón más para dejar que sea el ritmo del último el que marque la pauta de la expansión del sistema educativo que, a su vez, permitirá ir cosechando paralelamente los beneficios del desarrollo cultural concomitante ».

En este párrafo tenemos expuesta, con la máxima claridad e ingenuidad, la creencia en la identidad de los intereses económicos del sistema capitalista con los intereses culturales de la sociedad entera. Traduciendo a un lenguaje más directo, las afirmaciones del párrafo citado quieren decir lo siguiente: « Lo que produce los máximos beneficios económicos para el capital es a la vez máximamente beneficioso para el resto de la sociedad, y esto bajo todos los aspectos concebibles, incluido el cultural ». Afirmaciones de este género no parecen necesitar refutación<sup>9</sup>. Diremos tan sólo que, en términos de racionalidad capitalista y salvo que un elevado nivel de desarrollo industrial exija lo contrario, puesto que de lo que se trata es de diferenciar, lo más fácil es elegir a aquellos a los que el medio de procedencia ha diferenciado ya de un modo apreciable.

« Si se razona sólo en términos de costo, puede ser preferible, aunque ello contradiga directamente a la justicia escolar, reclutar a los estudiantes dentro de los sectores sociales cuya cultura es más próxima de la cultura escolar, en vez de buscarlos en los sectores agrícolas y obreros, al precio de esfuerzos pedagógicos mayores, es decir, al precio de una empresa de aculturación sistemática, continua y costosa »<sup>10</sup>.

Las necesidades en cuadros del sistema capitalista español pueden ser perfectamente satisfechas sin que haya prácticamente que ampliar la base social de reclutamiento de la enseñanza superior. De ahí que nos parezca demasiado optimista esperar una democratización de la enseñanza que provenga de la modernización del capitalismo español y su reconversión al neocapitalismo, salvo que se crea que nuestros tecnócratas van a caer a fondo en la trampa ideológica anteriormente aludida —lo cual equivale a creer que como en las películas americanas, los « malos » son siempre tontos—, o salvo que se esté dispuesto a arrancar dicha democratización desde una acción política reivindicativa. Por otra parte, no es absolutamente inconcebible que los tecnócratas españoles caigan efectivamente en la trampa, deslumbrados por el brillo de una ideología que en realidad se les aparece como fruto de la « pura constatación empírica » llevada a cabo por sus colegas —entre admirados y envidiados— de los organismos internacionales o de otros países más desarrollados. Además, es cierto que dichos colegas han comprobado **empíricamente** la necesidad de ampliar la base social del reclutamiento para la enseñanza... en países mucho más industrializados que el nuestro, o en países con más de un 80 % de analfabetos; en los primeros hay que « democratizar » la enseñanza superior, en los segundos la primaria: el elevado nivel tecnológico de los unos y la necesidad de salir del neolítico de los otros lo exigen efectivamente así. Pero España hace tiempo que salió del neolítico y, desgraciadamente, no ha salido aún por lo que hace a su estructura social del siglo XIX. Las necesidades de mano de obra de elevada cualificación son hoy en España, y lo serán durante bastante tiempo aún, bastante modestas; tanto más cuanto que no es de esperar que los capitales extranjeros deseen crear en España empresas que entren en competencia con las de los países de origen. Por ello, por mucho



que los tecnócratas traten de hacer —si es que lo hacen— una política de apertura en materia de reclutamiento para la enseñanza, el poder económico de las empresas privadas, siempre reacio a las inversiones sociales, se encargará de imponer puntos de vista más acordes con sus intereses reales.

Por todo ello, si bien la reivindicación de una asequibilidad de la enseñanza superior a todas las clases proporcionalmente a su participación en la población activa, así formulada, no es directamente revolucionaria —en el sentido de no ser necesario para satisfacerla un cambio esencial de la estructura social—, sin embargo dicha reivindicación supone un obstáculo al desarrollo capitalista en la medida en que contradice a su primer criterio de racionalidad: la maximización del beneficio económico o, en este caso, la minimización del costo; por lo cual puede y debe ser utilizada como mediación para el logro de una estructura socialista.

Ahora bien, no basta con reclamar la democratización de la enseñanza o la « igualdad de oportunidades ». Estas reclamaciones son aún lo suficientemente ambiguas como para que, si se deja la iniciativa de sus modalidades de satisfacción a las clases dominantes, puedan ser reabsorbidas por el sistema capitalista, contribuyendo incluso a su consolidación.

## La democratización

En efecto, la democratización de la enseñanza tiene por lo menos tres niveles que, por orden de obviedad, son los siguientes:

### 1. Democratización económica

Mediante ella se trata de suplir la falta de medios económicos **del estudiante** a través de asignaciones que: a) sean suficientes para cubrir **todos** los gastos originados por el estudio, y b) eventualmente, cubrir incluso el déficit que en el presupuesto familiar puede suponer el que el estudiante deje de percibir un salario. No plantearemos aquí el problema de las modalidades de gestión y atribución de estas asignaciones económicas. Nos limitamos a remitir a los estudios que sobre el tema ha realizado la UNEF en Francia, y nos declaramos de acuerdo con la concepción del sindicato universitario francés en materia de presalario universitario.

Lo que hay que decir de este nivel de democratización es que deja sin resolver multitud de problemas graves. En primer lugar los que supone la orientación precoz hacia ramas de la enseñanza primaria y media sin posibilidades de acceso a la enseñanza superior; a las edades en que esta orientación se lleva a cabo, el determinismo del origen familiar juega al máximo. Además, existe el problema de la eliminación a lo largo del bachillerato de aquellos alumnos incapaces de alcanzar el nivel mínimo de exigencia a causa del hándicap que suponen sus medios sociales de procedencia. Todo ello hace que el reclutamiento selectivo se realice muy tempranamente, de modo que la más amplia política de becas de enseñanza superior concebible no podrá compensar nunca unas exclusiones llevadas a cabo mucho antes de que pueda ser aplicada.



## 2. Democratización en el punto de partida

Este nivel de democratización debe contrarrestar la influencia negativa del medio en cuanto a educabilidad. Habría de ser una diferenciación de la enseñanza según criterios sociales, tendente a nivelar las diferencias debidas al medio social de procedencia, en vez de mantenerlas y consagrarlas como hace la diferenciación actualmente existente. En este sentido cabe proponer, por ejemplo, una primera diferenciación a primera vista imprescindible entre escuelas del campo y de la ciudad, que tienda a contrarrestar las carencias culturales complementarias de ambos medios. No entramos aquí en más detalles sobre las múltiples posibilidades que este nivel de democratización ofrece; pero hay que decir que su logro es condición indispensable para que sea posible el ideal democrático de una misma educación (**al término de la misma**) para todos los miembros de la sociedad, y que no es incompatible —sino, al contrario, su complemento indispensable— con la reivindicación de un «tronco común» por lo menos hasta el fin de la actual escolaridad obligatoria.

Pero este nivel de democratización deja sin tocar otro problema importante al que ya hemos aludido. En efecto, mientras el monopolio de la creación de la cultura que ha de transmitir el sistema de enseñanza quede en manos de la clase dominante, los dos niveles de democratización que llevamos descritos no supondrán más que una gigantesca empresa de aculturación total perfeccionada. Representarían una nueva versión del despotismo ilustrado, en la cual las élites económicamente dominantes definirían **qué es la cultura**; determinarían (como determinan hoy) cuáles son los criterios de exclusión o de inclusión en el patrimonio cultural de las creaciones del espíritu humano y, esto establecido, admitirían generosamente a participar de **su** cultura a todos los «chicos normales» fueran de la clase que fueran y, por supuesto, siempre que manifestaran por dicha cultura el debido respeto e interés.

Pero ninguno de los anteriores niveles de democratización se hace problema del sistema de valores transmitido por el sistema de enseñanza; en ninguno de ellos se tiene en cuenta que, independientemente de la desigualdad de oportunidades de acceso a la cultura, ésta puede ser el producto de una minoría, que no interesa lo más mínimo, o al menos no profundamente, a la totalidad de los miembros de la sociedad. De ahí la necesidad de plantearse el problema de un modo más radical.

## 3. Democratización de la cultura

En primer lugar hay que decir que los objetivos de este tercer nivel de democratización no pueden ni suponerse alcanzados sin un cambio radical de la estructura social en el sentido socialista, y sin la puesta en pie de una serie de instituciones hoy por hoy inexistentes.

Una política de democratización orientada según este nivel tendería a posibilitar un verdadero control social de la cultura —y de los medios de transmitirla, entre ellos el sistema de enseñanza—, y a posibilitar asimismo una participación de todos los miembros de la sociedad en la creación cultural. Requeriría un cuidado constante para evitar que el patrimonio científico, artístico y tecnológico de la sociedad quedara oculto y confundido con las



construcciones ideológicas y estetizantes mediante las cuales las clases dominantes pretenden hoy justificar el hecho de su dominación económica, tratando de hacer ver que ésta no es sino el corolario de una supremacía intelectual. Tendría que ser un esfuerzo colectivo por liberar a la cultura transmitida a todos los niveles de enseñanza de esas adherencias, y conseguir que no fuera sino a la vez reflejo y proyecto de las necesidades e intereses de la sociedad entera. Sólo así cabe esperar que una política de protección escolar beneficie y atraiga a aquellos a los que normalmente va dirigida. De otro modo, por mucho que se amplíe el número de becas, y por mucho que la justicia presida la atribución de las mismas (ambas cosas están, hoy por hoy, lejos de darse en España), los hijos de la clase obrera seguirán ausentes, salvo excepciones, de una Universidad que literalmente no les dice nada.

Para que una empresa así sea posible, es necesaria una política de promoción cultural **colectiva** que ponga al alcance de todo el mundo los instrumentos de control y de creación intelectual indispensables. Ello supone el replanteamiento de las funciones a llenar por las instituciones escolares clásicas, que han de ser descargadas de la mayor parte de sus tareas actuales de transmisión de contenidos concretos de **información** científica para ocuparse preferentemente de la transmisión de las técnicas de adquisición y de creación intelectual. Paralelamente a las instituciones clásicas, modificadas en cuanto a sus funciones en el sentido apuntado, habrá que montar una serie de instituciones de nueva planta capaces de proporcionar la información que hoy proporciona la escuela tradicional, a personas que han adquirido la capacidad de utilizar una biblioteca, un archivo, un centro de documentación bibliográfica, etc. Los alumnos estarán así en condiciones de completar y elevar el nivel de su formación hasta donde su interés personal o las necesidades de su trabajo les inspiren.

Igualmente, esta democratización supone la revisión del papel de los órganos de expresión de la opinión pública, cuyo acceso, si se quiere que el control social de la cultura no sea una pura fórmula vacía de contenido, debe ser fácil a todo el mundo. Sólo así el desarrollo intelectual adquirido a través de unas instituciones escolares remozadas puede tener garantizada la posibilidad del máximo rendimiento que, tanto para el individuo como para la sociedad de que es miembro, radica en la comunicación interhumana.

Nos es imposible entrar aquí en los detalles de una política cultural de este género; pero volveremos sobre el tema en ocasión más propicia.

El problema que se plantea a este nivel de nuestro análisis es el de cómo realizar en España una política de educación, en el sentido de los diversos grados de democratización que acabamos de esbozar, a partir de las posibilidades concretas actuales. La respuesta a esta pregunta debe ser elaborada directamente por los interesados, y los interesados son todos aquellos a los que el actual sistema de enseñanza desatiende en sus necesidades de instrucción, así como aquellos otros a los que «atiende» imponiéndoles un corsé mental, una visión del mundo en flagrante contradicción con sus intereses objetivos de clase para hacerles servir a los de la clase dominante. En resumen, los interesados son todos los españoles de todas las clases; pero muy especialmente los obreros, los pequeños funcionarios y los empleados de bajo nivel de salario, por ser los más perjudicados en el sistema actual.

Los medios institucionales a través de los cuales los interesados han de tratar de imponer sus alternativas al actual sistema dependen del futuro institucional de España, que a su vez



depende en gran parte de la acción política de los mismos interesados. Sin embargo, sea cual sea la evolución política que el futuro nos reserva, una cosa parece evidente: y es el importante papel que, cualquiera que sea el contexto institucional español, ha de desempeñar el sindicalismo universitario en la puesta a punto y aplicación de esta política. Pero las reivindicaciones de un sindicalismo universitario (decimos universitario, y no sólo estudiantil) serán puramente reformistas, y no servirán más que para reforzar el sistema capitalista, mientras no estén orientadas por el rechazo del papel que corresponde al trabajo intelectual en dicho sistema; papel que consiste en aplicar o mejorar las técnicas de realización, y nunca en participar en la determinación de los objetivos.

Mientras el sindicalismo estudiantil se limite a un corporativismo que no hace sino defender los intereses de una profesión **tal y como ésta se da actualmente en nuestra sociedad**, acepta los objetivos de un sistema de producción que pone a la totalidad de los españoles al servicio de los intereses de una minoría de entre ellos, objetivos e intereses que se declaran marco intangible e indiscutible de todo posible diálogo. Y no nos engañemos en esto: consiste el sindicalismo democrático para muchos de los universitarios que lo han reclamado y lo reclaman incluso en la calle y con riesgo de su integridad física. Pero un sindicato profesional —universitario o no— al que se niegue el derecho de discutir a qué intereses en definitiva han de servir sus miembros, y a través de ello, indirecta pero indefectiblemente, la estructura misma de la sociedad, ni es democrático, ni vale la pena —**salvo por razones tácticas**— que se malgaste en su consecución la capacidad de acción de los estudiantes más politizados. Ello no quiere decir que, al menos con carácter transitorio y por las razones tácticas aludidas, no haya que admitir un sindicato de ese tipo; pero habrá de vérselo siempre como etapa, y deberá intentarse por todos los medios, **desde dentro de él** si es posible, darle un contenido de más largo alcance\*.

## La función de troquel

Hemos hablado del reclutamiento, primera de las funciones mediante las cuales el sistema de enseñanza diferencia a la «intelligentsia» de los demás grupos sociales. Ello nos ha llevado a hablar de la democratización de la educación, tema que sobrepasa con mucho el campo de problemas que plantea el reclutamiento para entrar, sobre todo, en el de la segunda función diferenciadora que vamos a estudiar a continuación.

La segunda función mediante la cual el sistema de enseñanza diferencia «sus productos» es la que podríamos llamar «función de troquel», y nos parece con gran diferencia la más importante. También es la más sutil, y la más difícil de describir por quienes, al fin y al cabo, somos un producto del sistema mismo.

Esta función consiste en proporcionar un repertorio jerarquizado de valores, en forma generalmente implícita, que se traducirá en la práctica por un sistema de prioridades. Resulta

---

\* NDLR. Véase en este volumen: Angel Bernal, *Las paradojas del movimiento universitario*.



extremadamente difícil, para los que hemos sido formados en un determinado sistema de enseñanza, tomar conciencia clara de cuáles son los valores estratégicamente importantes que se nos han transmitido a través de él, pues, generalmente, esta transmisión se realiza a través de y mezclada con descripciones de la realidad con pretensiones, más o menos justificadas, de total objetividad y validez científica. La crítica de las categorías ideológicas así incorporadas es un quehacer difícil e inacabable, consistente en salir del mundo de las ideas —y de las ideas acríticamente recibidas, que ponen en primer término el problema de su detección, de la determinación de su existencia misma— para examinar la validez de dichas ideas. Esta salida desmistificadora del mundo de las ideas para contrastarlas, la realizamos en dirección a un marco de referencia social concreto: la sociedad española históricamente dada; sin excluir su pasado, pero sin limitarnos a él; sin prescindir de los diversos proyectos que los distintos grupos de españoles tiene para el futuro, pero sin dejarnos atar por ninguno de ellos y procurando no caer en utopías, no por bellas y moralmente reconfortantes menos peligros como esquema orientador de una acción política.

Desde luego, no es nuestra intención la de hacer una descripción completa y acabada de los sistemas de valores que se transmiten en el sistema de enseñanza español. Es esa una tarea que requiere una plataforma de investigaciones previas de la que carecemos; carencia desgraciadamente difícil de colmar en España, donde toda investigación que roce la realidad social tropieza con obstáculos nada fáciles de superar. Lo que intentaremos es describir en general los modos en que esa transmisión se lleva a cabo, y hacer una primera aproximación al método que permitiría a nuestro entender realizar un estudio más completo.

La realidad es que los elementos esenciales del sistema de valores vigente en una sociedad, los que podríamos llamar los valores clave y un esbozo de su ordenación jerárquica, no esperan para ser transmitidos a que sus destinatarios hayan alcanzado la edad escolar y, mucho menos, a que lleguen a la Universidad. La transmisión de este núcleo esencial se realiza a través de una primera fase de la educación que podría describirse como la de incorporación de los instrumentos mentales básicos de integración social primaria, que comprenden el lenguaje, las reglas culturales de cortesía, ciertos hábitos corporales, etc., más las funciones elementales de integración al grupo familiar, que han de constituir el primer entrenamiento para la integración progresiva a grupos más complejos, y que comprenden entre otras la capacidad de diálogo, la capacidad de acción conjunta dentro de grupos primarios, el reconocimiento de los intereses del grupo, el sentido específico de la jerarquía, etc.

Pero dada la complejidad creciente de la sociedad industrial, estos instrumentos de socialización tradicionales no son suficientes. El proceso de producción capitalista tiene necesidades cada día crecientes, a satisfacer las cuales no basta con que la mayor parte de los ciudadanos admitan su racionalidad como la única racionalidad posible. Es necesario hacerles entrar en el juego de un consumo cada vez más diferenciado y con mayor predominio de lo inútil; es necesario, en primer lugar, imponerles un ethos de consumidor; en segundo lugar, hay que ir constantemente especificando hacia que tipo concreto de productos ha de orientarse el afán de consumo, y finalmente hay que crear las vías de evasión por las que escapen los deseos insatisfechos por el sistema. Crear estos nuevos «varones de deseos», a los que se satisface sólo en una parte de los mismos, proporcionándoles una droga que



adormezca convenientemente la parte no satisfecha, y esto según pautas constantemente cambiantes y, por lo tanto, no reductibles a un esquema formal fijo susceptible de ser confiado a la enseñanza académica, es una tarea para la que, dadas las limitaciones del sistema escolar, sobre todo su falta de rentabilidad económica a corto plazo, y su incapacidad de adaptarse a unos criterios de condicionamiento en constante y rápido cambio, ha habido que arbitrar nuevos procedimientos, los más importantes de los cuales nos parecen la cultura de masas y la publicidad.

La cultura de masas es la vía por la que se está intentando —aprovechando el flanco que presenta la necesidad de ocio— que el sistema de valores propio de la clase dominante sea incorporado, a los nuevos niveles de precisión requeridos —en cualquier caso muy bajos—, por las demás clases. Más que una cultura **de** masas, debería llamársela cultura **para** masas; puen no está compuesta sino por los subproductos de la cultura de la élite, de la que se ha tenido buen cuidado de suprimir todo elemento liberador del espíritu para dejarla reducida a un esquema formal, dentro del cual se vierte todo aquello que pueda sensibilizar e incitar al consumo del «bienestar» capitalista, así como todo género de drogas y parches que adormezcan la percepción de las carencias bien reales de nuestra civilización.

Se trata por lo tanto de un sistema de alienación y desclasamiento. Hay que hacer entrar, bajo modalidades peculiares, la racionalidad capitalista en todas las cabezas, y en el terreno así genéricamente preparado la publicidad cumple un cometido de especificación continua y cambiante, que mantendrá siempre la orientación del consumidor dirigida al norte del interés capitalista del momento.

El sistema de enseñanza, sobre todo en sus niveles superiores, tiene por objeto la formación de las élites que habrán de tomar y coordinar las decisiones necesarias para el desarrollo de la sociedad. Tomar y coordinar las decisiones y ejecutarlas es el dualismo introducido en el trabajo por el sistema de producción capitalista y, no hay por qué negarlo, por alguno de los intentos históricos de organizar la sociedad según el modelo socialista. En estas condiciones, el trabajo humano se da dentro de un marco de objetivos fijados de una vez para siempre, objetivos que en el sistema capitalista son lisa y llanamente obtener los mayores beneficios posibles para el capital privado, y que no son seriamente puestos en cuestión en ningún momento por los defensores del sistema, sino que constituyen lo que hemos llamado «techo ideológico» acríticamente incorporado al patrimonio cultural de la comunidad, o lo que los ideólogos del neocapitalismo llaman «nivel mínimo de consenso» necesario para la «buena marcha» del sistema democrático. Lo malo es que, como casi siempre, los ideólogos del neocapitalismo olvidan en sus análisis la dimensión histórica de los fenómenos que estudian. Que para la coexistencia humana dentro de una sociedad es necesario, efectivamente, un cierto «consensus» nadie va a negarlo ahora. Pero ese «consensus», para serlo realmente y no sólo al nivel abstracto de puras fórmulas jurídicas, ha de ser un consensus establecido desde la base social, y no impuesto a ella como herencia histórica de un pasado en el que la fuerza y la injusticia de los menos lo impuso a la pasividad de los más. El consensus no se decreta ni se impone, sino que se crea en un proceso lento de institucionalización de abajo a arriba, del que la Cuba de hoy nos parece el ejemplo más aproximado. Sólo cuando la base social controla realmente las instancias ideológicas en las que «consiente», a



través de un sistema institucional que ha surgido verdaderamente de la acción de esa base, se puede comenzar a hablar de colaboración de las clases; mientras no sea así, las relaciones entre clases serán relaciones de lucha.

Dentro del modelo dualista del desarrollo capitalista —dualista en cuanto a la división del trabajo, no en cuanto a la estructura social ni, mucho menos, en cuanto a las superestructuras institucionales—, en el que una parte minoritaria de la población toma las decisiones que los demás no tendrán sino que acatar, a esta minoría le está reservada la exclusiva del papel activo de decisión-coordinación. Pero para desempeñar este papel no basta con la incorporación sumaria, sectorial y a veces casi irracional de los valores vigentes tal como lo hacen los sectores sociales que no han de ser sino disciplinados ejecutores y dóciles consumidores. Para que las élites puedan desempeñar con eficacia sus funciones de coordinación al servicio de los objetivos en cuya determinación, como hemos visto, tampoco ellas intervienen o lo hacen mínimamente, es necesario que crean en sí mismas y en su misión (en sí mismas como tecnocracia, y en su misión como en la de aportar la Racionalidad al sistema de producción), y para ello es necesario que el sistema de valores se integre racionalmente en una visión **total** del mundo que lo ponga a cubierto de los posibles choques con la realidad en la imprevisible variedad de situaciones en que las élites habrán de enfrentarse a ella. Esta tarea de integración racional es específica de las instituciones escolares, y es el modo más eficaz de diferenciar a los miembros de la élite de cuadros de una nación es o al menos **debe** ser, un hombre « formado; lo cual quiere decir que debe estar en disposición de explicar **en función del sistema de valores que se le ha inculcado** cuantos conflictos puedan surgir, al hilo de su actividad social como miembro de la élite, entre dicho sistema de valores y la realidad. Esta « explicación » consistirá, en última instancia, en remitirse a lo que más arriba hemos llamado « postulado de heterogeneidad ontológica », bajo la forma, menos declaradamente metafísica, de estratégicas autonomizaciones de los sectores culturales pertinentes.

En España, se tratan de explicar cuantas realidades puedan encontrarse en el mundo de manera que no entren en contradicción con los valores clave de las clases dominantes. Para ello, se empieza por ocultar aquellas realidades que ni el más cínico y capaz de nuestros ideólogos de alquiler sería capaz de explicar. Así, por exigencias de la coherencia ideológica de nuestras clases dominantes, España es mantenida al margen de las corrientes mundiales de información no sólo política, sino también científica. Ya puestos en esta línea, si las necesidades de coherencia formal lo imponen, se miente, se engaña y se calumnia cínica y descaradamente: un estudiante que protesta de la ineptitud de un profesor es un peligroso agitador comunista; un obrero en huelga para defender su salario es un terrorista largamente entrenado en la « escuela de Toulouse »; un profesor que defiende a sus alumnos de las arbitrariedades de la policía, de la desvergüenza de sus colegas o de las ingerencias del poder político en materias culturales es un corruptor de la juventud, y se escarbará ansiosamente en su vida privada en busca de la más mínima infracción de la hipócrita moral oficial; se le hará imposible el desempeño decoroso de su misión docente y de investigación y se tratará por todos los medios, legales o ilegales, de anularlo como intelectual. ¿Para qué seguir? Pensando en estas cuestiones, el más equilibrado siente envenenarse la sangre, y este análisis no quiere ser un panfleto, lo cual no quiere decir que pretenda ser



« ecléctico » o « imparcial »; ante situaciones como la española, la imparcialidad es cobardía u oligofrenia.

Las dificultades para los ideólogos oficiales comienza cuando los conflictos ideológicos existentes entre las clases dominantes son de la suficiente envergadura como para repercutir en la vida académica. Dichos conflictos ideológicos darán entonces lugar a una falta de la suficiente coherencia racional, lo cual a su vez puede causar un cierto escepticismo en los destinatarios de la enseñanza —escepticismo que es más bien disponibilidad ideológica— y al que aludíamos más arriba como operando favorablemente cara a una posible toma de conciencia de los cuadros españoles.

Para realizar un análisis a fondo de los sistemas de valores que coexisten y se enfrentan dentro de nuestro sistema escolar, es preciso llevar a cabo estudios detallados sobre el contenido de programas, textos y exposiciones magistrales; es necesario poner claramente de relieve cuáles son los criterios de éxito escolar, los tipos de relación que se establecen entre profesores y alumnos según que se adscriban a una u otra tendencia, así como las relaciones que se dan entre los alumnos entre sí; es igualmente preciso ver qué técnicas de trabajo intelectual son enseñadas y cuáles no; ver cuál es la procedencia social de los profesores, y cuáles sus eventuales implicaciones en grupos extrauniversitarios económicos, políticos, confesionales, etc. Se trata en suma de un trabajo de investigación complicado, a realizar por un equipo de sociólogos, pedagogos y profesores de las distintas materias y niveles, y que, dadas las dificultades financieras y de todo género —especialmente políticas— que este tipo de investigaciones encuentra en España, tal vez no se haga en mucho tiempo.

De todos modos, se puede intentar dar una serie de pares opuestos de valores, cada uno de los cuales corresponde a una de las ideologías presentes y que, para entendernos, llamaremos tradicionalista y tecnocrática. Esta enumeración no pretende ser ni sistemática ni exhaustiva, requiriendo cada uno de los valores y de los pares en oposición en ella contenidos un detenido análisis antes de ser retenidos definitivamente.

#### **Ideología « TRADICIONALISTA »**

**Vocación.** Entendida como una misión dada a priori a cada individuo.

**Desinterés.** Que se manifiesta en: 1) Afán de saber por puro « amor a la verdad ». 2) Abnegación y desinterés en el ejercicio de la profesión. 3) Desinterés en las relaciones humanas « inter pares »: fraternidad, compañerismo, etc.

**Conformidad con el « status » social.**

**Universalismo.** Amor al saber universal.

**Sumisión.** Validez de los argumentos de autoridad.

**Paternalismo.**

**Metafísica confesada.**

**Nacionalismo.**

**Politización ultra.**

#### **Ideología « TECNOCRÁTICA »**

**Salidas.** Las facilidades de colocación y los criterios de rentabilidad social priman en la elección de profesión.

**Mercantilización.** Manifestada en: 1) Búsqueda de la rentabilidad de los conocimientos. 2) Búsqueda del trabajo mejor remunerado. 3) Espíritu de competición individualista.

**Promocionismo individualista.**

**Especialización.**

**Colaboración.** Falso socratismo.

**No-dirigismo.**

**Neopositivismo.** Metafísica vergonzante.

**Europelismo.**

**Apoliticismo,** como pretensión, naturalmente.



La oposición entre estos pares de valores no se realiza por igual en todos los niveles de enseñanza ni en todas las ramas de la misma. Diversos factores pueden contribuir a esta diferencia, y estudios posteriores deberán mostrar la pertinencia de los que vamos a enumerar a continuación o, eventualmente, la existencia de otros distintos.

En efecto, la oposición dentro del sistema de enseñanza entre los valores tradicionales y los del liberalismo neocapitalista puede realizarse de tres formas distintas: 1) Por coexistencia de ambos dentro de la institución escolar, 2) Por predominio de uno de ambos sistemas, generalmente el más tradicionalista, y presencia del otro solamente en el horizonte de parte de los alumnos informando sus aspiraciones. 3) Finalmente, el conflicto puede no plantearse propiamente dentro del sistema de enseñanza, sino oponer el sistema de valores tradicional que predomina sin discusión dentro de las aulas al que se impone en la vida de trabajo a que la formación adquirida conduce. La presencia de uno u otro de estos tipos de conflicto depende fundamentalmente del nivel de enseñanza (primaria, media, superior) de la clase de ésta (laboral, general, ciencias, letras, técnica); del carácter de pública o privada, y dentro de esta última de que sea religiosa o laica; finalmente, la componente geográfica tiene también una gran influencia. Cada clase de conflicto da lugar a consecuencias distintas que, en esquema, pueden reducirse a las siguientes: 1) Enfrentamiento dentro del sistema escolar de ambas tendencias, teniendo las dos clientela entre profesores y alumnos (caso de la mayor parte de las Facultades universitarias españolas, sobre todo de Madrid y Barcelona). 2) Enfrentamiento de los profesores con los alumnos, formando bloques de **status** y posibilidades de lucha desiguales (caso de alguna de las Escuelas Superiores Técnicas). 3) Solidaridad de profesores y alumnos dentro de una tendencia con o sin enfrentamiento a la otra relegada fuera de la institución escolar.

La situación relativa a estas cuestiones se encuentra actualmente en España en un proceso de cambio sumamente rápido, debido a las repercusiones del despegue económico y a su precedente de la estabilización. Es éste uno de los terrenos en el que —como en tantos otros— se echa de menos en nuestro país la presencia de un sindicalismo universitario que estudie estos problemas y tenga en cuenta sus datos para elaborar su estrategia. Si dicho sindicalismo quiere existir, y no ser relegado al papel de «luz roja», señal de peligro que avise al capitalismo cuando sus contradicciones se vayan volviendo excesivamente descaradas; si dicho sindicalismo quiere hacer algo más que el perpetuo juego «a la contra» que tantos sindicalismos se ven reducidos, si, en resumen, dicho sindicalismo quiere —cree que debe— tomar entre sus manos la iniciativa de la política educacional, nos parece que no tiene más remedio que tomarse en serio estos problemas. Y tomarse en serio estos problemas quiere decir bastante más que hacer platónicas declaraciones de interés. Tomarse estos asuntos en serio significa poner en pie gabinetes de estudios sindicales y gabinetes de investigación que le proporcionen la información necesaria, pues es una ingenuidad esperar que esta información va a llegarle de instituciones de investigación —en el supuesto de que existieran— que dependen, en cuanto a financiación, criterios de interés de racionalidad, del sistema de prioridades capitalista.



## El nuevo paternalismo

Examinemos ahora más de cerca uno de los pares de actitudes valorativas opuestas a que antes nos hemos referido: Sumisión-Colaboración, y tratemos de ver en qué términos se plantea el conflicto, y cómo éste es vivido por el universitario.

Salvo raras excepciones, el estudiante español que llega al nivel superior del sistema de enseñanza ha pasado de diez a once años sometido a un régimen de asimilación pasiva, en el que su papel se limitaba a la incorporación de un repertorio de conocimientos —predominantemente verbalizados— sin que en su elaboración le cupiese de ordinario la más mínima parte, y sin que tuviese otra garantía de su pertinencia que el prestigio asociado a la institución académica a través de la cual lo recibía. Esta situación ha estado sometida en los últimos años a ciertos altibajos, debidos a los tímidos intentos de una renovación de los métodos a través del curso preuniversitario, pero estos intentos han fracasado estrepitosamente, y es probable que la situación se agrave aún en los años próximos, si se cumplen las previsiones en cuanto a crecimiento de la población escolar en los niveles primario y secundario y no se pone remedio al déficit aterrador en cuanto a calidad y cantidad de profesorado en los mismos. Con un profesorado de preparación pedagógica inexistente, y las tasas alumnos-profesor que se dan en la enseñanza media tanto oficial como privada, la transmisión de conocimientos no puede realizarse sino a base de disciplina, autoridad y dogmatismo.

¿Qué encuentran estos alumnos a su llegada a la Universidad? En primer lugar la misma falta casi total de capacitación pedagógica por parte del profesorado. Este se recluta según diversos criterios, que pueden ser —en el menos malo de los casos— la exigencia de una información erudita más o menos exhaustiva o, en casos menos favorables, la pertenencia a la «cuadra» de éste o aquél «jerarca científico», de éste o aquél catedrático que por su servilismo al poder político ha llegado a ocupar una posición desde la que controla la distribución de las sinecuras académicas, o también la pertenencia a grupos de presión, como el Opus Dei, capaces de reforzar «la reconocida valía» de sus miembros con el apoyo «moral» que supone el saberse formando parte de una institución que ha de «renovar» la espiritualidad de nuestro tiempo. Este profesorado ha agotado lo mejor de sus energías y de su talento en la serie de intrigas y bajezas necesarias para alcanzar la cátedra, así como —por lo menos a veces— en un gigantesco esfuerzo de acumulación y retención de información. Es lógico que para el ejercicio de su misión docente no le queden sino los residuos de sus «ingenuos impulsos e ilusiones juveniles». (¡Qué característica de nuestra rígida gerontocracia de la postguerra es esta moral del desengaño y de la ambición personal desenfundada!) ¿Cabe esperar que estos hombres prematuramente gastados sean capaces de realizar el esfuerzo necesario para funcionalizar mecanismos mentales de adulto en las cabezas de sus alumnos, cuidadosamente conservadas a niveles de utilización infantiles? Evidentemente, la respuesta a esta pregunta es negativa. Todos sabemos lo que significa descubrir a los 25, 30 o 35 años —o no descubrir nunca— funciones mentales y técnicas de trabajo intelectual para las que nuestro psiquismo estaba maduro ya a los 15 o 16 años.



La gran mayoría de los profesores universitarios monta, pues, su enseñanza sobre un modelo abiertamente autoritario, en el que la misión del alumno es recibir pasivamente un « corpus » de doctrina definitivamente elaborado en cuanto a su contenido y en cuanto a su sentido dentro de la totalidad de saberes respecto a la realidad. El modelo ha sido llamado, con gran acierto descriptivo, de « ingurgitación-degurgitación ». Cuando estos profesores se atreven a hablar de diálogo —y lo hacen con frecuencia, porque la palabra está siempre de moda—, en desde unas posiciones intelectuales absolutamente cerradas, dogmáticas y hasta agresivas, sin reconocer de hecho en la comunicación que pretenden establecer la posibilidad del más mínimo efecto de retorno. Aquello resulta una mala comedia que no engaña a casi nadie —aunque siempre hay algún ingenuo o algún listo que pica—.

Tal actitud profesoral puede provocar en los alumnos comportamientos muy distintos, que van desde la pobre y disciplinada colaboración de los infelices engañados hasta la repulsa indignada o la inhibición total de los que no aceptan el juego; pero, en cualquier caso, el profesor es escuchado desde la más absoluta pasividad. Se toma poco menos que al pie de la letra lo que el « maestro » va diciendo, sin entenderlo muchas veces entendiéndolo otras por su obvedad ramplona, pero sin que en ningún caso todo aquello nos importe lo más mínimo. Se escucha porque se sabe que, a fin de curso, se tendrá que responder.

Puesto que tal profesor pone como condición para aprobar su asignatura, o para ser introducido en el círculo de los elegidos que obtendrán una cátedra, que se reciten determinadas fórmulas, se aprenderán tales fórmulas. Lo de menos es qué demonios signifiquen, ni para qué otra cosa puedan servir. Sirven para eso: para aprobar, para lograr una nómina del Estado. ¿Qué más se les puede pedir? Si para lograr tales objetivos, en vez de aprender una clasificación antediluviana de los insectos, o páginas enteras de cálculos rutinarios, o las cinco vías de Santo Tomás, hubiera que recitar exorcismos vedas, se aprenderían los exorcismos vedas con el mismo entusiasmo, es decir, con ninguno.

Este tipo de dogmatismo cerrado, que exige del alumno la sumisión total, y que pone del lado del profesor toda la ciencia y del estudiante toda la ignorancia, nos parece corresponder al modelo patriarcal que hace las delicias del tradicionalismo.

Frente a él, empieza a perfilarse un estilo de rapport pedagógico más moderno, más dinámico. En él, el profesor se abre realmente más al diálogo; acepta en principio la posibilidad de recibir contenidos de información provenientes de los alumnos; hasta admite sinceramente —según grados variables como es natural— la idea de que **lo que él transmite es algo que se produce o se descubre en colaboración.**

Pero si examinamos el modo en que se realiza esa colaboración nos apercibimos inmediatamente del engaño. El secreto de la estructura de todos esos contenidos, y del funcionamiento de los métodos para su descubrimiento sigue siendo patrimonio exclusivo del polo profesoral de la comunicación. El profesor « sabe » la dirección a seguir en el trabajo común; el profesor « sabe » para qué sirve todo aquello; cómo hay que utilizarlo; qué importancia relativa tienen unos u otros campos del saber; qué es lo que hay que subordinar a qué; etc., y suavemente, sin forzar a nadie, procura que los alumnos lo « descubran ». El profesor im-



pone, por lo tanto, una visión del mundo a sus alumnos, sin aceptar el riesgo de tener que modificar la suya, como podría ocurrir si estableciera una comunicación real —de doble dirección— con sus discípulos, con sus necesidades, con el mundo tal como ellos lo viven y lo habrán de vivir en el futuro.

En realidad nos encontramos ante una actitud tan poco respetuosa con el educando, tan estacionaria o quietista socialmente hablando como la anterior. Lo único que se ha descubierto es que se puede trabajar en equipo, aunque en equipo autoritariamente estructurado. Se ha descubierto que, en una trayectoria predeterminada por el dogmatismo, latente ahora pero no por eso menos real, del sistema, se pueden lograr resultados más brillantes cuando trabajan muchas cabezas dirigidas —«apacentadas» podría decirse también— por otra más sabia. Y esta superioridad en sabiduría es cuantitativa, pues la Racionalidad es una, y es cuestión de tiempo y trabajo llegar a dominar sus entresijos. Así, se considera excepcional y aberrante que un alumno en posesión del mínimo repertorio de información necesario, ose conferir a dicha información un sentido que no sea el admitido por nuestros sabios.

Este sistema tiene la ventaja suplementaria de proporcionar más fácilmente que el anterior una buena conciencia a ambas partes, y una saneada reputación de hombre abierto al profesor. Pero resulta que el profesor está casi en «posesión de la verdad» sobre el sentido y el fin de lo que enseña. La misión del estudiante es entender o comprender la estructura de una armazón que está hecha y terminada en sus líneas más importantes, y a la que se le permite aportar algunos pequeños detalles decorativos como estímulo para que se sienta allí como en su casa. Pero, como aquello no es verdaderamente su casa, el estudiante a lo más que llegará será, efectivamente, a comprenderlo, sin por ello comprometer a fondo su vida y su trabajo. Se reservará siempre lo mejor, o al menos algo de sus fuerzas por si puede construir algún día un mundo que sea verdaderamente suyo, no sólo en los detalles decorativos, sino también en la estructura general, en sus objetivos y en su sentido más o menos último. De ahí ese escepticismo, esa disponibilidad ideológica a la que hemos aludido y que con frecuencia se le reprocha al estudiante. Se le reprocha al universitario que no se sienta ilusionado ni esté dispuesto a batirse por una causa que no es la suya; ello es olvidar que sólo los mercenarios se baten por causas ajenas, y nada más lejos de un mercenario que un joven estudiante al que, en la mayor parte de los casos, su origen social preserva aún de la obligación de ganar su vida. De ahí que, paradójicamente, sean muchas veces los estudiantes de origen económicamente modesto los que adopten posturas más conformistas; en ellos ha mordido ya la lógica del modelo de consumo capitalista. Para los otros la «conversión» llegará más tarde; cuando, a ellos también, les llegue el turno de tener que comer de su propio trabajo; cuando entren en el juego de las ventas a plazos, los electrodomésticos, el automóvil, el «igualatorio» médico, o el veraneo. Esa será la gran oportunidad para la ideología tecnocrática de hacer un nuevo prosélito.

Se reprocha también al estudiante un infantilismo, una falta de sentido de la responsabilidad, que todo el sistema en que está inmerso desde la verdadera infancia conspira a crear y mantener. ¿Qué cabe esperar de un hombre al que durante toda su vida se le dicta dogmáticamente lo que ha de creer, lo que ha de «saber»? ¿Qué cabe esperar de un hombre que depende enteramente de su familia hasta los 25 años, o que cuando ello no es así directamente,



cuando alcanza una beca por ejemplo, la logra porque su familia es « pobre » —muchas veces esto último no es cierto, pero la dependencia sigue siendo la misma, sólo que en vez de la pobreza, son las influencias de la familia las que deciden? ¿Qué cabe esperar de una persona a la que toda la vida se ha tratado como un niño, sino que se comporte como un niño?

## La profesionalización

La tercera función mediante la cual el sistema de enseñanza diferencia a los miembros de la « intelligentsia » es la función de profesionalización. A través de ella, universitarios y técnicos adquieren capacidades profesionales particulares que no sólo los diferencian del personal menos cualificado, sino que en cierta medida los diferencian también entre sí, y los capacitan para insertarse en la vida social a través de una actividad productiva. Estas diferencias de formación entre miembros de las distintas profesiones están circunscritas a las estrictamente requeridas por las necesidades de especialización. De ahí que cuando dichas diferencias —como ocurriendo cada vez más en España— son muy importantes, su misma importancia denuncia la falta, o el carácter mínimo, de una común formación de base previa a la especialización. Cuanto más exclusivamente centrado está un sistema de enseñanza sobre la formación profesional, mayores diferencias de formación se aprecian entre los individuos que han pasado por él; más esa formación es parcelaria e incapaz de visiones sociales de los problemas, y, finalmente, mayor es la dificultad para que entre los distintos profesionales se dé una real comunicación, y eventualmente un acuerdo, como no sea para reconocerse mutuamente la competencia en sus respectivos dominios profesionales y **dejar lo demás tal como está**. Una política conservadora inteligente tenderá, por lo tanto, a aumentar cada vez más el grado de especialización y el carácter parcial de la formación de los miembros de la « intelligentsia », así como a menospreciar su formación de base y, en general, todo aquello que sea susceptible de constituir una plataforma de comunicación o de entendimiento desde la que se pudiera poner en cuestión el desorden establecido.

Esta tercera función del sistema de enseñanza está llamada a jugar en España un importante papel en los próximos años, y ello, a nuestro juicio, por dos razones principalmente.

En primer lugar, porque en España la formación profesional, desde cualquier punto de vista que se la mire, y sea cual sea la lógica que supongamos para el desarrollo global de nuestra sociedad, ha venido siendo muy deficiente en la mayor parte de las profesiones. Como hemos visto, esta deficiencia respondía en el fondo a lo arcaico de nuestro sistema de producción, que ni organizativa ni tecnológicamente tenía un nivel que exigiera más cualificación del personal. Para asegurar la gestión de la industria española, aislacionista y encastillada tras barreras arancelarias hasta el año 56, era más que suficiente la íntima capacitación de nuestros técnicos y economistas. Para un sistema asistencial decimonónico, basado en una concepción rabiosamente privada de la medicina, la falta absoluta de preparación del médico para ver los problemas sociales desde una perspectiva otra que —cuando mucho— la de la « abnegación individual », era, es, y desgraciadamente seguirá siendo algo que no turba en absoluto el sueño de nuestras autoridades académicas. Lo mismo puede decirse de la capacitación de los licenciados en Ciencias y Letras. Una gran mayoría de ellos se destinan a la



enseñanza media, en la que la demanda de calificación del profesorado es bajísima. (En realidad, lo que se pide a un licenciado no es su capacidad pedagógica o sus conocimientos, sino su título, necesario para cumplir —cuando se cumple— la reglamentación sobre titulados que debe haber en cada centro.) En efecto, la mayor parte de los centros de enseñanza media son centros privados, cuyos objetivos primordiales son dos: ganar dinero, y satisfacer el deseo de nuestra burguesía de que sus hijos reciban una «buena educación». Respecto al primero, pocas explicaciones son necesarias: las enseñanza privada debe ser un buen negocio, cuando una banca tan poco amiga de aventuras como la española no duda en conceder un crédito cuando se trata de abrir un «colegio». Cuando las ordenes religiosas protestan de la baja rentabilidad de sus centros de enseñanza, hay que considerar como un dato del problema, generalmente escamoteado por ellas, que esos colegios han de mantenerse económicamente a sí mismos y a una serie de actividades marginales de las ordenes (seminarios, noviciados, misiones, etc.). Así, desde luego, el dinero no debe sobrarles; pero ésas son cuestiones que deben ser consideradas independientemente de la función docente. ¿Qué diríamos a un ingeniero que se quejase de que sus ingresos no le permiten sostener un orfelinato? ¿Querría él decir que pusiéramos en duda la necesidad de los orfelinatos?

Respecto al segundo objetivo, todos sabemos las razones por las que la inmensa mayoría de nuestras familias burguesas prefieren enviar a sus hijos a un «colegio». Allí recibirán una educación «conveniente» y adquirirán «buenas relaciones» para el futuro. Para cubrir estos dos objetivos: para ganar dinero y «formar a la juventud en el respeto a los venerables principios de nuestros mayores», la formación científica del profesorado tiene una importancia muy relativa.

Hoy, el despegue neocapitalista del sistema de producción exige que cambien algunas de estas cosas. Todas las profesiones que tienen que ver directamente con la producción serán modernizadas, de manera que deje de haber el desnivel técnico que hoy existe entre la preparación que se da al futuro profesional y la que exige el desarrollo real de la tecnología en la industria, la administración, etc. Igualmente, aunque en menor grado, los futuros profesores de enseñanza media deberán mejorar su formación, en la medida en que deberán contribuir a que sus alumnos adquieran la conveniente preparación de base para su futura formación profesional. Ya no se tratará sólo de formar en los colegios «señoritos» bien educados, sino futuros tecnócratas con una preparación, si bien estrecha y especializada, algo más en consonancia con las necesidades actuales del sistema.

Ya en este terreno se plantea una primera contradicción entre los intereses del capitalismo y los intereses sociales. La contradicción podría enunciarse como la existente entre formación técnica y formación científica; o bien entre preparación sólo para el estado actual del desarrollo tecnológico u organizativo, y preparación para las eventuales reconversiones. En efecto, es de esperar que las reformas que se emprendan en los próximos años traten de adaptar el sistema de enseñanza a las necesidades del sistema de producción neocapitalista, lo cual exigirá una elevación, prácticamente global, del nivel técnico de conocimientos de los graduados. Pero dado un sistema de producción de un cierto desarrollo tecnológico, hay dos modos de proporcionarle el personal necesario: una es capacitando gente para el desempeño práctico de las técnicas actualmente vigentes, de modo que resulte inmedia-



tamente apta para el desempeño de su oficio; la otra es dando a esa misma gente una amplia preparación científica de base, más una especialización técnica de tipo medio, que le permitan desempeñar una tarea práctica previa adaptación a ella de sus conocimientos, y que le faciliten seguir el progreso del desarrollo tecnológico mediante una reconversión continua si ello es necesario. Este segundo procedimiento es, por supuesto, algo más caro, ya que exige una mayor calidad de la enseñanza, una mejor preparación del profesorado, etc., y sobre todo porque el trabajador pasa por una fase más larga de adaptación a su tarea antes de alcanzar el máximo rendimiento; a cambio de ello, el trabajador está mucho menos indefenso ante el progreso científico y técnico, ya que su preparación científica de base le permite seguirlo a través de la evolución de los puestos de trabajo y de las capacidades requeridas para cubrirlos.

En España empiezan a notarse síntomas de cambio, en el sentido de adaptar el sistema de enseñanza a las necesidades en personal cualificado del sistema de producción por el primero de los dos procedimientos apuntados. Donde ello está más claro es en las enseñanzas técnicas, en las que el nivel científico de los estudios sigue siendo increíblemente bajo, y donde en cambio se está tratando de aumentar la especialización técnica, con el consiguiente aumento de la rentabilidad a corto plazo.

Pero hay una segunda razón para que en los próximos años los problemas de formación profesional estén en el candelero del interés oficial. Mejor sería decir que se trata de una razón por la que dichos problemas serán los **únicos** que despertarán el interés de las autoridades de educación. Ello se debe a que para la ideología tecnocrática —que cada día tiene más audiencia en los medios de nuestra administración— prácticamente la **única** misión de las instituciones escolares es proporcionar personal con la cualificación profesional requerida, y eso pese a toda la retórica «humanística» de que intentan adornarse las declaraciones de sus portavoces oficiales. Las enseñanzas media-superior y superior españolas corren el riesgo de, en muy breve plazo, ser definitivamente convertidas en un mecanismo para la producción en serie de especialistas, sin otros fines que los estrechamente pragmáticos de su utilidad inmediata para la producción. Buena prueba de ello es el citado rapport del Ministerio de Educación Nacional y la OCDE, así como los distintos pasajes del Plan de Desarrollo en los que se habla de la educación o de la investigación. Las piadosas declaraciones sobre los elevados fines sociales de la educación son inmediatamente compensadas, en este género de documentos oficiales, por párrafos como el anteriormente citado de **Las necesidades de educación y el desarrollo económico-social de España**, p. 14, o como este otro:

«... no solamente son productivas las enseñanzas dedicadas directamente a la formación de profesionales para la agricultura, la industria y los servicios, sino todas en general.

Ahora bien, dada la limitación de los recursos disponibles, es preciso establecer prioridades y atender preferentemente las (enseñanzas) más adecuadas para favorecer el desarrollo económico». (**Plan de desarrollo**, p. 289).

Frente a este peligro, hay que enfrentarse seriamente con el problema de las relaciones entre la formación general y la formación profesional, problema nada fácil y que de antemano renunciamos a tratar a fondo aquí. Lo único que quisieramos apuntar es que si el trabajo es un derecho y un deber de todo miembro de una sociedad, y por lo tanto ésta está obligada a preparar a cada individuo para desempeñarlo, la participación en el desarrollo cultural de la



comunidad en que se vive es también un derecho y un deber, y la sociedad está igualmente obligada a preparar a todos sus miembros para su ejercicio. Sólo la división clasista del trabajo —y su secuela de la educación de clase— permite subsistir la desigualdad social de posibilidades de creación cultural. El sistema de enseñanza debe, pues, dar a **todos** la posibilidad de participar en dicha creación; y no sólo debe dar la posibilidad « metafísica », voluntarista o formal que hoy se ofrece —si es que se llega a ello— en los países capitalistas, sino la posibilidad real, lo cual supone proporcionar a todos la formación general, estética y científica necesaria, **haciendo especial hincapié en las técnicas de adquisición y trabajo intelectual**, que permitan a toda persona que trabaja continuar elevando el nivel de su formación fuera del sistema de enseñanza a tiempo completo. Esta formación básica debe formar parte de la enseñanza **común, gratuita y obligatoria**, sin que en modo alguno deban permitirse diferenciaciones a su respecto, pues éstas repercutirían inmediatamente en las posibilidades de inserción social de los sujetos que las sufrieran.

Pero no nos hagamos ilusiones; la política de educación en España no seguirá este camino de verdadera democratización si se deja a las clases dominantes —como hasta ahora se ha dejado— la iniciativa de escoger los modelos, reservándose « la oposición » la exclusiva e ingrata tarea de encontrarlos « muy mal », sin por ello ofrecer nada **concreto** mejor. La elaboración de una política de recambio, a todos los niveles de la política estatal en que ello sea necesario, es una tarea urgente, del cumplimiento de la cual depende la existencia misma de la sedicente izquierda española. Esta elaboración, para no caer en las trampas que nos tiende la ideología tecnocrática, no puede ser realizada sin una unidad estratégica global que tenga en cuenta la estrecha interrelación entre todos los sectores de la vida social. La elaboración de alternativas concretas en cada aspecto de detalle del sistema de enseñanza, debe estar orientada por un modelo total de dicho sistema, el cual debe a su vez integrarse en un modelo total de la sociedad; cada reivindicación puede así convertirse, si el análisis coyuntural ha sido correctamente realizado, en una mediación conducente al logro del modelo total.

Pero tan peligrosa como la trampa tecnocrática del « especialismo » es la tradicional tentación progresista del « amateurismo ». A los técnicos de la tecnocracia sólo se les pueden oponer con posibilidades de no hacer el ridículo unos técnicos de nivel científico comparable, en los que no haya echado raíces la ideología autonomizadora a la que a lo largo de todo este trabajo venimos refiriéndonos. Hay problemas específicos de los distintos sectores que no pueden resolverse por el socorrido método de emplear, sabiamente dosificados, los clásicos exorcismos de la izquierda. La lucha de clases es una realidad histórica; la dialéctica es un proceso real, y la alienación o la falsa conciencia son estados reales; pero no conocemos ningún procedimiento de poner a punto un modelo de recambio frente al impuesto por el capitalismo en cualquier dominio, por el solo expediente de barajar hábilmente esos tres conceptos.

En España, en el terreno específico de la educación, y para elaborar una alternativa frente a la política oficial, se requiere el trabajo de un equipo que incluya economistas, demógrafos, sociólogos y pedagogos, y que mantenga un constante y estrecho contacto con especialistas de las diversas materias que son objeto de enseñanza. Una tal empresa presenta dificultades



de financiación y de organización que la ponen fuera del alcance de las posibilidades de actuación privada de los investigadores interesados en ella. Por otra parte, no cabe contar para su realización con la escasa ayuda estatal a la investigación, pues resulta poco probable que el Estado se avenga a colaborar a la elaboración de una política destinada a oponerse a la suya propia. Finalmente, nos parece ingenuo esperar que la síntesis de los puntos de vista de los diferentes especialistas se realice espontáneamente, a partir de las aportaciones parciales que unos y otros vayan haciendo, ya que dichas aportaciones —a causa precisamente de la parcialidad de la perspectiva desde la que forzosamente están elaboradas— o son aberraciones unilaterales de especialista, o en el mejor de los casos no son más que periodismo más o menos correcto. Dicha síntesis no puede ser el resultado de una yuxtaposición de criterios dispares, sino fruto de un criterio único que tenga en cuenta los datos reales que cada especialista puede aportar.

A nuestro juicio, no queda más que una alternativa, a saber: que las organizaciones de la oposición de izquierda —partidos y sindicatos— tomen sobre sí la carga de llevar adelante esta tarea. Pero ¿cabe esperar que dichas organizaciones lleguen a convencerse de la necesidad de elaborar su política a partir de un conocimiento científico de la realidad? No podemos ocultar que a este respecto somos más bien pesimistas, y ello porque con demasiada frecuencia se viene confundiendo en los medios de la izquierda el conocimiento científico con la manipulación mágica de los venerables exorcismos a que nos hemos referido, en vez de utilizarlos como categorías conferidoras de sentido y totalizadoras de los resultados de un estudio riguroso.

Tras estas consideraciones, no cabe esperar que ofrezcamos aquí un modelo de recambio a la política oficial de educación española, acabado y listo para su puesta en práctica. Dicho modelo debe ser el fruto de un trabajo que aún no se ha hecho, y que puede que jamás se haga en las condiciones que garantizarían su pertinencia. Lo más probable es que, si acaso, algún economista más o menos bienintencionado, creyendo poner una pica en la izquierda, se limite a suavizar un poco el estrecho pragmatismo a corto plazo del sistema de enseñanza, logrando que se de una formación de acuerdo con la evolución previsible del desarrollo tecnológico. En esa dirección apuntan algunas iniciativas de las que tenemos noticias. Pero el grueso de los problemas reales de la educación —todos los que atañen al control social de la cultura— corre el inminente riesgo de ser sacrificado en nombre de la Racionalidad económica, en nombre de la Coyuntura o, lo que aun constituye un mayor sarcasmo, en nombre de un Nivel de Vida medido a partir de las grandes magnitudes económicas.

Aterroriza ver como en este terreno de la educación, y de los problemas culturales en general, los economistas son cada día más los llamados, no ya a decir la última palabra —cosa en cierto modo admisible desde el punto de vista de la realización—, sino a decir la única palabra, o al menos la única palabra que no sean las habituales incoherencias del ministro o del director general de turno. Ahora bien, entre todos los profesionales españoles son tal vez los economistas los que corren hoy más riesgo de ser captados para la ideología tecnocrática. Es frecuentísimo el caso del economista **políticamente** «progresista o «de izquierdas» que, tal vez por falta de otra información, aplica en su actuación profesional criterios de racionalidad capitalista, y lo peor es que lo hace creyendo y defendiendo que no hay más que



una racionalidad: la Racionalidad Económica «científicamente» establecida. Este impacto de las consecuencias del neopositivismo en España es tanto más difícil de contrarrestar cuanto que esta concepción de la economía, y de la ciencia en general, aporta una indudable mejora de la formación profesional de nuestros universitarios y técnicos. Hablando en términos comtianos, el paso de la fase metafísica a la fase positiva, aunque sea para recaer en una metafísica vergonzante, implica un cierto progreso, que corre el riesgo de engañar a los interesados con la seducción que supone en poderse referir a la realidad desde categorías que no son ya «las cuatro causas», «los valores eternos», «los humores malsanos», «la voluntad divina», «el derecho natural», y tantas otras como hasta hace aún muy poco formaban parte en España del patrimonio de «la verdadera ciencia». Por todo ello, insistimos una vez más en la enorme importancia que tiene para el futuro político español el que la lucha ideológica sea llevada al nivel y con el rigor que requieren las circunstancias.

El capitalismo español está saliendo del siglo XIX. Con ello es más que probable que algunas de las viejas contradicciones de la sociedad española dejen su lugar a las contradicciones, más refinadas, de una sociedad montada —o en trance de montarse— según el modelo neocapitalista. El sistema de educación no será una excepción a este respecto; más bien hay que pensar que, por su importancia estratégica para el desarrollo económico, su evolución será tal vez más rápida que la de otros sectores sociales. Es muy posible que dentro de unos cuantos años, entre cinco y diez por ejemplo, los cuadros de la sociedad española, seducidos por las ventajas que el sistema capitalista en expansión podrá ofrecerles, y troquelados por un sistema de enseñanza dotado al fin de coherencia ideológica, sean prácticamente irrecuperables para una concepción socialista del mundo. Es muy posible que, como ya ha pasado en los países capitalistas más desarrollados, la «intelligentsia» española muerda el anzuelo de creerse detentadora e intérprete de una Racionalidad, en nombre de la cual pretenda ponerse por encima de la lucha de clases. Es muy posible que la izquierda obrerista española, o los que dicen representarla, se queden tan tranquilos ante este panorama, pensando que la revolución no la van a hacer los intelectuales, sino los obreros, y que éstos maldita la necesidad que tienen de compañeros de viaje que no sirven más que para pasarse la vida preguntando el por qué de las cosas. Todo esto es muy posible; como también es posible, aunque no nos parece probable, que pese a ello se haga la revolución socialista en España. Pero las revoluciones no basta con hacerlas; además hay que continuarlas, mantenerlas, nutrir las, mimarlas, y esa continuación es bastante difícil cuando no se puede contar más que con cuadros formados en la ideología tecnocrática.

El futuro de la Universidad española, y el de todo nuestro sistema de enseñanza, se va a jugar en los próximos años. Esto, por un explicable error de apreciación, tal vez no importe demasiado a todos aquellos que jamás han sido beneficiarios de las ventajas proporcionadas por dichas instituciones; pero sólo de ellos y de su acción depende que en el futuro las cosas sigan siendo así, o que finalmente el sistema escolar sirva para **hacer llegar a todos una cultura creada por todos.**



## NOTAS

1. Las cifras para España han sido obtenidas de **Las necesidades de educación y el desarrollo económico-social de España**. Ministerio de Educación Nacional - OCDE, Madrid, 1963, p. 20 y 114.

Para Francia hemos utilizado **Les Héritiers**, de P. Bourdieu y J. C. Passeron, París, Minuit, 1964, p. 144.

2. Ver nota de la página anterior.

3. Presidencia del gobierno, **Plan de desarrollo económico y social**, Madrid, 1953, p. 396.

4. **Le progrès scientifique**, n. 66, enero, 1964, p. 15-28.

5. En España, este género de descubrimientos se hace siempre bruscamente. Los órganos de la opinión pública se ven siempre desbordados por el dinamismo de las iniciativas de un gobierno que se adelanta en la solución de los problemas a los deseos de los gobernados; al menos eso es lo que se desprende de un análisis del contenido de la prensa y la radio: todo marcha a la perfección en el mejor de los mundos, hasta que, de la noche a la mañana, por obra y gracia de un decreto gubernamental, nos enteramos de que algo no marcha bien pero, gracias al nuevo decreto, marchará bien de de ahora en adelante.

6. Joaquín Tena Artigas (Director General de Enseñanza Primaria), « Programme de Construction Scolaire en Espagne », in **L'éducation et le développement économique et social**, OCDE, Conférences données lors du cours à Frascati, 1962, p. 245-254.

7. Plan de desarrollo económico y social, Presidencia del gobierno, p. 82.

8. Consideramos ocioso extendernos aquí en consideraciones sobre el carácter dialectico de las relaciones entre base y superestructura. Para las necesidades de nuestro análisis creemos suficiente poner de manifiesto que se hallan en relaciones de mutua interacción.

9. De todos modos, quien desee más detalles sobre este tema puede consultar el libro de A. Gorz, **Stratégie ouvrière et néocapitalisme**, París, Seuil, 1964.

10. P. Bourdieu y J. C. Passeron, **Les intellectuels, l'éducation et le développement**. Aportación a la reunión internacional sobre « La formation des hommes et de développement économique », Madrid, 1964, p. 16 (Inédito).



Dibujo de Urculo







20

ANTOLIANO PEÑA

## Veinticinco años de luchas estudiantiles

21

ANGEL BERNAL

## Las paradojas del movimiento universitario

En la página anterior:

Genovés: **El santo**

20

Ar

En los  
diantil  
tres b  
1. La  
Sindic  
no sól  
a los  
esta o  
denom  
sus m  
ble de  
acentu  
de la  
desarr  
la infl  
Intelec  
nuestr  
2. El  
podría  
en Ac  
Tradic  
ces de  
sentac  
opone  
3. La c

\* En la  
de luch  
public  
en la U  
Unicam  
nos ha  
del Co



# Veinticinco años de luchas estudiantiles \*

ANTOLIANO PEÑA

## Antecedentes

En los años cercanos a la guerra civil, el mundo estudiantil estaba representado en líneas generales por tres bloques político-ideológicos.

1. La FUE (Federación Universitaria de Estudiantes), Sindicato democrático independiente que englobaba no sólo a los estudiantes universitarios, sino también a los alumnos de los Institutos de Enseñanza Media; esta organización era de influencia liberal y socialista, denominador común de la heterogeneidad política de sus miembros, aunque encuadraba un número apreciable de estudiantes comunistas. Su importancia se acentuaba en los últimos años de la República a causa de la situación social y política en que tuvieron que desarrollar su actividad los miembros de la FUE y por la influencia que éstos sufrieron de la excelente élite intelectual progresista que dominaba por entonces nuestras aulas.

2. El representado por el bloque de estudiantes que podríamos situar en la « derecha clásica », organizada en Acción Popular, Renovación Española, Comunión Tradicionalista, etc. Estos estudiantes no fueron capaces de constituir una organización de lucha y de representación sindical dentro de la Universidad, capaz de oponerse a la FUE.

3. La construcción de Falange Española, y de las JONS,

tras la fusión de grupos diversos: « señoritos soñadores » de José Antonio, « místicos de la nación », « forjadores del Imperio », hasta los « sindicalistas nacionalistas » de Ramiro Ledesma, iba a representar al fascismo español y trajo como consecuencia en la Universidad la creación del SEU (Sindicato Español Universitario), como organización de lucha, dispuesta a dar la batalla a la FUE en su propio terreno.

Al estallar el « alzamiento », la FUE sigue el camino del gobierno republicano y de las organizaciones democráticas en la lucha, proporcionando cuadros a sus organizaciones y aportando un porcentaje considerable de oficiales y jefes al ejército popular y unida a ellos ir a la derrota, al exterminio y al exilio.

Los grupos de derecha seguirán la ruta de los generales y con ellos alcanzarán la victoria. En la contienda civil el SEU desempeña un gran papel: de él salen abundantes oficiales provisionales del ejército; nutre las academias militares y también los cuadros que habían de dirigir los servicios técnico-políticos del gobierno de Burgos: prensa, propaganda, etc. Contribuyendo activamente a extirpar las últimas raíces de la FUE, en zona nacional, primero, y con posterioridad a la « victoria », al convertirse por decreto en sindicato único y obligatorio para todos los estudiantes españoles, proseguirá en la Universidad su tarea de depuración de cuantos valores habían hallado en la FUE acogida e instrumento de desarrollo.

\* En la redacción de este trabajo han sido ampliamente utilizados los siguientes ensayos: Jorge Cerezo Röll, *Veinticinco años de lucha universitaria* (inédito); Luis Ortiz, *La lucha contra la dictadura y la crisis de la izquierda en la Universidad de Madrid* (publicado en *Acción Comunista*); Jorge Bonet, *El movimiento estudiantil en España* (inédito); Andrés Mercier, *Lucha sindical en la Universidad; etapas y perspectivas* (inédito). El autor hace constar que sin tales trabajos el suyo hubiera sido imposible. Unicamente las exigencias de espacio que imponían las dimensiones del primer suplemento de *Cuadernos de Ruedo ibérico* nos han hecho renunciar a la publicación íntegra de aquellos valiosísimos trabajos. Quede aquí testimonio del agradecimiento del Comité de Redacción de *Cuadernos de Ruedo ibérico* hacia sus autores.





Agustín Muñoz Grandes, ayer Ministro Secretario del Movimiento, jefe de la División Azul; siempre Cruz de Hierro; hoy capitán general y vicepresidente del gobierno. Caricatura de Cattolica.

## Situación al terminar la guerra civil

### 1. El campo estudiantil

La derrota del bando republicano había sido total. La represión feroz. Los años posteriores a la guerra civil fueron difíciles y peligrosos para lo que quedaba de organizaciones políticas y sindicales de izquierda. En la Universidad, la FUE había sido barrida y ni siquiera se pensaba en su reorganización; sus miembros

habían sido puestos fuera de combate y aún no había transcurrido el tiempo suficiente para que se manifestara una nueva generación. A ello se oponían también los métodos de selección sociológica-política de los estudiantes. El SEU camp a sus anchas por la Universidad, las aulas están llenas de excombatientes del ejército vencedor, imponiendo el saludo branzo en alto, y los delegados de Facultad, uniformados « a lo nazi » cuidan que no se manifiesten desviaciones de la ideología del Movimiento. La Ley de Ordenación de la Universidad Española, que estableció formalmente su carácter de « sindicato único y obligatorio », le señalaba, como su más importante función la de « ...infundir con sus actividades e Instituciones el espíritu de la Falange en los escolares universitarios ».

En aquella época, el SEU será capaz de enviar 2000 estudiantes universitarios a combatir, junto a Hitler, a la Unión Soviética en la « División Azul ».

### 2. Situación del profesorado

La citada Ley de Ordenación Universitaria, estableció un control riguroso sobre el profesorado: los rectores

Composición de Ges





debían ser militantes de la Falange (artículo 40) y para tomar parte en las oposiciones a cátedra era « requisito indispensable la firme adhesión a los principios fundamentales del Estado, acreditada mediante certificación de la Secretaría del Movimiento ». Pero así como en el campo estudiantil se dio rienda suelta a un estilo fascista, no ocurrió lo propio en el sector docente, en el que el 80% de miembros procedía del catolicismo y de lo que vagamente hubiera podido llamarse en aquella época la Democracia Cristiana. Es este un dato importante, por la significación que los elementos más avanzados de este bloque van a ir tomado en años posteriores, abriendo una profunda brecha en el bloque monolítico en que el Estado pretendía convertir a la Universidad, y por la influencia, que una minoría de estos profesores iba a ejercer sobre las nuevas promociones universitarias. Ibáñez Martín, ministro de Educación Nacional durante los 10 primeros años del régimen definía así, en la sesión del Pleno de las Cortes en que se aprobó la Ley de Ordenación Universitaria, la nueva política universitaria: « ... lo verdaderamente importante, desde el punto de vista político, es cristalizar la enseñanza del Estado, arrancar de la docencia y de la creación científica la neutralidad ideológica y desterrar el laicismo, para formar una nueva juventud, poseída del aquel principio agustiniano de que mucha ciencia no acerca al Ser Supremo »; y continuaba: « ... la Ley no rehuye ningún medio eficaz para esta magna empresa... ». Siendo los profesores en su mayoría católicos, sus enseñanzas se ajustaban a tales ideas; así, algunos de ellos se entregaron a la empresa de construir una doctrina que ensamblara la forma política española (del momento) con el pensamiento católico. Mientras que otros, no muy numerosos, pero preciosos para « el Nuevo Orden », van a dar una « justificación ideológica » a éste. Entre ellos, Javier Conde formula la teoría del caudillaje; Fraga Iribarne la del sindicalismo como forma política; Pascual Marín Pérez una justificación del sindicato vertical, etc.<sup>1</sup>.

## Situación al terminar la segunda guerra mundial

« Este año constituye la « noche negra » del régimen de Franco, la victoria aliada le priva de sus aliados y le coloca en una situación internacional difícil; se teme una invasión aliada para apoyar a los grupos de guerrilleros del interior, se moviliza a las fuerzas mi-

lites, intensificándose la vigilancia en las fronteras; la represión en el interior se endurece a la vez que se trata de dar una apariencia más democrática al régimen a costa de la Falange... »<sup>2</sup>.

## 1. Los primeros cambios en el SEU

El desarrollo de los acontecimientos internacionales va a imponer una cierta dulcificación en el seno del SEU, todavía en manos de dirigentes falangistas pero menos apegados a la política, reservada en cierto modo a la « primera línea », especie de guardia pretoriana del fascismo español, que con frecuencia actuaba como verdadera policía política dentro de las aulas universitarias. El nombramiento en 1946 de José María del Moral, como jefe del SEU manifiesta esta tendencia.

Composición de Ges.



**España** ES UN  
DESTINO EN LO UNIVERSAL





La contradicción y el falseamiento de las teorías, según conviniera a la situación política, hizo que se plantearan ciertas dudas dentro de los sectores más ortodoxos del fascismo universitario, como eran las «primeras líneas» del SEU. Se comenzó solicitando un rigorismo y una pureza en la doctrina, lo cual llevaba consigo colocar estos elementos en una cierta oposición gubernamental, primer paso dado hacia la creación de una oposición estudiantil que luego evolucionaría en otros sentidos...

Desde el punto de vista estructural la situación del SEU es un tanto irregular y defectuosa. Los límites de separación entre SEU, Frente de Juventudes, Partido y Guardia de Franco, son imprecisos. Las centurias de la Primera Línea lo son a su vez de la Guardia de Franco y éstas son las antiguas centurias del Frente de Juventudes que ya habían pasado la edad reglamentaria. En Madrid existía una emisora denominada Radio SEU, que venía a ser medio de difusión, por cierto bastante deficiente, del partido, dejando algunos pequeños espacios radiofónicos a temas universitarios (canciones de tunas, dedicatorias de discos de los estudiantes a sus novias...). La actual IPS era en aquel tiempo una auténtica milicia de tipo hitleriano; sus uniformes eran diferentes a los del resto del ejército y recordaban considerablemente a los de los oficiales de Mussolini. Incluso los oficiales de la milicia del SEU (como eran llamados) llevaban otro atuendo; la camisa azul era obligatoria. Solamente cuando comienza el declive del Eje, la Milicia Universitaria se convierte en fábrica de suplentes de militares profesionales y en servicio militar para la clase privilegiada, en vez de una unidad ligada, al menos teóricamente, a una doctrina.

España es el país de las paradojas, y no ha dejado de serlo a pesar de los «25 años de paz y de Victoria». El SEU, primer sindicato falangista y a su vez filón del partido, no está integrado en la Delegación Nacional de Sindicatos. Es un sindicato de lucha, estando prohibida la lucha, o, en ciertas épocas, sólo permitida a las escuadras de acción.

(Del trabajo de Jorge Cerezo Röll, *Veinticinco años de lucha universitaria*).

En estos años el Opus empieza a manifestarse en la política y sobre todo en la vida universitaria. Y es en la Universidad donde van a tener lugar los primeros encuentros de sus miembros con los falangistas. En diciembre de 1949 en Madrid se produjo un incidente, que es ya muy revelador, entre falangistas residentes en el Colegio Mayor «César Carlos» y los del Opus residentes en el Colegio Mayor «San Pablo».

## 2. El profesorado

La situación de éste se mantiene, en líneas generales, semejante a la del período anterior; los cambios que se van operando todavía son mínimos. Ortega y Gasset vuelve a España, en agosto de 1945, siendo acogida su vuelta en términos elogiosos por la prensa franquista por interpretar que se trata de una tácita aprobación del régimen por parte de quien es llamado «el maestro». El 4 de mayo de 1946 Ortega

pronunció una conferencia, puramente literaria, en el Ateneo. La mayoría de la prensa acentúa las alabanzas al filósofo reintegrado a la patria.

Sin embargo, al afirmar en dicha conferencia que le era aún imposible distinguir la buena de la mala política, Ortega provoca reacciones adversas. Una carta abierta, publicada en *Ya* y que reflejaba sin duda la opinión de un amplio sector falangista, le replica que «en España aprender cuál es la buena y mala política nos ha costado un millón de muertos»<sup>3</sup>.

Hay que subrayar que si en este período las únicas voces discordantes en el mundo intelectual español fueron las de los supervivientes no exilados del liberalismo, apenas tuvieron directamente ninguna influencia en el nacimiento de la oposición universitaria. Incluso Ortega, que junto con los filósofos existencialistas, fue el autor más leído en la Universidad en esta época, perdería casi completamente su influencia en la década del 50.

En 1946 se abre de nuevo el Ateneo de Madrid, clausurado desde el final de la guerra civil. Pero si bien





se autorizó su funcionamiento, el Ateneo fue puesto bajo la presidencia del Director General de Propaganda (hoy de Información).

El Opus aprovechando la coyuntura que en aquel tiempo exige cierta «desfastización externa» del Régimen, desarrolla una tenaz y cautelosa operación de sustitución de la Falange. Acelera su penetración en la Universidad, entre el profesorado y los diversos organismos docentes, terreno más propicio que otros sectores, pues como ya hemos señalado el 80% del profesorado en activo al terminar la guerra procedía del campo católico tradicional.

En 1940 había sido creado el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, siendo ministro de Educación Nacional Ibáñez Martín, notable protector del Opus y presidente desde su fundación del Consejo, del cual va a ser Secretario a perpetuidad el dirigente del Opus, Albareda.

Pese a su brillante nombre, el Consejo ha sido un mediocre instrumento de investigación científica. Su papel ha sido el de vehículo de la corrupción ideológica. Durante estos años, además de los estudiantes becarios del Consejo y de los jóvenes graduados, que subvenciona el Opus con dinero del Estado para preparar sus oposiciones o viajar por el extranjero, los catedráticos universitarios perciben dinero del Consejo como «miembros colaboradores». Sólo lo perciben aquellos que merecen la consideración de «colaboradores» y tal consideración es otorgada únicamente a quienes son gratos al Opus. Hay que señalar que el Opus ha sido «muy liberal» en este terreno para lograr atraerse y comprometer al mayor número posible de catedráticos. Al terminarse la segunda guerra mundial, todos los servicios de Educación Nacional pasan del ministerio de la Falange a depender del Ministerio de Educación Nacional, al crearse la Subse-

cretaría de Educación Popular, que será controlada por el Opus<sup>4</sup>.

### 3. La oposición estudiantil

La esperanza suscitada por el desenlace de la guerra mundial tiene aún en la universidad un reflejo muy débil.

Las esperanzas en el movimiento guerrillero y la ayuda que pudieran prestar a éste las potencias vencedoras, hace que algunos universitarios (como Cristino García) se incorporen a él. Pero la comunicación entre la oposición antifranquista y la Universidad apenas existe.

En 1946, se produce un efímero renacimiento de la

Composición de Ges.





FUE, que logra constituir Comités de distrito en casi todas las principales Universidades españolas y que mantiene una importante delegación exterior en París. Las vicisitudes de la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas (ANFD) traerá consigo la presencia de dos comités nacionales de la UFEH en Madrid, bien que la mayoría de las FUE de distrito universitario sigan al comité que apoya la política de la ANFD. El distrito universitario de Valencia mantendrá, no obstante, relación orgánica con ambos comités nacionales. 1946 verá también cierto florecimiento de otras dos organizaciones de estudiantes. La EIA (Unión Nacional de Estudiantes Vascos) y la FNEC (Federación nacional de Estudiantes de Cataluña). La actividad propagandística de estas organizaciones — al igual que el resto de organismos y grupos que se oponen al franquismo en los meses que precedieron y siguieron al final de la segunda guerra mundial — fue bastante intensa, bien que su presencia se hiciera sentir con mayor in-

Composición de Ges.



tensidad fuera que dentro de las aulas. A fines de 1946, la UFEH, la FNEC y la EIA firman un pacto de unidad de acción que garantiza de la independencia y la personalidad nacional de cada una de las tres organizaciones. Si el efecto de la actividad de estas organizaciones es considerable en el terreno de la denuncia de la fascistización de la Universidad española y su presencia en los congresos estudiantiles nacionales e internacionales europeos de la época tuvo una real eficacia en lo que respecta a mantener la condena internacional del régimen de Franco, su penetración en la Universidad fue poco profunda. Las características sociológicas y políticas del reclutamiento de estudiantes en esta época hacía prácticamente impermeable la universidad a tales organizaciones rojas, laicas, democráticas y separatistas. Las organizaciones exiladas de la FUE desaparecerán hacia 1952.

A principios de 1947 será detenido su comité nacional, a consecuencia de un registro en el Liceo Francés de Madrid, en el mes de abril de ese mismo año. En diciembre se celebrará consejo de guerra contra los dirigentes de la FUE: doce estudiantes y dos inspectores del Liceo Francés de Madrid. Era el primer proceso público de la postguerra y despertó una enorme expectación. Se tomaron grandes precauciones. Las penas que solicitó el Fiscal fueron « moderadas », de 6 meses a 3 años de prisión. Tres de los condenados, Nicolás Sánchez Albornoz, Manuel Lamana e Ignacio Faure lograron evadirse de la prisión de Cuadramuros el verano de 1948.

La definición que hace de este período, en términos generales, **España hoy** es también aplicable al caso particular de la Universidad:

• El período político se cierra en 1949 bajo un signo optimista para Franco. En el interior ha eliminado prácticamente a toda la tradicional oposición obrera: detenidos sus líderes, muertos o fusilados los activistas y guerrilleros, el orden público parece garantizado para largo tiempo \*.

## El periodo de 1950 a 1956

José Martínez e Ignacio Fernández de Castro lo caracterizan así en su libro **España hoy**: « España empieza a romper el aislamiento internacional, apoyada por los Estados Unidos, a causa de la iniciación de la guerra

\* NDLR. Véase en este volumen: Enrique Fuentes, **La oposición antifranquista de 1939 a 1955**.



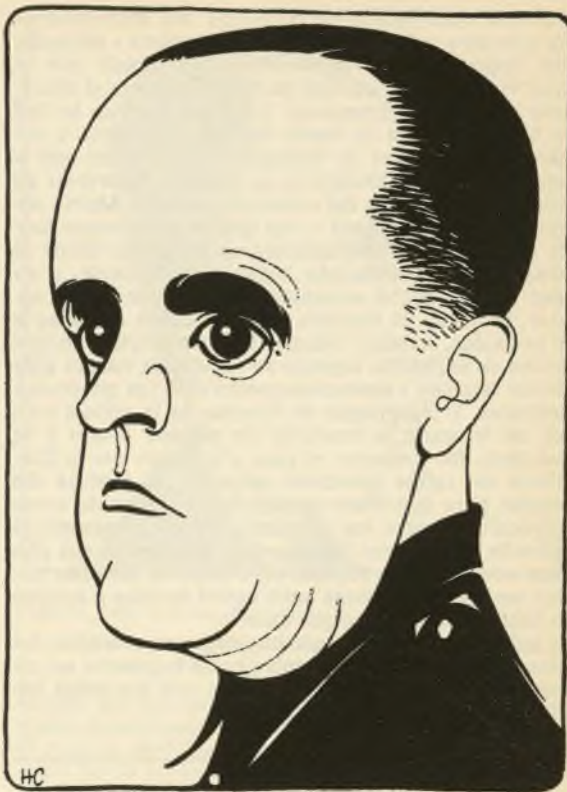
fría.... En este período se desarrolla una política de pactos, destinada a forjar un frente democrático antifranquista, que resulte grato a las potencias occidentales. En el mismo período se han aniquilado todas las esperanzas de resistencia en el interior ante la pasividad, la indiferencia y, en ciertos casos, hasta con la aprobación de las mismas fuerzas políticas que en un primer momento las favorecieron y organizaron. Sin líderes la clase obrera inicia un largo proceso de recuperación ».

## 1. Las primas contradicciones en el SEU

En julio de 1951, ya iniciado este período, Franco reorganiza el gobierno. Su composición refuerza ligeramente las posiciones de la Falange, ya que se ha cubierto de nuevo la Secretaría General del Movimiento en la persona de Raimundo Fernández Cuesta, ministro que se hallaba vacante desde 1945. Hay que interpretar este hecho como manifestación de un afianzamiento de la posición internacional de Franco, provocando por la guerra fría que permite « jugar » nuevamente, dentro de ciertos límites, la carta azul, para oponerla a las cada vez mayores exigencias de los monárquicos. La presencia en el gobierno de Ruiz Jiménez, que representa el sector católico militante en su versión liberal e intelectual está destinada a neutralizar a los falangistas. El equilibrio gubernamental queda perfeccionado por la presencia de monárquicos y de tradicionalistas, en oposición entre sí y representados por el conde de Vellallano y por Iturmendi, respectivamente.

En el interior de este marco político general, la Falange, especialmente la representada por el SEU, verá como se agravan intensamente sus contradicciones con la política del momento: choques con los monárquicos, oposición hacia ciertos intelectuales tímidos liberales del campo católico, que como sucederá en el caso más significativo — el de Ruiz Jiménez —, enfrentará en ocasiones el SEU al Ministerio de Educación Nacional.

Surge al mismo tiempo un fenómeno que, después de 1956, se manifestará con mayor claridad. Ya hemos subrayado que las secciones universitarias de Falange actuaban como órgano de represión en la Universidad. Sin embargo, dentro de alguno de sus grupos — como en el caso de las centurias « Alejandro Salazar » y « Ramiro Ledesma » — se forman núcleos de oposición al gobierno; de ortodoxia falangista, primeramente, que irá derivando hacia posiciones de cierto izquierdismo; los postulados falangistas de corte derechista estaban más que aplicados; quedaban por aplicar los puntos referentes a reivindicacio-



Raimundo Fernández Cuesta. Caricatura de Cattolica.

nes de tipo popular: reforma agraria, nacionalización de la Banca, etc. De tales posiciones se pasaba fácilmente a un radicalismo de corte sindical puro, o una desviación hacia el socialismo. Así se da la paradoja que gran parte de los estudiantes de izquierda, en los últimos años de la década del cincuenta, procedan de los grupos que hoy habría que llamar « ultras ».

En esta evolución del fascismo universitario a que se vio sometido el SEU, tienen gran importancia las « manifestaciones por Gibraltar »:

A finales del mes de enero de 1954, con motivo de la visita de la reina Isabel de Inglaterra a su posesión de Gibraltar, la prensa y la radio desarrollan durante varios días una virulenta campaña contra Inglaterra.

Cuando los sentimientos nacionalistas de los españoles estaban suficientemente exacerbados fue ordenada una manifestación. Su organización fue encomendada al SEU.



Mediante distribución de octavillas fue anunciado el día y la hora señalada para la « espontánea » protesta. Una impresionante manifestación se dirigió por la Gran Vía desde la Facultad de Farmacia hacia el Ministerio de Asuntos Exteriores. En el trayecto de la Red de San Luis hasta la Puerta del Sol empezaron a sumarse agrupaciones de falangistas con camisa azul y banderas. Ante el Ministerio de Asuntos Exteriores se requirió la presencia del entonces ministro, Martín Artajo. « Espontáneamente », con grupos de camisas azules al frente, los manifestantes se dirigieron desde el ministerio a la embajada inglesa, destrozando a su paso cuanto coche extranjero encontraron en el camino, el Banco de Londres, etc. Las calles cercanas a la embajada, estaban bloqueadas por fuertes contingentes de la policía, algunos de los cuales habían sido traídos también « espontáneamente » de las provincias limítrofes. El despliegue de fuerzas de la policía hizo que se frustrara la intención de prender fuego a la embajada. Sin embargo, el paso « fortuito » por la Castellana de varios camiones cargados de piedras dio ocasión para que fuera empleado su contenido como proyectiles contra los « grises ». A esta inesperada agresión contestaron los guardias disparando sus pistolas con balas de fogueo, pero algunas de ellas debían ser de verdad, pues hubo varios heridos e incluso se habló después de algún muerto. La indignación de los estudiantes, comprendidos los falangistas, transformó la fobia hacia Inglaterra en cólera contra la policía y el gobierno que los había impulsado a la manifestación.



Conde de Vallellano, Caricatura de Cattolica.

En días sucesivos continuaron las demostraciones ahora ya hostiles contra el ministro de la gobernación Blas Pérez y el general Hierro, a la sazón Director General de Seguridad. Al ministro le visitó una comisión del SEU, portadora de casquillos de balas, casquillos que llevaban la marca exclusiva de la Policía Armada. El tercer día los sucesos tuvieron como escenario la propia Universidad Central y allí no quedó duda alguna sobre la clase de cartuchos que usaba la policía: en el patio central el Decano de la Facultad de Derecho asistía a uno de los heridos, a quien una bala había interesado la femoral...

Desde el gobierno se hizo responsable al SEU de haber provocado disturbios, disturbios que naturalmente habían sido organizados para obedecer el mandato de dirigir una manifestación contra las decadentes democracias. Se procedió a una gran purga del sindicato que eliminó a cuantos se habían excedido fielmente en el servicio del gobierno, y que por esta razón serían mirados con mayor odio por los estudiantes. También se purgó al SEU de los elementos más politizados, dentro de la línea falangista.

En esta época empieza la decadencia de los falangistas en la Universidad, aunque no por ello dejarían en el sucesivo de ser empleados para reprimir cualquier brote de inquietud política.

Precisamente por entonces, la Falange hacía desde el gobierno los últimos intentos para afianzarse como soporte del régimen. En septiembre de 1956, Arrese convocaba una reunión de dirigentes falangistas para tratar sobre los proyectos de Leyes Fundamentales destinadas a reforzar la posición de la Falange en el Estado. González Vicén, consejero nacional de Falange, defendiendo las posiciones más intransigentes y dimitió al no poder hacerlas prevalecer contra la mayoría. En diciembre del mismo año, Arrese presenta al Consejo Nacional el proyecto de Leyes Fundamentales. En su discurso afirma que la Falange ocupa sólo al 5% de los puestos claves del país. En enero de 1957 al no haber conseguido que los proyectos de Leyes Fundamentales fueran refrendados por Franco, Arrese presentó su dimisión como ministro secretario general del Movimiento. Una última etapa de influencia falangista en el gobierno acaba de terminar.

## 2. El profesorado: primeras posturas liberales

En la monotonía de la actividad del profesorado, empezaban a abrirse pequeñas brechas durante este período. Desde el campo del liberalismo tradicional, se destacaron las intervenciones en la Universidad de Gregorio Marañón, Marías..., intervenciones muy aplaudidas.



didas, pero que no fueron nunca capaces de inspirar o alentar una oposición universitaria. Ortega volverá a alcanzar cierta notoriedad, de breve duración, a su muerte, y gracias sobre todo a los incidentes que con tal ocasión se produjeron entre las jóvenes generaciones.

Más influyentes fueron las **posturas** de otros intelectuales, que pueden ser también clasificados en este campo, como Laín Entralgo, Torres..., que verdaderamente influyeron, «dejando hacer» o incluso alentando el incipiente clima liberal universitario que empieza a desarrollarse mediada la década del cincuenta.

En el campo católico militante, algunos intelectuales se van dejando ganar por cierto liberalismo. Tal es el caso de Ruíz Jiménez. O empiezan a interesarse por las encíclicas papales y, en el cuadro de los círculos de Acción Católica y movimientos similares, a preocuparse menos de la «moralidad» y algo más de profundizar el estudio del derecho de sindicación o de la libertad de expresión. El resto del profesorado que continúa entregándose a hacer la apología del Estado Nacional-Sindicalista, variante de Fraga, prosigue la ruta de la escolástica o reivindica a Menéndez Pelayo. Y el Opus va andando — galopando — el «camino» trazado por el padre Escrivá, va ocupando las cátedras de la Universidad. En esta época una especial predilección por las de Filosofía e Historia en las que Calvo Serer, catedrático de Historia de la Filosofía en Madrid, será su mejor exponente. El control de los tribunales de cátedras será el instrumento explotado a fondo para «situar» a sus hombres en posiciones clave que le permitirán en el siguiente periodo dar «el salto político».\*

En 1954, el Opus consigue otro triunfo con la creación del Estudio General de Navarra.

### 3. Primeras manifestaciones estudiantiles importantes

Es interesante señalar que las primeras acciones estudiantiles de la postguerra, coincidan con el primer movimiento huelguístico de importancia que estalla en la primavera de 1951.

En marzo de ese año la agitación gana Barcelona durante 10 días. El alza de las tarifas de los transportes públicos, provoca el boicot absoluto de los tranvías. Al unísono en muchas empresas se producen movimientos huelguísticos. Fuertes altercados estudiantiles tienen lugar en la Universidad de Barcelona que es clau-



Joaquín Ruíz Jiménez. Caricatura de Cattolica.

surada por vez primera, mientras se efectúan numerosas detenciones.

El mes de abril queda señalado por la huelga casi general de 48 horas en el País Vasco. La represión que el régimen se cree obligado a utilizar es durísima.

En el mes siguiente, la huelga de transportes alcanza a Madrid. En esta ocasión estudiantes y fuerza pública llegarán a las manos; se practican detenciones y varios universitarios son multados.

El equilibrio interno del nuevo gobierno (1951), obtenido mediante una hábil dosificación de monárquicos, falangistas y liberales, va a facilitar la politización de la Universidad. Volvemos a recordar la oposición falangista, especialmente del SEU, a Ruíz Jiménez a la sazón ministro de Educación Nacional.

Dos incidentes significativos testimonian en 1955 de la nueva situación política general. El primero tiene lugar con motivo de la conferencia de Roberto Cantalupo en el Ateneo de Madrid: los estudiantes falangistas asaltan el Ateneo y entran en colisión con estudiantes monárquicos. La muerte y entierro de Ortega y Gasset y las manifestaciones liberales a que da lugar, constituyen el segundo. El clima universitario

\* NDLR. Véase en el volumen primero de esta obra: P. B., **Significación religiosa, económica y política del Opus Dei.**



estaba empezando a cambiar: en los pasillos de las facultades se empezaba a hablar de política. Las revistas **La Hora** y **Alcalá** empezaban a dar constancia del descontento y a la aparición de cierta heterodoxia en el seno de la Falange.

En 1955, se producirá un auténtico renacimiento de la vida política universitaria. Antes de que termine el año escolar, es lanzada la idea de la celebración del Primer Congreso de Escritores Jóvenes. Para divulgar esta idea se editó un boletín y se glosó la memoria de Ortega y Gasset. Pero el congreso, cuyos carteles anunciadores incluso habían sido autorizados, no llegó a realizarse; muchos de los universitarios organizadores fueron detenidos: Múgica Hertzog y López Campillo fueron detenidos con otros varios estudiantes. Oficialmente, el congreso será denunciado como una maniobra comunista. En un sector importante de la Universidad que empezaba a sacudirse la abulia, característica de los años anteriores, crece la indignación que va a manifestarse en los sucesos de febrero de 1956.

En los primeros días de este mes circulará profusamente por Facultades y Colegios Mayores un manifiesto pidiendo un Congreso Nacional de Estudiantes, manifiesto que sería suscrito en pocos días por algunos centenares de estudiantes universitarios. Días después, los delegados de Ciencias y Filosofía de Madrid, dirigen una carta al jefe nacional del SEU y al rector, solicitando la democratización del SEU.

El jefe del Distrito del Madrid, Jesús Gay, accedió a celebrar elecciones para consejeros de curso. Serían celebradas primeramente en la Facultad de Derecho. Pero obedeciendo órdenes gubernamentales, las suspende el día de su celebración, acudiendo personalmente a la Facultad de Derecho para impedir su celebración. Los estudiantes lo expulsan del edificio en que las elecciones tienen lugar. Por primera vez, las ganan estudiantes no falangistas. Pero, naturalmente, las elecciones serán invalidadas.

Los estudiantes protestan airadamente: destrozan los muebles de la oficina del SEU, queman los papeles encontrados en ella. También fueron arrancadas de la pared, en la misma Facultad de Derecho, las flechas simbólicas de la Falange.

La reacción de la Falange fue fulminante. Varias centurias de la Guardia de Franco, «Primera Línea» del SEU, y centurias de la Escuela de Mandos «José Antonio», invaden el viejo edificio de la calle San Bernardo, con uniforme falangista, porras y pistolas, destrozando y golpeando todo a su paso. El propio decano de la Facultad, Torres López, que intentó oponerse a la agresión, fue enviado a rodar por las escaleras. Los estudiantes reaccionaron valientemente y lograron expulsar a los varios centenares de agresores. Los estudiantes se lanzaron a la calle dirigiéndose al Ministerio de Educación Nacional gritando «libertad».

Allí tuvo lugar otro encontronazo con los falangistas. La policía intervino al final de la mañana. En esta ocasión iban a ser utilizados por primera vez los coches mangueras y la policía penetró en la vieja Universidad Central, prosiguiendo la violencia dentro de ella. Pocos días más tarde, en la ceremonia del aniversario de la muerte de Matías Montero, se produce un encuentro de estudiantes universitarios, con los grupos falangistas que asisten a la ceremonia. La policía interviene, se cruzan disparos: uno de los cuales hiere al joven falangista Miguel Álvarez. Nunca ha sido posible determinar de donde procedió el disparo. El herido estuvo unos días entre la vida y la muerte, salvándose al final.

La reacción de la Falange será aparatosa. Trata de resucitar el viejo estilo. En el caso de que Miguel Álvarez muriera serían ejecutadas una serie de amenazas no concretadas de muerte. La Falange a firmaba poseer una lista de 100 intelectuales y elementos conocidos como antifalangistas, a los que se proponía «pasear». Entre los primeros nombres de la lista se encontraban Gregorio Marañón, Laín Entralgo, Torres López. Varios estudiantes fueron detenidos. La Universidad fue cerrada en toda España. Estas luchas estudiantiles que desprestigiaron definitivamente a los falangistas en la Universidad, tendrán también consecuencias dentro del aparato del Régimen: son destituidos Fernández Cuesta, Ministro Secretario del Movimiento y Ruiz Jiménez, entonces ministro de Educación Nacional, al que se acusa de haber sido inspirador de los intentos de democratización y de liberalización de la

Dibujo de Ges.

**RUIZ JIMENEZ  
DIMIZION  
JIVALTAR PARA HEFATA  
AVAGO LA UNIBERSIDAZ**





Universidad. El SEU volverá a ser cribado: sus cargos sindicales ya no serán ocupados por la «línea política» falangista y una nueva generación de burócratas va a ocupar los puestos. En el mundo estudiantil estos acontecimientos contribuyen a una toma de conciencia y al nacimiento de una oposición universitaria cada vez más fuerte. Un nuevo período en la lucha universitaria de la postguerra queda abierto.

## De los sucesos de 1956 a las manifestaciones de mayo de 1962

### 1. Un cambio de situación

Los antecedentes inmediatos del actual movimiento estudiantil hay que buscarlos en las acciones de 1956-1957. ¿Por qué? En primer lugar, hay que señalar un techo demográfico: la primera generación de después de la guerra civil llega a la Universidad. Pero mucho más importante que este hecho nos parece la coyuntura política, fiel reflejo del cambio de orientación de la economía. En 1956, la inflación llega a su punto culminante. La burguesía monopolista financiera emprende una nueva fase de desarrollo. En febrero de 1957, el Opus entra en el gobierno. Este hecho marca la ascensión de los tecnócratas al poder o al menos, a una parte del poder. A partir de 1957, se empiezan a tomar las medidas antiinflacionistas que culminarán en 1959 con el Plan de Estabilización. Oficialmente la nueva política económica significa el estallido de la «unión sagrada» de los triunfadores de la guerra civil. La burguesía no monopolista, los sectores marginales de la industria desarrollados al amparo de la autarquía, van a ser sacrificados en aras de los intereses de las capas dirigentes de la clase capitalista: burguesía monopolista y terratenientes, enlazados a través de los grupos financieros que proyectan la apertura internacional económica en primer lugar.\* La nueva situación provoca una profunda reestructuración política. Surge una oposición pequeño-burguesa «socialista» (como la ASU y otros grupúsculos); otra, sentimentalmente revolucionaria: el FLP en su primera época y, con mayor profundidad, oposición burguesa (Democracia Social-Cristiana, Izquierda Democrática Cristiana, Unión Española, PSAD); todas ellas tienen



Composición de Ges.

en común el ser un reflejo más o menos consciente de defensa de los intereses lesionados por la nueva política franquista.

Los partidos históricos aplastados por una salvaje represión permanente entre 1939 y 1950 se enfrentan con una situación nueva, que no sabrán asimilar: el PEOS no aprovecha las circunstancias para vincularse a las nuevas generaciones. Solo el PCE realiza un profundo viraje táctico y lanza la consigna de la Reconciliación Nacional.

Esta será también la época del nacimiento de los primeros grupos políticos universitarios. La ASU (Asociación Socialista Universitaria) es quizás el grupo más importante de los formados en aquella época. Pretende ser un núcleo de formación de cuadros socialistas dentro de la Universidad. En **El Socialista** (agosto de 1957) aparece un artículo presentado por las nuevas generaciones, que dice: «No hemos tenido maestros y las pocas cosa que sabemos, las aprendimos en contacto directo con la realidad...». La ASU pretendía por esos días permanecer al margen de los partidos y declarar que su propósito era «...entablar un diálogo

\* NDLR. Véase en el primer volumen de esta obra: C. E. O. García, *De la autarquía económica al Plan de desarrollo*.



cada vez más fecundo, que sirviera para fijar la identidad de propósitos en las diversas tendencias que se extienden desde la Derecha Democrática a las asociaciones socialistas... ».

En octubre de 1957, aparece el manifiesto de la UDE (Unión Democrática de Estudiantes) que pretende englobar a estudiantes socialcristianos, socialdemócratas, liberales y socialistas. Por la misma fecha, se estructuran los ECM (Estudiantes Comunistas de Madrid). Poco después nace la Nueva Izquierda Universitaria (en Barcelona, Nova Esquerra Universitaria) germen del FLP. El MSC (Movimiento Socialista de Cataluña), recupera cierta vitalidad. En Barcelona empezará a funcionar el Comité Interfacultativo, con fines esencialmente profesionales, cada vez más sindicales; las agrupaciones políticas existentes en la Universidad, van entrando a formar parte de él con objeto de llevar a cabo una lucha de oposición al SEU y unificar esfuerzos que consigan movilizar el mayor número posible de estudiantes. En Cataluña, también, nace una organización llamada « Nueva República » estrechamente vinculada con los medios universitarios, rápidamente desarticulada por la policía que detiene a sus fundadores. Los estudiantes tradicionalistas se agruparán en la AET (Asociación de Estudiantes Tradicionalistas) intentando a través de sus panfletos ser portavoces del antifalangismo universitario..

Entre 1958 y 1960, los grupos políticos universitarios se organizan, aclaran sus ideas, inician un trabajo de formación intelectual. A ello se une la aparición en la Universidad y fuera de ella de nuevos valores: en la literatura, en las artes plásticas, en el cine, en el teatro. Lentamente, va creándose un clima cultural, que condiciona el hecho de tener que burlar la censura y que va a caracterizar el período siguiente.

## 2. El periodo de renacimiento cultural e intelectual en la Universidad

En la literatura « lo social » acaparará la atención de los jóvenes escritores, que empiezan a ser leídos en la Universidad y que personalmente están muy relacionados con los estudiantes.

El cine de Bardem y Berlanga, el teatro de Buero y Sastre son igualmente comentados. El TEU (Teatro Universitario Español de las Facultades), intenta montar obras europeas de vanguardia, que en el cuadro de la anquilosada cultura española cobran carácter « revolucionario ». Poetas como Gabriel Celaya, Blas de Otero, Angela Figuera... provocaban gran entusiasmo con sus recitales, autorizados tras arduos forcejeos

con las autoridades académicas. De vez en cuando se consigue recitar a poetas izquierdistas de prestigio mundial, como Neruda, o vinculados con la guerra como Alberti, Hernández, Lorca o Machado. Diversas revistas universitarias — en general de vida efímera — sirven de vehículos a las inquietudes de una gama variada de tendencias. En 1955, aparece **Aldebarán** y más tarde **Cuadernos de Arte y Pensamiento** y la revista oral **Nuevo Criterio**. Este último género (muy floreciente en Barcelona) tuvo gran influencia en la Facultad de Ciencias Económicas de Madrid, donde **La Tierra**, aparecido a principio de 1960, se mantiene durante dos cursos como plataforma izquierdista. **Diálogo** aparece en el año escolar 1959-1960. De contenido realmente explosivo fueron un par de números de **Libra**, revista de la Facultad de Derecho, que aparecieron en 1959. Mayor continuidad tuvo **Arista**, órgano de las escuelas de Ingenieros Industriales, que mantuvo siempre una línea avanzada. **Facultad** en Bilbao reunió en torno suyo al grupo más progresista de la naciente Facultad de Ciencias Económicas. A partir de 1962, esta efervescencia cultural disminuye, al mismo tiempo que pierde importancia política<sup>3</sup>. En 1962 van a intensificarse las acciones de lucha.

## 3. El estrato docente en este periodo

La situación del profesorado durante este período prolonga, en líneas generales, las mismas características que lo configuraban en el período anterior. Las tendencias que se manifestaban en él, se desarrollan en consecuencia del crecimiento natural y de la evolución general de la Universidad y del país.

Debe ser destacado el desarrollo del grupo progresista católico orientado hacia posiciones más avanzadas. La dimisión de Ruiz Jiménez y el aumento de « control » Opus sobre la Universidad, favorecen este proceso. Los católicos intentan romper sus vínculos con el régimen para « tener las manos más libres » adoptarán tímidamente posiciones de crítica en conferencias, escritos, en la cátedra, etc. Tales posiciones en aquel clima, parecían demagógicas: Aguilar Navarro y Jiménez Fernández son buenos exponentes. La escasez de este tipo de posturas en el profesorado les procurará un notable prestigio entre los estudiantes. Aranguren, muy ligado entonces a esta tendencia, aunque después llegue a constituir un caso aparte, constituye el mejor ejemplo de esta popularidad entre los estudiantes universitarios.

El grupo liberal, cada vez más numeroso en Barcelona y Madrid, va igualmente incrementando sus filas, manteniendo posturas más radicales de crítica en las cla-



tedras, en los coloquios, agrupados en pequeños círculos. En Madrid, Laín Entralgo es un ejemplo de esta tendencia significativo sobre todo después de haber abandonado el Rectorado de la Universidad.

En Barcelona, tales tendencias están muy ligadas con los problemas planteados por la cultura nacional catalana, lo que lleva necesariamente al establecimiento de vínculos, en mayor o menor grado, con la oposición catalana antifranquista clásica. La presencia, el desarrollo de este movimiento general, es decisivo en esta época de primeras luchas estudiantiles y su influencia sobre las jóvenes generaciones de la Universidad es capital.

Hacia 1960, se va afirmando otro grupo entre al profesorado que irá creciendo en importancia en los años siguientes. Ideológicamente, aunque de manera vaga, se define como de tendencia socialista, con variedades de matiz numerosas: de Tierno Galván (que es procesado en marzo de 1961) a Sacristán, por citar únicamente dos ejemplos extremos y representativos de Madrid y Barcelona, en esta época. Los miembros de esta tendencia se lanzan a exponer por vez primera las enseñanzas basadas en esquemas intelectuales insólitos en la Universidad franquista. El diálogo profesor-alumno se plantea también sobre bases completamente nuevas. Cierta número de profesores se

van señalando por su apoyo o su participación en las reivindicaciones y huelgas profesionales que los estudiantes mantienen esos años. Este fenómeno es muy significativo. Partiendo de estas posturas algunos de estos profesores se incorporarán cada vez más a la oposición universitaria o prestarán apoyo al movimiento estudiantil intentando, sobre todo, paliar la represión mediante peticiones, cartas de protesta, intervenciones personales en favor de los estudiantes explotados.

A partir de las manifestaciones universitarias contra el Opus y las huelgas obreras de la primavera de 1962, estas posiciones van a hacerse más firmes en el profesorado. Las cartas firmadas por catedráticos, e intelectuales, a lo largo de ese año, en favor de una mayor libertad o contra las torturas infligidas a los huelguistas asturianos, son eloquentes. Casi podríamos afirmar que constituyen el arranque de una toma de posición irreversible de una parte del profesorado.

#### 4. Luchas estudiantiles del periodo

El objetivo fundamental de las acciones estudiantiles de ese período es la lucha contra el SEU. Los estudiantes intentarán copar los cargos sindicales a escala de curso, en primer lugar; a escala de Facultad, después. Se van a celebrar elecciones en los centros de enseñanza; el SEU, ante la presión de los estudiantes, empieza a ceder, hace las primeras concesiones, que siempre quedan muy por debajo de las exigencias estudiantiles y sólo logran aumentar la insatisfacción.

En 1957, conmemorando las luchas del año anterior, en la Universidad Central de Madrid, se producen incidentes, duramente reprimidos por la policía.

En Barcelona, se celebra la I Asamblea Libre de Estudiantes que se declara al margen del SEU, sindicato que considera extraño a la Universidad. Cerca de una treintena de estudiantes pagaron con la cárcel, expedientes de expulsión y multas. Esta asamblea comenzó a clarificar los puntos de vista de los estudiantes y los objetivos más inmediatos por los que había que luchar. Por otro lado, despertó ecos en todas las universidades del país: en Oviedo, en Valladolid, en Salamanca, además de Madrid.

Antes de que termine el curso 1957, con motivo de las manifestaciones «pro-libertad de Hungría», los estudiantes de Barcelona transforman los descontentos slogans en «¡Libertad para España!» y «¡Libertad para Cataluña!». Varios estudiantes son expulsados de la Universidad, lo que origina reacciones en otros distritos universitarios.

Composición de Ges.











Camilo Alonso Vega. Caricatura de Cattolica.

cales, formulan lo que debe ser un sindicato de estudiantes, explican por qué el SEU no puede serlo, y estructuran «de hecho» un embrión de sindicato a escala de centro.

Las más importantes huelgas profesionales, tanto por la amplitud como por la gran unidad y resistencia del estudiantado, tienen lugar a finales del curso 1961, en las Facultades de Ciencias Políticas y Económicas.

Un proyecto de nueva estructuración de la carrera de Comercio, con las consiguientes convalidaciones para el paso del Profesorado Mercantil a la Licencia de Ciencias Económicas dio el punto de arranque al movimiento. Fue empleada la vía sindical para formular las protestas correspondientes; se iniciaron gestiones en los ministerios sin resultado. Se constituyó, pues, un comité coordinador de las tres facultades de Barcelona, Bilbao y Madrid, que «ante la ineficacia de las

vías legales», declarará la huelga indefinida en las tres facultades, huelga que los estudiantes aprueban; los catedráticos se solidarizan con los estudiantes y apoyan la huelga (con la excepción de Manuel Fraga Iribarne y Pascual Marín Pérez en Madrid) y como corrían los últimos días de curso se decide la no presentación a los exámenes.

En Madrid, después que la sección de Ciencias Políticas se declare solidaria con la huelga, se reúne una gran asamblea de Facultad, en la que, además de aprobar la huelga por unanimidad, se acuerda hacer una manifestación contra el ministerio de Educación Nacional. La manifestación agrupó uno 2 000 estudiantes y constituyó un gran éxito para los huelguistas que consiguieron llegar al ministerio sin ser disueltos por la policía. Dos días después se celebró otra nueva manifestación seguida de una nueva asamblea<sup>6</sup>.

En Bilbao las continuas asambleas que se celebraron con este motivo, trajeron consigo el desprestigio del SEU y lo que es más importante el que los representantes sindicales ganasen en prestigio ante los estudiantes. Aunque en principio apolítica, la huelga fue la culminación de una intensa agitación llevada a cabo durante el curso: I Congreso de Estudiantes de CCEE con un intento de crear una asociación profesional boicoteado descaradamente por el SEU; y dos huelgas con motivo del intento de reconocimiento del Estudio General del Opus.

En Barcelona la huelga de exámenes no se llevó a efecto por estar suprimida la Cámara que se había solidarizado con la campaña proamnistía; sobre el delegado, Lluch, pesaba la amenaza de expediente.

A pesar de las amenazas oficiales, difundidas por la prensa, la abstención a los exámenes de junio produce un efecto a escala nacional y entre los estudiantes una sensación de fuerza. La caída de Rubio como Ministro de Educación Nacional puede ser atribuida a estos hechos. El nuevo decreto que reglamentaba el SEU fue publicado precipitadamente también a raíz de la huelga. Efectivamente, el régimen se dispuso a evitar la repetición de tales actos.

El ministerio anuló las matrículas y el Delegado de la Facultad de Madrid, Benavides, que había tenido una destacada actuación, fue obligado a abandonar esta ciudad.

Los alumnos de las Escuelas de Comercio se sentirán cada vez más defraudados por las posturas del jefe del SEU, que en los años siguientes pretenderá descargar las culpas unas veces en los estudiantes de Ciencias Políticas y Económicas, otras en los de Comercio, intentando mantener el enfrentamiento. Sólo conseguirá despertar una desconfianza cada vez más acentuada en el sindicato de los estudiantes de Comercio.

Por último serán las Escuelas Técnicas quienes declararán huelgas. Centros absolutamente despolitizados, pero será en ellos donde por motivos exclusivamente



profesionales y ante la incapacidad del SEU, las cámaras deciden una total separación del sindicato. En Barcelona se desarrollará un tipo de acciones de signo muy distinto. Si bien en Madrid toda la actividad se centra en lo profesional, aquí no ocurre lo mismo.

Hay que tener en cuenta que en la Universidad de Barcelona el «copo» de los cargos sindicales a escala de centro era total por parte de los grupos de oposición, y que los departamentos de facultad eran aprovechados como verdaderos trampolines políticos.

...Pero si la política de ocupación del SEU fue un éxito, no se puede decir lo mismo de la utilización que se hizo de las oportunidades legales. La prueba fue el curso 1960-1961 en la Universidad de Barcelona. En la mayoría de las Facultades todos los departamentos funcionaban como si no hubiese régimen de dictadura. Florecieron actividades de todo tipo y de todo signo. Se había «conquistado la libertad». Y fue una tentación demasiado fuerte que no pudieron resistir los ingenuos dirigentes de las terribles organizaciones subversivas de la Universidad. Las obras de teatro se transformaron en sátiras políticas, las conferencias en mítines, los diarios murales y revistas, en provocaciones. Y el más grave error llegó en los momentos de tensión producidos en enero de 1961, cuando miembros del Opus atacaron a puñetazo limpio a los actores del Juicio Bufo de la Facultad de Derecho, a causa de las burlas de que eran objeto. La Cámara de la Facultad de Derecho dio la orden de huelga general que fue absolutamente seguida durante una semana. En varias Facultades se expulsó de sus cargos sindicales a los miembros del Opus. Se movilizaron manifestaciones y se extendió la huelga a otras Facultades. El error no fue utilizar en forma tan descarada las vías legales sino en pretender permanecer dentro de la legalidad cuando de hecho ya había sido rebasada. Los estudiantes, ante las brutalidades y provocaciones del Opus, estaban dispuestos a salir a la calle (al grito de «¡Quemad el Monteroles!»).

De hecho era la continuación lógica de la acción. Sin embargo se frenó. Algunos dirigentes del PSUC opinaron que no se podía llegar más lejos. La NEU, partidaria de impulsar la acción, no supo llevarla a cabo. El resultado fue que las sanciones se produjeron igualmente, que las «autoridades» tomaron sus medidas como si los desórdenes hubieran existido. Pero la gota que rebasó el nivel permitido fue la campaña pro-Amnistía, apoyada oficialmente por las Cámaras de Facultad!, sin que la gran mayoría de estudiantes supiera ni de que se trataba. Inmediatamente, por orden del rector, fueron disueltas todas las Cámaras y suspendidos los actos universitarios. A estas medidas momentáneas habían de seguir los nuevos textos reglamentarios (decreto de reorganización del SEU de septiembre de 1961), que tenían la curiosa particularidad de que todas las nuevas disposiciones eran parches colocados en los puntos por donde se habían producido las actuaciones estudiantiles. Todo el trabajo de ocupación sindical y aprovechamiento de actividades legales parecía perdido. Esto provocó una crisis que ya venía preparándose en el bloque de las izquierdas universitarias, hasta entonces unido, en Madrid empíricamente y en Barcelona institucionalizado en el Comité de Coordinación Universitaria (CCU).

La NEU desarrollaba desde hacía tiempo una campaña de purismo revolucionario poco adaptable al ambiente de la Universidad española. Su tesis era la siguiente: datos en mano, la Universidad es un medio burgués; por tanto, luchar para levantarla incumbe a los burgueses y no a los estudiantes revolucionarios; con arreglo a las tesis del FLP, la política a seguir era la organización y la acción cara a una revolución popular inmediata; la Universidad no podía servir en esta táctica más que como punto de apoyo, como centro apro-



visionador de cuadros. Pero esto suponía una condena de la política sindical que requería gastar cuadros y energías para defender los intereses del estudiantado burgués. Las tareas que había que realizar eran una organización más clandestina, una política de «no quemarse» inútilmente en acciones puramente universitarias. El resultado fue la retirada de la NEU, que en aquellos momentos disponía de una fuerza considerable, del CCU.

Por consiguiente, el curso 1961-1962 vio la actividad sindical y legal prácticamente cortada en todas las universidades. De un lado, los nuevos reglamentos implantaban una dictadura del decano e inmovilizaban a las Cámaras; por otra parte, NIU-NEU, una fracción de los socialistas y algún otro grupo, habían renunciado a la política sindical hasta entonces llevada. Sin embargo, si los errores habían conducido al fracaso de las actividades sindicales, algo era cierto: se había conseguido crear un «clima». Y este clima facilitó enormemente la nueva táctica seguida en el curso 1961-1962: la táctica de acciones directamente políticas, que en Madrid se realizaron bajo el signo de la lucha contra el Opus y sus intentos de monopolio de la enseñanza, mientras que en Barcelona se producían las acciones de masa más importantes de los últimos años: las jornadas de febrero de 1962.

(Del trabajo de Jorge Bonet, El movimiento estudiantil en España).



...En la Facultad de Derecho de Madrid tiene lugar uno de los hechos más jocosos de la historia de la Universidad española en los últimos años. Una vez concluidas las carreras militares de Tierra, Mar y Aire, el «príncipe» Don Juan Carlos comenzó, según declaración oficial, el estudio de diversas carreras civiles; una de ellas la de Derecho. Fiel y dócil a toda clase de manejos, se prestó al juego, o «pamema» como lo llaman los castizos. Acudía a la Facultad algunos días. En un despacho de los seminarios algunos profesores le daban —suponemos— lecciones de algo referente al Derecho. Con ello podía afirmar que asistía a la Universidad para estudiar una carrera civil. Los estudiantes, que se enteraron, lo esperaron un día pacientemente, ocupando totalmente el vestíbulo, las escaleras y los





Composición de Ges.

rellanos. Por fin, del ascensor exclusivo para catedráticos salió «Su Alteza» del brazo del Ilustrísimo Señor Decano Don Leonardo Prieto Castro. Un silencio total y una mirada fija en ellos fue el recibimiento hecho por más de un millar de estudiantes. Juan Carlos se puso rojo (de turbación, por supuesto), y se le notó una dificultad en el andar. Sonó una voz —«¡Vivan los novios!»— la carcajada fue total y a esta frase se añadieron otras como ¡Viva Fabiolo! ¡Viva Vicente Parra! ¡Adiós, guapetón! y otras de la misma índole.

En los días siguiente las muestras de desagrado fueron creciendo y las frases eran más directas, tales como ¡Rey no! y ¡A casa!; grupos falangistas le gritaban ¡Falange sí! ¡Juanito no! y los carlistas daban vivas al «Rey Javier». En una conferencia que pronunciaba el presidente del Tribunal Supremo del Trabajo de la República Federal Alemana, profesor Nipperday, se produjeron serios disturbios, hasta querer algunos agredir a Juan Carlos.

Unos días después el decano convocaba la Cámara Sindical de la Facultad y, con lágrimas en ojos, pidió ante el regocijo de los presentes, que cesaran las burlas. Posteriormente Juan Carlos penetró en algunas aulas sentándose en los bancos que eran rápidamente abandonados por los estudiantes. Pasado algún tiempo nadie reparaba en un joven, de aspecto que no sabemos decir si era sajón o germánico, pero sí que no era de aspecto español, que conversaba con los «marquesitos» de la Facultad.

A medianos de curso dejó de presentarse por la Universidad. Volvió a hacer cursillos militares y luego marchó a Grecia. **ABC** publicó que el Príncipe Don Juan Carlos había terminado con gran éxito las carreras de Derecho, Filosofía y Letras (no especificaba qué especialidad) y la de Ciencias Políticas y Económicas (tampoco precisaba la especialidad).



Uno de los profesores que le dieron clase decía a uno de sus auxiliares: «Llevando, como llevo, más de 20 años dando clase, fíjese la gran cantidad de alumnos que habrán pasado por mis manos, y ¡cuidado que los he conocido torpes! Pues como éste ninguno. Para lo único que puede servir es para vestirlo de marino y pasearlo por ahí para que no digan que los españoles somos tan bajitos».

Podemos hacernos una idea de la impresión que causaría en Juan Carlos la actitud de los estudiantes por el hecho de que, con anterioridad a los incidentes, cuando el decano le dijo que procurara alternar en la Facultad porque si no sería mal visto por los estudiantes antimonárquicos, respondiera: «¿Pero es que hay estudiantes antimonárquicos?»

En lo anteriormente relatado desempeñaron un papel preponderante los componentes de un grupo de derecha: la AET (Asociación de Estudiantes Tradicionalistas), que desde hacía algún tiempo usaba una violencia y un extremismo rayano en el terrorismo. Denunciaron mediante octavillas el asesinato del teniente general Juan Bautista Sánchez, capitán general de Cataluña. Atacaban con saña los abusos y el nepotismo tan profusamente extendido. Los grupos de izquierda y los monárquicos de Don Juan eran objetivos predilectos de su propaganda. Sus ataques al SEU fueron mordaces y certeros. En una de sus declaraciones pusieron de



Composición de Ges.



ESTO DE QUE ME  
DEJE EL TRONDO  
PALO ES MAS  
DIFICIL QUE UNA  
QUINIELA DE 14  
RESULTADOS



Dibujo de Ges.

manifiesto el gran negocio que había hecho la jefatura nacional del SEU al organizar un festival, montado en el Palacio de los Deportes de Madrid, para recaudar dinero con destino al Fondo de Igualada de Oportunidades. Con tal «negocio» se perdieron más de 800 000 pesetas. Cuando surgió el problema de la Universidad del Opus Dei, tomaron su defensa sin escatimar insultos a diestro y siniestro, llegando a tildar de comunistas a los profesores Prados Arrarte y Aguilar Navarro. Se llegaron a proferir incluso amenazas de muerte y hasta se quiso raptar a un estudiante introduciéndole en un Land Rover en las cercanías de la Glorieta de Quevedo.

Los falangistas seguían reclusos en una especie de «ghetto» en la calle del Barquillo, de Madrid, y de la Sirena Alegre, de Barcelona.

Se reunían, intentaban politizar a los «arqueros» de OJE, criticaban a las autoridades del Movimiento, a las cuales tildaban de traidores, y se llenaban de indignación con sólo pensar que se toleraban los **boys scout**. Publicaban una revista, **Marzo**, en la que se atacaba duramente al capitalismo, se hablaba de la imperiosa necesidad de la reforma agraria, de la nacionalización de la banca, de la creación de un Estado sindical, etc., y se llegó a hacer la apología de Fidel Castro y hasta de Patricio Lumumba; pero también se hablaba de la actualidad de la doctrina de José Antonio y se hacían veladas justificaciones de los regímenes totalitarios de Italia y Alemania.

Habían perdido e incluso olvidado de forma consciente su antigua agresividad, a excepción de algunos de sus elementos que, como Antonio Sánchez, «Sancheiro», soñaban con asaltar el Ateneo de Madrid por considerarlo un nido de «rojos». Elementos de esta línea recordaron viejas épocas terroristas a costa de propinar una formidable paliza a un estudiante izquierdista de Filosofía y Letras. Sánchez Llorente, al que entre varios falangistas ence-



rraron en los servicios de la Facultad de Derecho. Días después, otro falangista de Derecho, Pascual Encuentra, fue pagado con la misma moneda.

Su disconformidad con el gobierno y, aún más, con el jefe del Estado, era manifiesta. En la celebración del 25 aniversario de la exaltación del Caudillo a la jefatura del Estado, ante las exclamaciones de « ¡Franco! ¡Franco! », un grupo de ellos contestaba « ¡Falange! ¡Falange! ». La muchedumbre se apartó de su lado, abandonándolos una vez más. Algo similar ocurrió el mismo año en La Coruña, con motivo de la visita de Franco a esta ciudad. En el Valle de los Caídos, coincidiendo con los funerales de José Antonio, en el momento de « alzar », y ante toda la teatralidad del acto, se oyó un grito de « ¡Franco, traidor! ». Su autor fue condenado a 12 años de prisión. Un reducido grupo, cuya vinculación con el Círculo de las Cinco Rosas y con la FEA (Falange Española Auténtica) es un tanto vidriosa, publicó en la clandestinidad las revistas **La Beja** (humorística), **Ahora o nunca** y **El Patriota**; fueron detenidos.

[Del trabajo de Jorge Cerezo Röhl, *Veinticinco años de lucha universitaria*].

## 5. SEU: transformación en un aparato burocrático

A raíz de los sucesos de 1956, el SEU había sidocribado. Y fue convertido en el monopolio de burócratas gelatinosos y arrivistas de los que será prototipo el nuevo jefe del SEU: Jesús Aparicio Bernal.

El aire de democracia orgánica que se quiere dar al SEU cristaliza en la Orden de la presidencia del gobierno de 18 de octubre de 1958. Su primer artículo dice que el SEU es la: « Corporación de estudiantes de los Centros de Enseñanza Superior a través de los cuales éstos participan en las tareas colectivas de sus centros, son representados en los órganos del Estado, cuyas decisiones les afectan, y se insertan como comunidad en el orden corporativo de la sociedad española ».

La orden introducía cierta democratización e escala de centro: cada curso se elegiría un consejo de diez estudiantes que a su vez designaban un Delegado de curso. El conjunto de los representantes de los diversos cursos constituía la cámara sindical de Facultad; a propuesta de ésta, el jefe de distrito del SEU nombraría el delegado de Facultad. Los jefes de distrito y el jefe nacional siguen siendo nombrados por el Ministerio.

Un sistema de frenos e intervenciones previstos por la Ley, ponía trabas encaminadas a controlar al estamento electivo de los centros y a la vida sindical de los mismos. La autoridad que se concedía a los Decanos (que podían oponerse onnómodamente a las decisiones y actitudes de las Cámaras) completaba el sis-

tema de frenos destinado a limitar la acción de la « parte electa del Sindicato ».

A pesar de todo, la lucha se entablará desde los cargos y órganos democráticos del Sindicato. La presión cada vez más intensa de los estudiantes va modificando « de hecho » la situación establecida por el Decreto. El SEU, con mayor o menor resistencia, va cediendo a esa presión para « evitar males mayores » y los Decanos (o al menos parte de ellos), hacen la « vista gorda », sintiendo poco entusiasmo por el papel que la Orden les ha asignado. Así: — en el estamento representativo de los centros, el poder de decisión o de veto de los jefes de distrito respecto al nombramiento de los delegados de Facultad se rebaja y los delegados van a ser nombrados con mayor frecuencia sin que los « mandos » del SEU tengan intervención alguna, sobre todo en los centros más combativos; — las cámaras sindicales, pese a las cortapisas legales, consiguen progresivamente mayor influencia, toman decisiones que desbordan los límites que la legislación les reconocía y que muchas veces tendrán que aceptar los jefes del Sindicato. Se convierten en la principal plataforma reivindicativa de los estudiantes y desde la cual se mantendrá una oposición constante; — esos órganos, más o menos autónomos, que los estudiantes van a controlar, permitirán montar una serie de servicios y departamentos que desempeñarán un papel decisivo, reavivando la vida universitaria y manteniendo la inquietud en el estudiantado; los departamentos de actividades culturales, profesionales, información, etc., van a ser instrumentos valiosos para desarrollar la lucha estudiantil.

Tales cambios transforman profundamente el SEU.



...Paso a paso, los falangistas universitarios iban colocándose más en la oposición, actuando a través de grupos, más o menos clandestinos, como el Círculo de las Cinco Rosas. Una fracción del Frente de Juventudes intentó resucitar las JONS, con la ayuda de algunos jerarcas del Movimiento, que los dejaron en la estacada cuando la policía realizó la consiguiente redada. Entre los detenidos se encontraba José Molina Samos, hijo de un coronel del Cuerpo Jurídico del Ejército; en su juicio, la defensa citó a varios jerifaltes de Falange con el fin de que respondieran a las preguntas sobre si la propaganda encontrada coincidía o no con la de la doctrina falangista; no se atrevieron ni a aparecer.

Las Primeras Líneas del SEU fueron prohibidas. Algunas centurias, como la «Ramiro Ledesma» decidieron su propia disolución. Es conocida una pintoresca anécdota protagonizada por los miembros de la llamada «Legión José Antonio», elementos bastante activos de la Falange. Habiéndoles dado varias evasivas el subjefe provincial del Movimiento de Madrid, un buen día se presentaron en su despacho, lo invadieron, se orinaron por todos los rincones, y se marcharon del mismo modo que llegaron, ante el escándalo y la estupefacción de las secretarías.

Otro sector de falangistas capitaneado por Fernando Elena, antiguo jefe de distrito de Madrid durante los disturbios de 1956, intentaron agarrarse a la última posición que les quedaba dentro del SEU: la cooperativa. De ella hicieron un enclave falangista. La aventura concluyó con un enorme déficit, al cual se echó tierra encima y nunca más se volvió a hablar del asunto.

El principal enemigo de los falangistas, eran los burócratas del SEU: Farré Morán, Rodolfo Martín Villa, Aparicio Bernal, Mariano Nicolás, etc., a los que acusaban, primeramente, del terrible pecado de no ser del partido, a pesar de que asistieran, aunque de mala gana, a los actos oficiales vestidos con el uniforme fascista. En segundo lugar se les acusaba de ser unos «toreros de estudiantes» con el único fin de conseguir un buen puesto. En esto último no estaban muy desorientados: Farré Morán pasó de gerente al Plan de Promoción Social Obrera; Martín Villa fue nombrado presidente del Sindicato del Papel y Artes Gráficas. Aparicio Bernal, director general de Radiodifusión y Televisión y Mariano Nicolás, gobernador de Cuenca...

(Del trabajo de Jorge Cerezo Röhl, *Veinticinco años de lucha universitaria*).

A partir de este momento el SEU tiende a quedar reducido a problemas estrictamente profesionales. Pero tampoco en este terreno consiguió «grandes triunfos» que le permitieran ganarse la confianza de un sector importante del estudiantado. Su verdadera característica en este período será tratar de conseguir la tranquilidad a costa de lo que fuera.

Frase definitoria de la posición y actitudes de los «jerarcas» del SEU es la que Rodolfo Martín Villa, jefe nacional entonces, dirigió a una comisión de la Facultad de Ciencias Económicas de Bilbao que lo visitaba con motivo de los problemas profesionales que les planteaba la nueva ley de reforma de las enseñanzas mercantiles y comerciales: «¿Pero creéis vosotros que por defender vuestros problemas, voy a jugarme el puesto y mi futuro...?».



Composición de Ges.



...La inactividad y la inoperancia del «Partido» junto con la línea blanda seguida por los más honrados dentro de Falange, dio lugar a que un grupo de entre ellos se escindiera formando un movimiento neofascista, con ciertas vinculaciones con la OAS francesa y los neofascistas italianos. Era la «Joven Europa», sucursal española de la internacional fascista, dirigida desde Bélgica por antiguos colonos del Congo y por militantes nazis. En su versión española estaba dirigida por Antonio Méndez, José Briz y el teniente Cortina, en Madrid; en Vizcaya su jefe era un tal Talón. A pesar de que tenían su sede en el propio edificio de la Delegación Nacional de Sindicatos, concretamente en el Centro de Estudios Sindicales, su animosidad hacia el franquismo «oficial» dio lugar a que se convirtieran durante cierto tiempo en enemigo número uno del mismo. Sus actos y reuniones fueron sistemáticamente prohibidos por la policía. Las circunstancias internacionales les resultaron adversas, sobre todo la francesa en la cual tenían puestas todas sus esperanzas. Intentaron actuar y en cierta manera participaron en los sucesos universitarios acaecidos en el año 1962, llegando a ser detenidos varios de sus miembros. Al ser rechazados en las uniones de estudiantes, su jefe, Antonio Méndez, amenazó con dar nombres a la policía. Disensiones internas acabaron con tal movimiento.

(Del trabajo de Jorge Cerezo Röhl, *Veinticinco años de lucha universitaria*).

A finales de este período, la intensa actividad de los estudiantes que aprovechan hasta el máximo los órganos sindicales de centro por ellos controlados, para oponerse duramente a la «parte no representativa del Sindicato» y para impedir con éxito que ésta intervenga en la vida sindical de las Facultades y Escuelas, provoca el nuevo decreto ordenador del SEU de 18 de septiembre de 1961. A pesar de que, según dijo Martín Villa, entonces «jefe del sindicato», en la inauguración del curso 1961-1962 «colmaba las aspiraciones de los estudiantes, que lo acogieron entusiasmados», el nuevo decreto intentaba aumentar el control de la vida sindical de los centros sobre todo reforzando las atribuciones de la autoridad académica, poniendo en manos de ésta, entre otros resortes, el poder oponer su veto a los cargos electivos de los centros, la aprobación de la celebración de las cámaras sindicales, etc.

Las consecuencias inmediatas serán:

1. Disminuir la fuerza del SEU, que para seguir manteniendo el control sobre su base, tiene que traspasar parte de sus atribuciones a las autoridades académicas, demostrando con ello plenamente su impotencia. Las autoridades académicas ven reforzada su posición y se convierten en el órgano idóneo para tener «a los estudiantes sujetos». Más tarde, las autoridades académicas, en muchos casos miembros del Opus o instrumentos suyos, serán el agente de represión contra los estudiantes y la barrera más sólida (instruyendo expedientes académicos) que el gobierno opondrá a las aspiraciones estudiantiles.
2. Al intentar «Dar marcha atrás», suprimiendo las conquistas conseguidas por los estudiantes en años

anteriores al Decreto, se incrementa la lucha universitaria.

## El curso 1961-1962

Al igual que el 1956 este es otro año esencial en la lucha universitaria. Representa el cierre de un período y la apertura de otro caracterizado por unas acciones más generalizadas y con reivindicaciones más próximas a las de otras capas sociales.

El curso se inicia bajo el signo del nuevo decreto sobre el SEU del 18 de septiembre de 1961. Desde su promulgación, el decreto es atacado por los estudiantes. En Madrid una comisión representativa de las Facultades de Filosofía, de Ciencias Políticas y Económicas y de Derecho publica un documento aprobado por las cámaras, denunciando las limitaciones que establece el decreto y manteniendo una serie de reivindicaciones. La cámara de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, publica un *Estudio sobre el Decreto*<sup>7</sup>. Este documento además de condenar al SEU, hace su historia, denuncia el estado de la enseñanza superior en España y formula peticiones de signo democrático.

A finales del otoño de 1961, nace la FUDE (Federación Universitaria Democrática española), jalón esencial en la lucha por la democratización de la Universidad española. Reseñamos a continuación brevemente el proceso de gestación de la FUDE. A partir de las fuertes represiones de 1958 y 1959, la ASU llevaba una vida precaria, limitando su actuación a su presencia en



algunos núcleos culturales como el Ateneo y la AECE (Asociación Española de Cooperación Europea). En 1960 se desgajó de ella un sector que forma las Juventudes Socialistas (JS)<sup>4</sup>.

Cuando en otoño de 1961, se concibe la idea de crear la FUDE se manifiestan dos tendencias: la primera, quería sólo realizar una mera unión de los estudiantes de los partidos políticos para llegar a la acción común en la esfera universitaria. Esta tendencia estaba patrocinada por el FLP; la otra, apoyada por el Partido Comunista y las JS, y que fue la que prevaleció, entendía que se debía constituir una organización estudiantil desligada de los partidos políticos, auténticamente democrática y seguida por los estudiantes, que encauzara sus energías. En diciembre la FUDE había redactado sus estatutos y a principios de 1962 lanza sus primeras octavillas. Muy poco después, el 5 de febrero de 1962, son detenidos Gómez Llorente, Miguel Ángel Martínez, Miguel Boyer y Ángel de Lucas, acusados de pertenecer al Partido Socialista y de haber fundado la FUDE. En acto de protesta pequeños grupos de estudiantes se manifiestan en la esplanada de las Facultades de Filosofía y Derecho. Se realizan colectas para pagar las fianzas exigidas y tienen lugar incidentes con otros grupos de estudiantes, que sostenían que dada la filiación socialista de los detenidos «estaba bien que los detuvieran». Para la FUDE este acto constituye un tímido bautizo de actuación a la luz del día.

Pero en Barcelona se están desarrollando al mismo tiempo importantes acontecimientos. En diciembre de 1961, el CCU (Comité de Coordinación Universitaria) decide lanzar una «campana democrática» que debía ser desarrollada a lo largo del segundo trimestre del curso. Esta campaña, concebida como un gran despliegue propagandístico y de agitación, debía tener como resultado la movilización de los estudiantes en torno a los cinco puntos del programa democrático del CCU: — derrocamiento de la dictadura e instauración democrática; — libertad sindical; — amnistía; — libertades nacionales para Cataluña; — retirada de las bases americanas.

La campaña se inició a mediados de febrero de 1962 con una vasta acción nocturna que consistió en inscribir sobre las paredes del recinto viejo de la Universidad de Barcelona los *slogans* correspondientes a los citados puntos. Dos estudiantes (Sánchez y Armera) fueron sorprendidos y detenidos, otro debió exilarse; por último, Joaquín Semper, considerado como el responsable de esta acción, fue detenido y condenado. Toda una promoción de estudiantes que aún no frecuentaba la Universidad en 1957, tuvo entonces ocasión de manifestarse. Muchos de ellos recibieron aquí su «bautismo de fuego». Dentro del recinto universitario, y a pocos metros de la policía tuvo lugar la II Asamblea Libre de Estudiantes, que a diferencia de la

de 1957, no fue seguida de represión alguna. En marzo, la Campaña Democrática había alcanzado, e incluso rebasado ampliamente, sus objetivos: grandes masas de estudiantes habían accedido a la lucha sindical<sup>5</sup>.

## 1. Sucesos de mayo de 1962

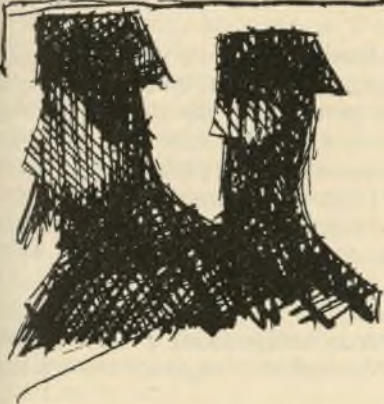
En los meses de abril a mayo una ola ininterrumpida de huelgas y acciones obreras sacude todo el país. Las noticias que informan del desarrollo de la huelga minera en Asturias y la declaración del estado de excepción, son recibidas en la universidad con verdadera angustia, en un ambiente de gran excitación.

Pasa también a primer término el problema del Estudio General de Navarra, al que se pretende elevar a la categoría de Universidad. Por este motivo se reúne la Cámara sindical de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de Madrid. A esa Cámara acuden numerosos estudiantes, no sólo de ese centro, sino de todos los demás. Los militantes del Opus intentan poner trabas al desarrollo de la Cámara atacando a sus oradores, y logrando ser abucheados por los asistentes. La nueva cámara convocada para el día siguiente tendrá lugar y terminará con una manifestación, en la que participarán de 200 a 300 estudiantes. Saliendo de la vieja Universidad Central, encabezada por un grupo de mujeres, la manifestación gritaba ¡Opus no, mineros sí! y cantando «Asturias, patria querida...» consigue llegar hasta la Gran Vía sin que la policía intervenga. Aquí la policía hará acto de presencia, dispersará la manifestación y practicará algunas detenciones. Para el día 7 de mayo hay convocadas dos manifestaciones: una en la Moncloa y otra a favor de los mineros en la Plaza Cristo Rey. La afluencia de estudiantes es muy numerosa; las calles comprendidas entre ambos lugares están llenas de estudiantes; los «grises», en un principio, se limitan a ir en columnas por ambos lados de la calle, siguiendo a los estudiantes. Pronto las dos manifestaciones se van a fundir en una sola. Entonces la policía intervendrá brutalmente, intentando cercar a los estudiantes: carreras, golpes, algunos estudiantes que se enfrentan con la policía armada... durante varias horas. Son detenidos 28 estudiantes a los que se imponen fuertes multas<sup>6</sup>.

Una nueva reunión en la plaza España para protestar contra la brutal actitud de la policía será convocada para el 8 de mayo. Los grupos de estudiantes que van llegando son privados de su carnet por los guardias y obligados a circular; otros son detenidos<sup>7</sup>. En vista de la imposibilidad de efectuar demostraciones externas, los universitarios se recogen en el edificio de la Universidad Central donde intentan constituirse en cámara. Los enviados del SEU parlamentan en el Decanato con varios delegados de los estudiantes, sin llegar a resultado concreto alguno. Por la tarde, se



Yo esperaba que ella me iba a ayudar, que, dada su comprensión, íbamos a llegar a un acuerdo; pero no, la traidora, la pífida, la malvada, cerró los ojos y respondió categóricamente:



Composición de Ges.

constituye la II Asamblea Libre de Estudiantes, que protesta contra: la brutalidad de la policía, la carencia de representatividad del SEU y la constitución de la universidad de Navarra. Se crea una comisión que discute con Regalado, jefe del distrito del SEU, el pago por éste de las multas impuestas a los estudiantes. Los estudiantes permanecerán encerrados en la Facultad, hasta las 10,30 de la noche, después de haber obtenido garantías de que no serían tomadas represalias contra ellos y de que el SEU pagaría las multas impuestas.

El movimiento continúa desarrollándose, el día 10 se celebra, frente a la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, una reunión en la que se manifiesta « la necesidad de un sindicato estudiantil auténticamente representativo ».

Las noticias de las huelgas obreras y las luchas universitarias de Madrid, llegan poco a poco a la Universidad catalana; fracasan varios intentos de concentración en los patios de las facultades barcelonesas. Finalmente, el día 9 de mayo, en la Facultad de Ciencias Económicas de Barcelona, se celebra un acto cultural en una revista oral sobre el « Realismo literario » (en el cual participan entre otros intelectuales; J. M. Castellet, G. Celaya, J. A. Goytiso, J. Gil de Biedma, A. Sastre, F. Vallverdú...), que despertó gran entusiasmo entre los asistentes. A la salida, alrededor de

doscientos estudiantes marchan en manifestación hacia las Ramblas, gritando ¡Viva Asturias! ¡Libertad! El día 10, alrededor de 250 estudiantes se concentran en el patio de la Facultad de Ciencias Económicas, gritando los mismos **slogans** que en días anteriores. El viernes, día 11, es convocada una manifestación a las 6 de la tarde en la Facultad de Ciencias Económicas, que es ocupada por los estudiantes. Los estudiantes llenaban la Plaza de la Universidad. La policía, con numerosos jeeps, dos tanques de agua y guardias a caballo fueron cercando el edificio, mientras los estudiantes gritan ¡Asturia sí, Franco, no! La policía penetra brutalmente en la Facultad, golpeando a los ocupantes con gran saña y practicando gran número de detenciones. En esta « tarea » le prestan un valioso auxilio los estudiantes del Opus, que colocados en las puertas iban señalando a los estudiantes que había que detener.

Durante una semana, la Universidad permanecerá prácticamente ocupada por la policía y serán efectuadas nuevas detenciones.

A raíz de estos acontecimientos varios estudiantes serán condenados. Algunos de ellos a penas de 1 a 3 años de cárcel; el resto de los detenidos irán siendo puestos en libertad, en general tras periodos de 7 a 13 días de cárcel.

En esta ocasión, alguna de las universidades de provincia se movilizan igualmente: en Valencia, Valladolid, Sevilla, Bilbao y Oviedo se producen manifestaciones con más o menos fuerza y choques con la policía que efectúa detenciones. En estos días y en los siguientes son detenidos también otros muchos universitarios militantes del FLP y del Partido Comunista (organizaciones estudiantiles más castigadas por su participación en las huelgas obreras).

« El curso de 1961-1962 y, con él, este período de lucha universitaria, se desarrolla bajo el signo de la represión. Entre los estudiantes universitarios se extiende un sentimiento de desaliento que termina de ahogar el anterior entusiasmo, truncado drásticamente por la represión.

A pesar del ambiente de terror provocado por la violenta acción policíaca y por las torturas, se abre camino el propósito de reanudar en el próximo octubre la lucha sindical estudiantil sobre nuevas bases más elaboradas. Los acontecimientos de mayo tuvieron como consecuencia una mayor politización. Los procesos de radicalización de estudiantes que hasta entonces habían actuado como simples espectadores fueron numerosos. No obstante, no se planteaba siquiera la posibilidad de movilizar estas nuevas masas de universitarios en acciones semejantes a las del curso que terminaba. Los rasgos esenciales de este período son importantes para la comprensión del curso siguiente (1962-1963), que se caracterizará más por la consolidación y preparación que por la acción »<sup>12</sup>.



## Una nueva etapa

...1962, con su secuela de cientos de estudiantes detenidos, decenas de condenados y exilados. Y esto es así porque la primavera de 1962, con la expresión violenta de las contradicciones que iba engendrando el capitalismo español, y por lo tanto el movimiento obrero representa un viraje de la política española.

El régimen franquista, asaltado por el amplio movimiento huelguístico, se ve en la necesidad de acelerar la evolución iniciada confusamente por el equipo del Opus, uniéndole una nueva ola « liberal », de la que el hombre-figurón es Fraga. Con este golpe de timón, el inefable « Caudillo » arrebatada a los conjurados de Munich la bandera política que habían levantado y decía a los monopolios españoles y a sus aliados europeos: « Dejadme, ya lo haré yo que tengo el palo y el orden público ». Pero este nuevo programma implicaba ciertos cambios que resume la « política de liberalización ». Liberalización para la burguesía, evidentemente. Que para el proletariado no había sino represión; lo atestiguan la implacable serie de consejos de guerra contra los militantes comunistas, FLP, libertarios, nacionalistas vascos y sin partido, el asesinato de Grimau, la represión salvaje contra los petardistas anarquistas, las torturas, encarcelamientos y deportaciones de los obreros asturianos, y otra tantas violencias, que día tras día lleva a cabo el aparato estatal del capitalismo español contra los elementos más activos de la clase obrera...

...Sin embargo, la liberalización, aparte de un **slogan** propagandístico, es un hecho real que se traduce en particular en una mayor apertura hacia el extranjero, en un nuevo ambiente cultural e intelectual, en una cierta tolerancia hacia inquietudes profesionales e intelectuales sospechosas quizá para un Fray Justo Pérez de Urbel pero perfectamente comprensibles en la óptica de una burguesía optimista y dinámica. Pese a que en las estructuras universitarias no se ha hecho notar la liberalización, pese a que el poder absoluto del decano y el control por la jefatura del SEU de distrito han sido reforzados, para evitar el desbordamiento por parte de los estudiantes, la nueva actitud política e intelectual no podía dejar de influir en la Universidad, en especial, a través de un cambio de mentalidad paulatino en la masa estudiantil.

Al mismo tiempo, esta ampliación de horizontes se realizaba en presencia de un grupo social universitario en evolución. Y esto en dos sentidos. Por un lado las necesidades del sistema exigían una apertura de la base social de la Universidad. Es impensable que en un país capitalista en situación de rápido desarrollo como es España (pese a zonas de subdesarrollo económico-social, problema que en mayor o menor grado sufren todos los países industrializados) se pueda mantener una Universidad de casta como era la española hasta hace poco tiempo. Esto no modifica en un ápice el que sea una « Universidad burguesa ». Pero no basta decir que « es un medio burgués ». Hay que diferenciar las capas de la burguesía, hay que distinguir el campesinado propietario medio; hay que caracterizar netamente la pequeña burguesía, etc... Teniendo en cuenta todo esto, nos parece que en los últimos años se está produciendo un ensanchamiento de la base social de reclutamiento de los universitarios. Faltan estadísticas de esta evolución. Sin embargo un dato es claro: la supresión de las barreras de entrada en las Escuelas Técnicas Superiores que ha provocado un extraordinario aumento del alumnado de estos centros. La mayor cantidad de becas y el aumento, ligero, de oportunidades en el extranjero confirman esta tendencia.



Por otra parte, la concentración de clases que se está operando en España la eliminación, económica y política, de las capas burguesas no monopolistas por la burguesía monopolista financiera, están produciendo un vasto proceso de proletarización en el seno de estas capas. No tanto de una forma espectacular en el presente, puesto que muchas de las pequeñas empresas no desaparecen sino que pasan a ser apéndices o talleres de las que imponen la ley, sino sobre todo en una perspectiva futura. Expliquémosnos. Hace poco tiempo era frecuente encontrar al hijo del industrial medio, o pequeño, estudiando una carrera para luego, una vez licenciado, ponerse al frente del negocio paterno. La otra gran salida (pese a su insuficiencia) era la Administración. De ahí derivaba el infinitamente mayor número de estudiantes de las disciplinas tradicionales (Derecho y Medicina), muy superior al de las disciplinas típicas de una etapa avanzada de desarrollo capitalista (Ciencias, ETS, Económicas). Hoy, y cada vez más, el porvenir de la gran masa universitaria es un porvenir basado en una calificación profesional, en una oportunidad de cotización en el sector privado, mucho más que en una situación previamente adquirida o en un «enchufe» administrativo.

Indudablemente que la casuística es variadísima y que las situaciones concretas entremezclan la situación anterior y la futura. Pero lo que nos importa discernir es la línea evolutiva global. La importancia de este proceso de proletarización nos parece residir en dos consecuencias fundamentales: 1) el hecho de que objetivamente el porvenir de una mayoría de estudiantes es el de salarizados y que por tanto su situación en las relaciones de producción está íntimamente ligada a la de la clase obrera (aún teniendo en cuenta el fenómeno de la falta de conciencia de tal situación engendrado por un nivel de vida y un tratamiento social privilegiado, pero que no nos parece **esencial**, en el sentido en que Marx comprendía este término); 2) el hecho de que los estudiantes se interesen cada vez más por los problemas profesionales, por la elevación del nivel cultural por las soluciones técnicas de los problemas y menos por el activismo directamente político, por una oposición demagógica y sistemática, cosa fácilmente comprensible al atenuarse la presión político-intelectual del régimen franquista que condenaba a la oposición a multitud de universitarios, cuya única pretensión inicial era la de estudiar en serio, crear una revista, hacer marchar un grupo teatral o montar un seminario de política económica, y que se encontraban con una serie de barreras que les hacían reaccionar violentamente, con la pasión de liberales garibaldinos.

En fin, la caída de cuadros comunistas y FLP en 1961-1962 provoca también la renovación parcial de los dirigentes políticos del movimiento estudiantil. Esta renovación, como hemos dicho, se opera sobre una base social en movimiento. Sobre esa base social se producen los hechos característicos de la nueva etapa.

(Del trabajo de Jorge Bonet, *El movimiento estudiantil en España*).

## 1. La creación de un movimiento sindical de base en toda España

Al comenzar el período, el objetivo esencial, que será ampliamente conseguido en los años siguientes, es construir un movimiento sindical universitario que llegará a desbordar, incluso, a los grupos políticos. He

aquí a grandes rasgos el proceso.

En Barcelona existía la UDE (Unión Democrática de Estudiantes) y la FNEC (Federación Nacional de Estudiantes de Cataluña) que no eran sindicatos sino órganos de coordinación de grupos políticos, de tendencia derechista y con base cada vez más reducida. El comité de Coordinación Universitaria, muy supeditado a la acción y las luchas de los partidos políticos entre ellos mismos, a penas si «coordinaba» tan sólo a éstos, sin apenas ampliar su base fuera de los mili-



tantes del PSUC, la NEU, integrada en el FOC y el MSC que hacía de puente entre los dos.

Este INTER (abreviatura de Interfacultades), precursor sin duda del que iba a surgir entonces, murió antes de haberse desarrollado, a causa fundamentalmente de: a) su excesivo grado de politización, que no le permitía ir renovando y ampliando su base; a) su elevado grado de dependencia del Comité de Coordinación (que era tanto como decir de los partidos políticos y sus luchas), que no le permitían plantearse problemas estrictamente sindicales.

Al desaparecer el Comité de Coordinación, a causa de su crisis interna, el INTER se encontró en la encrucijada de renovarse o desaparecer.

El nuevo INTER se organizó con una rapidez extraordinaria, reclutando gran número de estudiantes radicalizados por los acontecimientos del año anterior. A diferencia del viejo INTER, el nuevo se organizará desde la base, constituyendo poco a poco, a través de una rígida estructura estrictamente democrática, la pirámide cuyo vértice sería el Comité Interfacultades. Esta estructura democrática inspiraba mucha más confianza y permitía expresarse mejor.

El INTER lanzó su programa sobre las siguientes bases: El INTER pretende englobar a toda la oposición al SEU, organizándola y coordinándola; el INTER es completamente independiente de los grupos políticos; el ingreso en él sólo requiere coincidencia en los objetivos sindicales y no en los políticos, ya que carece de estos últimos (aunque manifestaba expresamente que era consciente de la automática politización a que podían verse sometidas sus actividades, dada la situación del país); el terreno de lucha del INTER es el sindical, en el cual combina la lucha legal (en las cámaras) con la extralegal; propone como objetivo a corto plazo, inmediato, la total ocupación de las Cámaras de Facultad, objetivo que será alcanzado en ocho meses »<sup>12</sup>.

En Madrid, igualmente, después de las acciones de mayo la FUDE amplía el número de sus miembros, preparando y lanzando a finales del verano de 1962, su programa y estatutos. Al igual que el INTER, se define: — « La FUDE es un sindicato libre de estudiantes que trata de agrupar a todos los universitarios disconformes con el sindicato obligatorio... — La FUDE no tienen ningún partido político... ». Pretendiendo enmarcar en el cuadro de una federación a todos los movimientos existentes en las provincias españolas o crearlos donde no los hubiera. La formación autónoma del INTER de Barcelona hizo periclitarse esta aspiración. No obstante, las relaciones entre INTER y FUDE fueron muy cordiales durante todo este período, y facilitaron la constitución del CUDE, dentro de un marco confederal, al cabo de un año.

Comenzado el curso 1962-1963, FUDE en Madrid e INTER en Barcelona, se lanzarán al « copo » de los car-

gos sindicales, en las elecciones de ese año, consiguiendo ocupar numerosos cargos a escala de curso en Madrid y la mayoría de las cámaras y delegaciones de Facultad en Barcelona.

El INTER, con mayor tradición, más maduro, pero sobre todo con una base sindical mucho más amplia, conseguirá controlar la mayoría de los centros; mientras que la FUDE más joven, y con un distrito universitario mucho menos politizado en su base a la vez que más extenso, a pesar de conseguir una fuerte representación en las Facultades de Filosofía, Derecho y Ciencias Económicas, en otros centros obtiene una representación muy escasa; ni un solo delegado de Facultad pudo conseguir la FUDE, en Madrid, en dicha elección. Pero el camino estaba trazado y en los años siguientes sus éxitos serían mayores.

Estas organizaciones sindicales se irán extendiendo por otros distritos: Oviedo, Zaragoza, Bilbao y Valencia; especialmente en estos dos últimos ya durante este curso y el siguiente conseguirán una gran influencia. El movimiento sindical terminará coordinándose en torno al CUDE a finales de 1964, para lanzar la última ofensiva que terminaría con el SEU: la separación de los centros del sindicato oficial.

## 2. Acontecimientos estudiantiles

Se desarrollarán en el período 1962-1963 fundamentalmente, en el terreno legal y la lucha tendrá como cuadro preferente las cámaras de centro, donde cada vez se ataca más duramente al SEU, aprovechando generalmente, las posibilidades al máximo. Se hacía intervenir al SEU en cualquier problema que apareciera en el centro o distrito para demostrar su ineficacia; cualquier respuesta de ésta servía para demostrar su carácter de sindicato de control, cualquier dificultad con la autoridad académica hacía « pillarse las manos » al SEU poniendo de relieve lo poco respaldados que se encontraban los estudiantes ante los órganos docentes. En ocasiones, los representantes estudiantiles se apoyaban en las propias autoridades académicas a escala de centro, para burlar el control SEU. Desprestigiado ante los estudiantes, el SEU tiene que permitir en un terreno semilegal el desbordamiento « de hecho » del decreto de 1961, que regulaba sus actividades y funcionamiento. Al mismo tiempo los representantes sindicales y los órganos de Facultad realizan una intensa labor de información y de preparación de la masa estudiantil. Sobre este fondo incide una serie de brotes más violentos.

En Madrid, se quiere expulsar al profesor Prados Arrarte de la cátedra que ocupaba en la Facultad de Derecho, por su participación en la conferencia de Munich, basándose en el artículo 58 de la Ley de Ordena-



ción Universitaria que exige para la ocupación de cátedras la « firme adhesión a los principios fundamentales del Movimiento ». En la Facultad de Derecho, y en menor medida en la de Filosofía y Ciencias Económicas, se producen manifestaciones. Las Cámaras de Facultad más politizadas se declararán contra « el control de la Universidad por el gobierno » y « por la libertad en las cátedras ».

En la Facultad de Filosofía y Letras, coincidiendo con la celebración de un acto, al que asistían varias personalidades extranjeras se dan gritos de « Libertad para España ». A tres estudiantes se les abrirá expediente académico.

En la Facultad de Ciencias Económicas de Madrid, la revista oral **Tierra** organiza un coloquio sobre la libertad de prensa, al que se invita a Fraga Iribarne. El parainfo de la Facultad registra un gran « lleno », los asistentes comienzan riéndose de los asistentes y terminan insultado violentamente a Fraga, que no puede terminar su intervención.

En diciembre de 1962, se celebra el Consejo Nacional del SEU en Cuenca. Representantes electos de Barcelona, Bilbao y Sevilla consiguen que se apruebe en él un proyecto sobre democratización del SEU a largo plazo y la electividad inmediata del jefe de distrito; además se propone la separación total de las gestiones sindicales de la Autoridad Académica. Fueron los llamados « Acuerdos de Cuenca ». Los elementos del SEU que jugaban a « izquierdistas », representados por Ortí Bordas, hacían el último intento por llegar a un compromiso con los estudiantes y salvar el sindicato. Nunca se consiguió que estos acuerdos fueran aprobados por el gobierno, lo que tendría como consecuencia un aumento de la oposición al SEU, dirigido ya entonces por los órganos sindicales de Facultad.

Otros problemas profesionales contribuirán a desarrollar esta oposición. Así sucede con el problema de las Escuelas de Comercio. Así sucede con la situación profesional de los estudiantes de Derecho, agravada por la nueva legislación sobre oposiciones e técnicos administrativos. Con esta reivindicación de las Facultades de Derecho, se solidarizarán muchos de las Facultades de Filosofía y de Ciencias Económicas. En Madrid para apoyar las reivindicaciones, la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas declara una huelga preventiva y de « aviso » de un día seguida por el 100% del estudiantado. Este último conflicto terminará con un compromiso: el Proyecto de Reforma del Cuerpo Técnico-Administrativo, en el que triunfan en bastantes puntos las posiciones de los estudiantes que, a través de una comisión interfacultades, han presentado proposiciones muy elaboradas.

Las organizaciones sindicales de oposición han ido extendiéndose por todos los distritos universitarios: en Valencia, Granada, Sevilla, Oviedo y Bilbao se han consolidado estos grupos; hay que destacar Bilbao,

donde la UVE (Unión Vasca de Estudiantes), mantiene un alto nivel de lucha y donde el « copo » de los cargos sindicales había sido un éxito, sobre todo en la Facultad de Ciencias Económicas.

A finales de diciembre, tiene lugar una reunión de los grupos de los distritos, en la que se constituye como órgano de coordinación de todos ellos la CUDE (Confederación Universitaria Democrática Española), se estructura su organización, mientras se aprobaban los estatutos y la declaración de principios.

Este hecho revestía una enorme significación. Por primera vez existía una organización a escala nacional, capaz de oponerse al SEU y de coordinar el conjunto de las luchas estudiantiles. En esa misma reunión constitutiva, la CUDE lanza su programa de acción para el primer trimestre de 1964: Celebración en todos los distritos de la I Semana de Renovación Universitaria y **separación del SEU**.

### **La Universidad no reconoce el sindicato oficial: separación del SEU.**

Con esta campaña va a empezar el año 1964. Para convencer a los remisos de la imposibilidad de reforma del SEU y cortar la demagogia de sus elementos más « liberalizadores » (a la vez sus mejores defensores), la acción será iniciada en varios distritos universitarios con una carta dirigida al jefe de Distrito, preguntando las razones por las que no habían sido aún aprobados los Acuerdos de Cuenca. A esta carta seguiría otra, aprobada igual que la anterior por las cámaras de centro, al Ministro secretario del Movimiento, dándole un plazo de 10 días para contestar. Ambas cartas fueron ampliamente difundidas, así como el hecho de no haber merecido respuesta.

La I Semana de Renovación Universitaria comienza en Madrid, Barcelona y Bilbao con una serie de actos, conferencias, declaraciones, donde se plantean los problemas de la Universidad y entre ellos, claró está, el de la existencia del SEU. A pesar de no ser autorizada oficialmente dicha semana, ésta se celebra en Bilbao, en Barcelona — donde tendrá gran éxito — unida a la Semana de la Paz, con participación de los catedráticos que mantenían una oposición más señalada. En Madrid, la Semana comienza con las conferencias de Ruíz Jiménez y Aranguren. El día 12 de marzo será prohibido un coloquio que iba a tener lugar en la Facultad de Derecho. Este hecho desencadenará en Madrid una serie de actos violentos que irán acompañados de una fuerte represión.

« Al día siguiente (13 de marzo), se comunica a los asistentes a la conferencia del profesor Tierno Galván (reunidos en la Facultad de Ciencias Económicas) que



ésta no podrá celebrarse por haberse suspendido la Semana de Renovación Universitaria. El descontento de los estudiantes creció y rápidamente se organiza una manifestación de protesta ante la Jefatura Nacional del SEU, a la que atribuían la suspensión. Al llegar a la calle, la fuerza pública reprime duramente la manifestación, teniendo los estudiantes que refugiarse en la Universidad Central.

Esa misma tarde se constituye, en el mismo local, la «III Asamblea Libre de Estudiantes» en la que se presentan varias mociones relativas a los acontecimientos. A la par se celebra la cámara sindical de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, aprobando las conclusiones siguientes: un día de huelga como protesta contra la suspensión de dicha semana; solicitud de la reanudación de la misma... La III Asamblea decide permanecer encerrada en el Paraninfo de la Facultad. Piden: — Reanudación de la Semana de Renovación Universitaria; — Que todos los cargos del SEU sean elegidos directamente por los estudiantes; — Libertad de asociación sindical. El rector se niega a dialogar y da permiso a la policía para que desaloje por la fuerza el recinto. Los estudiantes son desalojados de la Facultad y a su salida se les retiran los carnets.

Al día siguiente, siguiendo las instrucciones difundidas por la FUDE, mediante octavillas, se organizó una manifestación ante la sede de la Delegación Nacional de Sindicatos, a la que asistieron unos 600 universitarios junto con gran número de obreros: los gritos fueron de ¡Libertad sindical!

Una nueva manifestación tuvo lugar el lunes, 16 de marzo, ante la Glorieta de Quevedo frente a las oficinas de la Jefatura Nacional del SEU.

Fue organizada conjuntamente por la FUDE y la UED (Unión de Estudiantes Demócratas). Ante los gritos de ¡Libertad sindical! Las cargas de la policía fueron terriblemente violentas, hasta tal extremo que algunos transeúntes y espectadores reaccionaron también violentamente contra la fuerza pública. Fueron practica-das veinte detenciones.

Antes de las 24 horas de finalizada la anterior, se formó una nueva manifestación para dirigirse al ministerio de Educación Nacional, desde la Facultad de San Bernardo, concluyendo en la Plaza del Callao del modo acostumbrado. Las Facultades de Ciencias Políticas y Económicas y de Derecho fueron cerradas con motivo de estos sucesos. Los estudiantes detenidos y multados en estas manifestaciones fueron muy numerosos. Se impusieron multas de 5 000 a 15 000 pesetas. Fueron incoados 96 expedientes a los asistentes de la III Asamblea Libre de Estudiantes, con pérdida de estudios de uno a dos años<sup>14</sup>.

El fin de la Semana de Renovación Universitaria es el comienzo de la separación del sindicato oficial. Esta campaña se desarrollaría con pleno éxito en Barce-

lona, donde la mayoría de los centros rompen con el SEU separándose de él y proponiéndose los representantes de los centros separados del sindicato oficial organizar y dirigir la vida del distrito al margen del SEU. La Universidad de Barcelona demuestra su madurez.

En Bilbao, la Facultad de Ciencias Económicas aprobó la resolución de no reconocimiento del SEU el 16 de marzo; a la Cámara asistieron observadores de todo el distrito. La Jefatura Provincial del SEU intentó a última hora una maniobra prometiendo concesiones, pero nadie la tomó en serio. La moción era semejante a la que en aquellos momentos se estaba aprobando en Barcelona; después de aprobarse por unanimidad la moción el Decano dijo: «Señores esto es un pronunciamiento, sólo que ustedes no pueden exhibir las tropas que les apoyen. Les ruego que para dar publicidad a estos acuerdos no utilicen la multicopista del Decanato» (efectivamente todas las octavillas anti-SEU de los días anteriores se habían sacado en esa multicopista).

Ni el Decano ni la Jefatura del SEU provincial pensaban posiblemente que aquello respondiese a un movimiento general.

En Madrid, en un clima caldeado por las violentas manifestaciones estudiantiles y la fuerte represión, se separa la Facultad de Ciencias Económicas y Políticas después de un referéndum por cursos. Pero los otros centros del distrito no siguen el movimiento. Habrá que esperar al curso siguiente.

Cuando termina el curso 1963-1964, un largo camino ha sido recorrido. El SEU está «herido de muerte». El movimiento de separación será irreversible y culminará en el curso siguiente. Por otro lado, se ha conseguido una coordinación de todos los grupos de oposición al SEU existentes en cada distrito universitario.

«A la creación de la CUDE concurren representantes de Barcelona, Madrid, Oviedo, Granada y Valencia posteriormente en una segunda reunión se integraron Valladolid, Zaragoza y Bilbao. En los propios distritos la expansión se había proseguido en una doble dirección; en aquellas Facultades o Escuelas en las que aún no existían grupos organizados de lucha sindical se creaban pequeños núcleos que luego se expandían, formando toda una estructura; en las Facultades en las ya existían esas organizaciones, la expansión consistía en incrementar en forma notable el número de adherentes al movimiento de lucha sindical. En cuanto a la expansión en el plano internacional, la CUDE estableció relaciones con las dos grandes centrales universitarias CIE y UIE, así como con los dos movimientos mundiales de juventud (WAY y FADJ) también realizó por esas fechas numerosos contactos con Uniones Nacionales de Estudiantes de varios pa-



ses (además de todas las de Europa Occidental y algunas de la oriental, destacan particularmente los mantenidos con Estados Unidos, Argelia y Marruecos). En estos contactos se conseguirán diversos actos de

solidaridad, un reconocimiento internacional y a veces recogida de fondos... La organización sindical de oposición universitaria, está consiguiendo su mayoría de edad»<sup>15</sup>.

## Un nuevo curso: 1964-1965

...Las estructuras universitarias existentes constituyen pura y simplemente un estrangulamiento para la nueva fase de acumulación capitalística que inicia nuestra burguesía. El intento del Opus Dei de controlar la Universidad, haciendo de ella un centro puramente técnico y conservando todo lo retrógrado de la ideología «opusdeista» en el terreno cultural e intelectual, tampoco ha tenido éxito<sup>16</sup>. El íntimo nexo entre la evolución económica y la evolución política hacia formas de dictadura burguesa neocapitalista, da oportunidad a los equipos políticos actuales del capitalismo español para que influyan en la configuración de la Universidad sacándola de las sombras medievales en que la había sumido el régimen fascista de los primeros tiempos del franquismo y capacitándola para formar el sustento humano y cultural de la nueva frontera política de nuestra burguesía.

Se trata de aumentar al número y la calificación de los profesionales técnicos (de las escuelas técnicas superiores), así como el de los científicos. Se trata de crear un nuevo cuerpo profesoral que impulse la enseñanza primaria y laboral, más tarde la secundaria. Se trata de formar cuadros económicos capaces de llenar el vacío que hoy por hoy se siente en el embrión de aparato racionalizador del capitalismo español. En cambio, las Facultades tradicionalmente «parasitarias», Derecho y Medicina, han visto disminuir rápidamente el volumen de sus alumnos, aún hoy excesivo. (Véase anexo I, cuadro 1.)

¿Cuáles son para el nuevo equipo de tecnócratas franquistas las deficiencias fundamentales de nuestra enseñanza superior? Responde el Plan de Desarrollo: **a)** la cifra actual de alumnos es de 63 849 (no se toma en cuenta las ETS) que significa un porcentaje bajo (para guardar la misma proporción que en Francia debería haber 160 000); **b)** escaso rendimiento de la Universidad; el porcentaje de alumnos que abandonan sus estudios sin llegar a graduarse es muy alto; **c)** insuficiencia del número y estructura de Secciones y Departamentos profesionales especializados en las Facultades de Ciencias y Letras; **d)** necesidad de una nueva reestructuración del profesorado y de incrementar el número y la calidad del auxiliar; **e)** deficientes instalaciones en numerosas Facultades experimentales, imprescindibles para formar los profesionales y técnicos que necesita nuestra economía; **f)** escasez de técnicos de grado superior y de grado medio. Se ha cifrado el número de nuevos puestos escolares necesarios en los centros de enseñanza técnica superior en 9 000 y de 6 000 en el grado medio, durante el próximo quatrienio» (p. 82).

Para subsanar estas dificultades, el gobierno franquista parece decidido a incrementar las inversiones en este sector, sobre todo si se tiene en cuenta el abandono en que hasta ahora había permanecido la enseñanza (véase anexo I, cuadro 2). Para el cuatrienio 1964-1967, se prevé una inversión estatal de 22 858,52 millones de pesetas, o sea el segundo capítulo en importancia de las inversiones sociales (tras el de la vivienda) y superior en cuantía, por ejemplo, a la inversión pública total prevista en la agricultura (19 270,28 millones de pesetas). Ahora bien, el peso fundamental de estas inversiones recae en la enseñanza primaria, «campana de alfabetización» y formación profesional, problemas urgentísi-



mos a resolver para el capitalismo español que ya empieza a sentir la necesidad de mano de obra especializada en algunos sectores. Por ello, los objetivos a cubrir en la Universidad son más bien tímidos y centrados en particular en el aspecto técnico y especializado de la formación, dejando de lado, por ahora, las ciencias humanas y sociales, como corresponde a una primera fase de desarrollo industrial acelerado del capitalismo, en que la tasa bruta de crecimiento importa más que el coste humano y social del desarrollo.

Pero, ¡cuidado! Abrir los ojos a la realidad, observar la evolución del capitalismo español y las consecuencias que ello supone en la Universidad, descubrir en fin la tendencia objetiva hacia la creación en España de unas estructuras de tipo neocapitalista, no significa que no haya problemas, que los universitarios españoles dispongan de perspectivas de empleo satisfactorias y que la necesidad de una capacitación técnica vaya a abrir las puertas a una verdadera democratización de la Universidad. Ni muchísimo menos. La evolución económico-política del país se realiza en medio de las mayores contradicciones y luchas internas entre la burguesía monopolista y la no monopolista, entre las querellas de los equipos neofranquistas, de los equipos de recambio del neocapitalismo (de la democracia cristiana a Tierno Galván), de la resistencia de la burocracia falangista a su definitiva liquidación, de los espasmos de malhumor de la vieja guardia militar y de los «excombatientes», y, evidentemente, en medio de la lucha creciente de un movimiento obrero en auge contra la burguesía, como clase contradictoria, y contra los sectores burocráticos y parasitarios beneficiarios del actual **status** político-social. El progreso de la industria química no impide que Palomeque continúe «enseñando» historia y geografía en la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona para desánimo de los estudiantes que llegan al primer curso cargados de buenas intenciones. Las huelgas registradas en 1964 en las Facultades de Derecho representan una protesta contra una situación de subempleo crónico que en modo alguno se ha remediado y que en muchas profesiones sigue siendo angustiosa. Por otro lado, no se trata de aceptar pura y simplemente, sin posibilidad de proponer otro «modelo universitario», los esquemas de los nuevos tecnócratas sabelotodo. Pero a estos esquemas es imposible oponerse con consignas reaccionarias y corporativistas (o en el mejor de los casos, de un liberalismo trasnuchado), como es el caso de la oposición hecha a la reforma del ingreso en las ETS, en las cuales se trataba de defender un privilegio de casta, aunque para ello se utilizara pretextos capaces de derivar a la agitación política. Se trata de ver cuál es la tendencia de la Universidad española actual para ajustar las perspectivas políticas por las que luchamos a la realidad social con que debemos enfrentarnos. Se trata de oponer una alternativa socialista factible al modelo universitario que los grupos capitalistas dominantes están construyendo paso a paso. Frente a los proyectos de transformación tecnocrática de la Universidad, frente a los tímidos esfuerzos de renovación liberal, frente a los esfuerzos de los intelectuales católicos bien pensantes por construir una cultura burguesa «moderna y social», frente a la gesticulación grotesca de los reaccionarios aferrados a la escolástica, e incluso frente al socialismo tierno que no galvaniza a nadie, al estilo del FUSE<sup>17</sup>, para aquellos estudiantes que luchan entre las filas de la clase obrera el problema es cómo influir en esta Universidad en evolución para hacer del movimiento estudiantil un punto de apoyo en la marcha del proletariado hacia el socialismo\*.

(Del trabajo de Jorge Bonet, *El movimiento estudiantil en España*).

\* NDLR. Véase en este volumen: Angel Bernal, *Las paradojas del movimiento universitario*.



## 1. Situación de los grupos políticos universitarios

Las luchas universitarias han producido la radicalización de una parte del estudiantado, que está profundamente politizada. Los grupos políticos universitarios alcanzan una preparación ideológica, que no admite

comparación con la de las promociones universitarias anteriores. Este factor será determinante en el crecimiento de estos grupos, la aparición de otros nuevos, las divisiones internas en los mismo, durante los últimos años de lucha universitaria.

Mientras la ASU desaparece durante este período, se va a constituir una nueva agrupación bajo el genérico nombre de Juventudes Socialistas.

...Aunque no pertenece a lo estrictamente universitario, hay que mencionar al menos por su importancia la nueva tendencia mantenida durante este curso por las Juventudes Socialistas. Las huelgas de primavera y otoño de este año habían puesto de manifiesto un renacimiento del poder de lucha de la clase obrera y la existencia de una conciencia de clase dentro de extensos sectores laborales. También quedó patente de existencia de condiciones revolucionarias si hubiera habido un partido que se preocupara de guiar y preparar a la clase obrera en su lucha, con una estructura y una organización clandestina.

Se intentó formar un grupo que procediendo a una minuciosa investigación de los antagonismos y contradicciones, y sobre un análisis imparcial de las condiciones objetivas y subjetivas de la revolución, la llevara a cabo apoyándose en auténticas reivindicaciones proletarias, del modo más efectivo. Para la consecución de tan ambiciosas metas, se formó una unión de grupos que bajo el genérico de Juventudes Socialistas agrupaba principalmente a los tres siguientes:

1) Las JS... que se encontraban vinculadas a Toulouse, aunque la mayoría de sus miembros estaban en desacuerdo con la política seguida por el PSOE. Su contextura era exclusivamente universitaria (estudiantes y jóvenes profesionales).

2) Las JSR (Juventudes Socialistas Revolucionarias), grupo de reciente creación y marcadamente trostkista, en el cual había una mayoría de obreros.

3) El llamado grupo «Borde», por tener vinculaciones con un exilado que con este pseudónimo había publicado unos trabajos analizando la situación política, social y económica española, que venían a constituir la ideología del grupo.

Se montó una estructura clandestina, se efectuaron trabajos de organización, de la dinámica que llevaba la economía española, de la estructura española, de las nacionalidades, etc. Se crearon células de traductores, de propaganda, servicio de información, etc. Pero a la postre, la falta de medios y de ayuda, las disensiones dentro del Comité Central, en el que estaban representadas las diversas tendencias, el hecho de que hubiera una gran mayoría universitaria para alcanzar metas que eran totalmente proletarias, y, por último, la maniobra tendida por una pequeña fracción de sus miembros que siguieron fieles al PSOE y aprovecharon unos momentos de confusión en los que se produjeron una detenciones, dieron al traste con todo.

(Del trabajo de Jorge Cerezo Röhl, Veinticinco años de lucha universitaria).

En la Universidad de Madrid primero y en la de Barcelona después, el Partido Comunista experimentará un crecimiento extraordinario, a la vez que inicia su aparición en otros distritos. Su control sobre la FUDE

va a aumentar después de la desintegración de los grupos socialistas, lo que provocará reacciones y luchas en el seno de ésta, donde una fracción tenderá a agruparse en torno a los posiciones sindicalistas de





Composición de Ges.

una minoría muy destacada, sobre todo en la Universidad de Madrid, más preocupada en mantener la oposición al SEU, en crear un amplio movimiento de base sindical y en ir perfilando el futuro «sindicato libre de estudiantes», tendencia que jugará un papel destacado en la extensión del movimiento estudiantil. La parte más destacada de los representantes estudiantiles y sobre todo de los delegados de Facultad durante el período de las separaciones del SEU, representaron y mantuvieron esta tendencia, imponiéndose incluso a los grupos políticos, incluido el Partido Comunista.

En 1960, había nacido en Barcelona la AUE, disidencia de la NEU cuando ésta se liga organizativamente al FLP. En este momento la AUE está formada fundamentalmente por los pro-PSUC. Transformándose progresivamente en un círculo pre-político de formación, información y de estudio, todo ello combinado con una actividad de tipo sindical en el INTER, con marcada influencia comunista, de donde saldrán muchos de los miembros del Partido Comunista. Sin embargo, en los últimos tiempos, la AUE había crecido de tal modo que desbordaba todo posible control. Por ejemplo en sus últimos tiempos, el MF 62 también ejercía cierta influencia en la AUE.

Como indica su nombre, el Movimiento Febrero 62 (MF 62) nace en Barcelona en 1962, como fusión del

NEU integrada en el FOC (Front Obrer de Catalunya, organización federada con el FLP) y los estudiantes del MSC (Movimiento Socialista Catalán). Nace como grupo más amplio, contando con un extraordinario dinamismo. Las primeras detenciones de sus miembros tienen lugar ya en 1962; pronto experimenta un auténtico boom de militancia durante el curso 1962-1963, pasando a ser el grupo más numeroso de la Universidad catalana. Pero en su seno se desarrolla una fuerte contradicción interna. Los militantes procedentes del NEU y otros nuevos que se acercan a MF 62 atraídos por su carácter izquierdista sienten la necesidad de consolidar ideológica, táctica y organizativamente el grupo frente a las posturas que va tomando el PSUC. Se consigue la aprobación de unos estatutos del MF 62. Pero su planteamiento organizativo y sus declaraciones revolucionarias sin ligazón con el movimiento obrero son sencillamente absurdos. Al acabar la carrera estos militantes tienen que decidirse por el MSC o el FOC, si quieren ligarse al movimiento obrero; otros se «perderán» diluidos en sus preocupaciones profesionales. Las divergencias profundas que separan a MSC y a FOC se hacen patentes — de marxistas revolucionarios a social demócratas, la mezcla es demasiado explosiva —. A mediados del curso 1963-1964 estalla la crisis, seguida inmediatamente después por la separación. Posteriormente, el MSC constituirá su propia organización universitaria, aunque con un número escaso de militantes, cuya actuación e influencia se desarrollará, fundamentalmente, en los círculos intelectuales y catalanistas universitarios.

La sección universitaria del FOC atraviesa en 1964 un bache. El número reducido de sus miembros y la extracción de parte de sus militantes universitarios para la actuación en el mundo obrero, reducen sus posibilidades de actuación universitaria. Más preocupado por el trabajo político que por el sindical, no llega a dirigir éste, en un momento en que la lucha universitaria se iba a desarrollar en el terreno sindical y que la participación de los estudiantes en las acciones de masas se iba a conseguir por este camino. Sin embargo siguió constituyendo un núcleo compacto, aunque reducido, que crecía lentamente.

En Cataluña, el Partido Comunista, a través de su organización federada, el PSUC, va aumentando su influencia en la Universidad a partir de 1964, si bien a base de concesiones y pactos con las organizaciones representativas de la burguesía catalana, en el curso de su estrategia de oposición democrática al franquismo. Supo hacerse cargo del momento y del camino por donde se desarrollaría la lucha estudiantil, asimilando la enseñanza de las experiencias de Madrid, Bilbao y Sevilla. El PSUC intenta colocar sus hombres en los órganos representativos de los centros y en los cargos sindicales, a la vez que mantiene una política de captación de delegados y otros represen-



tantes en las facultades. Todo esto le llevará a ser la organización más numerosa de la Universidad catalana en los últimos tiempos.

Mientras, estalla en Madrid la crisis en la numerosa organización universitaria del Partido Comunista. Las luchas entre « los fieles a la dirección » y los que siguen la línea que después será llamada « china » van creciendo. A partir del « encierro » en el paraninfo de la Facultad de Ciencias Económicas, en el mes de marzo de 1964, en el que los « marxistas-leninistas » toman la dirección de la asamblea, manteniendo en ella las posturas más radicales, y los incidentes, a veces violentos, entre miembros de ambas tendencias en los días siguientes, la ruptura es definitiva. Ruptura que irá acompañada en lo que queda de curso, así como en el siguiente, de una violenta oposición entre ambas tendencias. En otros distritos se llegará a la misma situación, si bien con menor intensidad que en Madrid, donde la lucha reviste en muchos casos carácter personal y forma violenta.

Esta división provoca el nacimiento en Madrid de dos fracciones agrupada en torno a dos publicaciones aparecidas en 1964: **Proletario y Mundo Obrero Revolucionario**. Si bien ambos grupos y otros existentes en el extranjero, mezclados con algunos elementos trotskistas, se unifican en octubre de 1964, vuelven a escindirse más tarde, creando un gran confusionismo.

Por otra parte, una nueva escisión en el Partido Comunista provocará la escisión de otros militantes que junto con algunos elementos procedentes de las Juventudes Socialistas se agruparán en torno a la revista **Argumentos**. Las tensiones entre el Partido Comunista y los grupos « marxistas-leninistas » y otros disidentes van a repercutir negativamente en la actuación de estos mismos grupos en la Universidad. Traerán consigo también la pérdida de prestigio de ambos entre los estudiantes más conscientes del movimiento sindical estudiantil, más preocupados en aquel momento de terminar con el SEU que de tomar postura ante estas luchas. Serán precisamente estas minorías quienes intenten mantener cierto equilibrio en la FUDE, campo de batalla de los grupos mencionados, muy resentida por esta lucha, apoyándose cada vez más en el FLP, que ha iniciado una lenta recuperación en la Universidad de Madrid, así como en algunos distritos y que ha comprendido la necesidad de llevar en aquel momento la lucha fundamental al te-

rreno sindical, intentando colocar sus miembros en los órganos sindicales a escala de centro, que son los que dirigen y canalizan por entonces la lucha de los estudiantes contra el SEU y por un sindicato libre. Ello coincide con las luchas obreras por la libertad sindical y la caída de los sindicatos verticales.

En el terreno político el FLP intentará mantener dentro de la FUDE una política de equilibrio entre las dos fracciones del Partido Comunista, con el apoyo de los miembros independientes que quieren mantener una unidad de acción mínima, lo que les procura una gran influencia durante el curso 1964-1965, principalmente. Influencia que aumentará con la posterior desintegración de los grupos marxistas-leninistas, y la gran reducción que experimenta el Partido Comunista en la Universidad de Madrid sobre todo.

En otro campo, aparece la ASD (Acción Social Democrática). Este grupo tiene alguna importancia en los comienzos del curso 1962-1963. El número de sus miembros se reducirá posteriormente, hasta no llegar a conservar más que los fundadores.

Durante el año 1963, nacerá la UED (Unión de Estudiantes Demócratas), grupo universitario en el que se organizan las diversas tendencias demócratas cristianas existentes en la Universidad, desde los grupos de Jiménez Fernández hasta los que en Madrid, y fundamentalmente en la Facultad de Derecho, se agrupaban en torno a Aguilar Navarro, a los que se suman algunos grupos de católicos independientes y otros de carácter marcadamente izquierdista. A pesar de las fuertes tensiones iniciales entre las distintas tendencias y el abandono de la UED por parte de ciertos de sus componentes, que tras, un período de militancia se radicalizaban hacia la izquierda, la organización consigue consolidarse.

La actuación de los grupos de oposición ha dado origen a una organización de los elementos más reaccionarios de la Universidad, y con la colaboración e incluso la participación de la policía, llamada « Defensa Universitaria ».

Su acción consiste en la denuncia por medio de panfletos o directamente a la policía, así como ejercer la represión sobre los estudiantes de izquierda y « sus compañeros de viaje ». Son notorias y frecuentes las palizas, las batallas campales de este grupo con los estudiantes de oposición y aún con aquéllos que no lo son.

...En la actualidad... se registra cierta intensidad en el movimiento político universitario. Antaño hubiera sido fácil su erradicación con la sola actuación de las Primeras Líneas del SEU; pero hoy, que es necesario mostrar una faz democrática y liberalizante al mundo occidental, ya no es posible. Sin embargo, es necesario para el régimen mantener un estricto



control dentro de las aulas universitarias. Para ello recurre al servicio de los confidentes. Cada Facultad, sobre todo las más activas, son frecuentadas por una policía a la que, además del sueldo correspondiente, se le pagan los estudios y unas primas a cambio de que informe de todo lo que pase. Son puestos de «enchufados». Cobran más y el trabajo es casero, además de tener la posibilidad de estudiar una carrera. La mayoría se limita a salir del paso.

Sin embargo los hay que muestran gran actividad, como el de la Facultad de Ciencias Económicas de Madrid. Meñaca, que es su nombre, se muestra como un activo revolucionario. Meñaca cuenta que pertenece al Partido Comunista. En cualquier «lío» siempre está en primera fila. Reparte libros tales como **El único camino**, con el encargo de que «se lo des a Fulanito», con lo cual averigua si existe alguna relación. Se procura la amistad de los más incautos para que le introduzcan en los círculos de los ya iniciados. Esta clase de confidentes es de fácil reconocimiento por su exacerbado espíritu revolucionario sin que nunca le pase nada.

Cuando en el transcurso de una manifestación se hacen detenciones, siempre cae algún confidente, y en la Dirección General de Seguridad, durante las horas de espera antes del interrogatorio, todos exponen sus temores y relatan lo que piensan contestar. Son momentos ideales para enterarse de todo aquello que se quiere ocultar.

Ante la actuación de los universitarios, se ha formado también una unión de los elementos más reaccionarios, llamada Defensa Universitaria, con los siguientes fines: «1) Agrupar a todos los universitarios para quienes la «cruzada» signifique algo. 2) Prevenir, desenmascarar y denunciar aquellas ideas, organizaciones o personas que, más o menos abiertamente



Dibujo de Ges



y de modo consciente o no, trabajen con el fin de convertir a España en una nación satélite del imperialismo materialista, ateo y antiespañol...» Su acción es tan violenta que varios decanos la han condenado pública y oficialmente. En el invierno de 1964 atacaron a las oficinas del SEU de la Facultad de Derecho con el pretexto de que se habían posesionado de ellas «los de la FUDE», arrasándolas completamente.

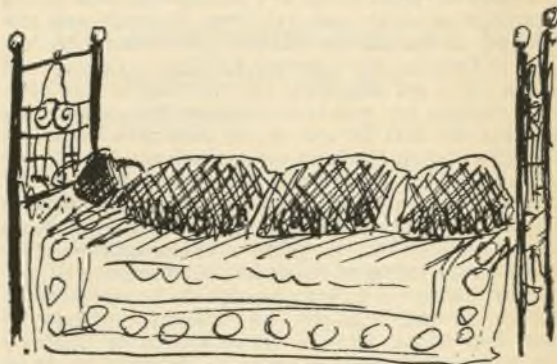
Otra maniobra reaccionaria ha sido la creación de ASD (Acción Social Democrática). Este grupo ha sido fundado por un antiguo falangista, Gabriel Aguilar, que por despecho al no haber podido conseguir la jefatura de las Falanges Universitarias a que aspiraba, se ha convertido en un exarcebado antifalangista. Su pretensión es que sea un partido de centro con nes un tanto portunistas y «arrivistas». Pero detrás de la intención de su fundador, que cree gobernar como un dictador, está la del Opus Dei y, sobre todo, de los monárquicos, ya que éstos, no consiguiendo arrastrar masa alguna, de esta forma lograrán controlar a los elementos moderados que nunca se introducirían el anlo dirigido directamente por el Opus Dei o por Don Juan. La ASD, creyéndose independiente, les hace el juego a la par que constituye una fuerza de oposición a la izquierda universitaria.

(Del trabajo de Jorge Cerezo Röll, Veinticinco años de lucha universitaria).

Por otro lado, y sobre todo a partir de 1964, grupos incluidos inicialmente en el campo de los «vencedores» de la guerra civil empiezan a cambiar su postura en la Universidad, declarando en sus manifiestos apoyar la lucha sindical estudiantil y multiplicando sus ataques al SEU. Sus escasos miembros universitarios pretenden participar en la lucha, unos tímidamente como los monárquicos, otros atacando el carácter de «sindicato falangista» del SEU, como los carlistas y finalmente algunos pequeños grupos falangistas de «izquierdas», más o menos agrupados en torno al Círculo Doctrinal José Antonio por su oposición al capitalismo, al Opus, a los burócratas del SEU, incluso afirmando su oposición al franquismo los más radicalizados.

a responder a las agresiones de la policía. En las numerosas manifestaciones participan los estudiantes en grandes masas y no de manera esporádica, a lo largo de todo el curso.

Composición de Ges.



—Supongo que estarás contento después de haberme hecho tanta pupa.

## 2. El curso de lucha universitaria más intensa: 1964-1965

El curso comienza en Madrid con fuertes manifestaciones en octubre, con motivo de la subida de los precios en los transportes universitarios, produciéndose ya violentos encuentros de los estudiantes con la policía en la Ciudad Universitaria madrileña. Estas acciones constituyen una prueba de fuerza que pone de manifiesto la capacidad combativa alcanzada por el estudiantado. A pequeña escala los estudiantes llegan



### 3. El SEU se desploma

Comienza este curso que va a tener consecuencias definitivas en la lucha contra el SEU. La burocracia del SEU se renueva. Martín Villa deja la Jefatura Nacional y en premio a sus servicios pasa a un cargo político mas elevado: presidencia del sindicato del Papel y Artes Gráficas. Se repite una vez más la vieja historia de una burocracia corrompida. Su predecesor, Aparicio Bernal, es acogido por Fraga en una de las direcciones generales de su Ministerio. El Consejo de Ministros nombra para la Jefatura Nacional a Daniel Regalado. Se rumorea que Solís, en esos momentos de viaje por Alemania, no está conforme con el nombramiento. Regalado intenta controlar la desintegración de « su sindicato ». En unas declaraciones al diario falangista **Pueblo** reconoce la situación dramática del SEU y expone su programa: elección inmediata de la jefatura de distrito y estructuración por ramas profesionales. Solís se asusta y considera que esta postura significa fomentar la subversión desde arriba. Regalado es destituido veinte días después de su nombramiento. Esta precipitada destitución no hace sino acelerar el proceso de decadencia del SEU. Surge nuevamente « el hombre de Cuenca », Ortí Bordas, nombrado jefe nacional para que desempeñe el papel más grotesco de su vida política. La intención de la maniobra parece clara: Solís no acepta la « democratización » de Regalado; la misión de Ortí es dar marcha atrás, enterrar el programa de Regalado.

Al margen de estas maniobras agónicas, el movimiento estudiantil sigue su curso y las separaciones de los centros se suceden unas tras otras, iniciando este movimiento la Escuela de Comercio de Oviedo. En Madrid, la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas se convierte en vanguardia del movimiento. Sus boletines circulan por toda la Universidad denunciando los manejos del SEU. En una de las secciones de su publicación titulada **Hacia un nuevo sindicato**, firmado por el Delegado de la Facultad, Carlos Romero, deja claramente sentados los objetivos de lucha: Sindicato por ramas y democratización total. El SEU contestará con un panfleto titulado **¿Qué extraños móviles mueven a Carlos Romero?** Finalmente Ortí expone su programa: realización de los acuerdos de la adoptados en Cuenca en 1962... aunque ya estamos entrando en 1965. Ortí Bordas reúne a los delegados de Centro y expone su plan para la elección « democrática » de jefes de distrito: él propondrá la lista de « sus candidatos » y de ella los delegados de los centros elegirán una terna de la que Ortí designará el candidato definitivo. Los resultados de esta ridícula maniobra son fulminantes. Las delegaciones de Madrid abandonan el SEU en bloque; 20 000 ejemplares de un boletín conjunto de las Facultades y Escuelas que se han se-

parado explican la situación a la opinión estudiantil de Madrid y de toda España y definen su postura. El movimiento estudiantil va ya directo a sus objetivos; el SEU no soportará el ataque definitivo.

Las represalias contra los representantes de los estudiantes no lograrán sino precipitar los acontecimientos. Se abre expediente académico contra Carlos Romero, delegado de Ciencias Políticas y Económicas y Javier Ruiz del Castillo, consejero de curso. La solidaridad de los estudiantes con sus representantes es inmediata. Se celebran mítines en diversas facultades ante el Ministerio de Educación a los gritos de « ¡Expedientes no! », « ¡Libertad sindical », « ¡Autonomía universitaria! ».

La suspensión de una serie de conferencias sobre « La paz auténtica » dará otro motivo concreto de movilización.

Su punto de partida fue un incidente estrictamente cultural: la prohibición de una conferencia en la Facultad de Ciencias. Su título era « La Democracia Cristiana » y debía ser pronunciada por un catedrático, Aguilar Navarro. Pertenecía a un ciclo organizado por el capellán del centro bajo el lema « Hacia la verdadera paz, hoy ». Las dos restantes que la componían habían sido ya pronunciadas, no sin incidentes. (El decano las había prohibido por su cuenta, pero atribuido ante los alumnos la prohibición a las jerarquías eclesiásticas. El propio obispo hubo de aclarar la situación en una carta al decano en la que afirmó no haberselo jamás pronunciado sobre un asunto que no era de su incumbencia). Al suspenderse la conferencia de Aguilar Navarro, los alumnos que habían acudido a escucharla, tras unos momentos de desconcierto, pidieron una explicación que no fue dada y se reunieron en el Aula Magna a deliberar. El resultado fue constituirse los allí reunidos en IV Asamblea Libre de Estudiantes. En ésta su primera sesión se aprobaron, por abrumadora mayoría, los cinco puntos programáticos (20 de febrero).

Al día siguiente la policía ocupaba los accesos a la Facultad, impidiendo el acceso a los no pertenecientes a ella. En el interior se celebró una segunda sesión en la que se ratificaron los puntos y se intercambiaron impresiones sobre la situación; fuera, los que no habían podido entrar, se manifestaron ante la policía que practicó algunas detenciones acompañadas de golpes.

Las tres sesiones siguientes se celebraron en Filosofía y Letras. En la primera de ellas (3ª sesión, día 23) se formó una comisión que fue a solicitar la participación de los catedráticos de la Facultad. (Aguilar Navarro había enviado su adhesión por carta). Dos de ellos accedieron: José Luis López Aranguren, catedrático de Ética y Sociología y Agustín García Calvo, catedrático de Latín; a ellos se sumaron, al día siguiente, Montero Díaz, catedrático de Historia Antigua,



García Vercher, profesor de Formación Política. Todos ellos presidieron la 4ª sesión, que tuvo lugar el mismo día (24 de febrero). En ella se decidió llevar al Rectorado, cuyo edificio se encuentra a la entrada de la Ciudad Universitaria, las conclusiones de la Asamblea. Para ello se organizó una marcha pacífica, encabezada por los catedráticos antes citados y que se encaminó en perfecto orden y silencio absoluto por la Avenida Central hacia el Rectorado. El número inicial, unos tres mil, se iba incrementando progresivamente al sumarse, a lo largo del trayecto, alumnos de otras facultades. A la mitad del camino, se presentó súbitamente la policía para cerrarles el paso; los señores catedráticos solicitaron entonces del comandante de la fuerza pública que diera cuenta a sus superiores de que la marcha tenía un carácter totalmente pacífico: si la respuesta era, a pesar de todo, la orden de disolución, estaban dispuestos a disolverla para no incurrir en ningún acto de desobediencia a la autoridad. La única respuesta fue la aparición de un tanque cisterna que roció durante cinco minutos a los participantes —que se habían sentado en el suelo— con chorros de agua a presión. Al no obtener la esperada reacción de huida, la policía cargó contra ellos y los golpeó brutalmente, persiguiendo a los que huían campo a través. Practicó asimismo numerosas detenciones, entre ellas la de los catedráticos que fueron empujados dentro de una «jeep» y conducidos a declarar a la Dirección General de Seguridad, trámite tras el cual se les dejó en libertad.

El balance de la jornada del 24 fue: más de veinte heridos entre los estudiantes —uno de ellos de gravedad— (su relación fue hecha por el corresponsal de un periódico extranjero al que se retiró posteriormente el carnet de periodista. Otros corresponsales de prensa vieron sus máquinas destrozadas por la policía *in situ*); unas treinta detenciones, acompañadas de multas; la apertura de expediente académico, la tarde misma, a los catedráticos y su suspensión de empleo con prohibición absoluta de pisar la Facultad; un gran número de detenciones nocturnas entre los miembros más conocidos de la oposición sindical —hubieran o no participado en la marcha— bajo la acusación de «alteración del orden público».

Al día siguiente se celebró la 5ª sesión de la Asamblea, presidiendo esta vez García Calvo sólo; a él se sumaron otros dos catedráticos que hasta entonces no habían intervenido directamente en las sesiones, Aguilar Navarro y Enrique Tierno Galván, que acudió desde Salamanca para solidarizarse con sus colegas. Se recibió además la adhesión por escrito de Laín Entralgo y Tovar, catedráticos de medicina y latín respectivamente. Entre tanto se reunía el claustro en Ciencias Políticas y Económicas que se adhirió a las peticiones de la Asamblea en un escrito elevado al rector, añadiendo otras. Esta sesión aprobó llevar a

cabo una huelga consistente en asistir a los centros, pero sin dar clase. Por orden ministerial se cierra la Facultad y Tierno Galván es suspendido de empleo y sueldo.



—¡Que bueno es! Todavía no le he visto pegar a un rico.

#### 4. Los acontecimientos de 1965: consolidación de las asambleas

En Barcelona se anuncia para el 4 de febrero, la proyección del film de Buñuel, *Viridiana*; según el rector de la Universidad, la proyección es prohibida a petición de la Asociación de Padres de Familia. Al anunciar la prohibición, los 2000 estudiantes que estaban esperando la proyección se manifiestan violentamente, interrumpiendo el tráfico en la carretera nacional Barcelona-Madrid, en el tramo de la Ciudad Universitaria. Al día siguiente se convoca cámara abierta en la Facultad de Económicas, la cual se constituye en Asamblea. Se celebran asambleas en las restantes Facultades y Escuelas, y es editado por vez primera un boletín de Información de Distrito. El 12 se convoca Asamblea de Facultad en Derecho, a la que asisten todos los delegados de los otros Centros y un gran número de estudiantes, por lo que se decide constituirse en la primera Asamblea de distrito, introdu-



ciendo así el nuevo organismo. Los días 22, 23 y 24 se celebran manifestaciones obreras. En Bilbao, Oviedo, Sevilla y Valencia tienen lugar asambleas de Facultad, no siendo sancionado ya ningún otro delegado. En los restantes distritos se va informando a los estudiantes de la situación. Se celebran cámaras y tienen lugar nuevos acuerdos de no reconocimiento del SEU, acuerdo que ya el 17 de enero alcanzaba a 50 facultades, distribuidas en 10 distritos.

En este momento, 13 de los 14 distritos universitarios españoles no reconocen al SEU. Se convoca para el 2 de marzo en Madrid un «Día del Estudiante», ante el cual la radio y la prensa madrileña lanzan llamamientos al «buen criterio» de los padres de los estudiantes, anunciando una fuerte represión policiaca, que comenzará la misma noche con la detención de gran número de estudiantes, con objeto de impedir la realización de la manifestación del día siguiente. A pesar de ello tiene lugar una gran manifestación en la Cibeles, a la que asisten 5000 estudiantes, que resisten durante 3 horas las cargas de la policía. El balance de la manifestación fue: numerosos estudiantes y policías heridos, un estudiante permanecerá varios días hospitalizado con graves heridas. Las cámaras declaran el día 2, Día del Estudiante.

En Barcelona, para dar continuidad a la gran manifestación de Madrid, es convocada para los días 2 a 9 de marzo la segunda Semana de Renovación Universitaria. Se anuncian diversos actos culturales que son prohibidos, lo que provoca una semana de huelga y a la que se pide la adhesión de todos los distritos universitarios. En la Universidad de Oviedo se destroza el material de propaganda del SEU, tiene lugar una manifestación de 1500 estudiantes y se declara la huelga de no asistencia a clase en todo el distrito. En Sevilla, cuya universidad se encuentra separada del SEU desde hacía varios meses, tiene lugar una gran manifestación. En Granada, todo el distrito va a la huelga. En Salamanca va a la huelga la Facultad de Derecho por primera vez en su historia. En Valencia tienen lugar varias manifestaciones y también todo el distrito está en huelga. En Zaragoza se produce la primera manifestación de su historia universitaria. Al mismo tiempo, es ya un hecho la constitución de Asambleas en todos los distritos.

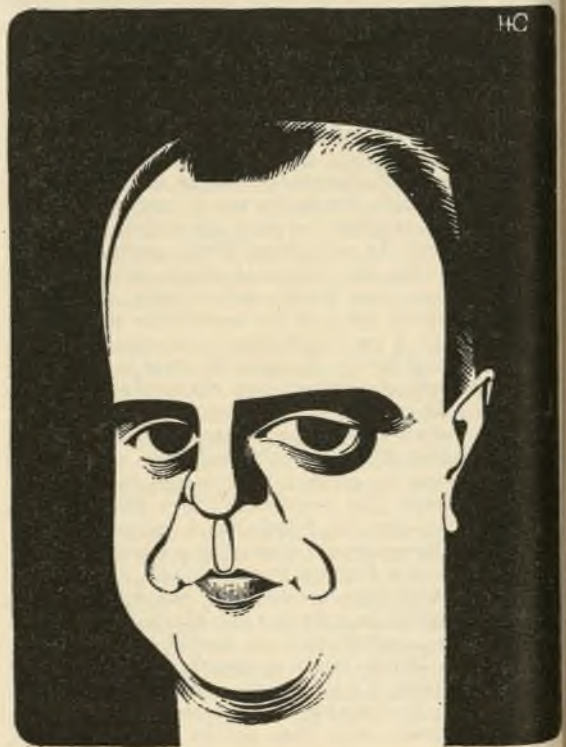
Ante tal situación, el ministro de Información y Turismo, Fraga Iribarne, anuncia a la salida de un Consejo de Ministros que el gobierno ha decidido no estudiar las peticiones de los universitarios bajo presiones. La respuesta de los universitarios es celebrar del 8 al 15 de marzo la aludida Semana de Renovación Universitaria, prohibida hacía una semana. Se señalan nuevas adhesiones de estudiantes de preuniversitario, de 114 intelectuales catalanes, de más de 100 catedráticos.

El presidente de la UNEF (Union Nationale des Estu-

diantes de France) llega a Barcelona y preside una Asamblea de Distrito junto a un catedrático. Horas más tarde pronuncia una conferencia en el cuadro de la Semana de Renovación; en ella, Bernard Schreiner transmite públicamente la adhesión de todos los estudiantes de CIE y UIE, es decir de todos los estudiantes del mundo. Finalizada la Semana de Renovación, los estudiantes se declaran nuevamente en huelga durante la cual la Cuarta Asamblea de Distrito de Barcelona (día 18) sienta las bases de un nuevo sindicato. Se anuncia que los estudiantes no aceptarán ningún plan de reestructuración del gobierno en cuya redacción no hayan participado activamente las Asambleas.

En Bilbao, donde ningún centro reconoce al SEU, la comisión intercentros creada declara el día 2 de marzo, Día del Estudiante. Dos días después se aprueban en la Facultad de Ciencias Económicas los puntos de

Manuel Fraga Iribarne. Caricatura de Cattolica.





la Asamblea de Madrid. La Jefatura de Distrito, a cuyo frente está un hombre sin ambiciones políticas de ningún tipo y cuyo único mérito consiste en que su padre es carlista y él fue de los 4 que se presentaron a los exámenes en junio de 1961, decide dimitir en bloque. Motivo que exponen: no haberse aprobado aún los acuerdos de Cuenca, motivo real: la gente empieza abuchearles y esto para Montero — así se llama el jefe del SEU, hombre campechano y castizo, estúpido y ayudante del profesor Echevarría — y para los pocos fieles que le quedan es inaguantable. Esto provoca una viva reacción en Madrid: « Las ratas abandonan el barco ». Un enviado del Ortí: Aznategui llega a Bilbao con ánimo de rehacer la Jefatura y se encuentra con la dura sorpresa que no hay ni un solo individuo que quiera el sueldo de Jefe Provincial del SEU. Al final nombra a un joven de la OJE que ni siquiera es universitario (matriculado libre en 1º de Derecho). Ni soñar, claro está, en formar una Jefatura de más de un miembro. El recién llegado (18 años) se mostrará muy asustado contestando a cualquier pregunta: « Yo estoy aquí provisionalmente », definiendo así, sin querer, certeramente con esa frase lo que ya en esos días es el SEU con el hombre « de izquierdas » Ortí Bordas a la cabeza.

En una nueva Asamblea de centros los estudiantes de CC. EE. instan al Decano a que tomen postura ante los acontecimientos. Sánchez Calero se niega diciendo que no está dispuesto a que el claustro se sienta intimidado por la presión de los alumnos. Los estudiantes reaccionan violentamente. Casi toda la Facultad se reúne ante el Decanato y abuchea al Decano, se grita: ¡ Dimisión! y ¡ Fascista!; pero Sánchez Calero no es un fascista, es una mezcla de arrivista y paternal que tiene un concepto medieval de la Universidad; su ley de oro: el principio de autoridad. Ha llegado muy joven a catedrático — a lo que no son seguramente ajenos sus lazos familiares —, mal pedagogo se empeña en dar prestigio a la docencia sólo con signos externos — ha hecho vestir con toga a los profesores para dar las clases —; para él el abucheo es una dura prueba y se da cuenta de que ser decano empieza a no dar prestigio social. Cede, reúne el claustro y éste aprueba una moción de moderado apoyo a las reivindicaciones. Sánchez Calero antes de terminar el curso dimite; sólo un fascista o un imbécil se puede hacer cargo del puesto: lo primero es difícil de encontrar, la segundo en la Facultad de Ciencias Económicas es moneda más o menos corriente entre el profesorado. Teodoro Flores será el encargado de llevar a cabo tan lucida labor en el siguiente curso. El día 16 de marzo tiene lugar una Asamblea de distrito presidida por todas las cámaras en el edificio de la Facultad de Ciencias Económicas. Se han instalado previamente micrófonos y altavoces a lo largo de todo el edificio, asisten unos 3 000 estudiantes, la Asamblea es puramente informativa. El decano adopta una actitud

pasiva. Ese mismo día el gobernador cierra, por tiempo indefinido, la Facultad de Ciencias Económicas. Al día siguiente se anuncia una nueva Asamblea en la Escuela de Ingenieros. La policía cerca el edificio, a pesar de todo unos 2 000 estudiantes consiguen entrar. Se llega a acuerdos importantes. Son las proposiciones de Vizcaya para la 1ª Reunión Coordinadora Nacional: 9 puntos básicos sobre lo que se quiere como sindicato, se añade: « Aclaramos que si bien en estos momentos nuestros esfuerzos se concretan en la consecución de ese sindicato, esto no representa nuestra última meta, sino que nuestras aspiraciones son más amplias y abarcan todos los aspectos de la vida nacional... ». Sigue la enumeración de esas aspiraciones tanto en el orden universitario como en el general y termina: « ...un deseo de democratización de todas las estructuras para lo cual estimamos necesario que se conceda a nuestra sociedad libertad de asociación y de expresión, pues creemos en su justicia aceptando los principios de la dignidad de la persona humana ». La Escuela de Ingenieros fue cerrada inmediatamente por orden gubernativa.

La brigada social interviene deteniendo antes de la Asamblea al delegado de la Facultad de Ciencias Económicas (Martínez López).

A la salida de la Asamblea, los estudiantes que no habían podido entrar junto con los que salían se manifestaron llegando hasta los locales de la CNS. Durante la manifestación se detiene a varios estudiantes sin ningún criterio político; las multas oscilan entre 2 000 y 10 000 pesetas.

La policía intentando parar el movimiento se lanza a la caza de los **instigadores**, se hace oficiosamente pública una lista de nombres; alternativa que se les ofrece: irse fuera de Bilbao o ser detenidos y multados con 25 000 pesetas; son gente conocida por los cargos sindicales que han tenido y por su actividad actual en las cámaras y en la Comisión Intercentros (Merino: representante de Vizcaya en el ya lejano congreso de Cuenca, Leguina, exdelegado de Ciencias Económicas, Cardín y Agueriano); este último vuelve pronto a Bilbao y es detenido, se negará a pagar las 25 000 pesetas de multa e irá un mes a la cárcel.

El 22 y 23 a pesar del fuerte control policiaco se celebra en Barcelona la I Reunión Nacional de Delegados, con representantes de Barcelona, Bilbao, Granada, Madrid, Oviedo, Salamanca, Sevilla, Valencia, Valladolid y Zaragoza. En ella se redacta la Declaración de principios y un programa de acción para los días próximos, aunque no estatutos de funcionamiento. Se establece un compromiso de solidaridad ante cualquier sanción. El 26 es particularmente agitado en Barcelona, donde se convoca la quinta Asamblea de Distrito, en la Escuela Industrial, que es acordonada por la policía. Más de 4 000 estudiantes se manifiestan siendo aporreados por la policía que utiliza caballería,



tanques de agua, altavoces; no fueron utilizados, no obstante, los gases lacrimógenos de que estaban provistos. Los estudiantes se distribuyen entonces en unos grupos de guerrilla de 50 hombres que invaden la ciudad hasta las 3 de la tarde. Por la tarde se logra celebrar la Asamblea en la Facultad de Ciencias Económicas; a la salida, se organiza una manifestación; en el mismo momento, dos grandes manifestaciones más tenían lugar en la ciudad: una ante la Central de Sindicatos, 3000 obreros con un balance de 100 detenidos; otra ante el Palacio Episcopal, donde se han agrupado unas 5000 personas en señal de protesta por el destierro del Abad de Montserrat. Al día siguiente la prensa anuncia que la Facultad de Ciencias Económicas y la de Derecho han sido clausuradas. Todos sus alumnos, prosigue la noticia, han perdido sus derechos de matrícula. Inmediatamente, todos los centros del distrito — siguiendo el citado compromiso de solidaridad — se declaran en huelga y solicitan al gobierno que les sean aplicadas las mismas sanciones o se levanten las de sus compañeros.

En Madrid se practican algunas detenciones relacionadas con la asistencia a la I Reunión Coordinadora de Estudiantes: la del delegado de la Facultad de Derecho, Méndez Leyte y la de dos subdelegados de la Facultad de Ciencias Económicas y Políticas, Pedro Mediódroz y Mateo del Peral, así como algunos otros representantes sindicales de ambas facultades. Como protesta por estas detenciones los estudiantes de la Facultad de Ciencias Económicas se « encierran » en la Facultad, hasta que sean puestos en libertad sus compañeros. Consiguen que una docena de profesores permanezcan con ellos en la Facultad, mientras que la policía rodea el edificio impidiendo la entrada y salida del mismo. En la calle hay más de 500 estudiantes que desean entrar para sumarse a los compañeros encerrados. Se inician las negociaciones y hacia las 10 de la noche es abandonada la Facultad, tras haber conseguido la libertad de los detenidos. La acción ha demostrado hasta que punto existía una unión real entre la dirección del movimiento estudiantil y su base.

En Oviedo el delegado de la Escuela de Comercio, José Feito, que había desempeñado una gran labor en su Escuela, la primera que se separará del SEU en Oviedo, y en todo el distrito, es detenido y conducido a la frontera francesa. Varios centros de Oviedo protestan por la expulsión de su representante yendo a la huelga. Sevilla y Salamanca van a la huelga en solidaridad, así como sucede en forma parcial en otros distritos, realizando el compromiso de solidaridad aprobado en Barcelona.

En Bilbao tras el éxito de la 1ª Reunión Coordinativa Nacional tienen lugar varios días de huelga de solidaridad con Barcelona y dos manifestaciones. Hay varias detenciones más. Entre los detenidos, Galarraga subdelegado de la Facultad de Ciencias Económicas.

Con posterioridad al 5 de abril (fecha del nuevo decreto) las cámaras rechazan la nueva reestructuración. El distrito acude con este espíritu a la 2ª Reunión Coordinadora. Como última acción del curso el 1 de mayo la Comisión Intercentros lanza una octavilla en donde se solidariza con la manifestación obrera que se celebraría ese día 1 de mayo. El más alto nivel de lucha había sido alcanzado.

En el curso 1964-1965, la UVE (Unión Vasca de Estudiantes) miembro de CUDE, había conseguido un éxito apreciable en las elecciones, copando prácticamente toda la cámara de Ciencias Económicas; como tal organización no tuvo vida durante el curso sino que fue a través de las cámaras donde realizó toda su labor. La creación de la Comisión Intercentros fue algo necesario, pero tuvo el inconveniente de tener que arrastrar y contrarrestar muchas veces el peso de las escuelas de grado medio (Peritos de Minas e Industriales) que se habían separado del SEU muy a última hora cuando no les quedó otro remedio. La Facultad de Económicas mucho más politizada no cometió el error de aislarse, a pesar de que la Asamblea de la Facultad completamente lanzada exigía a sus dirigentes ir más lejos de lo que la situación de los demás centros permitía.

La Escuela de Ingenieros, dividida entre la línea UVE — mantenida sobre todo por los militantes de JEC en este centro — y una línea de moderación retardataria — encarnada muy inteligentemente por el delegado José María Vizcaino — desempeñó un papel más progresista de lo que durante el curso pudo mantener su federación nacional: FEAI (pese a la labor en punta de las escuelas de Barcelona).

En la Universidad de los jesuitas de Deusto se dio durante el curso un constante tira y afloja entre las cámaras, en las que la línea progresista estaba marcada por algunos elementos de UED — los únicos en el distrito — y los jesuitas que no veían claro a donde podía conducir aquello, era interesante y sabroso ver a estos últimos manejar los hilos con sus métodos acostumbrados de los que es magnífica prueba la carta circular del rector. Desempeñó un importante papel el delegado de la Facultad de Derecho, Pedro Larrea: lo que dijo en la 1ª Asamblea libre del Distrito quizá haya sido un importante primer paso para que los estudiantes de Deusto dejen de pertenecer a un guetto. Si Deusto llega alguna vez a integrarse en la vida universitaria, los acontecimientos del curso 1964-1965 habrán sido un primer revulsivo para logrado.

El curso 1964-1965 termina bajo el signo del Decreto del 5 de abril que, después de « 25 años » ha enterrado al SEU definitivamente destruido por las luchas estudiantiles que han tenido lugar durante el curso. Una nueva estructura sindical « las asociaciones de estudiantes » aprobadas sin la participación de los estudiantes, va a querer ser impuesta a éstos bajo el pie-



tronato del Opus y de Herrero Tejedor, el hombre al que le tocó la carta del « diálogo con los estudiantes ». La nueva estructura sindical, pretende establecer el control de las autoridades académicas sobre las actividades sindicales. En estos momentos el mejor medio de que dispone el SEU para establecer su control en la Universidad. Pretende también acabar con los órganos colegiados de que disponían los estudiantes a escala de centro, como por ejemplo las Cámaras Sindicales, verdaderas asambleas representativas de las Facultades y Escuelas, pero son ya demasiados años de lucha para que tales fines sean alcanzados. Días después de la promulgación del decreto, en todos los distritos comienzan a circular declaraciones de los representantes sindicales, respaldados por los estudiantes, en las que se rechaza el decreto y se anuncia la intención de ir estructurando un sindicato de estudiantes, hecho por ellos, aprobado por ellos y no impuesto por nadie.

A fines del curso 1964-1965 la situación era la siguiente: el gobierno ha dado el paso definitivo para la liquidación formal del SEU creando unas pretendidas asociaciones de estudiantes controladas por el gobierno por medio de dos vínculos: de un lado, la llamada Comisaría para el SEU y de otro la dependencia, a que legalmente se encuentran sujetas, de la autoridad académica. La eliminación de las cámaras y la menguada representatividad de sólo dos elegidos por curso eran los medios de la debilitación que se quería conseguir. Los estudiantes, por su parte, en la última reunión

coordinatoria ya antes de finalizar el curso habían denunciado la maniobra del gobierno. La lucha quedaba de nuevo planteada.

El curso 1965-1966 ha marcado un avance importante. Los estudiantes han planteado siempre claramente sus reivindicaciones a corto y largo plazo. Los hechos acaecidos durante el curso, sobradamente conocidos, han enterrado definitivamente a las Asociaciones Profesionales de Estudiantes. El gobierno ha intentado sin éxito: el chantaje — exámenes en febrero « para los que se portaran bien » — y la represión — multas enormes y expedientes (durante el verano de 1965 habían sido expulsados los catedráticos L. Aranguren, García Calvo y Tierno Galván) y por fin el tribunal de Orden Público para los representantes sindicales —. Finalmente, terminado el curso, el gobierno publica un nuevo decreto ordenador ¿Se rinde? Seguramente, no; simplemente intenta un repliegue ordenado salvando lo más importante.

Previamente, se han reunido los representantes del Sindicato libre (prácticamente representación de toda España): sus puntos son claros y denuncian cualquier intento de organizar el sindicato de estudiantes sin la intervención de los legítimos representantes de éstos en la elaboración.

El nuevo curso se presenta difícil para ambas partes. Sea como sea, el movimiento aparece como irreversible y el alcanzar la instauración **de facto** y plenamente del sindicato libre y democrático constituye, a todas luces, una etapa que se cubrirá.

## Anexo 1

CUADRO 1. EVOLUCION DE LOS EFECTIVOS DE ALUMNADO EN LA ENSEÑANZA SUPERIOR.

Cursos	Ciencias	Políticas y económicas	Derecho	Medicina	Letras	ETS
1950-1951	7 851	2 140	16 583	12 768	4 059	2 972
1951-1952	7 530	1 720	17 943	13 998	4 037	2 991
1952-1953	12 404	1 816	19 126	12 437	4 074	3 322
1953-1954	13 487	1 534	20 173	12 025	4 600	3 573
1954-1955	11 993	1 882	17 385	12 725	5 347	3 345
1955-1956	11 074	2 291	19 897	13 269	4 916	4 137
1956-1957	11 765	3 290	19 471	13 268	5 890	4 444
1957-1958	15 554	4 142	18 652	14 018	6 922	5 123
1958-1959	15 063	5 104	16 936	13 832	6 859	7 908
1959-1960	14 142	6 271	13 544	16 715	8 302	15 705
1960-1961	13 016	5 742	15 218	14 803	7 308	11 473
1961-1962	13 164	6 940	13 664	14 984	9 576	17 604

Fuente: Comisariado del Plan de Desarrollo.



CUADRO 2. PORCENTAJE DE LA RENTA NACIONAL INVERTIDO EN LA EDUCACION EN DIVERSOS PAISES.

Suecia	4,14	Portugal	2,07
Bélgica	2,79	Turquía	2,05
Reino Unido	3,67		
Francia	3,50	<b>España</b>	
Alemania Federal	2,97	1933	1,41
Holanda	4,23	1955	0,96
Yugoslavia	2,60	1958	0,89
Grecia	1,41	1960	1,20

1. Del trabajo de Jorge Cerezo Röhl: **Veinticinco años de lucha universitaria**.

2. **España hoy**.

3. **España hoy**.

4. **España 1957, último acto: el Opus en el gobierno**. Frente Universitario Español, 17 de marzo de 1957.

5. Del trabajo de Luis Ortiz, **La lucha contra la Dictadura y la crisis de la izquierda en la Universidad de Madrid (Acción Comunista)**.

6. Del trabajo ya citado de Jorge Cerezo Röhl.

7. **Estudio sobre el Decreto** es uno de los trabajos más serios y mejor documentados sobre la Universidad Española publicados durante los años de lucha estudiantil. Fue editado y repartido bajo la responsabilidad de la Cámara de Ciencias Políticas y Económicas, y el impacto que produjo a escala nacional, fue considerable.

8. Del citado trabajo de Jorge Cerezo Röhl.

9. Del trabajo de Andrés Mercier, **Lucha Sindical en la Universidad: etapas y perspectivas**.

10 y 11. Informaciones de **APEL**.

12. Del trabajo citado de Andrés Mercier.

13. Del trabajo de Andrés Mercier.

14. Del trabajo de Jorge Cerezo Röhl.

15. Del trabajo de Andrés Mercier.

16. La derrota ha sido particularmente espectacular en la Universidad de Barcelona, donde el Opus Dei ha desaparecido completamente de la palestra estudiantil, renunciando incluso a la actividad sindical. En Madrid la batalla librada por los estudiantes durante dos años ha llevado al Opus Dei al desprestigio. Estas derrotas parecen haber determinado a sus dirigentes a centrar su actividad universitaria en dos planos: el profesorado; la Universidad de Navarra que está experimentando un desarrollo vertiginoso.

17. Frente Unido Socialista Español.



# Las paradojas del movimiento universitario \*

ANGEL BERNAL

La habilidad y eficacia con que, durante el invierno de 1965, se desarrollaron las luchas sindicales en la universidad no tiene precedentes posteriores a la guerra civil. Hubo en ellas una claridad de objetivos totalmente nueva, así como un conocimiento instintivo muy exacto de sus limitaciones. Ambas cosas han provisto al movimiento universitario de algo que tradicionalmente le faltaba y menguaba considerablemente su capacidad de acción: un sexto sentido para dosificar la fuerza de su acción en función de sus necesidades de continuidad. Esto, por otra parte, es un indicio seguro de que dentro del movimiento se produce una reflexión política realista, que le permite discernir entre objetivos próximos y remotos y reconocer los vínculos que recíprocamente condicionan a unos y otros.

El reverso de esta solidez y capacidad de maniobra del movimiento universitario está en las innumerables reacciones que ha provocado en altos y menos altos cargos de la administración franquista, cuyo objetivo es la puesta en práctica de una contrapartida adecuada con la que hacerle frente eficazmente. Todas estas reacciones condicionadas quieren aparecer como un conjunto inorgánico de medidas desconectadas entre sí, y no como partes de un plan general calculado pieza a pieza y ya de modo incipiente, aplicado. Sin embargo, esta apariencia de desconexión mutua es fácil de desmontar. En todas y cada una de las medidas previstas hay un hilo conductor que las hermana: su sentido práctico represivo. El régimen domina bien las técnicas de la coacción, pero su maestría en este campo oculta siempre un fondo de irracionalidad que impregna también ese hilo conductor de que hablamos. Detrás del plan de represión se entreve una mente política perpleja y contradictoria, incapaz para la asimilación de un dato nuevo cuando su novedad es profunda. El plan presupone, en efecto, una actitud paradójica que, en términos generales, equivale a pretender sofocar un impulso reivindicativo, una marea de insatisfacción, mediante la exacerbación de los estímulos que dieron lugar a sus reivindicaciones más importantes.

\* NDLR. Véase en este volumen: Antoliano Peña, *Veinticinco años de luchas estudiantiles*.



Hay dos caras superpuestas en el plan del régimen frente a la universidad. Una es el empeño en valorar al mínimo la seriedad de las manifestaciones de 1965. Otra, paralela en sentido contrario, es la valoración al máximo de su peligrosidad. Mediante la primera cara, se elabora una imagen paternalista de aquellas manifestaciones y se las cataloga como algaradas frívolas de una juventud aburrida de paz. Mediante la segunda cara, se elabora una imagen tenebrosa del subsuelo del movimiento que estaría minado por minorías poderosas, por odios clandestinos, por políticos profesionales enfermos de fracaso, y, naturalmente, por los moscovitas de turno. Amparándose en la primera cara, el régimen se provee de un falso análisis de los hechos del que se sirve para negar al movimiento sindical universitario la más mínima importancia sindical —una importancia sindical que sabe perfectamente que tiene—. Amparándose en la segunda cara, se provee de unos hechos falsos o, por lo menos, secundarios, de los que se sirve para conceder a ese «movimiento sindical sin importancia sindical» una exagerada importancia política —una importancia política que sabe perfectamente que no tiene—. La primera conclusión vale tanto como una maniobra de distracción sobre el verdadero significado del movimiento universitario. La segunda tanto como una carta blanca para su eventual represión violenta.

Este entretejido de mentiras y inexactitudes premeditadas es bastante sutil, por lo que su éxito depende exclusivamente de que no sea analizado en conjunto. De ahí proviene la calculada desconexión de cada una de las medidas que componen el plan. Altos y menos altos cargos del gobierno analizan esta cuestión dando a entender, con desusada insistencia, que lo hacen por cuenta propia. Hay demasiados «yo creo», demasiados «a mi entender» o «yo propugno», combinados con reformas legales inequívocas, con disposiciones ejecutivas, con provocaciones de la policía dentro y fuera de la Universidad y con batidas sistemáticas de la misma contra los militantes sindicales. Tan forzada desconexión tiene por objeto que el lado sindical del problema (es decir, todo el conjunto de contradicciones, de incapacidades y de insatisfacciones que el aparato de la CNS arrastra consigo y que el movimiento universitario ha denunciado con un vigor crítico sin precedentes) permanezca oculto o muy atenuado, mientras se desorbita su «peligrosidad política». Como si, en la España de hoy, el movimiento sindical pudiera ser políticamente peligro sin llevar en su entraña un conflicto profundo al nivel de las estructuras sindicales en que tiene su origen; la peligrosidad política del movimiento sindical universitario español sólo puede ser una consecuencia reflejo de su autenticidad como tal movimiento sindical.

La sutileza del plan represivo radica en que tiene en cuenta que las verdaderas causas de cualquier posible peligrosidad política de las luchas sindicales en la Universidad hay que buscarlas precisamente en su carácter sindical. El sentido general de plan se centra en un intento de influir sobre los hechos de tal modo que la vertiente sindical de las luchas quede escindida de su vertiente política y se diluyan las mediaciones existentes entre la una y la otra. El marco sindical, a pesar de que disminuye su espectacularidad, proporciona al movimiento universitario una fortaleza y una dirección que le permiten influir en la vida real del país desde una insólita perspectiva de clase. Sobre este marco, el movimiento universitario abandona su tradicional y vacío esfuerzo solitario y se amarra a una lucha de mucha más envergadura que la suya particular —una lucha respecto de la que se siente subsidiario pero que le llena de razón y de universalidad. No es, por esta razón, el movimiento universitario en cuanto tal lo que el régimen teme, sino su vinculación cada vez más estrecha con el movimiento obrero. No es a la espectacularidad de sus manifestaciones, a esa paradójica



orientación suya que, por peculiaridades de nuestra sociedad, tiende a convertir espontáneamente a la casta privilegiada de los universitarios españoles en un portavoz burgués de intereses que trascienden con mucho a la burguesía.

He hablado de «peculiaridades de nuestra sociedad». En lo que respecta a las causas de lo que es la mayor paradoja y la mayor fuerza del movimiento universitario (su enlace voluntario, y consciente de su subsidiaridad, con el movimiento obrero), tales peculiaridades se manifiestan en el terreno de la actual correlación de fuerzas sociales y tendencias políticas en el seno de la burguesía española.

Nadie ignora que, debido al carácter sólo parcialmente burgués que en su origen tuvo el movimiento franquista, la delimitación social de las bases en que se apoyan los diferentes grupos políticos burgueses ha sido siempre una tarea compleja y, con frecuencia, imposibles de llevar a cabo con una mínima precisión. La opresión y el terror del régimen se materializaban no sólo sobre las clases trabajadoras, sino también sobre los sectores más importantes, conscientes y progresivos de las clases medias. Durante muchos años, la perspectiva permanente de un estancamiento que mantenía a un país de alto desarrollo histórico en el marco de una economía subdesarrollada, contribuyó a mantener intacta aquella situación originaria que dificultaba enormemente el conocimiento, por parte de los grupos de oposición, de la extensión y el carácter social de su base posible. Hoy, en cambio, las perspectivas del país se inclinan hacia un cambio inevitable que está trastornando las viejas correlaciones fosilizadas. Tal cambio repercute ya, aunque débilmente, en la conciencia, en la conducta y en la psicología profunda de las masas, se trasluce inesperadamente en reacciones muy cotidianas y, por lo tanto, muy transparentes, de la vida española y comienza a ser plenamente comprendido por las mentes más despiertas. El régimen, presionado por el empuje natural del país, se ha visto forzado a romper la vieja esclerosis económica y ha puesto en funcionamiento los mecanismos de un proceso de desarrollo que, por encima de sus innumerables deficiencias, va situando poco a poco a nuestro país dentro de la ortodoxia del desarrollo capitalista, según el modelo prefijado por los países de la Europa occidental\*. El significado general de este fenómeno, desde el punto de vista de sus inevitables repercusiones sociales, es el siguiente: el régimen está poniendo en pie, sin la colaboración de los grupos políticos burgueses y frecuentemente contra ellos, una base material que favorece enormemente su desenvolvimiento y su tendencia a cristalizar en organizaciones.

La peculiaridad del momento político español reside, por un lado, en que la tendencia objetiva a la reagrupación de fuerzas sociales burguesas, derivada de la necesidad por parte de los grupos políticos de buscar una «clientela electoral» que oponer al régimen, es algo que «cabe» en cuanto tendencia dentro de la lógica de la situación sólo a condición de que el régimen lo permita, y el régimen lo permitirá sólo en el caso de que tales organizaciones se comprometen a colaborar en una estrategia de conjunto abiertamente antiproletaria y antisocialista\*. En este sentido el alza de la cotización de la etiqueta demócrata-cristiana en los sectores sociales más reaccionarios del país y las múltiples iniciativas (casi todas patroci-

\* NDLR. Véase en este volumen: Fernando Claudín, *Dos concepciones de «la vía española al socialismo»*; Ramón Bulnes, *Del sindicalismo de represión al sindicalismo de integración*; Jorge Semprún, *La oposición política en España: 1956-1966*.



nadas por la CNS) para fabricar una socialdemocracia sometida a las líneas actuales de desarrollo, son dos pruebas concluyentes de que el régimen prevé como culminación política del ascenso económico, la instauración de una «democracia» (¡) bajo ese doble signo (tal vez inspirada en la de Alemania Federal), en la que cualquier movimiento socialista no domesticado debe ser descartado, sofocado y aniquilado de antemano. Los grupos políticos burgueses que han mantenido durante años la bandera de la democracia, mano a mano con el socialismo, se encuentran ante la alternativa de aceptar o rechazar este proyecto, que supone el abandono definitivo de aquella bandera democrática. En definitiva, ese «proyecto democrático» no es más que una generalización y un cohesionamiento de la actual dictadura de clase.

Naturalmente, todo esto coloca al conjunto de la militancia política burguesa en una situación bastante delicada. Por una parte, el ofrecimiento de «democracia» no es, ni mucho menos, formal. Sin duda, se intuye que late en las tendencias y orientaciones profundas que el país impone a sus gobernantes, pero, por parte de éstos, no ha pasado nunca de las simples declaraciones abstractas o de las ofertas «privadas». Muy bien puede ser una vulgar trampa, un intento lleno de doblez por parte del régimen para hacer cómplice de la situación a importantes contingentes de la burguesía que aún se mantienen en la oposición y acallarles de este modo. Pensemos que la petrificación de las estructuras políticas en el poder no permite por ahora ningún reajuste institucional de envergadura. Pensemos que, al mismo tiempo que las instituciones se mantienen inmóviles, las exigencias de consumo de las masas aumentan incesantemente y que el movimiento económico expansivo —a causa de las insuficiencias e irracionalidades del plan de desarrollo— puede llegar a sufrir una detención súbita. Pensemos que una y otra son fuerzas de signo opuesto que pueden entrar en colisión y provocar una crisis nacional de la que los grupos de **oposición** captados por aquel proyecto **democrático** saldrían desprestigiados y con las manos sucias. La opción fundamental de nuestra sociedad, a saber: que la tendencia a la reagrupación y el cohesionamiento en el seno de la burguesía provoque un movimiento de iguales características, pero opuesto a él, en las clases trabajadoras, es también una opción posible, e incluso probable, cuya peligrosidad revolucionaria depende (para esos grupos burgueses) del tiempo que puede ser contenida y aplazada según que se integren o no se integren en el «proyecto» del régimen. Pero, si, por el contrario, el régimen logra por sí solo burlar una vez más el proceso histórico y aplazar los efectos de las contradicciones inherentes a su textura y a su obra durante un número de años suficiente para apuntalar definitivamente el plan de desarrollo económico monopolista en marcha, la opción anterior se transforma profundamente. En tal caso, los grupos burgueses que se niegan a colaborar en el «proyecto» asistirían a la edificación de una obra que, de algún modo, les es afín... sin participar para nada en ella. Por otra parte, y desde un nuevo punto de vista, la alternativa adquiere dimensiones dramáticas. Para los grupos burgueses de tendencia democrática, el retorno a la vida política de la mano del régimen equivaldría a esta humillante paradoja: aceptar la resurrección de la «democracia» de manos de su asesino. Pero la decisión contraria, la de negarse a aceptar una resurrección de ese tipo, suscita a su vez una nueva paradoja, que consistiría en tener que adquirir una postura de oposición al régimen tanto más frontal y radicalizada cuanto más se aburguesase éste ideológicamente. Es decir, la burguesía democrática se vería en la necesidad de hacer suyas —inutilizado ya su propio arsenal crítico— las armas ideológicas fundamentales del movimiento obrero, del socialismo.



Dentro de esta última opción, abriéndose sin miedo a ella su propio camino, se ha situado la vanguardia del movimiento sindical universitario. Su peculiaridad actual sólo puede ser correctamente entendida si se la examina desde ese supuesto: en la medida en que el sistema dominante se orienta cada vez más claramente hacia una estrategia de clase generalizada, coherente y caricaturescamente democrática, el movimiento universitario, consecuente con su antifranquismo irreductible, está dispuesto incluso a ser infiel a sus vinculaciones sociales originarias y a situarse en el marco de una plataforma social que no le corresponde, pero a la que las circunstancias le obligan a ir, ya que en ella se le ofrecen las verdaderas opciones de lucha y de crítica frontal.

Acostumbramos a veces a observar las contradicciones del régimen como si se trataran de simples pecados ajenos, y olvidamos que nuestra sociedad entera y, naturalmente, todas las actividades intelectuales y políticas nacidas en su seno están irrevocablemente enlazadas con ellas, aunque sólo sea porque constituyen su campo de batalla más familiar. La irracionalidad del régimen nos concierne porque nos determina, y nos determina simplemente porque nos es vitalmente necesaria para combatirlo. En el caso concreto de la Universidad, la irracionalidad de la actividad organizadora del régimen tiene una larga historia de medias victorias y medias derrotas que ha condicionado y condiciona la evolución del movimiento sindical dentro de ella. El origen de la situación actual hay que buscarlo en la decadencia del sindicato oficial como organismo de militancia fascista y en su rápida conversión en una organización burocrática de control. El proceso que llevó al SEU de uno a otro estado no es autónomo, sino el reflejo, marginalizado adrede, de un cambio de poder dentro de las estructuras del sistema, hoy totalmente consumado, pero cuyo primer síntoma abierto se produjo en la Universidad de Madrid durante el invierno de 1965. Ahora, el carácter reflejo de la política de entonces y los intentos de marginalización de los estudiantes respecto de la vida general del país topan con dificultades que antes no encontraban. El paso de los años ha demostrado hasta qué punto fue inadecuada, desde el punto de vista del régimen, la disolución del sindicato fascista y su sustitución por una organización de apariencia neutra. El paso de los años ha demostrado también que esta disolución del sindicato fascista era, y seguimos en el punto de vista del régimen, lo único que éste podía hacer. Ha sido particularmente la «neutralización» de su sindicato lo que ha obligado a los movimientos de oposición estudiantil a encuadrarse fuera del marco institucional de sus centros de estudio. Al no encontrar dentro de éstos la cara de su verdadero enemigo, el movimiento sindical estudiantil hubo de situar sus reivindicaciones en plataformas distintas de la suya propia. La paradoja consustancial a esta trayectoria radica en una contradicción fundamental del sistema franquista: el régimen, antes o después, se ve obligado a combatir los resultados de sus propias decisiones. Y de esto, del hecho de que sus acciones se vuelven contra él, podemos extraer una enseñanza general: por muy bien que el régimen pueda llegar a controlar una situación, nunca llegará a comprenderla. En esta contradicción se condensa toda su irracionalidad y de ella se alimentan todas las paradojas y peculiaridades de la vida española.

De tal forma, a la luz de esa contradicción, podemos ver las implicaciones concretas que determinan la actual trayectoria del movimiento sindical universitario. Estos condicionamientos pueden sintetizarse en tres:



1) La repercusión, cada día más fuerte, que tiene en la universidad el conflicto entre la dinámica de los procesos sociales y económicos en curso y las instituciones destinadas a controlarlos. Este conflicto se materializa en la tensas relaciones, de una hostilidad despreocupada, que existe entre los estudiantes y el SEU.

2) El conflicto entre la evolución de la conciencia social y política de los estudiantes y la incapacidad del medio cultural y académico en que se mueven para satisfacer las necesidades derivadas de esa evolución\*. Este conflicto se materializa en la inadecuación y el anacronismo de los métodos de enseñanza y en la falta de una prensa propia en la que los universitarios puedan reconocer su propia voz.

3) La incapacidad de las estructuras sociales y económicas del país para absorber el número de graduados que la universidad produce. Este conflicto se pone de manifiesto en el hecho de que más del cincuenta por ciento de los graduados españoles se encuentran en situación de paro absoluto o de subempleo.

Estos tres condicionamientos privativos de la universidad convierten a ésta en un lugar extremadamente sensibilizado para recoger las insatisfacciones del ambiente social que la rodea. Pero, por sí solos, no bastarían para desencadenar y orientar las luchas sindicales tal como se manifestaron el pasado invierno. Era necesario que la universidad se hallara afectada por una peculiaridad mucho más profunda y generalizada que las tres enumeradas, para que los acontecimientos tomaran el camino que conocemos. Se trata de una peculiaridad que afecta a la entraña misma de la vida española, a sus más íntimas estructuras. Me refiero a la tensa inmovilidad de la inmensa mayoría de la población, es decir, a la falta de traducción política de los conflictos sociales allí donde se producen y palpitan. Quiero decir que hay algo que obliga a que todos los problemas que, en las actuales circunstancias, carecen de solución, se oculten en un subsuelo cada día más sobrecargado. Estos problemas contenidos condicionan la vida total del país, la enrarecen y la convierten en una vida puramente lenta, marcada por un inquieto sosiego. La sobrecarga interna de los problemas irresolubles contenidos y sofocados hace que éstos presionen sin tregua sobre las más variadas parcelas de la vida nacional y que, siguiendo la lógica de los vasos comunicantes, se concentran en los puntos que les ofrecen menos resistencia y afloran repentinamente en lugares insospechados, incluso sorprendentes, como una especie de brote insensato. Aquellas tres circunstancias, enumeradas antes, que convertían a la universidad española en un lugar extremadamente sensibilizado para captar las presiones ambientales, permiten que el subsuelo viciado de la vida nacional repercuta sobre ella y convierta a veces su voz en voz que denuncia violentamente nuestras peores miserias ocultas, contenidas en cuanto individuo en las clases dominantes, se encuentra, sin embargo, desligado de la multitud de compromisos que vinculan psicológicamente a sus mayores con la situación actual y el sistema que la mantiene. No ha pasado por la escuela de la guerra, ni por la del terror subsiguiente. Desconoce la penuria económica por la que, tal vez, atravesó su familia mientras él era un

\* NDLR. Véase en este volumen: Antonio Linares, **Las ideologías y el sistema de enseñanza en España**.



niño. No ha empeñado lo mejor de su vida en un esfuerzo por conseguir un puesto de privilegio en la sociedad actual, sino que ese puesto le ha sido entregado como un destino natural. De lo que ha heredado percibe mucho más lo que le oprime que lo que le satisface. Esto último se le aparece como una transparencia, aquello como una resistencia. Su postura natural de inmadurez psicológica tiende, como escape prohibido y rendidor, a convertirse, bajo la más débil presión objetiva, en una reacción generalizada contra su clase.

El fenómeno que acabo de describir —aunque se manifiesta de un modo particularmente intenso en la Universidad— se produce en todo el ámbito nacional y en todas las esferas sociales sin excepción. Detrás de ese fenómeno, lo que está funcionando es un mecanismo de delegación indispensable para el funcionamiento normal de una sociedad que, como la nuestra, está montada sobre el ocultamiento sistemático de sus dificultades. El secreto de la inesperada solidez que adquirió el invierno pasado la actividad sindical antifranquista en la Universidad, se explica por las consecuencias naturales de ese mecanismo. La paradoja del sindicalismo universitario (a saber, que tratándose de un movimiento enraizado en la burguesía ha tenido que encontrar su fuerza y su madurez fuera de ella) es sólo una imagen parcial y reducida de otra paradoja más fundamental: que cualquier lucha **auténtica** contra el sistema, que cualquier oposición al régimen **consecuente** consigo misma, sea de base burguesa o proletaria, se ve forzada por la lógica de la situación a adquirir una perspectiva socialista.

El infamante proyecto de «democracia» que patrocinan el régimen y los sectores más reaccionarios de la burguesía española, por un lado, y, por otro, el ejemplo del desenvolvimiento, del coraje y de la profundidad del movimiento obrero en las provincias del norte durante los últimos cuatro años, demuestran que es el proletariado industrial quien dará formación democrática a España. El carácter subsidiario que los universitarios antifranquistas han aceptado en sus relaciones con el movimiento obrero y la fuerza que esta subsidiariedad les ha proporcionado indican que aquella deducción es hoy más cierta que nunca. E indican también algo que hasta ahora era mucho menos evidente, pero que lentamente va ganando terreno entre quienes observan la vida del país sin viejos prejuicios. Me refiero a que la lucha por la democracia, sometida por las circunstancias a un proceso de radicalización permanente, está en la vía franca de un cambio cualitativo. El sentido de este cambio es el siguiente: la vieja lucha democrática se desprende poco a poco de sus vinculaciones históricas con la burguesía, para establecer otras nuevas vinculaciones mucho más estrechas con el movimiento obrero y socialista. Lo que, en última instancia, nos enseñan los sucesos universitarios de 1965 es que, en la España de hoy, democracia y socialismo son dos perspectivas hermanas, dos objetivos revolucionarios imbricados recíprocamente de tal forma que sólo a un razonamiento abstracto y torpe se le puede ocurrir desligarlos.





Dibujo de Urculo







**22**

ANTOLIANO PEÑA

**Las Hermandades de Labradores y su mundo**

**23**

IÑAKI GOITIA

**El orden laboral y las Magistraturas del Trabajo**

**24**

JORDI BLANC

**Las huelgas en el movimiento obrero español**

En la página anterior:

Genovés: **El preso**



# 22 Las Hermandades de Labradores y su mundo

ANTOLIANO PEÑA

La situación económica en el campo, se ha agravado fuertemente, en los últimos años, lo que explica, entre otras cosas, el malestar reinante entre los campesinos y el fuerte movimiento emigratorio de los últimos años. El desequilibrio de este sector se ha acentuado con relación a la industria y servicios. En este marco analizaremos la actuación de las Hermandades de Labradores, tema poco conocido y que necesitaría un trabajo, más extenso y profundo, que el recogido en estas páginas.

## Estructura agraria

El marco estructural de nuestra agricultura ha sido, y sigue siendo, el condicionante básico del problema agrario; por lo tanto en torno a este cuadro anacrónico, apenas modificado en nuestros días, es en el que se ha planteado y en el que hay plantear de nuevo, la lucha social y política en el campo español, por más que «nuevas voces» intenten desviar el problema, con argumentos mal llamados «técnicos», que soslayan el hecho de que España, siga siendo uno de los pocos países europeos que aún no han hecho su reforma agraria, a pesar de que hoy está unánimemente aceptado, incluso por la más pura «técnica» económica, y los ejemplos históricos lo confirman que todo país que pretende entrar en la vía del desarrollo, ha de partir de la realización de su reforma agraria.

En la estructura anacrónica de la propiedad agraria encontramos uno de los polos del drama del campo español: 1831470 familias campesinas cultivan sólo 2980116 ha, superficie que representa el 6,8 % de nuestra superficie cultivada. ¿Es sobre este 6,8 % de nuestra superficie sobre el que se debe concentrar los esfuerzos para aumentar la productividad de nuestra agricultura? ¿Pueden nuestros «desarrollistas indicativos» conseguir en muy poco años un desarrollo industrial, capaz de mantener y sustentar a esos casi dos millones de familias campesinas, más otro millón de obreros agrícolas con sus familias? ¿O han de ser esos millones salidos de nuestro campo, los que con su trabajo en el extranjero, convertido en divisas, han de «mantener y sustentar» el desarrollo industrial, que esperan nuestros «desarrollistas indicativos»?

El otro polo del drama se halla en el apartado que las frías estadísticas llaman «explotaciones de más de 100 ha»: 51579, con una extensión total de 24340401 ha; de aquí es



necesario extraer las 6517 explotaciones, con una superficie comprendida entre las 500 y las 1000 ha; más las 4652 con una extensión superior a las 1000 ha. Sin profundizar demasiado los análisis estadísticos, vemos que la extensión que representan las explotaciones comprendidas en los dos últimos apartados es infinitamente mayor que la que representan los 2980116 ha de los campesinos, con explotaciones menores de 5 ha, que solamente representan el 6,8% de la superficie total.

Hay que tener en cuenta, además, que el enorme peso que **representan** en el total de la superficie cultivada estas grandes fincas y por lo tanto «**en la baja productividad de la agricultura española**» se ve aumentando por el hecho de que estos latifundios comprenden la mayor parte de las tierras más fértiles del país; mientras que la mayor parte de los pequeños campesinos se ven confinados en tierras pobres\*.

¿El aumento de la productividad de la agricultura, la racionalización de los cultivos, la constitución de cooperativas, deben ser conseguidos principalmente en el 6,8% de nuestra superficie, constituido por tierras pobres, y que corresponden a explotaciones de menos de 5 ha, o sobre las fincas de 500 a 1000 ha o mayores de 1000, representando una superficie 5 ó 7 veces superior a la comprendida en el capítulo de «explotaciones de menos de 5 ha»? La opción desborda el marco de la técnica económica pura.

Ciertas precisiones concernientes a la productividad agrícola y al nivel de vida en el campo se imponen antes de entrar de lleno en estudio de la actuación de las Hermandades de Labradores.

## Productividad agraria y nivel de vida

### I. Producción ganadera

La ganadería española manifiesta, en los últimos años, una tendencia constante a disminuir. A pesar de que las fuentes oficiales predecían en 1960 una evolución favorable en este terreno, el pronóstico no se ha cumplido, como puede observarse en el cuadro siguiente:

CENSO GANADERO (en miles de cabezas)

Especie	1960	1963	1964	1960-64 %	1963-64 %
Vacuno	3 640	3 671	3 723	2,28	1,4
Caballar	506	397	345	-31,82	-13,1
Mular	1 158	1 044	844	-27,12	-19,1
Asnal	686	726	534	-21,58	-25,8
Lanar	22 622	19 868	17 618	-22,13	-11,3
Caprino	3 300	2 336	2 284	-30,79	-2,3
Porcino	6 032	6 055	5 011	-16,93	-17,2
Total	37 944	34 097	30 363	-19,98	-10,9

Fuente: Confederación de Cajas de Ahorros: **La economía española en 1964**

\* NDLR. Para más detalles remitimos a los estudios publicados en el primer volumen de esta obra: **La propiedad agraria**, de Xavier Flores; **Problemas de la agricultura española**, de Macrino Suárez; **De la autarquía económica al Plan de Desarrollo**, de C. E. Q. García.



A la vista de estos datos se observa que la disminución es cada vez más acentuada; en un periodo de tres años (1960-1963), si establecemos el porcentaje del cuadro anterior, nos encontramos que el descenso supuso 10,14 %. Sin embargo, **en un solo año (1963-1964)** ha sido de 10,96 %.

## II. Producción propiamente agraria

INDICE DE LA PRODUCCION FINAL AGRICOLA (1953-1954; 1954-1955=100).

Grupo	1963-1964	1964-1965	Variación %
Cereales (alimentación humana)	125,6	101,2	- 19,43
Leguminosas (alimentación humana)	149,1	120,6	- 19,12
Patata	134,2	103,0	- 23,25
Industriales	195,1	193,1	- 1,03
Vino	126,1	144,0	+ 14,20
Aceites	198,0	62,1	- 68,64
Hortalizas	155,2	153,4	- 1,16
Frutas	140,6	139,7	- 0,64
Indice producción agrícola	144,7	122,3	- 15,48

Fuente: Servicios de estudio de la Confederación Española de las Cajas de Ahorros: **La Economía española en 1964.**

A este débil incremento de la producción agrícola con respecto a 1953, y el fuerte retroceso en los últimos años, hay que añadir, para explicar mejor la fuerte disminución del poder adquisitivo del campesino, la situación real de intercambio de nuestra agricultura, con relación a otros sectores, relación real de intercambio que disminuye constantemente, agravando la tradicionalmente mala situación del campesinado.

## III. Relación de intercambio

Analicemos en este sentido el índice de paridad, comparando el índice de precios percibidos por los agricultores con el índice de precios pagados por los mismos.

INDICE GENERAL.

Años	Precios pagados	Precios percibidos	Indice de paridad
1957	100,0	100,0	100,0
1958	114,8	117,0	102,6
1960	132,8	114,8	86,3
1961	142,8	117,6	82,4
1962	166,1	132,5	79,5
1963	199,0	140,3	70,5

Fuente: Informe sobre la situación de la agricultura española en 1963, presentado por la I Asamblea general de la Hermandad Sindical General de Labradores y Ganaderos.



## IV. Diferencia salarial. Salario medio anual por persona

	Pesetas
Agricultura	25 982
Pesca	34 623
Minería	56 632
Industrias fabriles	47 772
Construcción	37 260
Electricidad, agua	66 084
Comercio	40 815
Servicios financieros	85 176
Transportes y comunicaciones	64 308
Administración pública	97 592
Otros servicios	41 967

Fuente: Informe de la Oficina Técnica de Rentas del INE.

A esta diferencia salarial, que ya por sí es elocuente, hay que añadirle el peor trato que reciben los obreros agrícolas, en cuanto a prestaciones sociales, condiciones de vida, discriminación social, menores posibilidades de defensa, peores condiciones de trabajo, etc., respecto a los trabajadores urbanos.

## Inversiones agrícolas

Para determinar si se está produciendo una transformación de nuestro campo, en el sentido de convertirlo en un sector más productivo, si se está creando una estructura productiva más eficaz que la tradicional, si atraviesa simplemente una crisis acentuada de su larga trayectoria de hundimiento, con cambios sustanciales, únicamente en la población agrícola, que pasa a incrementar la corriente migratoria y a convertirse en fuerza de trabajo dócil de las economías europeas, es interesante analizar el proceso de capitalización del campo (condición indispensable en el actual sistema para conseguir un aumento de productividad), a través de las cifras de inversión. A continuación exponemos las inversiones de los últimos años.

INVERSIONES AGRARIAS (en millones de pesetas).

Año	Sector público		Sector privado		Total Valor
	Valor	%	Valor	%	
1962	7 900,0	46,39	9 130,0	53,61	17 030,0
1963	10 596,3	52,46	9 602,0	47,54	20 198,3
1964	11 829,9	59,74	7 952,7	40,26	19 782,6

Fuente: Ministerio de Agricultura.



Se observa que el único aumento sensible en las cifras de inversión es el representado por el del sector público. Hay que tener en cuenta que los aumentos más importantes en este sector corresponden al Ministerio de Obras Públicas, cuyas inversiones, en la mayoría de los casos, no producen un aumento de la productividad, a corto plazo, no incidiendo, además, en otras muchas, en beneficio directo de la agricultura.

No insistimos en las cifras de la inversión privada. Basta estudiar el cuadro anterior, para observar que el descenso de ésta la hace incluso inferior a la de 1962 (año anterior al Plan de Desarrollo).

## Trabajadores empleados en las explotaciones agrícolas

Es necesario señalar la disminución constante de la mano de obra en el campo originada por la emigración, emigración que se nutrió sobre todo del obrero agrícola, fundamentalmente del eventual, pero que ya hoy en su mayor número es proporcionada por los pequeños propietarios, a quienes es imposible económicamente seguir cultivando sus tierras, ya que en muchos casos obtenían un beneficio real por día inferior al salario mínimo del obrero agrícola\*.

En el cuadro siguiente damos las cifras correspondientes a los trabajadores agrícolas.

Trabajadores fijos	310 244
Trabajadores eventuales	1 002 545
Trabajadores autónomos	1 471 216
Totales	2 784 005

Fuente: Mutualidad de Previsión Agraria.

A estas cifras habría que añadir las correspondientes a las mujeres y niños menores de 14 años, que frecuentemente son empleados en las explotaciones agrícolas, cifra difíciles de determinar.

Sobre este apartado el Instituto de Estadística, proporciona las siguientes:

<b>Trabajos no remunerados</b>	
Mujeres	1 278 349
Niños (menores de 14 años)	220 849
<b>Trabajos remunerados</b>	
Mujeres	16 232
Niños (menores de 14 años)	9 862
Totales	1 673 292

Hay que tener en cuenta, además, el número elevado de niños empleados temporalmente, en el campo, durante la época de la recolección.

\* NDLR. Véase en este volumen: Angel Villanueva, **Causas y estructura de la emigración exterior.**





Composición de Ges.

## Emigración

Al éxodo campesino, originado por la diferencia del nivel de vida entre el campo y los sectores industria y servicios, al que se añade el estímulo de unos salarios más altos en la emigración exterior, se ha sumado en los últimos años, como decíamos antes, el origenario por la crisis de la agricultura y el consecuente empobrecimiento progresivo de los pequeños propietarios y arrendatarios, que abandonan sus tierras para engrosar la tradicional emigración de nuestros braceros. Es difícil determinar con exactitud la cifra de emigrantes por tratarse con frecuencia de una emigración no controlada, y también por la existencia de una emigración temporal.

El cuadro siguiente da una idea del volumen de la corriente emigratoria:

1957	255 840
1958	249 684
1959	223 032
1960	214 968
1961	175 360
1962	349 346
1963	443 161
1964	470 000

Fuente: Dirección General de Empleo, Sección de Migraciones.



## Actuación en al campo

Lo expuesto hasta aquí pretende dar una idea del cuadro estructural, económico y social en que se desenvuelve hoy nuestra agricultura. Y explica la situación de descontento, el deseo profundo de cambiar este estado de cosas, pero que la grave situación económica ha generalizado estos últimos años. Los pequeños propietarios, que en muchos casos disponen actualmente de ingresos inferiores a los de obreros agrícolas, se alían con ellos en un mismo frente reivindicativo y chocan, además, con la misma barrera de discriminación social, cultural y asistencial.

Sin embargo, a pesar del malestar reinante, las posibilidades que ha tenido el campesino español para emprender una lucha reivindicativa, como lo han hecho otros sectores obreros en la industria y en los servicios (revindicaciones, al nivel de la lucha «que es posible», bajo el actual régimen), han sido muy escasas y explicables, entre otras, por las siguientes causas:

- a) Represión ejercida durante la guerra civil y después de ésta, en el campo español, represión generalizada y una de las más duras de la historia de España.
- b) Dificultades con que tropieza la actuación política en el campo, mayores que en ningún otro sector durante todo el periodo de postguerra.
- c) Débil actuación de los partidos políticos, explicada en parte por su situación de clandestinidad; a esto hay que añadirle el poco esfuerzo dedicado por los partidos políticos (al menos hasta los dos o tres últimos años) a analizar las condiciones **reales** del campo español, y que han limitado su actuación en este sector a repetir tópicos, aplicar esquemas previos o a mantener posturas voluntaristas.
- d) La inexistencia o la no construcción de plataformas reivindicativas que pudieran ser aprovechadas para formar uniones amplias de base campesina, a partir de las cuales fuera posible actual públicamente, mantener campañas reivindicativas, y en las que en definitiva, habría que apoyarse para mantener una lucha adecuada en las condiciones actuales, a escala local o regional\*.

¿Qué tipo de plataformas reivindicativas podrían ser planteadas dada la situación que hemos esbozado sucintamente en los apartados precedentes? ¿Cuáles de ellas podrían ser utilizadas hoy en una primera etapa? ¿Qué órganos pueden ser utilizados para su desarrollo? A escala local, e incluso a escala provincial o regional, estimamos que existen dos: los Ayuntamientos y las Hermandades de Labradores. Utilizados hasta ahora por el régimen como elementos de control, no tienen por qué continuar desempeñando necesariamente este papel, si se sabe utilizarlos. Para plantear en ellas o desde ellas, inicialmente, las reivindicaciones que hoy están generalizadas difusamente en el campo español, para conseguir una participación unitaria, para poder conseguir abrir en ellas un debate en que participen los campesinos, para informar, preparar para la discusión y para la lucha a los dirigentes naturales campesinos, y finalmente para explotar las contradicciones que permitan dar una conciencia política al campesinado de las diferentes regiones.

Nos vamos a limitar en este trabajo a estudiar brevemente cuál es el papel que han desem-

\* NDLR. Véase en este volumen: Ramón Bulnes, *Del sindicalismo de represión al sindicalismo de integración*; Jordi Blanc, *Las huelgas en el movimiento obrero español*.



peñado y que desempeñan las Hermandades de Labradores, cuáles son las posibilidades que pueden ofrecer en el plano aludido.

## Proceso de creación del actual sistema sindical agrario

La Ley de Unidad Sindical del 26 de enero de 1940, así como la Ley de Bases de la Organización Sindical del 6 de diciembre del mismo año, pusieron las bases del nuevo aparato de sindicatos verticales, industriales y agrícolas.

La Ley de 2 de septiembre de 1941, dispuso la integración de los sindicatos agrícolas existentes antes de la guerra, así como sus Federaciones y Confederaciones, en la Organización Sindical del Movimiento. En su artículo 1 establecía: «En cumplimiento del artículo de la Ley de Unidad Sindical de 26 de enero de 1940, se ordena la integración definitiva en la Organización Sindical del Movimiento de FET y de las JONS, de todos los Sindicatos Agrícolas, Cajas Rurales, Cooperativas y demás organismos constituidos al amparo de la ley de 28 de febrero de 1908...».

En el artículo 6 se establecía: «Los afiliados a los diferentes sindicatos afectados por ésta, serán encuadrados automáticamente en los respectivos Sindicatos Locales o Hermandades de Labradores de la Organización Sindical del Movimiento». El decreto del 17 de julio de 1944 desarrollaba los preceptos de la Ley.

Una orden de la Presidencia del gobierno del 23 de marzo de 1945, contiene el Reglamento de las Hermandades de Labradores, que analizaremos más adelante.

El proceso de integración vertical culmina a escala provincial, con el decreto de 18 de abril de 1947, que crea las Cámaras Oficiales Sindicales Agrarias, a las que se incorporan las antiguas Cámaras Agrícolas y las Hermandades Sindicales provinciales.

A escala nacional, el proceso de integración y de unificación de los diversos sectores agrarios, completamente jerarquizados, culmina en el decreto del 5 de octubre de 1962, por el que se reconoce con plena personalidad jurídica a la Hermandad Sindical Nacional de Labradores y Ganaderos, y en la orden del 22 de noviembre del mismo año, que aprueba los estatutos de dicha entidad queda establecido que: «la Hermandad Nacional de Labradores y Ganaderos es la Federación Sindical de Organizaciones Agrarias, que tiene por finalidad, la representación con carácter exclusivo de los intereses del campo y la coordinación de las entidades sindicales legalmente establecidas en los ámbitos provincial y local». Es interesante señalar que esta personalidad jurídica no se dé a la Hermandad Sindical Nacional de Labradores y Ganaderos, cuya finalidad es «la representación de los intereses genéricos del campo», hasta el año 1962, fecha en que la crisis de la agricultura y el malestar del campo se han agudizado, pretendiendo que sea portavoz y canalizadora del descontento campesino. Pero sobre esto hablaremos más adelante. (Véase en la página siguiente el esquema de la organización de las Hermandades de Labradores).

Veamos cuál ha sido, y cuál es la finalidad de este cuadro institucional, qué papel real ha desempeñado y, por último, cuáles son las posibilidades reivindicativas y de desarrollo de conflictos que hallan en él los campesinos.



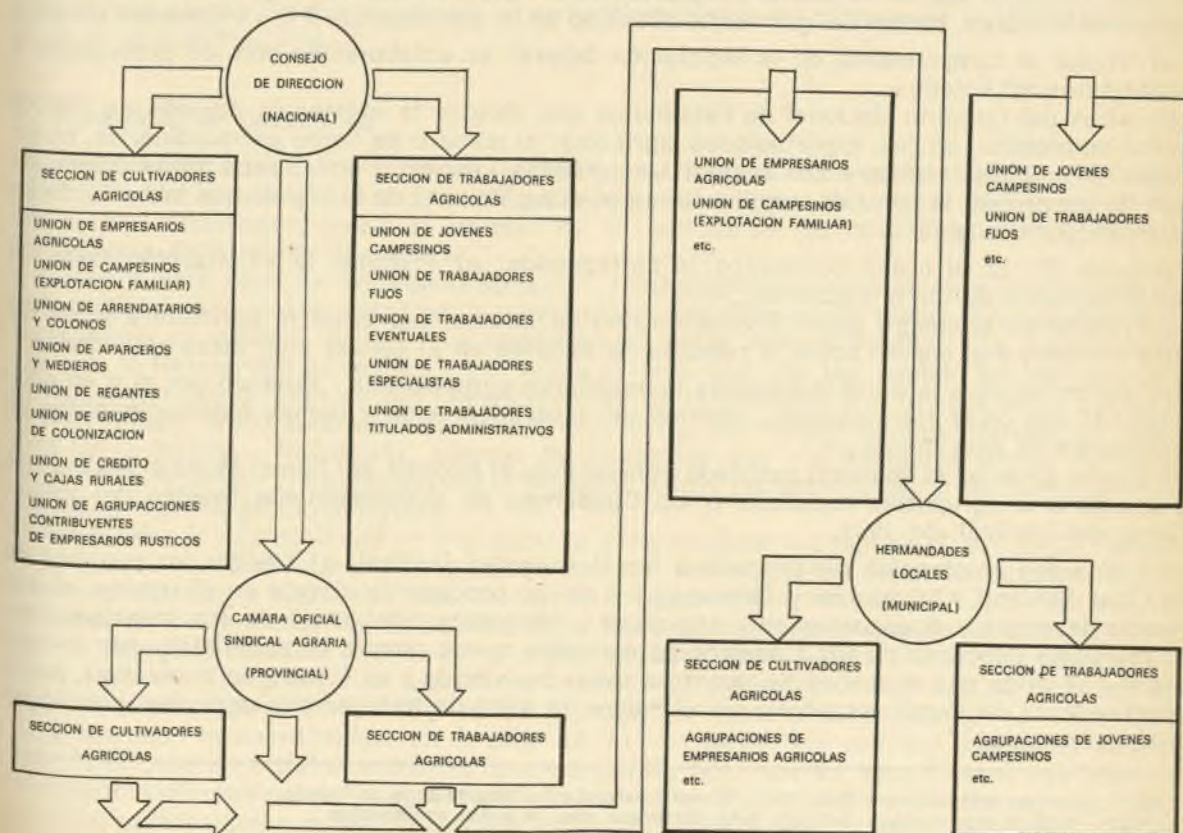
## Las Hermandades locales

Pretenden representar y canalizar los intereses de los obreros agrícolas y de los propietarios de explotaciones agrarias, ya sean familiares o constituyan empresas, procurando resolver a escala local los conflictos de interés entre esos diversos sectores rurales, y « transmitir sus peticiones » y defender sus intereses a escala provincial y nacional ante los poderes públicos.

Así las funciones encomendadas a las Hermandades, teóricamente y siempre según la Ley de creación de las mismas y el Reglamento para su aplicación (Orden de la presidencia del gobierno de 23 de marzo de 1945) son: « Artículo 19: a) Funciones de orden social; b) Funciones de orden económico; c) Funciones de orden asistencial; d) Funciones de orden comunal; e) Funciones de asesoras y colaboradoras del Estado ».

Cualquiera que conozca un poco el campo, verá cómo han sido llevadas a la práctica: « Artículo 20: Corresponde... en el orden social: a) Resolver y tramitar cuantas consultas y

CUADRO INSTITUCIONAL DE LAS HERMANDADES DE LABRADORES





peticiones presenten los sindicatos con referencias a cuestiones agropecuarias, tributaciones, leyes, seguros sociales... y vida en el campo ».

Para comprobar cómo ha sido resueltas las « peticiones » de los campesinos « sindicatos » a lo largo de estos veinticinco años basta consultar el informe **Sobre de la situación de los campesinos**, presentado por la Hermandad Sindical Nacional de Labradores en 1963, en la que se concretan algunas de ellas que extraemos más adelante.

« c) Fomentar el perfeccionamiento profesional e intelectual, así como la mejora económico-social de los miembros de la Hermandad ».

Las cifras sobre la situación del campo que expusimos anteriormente han puesto de manifiesto esta « evidente » mejora.

« d) Procurar la conciliación en los conflictos individuales de trabajo... ».

Sabido es, que los sindicatos verticales han sido grandes especialistas de la « conciliación » de conflictos de trabajo \*.

« f) Atender en su jurisdicción a la colocación obrera... ».

A este respecto las cifras sobre emigración rural, que señalan en el último año casi medio millón de hombres, hablan del gran éxito obtenido en lo que respecta a la « colocación obrera ».

« g) Vigilar el cumplimiento de la legislación laboral, en colaboración con las autoridades y organismos del Estado ».

Las cifras del Instituto Nacional de Estadística que indican la existencia de más de 230 000 niños empleados en las explotaciones agrícolas; el número de horas extraordinarias, no pagadas en grandes regiones del campo; las jornadas « de sol a sol », entre otras cosas, ponen de manifiesto la labor de « vigilancia en el cumplimiento de la legislación laboral » de las Hermandades locales.

« Artículo 21: En el orden económico, le corresponde: a) Procurar la valorización justa, de las actividades de los productores... »

Nos remitimos al cuadro sobre la relación real de intercambio entre la agricultura y los demás sectores y al cuadro sobre la relación de salarios en el campo y en otras actividades.

« c) Fomentar directa o indirectamente la enseñanza agropecuaria... creando por sí o en colaboración con otras Hermandades, campos de experimentación y demás establecimientos de enseñanza de esta índole... »

Se puede apreciar el fomento realizado consultando el Informe del Banco Mundial, en la parte dedicada a la agricultura española, o los **Cuadernos de documentación técnica** del primer Congreso Sindical, de 1961.

« En el orden asistencial corresponde a las Hermandad Sindical: g) Utilizar los recursos de la Obra Sindical « Educación y Descanso » a fin de procurar la alegría en el trabajo, el merecido descanso y el esparcimiento espiritual y formación intelectual de los trabajadores ». El merecido descanso de los trabajadores agrícolas queda puesto de manifiesto por « el número » de ellos que descansa en nuestras zonas turísticas; y su formación intelectual, por el nivel cultural del campo español o por el índice de hijos de trabajadores agrícolas, que llegan a la Universidad \*\*.

\* NDLR. Véase en este volumen: Iñaki Goitia, **El orden laboral y las Magistraturas de Trabajo**.

\*\* NDLR. Véase en este volumen: Antollano Peña, **Veinticinco años de luchas estudiantiles**.



«h) Luchar contra el paro forzoso y sus consecuencias...»

El éxito en la lucha contra el paro es revelado por los 130 000 parados, que el Instituto Nacional de Estadística da como media para el año 1964, a los que hay que sumar (como aspecto de la lucha contra las consecuencias del paro), los 170 552 emigrantes anuales a Europa (cifras del Instituto de Emigración); hay que tener en cuenta, que en la Primera Asamblea General de la Hermandad Sindical Nacional de Labradores y Ganaderos, celebrada en febrero de 1964, después de 25 años de fundación de las Hermandades, se pidió que se aplicara el Seguro de Desempleo a los trabajadores agrícolas, para proseguir «la lucha contra el paro».

## Estructura y organización de las Hermandades

Simplificando, una Hermandad está compuesta por los siguientes organismos: Asamblea plenaria; jefe de la Hermandad; Cabildo Sindical; secretario contador; Secciones; Tribunal Juado; Juntas directivas de los organismos incorporados a la Hermandad.

Estudiemos alguno de estos órganos y su funcionamiento en el seno de la Hermandad y en el de la comunidad rural.

### I. Asamblea plenaria

Según el Reglamento del 13 de marzo de 1945, estará constituida por: «Artículo 74. La reunión de todos los miembros activos de la Hermandad y representaciones de la Junta de jurados...» Sus facultades, según el artículo 75: «...son plenas para decidir y resolver en todos los asuntos de su conocimiento...»

A pesar de este carácter de órgano decisorio y representativo, que le otorga la legislación, sus posibilidades reales, están ya a continuación limitadas por la propia ley, que regula sus reuniones y condiciona lo poco que puede hacer; así el artículo 79 dice: «La Asamblea Plenaria de la Hermandad se reunirá... dos veces al año, una de las cuales tendrá lugar con motivo de la celebración de las fiestas oficiales de la localidad o el día del Santo patrón de la Hermandad, procurando en todo caso la asistencia del mayor número posible de miembros de la misma». Señalando, además, la misma ley que «la Asamblea tendrá por objeto principal el examen y aprobación de la Memoria anual de actividades y de las cuentas de gastos referentes al año anterior».

Unido a esto, la imposibilidad en que se halla para nombrar o destituir al jefe de la Hermandad, lo cual es competencia del Delegado Sindical Provincial, su papel es simplemente decorativo, rutinario y sin posibilidad de ejercer ningún control sindical en la práctica. A pesar de esto, en estas reuniones de la Asamblea Plenaria, sobre todo cuando ha sido convocada por el Delegado Sindical Provincial, y a las cuales a veces asiste él mismo o un representante suyo, es donde en años anteriores los obreros agrícolas, y hoy también los labradores, han presentado sus reivindicaciones y protestas, generalmente de forma espontánea, no preparadas ni coordinadas; en la mayoría de los casos, los jefes sindicales les han negado el derecho a tratar sobre las mismas, por lo que muchas veces estas sesiones han terminado violentamente. Posteriormente fueron tomadas represalias de diverso tipo contra aquellos campesinos que habían atacado más duramente a los jefes sindicales. Sin em-



bargo, hoy día la solidaridad local al presentar tales reivindicaciones o formular ataques es mayor y las represalias son menos frecuentes y más aisladas. Los cuadros oficiales emplean preferentemente el método de «escamotear» las sesiones. Pero es en ellas donde las posibilidades de formular protestas colectivas y presentar reivindicaciones públicas ampliamente apoyadas (dada la repercusión que tienen a escala local) son más apreciables. En las Asambleas se pueden exponer de manera clara a los campesinos las contradicciones existentes, preparar cuadros campesinos, que puedan representar el movimiento reivindicativo. Camino muy parecido al seguido, aunque, claro está, con otras características, en el mundo obrero, hasta llegar a la creación de las «comisiones obreras», que constituyen órganos representativos informales (y perseguidos) para dirigir y representar los movimientos reivindicativos, fuera del aparato sindical oficial, y para coordinar los movimientos espontáneos.

## II. El jefe de la Hermandad

Su grado de representatividad «democrática» queda definido por el artículo 87. «El mando y representatividad de la Hermandad Sindical será ejercido por el jefe de la misma, nombrado por el Delegado Sindical Provincial... Cuando la Hermandad sea provincial, la propuesta se formulará por el Delegado Sindical Provincial al Delegado Nacional de Sindicatos, que resolverá, previo informe del Jefe Provincial del Movimiento».

La aceptación del cargo es obligatoria y su «cesación en el mismo será acordada por el Delegado Sindical Provincial».

Todas las posibilidades que se ofrecen a la Asamblea Plenaria, y en general a los campesinos que dice representar, están reunidas en él: «Artículo 90. En todo caso, cuando la Asamblea Plenaria o Cabildo de la Hermandad tengan que oponerse a la gestión del jefe de la misma, elevarán al Delegado Sindical Provincial propuesta razonada, basada en hechos concretos y probados **solicitando lo que crea más conveniente** a la prosperidad y buen gobierno de la Hermandad».

Este personaje suele ser el blanco de todas las iras y ataques de los campesinos a escala local, por ser el «instrumento visible» del control oficial, por ser generalmente el representante de los intereses de los grandes propietarios y la tapadera de los privilegios caciquiles de la comarca, de quienes generalmente recibe compensaciones, traducidas en dinero, y en los cuales encuentra el apoyo cuando tropieza con dificultades, sobre todo las que origina la evaporización de fondos de la Hermandad, la obscuridad de cuentas, la «distribución» de dinero con destino al paro obrero, etc. Cuando las dificultades con que tropieza son mayores, el apoyo lo suele encontrar de forma espontánea en la Guardia Civil.

Su permanencia al frente de la Hermandad suele cubrir largos periodos de tiempo, a causa de los obstáculos de «adaptación» con que suele encontrarse después, y por las dificultades, cada vez mayores en los últimos tiempos, con que tropiezan los Delegados Sindicales Provinciales para encontrar en los pueblos personas de recambio que acepten el cargo, a pesar de «la obligatoriedad» que señala la Ley.



### III. El Secretario contador

Aunque teóricamente sólo es un funcionario de la Hermandad, «elegido por la Asamblea Plenaria» que «determina sus condiciones y garantías», según el citado Reglamento, en la práctica, en la vida de la Hermandad y en la vida local incluso, desempeña en muchos casos un importante papel. La mayoría de ellos son reclutados en los cuadros locales de la Falange con cierto nivel cultural (en relación con el bajo nivel rural). En algunos casos han sido alféreces provisionales, sin estudios superiores de ningún tipo y que no habían tenido la suerte de «enchufarse» en los múltiples organismos provinciales del Movimiento. En otros han hecho la guerra encuadrados en alguna milicia de Falange o en grupos terroristas de la misma, que han «operado» por la comarca. En el mejor de los casos son maestros llegados al magisterio también por la vía del alférezazgo provisional (al producirse la desmovilización y por haber dejado la represión el magisterio español en cuadro). Generalmente han ejercido el cargo de secretario de la Hermandad al mismo tiempo que el de Delegado Local o Comarcal de Sindicatos, el de Delegado del Frente de Juventudes o de Auxilio Social, etc.

Con «amigos» en los organismos provinciales del Movimiento, en los sindicatos, este hombre era, y en muchos casos sigue siendo, un «hombre peligroso», que hay que tener «como amigo» o «comprarlo». El puede arreglar los trámites burocráticos para que los campesinos puedan conseguir pequeños beneficios: subsidios de vejez, algún dinero del Pazo Agrícola, gratificación al casarse, indemnización por accidente, etc. En un mundo en que la legislación oficial en materia laboral, asistencial, etc., no se cumple y en el que la estructura caciquil sigue siendo muy fuerte, el secretario de la Hermandad, frecuentemente con amistades en la capital de provincia, puede resolver todas estas cosas, o puede yugular cualquier protesta. En el otro extremo, gracias a sus amigos de la capital, tiene cubiertas las espaldas para cometer frecuentes infracciones legales o ayudar a mantener en sus privilegios de todo tipo a los grandes propietarios y caciques de la región, que, en la mayoría de los casos, lo han sobornado, y para quienes ha representado el instrumento eficazísimo del «nuevo orden» falangista.

En la vida orgánica de la Hermandad, a pesar de que sus funciones son las de un empleado de ella y que «sus condiciones y garantías» son determinadas por la Asamblea Plenaria, el hecho, que, según el artículo 104, tenga que: «f) Conservar y custodiar en archivo los libros y demás documentos correspondientes a la Secretaría; g) Redactar el presupuesto anual ordinario y los extraordinarios a que hubiere lugar; h) Cuidar que sean expuestos al público... los balances mensuales de actividades, el movimiento especial de fondos... las salidas efectuadas por socorros, etc.; j) Si no existe en la Hermandad Interventor [casi nunca existe], llevar la contabilidad y libros de caja de la Hermandad, o intervenir y censurar las cuentas del movimiento de gastos e ingresos».

Estas funciones, unidas a la baja formación del campesino y sus pocas posibilidades de controlar el funcionamiento y vida de la Hermandad, así como el respaldo de sus «amigos de la capital» y el apoyo que le procuran los caciques rurales «para tenerlo cogido», favorecen sus fraudes de fondos de la Hermandad, que raramente son demostrados ante las autoridades provinciales (aunque se demuestren, en la mayoría de los casos, arriesga a lo sumo «un cambio de puesto»), pero que son conocidos por todo el mundo en los pueblos, en los que el personaje goza de una malísima reputación. Inevitablemente, con él chocan los



esfuerzos de los campesinos, cuando quieren controlar la vida de la Hermandad, o quienes llegan a los cargos de la Hermandad con el apoyo popular y con intenciones de hacer «limpieza» en ella.

Hoy ya, debido a la presión campesina, al aumento escandaloso de los fraudes, a la mayor formación, a la disminución del «miedo a hablar», y aprovechando los cambios provinciales de algunos de sus amigos, originados por el relevo de una parte de la vieja guardia falangista, en muchos pueblos se ha podido expulsar de las Hermandades a algunos de esos personajes, o ejercer, al menos en lo que concierne a los fondos, cierto control sobre ellos.

#### IV. Las Secciones

Siguiendo la línea de los diversos sindicatos verticales del Régimen, las Hermandades se estructuran también por secciones, integrando en cada una de ellas los diversos sectores de la producción.

En nuestro caso, se constituyen tres secciones: Social, Económica y Asistencial, que son gobernadas cada una de ellas por una junta sindical.

Dada la escasa importancia de la función «asistencial» de la mayoría de las Hermandades, la sección encargada de ella tiene poca importancia. Las otras dos, que agrupan separadamente a los cultivadores agrícolas y a los obreros agrícolas, son las que tienen realmente importancia, pues en ellas se integran por separado los dos factores de la producción que constituyen en el seno de la Hermandad dos agrupaciones sindicales «horizontales». Este hecho reviste una gran importancia. Los miembros de las juntas sindicales de cada una de las secciones son nombrados por elección directa. Además, los tres vocales del Tribunal Jurado de la Hermandad pertenecen a estas secciones. Por ser en este nivel donde surgen los conflictos entre los factores de la producción y donde se plantea la oposición de intereses de los mismos, las secciones tienen gran influencia sobre la vida local.

Además la posibilidad de elección a escala local de los responsables de estas secciones ha sido a veces el camino que ha permitido llegar a los elementos más combativos del campesinado, sobre todo de los trabajadores agrícolas, a los órganos de decisión de la Hermandad, y plantear en ella la lucha contra la dirección no representativa y mantener sus reivindicaciones.

Las secciones enlazan directamente con sus correspondientes de la Hermandad Provincial encuadrándose a «través de ésta en la desigual denominación de los Sindicatos verticales del sector campo». Esta estructura permite que existan posibilidades de actuación y coordinación a escala provincial entre los componentes de estas secciones, que representan intereses propios de cada uno de ambos sectores de la producción, intereses que pueden corresponder a posturas reivindicativas, que pueden ser planteados a escala provincial. Uno de los ejemplos más claros de esto es el que da la negociación y firma de convenios colectivos provinciales en el campo, hayan sido provinciales o regionales. Hay que subrayar la gran importancia de este hecho por su negociación directa que, por gestionarlos y firmarlos las secciones, independientemente de la dirección jerárquica de las Hermandades (aunque se planteen dentro de ellas), puede conducir a plantearlos fuera de ellas y por responsables representativos, que cada vez tendrán menos que ver con el marco



sindical oficial en el campo. Recordemos lo que está pasando con la negociación de convenios colectivos en los distintos sectores de la industria y de los servicios.

La aparición de los convenios colectivos y su extensión al campo es muy reciente, pero se han visto favorecidos por la disminución de mano de obra agrícola, por la emigración, negociándose sobre todo en las provincias en que ésta es más escasa, o en las que existe una competencia de la industria de la región.

#### ALGUNAS CIFRAS SOBRE CONVENIOS COLECTIVOS EN EL CAMPO.

	Convenios firmados	Número de empresas afectadas	Número de trabajadores beneficiados
De 1959 a 1962	1 013	369 590	952 292
1963	—	259 211	232 665
En gestión	—	246 613	—

### Posturas actuales de los Organos Oficiales de las Hermandades

La crisis económica y el descontento que se extienden por toda nuestra geografía rural son de una importancia superior a la que les conceden, incluso, ciertos sectores de la oposición antifranquista. ¿Cómo responden a esta situación los cuadros responsables del aparato oficial sindical agrario? No abundan los datos sobre las posturas mantenidas a escala local y provincial. Pero podemos señalar que a ese nivel se siente la fuerte presión de la base, en diversos sectores de las Hermandades, ante la que los medios oficiales se limitan a callar, a elevar peticiones a la superioridad, o a tramitar expedientes. Se evita cuidadosamente todo lo que pueda estimular el descontento que existe en las provincias, por temor a que sus posturas sean mal vistas por la jerarquía sindical.

De los escalones elevados del Sindicato, de la dirección de la Hermandad Sindical Nacional de Labradores y Ganaderos, es de donde proceden en los últimos tres años las declaraciones espectaculares, las posturas de oposición a la línea actual de la política económica española y donde se renueva incluso la vieja demagogia de estilo falangista, habitual en algunos de los jefes del sindicato oficial.

A través de esta postura muy reveladora, se puede analizar la situación del campo, sus problemas más agudos, qué sectores se consideran más dañados, y cuáles son las medidas de la política económica que combaten. Siguiendo estas declaraciones oficiales vamos a subrayar algunos de los problemas de que se quieren hacer portavoces.

### A) Medidas de política económica creadoras de malestar

En el Informe sobre la situación actual de los campesinos españoles que, en julio de 1963, dirige el presidente de la Hermandad Sindical de Labradores y Ganaderos al ministro de Agricultura, se señalan, entre otras, las siguientes medidas:



— El Decreto Ministerial del 31 de mayo de 1963 que regula la campaña de cereales 1963-1964, «en razón a que el precio señalado para el pan, no guarda correspondencia con la elevación experimentada por el trigo».

— «Las variadas y contradictorias medidas adoptadas en relación con el comercio y exportación del aceite de oliva que, en su día, nos privaron de aprovechar una coyuntura favorable a la exportación de este artículo alimenticio, dando lugar con posterioridad a la creación de excedentes de difícil colocación en el mercado...».

— La Orden del 15 de marzo de 1963, por la que se establecían los precios de la remolacha azucarera... «Respecto a este punto las Organizaciones Sindicales Agrarias han venido solicitando la ratificación del precio de la remolacha, y que éste se acomodara a la riqueza en sacarosa, sin haber tenido la fortuna de ver atendida una y otra petición». «...la consecuencia ha sido que, como quiera que resultaba materialmente imposible en muchas zonas el cultivo en esas condiciones, se ha producido una notable reducción en la superficie de cultivo...»

— «...se ha incrementado sensiblemente la presión fiscal y parafiscal en muchas provincias españolas...»

— Las importaciones de carne... «que faltó el mercado nacional de una adecuada regulación de los productos agropecuarios... viene produciendo periódicamente la caída de las cotizaciones de estos productos, lo que repercute en los ingresos y, en general, en el nivel de vida de los ganaderos, así como ha impedido la expansión de la cabaña nacional desde hace muchos años».

— La caída del precio experimentada por la patata... «que hace que en muchas zonas de producción, el cultivador no pueda ni aún resarcirse de los gastos del cultivo de este tubérculo».

## B) Medidas de política agraria pedidas y propuestas al gobierno

En este apartado recogemos algunas de las propuestas y peticiones que en los últimos tres años han sido hechas públicas por los órganos oficiales de las Hermandades a escala nacional, propuestas interesantes porque revelan la gravedad de la situación agrícola.

En el informe dirigido al Ministro de agricultura en 1963, anteriormente citado, encontramos entre otras las siguientes peticiones:

— «Que para evitar los dañosos efectos que se derivan de la caída de las cotizaciones de los productos agropecuarios y el excesivo coste de comercialización de los mismos, se proceda... al estudio de los canales de distribución y al establecimiento de un sistema de precios indicativos y de garantía...»

— «Que se dote al campo, a través de un plan de acondicionamiento de los medios rurales de instalaciones y servicios necesarios para hacer la vida más grata en él».



— « Los agricultores españoles solicitan que se evite que en el plan de desarrollo se posterguen **una vez más** sus legítimos intereses y se les sacrifique respecto a ingresos e inversiones, a los sectores Industria y Servicios ».

En este mismo sentido abunda la declaración sobre política agraria, de la Primera Asamblea General de Labradores y Ganaderos, celebrada en Madrid en febrero de 1964. Propone medidas más duras, y más violentas que las anteriores; los jerarcas sindicales respaldan en la Asamblea sus declaraciones públicas, sobre todo, cara a los órganos gubernamentales de decisión de la nueva política económica « desarrollista ». Señalamos algunos puntos de los 28 de esta declaración, cada uno de ellos con gran número de apartados.

— « Dos. Para conseguir los objetivos señalados... deberán utilizarse los siguientes medios:

1. Una política de precios agrarios que, con el establecimiento de los mínimos garantizados, para los productos básicos... sirva para impulsar de manera efectiva la producción agraria...;
2. La organización, ordenación y regulación de mercados...;
6. Una acción intensiva en la infraestructura del medio rural...;
8. Una política de inversiones públicas, de fomento al crédito agrario y fiscal que contribuya a la capitalización de la agricultura y a la canalización del ahorro privado hacia las inversiones agrarias...;
9. La industrialización de la producción agraria... »

— Sobre las estructuras agrarias (aspecto de gran interés) se propone entre otras las siguientes medidas:

• Once: 1. Redistribuir la propiedad... 2. Llevar a cabo la concentración parcelaria... y estimular las cesiones y cambios de derechos de propiedad y explotación. 4. Fomentar la modernización de las explotaciones agrarias... »

• Doce: 1. Al fijar la superficie mínima que corresponda a una explotación familiar..., se tenderá al nivel de vida decoroso y digno que asegure una familia laboral tipo... »

• Quince: 2. El Ministerio de Agricultura debe vigilar la forma cómo se desenvuelven las explotaciones agrarias... En caso de que una explotación no alcance el nivel de la eficacia estimado como adecuado... los servicios oficiales del ministerio estarán facultados para formular las recomendaciones que estimen procedentes, las cuales serán acompañadas de las medidas precisas para poner al titular de la explotación en condiciones de seguirlas; 3. Cuando no se sigan reiteradamente las recomendaciones de los servicios oficiales... el Ministerio de Agricultura o a instancia de los agricultores o Agrupaciones Sindicales de Agricultores de un determinado lugar, puede incoar un expediente administrativo, en virtud del cual se resuelva la inclusión de la finca en el inventario de tierras incultas o deficientemente cultivadas... Se presumirá en todo caso que una finca es adecuadamente cultivada cuando el titular de la explotación venga invirtiendo en la misma como media anual, al menos el 30 % del líquido imponible...; 6. A partir del momento de la inscripción de una finca en el Registro de fincas incultas o deficientemente cultivadas, cualquier cultivador o Agrupación de Cultivadores podrá solicitar del Juez de Primera Instancia autorización para cultivar los terrenos incultos o deficientemente cultivados... »

— En el plano de la Seguridad Social el punto 24 pide « pensiones complementarias para los agricultores ancianos y otras ayudas sociales ».





Dibujo de Úrculo

— El 25 propugna las «subvenciones de escolaridad para los hijos de los agricultores... para compensarles la pérdida de jornales mientras sus hijos van a la escuela».

— El 26 pide la aprobación del «marco legal en el que pueda articularse la participación en el beneficio de los trabajadores, en la empresa agropecuaria... y el establecimiento en las empresas agropecuarias de los jurados de empresa... y la regulación de los enlaces sindicales en las mismas».

### **C) Medidas ante la situación social de los trabajadores agrícolas**

Siempre en el citado Informe de 1963, se pide:

— «Sexta: Que en el más breve espacio de tiempo posible, se llegue a la equiparación completa en el orden de la seguridad social de los trabajadores agropecuarios con los de



los sectores industria y servicios... Ya que en caso de « tener que establecer una discriminación en lo que hace a la seguridad social, ésta deberá ser en beneficio y no en perjuicio del sector agrario... »

— En el mismo punto se señalaba: « es de especial urgencia que se extiendan los beneficios de Seguro de Desempleo a los trabajadores eventuales del campo, que son los que sufren más duramente esta situación entre todos los trabajadores españoles ».

Y en la citada Asamblea de Hermandades Sindicales, celebrada en Madrid el año 1964, se vuelve a insistir, en « que es urgente por parte del gobierno que se aplique el Seguro de Desempleo a los trabajadores eventuales ». Igualmente se aprobó la moción, presentada (y explotada después demagógicamente) por Cerdá Milla, presidente de la Unión Nacional de Trabajadores Eventuales, en la que se pedía que se « adoptasen las medidas precisas para estimular las empresas a la fijeza en el empleo de los trabajadores agropecuarios eventuales ».

## Papel que juegan hoy las Hermandades de Labradores

¿Qué mueve a los órganos oficiales del sindicalismo agrícola gubernamental a hacer tan amplias y reiteradas declaraciones, en los últimos años? ¿Qué ha movido a los jerarcas de la Hermandad Sindical Nacional, a salir de su tradicional silencio, de su rutina burocrática y de sus banquetes? ¿Qué los ha inquietado de repente provocando su interés por los problemas campesinos?

Señalemos algunas de las causas, siguiendo las reacciones de esos mismos jerarcas:

— 1) **El panorama agrario actual**, tal como señalábamos en la primera parte del trabajo y que según Tomás Allende, presidente de la Hermandad Sindical Nacional de Labradores y Ganaderos (discurso del 25 de febrero de 1964), se puede resumir: « ...desde el punto de vista del sector empresarial, se ha distinguido: Primero, por una disminución progresiva, trágica y preocupante de la rentabilidad de las explotaciones. Segundo, por una desorientación creciente en cuanto el futuro de las mismas. Tercero, por una falta de rapidez y agilidad en la resolución de los problemas existentes.

En cuando al sector social podemos decir que las dificultades principales se resumen así: a) Aún con un aumento positivo y sustancial de los salarios... sigue subsistiendo la inseguridad en el empleo; b) No se ha solucionado todavía la desigualdad existente entre las prestaciones sociales de este sector y las prestaciones de los otros trabajadores españoles...; c) Estas mismas prestaciones llegan de manera más imperfecta a los trabajadores del campo que al resto de los obreros del país. Nos encontramos pues ante una situación de desconcierto que va tomando consciencia en los propios hombres del campo... »

— 2) **La situación social y el descontento en el campo**: a la situación trágica de los trabajadores agrícolas, sobre todo los eventuales, se ha venido a añadir la de los pequeños propietarios, progresivamente empobrecidos, cuyos ingresos « reales » no llegan al salario del bracero, y que ya están pasando a engrosar el contingente de la emigración. Situación que se ha agravado en los últimos años, años en los que precisamente se quiere realizar un Plan de Desarrollo. Situación de la que la propia Comisión Permanente de la Hermandad Sindical Nacional (informe de su presidente, en julio de 1963), « ...se ha venido haciendo



eco... dado el estado de malestar, sumamente extendido en los medios agrarios». Según su presidente, es debida a la existencia en la agricultura de: «...dos tipos de rentas bajas que, por circunstancias distintas, llevan una vida que se puede considerar insoportable: los trabajadores agrícolas que carecen de tierras y que sólo tienen un empleo intermitente, cuyo número se calcula en un millón de hombres, y los pequeños agricultores, que apenas pueden atender a su subsistencia, y que tal vez asciendan a los dos millones, cifras de considerable importancia...»

— 3) **El miedo** a que este descontento campesino (descontento real y como no lo hubo en los últimos 26 años), tome formas activas. Para intentar canalizar e integrar este descontento, ha sido necesario «desempolvar» la organización sindical oficial, hacer «repasar» a sus dirigentes los viejos manuales de demagogia falangista, y comenzar otra vez la rueda de los congresos que aprueban peticiones, las concentraciones de donde salen adhesiones, etc., para arrebatrar las banderas reivindicativas a otros sectores políticos que pudieran arrastrar al descontento del campesinado, en una situación hoy muy distinta a la de los años cuarenta.

Esta situación la comprende muy bien, como tantos otros jerarcas, Carlos Iglesias Selgas (de la vieja guardia de los Sindicatos Verticales), que en su libro **Sindicatos en España** publicado en 1965 y en el capítulo que él mismo llama «La revuelta de los campesinos» dice: «En los años treinta, uno de los varios elementos que de modo más acusado se enfrentaron con las tendencias de signo revolucionario fueron los campesinos... Cuando a lo largo de la década del 40, la situación de escasez obligó a la intervención de los géneros alimenticios los medios agrarios soportaron con gran estoicismo la prueba... Siempre que a lo largo de los últimos 25 años se produjeron en el país situaciones de tensión colectiva que amenazaban con alterar la normalidad, el campo se presentó unido y dispuesto a salvaguardar la paz pública. Sin embargo, en los últimos años se ha producido un acusado cambio, ya que los campesinos, secularmente resignados, vienen dando en múltiples lugares pruebas de inquietud».

A continuación se queja del poco caso que el Estado hace a las Organizaciones Sindicales Agrarias, señalando las consecuencias e insistiendo a la vez en lo útiles que éstas son: «Los campesinos, lo mismo los trabajadores por cuenta propia, que los que trabajan por cuenta ajena, se sienten disgustados por encontrarse en una situación de inferioridad; la aspiración a la equiparación con otros sectores, bandera alzada por las Organizaciones Agrarias, ha encontrado la mejor acogida en estos ambientes que se sienten abandonados, pero, simultáneamente, al no ser recogida por el Estado, ha agravado el clima de depresión. Consecuencia de todo ello es la revuelta de los campesinos, que no se ha expresado, hasta ahora, en manifestaciones colectivas de disgusto, **en razón al especial cuidado con que han actuado los dirigentes del Sindicalismo agrario**, pero que se patentiza en estado de inquietud latente».

Y termina explicándonos muy bien, en su cínica exposición, el papel que están jugando los «mandos» nacionales de las Hermandades, así como lo que significan sus abundantes congresos recientes y sus últimas demagógicas declaraciones: «Es indudable que las Organizaciones Sindicales agrarias, al canalizar este clima de malestar, evitando reacciones extremas y evitando objetivos sugestivos, han prestado un gran servicio...»



# El orden laboral y las Magistraturas de Trabajo

IÑAKI GOITIA

Dentro de las siempre tensas relaciones entre el capital y el trabajo existen momentos de particular pugna cuando las exigencias de un factor inciden más agudamente que lo normalizado en las necesidades del otro. Dentro de la funcional utilización del trabajador surgen situaciones particulares que rompen la lógica del mundo capitalista y hacen precisa la intervención de terceros, bien para imponer una decisión de violencia, si la ruptura la efectúa el trabajo empujado implacablemente a la toma de decisiones colectivas, caso de huelgas; bien para gestionar un arbitraje cuando el diálogo se rompe por la empresa directamente, caso de la Magistratura del Trabajo. Magistratura creada en el marco general de las jurisdicciones especiales en la administración de la justicia.

Cuando esa situación particular se produce, cuando se rompe el equilibrio impuesto forzosamente, si se rompe del lado del trabajador, la autoridad material, paralela y subsidiaria de la autoridad económica, impone su fuerza, y mediante el uso graduado de la violencia restablece la situación alterada, se ordena de nuevo algo artificialmente desordenado. Tal y como se concibe en nuestra sociedad capitalista española el orden, la situación, el equilibrio y la normalidad.

Pero cuando ese equilibrio se rompe por el lado empresarial y fundamentalmente en casos particulares, que no afectan a la **necesidad** general de la sociedad capitalista, se acepta el arbitraje para que en lo posible restablezca el orden anterior sufriendo la empresa el mínimo contratiempo. Y se acepta a instancia del trabajo que, constreñido a admitir esta regulación en sus relaciones, solicita al menos — y exige en ocasiones — que sea interpretado tal y como ellos lo han recibido sin haber participado en su génesis.

Del arbitraje se encarga el Estado. Y en nombre de esa decisión que él mismo ha adoptado para su uso, con la servidumbre de raíz del Estado al capital y sin asistencia de ningún cuerpo orgánico que represente

o asesore al trabajo en la elaboración de ese contexto legal en el que forzosamente ha de moverse, dictaminan e imparten su justicia las Magistraturas de Trabajo.

Esto no es naturalmente más que un fragmento del gran cuadro de las relaciones citadas. Es, si se quiere, el último y más elemental escalón del sistema. Pero por eso precisamente debe conocerse exactamente. No estamos en España en época, me parece, de grandes seísmos revolucionarios de perspectiva inmediata, sino en la de la denuncia primero y la inutilización después de los instrumentos perfeccionados por el sistema para asegurarse las decisiones y conservar un control absoluto. Un control totalitario.

## I. - La magistratura

Por la ley orgánica del 17 de octubre de 1940 se crean las Magistraturas de Trabajo, de ámbito provincial, y el Tribunal Central de Trabajo, con atribuciones nacionales. Esta Magistratura es la única institución jurisdiccional contenciosa en la rama social del Derecho. Su titular intervendrá en cuantos conflictos individuales se originen entre los diversos elementos de la producción, no sólo en el aspecto de las reclamaciones de índole civil, sino juzgando y sancionando los actos de aquellos que, en el campo del trabajo, perturben el orden económico establecido o simplemente observaran conducta incompatible con el honor profesional.

De hecho, las Magistraturas no sirven más que de vehículo del trabajador para denunciar, y reclamar por tanto, las alteraciones de la empresa a ese orden económico que le ha sido impuesto desde el capital; o sea, desde los empresarios. Porque las alteraciones del orden económico existente forzadas por el obrero siguen de ordinario un conducto político y sólo utilizan



el medio legal las empresas en el caso en que habiéndose producido por esas alteraciones el despido alegara el obrero ante la Magistratura.

De todas formas, cualquier tipo de cuestiones que puedan producirse en la esfera del trabajo se hallan encomendadas a las Delegaciones provinciales de Trabajo, que son la autoridad laboral competente. Esta autoridad laboral juega en la práctica un papel muy importante ya que en caso de despido por crisis, los trabajadores no pueden hacer la presentación de su demanda más que muy relativamente y con respuesta automática de la Magistratura. Y las delegaciones provinciales de Trabajo conceden también automáticamente el expediente de crisis a cuantas empresas lo solicitan, lo que les permite el despido con una compensación mínima. La fijación de esa compensación es ya competencia de la Magistratura, que actúa siempre prácticamente de oficio.

La Magistratura interviene así entre la empresa y el trabajador individualizado. Este punto de partida adolece ya de la ficción sindical puesto que se considera que el sindicato correspondiente ampara al trabajador de ese ramo colectivamente. Entonces los textos legales aclaran que si bien el decreto de 20 septiembre sobre procedimiento de formalización, conciliación y arbitraje de las relaciones colectivas de trabajo atribuyen, excepcionalmente, a la Magistratura de Trabajo el conocimiento de los conflictos colectivos, al mismo tiempo que a la organización sindical, la posterior orden de 17 de enero de 1963 dictaba normas sindicales para la tramitación de dichos conflictos. Y en la práctica es la organización sindical quien únicamente conoce en dichos conflictos y no la Magistratura.

Teóricamente esas normas establecen la creación, dentro del sindicato que intervenga en un conflicto colectivo, de una Junta Sindical de conciliación, donde con mayor amplitud y sobre todo flexibilidad de procedimientos discute e intenta llegar a una solución del conflicto, evitando así los cauces más estrechos y rigurosos de un procedimiento judicial ante Magistratura. En la práctica, la respuesta del gobierno civil — asesorado por la organización sindical, Magistratura y Delegación de Trabajo — a las peticiones de octubre de 1965 de los obreros de la Naval de Sestao (Vizcaya) imponiendo a cada obrero considerado responsable de las peticiones colectivas una multa del 25 000 pesetas, aclara definitivamente el trámite ordinario a seguir en la generalidad de esos conflictos.

Quedan pues las reclamaciones individuales. Las normas reguladoras de la jurisdicción del trabajo en vigor se hallan contenidas en el nuevo texto refundido del Procedimiento Laboral, aprobado por decreto de 17 de enero de 1963. Dice su artículo 1:

La jurisdicción del Trabajo es la única competente para conocer, resolver y ejecutar sus decisiones en los conflictos individuales que se promuevan en la rama social del Derecho. Su competencia se determinará por la concurrencia de la calidad de las personas y de la materia del asunto.

También tiene competencia para conocer, resolver y ejecutar sus decisiones en los conflictos colectivos de trabajo en los casos que así la disponga la legislación.

La calidad de las personas estará determinada, a su vez, por el hecho de que las partes ostenten la condición de trabajador, asegurado o beneficiario, conforme a la legislación social, o al de empresario, o entidad aseguradora, administradora o colaboradora de seguros o sistemas de previsión social. La calidad del asunto requiere que éste se halle comprendido en algunos de los apartados siguientes.

A) Los conflictos que se produzcan entre empresarios y trabajadores o entre trabajadores del mismo o distinto empresario como consecuencia del contrato de trabajo. Se considerarán empresarios, el Estado, las Diputaciones, y los Ayuntamientos respecto de los trabajadores que tengan a su servicio, ya sea directamente o a través de organismos independientes de ellos, sin otras excepciones que las que expresamente señale la legislación.

También quedarán comprendidos los conflictos colectivos de trabajo y la reclamaciones que se puedan suscribir contra las decisiones de resolución de los contratos de trabajo adoptados por la empresa contra los trabajadores que hayan participado en conflictos colectivos, con inobservancia de los procedimientos legales vigentes.

Pero luego esto va condicionado por las normas sindicales antes citadas, lo que dificulta todavía más la comprensión del procedimiento a seguir. Por otra parte, los hechos han demostrado que, como en el ejemplo citado, a los trabajadores que participan en conflictos colectivos ya se encarga la autoridad política de llamarles a mandamiento, teniendo en cuenta que si no pagan la multa, como es habitual, y responden de ella con un mes de cárcel, la empresa puede despedirlos sin más trámite por ausencia prolongada de su puesto de trabajo. Por lo que parece inútil esa mención de la posibilidad de apelar ante la Magistratura contra las empresas por despido en caso de dicha participación.

Pero continúa la ley ordenadora: B) Los pleitos sobre accidentes de trabajo, seguros sociales y prestaciones del Mutualismo Laboral.



C) Las cuestiones contenciosas que surjan entre los asociados y sus Mutualidades o entre estas Entidades sobre cumplimiento, existencia o declaración de sus obligaciones específicas y derechos de carácter patrimonial relacionados con los fines y obligaciones propias de esas Entidades.

D) Todas aquellas cuestiones litigiosas en las que de manera expresiva le atribuyan competencia las disposiciones legales, así como las reclamaciones por incumplimiento de las leyes y disposiciones de carácter social que afecten particularmente al demandante y que no tengan señalado otro procedimiento especial.

La teoría del reclamante individual frente a la empresa se circunscribe ya a meras cuestiones laborales « domésticas ». Como necesariamente sucede cuando se individualiza un problema colectivo, transformándolo de estructural en simplemente jurídico. Los seguros, la valoración de los accidentes de trabajo, reclamaciones sobre despidos o defectuoso funcionamiento de las Mutualidades; poca cosa en un mundo de principios, pero importante en el espacio cerrado en el que las grandes competencias del trabajo se escapan de la posibilidad influyente de quienes son su sujeto y su objeto.

En la práctica, la Magistratura, que funciona como cualquier otro tribunal de justicia, con un solo juez que es el magistrado de Trabajo, plantea desde la iniciación de su procedimiento una incómoda aceptación al litigante. El texto legal preceptúa la celebración de una sola audiencia, es decir, que habiendo sido señalado el juicio para un día y hora determinados, dentro de esa fecha deberán practicarse toda clase de alegaciones y pruebas, evitando señalar otro día para continuarlo. Según los abogados que llevan asuntos laborales ante esa Magistratura esto tiene una gran importancia procesal, pues obliga a acudir al juicio provisto de cuantas pruebas se desee practicar; lo que implica importantes consecuencias de un interés exclusivamente jurídico pero ya condicionantes.

Todo ello influye además desde el marco social en que se mueven igual los magistrados que gran parte de los abogados que defienden reclamaciones laborales individuales. Marco que comprende problemas de clase respecto a la empresa demandada, respecto a la relación abogado-magistrado, problemas económicos de la escasa rentabilidad de asuntos que exigen además la atención de una sola audiencia decisiva, etc.

Esas condiciones se agravan en los magistrados. Y se suman a razonamientos meramente subjetivos con base en necesidades políticas del momento, además de a las circunstancias a que aludiré más adelante. Un caso reciente confirma el fondo de una actuación ya

supeditada por las formas pero que aún las desborda, aunque ambos elementos no sean más que un tejido común y único de los condicionamientos de la sociedad en que esas Magistraturas se han creado. Y para la que esas Magistraturas se han creado.

El caso sirve para observar lo que realmente existe tras de tanta disposición y legalismos. En gran parte de las empresas hay unos mínimos y un sistema de trabajo a prima, que es el generalizado, sobre todo en metalurgia. En el sistema de primas puede ocurrir que los obreros no estén de acuerdo con la tarifa de la prima, con la consecuencia de trabajar intensamente sin suficiente compensación económica. Entonces ellos trabajan para cubrir el mínimo legal conformándose con el salario base, sin primas que son siempre voluntarias. Menos productividad, pero menos productividad legal dado el desequilibrio entre su mayor esfuerzo y el resultado que obtienen. Pues bien, según interpretación mantenida por la Delegación de Trabajo de Vizcaya y aplicada regularmente por la Magistratura de dicha provincia, esa disminución de actividad que es fundamentalmente voluntaria, es causa de despido.

Criterio suficientemente aclarador de la ordenación social, en incluso política, de la Magistratura de trabajo. Y ése, aunque importante, no es más que un caso. Su situación real dentro de las estructuras de la sociedad española aún se ve más claramente en cuanto se desmenuza tanto su campo de intervención como la actividad habitual de esos organismos departidores de justicia.

## II. - El trabajo

Naturalmente, las empresas no acuden nunca a la Magistratura en calidad de demandantes. Es por tanto posibilidad de los trabajadores el restablecer ese orden creado desde fuera de ellos pero decidiendo sobre ellos, como base necesaria que son de un edificio que se trata de asegurar incommovible. Las demandas que se producen son sobre reclamaciones de cantidad, accidentes de trabajo, sanciones, despidos, etc. La empresa es algo con peso efectivo pero inaprensible. No tiene necesidad de reclamar, porque nada, o muy poco, puede hacerse contra ella.

La empresa además tiene sus métodos propios con origen en su fuerza y respaldados por su poder. Siempre que una empresa esté descontenta de la actuación de uno de sus obreros puede tomar medidas de represalia que afectan a la remuneración económica que le abona, en los salarios o en las primas. Puede hacerle la vida imposible, dificultándole desde su tra-



bajo hasta sus relaciones con ella, vacaciones, horarios, etc., logrando que el obrero pida la cuenta y se despidan por sí mismo. Puede también, si encuentra algún motivo en que basar su descontento, sancionarle con cierto número de días de suspensión de empleo y sueldo o incluso llegar al despido y presentarse con sus razonamientos, y su peso específico, ante la Magistratura, si es demandada.

Las empresas han encontrado otros caminos, uno de los cuales ha sido recientemente denunciado por la revista falangista **Sindicalismo**, en su número de noviembre-diciembre de 1965: Durante la guerra mundial — el artículo se llama « Listas negras » y lo firma Nicolás Pontejo — si una empresa o persona de cualquier país neutral o « no beligerante », comerciaba o tenía relaciones de cualquier tipo con uno de los países combatientes, automáticamente los del otro bando le incluían en una fatídica « lista negra » que le cerraba puertas, caminos, posibilidades de trabajo y hasta de tránsito o de residencia personal.

Ahora, en España, han vuelto las « listas negras ». ¿Estamos en paz? Pues no lo parece.

Efectivamente, cuando un dirigente sindical, enlace o jurado, o un simple trabajador, lucha por la defensa de los derechos que le corresponden a él o a sus compañeros de trabajo, o que cree que le corresponden, corre el grave peligro de ser inscrito en una « lista negra » fichado como peligroso. Así, día a día en nuestro país, van entrando en « listas negras » centenares, millares de hombres. La mayoría de ellos terminan siendo despedidos de sus empresas en la que, quizá, se han dejado la juventud, media vida. Si pasan de cuarenta años, las dificultades de encontrar nuevo empleo son grandes. Pero, de cualquier forma, el problema sería el mismo.

Ayer tarde, en el centro social « Manuel Mateo » de Madrid, estuve conversando con un hombre de más de cuarenta años, jurado de empresa despedido por defender lo que en justicia creía que le correspondía. Después de unas semanas buscando nuevo empleo, logró entrar en un taller gracias a la recomendación de un técnico a cuyas órdenes había trabajado anteriormente. A los quince días, se le comunicó que « no había dado un resultado satisfactorio en la prueba »... Su amigo le informó de que la causa real que había llevado la « lista negra » con su nombre, y de que los informes eran de « hombre peligroso, inquieto socialmente ».

Este es un caso. En Madrid conozco otros muchos. ¿Dónde no los habrá? Sé de hombres con familia numerosa que se pasan los días de empresa en empresa buscando empleo, chocando sistemáticamente con el

« muro de la vergüenza » de las « listas negras ». Los empresarios, evidentemente, han concertado un acuerdo para cerrar el paso a los trabajadores « inquietos socialmente ».

Los empresarios, sigue estando claro, no necesitan acudir a la Magistratura de Trabajo en el desasosado papel de demandante a quienes urge una respuesta favorable. Y aún hay materias que ni siquiera se incluyen en la vía jurisdiccional de la Magistratura y que son competencia exclusiva de la autoridad laboral, o sea Delegación provincial de Trabajo, como las reclamaciones de los jurados y enlaces sobre las pequeñas, pero insistentes y muy variadas, dificultades diarias que la empresa suma a las condiciones generales, más las reclamaciones concernientes al plus familiar, a la toxicidad, penosidad o peligrosidad.

El camino es entonces, y en casi todos los casos, de una lenta y elaborada andadura. Cuando un problema afecta a todos o gran parte de los obreros de una empresa suele comenzarse por una reclamación ante el Delegado de Trabajo, hasta conseguir una resolución de dicha autoridad laboral que expresamente reconozca los derechos de los trabajadores reclamantes frente a la empresa. Después, si se consigue, habrán de acudir a la Magistratura de Trabajo a plantear la demanda correspondiente basada en la resolución lograda, si es que se quiere lograr la efectividad del derecho reconocido.

Por fin, y tras el empleo de toda clase de recursos por vía administrativa hasta llegar incluso al contencioso-administrativo ante el Tribunal Supremo — aquí el tiempo no cuenta, — la demanda está ante el Magistrado de Trabajo. No puede decirse que las empresas tengan dominio material sobre el magistrado, funcionarios con poco trabajo y muy buena remuneración. Lo que sucede es que los Magistrados están situados dentro del campo de fuerzas de las clases dominantes. O sea que además de que las leyes sociales del Estado español están hechas desde el punto de vista patronal, son leyes defensivas, leyes mediante las que las empresas puedan defenderse de las posibles exigencias de los trabajadores y no al contrario. Y los magistrados, aunque políticamente puedan no sentirse ligados con el régimen, que sí lo están, pertenecen por formación y por origen, por circunstancias familiares, por convivencia diaria, por enfundación profesional y social, a una sociedad que crea las leyes no para defender al trabajo sino para defenderse a sí mismo.

Esto hace que el demandante se encuentre frente a un representante de la clase a la que demanda, y que trata, en el mejor de los casos, de administrar justicia contra su propia clase, muchas veces incluso contra sus intereses. A la larga siempre contra sus intereses y el magistrado lo sabe. La demanda se enfrenta siem-



pre con la empresa. Y un magistrado que sistemáticamente se enfrenta con las empresas advierte el aislamiento social en que se va situando. Como la relación de fuerzas está en proporción con las empresas demandadas, suelen ser las pequeñas las que soportan más a menudo los deseos o las apariencias de hacer justicia. Como norma general se puede decir entonces que las pequeñas empresas **pagan** la justicia. Al menos la cantidad de justicia mínima que es preciso administrar para conservar una apariencia de normalidad. Cubren el porcentaje necesario de fallos adversos como para que el escándalo no llegue a estallar nunca. Actúan, a su costa, de válvula de seguridad.

Planteada ya con todos sus datos y condicionamientos la misión de la magistratura quedan entonces los hechos cotidianos. Su funcionamiento día a día. Su poder es grande. Si declara que un despido es procedente, o justo, no existe derecho de indemnización para el obrero. Pero si declara que el despido fue improcedente o injusto, condenará a la empresa a que readmita al obrero o a que le abone, sin readmisión, una indemnización cuya cuantía fijará el magistrado pero que no puede exceder de un año del importe del sueldo o jornal. Esta opción la ley se la concede a la empresa cuando esta tiene menos de 50 obreros fijos, y al trabajador si exceden de ese número (artículo 99). Pero esta opción, en los casos que corresponde al trabajador, se halla desvirtuada por lo que establece el artículo 216 (incluido en la sección 2ª. Casos especiales. Libro IV, ejecución de sentencias), que dice que si un trabajador, habiendo ejercitado dicha opción y solicitando en consecuencia la readmisión, sin embargo la empresa se niega a readmitirle o lo hace en condiciones «disconformes» a aquellas en que venía prestando sus servicios, puede el trabajador comparecer ante el magistrado haciéndole saber tal actitud de la empresa, y entonces el magistrado se limita a señalar una indemnización no inferior a seis meses ni superior a cuatro años de jornal, sin que pueda ser menor al importe de la fijada en la sentencia que puso fin al juicio de despido.

Luego en la práctica no hay tal opción; el despido es libre, se va el obrero con una cantidad que la costumbre permite decir que es mínima como ley general y tiene que empezar de nuevo a buscar trabajo, salvo si se encuentra incluido en una «lista negra», porque entonces no lo conseguirá jamás.

La indemnización en caso de despido injusto sin readmisión, o como consecuencia de expediente de crisis, fácilmente concedido por la Delegación de Trabajo, fluctúa entre quince días y doce meses de jornal. Generalmente, y por muchos que sean los méritos, antigüedad, hijos, etc., que tenga el obrero, suele conceder el magistrado, como **máximo**, unos tres meses. Recientemente, en Vizcaya, en una empresa química, el ma-

gistrado falló quince días a todos los despedidos, añadiendo un día más por cada año que llevaban en la empresa. Los obreros suelen creer que en caso de despido injusto les corresponde un mes por cada año de servicio en la empresa, pero el máximo es un año y es rarísimo que se imponga. Queda al arbitrio del juez y prácticamente sin recurso.

Más recientemente, y como ejemplo más grave, a los obreros de las minas MacLean de Vizcaya, el magistrado de trabajo concedió como indemnización la cantidad mínima, quince días, y se trataba de un expediente de crisis que afectaba a obreros silicóticos despedidos.

Como norma general, únicamente el trabajador tiene razón cuando pide el reconocimiento de una pensión en juicio por accidente de trabajo. En esos casos suele existir — aunque también haya ejemplo en contrario — una cierta paridad entre trabajador y empresa, que no es ella propiamente sino la compañía de Seguros que responde. Tanta justicia queda un poco desvirtuada cuando se sabe que esos casos en que la Magistratura aprieta sus conceptos son los únicos que prácticamente tienen recurso de casación ante el Tribunal Supremo.

Pocas veces tienen las empresas necesidad de adoptar conductas tendentes a estorbar la aplicación del fallo de una sentencia. Lo que sí pueden hacer es forzar ese fallo, en ocasiones en que ni siquiera una modesta indemnización les interese por razones de prestigio o como castigo ejemplificador respecto a un grupo de obreros con preocupaciones sociales.

Cuando se trata de obreros despedidos por haber tomado parte en plantés, manifestaciones ante la dirección, etc., la intervención de la autoridad gubernativa produce la consecuencia inmediata de que no son defendidos por los abogados de los Sindicatos, que en teoría son sus sindicatos. Y ello sin que medie ningún informe de la organización sindical alegando las razones que, según la Ley, les permite dejarlos indefensos. Entonces puede ocurrir, en la práctica, que la Magistratura se dirija al Colegio de Abogados de la provincia para que designe uno en turno de oficio. En relación con unos obreros de la Babcock Wilcox sucedió ese caso concretamente. Pero el abogado designado presentó un escrito a la Magistratura alegando que los abogados de los Sindicatos eran quienes tenían la obligación de defender a los obreros, pues con ese fin precisamente los obreros abonaban una parte de la cuota sindical. Y, en otro caso, que razonasen los motivos de su negativa a defenderlos. Ante la situación de inmovilidad creada por la defensa, y para salir del callejón cerrado en que el asunto se encontraba, se acordó que los intereses de la empresa — como compensación a la presencia desamparada de los obreros re-



clamantes, que se defenderían a sí mismos — no los defendería el abogado de ella. A la empresa la defendería ante la Magistratura y frente a los mismos obreros, su jefe de personal en calidad y funciones de tal. La coincidencia curiosa, pero de la que no era oficialmente culpable dicha Magistratura, era que ese jefe de personal también era licenciado en derecho y abogado en ejercicio, aunque si bien era **abogado en la empresa** no era **abogado de la empresa**. Juego de palabras con el que la situación de inferioridad e indefensión consentida de los trabajadores se completaba en un círculo perfecto, en una trampa sin salida.

Las anécdotas podrían amontonarse, los casos particulares articulan leyes generales de las que la recta administración de una justicia ya parcializada en origen no es más que una excepción. Pero no vale la pena recopilar los casos. Los ejemplos, además, provocan un estado de indignación que privan del frío conocimiento razonado de una situación que exige un análisis con exactitudes de entomólogo. También aquí una cierta distanciación brehatiana conviene para no golpearse indignadamente la cabeza contra los primeros árboles del bosque, impidiéndose así la perspectiva del conjunto. Se trata únicamente de demostrar que aun dentro de la práctica laboral dictada por la presión de las empresas, y ateniéndose a su estricta legislación, no se cumplen los mínimos de lo que se considera las grandes conquistas del sistema.

Sobre ese tejido de situaciones dadas, legislaciones confusas y poder de las empresas, se monta aún después el sistema de las reclamaciones, de los juicios y de los fallos como en una comedia del arte prolongada y sin siquiera la moraleja de la decepción, pues es preciso seguir hasta el final, utilizando el juego como medio. Después de todo el mecanismo descrito y creado entre las anécdotas y las condiciones, queda, finalmente, el recurso contra los fallos en ciertas situaciones muy concretas.

**1. Las reclamaciones inferiores en su cuantía a 10 000 pesetas no tienen recurso, a excepción de que se solicite únicamente la subsanación de una falta esencial de procedimiento, y en este caso ha de haberse formulado la oportuna protesta en tiempo y forma legales.**

**2. En reclamaciones que excedan en cuantía a 10 000 pesetas y no sean superiores a 100 000 se da recurso de suplicación ante el Tribunal Central de Trabajo.**

**3. En reclamaciones cuya cuantía exceda de 100 000 pesetas el recurso es el de casación ante el Tribunal Supremo.**

Pero el recurso de casación en reclamaciones de cantidad es rarísimo, ya que la « cuantía » se determina individualmente, es decir: que por el hecho de que

reclamen 10 o más obreros, por ejemplo, a razón de once, doce, o trece mil pesetas cada uno, no se acumulan sus cuantías hasta suponer la cifra de 100 000 pesetas necesaria y exigida para tener derecho a recurrir en casación. Claro que bastaría con que uno sólo del grupo las rebasase para que todo el grupo reclamante tuviera acceso al recurso, pero esa posibilidad no pasa de una precisión técnica muy por encima de los datos reales que puedan manejarse.

**4. La sentencia recaída en juicios sobre despido también es recurrible en suplicación ante el Tribunal Central de Trabajo, ya que la cuantía viene determinada por el sueldo o salario base que durante un año corresponda percibir al trabajador. También en demandas sobre accidentes de trabajo a consecuencia del cual resulte incapacidad permanente o muerte, la sentencia será recurrible en casación ante el Tribunal Supremo.**

Ese es ya el último trámite del camino. Teniendo en cuenta el tiempo, el dinero, la capacidad de reflexión necesaria para no perder los plazos, el recelo a dirigirse a una organización sindical que se manifiesta claramente ineficaz cuando no descaradamente parcial, la dificultad de procurarse un abogado en el que tener una cierta confianza, sitúan al obrero en una posición de perdedor inicial, de derrotado moral que necesita de muchos esfuerzos y alguna cantidad de buena suerte para superar. Más la posibilidad material y moral, de soportar después las consecuencias de su utilización de los medios que la propia ley le otorga para su protección.

Porque la revista de los Sindicatos publicaba hace unos meses un artículo — en su sección « Cartas boca arriba » — titulado « Represalias en la empresa » que me parece suficientemente aclarador respecto a la importancia del orden laboral hoy concebido y a la garantía de unos sindicatos que así opinan de su propia gestión y de la autoridad que se les confiere.

El artículo dice: Ocurre en muchas grandes empresas españolas que cuando algún obrero o empleado acosumbra a dilucidar sus problemas laborales en su Sindicato o ante la Magistratura del Trabajo figura en los archivos del departamento de personal con una señal de aviso y atención junto a su nombre. Tal es el signo que le configurará en lo sucesivo como no apto para cubrir puestos de cierta responsabilidad, para cualquier promoción o ascenso. Será para siempre maltido y anatematizado porque se atrevió a mantener su punto de vista, resolviendo sus diferencias con la dirección fuera del ámbito de su paternal tutela y amplia comprensión.

Y es curioso observar que probablemente dicho departamento tal vez no irá más allá de las consabidas listas de asistencia al trabajo, el control de los Segur-



ros Sociales y el «fichaje» de los elementos sospechosos, que son, por regla general, personas dispuestas a servir lealmente a su empresa con tal de que está esté dispuesta a comprenderlos. Pero ocurre, desgraciadamente, en algunas grandes empresas que un punto en el que todas coinciden a la hora de establecer sus políticas de personal es el de exigir a éste una absoluta sumisión y acatamiento a todas las disposiciones que emanan de la dirección, sin tener en cuenta para nada si se lesionan o no derechos con ellas. Más aún, casi nos atreveríamos a afirmar que todo el contenido de aquellas política queda, en esencia, reducido al enunciado más arriba expuesto. Y esto resulta un índice verdaderamente representativo del clima de relaciones que se respira en la mayoría de estas empresas.

Con todo, lo que quisiéramos señalar aquí es el hecho poco digno y noble de que a tales manejos se presten, sin escrúpulos de conciencia, los jefes y directivos de los departamentos de personal. Nos parece que las funciones de la administración de personal van más

allá una labor policiaca. Sin embargo, estamos seguros que es precisamente esta labor la que les absorbe la mayor cantidad de tiempo. Y en tanto esto sea así, la empresa seguirá siendo lo menos parecido a una comunidad de afanes y de intereses.

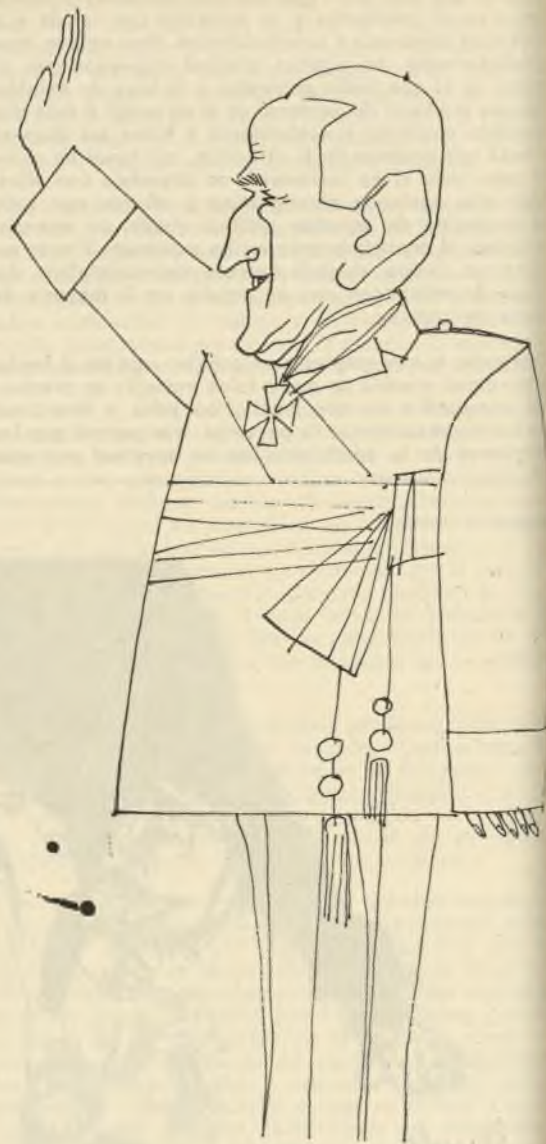
El desorden, que diría un escolástico, repugna al Ser Supremo. Así el orden vuelve a ser nuevamente restablecido. Pero cuando las alteraciones del orden laboral son producidas por quienes lo imponen y cuando la ley de relaciones entre la empresa y el trabajador es alterada precisamente por quien la crea y exige ¿qué soluciones justas caben para su restablecimiento? Tendrían que ser unas soluciones necesariamente críticas, y no es previsible la posibilidad de creación de organismos destinados a la rectificación forzada, y a la sanción como consecuencia, de quien precisamente los crea. De ahí la vacía inutilidad de toda apariencia justiciera. Y reversiblemente, de esa diaria inutilidad constatada debe irse obteniendo la más amplia toma de conciencia nacional ante el orden laboral impuesto.

Dibujo de Urculo





# La sucesión vista por Cattolica: El otro \*



\* NDLR. Véase la página 284.

I. E.

Los  
polí  
de  
mier  
dede

Has  
Gen  
un t  
es a  
actu  
barg  
para  
huel

Es u  
tifica  
mov  
carg  
la e  
luch  
ello

Un  
los  
huel  
cial  
una  
huel  
aná



# 24 Las huelgas en el movimiento obrero español

JORDI BLANC

## I. La moda de la huelga

Los ecos del movimiento huelguístico de la primavera de 1962 dominan todavía los análisis políticos de la situación española. Punto de partida obligado tanto de las tesis neocapitalistas de la « liberalización » y la « europeización del país » como de las que insisten en el renacimiento del movimiento obrero, las huelgas de los últimos años constituyen el pivote alrededor del cual giran ilusiones, temores, estrategias y proyectos.

Hasta tal punto que casi puede hablarse de una mitología de la huelga. No ya de la Huelga General, sino de la huelga pura y simple. El más leve movimiento reivindicativo da pie a un titular de periódico, cuando no a una pomposa declaración de solidaridad. Humanamente, es alentador. La trascendencia que alcanza cualquier acontecimiento social en la España actual es un indicio de la carga histórica de los momentos que estamos viviendo. Sin embargo, el heroico movimiento obrero español está demasiado dolorido de fracasos como para poderse permitir el lujo de la alucinación, como para vivir en la ilusión artificial de una huelga permanente convertida en instrumento mágico y omnipotente de liberación social.

Es urgente enfrentarse a la realidad de la huelga como hecho social y emprender su desmitificación. Es necesario utilizar los progresos de las ciencias sociales en el análisis de los movimientos obreros sin miedo a desmentir las afirmaciones-slogan de cada día. Hay que cargar el acento en las razones fundamentales de oposición al sistema. Hay que insistir en la elaboración de una plataforma democrática antifranquista que sea un primer paso en la lucha contra un sistema económico-social de explotación del hombre por el hombre, sin por ello refugiarnos en la impotencia de la utopía para desde allí anatematizar a los descarriados.

Un análisis objetivo de las huelgas realizadas en España desde 1961 supone la distinción de los diversos factores que constituyen la realidad histórica concreta del fenómeno. En una huelga se pueden apreciar distintas dimensiones de estudio. Se puede estudiar el marco social general en que esa huelga se desarrolla: por ejemplo, se puede encuadrar la huelga en una coyuntura económica determinada. Se puede observar la trascendencia del hecho de la huelga sobre la sociedad en que se produce, a los distintos niveles de esta sociedad: es el análisis propiamente político de la huelga. Pero no una cosa ni otra nos explican cuál es el



«principio de orientación normativa» de los huelguistas, es decir «por qué hacen huelga» cuestión esencial para determinar la implicación de los obreros en los movimientos huelguísticos y cual es la posibilidad real de su movilización para cada objetivo. Aparte quedan las formas de huelga, su duración, su repartición geográfica y por ramas industriales, etc..., factores externos que nos servirán de indicios para interpretar el fenómeno «huelga» en las dimensiones enunciadas.

Por ejemplo, la discusión clásica sobre el carácter político de las huelgas sólo empieza a tener sentido una vez estas distinciones hechas. Es evidente que la serie ininterrumpida de huelgas que se han desarrollado en España desde 1961 han repercutido hondamente en la estructura política del país. También es evidente que el puñado de militantes obreros ha vivido este fenómeno con una conciencia de trascendencia. Pero, ¿las huelgas han obedecido en general a motivaciones políticas? ¿Las causas que las han provocado son políticas o no lo son en absoluto, o en qué parte? Inversamente, cualquier economista de buen sentido puede buscar la correlación entre huelgas y expansión, distinguir las huelgas coyunturalmente o estructuralmente condicionadas por la situación económica, sin conseguir convencer a nadie de que las huelgas españolas son puros fenómenos de «relaciones industriales» desprovistos de motivación y de consecuencias políticas.

Una explicación mínimamente seria del hecho de la huelga arranca de su afirmación como oposición fundamental entre dos clases sociales económicamente antagónicas. Pero al mismo tiempo, esta lucha de clases puede expresarse desde el punto de vista del movimiento obrero a dos niveles: 1) el nivel de la pura reivindicación económica o profesional: la lucha del obrero por aumentar su salario, del patrono por acrecentar la tasa de plusvalía, del sindicato por obtener un mayor pedazo de la renta nacional, de la burguesía por ser dueña de determinar la relación inversión-consumo según sus intereses; 2) el nivel de la conciencia de clase, la lucha contra el sistema social de explotación y por un nuevo sistema de valores. Además la huelga se desarrolla en un marco político concreto. Un nivel intermedio podría ser la lucha propiamente política en el cuadro del sistema capitalista contra un régimen antidemocrático.

De esta forma, unos posibles tipos de huelga, netamente distintos y no existentes al nivel de lo concreto, donde se entremezclan para formar la realidad, aparecen a través de un análisis abstracto del fenómeno.

Estas distinciones hay que llevarlas a la realidad histórica española de los últimos años para tratar de encontrar una respuesta. Hay que trazar el cuadro general en que el fenómeno se desarrolla, apuntar su trascendencia, intentar diferenciar los grupos de reivindicaciones que las motivan. A través de ello quizá podamos encontrar una interpretación coherente que sirva de punto de partida de una discusión no puramente ideológica.

Es evidente que un estudio de este tipo no puede pretender un carácter científico, en las condiciones concretas de la España actual. Entre otras cosas por carecer por el momento de unas estadísticas de huelgas y, sobre todo, de los datos esenciales que las caracterizan. Sin embargo, bien habrá que aventurarse a la crítica justificada so pena de paralizar los análisis de la realidad española en aras de un relativismo prudente frecuentemente encubridor de incapacidad.



## II. De la resistencia a la estabilización

En los medios del viejo exilio es corriente oír amargos reproches contra el olvido en que se dejan algunos hechos del movimiento obrero español en su lucha contra el franquismo, desde el final de la guerra hasta 1962. Damos por completo la razón a quienes recuerdan actos de un heroísmo y una intensidad dramática como quizá no se produzcan en estos momentos. Y creemos que es oportuno tener presentes episodios como la lucha guerrillera, represiones como la de Pozu Fumeres o movimientos de oposición como la « Huelga Blanca » de 1951 en Madrid.

Sin embargo, en un intento de comprensión del problema, es necesario establecer una línea divisoria no sólo cronológica sino analítica entre las luchas obreras que van hasta la nueva etapa económica del franquismo (cuyo comienzo podemos situar entre 1957 y 1959) y el movimiento obrero que realmente arranca con esta nueva etapa de la historia española.

Acabada la guerra civil, aplastada la clase obrera por una represión sistemática y despiadada, las primeras huelgas van estrechamente unidas a la resistencia antifranquista y, en muchos casos, a la resistencia armada. Son frecuentes los choques sangrientos entre huelguistas y policías, el incendio y el sabotaje de las empresas, la militarización de servicios e instalaciones e incluso de regiones enteras (caso de Asturias). Al mismo tiempo, la legislación considerando la huelga delito de rebelión militar se aplica rigurosamente. Condenas a largos años de cárcel, incluso fusilamientos\*.

En estas condiciones, la huelga desaparece como forma de oposición reivindicativa a la dirección de la empresa. El mundo de la fábrica aparece dominado, de un lado, por la imposición sin miramientos de la voluntad del empresario; de otro, por el frenaje, totalmente legítimo, de la producción por parte de los obreros.

Cuando la huelga surge a gran escala, es un acto político, una forma de resistencia. Su preparación supone una previa campaña de agitación y propaganda y su motivación es un estado de rebeldía latente contra « los de arriba ». Es el caso de la huelga general que se declara en Euzkadi el 1 de mayo de 1947, siguiendo el llamamiento del Consejo Vasco de la Resistencia al que se habían unido las centrales sindicales obreras. Es el caso también de algunas otras huelgas aisladas, en particular la huelga general de Manresa.

Lo característico de este tipo de acción es que, frecuentemente la línea de separación no es tanto el enfrentamiento obreros-patronos como el de republicanos-franquistas. La Resistencia española entre 1939 y 1950 es una continuación de la lucha política que subyacía en la guerra. Evidentemente, el fuerte contenido de lucha de clases que impregnaba la guerra daba a la lucha política de la Resistencia un cariz análogo. No dudamos de que los intereses esenciales defendidos por Franco eran los de los terratenientes y alta burguesía. Pero el problema es que el principio orientador de la lucha de Resistencia era el antifascismo, el

\* NDLR. Véase en este volumen: Enrique Fuentes, *La oposición antifranquista de 1939 a 1955*.



antifranquismo, los intereses de clase quedando subordinados y confundidos en la lucha contra una opresión sofocante.

Dar 1950 como el umbral de una nueva fase del movimiento obrero es tan arbitrario como todo corte histórico. Pero por lo menos, es muy probable que en 1950 se hubieran agotado los últimos estertores de la Resistencia propiamente dicha y concretamente de la Resistencia armada<sup>1</sup>. Diezmadas las organizaciones obreras, un largo trabajo de reestructuración comenzaba. También de reorientación táctica. El Partido Comunista español fue el primero en adaptarse a las nuevas circunstancias, el primero en definir una nueva política de acción sindical incluso al nivel de los Sindicatos Verticales, el primero en sentar las bases de una organización interior que le habría de dar años más tarde la supremacía sobre otras organizaciones obreras. Sin embargo, no basta definir una política: hace falta además ser capaz de aplicarla y, sobre todo, que las condiciones objetivas den a la acción voluntaria el mínimo margen de maniobra.

Por ello, el movimiento de masas de 1951, es bien característico del estilo de estos balbuceos de reconversión del movimiento obrero. En marzo de 1951 el aumento de las tarifas del transporte urbano en Barcelona provoca 12 días de boicot de los usuarios, con manifestaciones de calle que chocan con la policía. En abril, más de 200 000 obreros participan en una huelga en todo el País Vasco. En mayo, la «Huelga blanca» de Madrid: boicot de los transportes, bares y espectáculos.

Es decir, de una parte se trata de un movimiento claramente político en su orientación, en su dirección, en su trascendencia, desbordando el cuadro puramente reivindicativo y profesional de un enfrentamiento de intereses específicos. De otra parte, la forma, sobre todo en Madrid y Barcelona, es distinta de los actos resistenciales: es una forma de acción típica de una protesta masiva que trata de **imponer su presencia**, de evitar que todo se reduzca a un tiroteo más, a una prueba de fuerza inútil por desigual. Y algo más que la forma: la orientación del movimiento es menos global en sus objetivos, comparada a los movimientos de los años anteriores. Se parte de realidades mucho más cotidianas: de unos aumentos de transporte, de la carestía de los años anteriores. Es una oposición al régimen sí, pero, en el plano de la motivación, no es una batalla contra el fascismo. Fundamentalmente, porque la Resistencia ha perdido, en lo esencial, su razón de ser: servir de punto de apoyo para una intervención de los Aliados contra el antiguo compinche de Hitler. Ahora, ya en 1951, los primeros americanos empiezan a instalarse en Madrid. Se piensa en derribar al régimen, sí, pero... Los movimientos sociales de la primavera de 1951 nos parecen dar el tono ambiguo de una transición general del país que será sancionada semanas después con un cambio de gobierno y de rumbo.

Con el levantamiento de la hipoteca política que pesaba sobre el franquismo en los medios internacionales, gracias al «realismo» americano, la economía española sale de los estrechos límites de la autarquía. Una razón más de optimismo para una burguesía enriquecida y consolidada por la acumulación acelerada llevada a cabo en la postguerra a costa de la escasez y el hambre par la mayoría de la población. Acumulación tanto más rápida cuánto que no tuvo que afrontar «fastidiosos problemas sociales»... El capitalismo monopolista de Estado, institucionalizado en el INI, había emprendido ya, con los recursos públicos, la puesta en marcha de aquellos sectores indispensables para la industria que no ofrecían rentabilidad inmediata para el capital privado (en particular, con la creación de un potencial hidroeléctrico).



España va a conocer una profunda transformación en su estructura económica y social. En 1940, el 52 % de la población activa trabaja en la agricultura, el 24 % en la industria y el 24 % en los servicios. En 1964, la proporción pasa a ser de 38 % en la agricultura, 34 % en la industria, 28 % en los servicios<sup>2</sup>. Esto indica un proceso rapidísimo de industrialización, de secundarización de la sociedad, de acesión masiva de campesinos y obreros agrícolas al proletariado industrial y a la vida urbana. La población se concentra en las zonas ya industrializadas o elegidas (caso de Madrid) como nuevos focos industriales (concentración de población en Madrid, País Vasco, Cataluña, Sevilla, Asturias y Alicante) en detrimento de las provincias agrícolas. (Véase mapa 1) \*. Esta concentración geográfica provoca un incremento considerable de los fenómenos de barraquismo, da lugar a una fusión del trabajo y del lugar de vivienda en las grandes zonas industriales de las principales ciudades y refuerza considerablemente por consiguiente la particularidad de la clase obrera industrial como grupo social real, facilitando la difusión de una cultura propia a dicha clase obrera y creando condiciones objetivas favorables a una toma de conciencia de su posición en la sociedad.

Por otro lado, entre 1951 y 1958, la tasa anual media de crecimiento del producto nacional bruto **per capita** ha sido de 4,45, sólo superada en Europa Occidental por Alemania e Italia, y muy superior a la de los Estados Unidos entre 1950-1960 (1,60) e incluso a la del conjunto de países de la OECE (3,50), según datos del Consejo de Economía Nacional.

Este crecimiento se centra sobre todo en la industria, pues la agricultura permanece estancada, pese a los planes grandilocuentes y demagógicos de Badajoz y Jaén y a los intentos de concentración parcelaria, hasta tal punto que en 1958 todavía no había recuperado el índice de producción por habitante alcanzado en el período 1931-35. La compresión del nivel de vida, reverso del proceso de acumulación capitalista acelerada, es extraordinaria; la apropiación del fruto del trabajo por parte del capital privado, desmesurada (Véase gráfico 1). Por otro lado, la anarquía del crecimiento industrial, en unas condiciones totalmente artificiales de facilidad de crédito, protección arancelaria y negocio de licencias de importación, desencadena una espiral inflacionista que pronto desequilibra la peseta y se convierte en el problema central del sistema económico.

En estas condiciones, un nuevo tipo de oposición se inicia lentamente entre obreros y patronos a escala de las empresas. Las condiciones económicas de base permiten la existencia de las reivindicaciones salariales acuciadas por la subida en vertical de los precios. Pero insistimos en que el marco económico no determina, tan sólo permite. Las tensiones políticas son aún muy fuertes, el aspecto de la revolución proletaria permanece fresco, los sindicatos aún no han escapado al control de la burocracia falangista, los líderes obreros apenas comienzan a salir de la cárcel, los jóvenes son los jóvenes de « la generación perdida ». Por otro lado, el ritmo de acumulación impuesto por la burguesía, la existencia de una multitud de pequeñas empresas nacidas al amparo de un caldo de industrialización mantenido por el Estado, no predispone a los empresarios a jugar el juego de « las relaciones industriales ».

\* NDLR. Véase en el primer volumen de esta obra: Xavier Flores, *La propiedad rural en España*; Macrino Suárez, *Problemas de la agricultura española*; en este volumen: Angel Villanueva, *Causas y estructura de la emigración exterior*.



GRAFICO 1.  
DISTRIBUCION DEL PRODUCTO INTERIOR BRUTO EN 1958.

Conceptos	%
I. Remuneración personal asalariado	34,7
II. Remuneración personal no asalariado (patronos, socios)	21,3
III. Ahorro de las empresas	6,5
IV. Beneficios distribuidos en las sociedades por acciones	4,9
V. Beneficios de las restantes empresas	18,2
VI. Otras remuneraciones del capital	3,8
VII. Impuestos directos pagados por las empresas	3,2
VIII. Amortizaciones	7,4



Fuente: Información comercial española, enero de 1962.




No es de extrañar que de los pequeños brotes reivindicativos que van surgiendo sólo alcancen verdadera resonancia la huelga de los astilleros Euskalduna de Bilbao (diciembre de 1953) y que el primer gran movimiento huelguístico de nuevo tipo se haga esperar hasta la primavera de 1956, cuando la presión de los precios sobre los salarios se hace ya insostenible. Todo el norte, empezando por Pamplona, donde la huelga es casi total en las empresas, así como Cataluña, se ve punteado de conflictos que apoyan las listas de reivindicaciones, la mayor parte de las veces al margen de los Sindicatos Verticales pero sin ofrecer todavía un cuerpo orgánico que sirva de interlocutor. La represión política es muy dura, particularmente en Asturias. Y sin embargo el gobierno sabe que el fenómeno es de otro tipo, que en el movimiento se mezcla la rebeldía invencible de los militantes obreros con una necesidad económica angustiada, punto de contraste con el rápido aumento de nivel de vida de una burguesía enriquecida. La oposición obrera toma cuerpo de lucha de clases a nivel reivindicativo de forma más clara que en ninguna otra ocasión después de la guerra. El reconocimiento oficial del hecho es el decreto otorgando una subida general de salarios, del orden del 30 % por término medio, en 2 etapas, abril y noviembre de 1956. Buen indicio de la degradación del poder adquisitivo de los obreros en los años precedentes.



El triunfo anima los gérmenes de una reestructuración de la acción sindical obrera que en la mayoría de los casos se opera en torno a los viejos líderes. En la casi inexistencia de organizaciones obreras a escala nacional, sólo quedan las personas, los de confianza.

La primavera de 1958 desencadena un fuerte movimiento en las minas asturianas como protesta contra un despido arbitrario. En Barcelona y Euzkadi algunas empresas se declaran en huelga. Esta vez la reacción es brutal: el movimiento es aplastado por la policía. La reorganización de la acción sindical obrera se para en seco.

La razón es que, entretanto, la burguesía española ha franqueado un nuevo escalón en sus proyectos de consolidación del sistema. Factores de necesidad (bancarrotas de la balanza de pagos, inflación incontenible, movimiento naciente hacia la integración económica euro-

-  la población crece relativamente más que la media nacional.  
 la población crece, pero a un ritmo inferior a la media: 4,4  
 la población decrece.



Mapa 1. Distribución de los porcentajes de variación de la población en el período 1955-1960. (De Economía Española, diciembre de 1962).



pea) y factores voluntaristas (política neocapitalista del Opus Dei, en toda la vaguedad de la expresión) confluyen en el cambio de gobierno de 1957. Plan de Estabilización<sup>3</sup>, « saneamiento » de la economía, apertura al exterior (cuya ayuda será factor determinante de todo el proceso) son los pilares de la política que el nuevo equipo (tecnócratas, militares y falangistas domesticados) va a llevar a cabo. El bloqueo riguroso de salarios se impone en lo inmediato. Es el escollo contra el que se estrellan las huelgas de 1958. Mano dura para conservar bien cogidas las riendas del « orden » en un momento decisivo: es la agudización de la represión. A partir de 1959, estabilización, frenazo económico, paro (Véase cuadro 1), emigración en masa de obreros al extranjero, reducción de las horas de trabajo (Véase cuadro 2) como consecuencia de una recesión acentuadísima.

CUADRO 1. INDICES DE PARO.

Medias anuales	
1959	100
1960	143,10
1961	155,83

Fuente: Oficinas de Encuadramiento y Colocación de la Delegación de Sindicatos.

(Nota: Si la base 100 se hubiera tomado con referencia a antes de 1957, 1958 y 1959 hubieran presentado unos índices extremadamente elevados, con toda probabilidad).

CUADRO 2. TASAS DE CRECIMIENTO DEL INDICE DE PRODUCCION INDUSTRIAL.

Años	Tasas de crecimiento de los índices
1952	11,2
1953	4,1
1954	6,8
1955	9,2
1956	8,8
1957	9,2
1958	9,4
1959	0,5
1960	2,0

Fuente: Servicio de Estudios del Ministerio de Comercio.

(Nota: Obsérvese el descenso impresionante de la tasa de crecimiento en 1959 y 1960. No se trata sin embargo del mismo descenso que en el índice de producción).

En tales circunstancias, la Huelga Nacional Pacífica, impulsada por la oposición de extrema izquierda en junio de 1959 sólo tiene éxito en algunas zonas agrícolas de Andalucía y en algunas empresas (como la Standard en Madrid) en que se da el sacrificio de un grupo de militantes. No creemos necesario insistir en la contradicción del empleo de la huelga como arma de lucha política en un momento de recesión económica y de nivel organizativo todavía insuficiente.

La brusquedad del frenazo dado a la economía española ocasiona más desperfectos de los previstos y la reactivación es lenta. En realidad, iniciada en 1961, dicha reactivación se va a manifestar sobre todo en 1962 y supone el trampolín de lanzamiento para un desarrollo económico como el que se ha llevado a cabo en los últimos años. El movimiento de reivindicaciones obreras, apenas esbozado en 1956 y desarticulado por una situación económica sumamente desfavorable entre 1958 y 1961, levanta cabeza poco a poco al amparo de una palanca que resultará fundamental: la negociación de los convenios colectivos instaurados por la Ley de 1958.





Composición de Ges

### III. Huelgas y situación económica

Paradójicamente los esfuerzos de estudio científico de las huelgas se han centrado más sobre su aspecto económico que sobre su contenido social. Gracias a trabajos como los de Knowles, Tiano, Hansen y, sobre todo, Jurkat<sup>4</sup> se han podido establecer ciertas correlaciones entre las huelgas reivindicativas y la coyuntura económica. La relación fundamental, y bien conocida, es la que liga los movimientos de huelga a la expansión económica según el modelo establecido por Jurkat basándose en las estadísticas de las huelgas en los Estados Unidos entre 1919 y 1938 (Véase gráfico 2). Según este modelo, las huelgas se desarrollan en momentos en que la producción industrial está en alza, lo cual implica disminución de la parte del trabajo en la renta nacional, inadecuación de la reglamentación de salarios existente, aumento de los precios al aumentar la circulación fiduciaria, reducción consiguiente del salario real, posibilidad de las empresas en expansión de satisfacer las reivindicaciones,

GRÁFICO 2.



Fuente Jurkat, in Rees... (Véase nota 4).



necesidad de las empresas de asegurar la continuidad del trabajo en plena carrera. Las huelgas decrecen un poco antes de la cúspide de la curva de expansión económica (las reivindicaciones son más fácilmente aceptadas) para después descender mucho más bruscamente que la curva de recesión.

Tengamos bien presente que estos análisis, como gran parte de los de la sociología moderna, se basan en las experiencias americana e inglesa y en la de la Europa Occidental de la postguerra. No pueden transponerse sin más a una situación político-social tan radicalmente distinta como la española. Sin embargo, en la medida en que encontremos en las huelgas españolas rasgos de analogía con este modelo, podremos interpretarlas como fenómenos de reivindicación económica en un marco de « relaciones industriales ». En tanto las huelgas españolas se resistan a su reducción a un tal modelo, su distancia como hecho social de las huelgas de la sociedad industrial capitalista será más grande.

¿Qué nos muestra la evolución económica española? Hagamos una rapidísima alusión al rasgo fundamental del desarrollo experimentado entre 1961 y 1964, con un crecimiento anual de la renta nacional per capita oscilando entre el 6 y el 8 % según año y evaluaciones. Insistamos también que este desarrollo, innegable, tropieza, en el plano económico, con difícilísimos problemas: estancamiento de la agricultura, defectuoso sistema de comercialización, balanza comercial deficitaria, desequilibrios regionales en el desarrollo, inflación constante en estos momentos incontrolada. Otro problema es el contenido de clase del Plan de Desarrollo, al servicio de la burguesía monopolista, a su vez ligada con los trusts norteamericanos y europeos. Pero para nuestro objeto el dato fundamental es el del crecimiento industrial, el de la expansión económica.

La reactivación de 1961-1962 supone un auténtico encabritamiento de nuestra economía, proyectada hacia adelante en sus ramas punta. Como indicio, tomenos los índices de inversión en capital fijo y las importaciones de bienes de equipo (Cuadros 3 y 4).

Por otro lado, el movimiento anual de la producción industrial de 1961 a septiembre de 1964 (Véase cuadro 5) muestra la tendencia general expansiva en casi todas las ramas industriales. El índice general de aumento de la producción industrial (sobre base 1958 = 100) pasa a 132 en 1962, 143,7 en 1963, 151,9 de octubre 1963 a septiembre 1964. El análisis por ramas industriales señala como las de más fuerte expansión las de material de transporte, química, metalurgia y electricidad, por este orden. En el extremo opuesto, la minería del carbón aparece en franca regresión mientras que la extracción de minerales y la industria textil presentan índices de crecimiento muy por debajo de la media. La crisis del textil tradicional (lana y algodón, especialmente concentrado en Cataluña) es mucho más acusada y está disimulada por el movimiento en alza de las fibras textiles artificiales.

Hora es ya de que pongamos en relación las huelgas con los movimientos económicos observados. Y para ello, partamos de la reactivación iniciada en 1961. Es también precisamente en este año cuando empiezan a producirse series de conflictos en la mayor parte de las grandes empresas con motivo de la discusión de los convenios colectivos sustitutos de las reglamentaciones laborales para buena parte de las empresas de una cierta talla. La promulgación



CUADRO 3. INDICES DE INVERSION EN CAPITAL FIJO  
(Base: media 1960 = 100)

	Indice
Media 1961	132,6
Media 1962	160,9
<b>1963</b>	
Enero	181,3
Febrero	180,7
Marzo	185,5
Abril	189,9
Mayo	195,1
Junio	192,7
Julio	186,7
Agosto	171,7
Septiembre	191,9
Octubre	200,9

Fuente: Servicio de Estudios Ministerio de Comercio.

CUADRO 4. IMPORTACIONES DE BIENES DE EQUIPO  
(Base 1958 = 100)

Período (media mensual)	Indice total	Indice industrial
1959	89,4	92,6
1960	103,7	101,6
1961	159,4	138,3
1962	257,6	222,2

Fuente: Servicio de Estudios Ministerio de Comercio.

CUADRO 5. INDICES DE MOVIMIENTO ANUAL DE LA PRODUCCION INDUSTRIAL  
POR RAMAS.

Rama industrial	1961	1962	1963	Octubre 1963- septiembre 1964
Alimentación	120,4	125,1	131,2	121,4
Bebidas	119,2	126,9	144,9	160,4
Tabaco	110,7	135,9	145,3	156,5
Madera y corcho	97,4	124,6	135,9	145,2
Papel	121,7	142,8	158,0	167,2
Cuero y calzado	107,5	120,7	127,8	128,3
Química	139,1	169,5	189,5	199,2
Vidrio y cerámica	97,8	120,9	132,1	144,9
Metálicas básicas	138,0	142,5	148,9	167,8
Transformados metálicos	100,7	130,9	145,0	177,4
Textiles	110,7	117,8	123,2	127,8
Carbón	94,6	88,3	92,4	85,4
Minerales	112,8	110,1	112,2	115,5
Derivados petróleo y carbón	109,1	124,6	136,6	138,1
Cemento	126,0	136,7	147,4	160,3
Electricidad	130,4	142,4	160,5	171,1
Material de transporte	170,5	173,8	201,3	217,8

Fuente: Servicio Sindical de Estadística.

(Nota importante: Los índices de 1961 corresponde a otra serie, elaborada por el mismo Servicio, pero cuya media es algo inferior a la de la serie que se ha reproducido para los años 1962-1963 y 1964).



ción de la Ley de convenios colectivos en 1958 obedecía fundamentalmente a dos propósitos integrados en el plan de conjunto del nuevo equipo político de la burguesía:

- 1) Estabilizar las « relaciones laborales »; intentar una incorporación activa de los obreros a la nueva dinámica productiva. Para ello contaban con los sindicatos, encargados de « discutir » los convenios.
- 2) Crear una presión sobre la productividad obligando a las grandes empresas a racionalizar su organización y mecanizar sus instalaciones, mientras que las pequeñas tendrían que hacer frente a un obstáculo más, acelerando por consiguiente el proceso de concentración estirado beneficio.

De hecho, en su primera etapa, la discusión del convenio en las principales empresas dio lugar a una presión reivindicativa que desbordó los débiles diques de la Central Nacional-Sindicalista.

El panorama económico de 1961 ofrece las características tipo de punto de partida para una oleada de acciones reivindicativas. El análisis de los datos contradictorios, pero no por ello menos expresivos, relativos al pago por hora de trabajo y a la productividad por hora de trabajo (cuadro 6) muestra el aumento enorme de la productividad en 1961 (mientras que el cuadro 3 muestra que el aumento de la inversión en capital fijo fue tan elevado en 1961 como en 1962, con lo que dicha productividad debió ser debida en gran parte a una presión sobre la fuerza de trabajo); productividad no seguida ni mucho menos por un aumento de salario correspondiente. Al mismo tiempo la curva de precios reanudaba a fines de año una ascen-

CUADRO 6. PAGOS POR HORA DE TRABAJO / PRODUCTIVIDAD POR HORA DE TRABAJO (Base 1958=100)

Versión A			Versión B		
Período (media mensual)	Pago hora trabajo	Productividad hora trabajo	Período	Pago/hora	Productividad/h
1959	106,1	105,3	1959	105,1	102,0
1960	111,0	111,9	1960	109,0	108,0
1961	118,3	123,2	1961	118,3	120,2
1962	135,5	136,1	1962	139,4	129,5
1962 (enero-septiembre)	113,2	134,8	1963	157,7	139,0
1963 (enero-septiembre)	153,1	147,9	1963 (enero-agosto)	154,1	137,3
			1964 (enero-agosto)	176,1	149,2

Fuente: Servicio Sindical de Estadística.

(Nota: Dadas las extrañas transformaciones de un cuadro a otro, hemos creído conveniente presentar los dos, aunque sólo sea para dar un ejemplo concreto de la relatividad de las estadísticas españolas. A observar que la relación productividad/salario aparece menos desfavorable para los obreros en la versión B, la versión posterior ...).



sión que pronto adquiriría caracteres desmesurados. En estas condiciones es fácilmente explicable el comienzo de un amplio movimiento reivindicativo que necesariamente habría de ser apoyado por una acción.

El examen cronológico de los movimientos de huelga y de sus formas secundarias (plantes, trabajo lento, reclamaciones etc...) manifiesta la segunda mitad de 1961 como punto de partida de una tendencia clara y generalizada en todo el país. (Señalemos, por su alcance nacional, la campaña de reclamaciones por telegrama de los factores de la RENFE). En diciembre, las huelgas y manifestaciones de la compañía Auxiliar de Ferrocarriles (CAF) de Beasain (Guipúzcoa) representan la primera gran acción desde 1958.

A partir de ahí, y con ayuda de una somera e incompleta cronología de las huelgas españolas entre 1961 y 1964 indiquemos a grandes rasgos su evolución:

En los primeros meses de 1962 tiene lugar diversas huelgas en Euzkadi, Valencia, Cartagena, Barcelona y Madrid. En abril, mayo y parte de junio de 1962 tiene lugar un gran movimiento huelguístico en todo el país, llegando a afectar en uno u otro momento a más de 400 000 obreros. Tiene una honda repercusión en todo el mundo e incide seriamente en la situación política española. Nacido en las minas de carbón de Asturias, donde pronto la huelga es total, el movimiento se extiende a todo Euzkadi (metalurgia, industria eléctrica, papel, química, construcción naval) y a Cataluña (en donde la industria textil y la pequeña industria de transformación no siguen la huelga, limitada a las grandes empresas, y en particular a la metalurgia). Las huelgas afectan amplias zonas de Levante, las minas de Linares, Puerto Llano y Riotino, los jornaleros agrícolas de la Andalucía central y occidental, así como los de Extremadura. En Madrid, sólo algunas grandes empresas (en particular, la Euskalduna) se declaran en huelga.

Posteriormente, la agitación reivindicativa se mantiene en el País Vasco (Huelga de la General Eléctrica en junio 1962). En Asturias una nueva huelga paraliza la cuenca minera del 18 de agosto al 5 de septiembre. En cambio, en Cataluña el reflujó de la acción es completo, con la excepción de la violentísima huelga de la empresa eléctrica Siemens de Cornellá, del 14 al 21 de septiembre.

A partir del cambio de gobierno de julio de 1962, el franquismo realiza un intento para reajustar el mecanismo y frenar la politización de las huelgas. Las reivindicaciones de los mineros asturianos son parcialmente aceptadas (tan parcialmente que éstos vuelven a la carga una y otra vez). La campaña de convenios colectivos se intensifica, alcanzando proporciones impensables sólo un par de años antes; se promulga una Ley de Conflictos Colectivos, instaurando un arbitraje y diferenciando entre conflicto profesional y conflicto político. Los salarios experimentan un cierto aumento (véase la evolución del pago por hora de trabajo, cuadro 6); en enero de 1963 el gobierno acepta una subida general de salarios y fija el salario mínimo a 60 pesetas diarias (cuando la Acción Católica acabada de publicar el presupuesto de un matrimonio con dos hijos en Madrid, al mínimo vital: 125 pesetas diarias...). Los trabajadores habían conseguido, de todas formas, romper definitivamente el bloqueo de salarios y obtener mejoras sustanciales, aunque desigualmente repartidas según ramas y regiones.



Desde el punto de vista de la estricta constatación de los hechos, a partir del movimiento huelguístico de 1962, se observa una proliferación de las acciones de protesta, de los planes, huelgas, reivindicaciones en casi todas las ramas industriales y en casi todas las regiones. En cambio, los movimientos masivos del tipo del de la primavera de 1962 quedan circunscritos a las huelgas de los mineros asturianos, que, aparte de mantener un clima reivindicativo constante, en una cadena de huelgas y represión patronal y policial prácticamente continua, van a la huelga total de la cuenca en el verano de 1963 (¡durante 2 meses!: del 16 de julio al 20 de septiembre) y, de nuevo, en abril y mayo de 1964, con abundantes movimientos reivindicativos en el mes de agosto del mismo año. El único momento en que pareció formarse un movimiento de alcance nacional con ligazones internas fue en abril de 1964, cuando a las huelgas de Asturias se unieron las huelgas mineras de Puertollano y Riotinto, los jornaleros agrícolas de las provincias de Cádiz y Huelva y buen número de empresas guipuzcoanas. Pero en realidad se trataba de una cadena multi-forme de acciones reivindicativas, coincidentes en el tiempo y que alcanzaban numerosas regiones a través de las cuestiones particulares que en cada una se planteaban. De hecho, era una consagración de la imposición por parte de los trabajadores de la aceptación por el sistema de la huelga reivindicativa.

A nuestro entender, la comparación entre la cronología y la geografía de las huelgas y la evolución, económica, entre 1961 y 1964, puede aportar las siguientes precisiones:

— El arranque del movimiento reivindicativo en 1961 tiene lugar en una conjuntura económica que casi lo determina.

— La huelgas de la primavera de 1962 rompen por completo el bloqueo de salarios y consagran la entrada de la fuerza de trabajo en la discusión del reparto de la renta nacional española.

— La acción reivindicativa que a partir de entonces se produce de forma casi continua, a pequeño nivel, sin llegar a grandes oleadas espectaculares, pero alcanzando casi todas las ramas y regiones, se desarrolla en una situación de expansión industrial rapidísima y de inflación galopante, que explica plenamente la desvalorización del salario real y la posibilidad de reivindicar dentro de un margen de **tolerancia económica del sistema**. Especialmente significativo es el hecho de encontrar la más alta proporción de huelgas y reivindicaciones económicas (con todas las reservas a esta apreciación) precisamente en las industrias que tienen un mayor ritmo expansivo (química, metalurgia, electricidad). Inversamente, en el textil, en depresión, el número de conflictos a **escala de la empresa** es menor.

— Las huelgas mineras en general, y especialmente las huelgas de Asturias, muestran una correlación inversa entre la intensidad del movimiento y la situación económica. Esto es: precisamente en el sector donde la situación está en franca regresión es donde hay una «mayor propensión a la huelga», o, si se quiere, una mayor combatividad y conciencia de clase. Al nivel de la interpretación económica del hecho, por el momento, recogemos la hipótesis enunciada en algunos círculos, según la cual la clave del problema está en la baja rentabilidad de las minas asturianas, que determina por parte de las empresas una actitud de hostilidad a cualquier reivindicación. Aún más, podría tratarse de un esfuerzo patronal por provocar a los mineros a través de una intransigencia cerrada para dar pie a una nacio-



nalización que reembolsaría a las sociedades sus capitales, o, en todo caso a una «reconversión» bien estudiada, que, como es lógico, se haría a costa de las pequeñas empresa y de los miles de mineros que quedarían sin trabajo, según el plan elaborado por las grandes empresas asturianas. Frente a esta actitud, los mineros reaccionan, en una primera fase, intentando asestar golpes importantes a las empresas por el carácter masivo y sostenido de su acción. En una segunda etapa, creando una situación tal de agitación social que el gobierno se vea obligado a tener en cuenta a los mineros en su plan de reestructuración. Sin embargo, como luego veremos, la explicación económica no agota el tema de las huelgas asturianas ni mucho menos.

— La comparación entre la evaluación de la agricultura y las huelgas campesinas no nos ha parecido realizable con un mínimo de seriedad, tanto por los movimientos económicos contradictorios que se registran en el campo como por la absoluta insuficiencia de información sobre las huelgas agrícolas. Somos conscientes del hueco que ello representa en nuestro estudio.

— La consideración de la situación económica no agota la explicación de las huelgas. Nos hace avanzar, nos proporciona unos primeros resultados, pero ni el «por qué» del movimiento al nivel de los actores (o sea, de los huelguistas) ni su relación con el sistema político (tanto del régimen como de la oposición) quedan esclarecidos por el hecho de haber trazado un marco general. Para esbozar una interpretación nos es necesario elevar el análisis al contenido mismo de la acción social latente en las huelgas.

#### IV. Implicación política de las huelgas

«¡Sí! ¡No! ¡Políticas! ¡Económicas! Tema inagotable para los Estados Mayores de los partidos, para las publicaciones de los mil y uno grupúsculos, para la prensa del régimen, para la policía. Las huelgas de 1962 fueron saludadas como un símbolo de que «el-pueblo-español-está-en-pie-sabe-lo-que-quiere-nadie-y-nada-logrará-desviarlo-de-sus-objetivos». Por la mayoría de los observadores, Dirección General de Seguridad a la cabeza, fueron calificadas de «políticas». Hubo quien dijo incluso que eran «típicamente revolucionarias». La mayor parte reconocían su carácter «espontáneo».

Evidentemente, la discusión es, por definición, interminable. Distingamos, de una parte, el por qué los obreros iban a la huelga; de otra, cual fue la interrelación entre las huelgas y las fuerzas políticas.

La evolución de las reivindicaciones podría ser un indicio claro. Sin embargo, haría falta conocer estas reivindicaciones a nivel de las empresas en que fueron formuladas. Su conocimiento, para la totalidad del país, pasa a través de las fuentes de información de todas las tendencias políticas que no vacilan (con toda legitimidad), en presentar su octavilla. Un conocimiento directo por nuestra parte está limitado geográficamente. El filtro de lo ideológico es imposible de realizarlo so pena de ignorar las relaciones íntimas entre masas huelguistas y grupos de militantes. Por ello las reivindicaciones que conocemos sólo tienen fuerza probatoria como indicio de una tendencia, de una progresión entre 1961 y 1965.



Imposible, a partir de ellas, determinar el principio de orientación de tales o cuales huelguistas en un momento concreto. Veamos la tendencia.

En 1961, sin lugar a dudas, las reivindicaciones son económicas y profesionales y van íntimamente ligadas a cláusulas concretas del convenio colectivo en discusión. Todo lo más, se prefiguran algunos intentos de obtener una representatividad en la delegación obrera. Punto clave en la comprobación del carácter específico a cada empresa de las reivindicaciones es el fracaso del boicot de los transportes urbanos propuesto en Barcelona en septiembre de 1961 como protesta contra el aumento de tarifas. La intentona no tuvo éxito y provocó una fuerte represión entre los militantes obreros de extrema izquierda. Simultáneamente, en diversas empresas barcelonesas la agitación iba en aumento, pero ligada a cuestiones particulares.

Beasaín y los primeros momentos del movimiento de la primavera de 1962 son caracterizados por un origen reivindicativo muy claro. Desde luego el movimiento sorprende y desborda a toda la oposición. Una prueba, a nuestro entender decisiva, de ello es la siguiente: en abril del 1962 se reúne, fuera de España, la I Conferencia de Organizaciones Juveniles de la Oposición Democrática, convocada por el Movimiento España 59, residente en México. A ella asisten representantes del interior de los principales movimientos de izquierda. Existe apenas difundido, un documento-declaración de dicha reunión, fechado el 20 de abril de 1962. En él no se hace la menor referencia al movimiento huelguístico. El 7 de abril, los mineros del pozo «La Nicolasa», de Mieres, habían parado el trabajo en apoyo de sus reivindicaciones.

Por otra parte, tanto en Asturias como en el País Vasco, donde se inició el movimiento y fue seguido masivamente, las reivindicaciones salariales y profesionales de los huelguistas eran ya claras y precisas. Pero los que afirman que una huelga en España es siempre política, tienen razón, **en ese momento**, en lo referente a su trascendencia en el marco general del país. El régimen franquista, con una dinámica propia distinta a la de los intereses económicos a cuyo servicio se consagra, no podía tolerar el carácter masivo del movimiento. El decreto del 4 de mayo, declarando el estado de excepción, con su publicación en toda la prensa, marca, de un lado, cual es el primer adversario de los huelguistas, de otro proporciona un apoyo a los militantes obreros en su esfuerzo por elevar el nivel de conciencia de los huelguistas, de la reivindicación a la lucha política. En tanto que el fuera de la ley de los huelguistas es puramente potencial, éstos juegan en el marco de la empresa. Cuando el problema pasa a ser una cuestión de orden público, la implicación política se produce. La agitación de las organizaciones obreras juega un papel determinante en Cataluña y Madrid. Hay que apretar filas frente al régimen para evitar que la represión diezme a los que ya están en huelga. Al mismo tiempo, los gobernadores civiles presionan sobre las empresas en un sentido o en otro, moviendo la aceptación o rechazo de las reivindicaciones con arreglo a una estrategia política. Las huelgas de 1962 se convierten en un vasto movimiento político en el que, junto a ellas, se encuentran la acción de los partidos, las manifestaciones estudiantiles, la reunión de Munich, las bombas... Por primera vez desde hace muchos años el régimen no ha podido, o querido, o sabido, aplastar con la bota militar un amplio movimiento de oposición a su «orden». El hecho es suficientemente importante como para conmover toda la sociedad española, incluido el gobierno mismo.



Las reivindicaciones de 1962 pasan por tres fases: 1) Reivindicaciones salariales (frecuentemente, petición de un salario mínimo); 2) Solidaridad con Asturias; 3) Huelga. No importa por qué, el caso es hacer huelga, oponerse al régimen infringiendo su ley.

Las utopías revolucionaristas hacen su aparición. Ni que decir tiene que ni al nivel de la motivación ni al de la trascendencia aparece indicio alguno de una posible toma del poder por un grupo de vanguardia en ese momento, entre otras cosas por no existir las más elementales condiciones subjetivas.

Tras el movimiento huelguístico, el régimen intenta reajustar el sistema con la serie de medidas a las que hemos aludido anteriormente. En definitiva el fondo de su intento es disociar un cierto margen de reivindicación económica, cuya oportunidad queda al arbitrio de las empresas, aunque con control posterior del Ministerio de Trabajo, y la repercusión política del problema, o si se quiere, la reorganización de la clase obrera.

En un primer tiempo, los trabajadores, que siguen yendo a la huelga regularmente como hemos indicado, unen a sus reivindicaciones propias otras de carácter más amplio, expresión de solidaridad. El indicio más significativo es la aparición en casi todas las reivindicaciones formuladas en las acciones de la primera mitad de 1963 del problema de la reintegración a sus hogares y a sus trabajos de los obreros deportados en 1962. Las huelgas que estas fechas tienen lugar en el País Vasco y en la cuenca minera asturiano-leonesa incluyen entre sus principales objetivos la vuelta de los deportados, consiguiéndolo parcialmente.

Sin embargo, a principio del verano de 1963, dos fenómenos marcan nuevos rasgos en la orientación de las acciones obreras. Por una parte, los obreros bilbaínos realizan una serie de manifestaciones de calle (en junio y en agosto) para apoyar su reivindicación de una vuelta de los deportados, manteniendo esta consigna en las principales huelgas realizadas. Por otro lado, las elecciones sindicales oficiales convocadas para junio de 1963 son boicoteadas masivamente en Asturias, Santander y País Vasco y, en menor proporción, en Cataluña y en Madrid. Es la consagración de la bancarrota total de los Sindicatos Verticales puesta de manifiesto por las huelgas de 1962. Simultáneamente, los grupos sindicales obreros empiezan a organizarse y coordinan su acción, moviéndose en una ambigua semiclandestinidad que facilita la represión pero que les va dando carácter de auténticas organizaciones de masas. La posición, equívoca desde luego, de la HOAC-JOC facilita el proceso, así como las luchas de los falangistas contra el equipo del Opus.

Toda una nueva problemática sindical aparece poco a poco generalizada en las reivindicaciones de las masas obreras. La huelga del 7 de octubre de 1963 en Bilbao es un hito en esa transición. Un comité de huelgas compuesto de nacionalistas vascos, JOC, Alianza Sindical y Oposición Sindical lanza la consigna de un paro general de 10 minutos en todas las fábricas. Las reivindicaciones: 1) Vuelta de los deportados; 2) Rechazo de la sindicación obligatoria en el Sindicato Vertical. Buen ejemplo de un nuevo tipo de reivindicación global que abarca un problema ya en vías de solución (los deportados) y otro problema, el sindical, que se hace cada vez más acuciante. La huelga es seguida por decenas de miles de obreros a la hora fijada. La represión es feroz y el Comité de huelga es desmantelado. Los trabajadores aprenden, a costa de sufrirlo en su carne, que la huelga ofrece demasiado flanco a la represión y que la represión sigue ejerciéndose a gran escala cuando la huelga supera el escalón de la reivindicación económica.



De los 13 puntos que constituyen el programa reivindicativo de los mineros asturianos en las huelgas del verano de 1963, 2 están centrados en un problema de solidaridad con los deportados y despedidos, 10 sobre cuestiones salariales y profesionales y en uno se inicia el planteamiento del problema sindical.

Sin embargo, conforme las peticiones de **libertad sindical**, de **derecho de huelga**, de **amnistía**, **van ganando popularidad**, conforme la orientación política va predominando en las acciones obreras de masas, se asiste a una disociación entre el hecho de la huelga y este tipo de reivindicaciones. En cambio, los paros parciales, trabajo lento, huelgas rotatorias e incluso huelgas totales simultáneas en varias empresas (Guipúzcoa, mayo de 1964), siguen su ritmo ascendente, confirmando la inclusión de la huelga en la casi normalidad del sistema productivo español. Pero en estas acciones las huelgas se hacen en apoyo de reivindicaciones particulares a la empresa, reivindicaciones salariales y profesionales. Como es lógico, los grupos de trabajadores más conscientes incluyen, a veces, las consignas de carácter global en las octavillas, pero en lo referente a la acción concreta el principio de orientación es cada vez más estrictamente «económico». Lo cual no quiere decir que estas acciones no tengan trascendencia política. Al contrario, la imposición de hecho de la huelga y la constitución en todas partes de comisiones obreras representativas es un hecho de una trascendencia enorme en un país en el que la clase obrera industrial representa la principal fuerza social. Pero incluso esta trascendencia es indirecta. Desde el momento en que los obreros se mueven por un principio de orientación política (por ejemplo, la libertad sindical) y se enfrentan directamente a una cuestión de trascendencia política (la transformación institucional del régimen) pasan a una nueva forma de acción: **las manifestaciones de calle**. Es francamente significativa la correlación entre la disminución de la reivindicación política en las huelgas y el aumento en flecha del número y dimensión de las manifestaciones obreras a lo largo de 1964 y principios de 1965. Cuando una huelga ofrece claro carácter político (caso del paro de dos horas de Pegaso y Standard en Madrid, el 10 de marzo de 1964, para reclamar la liberación de los detenidos en la manifestación contra el III Congreso Sindical) se trata en realidad de la secuela de una acción obrera política. Inversamente, cuando las reivindicaciones profesionales se sitúan a un escalón superior al de la empresa (Convenio colectivo provincial, por ejemplo) se produce una substitución de la huelga por la manifestación en momentos de necesidad de un esfuerzo importante para obtener dichas reivindicaciones: es el caso de las manifestaciones de los metalúrgicos madrileños en septiembre de 1964.

Por otro lado, la ola de huelgas de abril-mayo de 1964, último movimiento que concentró en el tiempo una serie de acciones importantes en varias regiones españolas, tuvo como componentes esenciales: las huelgas mineras de Asturias, las huelgas mineras de Puertollano y Riotinto, las huelgas de los jornaleros de Cádiz y Huelva. Con relación a estos últimos, la época es precisamente la del inicio de las tareas agrícolas y desde hace 3 ó 4 años se ve marcada en la misma ocasión por un movimiento análogo. Imposible asimilar la huelga a la «rebelión militar».

Con relación a las huelgas asturianas, nos parece que el fenómeno es francamente particular con relación a lo que tiene lugar en el resto de España. Ya hemos visto el subyacente económico del problema: las empresas quieren «reconvertir», las minas son poco renta-



bles, el gobierno está atento sobre todo al potencial revolucionario que la tradición de luchas mineras en Asturias guarda palpitante. (De ahí la represión salvaje de 1963). Desde el punto de vista de las reivindicaciones, los mineros pasan de una primera etapa (1962) en la que lo que prima es la petición de un aumento de salarios, a la preponderancia del problema del mantenimiento de la profesión y de seguros sociales (1963); y posteriormente (1964), a una situación en que la intransigencia de las empresas y la dureza de la represión<sup>3</sup> provoca: 1) un desfondamiento parcial del espíritu reivindicativo económico (las huelgas de 1964 son menos masivas y de más corta duración. Las reivindicaciones salariales quedan en segundo plano); 2) la acentuación del carácter gestor de los objetivos: por primera vez aparece la reivindicación del acceso a los libros de cuentas de las empresas, no como anuncio de un espíritu de Soviet, ni como muestra de su «deseo de participación» (según algunas interpretaciones un tanto particulares), sino como deseo de discutir a las empresas su famoso Plan de Reconversión. Ni que decir tiene que esta orientación viene frenada por la semicarenta de cuadros intelectuales en el movimiento obrero de Asturias que sean capaces de elaborar un «contra-plan»; 3) la confluencia cada vez más acentuada del tipo de reivindicación y del tipo de acción de los mineros asturianos con los de los trabajadores del resto de España: libertad sindical como bandera; manifestaciones de masa, más violentas que en otro sitio, como medio (asalto a la Comisaría de Policía de Mieres el 12 de marzo de 1965).

Esta reunión de las diversas corrientes del movimiento obrero español en la lucha por la libertad sindical es tanto más significativa cuanto que la situación de los mineros es profundamente distinta y explica en parte el que fuera de ellos la iniciativa de la lucha en 1962, así como el que dicha lucha se haya mantenido en Asturias desde entonces en forma casi ininterrumpida. Nos referimos a la fácil transposición que puede hacerse al caso de los mineros asturianos del modelo sociológico establecido por Kerr y Siegel<sup>4</sup> de «masa aislada exteriormente y cohesionada internamente». Es decir, un grupo social con condiciones de trabajo específicas y con coincidencias de lugar de habitación y de trabajo, con uniformidad de modo de vida, geográficamente concentrado en una zona en la que representa la mayoría de la población. Dicho grupo genera su propio sistema de valores, posee una fuerte cohesión entre sus miembros y se diferencia claramente del resto de la sociedad. Los estudios realizados en distintos países coinciden en señalar en grupos de estas características el más alto índice de propensión a huelga. A esta configuración estática de la situación habría que añadir en el caso de los mineros asturianos una historia de luchas revolucionarias y una tradición de conciencia proletaria realmente excepcionales.

## V. Posible tipología de las huelgas

Tras haber manejado algunos de los datos esenciales del problema, podemos intentar sistematizar nuestras hipótesis a través de la construcción de los tipos sociológicos abstractos que nos parecen resultar de la experiencia histórica examinada.

Una huelga, como hecho social en el que estén implicados unos actores, se define por un **principio de orientación** (objetivo por el que se lucha), surge a partir de un **principio de defensa** (afirmación de unos derechos que se estiman amenazados) y tiene lugar contra un



**adversario** (el que amenaza los derechos). Aparte, como hecho social, la huelga supone una trascendencia política, de la que trataremos en nuestra conclusión.

Sintetizando las observaciones realizadas nos parece que tres grandes tipos de huelga se combinan en las huelgas que han tenido lugar en España entre 1961 y 1965:

— La huelga que podemos llamar **Huelga Reivindicativa**, análoga a la de los países en los que la huelga está permitida, cuyos objetivos son fundamentalmente profesionales y de satisfacción de necesidades económicas. Dicho tipo de huelga parece suscitado por un profundo cambio del sistema económico español, cuyo arranque expansivo se sitúa precisamente en 1961 y cuyas consecuencias sobre la presión reivindicativa sigue haciéndose notar en los años posteriores.

— **La Huelga Política**, como oposición a un Régimen antidemocrático y como defensa de unos derechos de expresión, asociación y autonomía de acción social (p. ex.: derechos de huelga) de la clase obrera. El origen de este tipo de huelga creo que puede buscarse en dos series de fenómenos:

a) En la oposición violenta del sistema político (régimen franquista) a la huelga reivindicativa, que transforma el movimiento huelguístico de 1962 en un vasto movimiento de oposición política.

b) En la necesidad objetiva en que se encuentran los trabajadores de organizarse para coordinar y extender su acción reivindicativa que el sistema económico (las empresas) ha ido aceptando paulatinamente. De ahí la popularidad y la difusión extraordinaria de la consigna « Libertad Sindical ». Como elemento de toma de conciencia juega sobre las dos series de fenómenos la existencia de una oposición política que libra batalla a la Dictadura.

— **la Huelga-Movimiento Social**, es decir, la huelga que se considera como instrumento de transformación social del sistema, de paso del capitalismo al socialismo. Es evidente que la existencia real de este tipo de huelga es más que dudosa en la España actual. Sin embargo desde el punto de vista de los actores, es verosímil que varias decenas de miles de trabajadores españoles vayan a la huelga « para traer el socialismo ». Por otra parte, no se puede concebir la existencia de una huelga de solidaridad que al mismo tiempo sea toma de conciencia de la explotación capitalista y se justifique por la lucha contra ésta. Es evidente, de todas formas, que lo que lo que podría llamarse « Huelga Revolucionaria », o sea encaminada directamente hacia la toma del poder, no puede desprenderse de la experiencia histórica examinada.

En cada tipo podemos distinguir diversos **niveles de reivindicación**, con arreglo al reagrupamiento de los niveles expresados. Así en la huelga reivindicativa económica, la reivindicación puede ser relativa al salario al estatuto profesional y a los seguros sociales o a la actividad industrial misma (caso por ejemplo de las huelgas de Asturias).

En la **huelga política**, la lucha puede circunscribirse a la obtención de los derechos de los trabajadores (libertad sindical) frente a la dictadura o proponerse el derrocamiento del régimen (« ¡Abajo Franco! » o « ¡Dictadura no, democracia sí! »).



Finalmente, en la **huelga-movimiento social**, mientras que el nivel último, la huelga como derrocamiento revolucionario del capitalismo, parece inexistente en estos años, pueden apreciarse algunos gérmenes de este tipo de huelga al nivel de la huelga como modificación de la relación de fuerzas en el país en un sentido favorable a la clase obrera, y por tanto, como un paso adelante en la lucha por el socialismo. Podemos resumir nuestras observaciones en el siguiente cuadro tipológico (véase página siguiente).

Si ponemos en relación estos tipos con la realidad cotidiana de las luchas obreras, podemos interpretar el proceso del movimiento huelguístico como la predominancia inicial del tipo I, sobre todo al nivel de los objetivos de los huelguistas, pero que al verse llevado a un enfrentamiento con el régimen (adversario del tipo II) pasa a ser del tipo II incluso en el plano de los objetivos. La débil eficacia directa del arma de la huelga en la lucha contra el régimen franquista disocia las huelgas de los objetivos políticos y lleva a expresar éstos a través de otras formas de acción, predominantemente las manifestaciones. Durante las huelgas, una minoría obrera consciente, cuyos objetivos eran del tipo III, encuentran posibilidades de llevar una acción ofensiva contra el sistema capitalista (nivel 1), o intentan preparar la toma revolucionaria del poder (nivel 2).

Posiblemente, los resultados reflejados en esta tipología son banales y coinciden parcialmente con opiniones expresadas en diversos círculos políticos e ideológicos de la izquierda española. Sin embargo, lo que nos parece más significativo es el haber podido emitir unas hipótesis, por débiles que puedan parecer, a partir de una consideración de los datos económicos, sociales e históricos del problema. Quizá el intento pueda servir de estímulo a un análisis más científico y menos voluntarista de los momentos trascendentales por los que atraviesa el movimiento obrero español.

## VI. Algunas consecuencias políticas

De esta forma, el movimiento de huelgas en España se va despojando un tanto de su carácter mítico. En nada se contradice el alcance y la trascendencia política que deben reconocérsele. Es cierto que los chispazos iniciales parecen ser favorablemente estimulados por las transformaciones económicas sociales anejas a una nueva dinámica del capitalismo español. Sin embargo cuidemos bien de no reducir el renacimiento del movimiento obrero a una consecuencia mecánica y subordinada de esta evolución iniciada según los proyectos de la burguesía monopolista. El movimiento obrero posee una dinámica propia. Las huelgas han actuado sobre el régimen, haciéndole ver la necesidad urgente de institucionalizar los conflictos para evitar la explosión. Las huelgas han actuado sobre la burguesía, que rechaza la carta de Munich (1962) pero que conserva a los «conjurados» como equipo de recambio de un futuro hipotético. Las huelgas han influenciado la reciente evolución política del franquismo, beneficiando a su vez del impulso proporcionado por esta coyuntura política.

El movimiento huelguístico se ha desarrollado en un marco político cada vez más propicio. El régimen ha mantenido una durísima represión contra la clase obrera (detenciones masivas, condenas, torturas, fusilamientos). Pero la política de «liberalización» y los intentos de «institucionalización» del régimen han dejado un cierto margen de maniobra. Al mismo



## CUADRO TIPOLOGICO

Tipo de huelga	Niveles	Principio de orientación	Principio de defensa	Principio de oposición	Ejemplo
I. Huelga reivindicativa	1. Salarial	Aumento de salarios	Aumento del costo de vida. Necesidad de consumo.	Dirección de la empresa	Hispano-Suiza de Barcelona, 14-2-1963 reclama plus familiar
	2. Profesional	Estatuto de la profesión. Seguros sociales.	Necesidad de seguridad profesional y familiar.	Empresa. Sindicato. Ministerio de Trabajo	Alfa de Eibar, reclama modificación sistema de primas
	3. Regional o sectorial	Salvar la industria, la profesión o la región	Necesidad de trabajo en nuestra rama y en nuestra tierra	Empresa. Patronal. Tecnócratas del gobierno	Asturias, 1964
II. Huelga política	1. Libertades obreras	Libertad sindical. Derecho de huelga	Necesidad de asociación y de libertades profesionales	Sindicato Vertical. Estructura legal e institucional del régimen	Huelga general de 10 minutos en Bilbao, 7-10-1963
	2. Libertad	Régimen democrático ¡ Abajo Franco !	Queremos ser ciudadanos libres	Régimen franquista	Huelga en Pretensados del Puente de San Fernando de Henares, abril 1963, en Madrid para protestar contra el asesinato de Julián Grimau
III. Huelga movimiento social	1. Doble poder	Modelo socialista de desarrollo económicosocial	Producción subordinada a la necesidades y no al beneficio	Sistema capitalista	Existen en gérmen en la evolución reciente en Asturias
	2. Revolución socialista	Toma del poder para construir el socialismo	Liberación de la explotación y de la opresión	Aparato represivo del sistema capitalista	?



tiempo, las contradicciones que el nuevo rumbo engendraba entre las diversas facciones políticas en el poder ha creado posibilidades de utilización reivindicativa de canales legales. Buen ejemplo de ello es la agitación demagógica de algunos grupos falangistas de los sindicatos o la posición ambivalente de la Iglesia a través de sus organizaciones de apostolado.

Finalmente, las huelgas han jugado un papel fundamental en el renacimiento del movimiento obrero y a través de él en el reforzamiento de los sindicatos y partidos obreros.

Constatar que las huelgas en estos momentos tienden cada vez más a dejar de ser el principal instrumento de lucha política antifranquista de la clase obrera no equivale a subestimar el papel inmenso que esas huelgas han tenido e incluso siguen teniendo en la toma de conciencia del proletariado español, en su grado de organización, en su receptividad de las consignas de los partidos obreros.

El salto adelante es gigantesco, pese a todas las contradicciones y debilidades de la izquierda. Hoy día, se disiente, se titubea, se fracasa. Pero el debate se hace sobre un movimiento de masas en marcha. La discusión es violenta por que las responsabilidades son inmediatas. En 1960, era fácil el compromiso sobre el vacío. Hoy día, al nivel de las organizaciones obreras y no de los grupúsculos, las tomas de posición y el resultado de los debates comprometen la acción inmediata e incluso el futuro de amplios sectores obreros.

Por eso creemos necesario poner en relación los resultados de nuestra reflexión con la idea de situar en primer plano de la táctica política antifranquista la realización de una **huelga general** de carácter político, una huelga en que los trabajadores se propusieran claramente objetivos políticos concretos, independientemente de que estos objetivos políticos, claramente formulados, fueran acompañados o no de reivindicaciones económicas. En la medida en que se de crédito a lo dicho anteriormente es necesario concluir que **no hay un paso inmediato de la cadena de huelgas reivindicativas a una huelga general de carácter político**. Esta no puede resultar nunca de la adición de aquéllas, ni del ritmo creciente de las acciones cara a objetivos económicos y profesionales. La razón es que los trabajadores, a nivel de la empresa, no ven la relación entre dejar el trabajo y alcanzar la libertad sindical o derribar el régimen franquista, porque su adversario no está definido claramente. Evidentemente, si los obreros creen que la manera de «echar a Franco» es realizar una gran demostración de carácter nacional que sea un «plebiscito contra la dictadura», que sirva de amenaza para pasar a mayores si el régimen no cede; y si los obreros están suficientemente organizados y son suficientemente conscientes para realizar esa huelga simultáneamente en una gran mayoría de empresas de todo el país, el arma es políticamente eficaz como demostración de fuerza, como apoyo de una exigencia. Pero lo que nos importa señalar es que **hay que pasar a través de ese grado de organización y de elevación del nivel de conciencia**. La organización de una **huelga general** de este tipo requiere tal base (a diferencia, por ejemplo, de las manifestaciones de calle a escala local, mucho más asequibles a las actuales fuerzas de las organizaciones obreras), que su preparación ha de recorrer un largo camino de encuadramiento, de formación, de información, de participación en la lucha, entre miles y miles de trabajadores. Pasar de las huelgas actuales a una huelga general de este tipo supone un tremendo salto cualitativo que sólo pueden realizar los trabajadores bajo el impulso de una gran organización (u organizaciones) política y sindical. Y en todo caso, esa **huelga general** será el **resultado** y no el camino de la acción emprendida. Es



otro plano totalmente diferente, **no es una huelga** (o si lo es, lo es en la misma medida en que hacen huelga los obreros que están disparando en las barricadas...).

El problema de si esa organización política existe o no, o puede existir, y a que rasgos debiera responder, desborda excesivamente los límites de este trabajo. Digamos tan sólo que por el momento las manifestaciones obreras revelan un neto progreso semiespontáneo en el grado de conciencia y organización de los trabajadores. En particular, el cambio de forma de acción al comprobar que el luchar contra el régimen atacando a la empresa era batallar contra molinos de viento es un indicio de una madurez que puede llenar de optimismo a quienes piensan que el proletariado industrial encierra en España el mayor potencial de progreso social en tanto que clase históricamente ascendente. En la experiencia de lucha, en la organización y en la toma de conciencia que expresan esas grandes demostraciones obreras, las huelgas del periodo estudiado han desempeñado un papel decisivo. Ello no impide que conforme van siendo institucionalizadas por el sistema económico vayan perdiendo su carga explosiva, aunque siempre sean un exponente del antagonismo económico inherente al sistema capitalista de producción.

En la perspectiva de un movimiento obrero español cada vez más potente, las huelgas encierran sin embargo la posibilidad de ser gérmenes de transformación social en la medida en que la batalla por extender la zona de poder obrero en una sociedad dominada por el poder burgués se desarrolla a distintos niveles. Si bien es cierto que el nivel de la sociedad global es el decisivo, el de la empresa, o el de la rama industrial no son despreciables. Ello quiere decir que la huelga orientada hacia la obtención de un funcionamiento de sistema productivo parcialmente guiado por las necesidades colectivas puede ser una forma de la lucha anticapitalista al escalón de la empresa. Tendríamos así una tensión dialéctica entre los niveles particulares y el nivel global que vendría a añadirse a la tensión que en todos los niveles se crea entre la necesidad de participación ofensiva y el peligro de integración, entre la voluntad de progreso y la necesidad de una autonomía de la acción obrera. A decir verdad, por nuestra parte creemos que en la España inmediata el nivel global de la lucha tendrá prioridad, con las consiguientes posibilidades acrecentadas de transformación profunda del sistema social y político. En esta hipótesis, las manifestaciones prefigurarían una acción obrera de mayor envergadura y de más alto nivel de conciencia, mientras que las huelgas perderían el primer plano del nivel político de la lucha de clases. El problema específicamente político nos parece dominar el tema, tanto en el aspecto organizativo como en el táctico. La ambición de una teoría social militante debe ser, con exclusión de toda « receta », el contribuir a esclarecer una discusión de tan amplias consecuencias.

Abril, 1965

## Post-Scriptum

Después de redactado el artículo ha sido publicado el número 42-43 de **Nuestra Bandera**<sup>7</sup>, en el que figura la primera estadística realizada sobre las luchas obreras españolas entre 1962 y 1964. El carácter de dichos datos podía haber servido de refrendo o impugnación de las hipótesis que hemos formulado. Desgraciadamente, una vez más, la acumulación de datos no sirve de nada cuando son una pura ilustración sin la menor relación científica con las tesis que se sostienen sobre el fenómeno. En efecto, si las cifras de **Nuestra Bandera**, presentan



un gran interés, nada puede deducirse de ellas. Para empezar, ni siquiera se dan en porcentajes. Nosotros los hemos calculado sobre el total de cada año, a fin de comparar la evolución entre los diferentes términos en el tiempo. Pero hay dificultades mucho más importantes. Por ejemplo, el problema capital de la relación entre tipo de reivindicaciones y forma de acción no puede obtener respuesta a partir de estos datos, ya que no hay manera de hacer corresponder los unos con los otros, de unir como parece ser probable el incremento de las manifestaciones con el auge de las reivindicaciones políticas, puesto que hubiera sido necesario un cruce de las dos series; mismo problema para la relación entre huelgas y reivindicaciones económicas. De esta manera lo único que tenemos son dos grandes e impenetrables ríos: la acción cada vez más intensa, las reivindicaciones cada vez más políticas. Imposible el recurso a un análisis diferenciado y comparativo, fundamento imprescindible de todo estudio científico de la realidad social.

Nada se nos dice sobre la forma cómo ha sido establecido el cuadro, ni sobre lo que significan exactamente los capítulos en que se subdivide, algunos de los cuales son tan vagos como « otras acciones ». ¿Cómo llamar huelga general minera a las diferentes huelgas de Asturias y considerarlas una **unidad** cuando esto es una conclusión a la que quizás se puede llegar tras constatar la coincidencia en el tiempo, en el espacio y en la motivación de las huelgas de las diferentes minas? ¿Por qué no extender el mismo método, por ejemplo, a las huelgas del País Vasco en 1962? ¿Tendrá algo que ver con aquello de que « Asturias marca el camino »? Imposible analizar nada en tan movedizo terreno.

Sin embargo, anotemos que los datos facilitados nos sirven para ver, con relación a las formas de acción, que las huelgas « masivas » que en 1962 representaban el 51 % de las acciones, pasan al 14 % en 1963 y al 29,5 en 1964, mientras que las huelgas de brazos caídos y de trabajo lento, típicas de conflictos limitados e internos a la empresa, ven subir de forma significativa sus porcentajes respectivos. Por otra parte, las concentraciones, forma mucho más política de la acción aumentan en importancia relativa. Las manifestaciones se mantienen. Aquí expresamos de forma explícita nuestra duda sobre la validez del dato. Las manifestaciones de calle del 1964 fueron mucho más numerosas y mucho más importantes. De hecho, un dato hubiera sido esencial: el número de participantes en las manifestaciones de calle.

Con respecto a las reivindicaciones, observamos, de un lado una disminución de las « económicas » en general, mientras que aumentan significativamente las de tipo político (« por derecho de huelga y libertad sindical » y « por solidaridad ») y, al mismo tiempo, las centradas sobre las condiciones de trabajo. Se observa pues, a partir de una primera base de insatisfacción general (« las económicas » globales) la diversificación progresiva entre los dos tipos de reivindicación señaladas en nuestro artículo: las internas a la empresa y las tocantes a los problemas políticos directamente ligados a la fase de organización por que atraviesa nuestro movimiento obrero.

De todas formas, estas observaciones, sumamente someras, no tienen otro objetivo que el de intentar aprovechar las briznas de un trabajo que, realizado con espíritu científico, hubiera podido ayudar enormemente a la comprensión del problema de las huelgas en el movimiento obrero. Esperamos que el próximo esfuerzo de **Nuestra Bandera** suponga una verdadera aportación al estudio de la lucha de clases en España.



## EVOLUCION DE LAS LUCHAS OBRERAS

Años	Formas de acción									Reivindicaciones			
	Acciones <sup>1</sup>	Obreros participantes	Número de huelgas	Huelgas de brazos caídos	Huelgas de horas extras	Trabajo lento	Concentraciones	Manifestaciones	Otras acciones	Económicas	Por solidaridad	Condiciones de trabajo	Contra los despidos
			% <sup>3</sup>	% <sup>3</sup>	% <sup>3</sup>	% <sup>3</sup>	% <sup>3</sup>	% <sup>3</sup>	% <sup>3</sup>	% <sup>3</sup>	% <sup>3</sup>	% <sup>3</sup>	% <sup>1</sup>
1962	425	659 360	216 51	53 12,5	20 4,2	43 10,1	12 2,8	28 6,6	53 12,5	374 87	41 9,6	9 2	2 0,5
1963	453	509 400	64 14	81 17,8	45 9,9	103 22,8	6 1,3	26 5,8	128 28	379 82	35 7,6	21 5	18 4
1964	635	681 500	187 29,5	117 18,4	37 5,8	96 15	38 6,3	40 6,3	120 19	483 77	97 15,4	32 15	2 0,3
Totales	1 513	1 850 260	467	251	102	242	56	94	301	1 236	173	62	22

1. En el cuadro figuran como una unidad: La huelga general minera de Asturias de abril y mayo de 1962, la de agosto del mismo año, la de 1963 y la minero-metalúrgica de 1964. La huelga minera de León de 1962 y la de 1963.
2. Figuran como unidad las presentadas por los mineros de Asturias durante la huelga general de 1963, y la de minero-metalúrgicos de 1964; la de la Comisión Provincial Obrera de Vizcaya; la de la Comisión interempresas del Metal de Madrid de 1964 y la colectiva de la Comisión de empresas de los mineros de Puertollano de 1964.
3. Los porcentajes están calculados sobre el total anual correspondiente (J.B.).

## NOTAS

1. Confróntese Fidel Miró, *¿Y España cuándo?*; la *Historia del PCE*.
2. Según datos del Ministerio de Información y Turismo.
3. Promulgado en 1959; las medidas preparatorias se inician en el verano de 1957.
4. Véase en particular: J. Knowles, *Strikes, a study in industrial conflict*. Tiano et Rocard, *Expériences françaises d'action*

*syndicale ouvrière*. Rees, « Industrial conflict and business fluctuations » in J.P.E., octubre de 1952.

6. Kerr C. y Siegel A., « The Interindustry Propensity to Strike - an International Comparison », in Kornhauser; Dubin y Ross: *Industrial Conflict*, New York, Mc Graw Hill, 1954.

7. *Nuestra Bandera*, revista teórica y política del Partido Comunista de España, número 42-43, marzo-abril de 1965. Véase el cuadro adjunto.



# La integración

vista por Angel Ruíz Ayúcar  
y Ges



# EL ESPAÑOL

## CARA AL VIENTO PROLE TARIOS

**H**ACE ya muchos años (la paz española es lo suficientemente larga para poder hablar así), cuando la vida española comenzó a normalizarse tras las convulsiones de las dos guerras (la de dentro y la de fuera), el Gobierno, o, digamos mejor, la Administración, acordó suprimir el salvoconducto que hasta entonces era obligatorio para la mayoría de los españoles (había muchas excepciones por razón del cargo, la función, la profesión o la edad) para trasladarse de un lugar a otro. Se había convertido, desaparecida la necesidad que lo originó, en un papel formulario que sólo servía para que pagaran una multa de cinco duros los que eran sorprendidos sin él, y para que ganaran honradamente su sueldo los empleados dedicados a extender tales inútiles documentos. La consecuencia de la supresión del salvoconducto fué una satisfacción para los españoles en general, y un disgusto, muy justificado, para los que de él vivían, que veían en el aire una ocupación a la que llevaban dedicados varios años. Algunos de ellos pretendieron lograr de la Administración que continuara siendo obligatorio el salvoconducto, aunque no fuera necesario, como medio para conservar una ocupación y sueldo que encontraban satisfactorios. Naturalmente, esta pretensión no pudo ser atendida, y suponemos que el problema laboral de los empleados afectados se resolvería por procedimientos más acordes con el bien común.





**A**LGO parecido les está ocurriendo a los marxistas con el proletariado. Decimos marxistas, en vez de socialistas, porque los más inteligentes de éstos están ya de vuelta de muchos mitos del pasado y ajustan, de forma pragmática, sus ideas a la realidad presente. Pero los marxistas, igual los comunistas en sus dos versiones (moscovita y china) que algunos partidos supuestamente democráticos, entre ellos los españoles del exilio, continúan aferrándose al "proletariado", a pesar de saber que ya no existe, como base dialéctica. Igual que los empleados del salvconducto se aferraban a dicho documento cuando sabían que había dejado de ser necesario.



Claro que es verdad. No solo eso sino todo lo demás que voy diciendo. Acaso no es verdad eso de la depauperización del rico? Oh tragedia Oh dolor. Es una inmundicia como la copa de un pino.



Ahora reconozco que fui un egoísta. Demasiado egoísta si Vds quieren. Ya no propeataba de las subidas de precios, ya no resolvía crucigramas, ya no me arrimaba a las mujeres, había perdido mi fe en el Plan de Desarrollo.



Se impone por consiguiente una organización de la escala de valores del imperio, y que se sepa lo que hay que llamar a un productor para injuriarlo gravemente con prematitud y alevosía.



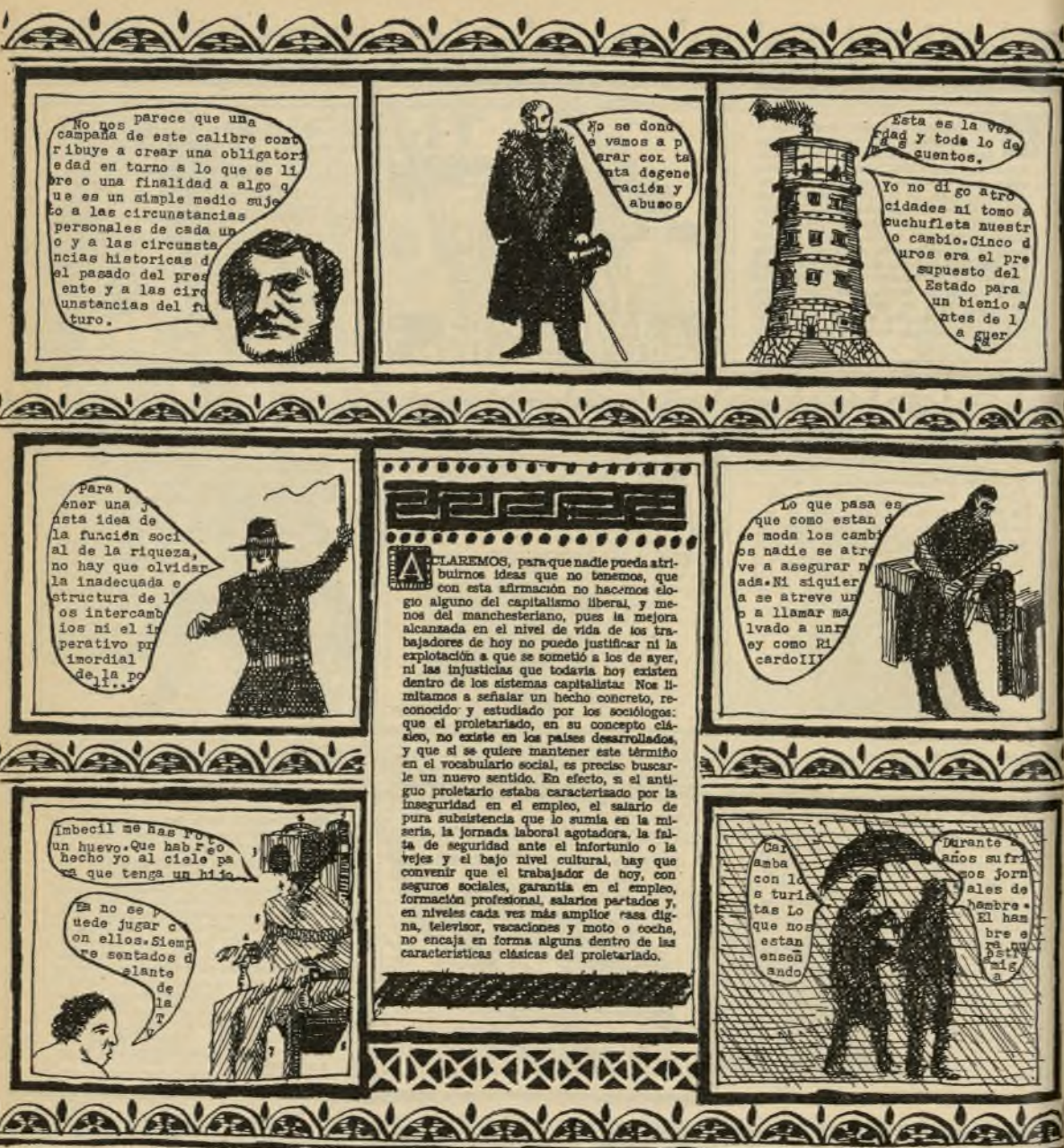
Habrás visto Permitir que los pobres se enriquezcan.

Una actitud de lo más peregrina esa de permitir que todos ganen dinero. Ahora no podemos dedicar nuestro tiempo a ejercitar la caridad.



**L**a teoría de Marx era (y perdónenos que simplifiquemos en unas líneas varios tomos de plúmbea literatura que el sistema capitalista determinaría una acumulación cada vez mayor de bienes en manos de los ricos y un empobrecimiento cada vez mayor de los proletarios. Si lo primero es dudoso, pues es difícil saber qué ricos son más ricos, si los de ahora o los de antes, de lo que no hay duda es de que los trabajadores han ascendido notablemente, tanto en el nivel social como en el económico y en el político, hasta el punto de que el trabajador de hoy en los países, desarrollados, no se parece en nada a aquel obrero explotado como un esclavo por un salario de hambre de los tiempos en que Marx y Engels lanzaban su manifiesto comunista.

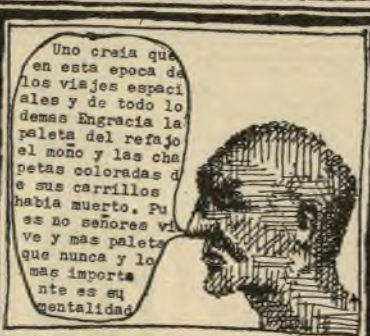








**P**ARÁCIA lógico que la propaganda marxista, centrada en la explotación del proletariado, evolucionara de acuerdo con los tiempos modernos dejara a un lado el proletario, por lo menos en lo que a Occidente se refiere, y buscara otra justificación, otro objetivo a sus doctrinas. Pero la agilidad que el comunismo soviético demuestra a la hora de efectuar cambios tácticos (pacto Berlín-Moscú, por ejemplo) es tremenda lentitud a la de efectuar cambios ideológicos. Por eso, a pesar de que la batalla está perdida, se empeñan en mantener en vigor la idea del proletariado, en vez de prescindir de ella. No obstante, se ven obligados a buscar nuevas definiciones, que no hagan reír (o enfadarse) a los trabajadores de los pueblos adelantados, cuando los llamen "proletarios".





**E**l órgano del partido comunista de Austria, "Volksstimme", ha publicado un artículo sobre el tema de si existe o no el proletariado, en el que sostiene que continúa existiendo. Se remonta (cómo no) a Marx para buscar la definición del proletariado, y dice que consiste en que "no posee ninguno de los medios de producción y tiene que vender su trabajo para poder vivir". Aclara que el nivel de vida no tiene nada que ver con ser proletario o no, sino que, para combatir a Marx, "tendríamos que demostrar que los obreros poseen medios de producción".

No creemos que la nota de humor a que se refiere nuestro buen amigo y hermano en Nuestro Señor Jesucristo, sea para tanto. Es mas lo consideramos en su integridad de caustica de satirica intención. Considerando de cerca las directrices seguras del Ecumenismo. ¿Que chiste es es de Jaimito sobre el sacerdotismo-obrerismo?

Lo acepta con una sombra de duda. A mí me hubiera pasado igual que a los del ESPAÑOL. Lo que ocurre es que seguramente se ha repetido el caso de sonar la flauta por casualidad.



Hace media hora que estamos esperando el autobús. Levantamos la Acta

... y el clamor que nos aterra hoy, es no otra cosa que la acusación contra Roosevelt



El Señor Arzobispo lo ha mandado. Pero ¿le hemos informado suficientemente? Nuestra obligación no es presentarle lo que realmente creamos, si con



No a esa Virgen solo yo la puedo bajar de su trono de ese trono donde la coloco mi madre. o un volteo de campanas y vivas de persona

¡Ay! así se habla. Ole tu madre mo rena y gitana

Si crees que ha sido la organización te equivocas

Pues si he estado en ello y sabía de que se trataba. Mientras era solo vender trabajo de hombres hechos y derechos no me preocupaba demasiado. Pero vender el de criaturas No



Por que me miras con esa cara. Es que esto y diciendo tonterías? Pero un país no es una gran empresa de explotación?

Hemos hecho el tontaina. A mí que me dejen de dramas y de monsergas y que me den obras comicas para reir como está que es la de ESPAÑOL







La verdad no puede darse sin la conversión interior. Que viene a ser lo mismo que Cristo dijo a Nicodemo veinte siglos antes. De cierto, de cierto te digo que el que no renasce de nuevo no puede ver el Reino de Dios. (S. Juan 3:3-6)



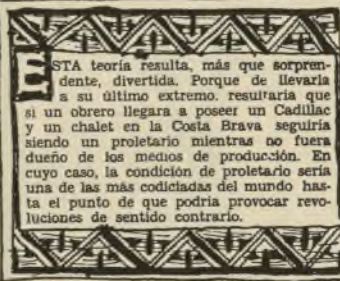
Se la espillo o 1? seri la 2087  
Para ciencias exactas ya están las matemáticas pero la Historia hay que aprenderse los hechos pels



Es tan tradicionalista el pobre... su mentalidad envarada es incapaz de trascender las permutaciones y la prospección onírica de los veinte y pico puntos de la falange



Cuárdense las risitas mamelucos. Mas de uno de ustedes quisiera estar en mi pellejo de productor



ESTA teoría resulta, más que sorprendente, divertida. Porque de llevarla a su último extremo, resultaría que si un obrero llegara a poseer un Cadillac y un chalet en la Costa Brava seguiría siendo un proletario mientras no fuera dueño de los medios de producción. En cuyo caso, la condición de proletario sería una de las más codiciadas del mundo hasta el punto de que podría provocar revoluciones de sentido contrario.

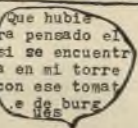


Existen cosas que no llegan a alcanzar la categoría de inmorales y que por lo mismo siguen repitiéndose y medrando  
Tengo una tíflectaria estupenda. No voy a tener más remedio que irme al Folies Bergères



Que haces aquí a estas horas Angelita? Deberías estar en la cama

Me traigo trabajo por la noche para acabar de pagar el último plazo del yate



Que hubieras pensado el si se encuentra en mi torre con ese tomate de burg

Sobre todo con vencido como esta de que tienes dinero a espuestas



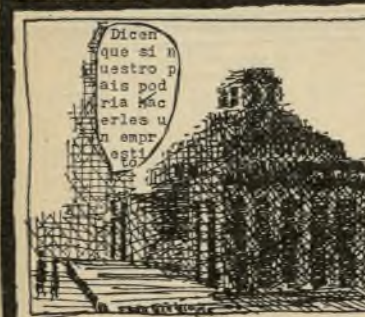
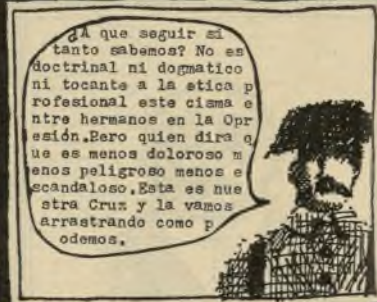
En medio de este mundo mancillado por tantos errores y vicios damos una inteligencia limpia y un corazón puro. Que apreciemos el don de la fe mas que cualquier falsa ciencia mundana. Que amemos la gracia santificante mas que nuestra propia vida humana





**S**IGUIENDO por este camino nos encontramos con que son proletarios toda clase de funcionarios del Estado, incluso los económicamente más favorecidos, los empleados técnicos de las empresas (ingenieros, por ejemplo), los profesores y catedráticos, y toda clase de profesionales (médicos, abogados, arquitectos, etc.) que no trabajan por cuenta propia. En fin, que suprimiendo una minoría de capitalistas, todos somos proletarios.

**Y** no hemos terminado. Son proletarios también, sin lugar a dudas, todos los súbditos de los países comunistas que no "poseen" los medios de producción de su trabajo, si hemos de entender "poseer" por el derecho de "disponer". Con lo que los países comunistas se habrían convertido, como ya sospechábamos hace tiempo, en vez de en la dictadura del proletariado, en el verdadero paraíso de la esclavitud del proletariado.







Ángel RUIZ AYUCAR

Y GAGE

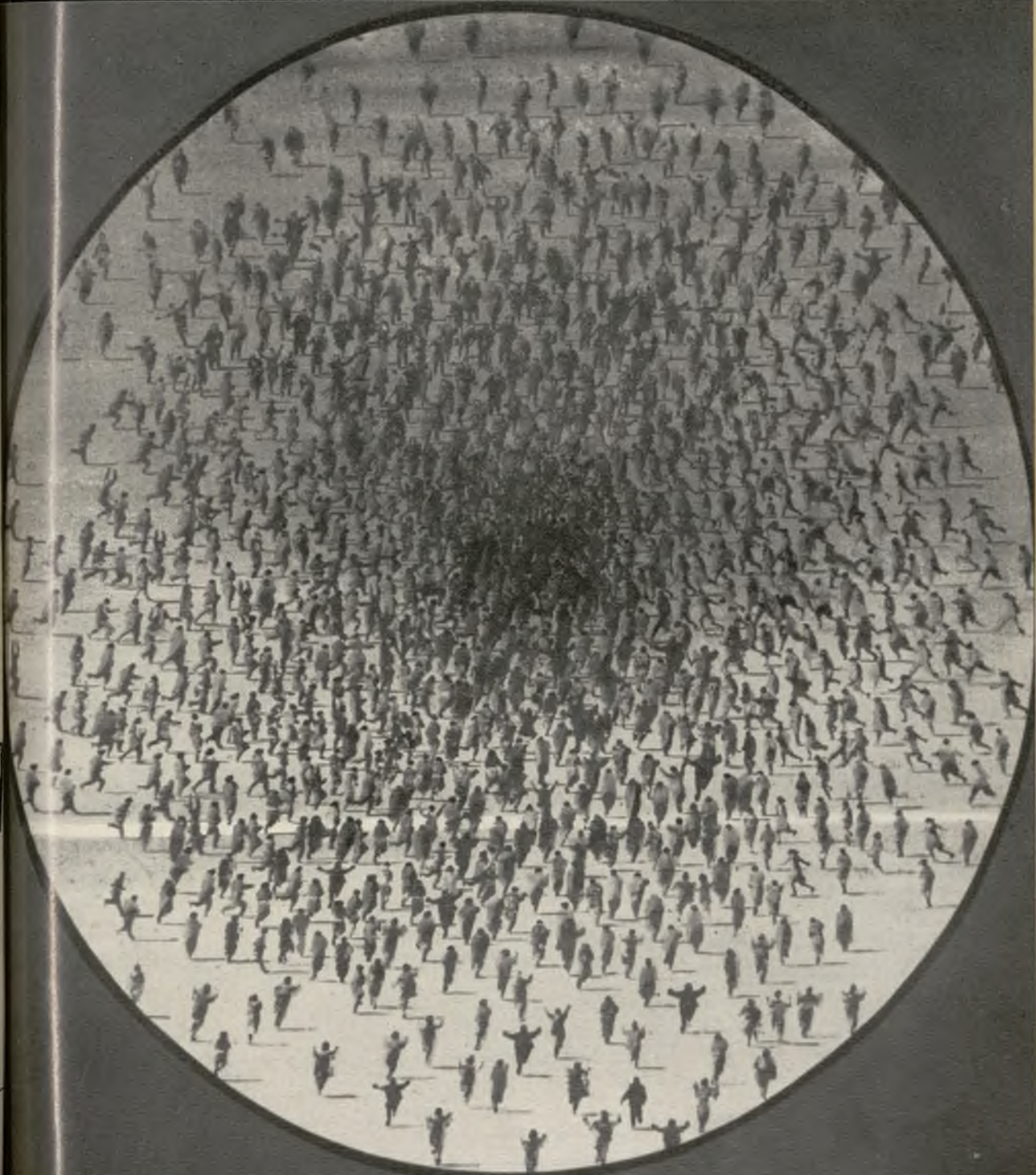


Agustín Muñoz Grandes \*.  
Caricatura de Cattolica.



\* NDLR. Contra toda apariencia, esta es sólo la visión interiorizada del sucesor. Véase la página 248.





Ayuntamiento de Madrid



RAMÓN BULNES

**Del sindicalismo de represión  
al sindicalismo de integración**

En la página anterior:

Genovés: **El abrazo**



# Del sindicalismo de represión al sindicalismo de integración

RAMON BULNES

## Los precursores del nacional-sindicalismo

Con el triunfo de los fascismos en Europa, los grandes del capitalismo alcanzan su objetivo: disponer al fin del « Estado fuerte » deseado, cuya actuación irá dirigida esencialmente contra la clase obrera.

Daniel Guérin resume así la mecánica de este Estado': « El Estado fascista comienza por crear las condiciones que permitan el hundimiento de los salarios: destrucción de los sindicatos obreros, supresión de sus prolongaciones en el seno de las fábricas, abolición del derecho de huelga, anulación de los contratos colectivos, restablecimiento del absolutismo patronal en el interior de la empresa.

« Pero esto no es más que la primera parte del programa. En preciso, por otro lado y para el futuro, impedir toda cristalización independiente en el seno de las masas obreras. Entonces, el Estado fascista pone toda su autoridad al servicio de los patronos: disciplina de los trabajadores en organizaciones vigiladas policialmente, en las que los jefes son nombrados desde arriba, escapando al control de los miembros y denominándose, gracias a una verdadera impostura, los « representantes » de éstos; castiga toda tentativa de huelga con severas penas disciplinarias: luchar contra el patrón es, a partir de ahora, dirigirse contra el Estado; para prevenir todo conflicto laboral, ejerce obligatoriamente su « arbitraje », es decir traduce en sentencias arbitrales la voluntad patronal: cualquiera que discuta estas sentencias es considerado como un enemigo del Estado. Por último, confirma con su autoridad los salarios que agradan a los magnates capitalistas pagar a sus explotados: no aceptar estos salarios, es desobedecer al Estado ».

Pretendemos, a continuación, resumir los rasgos que caracterizan el « sindicalismo » nazi y fascista, cuyas diferencias formales no afectan en absoluto a su esencia. Más adelante ve-



remos como estos rasgos se repiten en otro «sindicalismo», el español, fruto también de una dictadura burguesa y que supo aprovechar plenamente la experiencia de sus precursores.

Vemos como a una primera etapa de **represión**, corresponde una segunda de **control**. Aplastada la resistencia obrera es necesario ahora encauzarla a través de organizaciones «sindicales» prefabricadas, que no son de hecho más que órganos de la Administración del Estado. Así Mussolini puede decir en un discurso de marzo de 1926: «El sindicalismo fascista es un potente movimiento de masa, completamente controlado por el fascismo y el gobierno, un movimiento de masas que obedece». Rossoni, por su parte, afirmaba que «los jefes sindicales son camisas negras designadas por el gobierno para conducir los sindicatos»<sup>2</sup>. El nacional-socialismo alemán se hizo los mismos planteamientos. «Nada hay tan peligroso en un Estado explica el Dr. Ley, como unos hombres desarraigados a los que se priva de sus organizaciones de defensa [...] Estos hombres se convierten sin duda en víctimas de agitadores sin escrúpulos y en una especie de foco constante de perturbación [...] El Frente del Trabajo ha sido creado para anular a estos agitadores sin escrúpulos»<sup>3</sup>.

Sin embargo los complicados mecanismos de control no funcionan sin obstáculos desde el primer momento. Los dirigentes de los «sindicatos» fascistas y del Frente del Trabajo alemán, sin atacar a fondo los privilegios capitalistas, llevan a cabo una política demagógica con la que intentan apoyarse sobre una base social a fin de conservar y aumentar su grado de influencia dentro del régimen.

Endurecen su lenguaje, pretenden dar un cierto contenido de clase a las nuevas organizaciones, erigiéndose ellos al mismo tiempo en intérpretes de la presión de sus tropas. Rossoni, que tenía bajo su dirección los «sindicatos» fascistas italianos llegó a decir en una ocasión: «Nosotros fascistas, hemos quemado el dossier del gran proceso que el comunismo había intentado contra la propiedad. Pero si aquellos que poseen bienes llegaran a olvidar cual es su deber, serían nuestros enemigos y quizás sería necesario abrir de nuevo el proceso»<sup>4</sup>.

La indignación patronal no se hace esperar. Temen que las organizaciones «sindicales» pasen de instrumentos de vigilancia a instrumentos de lucha de clase, al ser desbordados sus dirigentes por la base obrera, y exigen una rápida solución; no quisieran haber subvencionado el fascismo en vano. Los «sindicatos» son cuidadosamente depurados. Con el fin de esta especie de tribunales de la plebe, vuelven a adoptar su verdadero aspecto: el de una organización «amarilla».

Sin embargo, esto no impedía que de cuando en cuando y por la presión de la base, los burócratas de estos «sindicatos» se vieran obligados simular una cierta resistencia, dándole su acostumbrado tono demagógico. Así por ejemplo en el Congreso de la Confederación fascista de los obreros de la industria (30 de junio y 1 de julio de 1936), 29 oradores, sobre un total de 33, piden aumento de salarios, cuidándose naturalmente de expresar a Mussolini el «reconocimiento de todo lo que ha hecho por los trabajadores italiano»<sup>5</sup>.

El Estado fascista, destruyendo los sindicatos, paralizando la resistencia proletaria, extirpando todo vestigio de lucha de clases de sus propias organizaciones «obreras», completa el marco preciso para iniciar una superexplotación de las clases trabajadoras. En Italia los salarios de 1935 alcanzan raramente a los de 1914. En Alemania se calcula que desde la subida al poder del nacional-socialismo (30 de enero de 1933) hasta el verano de 1935, los salarios fueron reducidos en un 25 a un 40 %. Al lado del bajo salario nos encontramos con toda



clase de reducciones: impuestos sobre el salario, cotizaciones «sindicales» obligatorias, «contribuciones voluntarias» para los parados, seguridad social, etc.

Y cerrando el cuadro, la aceleración del ritmo de trabajo y las jornadas más largas. Los italianos superarán todas las dificultades, declara Mussolini en un discurso del 15 de mayo de 1937, «aunque tuvieran que trabajar 25 horas por día»<sup>6</sup>. Por su parte Goering decía: «Hoy día debemos trabajar el doble para sacar el Reich de la decadencia, de la impotencia, de la vergüenza y de la miseria. Ocho horas por día no basta. Es preciso trabajar»<sup>7</sup>.

Una vez dados todos estos pasos, el fascismo ha de intentar disimular a los trabajadores su verdadero rostro: la dictadura del gran capital. Surge el gran bluff del Estado corporativo. El Estado que «termina» con la lucha de clases, que «pone» en pie de igualdad al capital y al trabajo, que «alcanza» el demagógico ideal de la «justicia social». Surge, en suma, el marco orgánico e ideológico en el que se llevará a cabo la despiadada explotación de la clase obrera.

## El franquismo contra la clase obrera

El avance del franquismo va suponiendo en nuestro país una sistemática represión para la clase obrera, la aniquilación física de gran número de trabajadores no sólo alcanzó a los cuadros y dirigentes del movimiento obrero español, sino que se extendió a aquellas personas cuyo «grave delito» consistía en haber estado afiliadas a alguna de las organizaciones políticas o sindicales enfrentadas al fascismo.

A medida que este baño de sangre iba «purificando» las zonas franquistas, el nuevo poder ponía en marcha su máquina legislativa que iba dando forma al «Nuevo Orden». Comienzan a dictarse las primeras disposiciones cuya retórica fascista intentaba cubrir groseramente la voluntad de la clase poseedora.

El 25 de septiembre de 1936, la llamada Junta de Defensa de Burgos prohíbe por decreto «todas las actuaciones políticas y sindicales obreras y patronales de carácter político». «Día llegará, afirma la Junta en el preámbulo del Decreto, en que el gobierno que rija los destinos de España sabrá desarrollar la única política y la única sindicación posible en toda nación organizada: la política y la sindicación que rijan controlen los directores de la cosa pública, como depositarios de la confianza del pueblo».

En otro decreto del mismo mes «se declaran fuera de la ley los partidos y agrupaciones políticas y sociales que, desde la convocatoria de las elecciones celebradas en fecha 16 de febrero del corriente año (1936) han ingresado en el llamado Frente Popular, así como cuantas organizaciones han tomado parte en la oposición hecha a las fuerzas que cooperan al Movimiento Nacional».

En enero de 1937, se decreta la incautación de los bienes de estas organizaciones que pasan a ser propiedad del Estado.

Al mismo tiempo, la clase obrera se ve terriblemente afectada por la situación económica de la España franquista.

El desarrollo económico en la etapa de postguerra se interrumpe prácticamente, originán-



dose un claro estancamiento, cuando no regresión, en una serie de sectores, con graves consecuencias que resumimos:

Paro en gran parte de la población activa. El número de parados superó al de la etapa de crisis en la segunda República, con la gran diferencia, con respecto a la etapa pasada, de que ahora la represión existente contra la clase obrera haría imposible cualquier manifestación de descontento o de carácter reivindicativo.

Política de salarios bajos, de subsistencia, controlados oficialmente y mantenidos en todo momento por la amenaza policiaca.

Escasez de alimentos que afectó especialmente a las clases trabajadoras, víctimas al mismo tiempo de hambre y del gran número de especuladores que por aquel entonces crecieron a la sombra del mercado negro.

Aumento de la población activa en la agricultura que pasó a ser notablemente superior a la existente en la inmediata preguerra. Este fenómeno, claramente reflejado en los censos de la población de 1940 y 1950, supuso la vuelta de una buena parte de la población española a una vida económicamente centrada en el autoconsumo e incluso en el trueque.

## El control de los vencidos

En estas circunstancias políticas y económicas, es decir en el marco de una brutal dictadura de la burguesía, se va a edificar el **Sindicalismo vertical**. Ha llegado el día anunciado por los generales de Burgos en su decreto de 1936. No bastaba sólo con aplastar a la clase obrera. Una vez que se le había demostrado quien era el que mandaba, había que pasar a la segunda parte del programa: organizarla como un pacífico y disciplinado ejército, introducirla en la camisa de fuerza que no le permitiera en el futuro ningún movimiento peligroso, crearle sus propios «dirigentes» por decreto-ley.

Se inaugura la «era vertical» magistralmente descrita por Sanz Orrio, teórico del nacional-sindicalismo de post-guerra:

«La sociedad es como una inmensa cuadrícula: las rayas horizontales separan entre sí las clases; las verticales, las profesiones. Más según el punto de observación que adoptemos al manejar el cuadro, variará fundamentalmente el panorama. Nosotros lo colocamos en posición vertical, mientras los marxistas horizontalmente [...] En la sociedad liberal-marxista hay clases divididas profesionalmente. En nuestra concepción nacional-sindicalista hay profesiones, dentro de las cuales aparecen niveles clasistas»<sup>8</sup>.

Dentro de esta «inmensa cuadrícula» se edificarán los «sindicatos verticales», que como iremos viendo paso a paso están lejos de ser una organización original, como sus creadores y mantenedores nos quieren hacer creer, o una «creación para el mundo» como Sanz Orrio afirma. Su paralelismo con los de los regímenes nazi y fascista, a los que tanto debe el franquismo, podemos ir viéndolo etapa por etapa.

El 4 de agosto de 1937, son publicados los Estatutos del nuevo Partido Unico, FET y de las JONS, en cuyo articulado se preveía la creación de los sindicatos. El 30 de enero de 1938 una ley de Administración del Estado establecía en su artículo 15 la creación de los Servicios del Ministerio de Organización y Acción Sindical. Este Ministerio asume las funciones



anteriormente encomendadas a una comisión de trabajo constituida en Burgos el 1 de octubre de 1936 en el seno de la junta técnica del Estado.

El 9 de marzo de 1938, se promulga el llamado Fuero del Trabajo. Su modelo fue la « Carta del trabajo » del fascismo italiano. Su estilo ridículo y grandilocuente nos lleva a la época de la más rancia retórica fascista:

« Renovando la tradición católica de justicia social y alto sentido humano que informó nuestra legislación del Imperio, el Estado Nacional, en cuanto es instrumento totalitario al servicio de la integridad patria, y sindicalista en cuanto representa una reacción contra el capitalismo liberal y el materialismo marxista, emprende la tarea de realizar —con aire militar y gravemente religioso— la Revolución que España tiene pendiente y que ha de devolver a los españoles, de una vez para siempre, la Patria, el Pan y la Justicia ».

Las estructuras « sindicales » son objeto de estudio en la Declaración XIII. Según la cual el « sindicato » vertical, corporación de derecho público, se constituiría por la integración de todos los trabajadores en un organismo unitario, « ordenado jerárquicamente bajo la dirección del Estado ». Por otro lado, aplica a la empresa el **Führerprinzip** nazi, considerando que « el jefe de la Empresa asumirá por sí la dirección de la misma, siendo responsable de ella ante el Estado » (punto 3 de la declaración VIII).

Un decreto del nuevo ministerio de organización y acción sindical del 21 de abril de 1938, concreta los principios generales del Fuero del Trabajo. Pretende organizar « los actuales sindicatos del Movimiento, con la pretensión de que puedan servir de base a la futura ordenación sindical y contribuyan a terminar con el confusionismo existente en la actualidad ». En virtud de dicho decreto, « las organizaciones sindicales del Movimiento se integrarán por provincias en las correspondientes CNS, que dependerán directamente del ministerio de Organización y Acción Sindical » (artículo 1), si bien « estarán en comunicación constante con FET y de las JONS para realizar los ideales políticos de nuestra Revolución Nacional Sindicalista en el campo de la economía » (artículo 4). Los sindicatos pasaban pues a depender orgánicamente del Estado y para reafirmar el exclusivismo estatal, el artículo 7 de dicho decreto « prohíbe la constitución de nuevos sindicatos o asociaciones cuya finalidad sea la defensa de intereses profesionales o de clase ».

El 13 de mayo de 1938, se crean las Magistraturas del Trabajo, copia de las Magistraturas de la Italia fascista. Vienen a sustituir los antiguos jurados mixtos y a instaurar el « arbitraje » laboral, es decir, a traducir en sentencia arbitral la voluntad del empresario.

El 24 de mayo de 1938, se incorporan al sindicato falangista los sindicatos católicos españoles. Estos sindicatos que se remontan ya a los círculos paternalistas de finales del siglo XIX, habían tenido su primera expresión coordinada en el I Congreso Nacional de Sindicatos Católicos el 20 de abril de 1919. En este congreso se reconoció el « sindicato puro » como el mejor medio de defensa de la clase obrera; se consideró que los sindicatos católicos no habrían de tener una finalidad de lucha sistemática contra los patronos; tendrían que ser confesionales y rechazar todo matiz político; asimismo deberían ser instrumentos de pacificación social, como parte esencial de la organización corporativa que se proponían como meta. En 1935 todos estos sindicatos se habían reunido en otro congreso en el que se aprueba la creación de la confederación española de sindicatos obreros (CESO). Tres años más tarde, la CESO se incorpora al « movimiento salvador » ingresando oficialmente en la CNS. Con ello el sindicalismo católico había alcanzado sus ideales religiosos y corporativos, cerrando así el primer capítulo de su historia.



## Principio y fin de los sueños nacional-sindicalistas

Con todo, la organización «sindical» no alcanza un nivel de realidad medianamente serio. Ya en 1939, el franquismo comienza a plantearse a fondo su estructuración. En este año se crea el Ministerio del Trabajo, que viene a sustituir al de Organización y Acción Sindical de breve existencia. Los «sindicatos» quedan bajo la dirección del partido único creándose el servicio de sindicatos de FET de las JONS.

Asimismo, los bienes de las aniquiladas organizaciones políticas y sindicales del Frente Popular se asignan a la Falange por ley del 23 de septiembre de 1939, en la que podemos leer: «Los bienes de los antiguos sindicatos marxistas y anarquistas no pueden ser destinados a ningún fin más propio que el de constituir el patrimonio de aquellos otros que bajo la dirección política de FET y de las JONS y agrupados en la Delegación Nacional de Sindicatos de la misma, han de constituir la base de la futura organización económica nacional».

Por su parte, los nuevos estatutos del partido único fijaban las normas para el nombramiento de los dirigentes de los «sindicatos»: «En todo caso, los mandos de estas organizaciones procederán de las filas del Movimiento y serán confirmados y tutelados por las jefaturas del mismo y como garantía de que la organización sindical ha de estar subordinada al interés nacional e infundida de los ideales del Estado».

Y «la Delegación Nacional de Sindicatos será conferida a un solo militante y su orden interior tendrá una graduación vertical y jerárquica a la manera de un ejército creador, justo y ordenado».

Sin embargo, el vacío era peligroso. Como años después diría cínicamente Sanz Orrio refiriéndose a esta época: «al separarse del Ministerio los mandos sindicales se vieron desposeídos de todo medio coactivo para hacer cumplir sus órdenes en momentos en que **por carecer de arraigo y contenido**, necesitaban todo el calor y el apoyo de la Autoridad pública para imponer su disciplina. Esto supuso un retroceso que sólo a fuerza de voluntad se venció»<sup>9</sup>.

Hacia falta un «técnico de sindicalismo» que fuera capaz de superar el bache, de organizar los «sindicatos», hasta entonces inexistentes y darles un cierto tinte obrerista.

Para el cargo de delegado nacional de sindicatos es nombrado el falangista Salvador Merino<sup>10</sup>. Era un «camisa vieja» de Madrid, buen amigo de Hedilla y que traía tras de sí una gran fama de «obrerista». Tanto sus posiciones como su corta historia encaja perfectamente con las de Rossoni y demás demagogos del «sindicalismo» nazi-fascista. Dos años antes de su toma de posesión de la delegación nacional, siendo jefe provincial de La Coruña, organizó una gran concentración obrera. Ante la protesta de las «gentes de orden» Merino explica que si era preciso «autorizaría a los trabajadores para destruir los cuadros de la burguesía».

Una vez en Madrid, Merino y sus colaboradores intentan sacar de las leyes al «sindicato español» y hacerlo real. Su ambición era hacer de los «sindicatos» la institución civil más potente del país; es decir, intentar darles contenido, «base social», para luego conseguir una situación personal de fuerza dentro del régimen.

La ley de Unidad Sindical dictada el 26 de enero de 1940 refuerza el carácter de exclusividad



a favor de la organización sindical de FET y de las JONS: «La única reconocida con personalidad suficiente por el Estado, quien no admitirá la existencia de ninguna otra con fines análogos o similares, para hacer llegar hasta él las aspiraciones y necesidades que en el orden económico y social sean sentidas por los elementos productores de la nación».

La ley de Bases de la Organización Sindical, promulgada el 6 de diciembre del mismo año trata, según afirma en su preámbulo de dar «una nueva expresión orientadora y concreta» a «las bases políticas del sistema sindical proclamado en los 26 puntos de FET y de las JONS y en el Fuero del Trabajo». La dependencia política de los «sindicatos» respecto del partido único queda reforzada definitivamente en esta ley:

Artículo 12: «El jefe de cada sindicato nacional será nombrado por el mando nacional del Movimiento a propuesta de la delegación nacional de sindicatos».

Artículo 19: «Todos los mandos de los sindicatos recaerán necesariamente en militantes de FET y de las JONS».

Partiendo de estas nuevas leyes, Merino comienza a construir el artificio. Su fuerza iba aumentando tanto que despertó la desconfianza de sus enemigos dentro del régimen y de los intereses capitalistas. Como en Italia y en Alemania, los capitalistas consideraban que no habían sufragado los gastos al fascismo para que luego su organización «sindical» se permitiera el lujo de empezar a hablar en términos reivindicativos<sup>11</sup>. Por parte del grupo capitalista también se discutía la limitación de las competencias del «sindicato» vertical. Es igualmente, la clásica polémica interna de la primera época del fascismo. El control de los «sindicatos» debería epercerse exclusivamente sobre la clase obrera, dejando el control sobre el sector capitalista para los retóricos discursos sobre el corporativismo y la hermandad capital-trabajo dentro de los «sindicatos». En suma, fascistizar las organizaciones obreras, vaciarlas de toda «contaminación» clasista y dejar las manos libres a las organizaciones patronales<sup>12</sup>.

## Derrota de los fascismos: Hacia la «democrazia orgánica»

La crisis de 1941 trae al poder a dos falangistas de la confianza de Franco: Arrese, como secretario general de FET y de las JONS y Girón, como ministro del Trabajo. La llegada de estos dos hombres marca el fin del confucionismo «revolucionario» falangista, el fin de los intentos de política independiente por parte de la Falange.

En los «sindicatos», el cambio no se hace esperar. Los elementos nombrados por Merino llegaron a creer que a pesar de la destitución de su jefe, podrían seguir adelante con sus planes de «sindicalismo fuerte e independiente». Sin embargo, Arrese corta de plano la situación y coloca los puestos claves de los «sindicatos» en manos de franco-falangistas.

Por su parte, Girón transforma el ministerio del Trabajo en un inmenso aparato burocrático. A través del

Instituto Nacional de Previsión, el seguro obligatorio de enfermedad, los Montepíos y Mutualidades laborales, las Delegaciones provinciales del Trabajo, las escuelas y universidades laborales, las Inspecciones y Magistraturas del trabajo, etc., domina por completo la política laboral, dejando prácticamente marginados a los «sindicatos».

En 1942 se establecen por ley las **Reglamentaciones del Trabajo**. Las reglamentaciones son dictadas para ramas de la producción y en ellas se fijan las normas relativas a la clasificación profesional, ascensos, recompensas, sanciones, salarios y pluses, etc. Eran elaboradas directamente por el Ministerio del Trabajo sin participación alguna de los «sindicatos».

Con esta ley queda suprimida oficialmente la posibilidad de concertar contratos colectivos de trabajo, reservándose el Estado capitalista, a través de su ministerio del Trabajo, los plenos poderes para fijar los salarios. En una situación de abundante paro, con grandes dificultades para la emigración y sin unos verdaderos sindicatos que presionar en pro de mayores



salarios, la contención de los salarios resultó plenamente factible. Sólo hace falta para ver claramente este aspecto, tomar una Reglamentación de Trabajo concreta y observar en ella la evolución del capítulo referente a salarios, entre 1942 y 1950; veremos como los salarios se mantuvieron siempre a un nivel bajísimo; su desfase con respecto a la evolución de los precios fue el más impresionante de todo el último periodo de nuestra historia económica. Así se produjo el gran aumento de plusvalía origen de la fuerte acumulación capitalista. Y esta superexplotación de la clase obrera tuvo, naturalmente, la complicidad de unos « sindicatos » preocupados, no de la defensa de sus « cotizantes », sino de su control policiaco con el fin de evitar cualquier signo de protesta.

Mientras España se va convirtiendo en el paraíso capitalista, la situación internacional comienza a dar un giro poco favorable para el franquismo. Comienza a vislumbrarse la victoria aliada en la segunda guerra mundial. Y el régimen franquista, queriendo ocultar, en la medida de lo posible, su claro origen, comienza a disfrazarse. En 1942 surgen por arte de magia las Cortes, ridículo simulacro parlamentario, y Serrano Suñer, « ministro del Eje » es destituido. Tres años después las cosas se precipitan: la Falange es sacrificada; se promulga pomposamente el Fuero de los Españoles, que establece las « garantías » ciudadanas, así como la llamada Ley de Referéndum, por la que las grandes cuestiones nacionales decididas por Franco serían sometidas a plebiscito popular; por último se celebran las primeras elecciones municipales sobre listas de candidatos oficiales.

Todas estas medidas no evitan, sin embargo, al régimen el aislamiento internacional hasta 1951\*.

## Las elecciones sindicales

Dentro de este marco teatral se sitúa el proceso de la « democratización sindical ».

Un decreto del 17 de julio de 1943 establece las « normas para la provisión de jerarquías ». En su preámbulo justifica la « democratización »:

« Circunstancias especiales propias de la etapa inicial del nacimiento de organización sindical, unidas a otras, también pasajeras y transitorias, que afectan a la economía española como a la mundial, impusieron la necesidad de mantener un riguroso control de actividades a fin de abreviar el tiempo en la implantación de normas especiales propias de la situación.

### SINDICATOS VERTICALES:



Dibujo de Vázquez de Sola.

JUSTICIA SOCIAL

\* Véase en el primer volumen de esta obra: Felipe Miera, *La política internacional franquista y sus relaciones con los Estados Unidos*.



Puede considerarse ahora superada esa primera etapa y en consecuencia concederse una mayor participación en las actividades sindicales a los productores afiliados\*.

Esta « mayor participación » queda fielmente reflejada en el artículo 2 del decreto que dice:

« La elección directa habrá de recaer precisamente entre los afiliados [...] que figuren en la lista que formará el delegado sindical local con la aprobación del jefe de Falange.

En igualdad de condiciones serán siempre preferidos los militantes de FET y de las JONS ».

Sin embargo, a pesar de todas estas precauciones, las primeras « elecciones sindicales » no se celebran hasta octubre de 1944. La falsificación y vacío de estas « elecciones » fue total pero ello no impidió el optimismo de los jerarcas « sindicales ». Sanz Orrio, al frente por aquel entonces de la organización, dirá más tarde: « [Con las elecciones sindicales] se completa el ciclo de la participación ciudadana en el Poder, que permite — una vez purificado el vocablo de su escoria — llamar democrático, y aún mejor, demófilo, a nuestro régimen, pese a vocingleras campañas. Y esto no supone un viraje oportunista ni una rectificación medrosa, ni una concesión a nadie para que nos permita vivir »<sup>13</sup>.

Siguiendo la línea de « democratización » sindical, el 18 de agosto de 1947 se crean los « Jurados de empresa », organismo que, presidido por el jefe de la empresa, reunirá a los representantes de los trabajadores a este nivel. Con esta ley, el Régimen pretendía que los trabajadores « alcancen representación y participación adecuada en la vida de la propia empresa y ésta se transforme en auténtica comunidad de trabajo, célula primera del sindicato vertical »<sup>14</sup>.

Es el paso de la « empresa-autoritaria » a la « empresa-comunidad ». En la época fascista por excelencia el Fuero del Trabajo en su declaración VIII se refería a la empresa en estos términos: es « la unidad productora que ordenará los elementos que la integran en una jerarquía que subordine los de orden instrumental a los de categoría humana y todos ellos al bien común; el jefe de la empresa asumirá por sí la dirección de la misma, siendo responsable de ella ante el Estado ».

Por aquel entonces, se consideraba al jefe de la empresa como representante de los trabajadores: « El jefe de la empresa ostentará la representación y será el que acuda al Sindicato en nombre de todos los productores ». Pero eran otros tiempos y al *Führer prinzip*, al principio del jefe, es necesario darle unos retoques « democráticos ».

## La crisis de 1956: el Opus Dei y su plan de estabilización

El agudo período inflacionista de los años 1947 al 1949 desembocó en una serie de movimientos huelguísticos. La subida permanente del costo de vida no se veía correspondida con una subida de salarios, por lo que la clase obrera pasa a la ofensiva. En la primavera de 1951 el creciente malestar social desemboca en una serie de huelgas y acciones de protesta principalmente en Barcelona, País Vasco y Madrid. El nuevo equipo ministerial, nacido de esta crisis, inicia una nueva política económica tendente a superar la situación. Se abre en España una fase de menor dirigismo económico. Por otra parte, la situación internacional había evolucionado favorablemente para el régimen, la vuelta de los embajadores en 1951, los préstamos concedidos por el Import-Export Bank y el Pacto con los Estados Unidos, en 1953, son los momentos más importantes de esta evolución\*.

La aceleración del proceso de industrialización, hecho posible gracias a la ayuda yanqui, a los créditos a largo plazo concedidos por varios países europeos, supone el fin de un período de estancamiento económico y el comienzo de un desarrollo en un marco menos autárquico.

Las consecuencias sociales de este fenómeno son importantes. En primer lugar comienzan a producirse fuertes movimientos migratorios del campo a la ciudad<sup>15</sup>. Por otro lado, la creciente necesidad de mano de obra especializada provoca una ampliación en la escala de los salarios que favorece la presión obrera sobre los empresarios. A pesar de que las relaciones laborales continúan controladas por las rígidas Reglamentaciones de Trabajo, comienzan a producirse alzas salariales en determinados sectores. En 1954 se llega a aceptar este fenómeno legalmente, al considerarse las Reglamentaciones como el cuadro de condiciones mínimas, susceptibles de ser mejoradas por los patronos.

El aumento cuantitativo de la clase obrera industrial, su presión sobre el mercado de trabajo en pleno proceso de una industrialización desordenada que sacaba al país de su estancamiento económico y la agudización de la inflación a finales de 1955 y principios de 1956, son las bases estructurales del potente movimiento de masas de la primavera de 1956.

La crítica situación social se intenta neutralizar por un lado mediante la represión policiaca, las deporta-

\* NDLR. Véase en el primer volumen de esta obra: Felipe Miera, *La política exterior franquista y sus relaciones con los Estados Unidos de América*.

\*\* NDLR. Véase en este volumen: Angel Villanueva, *Causas y estructura de la emigración exterior*.



ciones de militantes obreros (medida aplicada principalmente a los mineros asturianos) y el lock-out patronal. Sin embargo, fueron necesarias las concesiones salariales. Dos elevaciones, una en abril y otra en noviembre de este año, supusieron una subidas salariales que oscilaron entre el 25 y el 70%, en relación con las remuneraciones anteriores.

Estas medidas no hacen sino acelerar la crisis económica que se traduce en una profunda crisis política. Las fuerzas políticas reaccionarias toman posiciones y se ofrecen como alternativa al dictador. Arrese admite al no ser aceptados los proyectos de Leyes Fundamentales redactados bajo su dirección y cuyo objetivo era la entrega del poder a la Falange. En febrero de 1957 se resuelve la crisis ministerial. El Opus Dei ocupa los ministerios «económicos». Dos personajes dóciles y oscuros ocupan los ministerios «sociales»: Sanz Orrío sustituye a Girón en el ministerio de Trabajo, Solís ocupa la jefatura del Movimiento y los Sindicatos Verticales, desalojada por Arrese.

El recién estrenado equipo del Opus Dei inicia una nueva política económica que ha de suponer el final de largo período de autarquía iniciado en 1939.

Síntesis de todas sus medidas es el Plan de Estabilización iniciado a mediados de 1959 y que recibió el apoyo técnico y financiero de los organismos internacionales en los que España había ingresado en 1958 de forma definitiva (Fondo Monetario Internacional y Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento) o de manera provisional (OECE) \*.

La fijación de un nuevo tipo de cambio, la liberalización de las importaciones, la disminución del gasto público, la supresión de las emisiones de Deuda Pública pignorable, la limitación drástica de los créditos, etc., fueron las medidas tomadas para construir las bases sobre las que la economía española se adaptará a un nuevo marco de desarrollo.

Pero sobre todas estas medidas hemos de resaltar el ataque brutal contra la clase obrera. La congelación de sueldos y salarios, la supresión de las horas extraordinarias, las puertas abiertas al despido, hacen caer sobre las clases trabajadoras, sin organizaciones políticas ni sindicales con que defenderse, el peso de la estabilización.

Tamames resume este período: «Al igual que sucedió con la inflación, sostenida por el Estado y los Bancos, la cuenta de la Estabilización se le pasó fundamentalmente a las clases trabajadoras: los mismos que durante años contribuyeron al desarrollo económico con el ahorro forzoso fueron los que soportaron las mayores reducciones en el consumo durante la etapa estabilizadora a lo largo de la cual, los reajustes del factor trabajo (despidos, emigración de mano de obra

al extranjero) permitieron importantes incrementos de productividad, sin que ello comportara los correspondientes aumentos de salarios»<sup>15</sup>.

Los «sindicatos» contemplan el ataque capitalista impasibles. En febrero de 1960 el secretario general de la organización sindical dirá: «no se puede saber hasta donde llegará el paro...». El vicesecretario de ordenación social, refiriéndose a la supresión de las horas extraordinarias declarará: «las empresas afectadas en toda España son 28 775 [...] la media de la disminución sufrida por los trabajadores en esta reducción, en relación a los salarios que percibían, es de 23%».

## Los convenios colectivos instrumento de lucha obrera

En el marco de la nueva política económica se aprueba en abril de 1958 la ley de convenios colectivos<sup>16</sup>. Las relaciones laborales, regidas hasta entonces con una total inflexibilidad mediante las Reglamentaciones laborales, se van modificando, imponiéndose unos criterios más de acuerdo con la evolución económica del momento.

La nueva etapa económica se abre bajo el signo de la productividad. Las elevaciones salariales que la clase obrera consiga de ahora en adelante no serán fijadas por el Estado sino negociadas con los patronos a través de los «sindicatos». Pero toda subida salarial estará desde entonces ligada al aumento de la productividad obrera. Por otro lado, la presión obrera, empujada por el convenio colectivo, incide favorablemente sobre el desarrollo económico. Los empresarios para hacer frente a las exigencias obreras tendrán que mejorar su utillaje, mejorar sus métodos de trabajo, etc.; es decir elevar igualmente su productividad.

El cambio de estrategia capitalista es claro. Las necesidades del mismo desarrollo económico ligado con la lucha de la clase obrera por la defensa de sus intereses inmediatos obliga a los grupos dominantes a buscar una táctica nueva y más dinámica. Los capitalistas se ven forzados a buscar nuevas formas de organización que permitan el desarrollo de la producción y la satisfacción, al menos parcial, de las reivindicaciones obreras.

La aplicación de la ley de convenios colectivos se ve condicionada, en los primeros años de su puesta en vigor, por la coyuntura económica. En 1959 fue la Estabilización, con los efectos más arriba descritos; en 1960 y 1961 el gobierno ensaya el paso de la Esta

\* Véase en el primer volumen de esta obra: C. E. Q. García, *De la autarquía económica al Plan de Desarrollo*.



bilización a la etapa de reactivación económica sin resultados prácticos. En estos años, la contracción de la producción, la constante amenaza de paro, el desarme político y sindical de la clase obrera le impide librar luchas económicas incluso puramente defensivas. La estadística de convenios colectivos aprobados en esta época nos muestra este fenómeno<sup>17</sup>.

El año 1962 marca el comienzo de la expansión económica en España. La nueva situación económica crea condiciones más favorables para que la clase obrera reemprenda su lucha reivindicativa, dándole un carácter ofensivo. Los convenios colectivos se muestran como un instrumento eficaz de lucha. En diciembre de 1961, los obreros de la CAF de Beasain (Guipúzcoa) se ponen en huelga por la lentitud con que se llevaban las negociaciones de su convenio. Desde entonces no habrá empresa importante que no tenga planteado un conflicto de este tipo. Eran los preludios de las grandes huelgas de la primavera de 1962 que tuvieron un carácter esencialmente económico. La expansión económica unida a la salida masiva de trabajadores al extranjero, habían creado una situación favorable a la clase obrera en el mercado de trabajo. Por otro lado, los capitalistas, basándose también en la coyuntura favorable, podían hacer ciertas concesiones frente a la presión de los trabajadores. El crecimiento económico no sólo permitía el aumento de los salarios, sino que además, los hacía actuar como factor de presión sobre la industria, acelerando el progreso técnico y, por tanto, las condiciones de competitividad<sup>18</sup>.

Los convenios colectivos aparecen pues, desde el punto de vista obrero, como eje de su lucha económica. «Cerca de millón y medio de empresas y de 6 millones de trabajadores — el 65% de la población laboral — están afectados por los convenios colectivos»<sup>19</sup>. A través de ellos los trabajadores pueden negociar sobre las siguientes materias, antes reguladas estrechamente por el Estado a través de las Reglamentaciones:

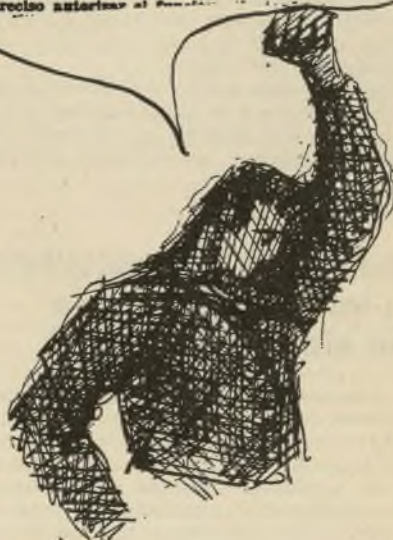
— Salarios; normas sobre productividad; clasificación profesional; valoración de puestos de trabajo; incentivos a la producción; regulación de pluses especiales; horarios de trabajo; vacaciones; accidentes; enfermedades; jubilaciones.

El interés obrero por los convenios que es lógico y evidente, trae consecuencias políticas muy interesantes.

La lucha sindical se generaliza y gracias a ella surgen núcleos importantes de dirigentes obreros. La necesidad de un auténtico sindicato de clase así como del derecho de huelga se hace evidente, son los instrumentos fundamentales que darían a la clase obrera una situación de fuerza en la negociación de sus con-

Es necesario volver a establecer el derecho de huelga, la libertad sindical, poniendo los sindicatos y las tareas sindicales en manos de las comisiones obreras las cuales deben ser reconocidas como la representación auténtica de los trabajadores, mientras que no se decida libremente otra cosa. Y reconocer al mismo tiempo la organización libre y democrática de los estudiantes.

Es preciso anterior al...



Composición de Ges.

diciones de trabajo. Los «sindicatos» verticales serán empleados desde ahora como plataforma de lucha legal a nivel de empresa<sup>20</sup>; los enlaces y jurados de empresa dirigen en muchos casos la lucha real. La conquista de los «sindicatos» por su base es la consecuencia. El fenómeno tiene una doble vertiente. Desde el punto de vista obrero es la lucha por la democratización total de los actuales «sindicatos». Por el lado de la burocracia falangista es la lucha por su supervivencia política y por alcanzar una situación de fuerza dentro del sistema.

Por primera vez en 20 años de franquismo se concede a los «sindicatos» el derecho a negociar las condiciones de trabajo de sus «afiliados» y la burocracia está dispuesta a no dejar pasar la ocasión de hacerse valer. Sin embargo, el objetivo, de encauzar en beneficio político la presión de la clase obrera de la que se consideran «representantes», choca con grandes contradicciones. Los «sindicatos» continúan siendo fieles

<sup>17</sup> NDLR. Véase en este volumen: Jordi Blanc, *Las huelgas en el movimiento obrero español*.



servidores del Estado franquista sobre el que ejercen su poder los grupos monopolistas. Por tanto la actuación sindical está en última instancia limitada por estos grupos. Como ejemplo podemos tomar el de la aprobación de los convenios colectivos, que en última instancia puede ser controlada por los ministerios « técnicos » coordinados en la junta delegada de Asuntos Económicos. Por otro lado, la carencia del derecho de huelga hace ineficaz a los « sindicatos » para resistir las presiones patronales.

Sin embargo, y para cubrir su impotencia la burocracia sindical recurre a su clásica demagogia de la que son la muestra más palpable la « escalada » en sus declaraciones oficiales y los esfuerzos por transformar su estructura vertical.

## El desarrollo neocapitalista y su influencia sobre la lucha sindical

Todos estos cambios por los que pasa la España actual son difíciles de comprender sino los enmarcamos en un proceso general que supone la transformación de nuestra sociedad, tras un lento desarrollo capitalista y sin una revolución burguesa radical, en una sociedad de capitalismo desarrollado. El proceso continuo de concentración económica, hoy acelerado, es decir, el desarrollo monopolista; el crecimiento de la renta nacional; las masivas emigraciones rurales; las transformaciones en el mercado de trabajo a través de las migraciones y la absorción del paro; el desarrollo urbano; la elevación del nivel de vida, etc., son los rasgos de esta profunda transformación que marca el paso de un país agrario-industrial al industrial-agrario. Supone el establecimiento definitivo en España del capitalismo monopolista de Estado, del llamado neocapitalismo. En este sistema, consecuencia normal del capitalismo de los monopolios, la sociedad queda subordinada al capital monopolista, productor y principal beneficiario de la expansión, que domina la economía nacional gracias a unos superiores instrumentos de regulación y control y el Estado juega un papel activo como en el resto de las sociedades neocapitalistas\*.

Esto no supone, naturalmente, ignorar las contradicciones de este desarrollo. La historia del capitalismo ha estado siempre dominada por el desarrollo desigual: entre los diferentes países, entre las diferentes regiones en el interior de cada país, entre sectores

industriales, entre la industria y la agricultura\*\*.

Tampoco supone hacer sinónimos expansión económica y progreso social. En el neocapitalismo el aumento de la renta nacional no se ve correspondido, ni mucho menos, con una disminución de los desequilibrios o con una satisfacción de las necesidades colectivas (instrucción, higiene, transportes, **habitat**, seguridad social, etc.).

En España todas estas contradicciones las encontramos en un primer plano. El dualismo económico, es decir, la convivencia de zonas y sectores dominados por formas precapitalistas y con otros relativamente modernos; las diferencias del desarrollo agrario e industrial; las profundas diferencias regionales; las crisis de reconversión en determinados sectores industriales; etc. son las más palpables.

Sin embargo, estas contradicciones es preciso comprenderlas en el marco del actual proceso, dentro del cual, desde el punto de vista capitalista, parecen superables.

En estas contradicciones históricas, fruto de la ausencia de una revolución burguesa radical, encontramos la base del equilibrio que siempre han buscado las clases dirigentes. El fascismo con su aplastamiento de la clase obrera, su autarquía económica y congelación de salarios es la forma más reaccionaria de tal compromiso.

En la situación actual, el capital monopolista cambia su orientación tanto en el terreno de la producción como en la extensión y organización de la intervención de los poderes públicos (planificación indicativa), necesidad de ampliar el mercado interior y necesidad de invertir en nuevos sectores; como en el campo político: posibilidad de ir prescindiendo de las formas más claramente fascistas y de soportar determinadas formas de democracia burguesa.

El proletariado español se encuentra pues ante otras condiciones históricas y por tanto en un nuevo marco de lucha.

Los cambios derivados de la industrialización han supuesto un aumento importante en los sectores de industria y servicios a costa de la agricultura. El desarrollo del potencial productivo ha asegurado el crecimiento de la clase obrera, fuerza que ha de jugar un papel fundamental en la lucha por la emancipación de las clases trabajadoras, así como la aparición de nuevas capas sociales, técnicas principalmente. Al mismo tiempo, la continua elevación del nivel de vida, junto al vacío político creado por el franquismo, estos 27 años, la inexistencia de organizaciones obreras legales y el control del régimen sobre la propaganda y la información, son elementos a añadir

\* NDLR. Véase en este volumen: Fernando Claudín, **Dos concepciones de « la vía española al socialismo »**.

\*\* NDLR. Véase en el primer volumen de esta obra: Esteban Pinilla de las Heras, **España: una sociedad de diacronías**.



nuevo marco. Todas ellas conjugadas nos ayudarán a situar las actuales luchas obreras en su perspectiva exacta, con sus inmensas posibilidades, pero también con sus dificultades y peligros.

Igual que vemos las posibilidades de que la clase obrera alcance sus objetivos en la etapa actual (desaparición del franquismo, democratización política con el reconocimiento legal de sus organizaciones políticas y sindicales), hemos de ver también las posibilidades de que la burguesía monopolista alcance los suyos (mantenimiento de su sistema económico acompañado de una tímida liberalización política), así como el peligro de que sectores de la clase obrera calgan en la trampa de la Integración reformista.

En este sentido el conocimiento de las nuevas condiciones creadas por el comienzo del proceso de desarrollo económico es fundamental para lograr que las luchas de la clase obrera sean orientadas correctamente y para impedir que los grupos dirigentes del capitalismo se sirvan de la expansión económica para extender su influencia ideológica y política sobre una parte del movimiento obrero, llegando a dividirlo en el plano de la política y de la organización.

Salvando las grandes diferencias políticas y el distinto grado de desarrollo, los problemas españoles comienzan a ser semejantes a los de los países neocapitalistas europeos, especialmente Italia. Es preciso estudiar y tener en cuenta, ya desde ahora, la problemática que desde el punto de vista sindical se plantea en estos países. Y no pensando exclusivamente en la etapa postfranquista, sino en las luchas de hoy. La lucha por una central sindical unida y democrática ha de ir ligada, en sus objetivos intermedios, a unos planteamientos sindicales con perspectiva. La configuración del postfranquismo depende en gran parte del tipo de movimiento sindical que la clase obrera española vaya configurando desde ahora.

Veamos resumidamente la problemática sindical en los países europeos.

En estos países el sindicalismo se encuentra frente a transformaciones económicas y sociales profundas que transforman considerablemente su campo de influencia<sup>20</sup>.

El paso de un capitalismo de libre concurrencia al capitalismo monopolista que va acompañado por el desarrollo del capitalismo de Estado, ha cambiado las condiciones de compra y venta de la fuerza de trabajo. El sindicato, que es en primer lugar un movimiento de defensa de los intereses profesionales de los asalariados, recibe directamente los efectos de estos cambios.

En primer lugar, hemos de señalar la intervención del Estado que sigue los imperativos de la economía concertada. Sus medios de intervención: congelación de salarios, limitación del derecho de huelga, intervención en los convenios colectivos, política de rentas,

«orientaciones» a las empresas en materia salarial, control directo sobre la política salarial de los servicios públicos y empresas nacionalizadas, intervención en la formación profesional y en la determinación de las cualificaciones.

El uso de todos estos instrumentos, va dirigido a evitar que los sindicatos puedan expresar sobre el mercado de trabajo toda la fuerza colectiva de la clase obrera y a conseguir, por tanto, que ésta se exprese de una forma fragmentada. Los sindicatos chocan así contra el Estado, defensor del «bien común» y del «interés general» contra los «intereses particulares de los grupos de presión». El Estado ha pasado claramente de ser el «Estado-providencia» a ser el regulador de la vida económica y de las relaciones sociales, que favorecen el mantenimiento de las relaciones de producción capitalistas, en perjuicio, lógicamente, de la acción sindical.

Al igual que el Estado capitalista busca la reducción del poder sindical y su integración en el funcionamiento de la vida estatal, paralelamente, los monopolios buscan que sus objetivos económicos sean aceptados por los sindicatos. Hoy la planificación dentro de la gran empresa, hecha necesaria por la concurrencia monopolista, debe extenderse también a la mano de obra como elemento importante de los costos de producción. Cualquier alteración imprevista en este factor, echaría por tierra los cálculos cuidadosamente planificados.

Para hacer frente a este peligro, se busca dejar el trabajador lo más aislado posible cara al aparato de dirección; disminuir la importancia del convenio colectivo; acudir al «acuerdo de empresa» que representa un acuerdo a largo plazo en el que las concesiones patronales tienen como contrapartida, por parte de los asalariados, la paz social, lo que da un amplio margen de maniobra al empresario; multiplicar los tipos de salarios, bien por la concesión de primas arbitrarias o por la fijación de salarios por puestos de trabajo. En suma, con todos estos medios, el objetivo que se busca es igualmente la disminución del potencial que supone el movimiento obrero organizado.

En este nuevo cuadro la conciencia obrera se transforma. Y este fenómeno es necesario examinarlo a fondo, superando las posiciones, por un lado de los que consideran que no ha habido cambios notables y por otro de los que insisten tendenciosamente en un pretendido proceso de «aburguesamiento obrero» que consideran fatal.

J. M. Vincent sitúa el problema de la siguiente manera: «La relativa abundancia de bienes materiales — el llamado consumo de masas — sitúa las dificultades materiales de los trabajadores asalariados en un contexto diferente del de hace 20 ó 30 años. La miseria no es ya considerada como el destino inevitable de los trabajadores en la sociedad capitalista, y a pesar de



los movimientos periódicos de estancamiento e incluso de regresión, son pocos los trabajadores que piensen que a la larga no tienen posibilidades de mejorar su nivel de vida. Algunas características exteriores de las barreras sociales han desaparecido o se han atenuado. El modo de vida de los obreros, fuera de la fábrica se ha aproximado considerablemente al de otras capas de la sociedad, y exteriormente los asalariados no parecen ya vivir en un « ghetto », que era lo que parecía hace tiempo. Se puede hablar con razón de la desaparición progresiva de un cierto tipo de particularismo obrero. Y esto tanto más cuanto que las transformaciones técnicas están creando las condiciones propicias para la fusión en un grupo social relativamente homogéneo de todos los asalariados explotados, sean obreros manuales o empleados ».

« ¿Quiere esto decir que el particularismo de los explotados ha dejado de ser un dato fundamental de las relaciones sociales? NO, pues la sociedad actual, aún acumulando los signos aparentes de un integración social general, basada racionalmente sobre la participación de todos, la niega prácticamente a cada paso. El obrero o el asalariado no manual, detrás de los biombo ideológicos de la « sociedad sin clases », de « la nivelación de rentas », del « capitalismo popular », de « la democracia de masas », descubren a cada instante que socialmente no son nada, encargados de la prosperidad general, hechos responsables de los incidentes del funcionamiento del sistema (inflación, recesión, etc.) pero mantenidos al margen de los poderes reales de organización y estructuración de la sociedad. Esta conciencia es ciertamente difusa, no articulada, más latente que expresa. Pero que no por ello deja de constituir un inmenso potencial revolucionario en el mismo seno de las sociedades occidentales más prósperas<sup>21</sup>.

## El sindicalismo de integración y sus mitos

En este cuadro de desarrollo es en el que comienzan a dibujarse las doctrinas neocapitalistas en el terreno sindical.

Las fuerzas dominantes de nuestra sociedad se plantean el tema manejando los tópicos clásicos: el sistema capitalista se ha transformado sustancialmente, sus transformaciones estructurales suponen la superación de sus contradicciones fundamentales; estos cambios a los que añaden la continua elevación de los niveles de vida, trae como consecuencia la nivelación social, el « aburguesamiento » de la clase obrera, el fin de las clases, en suma y por tanto el fin de su lucha. El sindicalismo, según ellos, ha de adaptarse a estos cambios, ya no cabe el sindicalismo de lucha de cla-

ses sino el **sindicalismo de integración**, es decir el sindicalismo que no se plantea el fin del sistema capitalista sino un arreglo desde dentro y que por tanto acepta la **participación** a todos los niveles, desde empresa capitalista hasta los órganos de decisión superiores del Estado, también capitalista. Veamos como expresan estas ideas nuestras fuerzas dominantes.

En primer lugar hemos de fijarnos en la burocracia del « sindicato » vertical. Lamata, secretario general de organización sindical hasta el año pasado, expone esta ideología en sus últimos discursos y conferencias. Para Lamata, la aparición de la gran empresa, en que la gestión directiva se independiza cada vez más del capital, la planificación indicativa, la política de rentas, la automatización de la producción y la división del trabajo, son los cambios fundamentales que indican la transformación sustancial del capitalismo que justifican la « superación » del sindicalismo de clase.

El sindicalismo « ya no tiene por qué mostrarse insolidario y enemigo de un orden económico-social que no es capitalista propiamente dicho.

El sindicalismo que, no obstante los requerimientos de estas realidades económico-sociales, pretende seguir manteniéndose en actitud insolidaria y hostil frente al orden social que las comprende, hay que concluir que no actúa por móviles estrictamente sindicales, sino movido por sectarismo ideológico, por el compromiso de subvertir, a cualquier costa el régimen político-social de los pueblos libres » (conferencia en Vigo). « El sindicalismo del futuro, el que denominamos « sindicalismo de participación » rompe el raquítico marco de actuación de la relación obrero-patronal, irrelevante a la actualidad y busca mayor espacio para su acción defensora de intereses social-económicos en todos los campos hasta los que tales intereses se han extendido. En definitiva, el sindicato de participación, como institución social con propia sustancialidad, con fines propios y específicos, pretende jugar un « rol » importante y principal en la regulación de la convivencia social, no ya desde el área de la producción, sino desde todos y desde todos los terrenos en los que se regula la convivencia: desde el administrativo al político en general » (conferencia en Valencia).

En este marco ideológico se intenta situar el paso de un sindicalismo de **represión** a otro de **integración**. Los mismos que aplastaron el sindicalismo obrero hace treinta años y construyeron el « sindicalismo vertical como instrumento de represión y control contra la clase obrera y al servicio de la dictadura burguesa, hoy nos hablan cínicamente de lo justo y eficaz que fue en la etapa capitalista « superada » el sindicalismo de clase, públicamente llamado « de petición » pero se apresuran, naturalmente, a afirmar su « superación ».



De la prensa española.

Dice Lamata: «por nuestra parte no hay una prevención sectaria, una condena apriorística e irrazonada hacia una modalidad de sindicación como la clasista, que fue válida y eficaz en las circunstancias que le fueron propias y ante las realidades económico-sociales que determinaron su nacimiento».

«Es precisamente el método analítico que sirvió al marxismo para demostrar con la caducidad de la sindicación gremial la exigencia del sindicalismo clasista, el que sirve ahora para demostrar con la inadecuación de la actitud y de la estructura del sindicato de clases, la exigencia de una nueva fórmula de sindicalismo» (discurso en San Sebastián).

Estos planteamientos van acompañados de la consiguiente transformación del «sindicato» vertical que comienza a inclinarse tendiendo a su horizontalización.

Iglesias Selgas, otro teórico del sindicalismo de integración, hace una llamada en su reciente libro a la reforma de los «sindicatos».

«El desvío que algunos sectores obreros vienen manifestando hacia los sindicatos es un hecho cuya transcendencia no se puede desconocer y que debe obligar a una reconsideración de las estructuras sindicales y al reforzamiento de la vertiente obrera».

«Es preciso que dentro del sistema se refuerce la acción reivindicativa y de defensa, que es la propia de las organizaciones profesionales; los sindicatos no pueden ser una fuerza social que, por el cuidado con que actúen en sus relaciones con la Administración, de una sensación de domesticidad»<sup>23</sup>.

En esta dirección van las actuales transformaciones: consejos de trabajadores, ley de seguridad social, ley de «co-gestión», decreto sobre «garantías de los representantes sindicales», etc.; así como las continuas declaraciones oficiales con las que los «sindicatos» pretenden aparecer como cada vez «más independientes» de un Estado gobernado por «los capitalistas del Opus Dei»<sup>24</sup>.

Lo que busca la burocracia sindical es llegar a tener en sus manos un instrumento que logre encauzar realmente la presión obrera. Para ello confían en el desarrollo económico español, que daría una base objetiva más real que la actual a su pretendido «sindicalismo de participación», combinado con una «evolución controlada» de las actuales estructuras. Los «planes» de esta fuerza social, como los de aquéllas que analizaremos más adelante, tienen su base, como ya dijimos, en el actual proceso español. La extensión del capitalismo monopolista de Estado, la resolución parcial de problemas estructurales, el auge económico permite el lanzamiento de la «operación liberalización política». Dentro de ella entra la constitución de un movimiento sindical reformista que intente llevar a la clase obrera por el camino de la «integración» en el sistema. El despertar del nuevo movimiento obrero,

## Dirigentes sindicales y miembros de la antigua C. N. T. se vieron en Madrid

◆ No hubo conversaciones a nivel de las organizaciones

◆ No es la primera vez (ni será la última) que los Sindicatos hablan con grupos de variadas tendencias

◆ No ha habido relación con el anarquismo, y el alboroto exterior son meras luchas internas de los exiliados

### EL SINDICALISMO NACIONAL QUIERE:

- Sumar y no excluir
- Buscar todas las adhesiones
- Disipar todos los recelos
- Y ser plenamente representativo (Pág. 2°)



con sus movimientos reivindicativos, sus comisiones obreras y su lucha por unos sindicatos representativos, obliga a los « liberalizadores » a acelerar su « operación » considerando contraproducente la prolongación de la dictadura fascista.

Por otro lado, desde el punto de vista del movimiento obrero, la lucha se orienta hacia el desbordamiento de los estrechos marcos que ofrece la « liberalización sindical », buscando el triunfo de **sus objetivos**<sup>25</sup>.

Las esperanzas de la burocracia sindical se centran pues en esta « evolución controlada » al servicio de la cual ponen todo su enorme potencial, propagandístico y económico y en la que confían comprometer a otras fuerzas sindicales hoy en la oposición<sup>26</sup>.

Lamata, llevado de su optimismo, llegó a decir: « La organización sindical española está en uno de los momentos más trascendentales de su vida y nuestro sindicalismo es actualmente válido en cualquier régimen y bajo cualquier régimen y bajo cualquier forma de gobierno »<sup>27</sup>.

Sin embargo, la burocracia sindical es consciente de los peligros que representa tal evolución y comienza a dar los primeros pasos dirigidos a evitar un posible « desbordamiento ». En esta perspectiva hemos de situar las recientes conversaciones mantenidas por un equipo de jerarcas sindicales y un sector de la CNT. Estas conversaciones, que estudiamos ampliamente en el Anexo 1 de este trabajo, están abiertas a otros grupos sindicales cristianos y socialdemócratas. El objetivo fundamental es el de que estos grupos, con base social real, unidos a la burocracia sindical controlen estrechamente la evolución y mantengan aislados a las fuerzas « peligrosas »: comunistas y socialistas revolucionarios, que desde el punto de vista reformista se traduce por « totalitarios » y « compañeros de viaje ».

Las causas que pueden unir a las fuerzas reformistas son variadas: pretensiones de transformar el sistema económico « paulatinamente », mantenimiento de una base política fuerte en el postfranquismo, anticomunismo militantes, etc.; pero los resultados serían los buscados: aislamiento de las fuerzas revolucionarias y defensa, en último extremo, del sistema capitalista. Las próximas elecciones sindicales serán una especie de ensayo de este nuevo juego de alianzas<sup>28</sup>.

En otras fuerzas sociales podemos encontrar los planteamientos ideológicos del « sindicalismo de participación ». Vamos a centrarnos brevemente en dos para concluir este capítulo: Los grupos « desarrollistas » y la Iglesia católica.

De los primeros encontramos su órgano de expresión más caracterizado en la revista **Desarrollo**; defensora de las corrientes neocapitalistas « más avanzadas » y portavoz de la gran empresa y de los grupos tecnocráticos.

Para estos hombres « el problema básico de España

está en la consecución de una integración nacional en todos los órdenes; entre las clases y en el interior de ese núcleo obligado de convivencia que es en la actualidad la empresa ». « Simplemente entendemos sin paliativos, que sin una forma mínima de integración no podrá haber desarrollo económico; esta afirmación es para nosotros un postulado »<sup>29</sup>.

En lo sindical encontramos las tesis ya enunciadas al principio del capítulo. « Lo reivindicativo, al menos como característica esencial de los movimientos sindicales, parece, sin embargo, haberse atenuado en determinados países para dejar paso a una cierta componente cooperativa ».

Sin embargo, la posibilidad objetiva de este tipo de sindicalismo en España está ligada a un mayor nivel de desarrollo económico y estos hombres lo saben muy bien: « No parece ilógico pensar en la existencia de una cierta dosis de correlación entre el nivel de renta y el grado de cohesión social que ha de estar en la base de la superación o atenuación de los rígidos antagonismos del esquema de la lucha de clases. En tanto el valor absoluto de la renta de las categorías inferiores no alcance un cierto nivel, el sesgo reivindicatorio de los sindicalismo privará, con casi toda seguridad, sobre la componente cooperativa »<sup>30</sup>.

Esta problemática comienza a calar poco a poco también sobre nuestros grandes empresarios. Las relaciones obrero-patrono mantenidas por la mayor parte de los empresarios españoles con una visión feudal o a lo más paternalista, comienza a ser vislumbrada con otra óptica por parte de este grupo empresarial, aún pequeño y que podemos considerar con mentalidad de « joven patrón ».

Juan Relayo, que estudió este problema en un artículo publicado en **Cuadernos de Ruedo Ibérico**, basándose en las entrevistas realizadas por **Desarrollo** a diversos empresarios, dice al respecto: « A través de las manifestaciones de estos empresarios — y con desigual en unos y otros — parece evidente que se abre paso poco a poco, al nivel de las grandes empresas y a medida que la economía española va entrando de lleno en la fase monopolista, un nuevo enfoque de los problemas empresariales, un deseo de renovar las actuales estructuras — sin abandonar, naturalmente, el cuadro capitalista — y una nueva consideración de las tensiones sociales y de sus posibles soluciones. A través de las distintas intervenciones parece entreverse la dirección que preside los reproches y las críticas al sistema en vigor; se orientan en última instancia hacia las estructuras políticas del régimen, la burocracia sindicalista y falangista, auténticos estorbos para el desarrollo monopolista »<sup>31</sup>.

Veamos, como ejemplo, la posición de uno de estos empresarios, citado en el artículo que hemos hecho referencia. Se trata de Joaquín Beltrán, director general de Cementos Asland.



«El sindicato fuerte es el que ha permitido todas las conquistas sociales. Nosotros somos partidarios de que exista un sindicato fuerte que dé fuerza a los trabajadores para enfrentarse a la fuerza que tienen las empresas. El empresario, para dialogar abiertamente, tiene que encontrarse con gente que tenga un apoyo sindical... Si no se crean unos sindicatos fuertes y libres el empresario español nunca irá a una verdadera coexistencia y a un diálogo...».

Por su parte la Iglesia católica sigue fiel a su concepción fundamental en lo social: la promoción de las masas puede y debe hacerse en el seno de la sociedad actual. La condena del capitalismo por la Iglesia es la condena de ciertas prácticas capitalistas y no de la sociedad burguesa en su conjunto.

Esto quiere decir que el salariado no puede ser suprimido, que las relaciones sociales quedarán marcadas por la dominación y la subordinación, que la clase obrera ha de mantener la lucha por su «promoción» (no por su emancipación) dentro de los marcos del actual sistema.

En el terreno sindical la aceptación de las doctrinas neocapitalistas es clara. El papa Pablo VI en su Carta dirigida a la Semana Social Católica de Francia de 1964, plantea las líneas del «sindicalismo de integración»: «No se trata ya como en otro tiempo para el sindicato de consagrar sus esfuerzos a la defensa de los justos derechos y a la reivindicación necesaria en las estructuras llamadas liberales, en las que la victoria pertenecía al más fuerte. Ahora es preciso construir, sino en común, al menos en armonía, a través de un diálogo fecundo con las otras comunidades, bajo la reconocida dependencia de la autoridad responsable, que tendrá a bien favorecer esta libre participación de todos en la edificación de la sociedad.

Las asociaciones de trabajadores rehusarán, pues, el convertirse en grupos de presión, pero querrán superar toda mentalidad de clase, para colaborar, con los jefes de empresa, en el bien común nacional y luego Internacional.

Los sindicatos órganos de defensa de legítimos intereses colectivos, privados, de sus adherentes, deberán procurar no quedarse en una actitud de pura reivindicación y contestación sino al contrario elevarse a responsabilidades superiores. Si la decisión corresponde a órganos propios del Estado se interesarán en participar en su elaboración y luego en su aplicación en la perspectiva del bien universal que supera los intereses de grupo: adaptar éstos a aquél y comprometer los individuos, las categorías sociales y comunidades profesionales a colaborar con los poderes públicos en la prosperidad común»<sup>21</sup>.

Poco después, en España, un obispo progresista, actualmente en Barcelona, Marcelo González, recogía es-

te mismo pensamiento en una de sus pastorales, debidamente propagada por el diario «sindicalista» **Pueblo**.

En el fondo de estos planteamientos siempre nos encontramos con un buen deseo de la Iglesia católica: la superación de la lucha de clases. Deseo que no va acompañado, desde luego, de un justo análisis de la realidad y del planteamiento de unos medios eficaces para superar ese mal social. La lucha de clases no es un «invento ideológico», la lucha de clases es el fruto de un sistema histórico, el capitalista, y sólo la superación de este sistema supondrá su desaparición.

El «sindicalismo de integración», estudiado en este capítulo, se presenta pues para la Iglesia católica, como una salida ideológica que disfraza, con mejor o peor éxito, la real lucha de clases. Viene a ser la realización del viejo sueño corporativo de la encíclica **Quadragesimo anno** realizado de una forma poco convincente por los fascismos europeos<sup>22</sup>.

Rafael González Moralejo, obispo auxiliar de Valencia, expresó así hace unos años estos planteamientos: «Las organizaciones de clase nacen como una consecuencia del derecho natural y del instinto natural, diríamos, de los hombres a defenderse. Estas organizaciones de clase son los sindicatos. La Iglesia los defiende como legítimos, siempre que promuevan la justicia y el bien general. Pero su propia naturaleza exige una evolución ulterior, que ha de coronarse con una organización de tipo profesional — llamáramos de orden corporativo — que haga que, sin perjuicio de la defensa de los intereses de clase de cada una de las partes interesadas, concurren de una manera orgánica al bien común de la sociedad. Esta evolución se ha dado en unos países con una cierta aceleración, en otros países camina muy lentamente, pero en ninguno se puede decir que se haya alcanzado plenamente aún. Hoy todavía estamos dentro de la etapa estrictamente sindical»<sup>23</sup>.

Cara al «sindicalismo» español la postura de la Iglesia jerárquica está clara hasta el momento. Su apoyo es incondicional. La Iglesia jerárquica nunca ha «condenado» el sistema sindical español, como nunca condenó la dictadura, ni mucho menos el sistema capitalista que se defiende con esta «dura» estructura política\*. Este apoyo incondicional se complace el régimen en resaltarlo en cada momento crítico, igual que los elementos «ultras» del catolicismo español. Un ejemplo claro lo tenemos en el jesuita Martín Brugarola, auténtico «cruzado del sindicalismo vertical»: «El sindicalismo español — nos dice — pidió sincera y noblemente la colaboración de la Iglesia, de la jerarquía eclesiástica y de los sacerdotes en los diversos órganos de la vida sindical y se accedió a esta petición.

\* NDLR. Véase en el primer volumen de esta obra: Ignacio Fernández de Castro, *La Iglesia de la cruzada y sus supervivencias*.



La Santa Sede tuvo a bien que el eminentísimo señor Cardenal Primado, designara a un señor obispo como asesor eclesiástico nacional de sindicatos. Los prela- dos han designado a un sacerdote como asesor ecle- siástico de sindicatos en la provincia o diócesis res- pectiva y la misma Santa Sede dio normas a estos sa- cerdotes que iban a ejercer su apostolado y su misión específica en la vida sindical»<sup>35</sup>.

Dentro ya de un posible contexto de evolución la Igle- sia contaría con una base de apoyo no ya en sus orga- nizaciones de apostolado obrero, sino en diversas or- ganizaciones sindicales «clandestinas» de corte con- fesional nacidas en los últimos años. Podemos consi- derar las siguientes: La Federación Sindical de Traba- jadores (FST) que nace en 1958. Esta organización cuyos mínimos efectivos humanos contrastan con sus fuertes medios económicos, es por sus estatutos un sindicato cristiano. Calidad que se confirmó por su adscripción a la Central Internacional de Sindicatos Cristianos (CISC).

La Acción Sindical de Trabajadores (AST). Nace en 1960 y está formada prácticamente por militantes de la Vanguardia Obrera Juvenil (VOJ), organización de apostolado obrero de los jesuitas.

En esta línea hemos de considerar igualmente a la mayor parte de los militantes de la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC), sobre todo a los hombres que alimentan la Editorial ZYX, caracterizados por su anticomunismo, que pretende en España la resurrección del anarcosindicalismo.

Todos estos grupos que mantienen entre sí una estre- cha coordinación son la base objetiva de un sindica- lismo confesional y hacia ellos se dirigen en gran par- te los esfuerzos de la burocracia sindical para incor- porarlos al «proceso evolutivo».

Al margen de estos grupos se manifiestan otros que examinaremos más adelante, también de origen cató- lico, pero que buscan otras vías de acción sindical, partiendo claramente de unos planteamientos no con- fesionales. En este sentido podríamos decir que si- guen la vía de la CFDT francesa desconfesionalizada<sup>36</sup>.

## Los peligros del reformismo en España: ambigüedad de los grupos sindicales de oposición

Si se quiere comprender verdaderamente el fenómeno del oportunismo en el seno del movimiento obrero (y como consecuencia del reformismo y de la socialde- mocracia que son su expresión organizada) es necesi-

rio abandonar explicaciones simplistas: «traición» de los líderes, «desviacionismo», «aburguesamiento», «aristocracia» obrera, etc.

Para Lelio Basso, «es Rosa Luxemburg la que muestra que la raíz histórica del oportunismo y de reformismo hay que buscarla en la naturaleza contradictoria de la clase obrera; ésta, en su calidad de clase oprimida y explotada en la sociedad capitalista, está sometida a un doble impulso: de una parte tiene tendencia a me- jorar desde el presente sus condiciones de vida en la sociedad actual, por otra, tiende a transformar total- mente esta sociedad a fin de suprimir las causas de la explotación y de la opresión. La primera tendencia es la que polariza el interés de la clase obrera en el presente, la que le orienta hacia objetivos inmediatos y no requiere una visión global de los problemas de la sociedad, como la segunda tendencia, la cual está esencialmente proyectada hacia el porvenir y requiere una coordinación de los objetivos inmediatos, de los momentos particulares de la lucha de clases, en fun- ción de esta voluntad revolucionaria. Es a la dirección socialista del movimiento obrero a la que incube la ta- rea específica de asegurar esta coordinación entre los objetivos inmediatos y fines últimos, entre la voluntad de mejorar la condición actual y la lucha por la con- quista del poder, entre reforma y revolución socialista. Lo que distingue el reformismo (o la socialdemocra- cia) del socialismo no es pues la distinción entre una perspectiva de transformación gradual y pacífica de la sociedad y una perspectiva de revolución violenta, y que los socialistas, como en su tiempo los mismos Marx y Engels, no rehusan *a priori* la posibilidad de una transformación pacífica, y no niegan a la revolu- ción la característica de ser un proceso de larga du- ración. Lo que piden, es que durante todas las fases de este proceso, la perspectiva revolucionaria no sea nunca perdida de vista, que la lucha por los objetivos limitados sea un episodio de la lucha por la transfor- mación de la sociedad y que en ningún momento el objetivo parcial, inmediato, sea aislado de su contexto ni considerado como una conquista suficiente en sí misma — es decir que la perspectiva de una mejora de las condiciones presentes no haga nunca olvidar la exigencia revolucionaria.

Lo que, por el contrario, caracteriza al reformismo es esta disociación entre los objetivos inmediatos y el fin último (Berstein: «el movimiento lo es todo, el fin no es nada»); «cada objetivo inmediato es, pues, perse- guido independientemente de su unión con los temas generales de la lucha de clases, como un fin aislado, perfectamente accesible en el cuadro de la sociedad capitalista»<sup>37</sup>.

Durante las fases de expansión capitalista hay una neta tendencia a olvidar los fines últimos por parte del movimiento obrero. Esta ha sido la característica fun- damental de la historia del movimiento obrero en



Europa capitalista, « historia, dice Lelio Basso, que se ha desarrollado más bien sobre un plano subalterno en relación a la sociedad capitalista, que sobre el plano autónomo de la conciencia de clase ». Un ejemplo claro de esta tendencia ha sido la acción sindical por el aumento de salarios, acción puramente reivindicativa que, asimilada por un sistema capitalista dinámico, le ha ayudado a salir de su fase de desequilibrio entre capacidad de producción y demanda de bienes de consumo, ha abierto la vía al consumo de masas poniendo así las bases del neocapitalismo.

En España los peligros del reformismo son evidentes. Las nuevas condiciones económicas, ya expuestas anteriormente, comienzan a favorecer esta tendencia dentro del movimiento obrero y la existencia de fuerzas políticas y sindicales que la representan.

Además es fundamental tener presente el contexto internacional para completar el cuadro. Son varias las fuerzas internacionales que convergen y buscan la « solución del problema español ». En este sentido hemos de considerar los intereses económicos extranjeros, especialmente norteamericanos y alemanes, que buscan la estabilidad política para sus crecientes inversiones. Así como nuestra posible entrada en el Mercado Común que para los Estados Unidos supondría que España, además de seguir siendo zona clave dentro de su estrategia imperialista de « defensa del mundo libre », pasaría a ser un eficaz trampolín de penetración en la « Europa de los seis ».

Estudio más detenido lo merece otra fuerza internacional, la socialdemocracia europea, cuya política hacia España es un factor importantísimo.

La socialdemocracia europea integrada en el desarrollo neocapitalista ha abandonado la perspectiva socialista. Los dos últimos rasgos de esta integración son, de un lado, el giro a la derecha del PSI de Nenni con su participación en el gobierno democristiano y sus planes de fusión con la socialdemocracia de Saragat. Por otro, la experiencia « socialista » del partido laborista inglés. Ya Wilson, en Scarborough, había dejado claro que la « redefinición del socialismo en términos de revolución científica » no sobrepasaría « las grandes transformaciones de las actitudes económicas y sociales de nuestro sistema social »<sup>34</sup>. Hoy, los ejes de su política están claros: a escala nacional, respecto a las estructuras capitalistas, política de austeridad y congelación de salarios; a nivel internacional, apoyo incondicional a la política agresiva del imperialismo americano.

Dentro de los planes de la socialdemocracia entra el objetivo de la Europa « socialista », es decir la Europa en la que los equipos socialdemócratas en el poder pasarían a ser los leales administradores del neocapitalismo europeo.

Sin embargo la socialdemocracia no ignora que el obstáculo mayor a su política lo encuentra en los países

mediterráneos con « vocación europea ». El establecimiento de la democracia en Grecia podría romper el cinturón militar « defensivo » atlántico y quebrantar, por tanto, el bloque imperialista occidental; el fin de la dictadura salazarista en Portugal, con la liquidación del colonialismo en Angola y Mozambique, sería un duro golpe al imperialismo inglés y la existencia de un potente movimiento comunista en Italia dificulta también al extremo los planes futuros socialdemócratas.

Desde esta perspectiva, tampoco España les ofrece grandes garantías, sobre todo si la clase obrera consigue alcanzar la etapa postfranquista organizada potentemente a nivel político y sindical y con una acertada estrategia revolucionaria adoptada a las nuevas condiciones.

Hemos pues de tener siempre muy en cuenta que detrás de las posiciones socialdemócratas cara a España, de sus hipocresías moralistas y pseudo-demócratas, está el objetivo final de la socialdemocracia de España, al servicio del cual la socialdemocracia europea pone todo su inmenso potencial.

La convergencia de los intereses capitalistas internacionales y del movimiento reformista son evidentes. Existe un ejemplo que para nosotros es muy aleccionador: la actual situación de Grecia.

Podemos resumir así los rasgos políticos esenciales de este país.

Al final de la segunda guerra mundial atraviesa un período revolucionario que concluye por el aplastamiento del pueblo, después de una guerra civil, en la que instrumentos directos de la victoria de la reacción fueron las tropas inglesas y americanas. País dominado por una oligarquía económica cuya expresión política es una monarquía. Y en el que existe una « democracia restringida » con prohibición legal del Partido Comunista y en la que sólo un movimiento de izquierda, el EDA, logra una vida legal con inmensas dificultades. Es miembro asociado del Mercado Común Europeo y pieza clave de la defensa del « mundo libre » a través de su incorporación a la OTAN. Desde el final de la guerra, las tradicionales inversiones de capital inglés, se ven sustituidas por capital norteamericano y alemán.

Desde el punto de vista sindical, que es el que aquí nos interesa, Grecia disfruta del « sindicalismo libre » y la Confederación General de Trabajadores griega es miembro de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL). Sin embargo la CGT es fundamentalmente antidemocrática. Al control policíaco se unen toda una serie de leyes restrictivas, muchas de ellas en vigor desde el final de la guerra civil, por las que sólo los sindicatos que cumplan unas determinadas condiciones pueden tener vida legal dentro de la CGT. Los crecientes esfuerzos por la democratización real de los « sindicatos » griegos encuentran no sólo la enemiga de las fuerzas reaccionarias a



escala nacional sino también de la misma CIOSL que lucha por evitar toda reforma.

El que detrás de la CIOSL se encuentren los grandes intereses americanos y alemanes, no es ningún secreto para nadie. Todas estas fuerzas tienen un objetivo común: el mantenimiento del **status quo** en Grecia, el frenar todo movimiento que busque la transformación radical de las estructuras<sup>39</sup>.

En el cuadro descrito, tanto nacional como internacional, se mueven las diferentes fuerzas sindicales en España. Veinticinco años de represión son muchos para que las tradicionales centrales sindicales anarquista y socialista (CNT y UGT) llegaran a la actualidad con una realidad fuerte. El sindicalismo no puede estar sometido totalmente a la clandestinidad, ha de ser movimiento de masas, ha de darse en unas condiciones que permitan la movilización de la clase obrera en pro de sus reivindicaciones.

Es en la etapa de reactivación económica y a través fundamentalmente de los convenios colectivos, como renace la lucha sindical en España a un nivel generalizado. Es la época en que se sitúa el nacimiento de lo que se suele llamar el «nuevo» movimiento obrero español. Amplios movimientos reivindicativos; la creación de nuevas formas de organización, tales como las comisiones obreras; el aprovechamiento a fondo de las posibilidades de lucha legal a través de los actuales «sindicatos» oficiales; y la aparición de nuevos cuadros formados en la lucha diaria, son los rasgos esenciales de este fenómeno.

A la sombra de estos hechos hay también un renacer de las centrales tradicionales. Sus cuadros en el interior, cuyo trabajo de agitación y organización lo habían desarrollado en condiciones de clandestinidad absoluta y gran peligrosidad, participan en la lucha que se desarrolla ahora en nuevos marcos mucho más amplios; con posibilidad de combinar más fácilmente la lucha legal con la extralegal. En el exilio las direcciones toman medidas ante la nueva situación. El 25 de febrero de 1960 se crea la Alianza Sindical que agrupa a las tres organizaciones tradicionales: la CNT, la UGT y la Solidaridad de Trabajadores Vascos (STV)<sup>40</sup>.

Sin embargo, la crisis de la Alianza no tarda mucho en estallar. En octubre de 1962 militantes de la CNT y de la UGT, en desacuerdo con la dirección de sus centrales fundan con la Solidaridad de Obreros Cristianos de Cataluña (SOCC) la Alianza Sindical Obrera (ASO), a la que más adelante se unen militantes de otras zonas. Desde entonces la nueva ASO comienza su lucha por hacerse reconocer en el extranjero, por parte de las centrales internacionales, como la verdadera alianza, en pugna con la dirección de Toulouse. La ASO recibe el apoyo fundamental de la Federación Internacional de Obreros Metalúrgicos (FIOM), controlada por el sindicalismo norteamericano y alemán<sup>41</sup>. En los primeros años ASO se mantiene con una escasa

realidad. Los mismos militantes organizan y componen en España el movimiento sindical ASO y el movimiento socialdemócrata que agrupan alrededor del llamado comité de coordinación socialista y que busca sustituir al PSOE. Realizan una fuerte campaña en el exterior cara a encauzar a su favor la ayuda de las centrales sindicales internacionales y de la socialdemocracia europea especialmente la alemana. El primer objetivo es la ayuda, el segundo ir ganando poco a poco terreno a la Alianza Sindical primitiva y al PSOE. Las posiciones del ASO expresadas hasta ahora en su propaganda son confusas y contradictorias.

Por un lado, ASO se considera desde ahora como la futura central sindical unidad de los trabajadores españoles. En uno de sus boletines editado en Alemania nos dice: «ASO no es ni quiere ser una organización más de la clandestinidad española... ASO es lo que son sus Federaciones de Industria»<sup>42</sup>.

¿Qué son las llamadas Federaciones de Industria? En un boletín editado por los sindicatos norteamericanos, después de exponer ampliamente las luchas obreras de estos últimos años, se dice: «Así se han constituido poco a poco Federaciones de Industria clandestinas abiertas a todas las corrientes demócratas, frecuentemente bajo la dirección o la influencia de jóvenes sindicalistas cristianos o de algunos militantes de la UGT o de la CNT. Estas son ya particularmente activas en la metalurgia y las minas y se organizan progresivamente en otras ramas»<sup>43</sup>.

¿Cuál es la base de las pretendidas Federaciones de Industria? No son otra que las «comisiones de trabajadores» a nivel de empresa de las que ASO se considera protagonista cuando dice: «Las comisiones de trabajadores han sido y serán animadas por nuestros compañeros, por las Federaciones de Industria que establecen la ligazón necesaria entre ellas y evitan que sean instrumentos de demagogia política»<sup>44</sup>.

Estos planteamientos son desmentidos por la realidad. Las llamadas Federaciones de Industria son prácticamente una artificialidad, su existencia se justifica principalmente por unos boletines de publicación irregular (**El metalúrgico, El ferroviario, El impresor, El maestro y El bloque**). Por otro, el artificio no ya la idea de las comisiones obreras, fórmula organizativa nacida de las huelgas de 1962, si no su control u orientación, no deja de ser una exageración con visos propagandísticos. El fenómeno de las comisiones obreras, desborda evidentemente los marcos de cualquier organización. Incluida la ASO. Estas declaraciones del ASO fueron las que provocaron la reacción de la comisión obrera de los metalúrgicos madrileños, comisión que hemos de considerar en la vanguardia del «nuevo» movimiento obrero español en su lucha por la futura central unida y democrática. En una carta dirigida a la IG Metall alemana el día 5 de enero de 1966, la comisión del metal de Madrid expone su punto de vista sobre



el ASO y su pretendida participación en las comisiones obreras.

Si queremos examinar la línea táctica de la ASO cara a la construcción de la futura central sindical aparece resumida en el documento que comentamos: «Estos problemas sólo pueden resolverlos los trabajadores ¿Cómo? Creando en las fábricas desde hoy, sus propias estructuras sindicales, animando como hemos dicho las comisiones obreras, dirigiendo con ellas las luchas por las reivindicaciones que disminuyen la explotación, elevando estas luchas a un plano general y planteando, con toda claridad, la plena democratización de la estructura sindical reuniéndose libremente los trabajadores en estos sindicatos que son suyos (previa expulsión de los patronos que no tienen nada que hacer en ellos) y eligiendo libremente a sus representantes en todos los escalones, desde la base hasta la cúspide, desde el primer secretario local hasta el secretario general de sus federaciones de industria que se reunirán más tarde en una gran central que las agrupe a todas»<sup>45</sup>.

Esta línea táctica, con la que otras fuerzas están de acuerdo, no es otra cosa que la conquista de los «sindicatos» verticales desde dentro. Luego, teóricamente, ASO, que se proclama ya desde hoy la futura central sindical unida con comisiones de trabajadores y federaciones de industria estructuradas debería ser un elemento más en una lucha unida por esa central sindical que **aún no existe** y no pretender la exclusividad de esta lucha, ni mucho menos la representación total de las fuerzas que la llevan a cabo.

Esta idea de exclusividad se puede apreciar cuando, después de exponer la línea táctica descrita y afirmar que ese es el camino, el camino de la ASO, nos dice: «No excluimos a nadie. Por el contrario, sean cuales sean las tendencias — libertarias, socialistas, católicas — ASO cree que todas deben agruparse en torno a estos objetivos, inequívocamente democráticos»<sup>46</sup>. Aparte de que la ASO como grupo concreto no es nadie para dictar por sí sola exclusiones ya que si es democrática tendrá que atenerse a unas reglas de este carácter, eviste un olvido importante en cuanto a tendencias: la tendencia comunista.

Sin embargo, el olvido es consciente y así es manifestado: «muy claramente y sin engañar a nadie, decimos que desconfirmos de los comunistas y que **nuestra labor es distinta** porque aspiramos a la democracia social y económica en cuya creación los sindicatos deben jugar un papel fundamental sin subordinarse a nadie»<sup>47</sup>.

La contradicción se ve con claridad. Si ASO es consecuente con la línea que parece defender y va hacia la central sindical unida, junto con otras fuerzas, la exclusión de una de ellas, la comunista, que nos imaginamos ampliada a sus «compañeros de viaje», no tiene

razón de ser, ya que la política pretendidamente unitaria se viene abajo.

Otra cuestión es que ASO busque crear para el futuro su propio sindicato con estas tendencias, en cuyo caso la lucha que hoy plantea por la central sindical unida se convierte en un planteamiento demagógico ya que el objetivo final no sería la unidad sino el pluralismo sindical.

Estas posiciones ambiguas y contradictorias junto con la unilateralidad de sus apoyos internacionales son cuestiones importantes que la ASO debería aclarar.

En 1966 la constitución de ASO sufre cambios de importancia.

La crisis de las centrales tradicionales se agudiza. Las conversaciones entre grupo de militantes anarquistas y los «sindicatos» verticales supone una fuerte crisis para la CNT en el exilio. Por otro lado, la solidaridad de Trabajadores Vascos (STV) rompe con la dirección del exilio, representante del viejo sindicalismo cristiano apoyado por la CISC y con la Alianza Sindical de Euzkadi, (que agrupa UGT-CNT-STV), ingresando en la ASO.

A esto tenemos que añadir la incorporación al ASO de un nuevo movimiento sindical clandestino, de origen cristiano, la Unidad Sindical Obrera (USO).

Según el semanario **Syndicalisme** de la CFDT, el USO, fundado en 1960, «es uno de los resultados de las nuevas generaciones de trabajadores, de los que algunos elementos han pertenecido a la JOC, que se sitúan en la perspectiva de un socialismo renovado en el contenido, y que han comenzado, a partir de 1959, a querer tomar su parte de responsabilidad en la vida sindical de su país. En ese espíritu, la USO no podía sino aproximarse al ASO y convertirse en un componente que por la calidad y representatividad de sus militantes, desempeñará seguramente un importante papel en el futuro del sindicalismo libre español»<sup>48</sup>.

Es pronto todavía para analizar la influencia de estos dos movimiento sindicales sobre la evolución futura de la ASO, pero dada la escasa implantación real de esta organización en España suponemos que esta influencia será grande.

Un hecho concreto ha sido la asimilación que la Alianza ha llevado a cabo del programa doctrinal de la USO al reproducirlo textualmente en su «Anteproyecto de programa».

Nos centraremos pues en el análisis del programa doctrinal de la USO publicado este año<sup>49</sup>.

Ante el estudio de este programa aparecen problemas no elaborados y que la USO debería discutir y resolver en los años que vienen. Unos problemas que le ataen como organización y otros, de mayor importancia, que al conjunto del movimiento obrero español. Ante el problema de la unidad sindical la posición de USO parece clara: «Hemos nacido — se dice en



su programa — **para desaparecer** en la gran Sindical Democrática de Trabajadores que reclama el movimiento obrero, al cual servimos por encima de todas las dificultades, fieles a nuestra consigna de hacer un sindicalismo de masa, pujante y democrático, capaz de emancipar a la clase trabajadora »<sup>50</sup>.

Más adelante se vuelve a afirmar que « USO prestará su total apoyo y participará con todos sus medios en la gestación de la gran central Sindical Democrática de Trabajadores que el movimiento obrero español reclama con insistencia »<sup>51</sup>.

La incorporación de esta organización a la ASO plantea el problema de la unidad en los términos que más arriba indicados. No podemos saber aún los resultados de la nueva relación de fuerzas dentro de ASO. Pero la falta de unidad de acción con la corriente obrera comunista y las otras fuerzas revolucionarias, plantea, si es que se llega a estas conclusiones el peligro de querer constituirse en « tercera fuerza », el final inevitable sería el pluralismo sindical.

Por otro lado la carta parece muy limitada a las exigencias, indispensables desde luego, de la « persona humana » y a los « valores » que el sindicalismo busca asegurar: « primacía de la persona humana; Derechos Fundamentales del Hombre; respeto, dignidad, libertad y responsabilidad del trabajador; Solidaridad Universal »; etc.

Mencionándose insuficientemente, a mi entender, la lucha necesaria para llegar a las nuevas estructuras económicas y políticas indispensables para garantizar estos valores.

La sociedad socialista descrita en el documento corre el peligro de convertirse en objetivo utópico sino se plantean desde ahora los objetivos parciales de la clase obrera y no se da perspectiva global a una lucha sindical anticapitalista y cuyo objetivo es la transformación revolucionaria de la sociedad.

La USO esboza simplemente esta problemática en su « Carta » cuando dice: « Ante la estrategia capitalista, la USO propugna una estrategia obrera revolucionaria que convierta la acción diaria de cada trabajador en un medio permanente de gestación de una conciencia colectiva de lucha y de formación militante que permita la conquista de aquellas posiciones y centros de decisión económicos, políticos y sociales que el movimiento obrero reclama a cada momento para la edificación de la Democracia Socialista »<sup>52</sup>.

La concepción debe ser, indubablemente, la de un sindicalismo comprometido en la lucha diaria pero que la lucha diaria pero que alcance a inscribirla en una lucha con perspectiva.

Esta concepción supone la formulación de un **contenido ideológico** que sea otra cosa que simples referencias a valores o principios. Precisa también en el plano de la **estrategia** y de la **táctica** unos planteamientos sindicalistas pero a la vez políticos de las actuales lu-

chas obreras. En caso contrario se corre el peligro de realizar un reformismo ineficaz que en último extremo sería un apoyo de la sociedad neocapitalista.

Es decir que la elaboración de una estrategia obrera revolucionaria supone un combate que no obligue simplemente a « hacerse pagar la alienación capitalista » sino que luche por suprimirla; una lucha sindical ligada a la transformación de las estructuras y a la conquista del poder político y económico para la clase obrera y no limitada a la satisfacción de necesidades de consumo.

Podemos tomar como ejemplo en este aspecto los planteamientos del Sindicato de la Construcción Eléctrica y Electrónica de la CFDT, central sindical francesa que influye teóricamente sobre la USO<sup>53</sup>.

« La lucha obrera contra el capitalismo debe ser llevada teniendo en cuenta cuatro aspectos esenciales: la proposición de alternativas obreras cara a las posiciones capitalistas, con un contenido reivindicativo de poder, y no solamente reivindicaciones de consumo; formas y métodos de acción que permitan el acrecentamiento del poder sindical en la empresa; luchas que permitan la construcción de estructuras socialistas ».

« ...El problema es el de la conquista lenta del poder a partir de la base misma de las fábricas y de los **trust** que extienden su dominación económica y política sobre la Europa capitalista y el problema que hemos de resolver es el de la conquista de las bases que permitan hacer bascular la sociedad industrial hacia el socialismo... ».

« ...Se trata pues para el movimiento obrero de asegurarse un determinado número de bases, tanto en el plano político como en el económico, desde el taller hasta el Estado, que permitan esta transformación revolucionaria »<sup>54</sup>.

Otro problema que queda en el aire es el de la acción internacional de la USO. Su integración en la ASO plantea el interrogante de si seguirá la línea marcada por esta organización hasta el momento.

Creo que, cara al futuro del sindicalismo español, es necesario plantear desde ahora una política dinámica y original frente a los cuadros cerrados de las centrales internacionales. Es decir, una política orientada hacia el establecimiento de contactos bilaterales o multilaterales con todas las organizaciones sindicales sea cual sea su filiación internacional.

Los contactos de la CFDT con la CGIL italiana, los sindicatos argelinos, yugoeslavos y soviéticos, puede ser un modelo a tener en cuenta.

Los planteamientos sectarios a escala internacional tienen los mismos efectos que a escala nacional. Van contra la unidad del movimiento obrero.

En los planetamientos del Sindicato de Construcción Eléctrica y Electrónica CFDT se busca el mantener una posición abierta ante esta problemática: « Creemos



— dice el autor del citado informe — en una doble evolución; de una parte la de nuestra propia organización en la lucha por unas estructuras socialistas, por otra, en la evolución del movimiento comunista hacia

una cierta liberalización y la definición de una determinada moral [...] Esta doble evolución sigue caminos convergentes y que pueden concluir, en un tiempo más o menos lejano, en un mismo punto de encuentro ».

## El futuro del movimiento sindical español: de las « comisiones obreras » a la « Central Unida y Democrática de Trabajadores ».

Ante la clase obrera española, se presenta hoy, como primera meta a alcanzar, la conquista de las libertades democráticas, de asociación, expresión y propaganda, únicos medios para que llegue a poner en pleno funcionamiento su potencia como fuerza política y sindicalmente organizada.

Hoy, como ya dijimos, las condiciones son favorables para la consecución de este objetivo. El desarrollo económico; la necesidad, por parte del régimen, de suavizar sus formas más crudamente fascistas; las contradicciones entre los grupos monopolistas y la burocracia falangista; la aparición de una conciencia obrera, puramente reivindicativa en la etapa actual, pero que puede, poco a poco, ir alcanzando niveles políticos; la mayor preparación de los cuadros obreros y mayor influencia de las organizaciones; la combinación de la lucha legal y extralegal, con la aparición de nuevas formas de organización tales como las « comisiones obreras ». Todas son condiciones, objetivas unas, subjetivas otras, que se condicionan entre ellas nos dan un marco favorable por un lado a la consecución de los objetivos obreros, por otro a la integración de sectores de la clase obrera en la sociedad neocapitalista; todo depende de la relación de fuerzas que vaya surgiendo en los diferentes condicionamientos.

Se presenta, pues, en un primer plano, para la clase obrera la necesidad de alcanzar su **autonomía organizativa**, es decir, el llegar a constituirse como fuerza organizada, liberada de los obstáculos franquistas (« sindicato » vertical, falta de partidos y de medios de expresión), de acuerdo con sus auténticos intereses (unidad sindical y de acción política) y no de acuerdo con los intereses de la burguesía (pluralismo de sindicatos y enfrentamiento de los partidos obreros).

Y paralelamente ir consiguiendo su **autonomía ideológica**, o sea, su capacidad de realizar una crítica radical del sistema capitalista y de darle su respuesta ofreciendo una alternativa su esfuerzo constante por modelar la conciencia de clase en un sentido socialista. Autonomía e ideológica son dos condiciones indispensables para que el movimiento obrero pueda desarrollar una **política autónoma** con objetivos propios.

La tarea de promover la autonomía de la clase obrera es una labor fundamental, una condición indispensable

para que las conquistas parciales arrancadas a la burguesía, no se transformen, a la larga, en medidas estabilizadoras del sistema capitalista, al quedar aquellas contenidas dentro de los moldes burgueses por falta de perspectiva y de voluntad del movimiento obrero. Esta política, abre a éste la posibilidad de un fortalecimiento progresivo y se presenta viable teniendo presentes el proyecto burgués de liberalización y las necesidades del desarrollo neocapitalista con todas sus contradicciones.

Vistas las cosas no muy a largo plazo, hemos de pensar que este desarrollo de la fuerza política y sindical de la clase obrera, tendrá lugar en el cuadro de unas condiciones políticas que serán distintas a las del franquismo en su expresión más dura y fascista y que se aproximarán a las formas políticas de los regímenes « neofascistas » europeos, aunque indudablemente, con mayor cantidad de resortes de poder en manos de los grupos oligárquicos español que en otros países, ya que en España se inician las nuevas formas políticas después de 25 años de opresión y vacío político, sin tradición liberal o parlamentaria detrás de nosotros<sup>55</sup>. Dentro de esta perspectiva, que la clase obrera alcance la etapa postfranquista organizada sindicalmente en un potente movimiento unitario y democrático es un objetivo de vital importancia.

Así se plantea en el documento elaborado a primeros de año por un amplio grupo de militantes obreros miembros de diferentes « comisiones obreras ». En este importante documento, que reproducimos en el anexo 2, si dice: « aceptada la necesidad de unidad del movimiento obrero y de su independencia consideramos que el instrumento eficaz ha de ser la central sindical única cuyas bases de construcción deberán ser libre y democráticamente acordados por las asambleas de trabajadores realizadas con la colaboración de las organizaciones sindicales y obreras representadas en las empresas.

Estas asambleas deberán ser debidamente reglamentadas desde el escalón de empresa. Podrá acordarse la constitución de una Federación de Sindicatos de la misma rama de producción, un sindicato único, una cámara sindical o cualquier otra fórmula que se acuerde y que responda mejor a la voluntad de los trabaja-



dores. Consideramos que las actuales organizaciones de encuadramiento real y los movimientos de representación de los trabajadores deberán colaborar siempre y por encima de todo, en esta aspiración unánime de la auténtica unidad»<sup>36</sup>.

Se plantea pues la conquista de los « sindicatos » verticales desde dentro. Sin aceptar las maniobras « evolucionistas » de la burocracia sindical, pero sí apoyándose en ellas para avanzar. En esta línea está la declaración que a mediados de junio, hicieron las « comisiones obreras » de Vizcaya cara a las elecciones sindicales de septiembre en un documento dirigido a las autoridades para exponer su posición: « Conscientes de la ineficacia del sindicato actual, de sus estructuras caducas, de su falta absoluta de representación y de su incapacidad para resolver los problemas de la clase obrera, los trabajadores de Vizcaya han decidido participar en las elecciones sindicales con el único fin de constituir un sindicato auténticamente obrero, representativo y libre ».

Está claro que el nuevo movimiento sindical no surgirá de la noche a la mañana. Hay toda una serie de objetivos intermedios a alcanzar partiendo de las actuales estructuras y que son por los que luchan en estos momentos las « comisiones obreras »: desaparición de la línea política de mando, elección democrática de todos los cargos sindicales, separación de las ramas obrera y empresarial e independencia del Movimiento y del Estado.

Estas reformas no son indubablemente fines en sí mismas ya que la existencia de unos sindicatos obreros auténticos sólo es posible dentro del marco de una total democratización del país. Pero son reformas que conquistadas y controladas por la clase obrera, suponen el nacimiento de nuevos centros democráticos de poder. Los trabajadores conquistan así unos poderes no institucionalizados que modifican la actual relación de fuerzas y ponen las bases para alcanzar el objetivo final: la Central Unida y Democrática de Trabajadores. La lucha por este objetivo ha de ir acompañada con el planteamiento de los problemas que hoy se les presenta a la clase obrera. No hay que esperar a tener los auténticos sindicatos ya que plantearse reivindicaciones que superen las meramente salariales, hace ver con más claridad la necesidad urgente de un sindicato obrero independiente capaz de plantearlos y luchar por su solución.

Ante el problema de los salarios, por ejemplo, es necesario plantearse el problema de la **política de rentas**, pieza clave del Plan de Desarrollo. Con ella se pretende condicionar el aumento de los salarios, no sólo a la evolución de la productividad, sino a la estructura de las inversiones establecidas por el Plan. Este mecanismo, con el cual se enfrentan hoy las organi-

zaciones sindicales europeas que quieren defender la autonomía de la clase obrera, supone anular prácticamente la iniciativa de los trabajadores en la contratación de su fuerza de trabajo, poniendo una barrera dictada por los intereses del capital monopolista. Igualmente habría que plantearse los problemas de la Seguridad Social, de los accidentes de trabajo y las enfermedades profesionales<sup>37</sup>.

De la enseñanza profesional, que tiende a extenderse debido al crecimiento económico; los problemas de vivienda, sanidad, escuelas y transportes, especialmente graves para las clases trabajadoras en las grandes aglomeraciones urbanas.

Especial atención han de merecer los problemas derivados de las crisis de determinados sectores industriales, por ejemplo el textil en Cataluña o la minería del carbón en Asturias<sup>38</sup>. Estas situaciones plantean la necesidad de una fuerte lucha sindical a escala regional que evite que el peso de la reconversión industrial calga brutalmente sobre la clase obrera y que consiga al mismo tiempo imponer aquellas soluciones que pongan en contradicción la reconversión capitalista.

También existe otra serie de problemas que si aún no se plantean con fuerza, es necesario comenzar a trabajar sobre ellos ya que daba su importancia, la postura que el sindicato y los partidos adopten sobre ellos condicionará el logro de los objetivos revolucionarios.

Uno de ellos es el de la **autonomía sindical**. En la sociedad neocapitalista es imposible plantearse un problema reivindicativo sin chocar con el Estado, lo que lleva al sindicato a adoptar posiciones consideradas en otros tiempos como políticas. En esta sociedad, en la que el Estado y los monopolios se confunden, el sindicato, catalizador y lugar de elaboración de la conciencia de clase, no puede ser tratado como fuerza de apoyo de una lucha política de la que los partidos pretenden conservar la exclusiva. La relación entre **movimiento político** y **movimiento sindical**, ha de ser una relación dialéctica y no de subordinación, ni de oposición. Los partidos deben reconocer que el centro político de gravedad se ha desplazado y que su tarea principal es la de construir junto con el movimiento sindical la gran fuerza popular capaz de conquistar la sociedad socialista. Si un partido se considera por definición dogmática vanguardia del movimiento obrero, es lógico que se considere justificado al intentar obtener la dirección abierta u oculta de todo movimiento u organización de masas. En este sentido la revisión de estos principios teóricos echarían por tierra muchas desconfianzas y allanarían el difícil camino de la unidad<sup>39</sup>.

\* NDLR. Véase en este volumen: Jorge Semprún, **La oposición política en España: 1956-1966**.



Por parte del sindicato se trataría de superar **tendencias corporativas y apolíticas** que limitan la lucha sindical a la defensa de intereses profesionales sin plantearse como objetivo final la transformación radical de la sociedad. Tendencia también a superar es también la **anarco-sindicalista** que considera al sindicalismo como único promotor de la revolución social, haciendo caso omiso de los partidos políticos.

Otro problema a tener en cuenta es el de la **expansión de las capas técnicas**, fenómeno que si en España no se da con la fuerza de otras sociedades neocapitalista, si comienza a presentarse como tendencia.

Es necesario investigar las transformaciones que la expansión del capitalismo y los cambios tecnológicos provocan, superando para ello todo análisis superficial de las capas sociales no proletarias, de sus tendencias de desarrollo y de las contradicciones que las oponen a la explotación monopolista.

El sindicalismo debe estar atento a estos fenómenos y darse cuenta de que el cambio en las estructuras sociales trae como consecuencia la ampliación de su base social a los técnicos y cuadros, los intelectuales de la enseñanza y de la investigación científica, etc. Todas estas capas están interesadas objetivamente en el fin de la hegemonía capitalista sobre la sociedad, lo que plantea al movimiento obrero la necesidad de revisar sus alianzas tradicionales para establecer las sobre estas nuevas bases.

No se trata de adoptar una visión instrumental de estas capas, sino de incorporarlas a la lucha sindical y política.

Bruno Trentin dice que «en el sector industrial, la profundización y el reexamen del problema de las alianzas deberá llevar al movimiento obrero a elaborar con más claridad y autonomía una política que no se limite a señalar su convergencia con las reivindicaciones de las categorías no monopolistas de productores, sino que sepa ofrecer a estas categorías una alternativa real al proceso de expansión dirigido por los monopolios, proceso en el cual algunas de ellas buscan hoy integrarse o en el cual otras creen poder sobrevivir».

El reconocimiento del retraso histórico y estructural de la sociedad española plantea otro problema importante al sindicalismo futuro ya que el dualismo en el desarrollo económico hace sentir su peso sobre el movimiento obrero. Mientras el norte presenta una serie homogénea y dinámica de luchas, el sur la presenta de tipo estacionario y tradicional. Este fenómeno plantea el peligro de ruptura en la unidad de las luchas obreras.

Sin embargo, hemos de tener presente que el desarrollo capitalista, cuando se desenvuelve bajo la dirección de los monopolios es un todo. La expansión de las zonas industrializadas y la degradación de las atrasadas son las dos caras del mismo fenómeno. Sobre esta base es necesario pensar en la elaboración

de una conciencia unitaria que tienda hacia objetivos comunes, aunque las situaciones sean diferentes. Dentro de estas perspectivas entraría el problema de la alianza indispensable de la clase obrera con los campesinos, así como el de la teoría y organización del sindicalismo agrario<sup>40</sup>.

Por último hemos de citar los problemas que a un sindicalismo democrático en España le plantearía una posible integración económica en Europa. La internacionalización de la economía, las alianzas y los cártels económicos por encima de las fronteras nacionales, plantea la necesidad de la coordinación del movimiento obrero a escala internacional y el sindicalismo español tendrá que participar en esta acción coordinada. Los cuadros del «nuevo» movimiento obrero, las «comisiones obreras», los grupos sindicales y partidos con visión revolucionaria, los intelectuales que están estrechamente ligados a este movimiento real, deberán unir todos sus esfuerzos para ponerse a la altura de las circunstancias.

La realización de estudios sobre estos problemas, el perfeccionamiento de los análisis globales de la sociedad española elaborados hasta ahora, la acción sindical y política basada en una estrategia socialista correcta, son las bases que permitirán el movimiento obrero español pasar decididamente a una estrategia ofensiva.

Así los capitalistas se enfrentarían con una lucha política generalizada, y la clase obrera, conquistará desde el presente poderes que la prepararán para la futura dirección de la sociedad, asumirán, en suma, su papel de clase potencialmente dirigente.

## Anexo 1. Conversaciones CNT-CNS

**Abril 1965: Documento «Ante la problemática sindical española».** Sirvió como base para las primeras discusiones.

**Resumen: «Exposición de motivos»** (Evolución del Régimen — superación del conflicto de guerra civil — la nueva generación.

**«Nuestra concepción del sindicalismo»:** «El sindicalismo aún y no siendo el factor determinante de las condiciones éticas de la vida del hombre, puede ser y lo será el sistema políticoeconómico que ha de sustituir al capitalismo de empresa y al capitalismo de Estado como muy superior para encauzar los problemas humanos en condiciones de dignidad y libertad...».



« La ciencia y la técnica deben estar en el futuro al servicio de la humanidad, no la humanidad ser objeto de la ciencia y manipulada por la técnica. Para tan altos fines, el sistema capitalista es inservible, y más inservible, sobre ser nefasto, el totalitarismo marxista... ».

« **Cooperación sindical** »: Ante las motivaciones que dejamos expuestas y para nuestra incorporación a las tareas constructivas dentro de nuevas estructuras, en cooperación con otras fuerzas que sientan nuestras mismas inquietudes y estén dentro del espíritu humanista y comunitario que dejamos expuesto, ofrecemos nuestra cooperación, entendiendo por cooperación no una abdicación de nuestras propias convicciones, ni mucho menos un propósito de sumisión a nuestro ideario por los que con nosotros puedan cooperar... ».

« Entendida así nuestra cooperación y para llevarla adelante, señalamos las siguientes premisas:

1. **Sindicatos únicos y democracia sindical**: En el momento actual, cuando se trata de armonizar nuevas estructuras en todas las esferas de nuestra sociedad, la pluralidad de sindicatos bajo distintas corrientes políticas, significaría un mayor conflicto, no solamente para la propia clase trabajadora, sino para la sociedad misma. El sindicalismo libertario siempre ha sostenido la necesidad del sindicato único. Hoy, ante las razones presentes, reafirmamos esta postura, la cual, como siempre hemos sostenido, puede y debe ser compatible con el planteamiento formativo, libre y sereno, de las diferentes opciones doctrinales a las que los trabajadores prefieran adscribir sus libertad y sus esfuerzos en el seno de sus sindicatos, mediante la asociación voluntaria de los grupos, diferenciados doctrinalmente en el sindicato único, pero formando todos, como fuerza obrera homogénea, la más estricta unidad determinada por la ley de mayorías en libre acuerdo de las asambleas, cuyas decisiones todos estarán obligados a respetar y cumplir.

2. **Independencia sindical**: Estimamos que los trabajadores deben asumir plena responsabilidad en la dirección y administración de sus asociaciones profesionales, rechazamos toda dependencia estatal o control de partidos políticos. De la misma manera que se deberá producir la total separación del sector patronal en los sindicatos obreros, constituyendo los patronos sus asociaciones específicas de empresarios, si así lo estiman conveniente.

3. **Control sindical de la economía social**: Control efectivo por los sindicatos obreros en todo el sector de la economía social al que alcance la gestión trabajadora: Banco sindical y cooperativo, mutualidades laborales, cooperativas, empresas colectivizadas; además de la gestión de la cuota sindical y de todo el ahorro laboral

y sus aplicaciones inversoras; seguridad social, montepíos laborales, universidades, laborales, empresas municipalizadas y nacionalizadas, etc.

4. **Intervención sindical en las instituciones sociales**: En los sistemas de educación superior y media, técnica y profesional, medios públicos de información y comunicación, representación directa en la Administración y legislación de la sociedad a escala municipal, provincial y nacional.

5. **Derecho de huelga**: Como instrumento de defensa trabajadora ante los abusos capitalistas que no se puedan reprimir por otros medios solo limitados por leyes que protejan, no el interés del grupo capitalista sino el interés general del país ».

**Iniciativa cooperadora**. « Para llevar adelante el plan propuesto es preciso montar el instrumento adecuado y dotarlo de la capacidad de proyección necesaria. A tal efecto, consideramos que el organismo legal puede ser el Instituto de Estudios Sindicales, por resumir este todas las condiciones formales en cuanto a facultades y cometido para los fines que proponemos. Cada una de las corrientes ideológicas dispuestas a cooperar designaría un equipo de hombres que se constituirían en Ponencia dentro del Instituto para elaborar un dictamen sobre las líneas generales trazadas en esta exposición de motivos, abarcando los puntos siguientes: 1) Ideario político social de la organización sindical. 2) Estructuración orgánica y mecánica sindical. 3) Tácticas de acción sindical, política y económica. 4) Estatutos generales.

El dictamen emitido por esta ponencia debería ser ratificado por los sectores en ella representados para poder entrar en vigor. Una vez conseguida la aprobación del dictamen por las partes afectadas, se procedería a la constitución de un comité nacional de la organización sindical, integrado por las diversas corrientes aliadas. Este comité sería el que pondría en práctica el dictamen por el que habría de reagirse la organización sindical española.

4 de noviembre de 1965: « Resolución preliminar sobre el sindicalismo obrero español. Las dos partes resumen sus acuerdos iniciales en puntos.

1. En unos momentos en los que se trata de armonizar nuevas estructuras en todas las esferas de nuestra sociedad, la pluralidad de sindicatos, bajo distintas ideologías políticas, significarían un grave daño y conflicto no sólo para la propia clase trabajadora, sino para la sociedad en su conjunto. Por todo ello, el sindicalismo debe ser **único**, mientras que los trabajadores serán libres para profesar ideas o creencias, con arreglo a su propia conciencia individual. **La afiliación será automática** en cuanto se ejerza una actividad laboral o de



producción, y no se producirán discriminaciones políticas, religiosas o de otra clase en cuanto que afectaría a los derechos inalienables de la persona humana.

2. Los principios de constitución del sindicalismo son los siguientes: a) autogobierno por parte de los trabajadores de sus organizaciones estructuradas democráticamente. b) Independencia respecto al gobierno, a la Administración o a cualquier otra entidad oficial del Estado. c) Autonomía respecto a las organizaciones políticas existentes, o que puedan existir en la nación. d) Diferenciación respecto a las organizaciones empresariales, sin perjuicio del mantenimiento o constitución de órganos de relación y coordinación de carácter institucional.

3. Los trabajadores encuadrados en sus organizaciones sindicales recaban el gobierno y la administración de las entidades que se engloban en la consideración de **mutualismo laboral**, señalando la conveniencia de que ese gobierno y administración sean compartidos por las organizaciones empresariales. Asimismo se hace necesario alcanzar la participación suficiente de los sindicatos obreros en cualquier empresa o instituciones sociales en todo los ámbitos: municipales, provinciales, regionales, nacionales o de naturaleza estatal o paraestatal; en las empresas nacionalizadas; en la planificación y ejecución de la política de desarrollo económico y social; y en los organismos representativos de gestión, de consulta y de legislación general.

4. La huelga constituye un recurso de fuerza que debe ser reemplazado por otro procedimiento de convivencia humana. No obstante, mientras las estructuras de la sociedad contemporánea permitan los abusos antisociales de los distintos sistemas de explotación económica, los trabajadores deben disponer del **derecho de huelga**, que equilibre su situación de inferioridad en la sociedad, respecto a los posibles infractores capitalistas. Este derecho se aplicaría una vez que, regulados convenientemente los conflictos colectivos, se agotaran todos los procedimientos de avenencia mediante la negociación y en este caso solamente serían lícitas las huelgas declaradas por las propias organizaciones sindicales. Idénticas garantías y requisitos serían exigibles para el lock-out empresarial.

5. El sindicalismo propugna el desarrollo del cooperativismo, tanto en el campo de la producción, como en el del consumo, por entender que constituyen un instrumento decisivo para alcanzar la reforma indispensable de las estructuras económicas, al fomentar un nuevo tipo de propiedad que acelerará la expansión de la renta nacional y hará más fácil y humana la convivencia de los factores de la producción.

\* Acuerdo complementario: A propuesta de la parte libertaria se acuerda trasladar esta resolución a los sectores obreros de la UGT y demócratas cristianos,

invitándoles a que decidan su actitud ante las líneas generales de este documento... ».

**6 de noviembre de 1965: « Circular del CN de la CNT a todas sus regionales y militantes ».**

« ...A petición de las regionales de Centro, Andalucía, Levante y Cataluña, en las que militan estos compañeros (los miembros de la Ponencia), el comité nacional recoge el documento mencionado (Resolución preliminar) y somete su contenido a la consideración de todos los militantes de la organización para que pronuncien con entera libertad su actitud personal ante tan importante y transcendental resolución... ».

« Con estas mismas fechas trasladamos oficialmente este documento cumpliendo su « acuerdo complementario » a las direcciones nacionales de la UGT, las HOAC y FST (demócratas cristianos).

« Varias incógnitas se nos plantearon al recibir este documento. Los compañeros que han participado en él han respondido de la siguiente manera: **Primero**. Los representantes del sindicalismo oficial que han aprobado los acuerdos de este documento gozan de plena autoridad, ya que obran con conocimiento del Sr. Solís, quien ha conocido estas resoluciones preliminares en su calidad de delegado nacional de sindicatos. **Segundo**: En las esferas del gobierno tienen conocimiento de estas gestiones y los representantes del sindicalismo oficial se muestran confiados en que se conseguirá de los poderes públicos la aprobación de estas conclusiones. **Tercero**: No sabemos si la ejecutiva de la UGT aceptará estas resoluciones, ya que está gobernada por el Partido Socialista y a éste sólo le interesan las organizaciones sindicales en cuanto instrumento político de partido, pero en España la mayoría de los ugetistas participarán del principio que encierra esta resolución. **Cuarto**: Los sindicalistas demócratas cristianos lamentan no haber estado presentes en estas negociaciones desde su iniciación y en estos momentos están debatiendo el documento presentado por nosotros. **Quinto**: Tenemos presentados varios esquemas cuyas copias os entregaremos, sobre estructuración orgánica, mecánica sindical y táctica de acción. Han sido debatidos en las reuniones y ha quedado claro el principio de la democratización de los sindicatos, mediante la creación de federaciones de industria y comités de coordinación sindical a todos los niveles, semejantes a nuestros comités confederales. Estos comités de coordinación serían constituidos por las representaciones directas de todas las tendencias aliadas, más los delegados directos de las federaciones de industria, cuyos comités directivos serán nombrados hasta el máximo nivel libremente por los trabajadores. Pero todo este plan ha sido postergado, para que en él puedan participar todas las organizaciones invitadas. **Sexto**: Con la entrega de estas conclusiones al comité nacional termina la gestión particular del



grupo que la inició, y será ya, oficialmente la CNT, quien deberá continuar las negociaciones, junto con las representaciones oficiales de las demás organizaciones... ».

**16 de noviembre de 1965: El CN de la CNT envía la información a la UGT.**

**27 de noviembre de 1965: Respuesta de la UGT que dice así:**

« Madrid, 27 de noviembre de 1965. Al firmante de la comunicación de fecha 16 de noviembre de 1965: « Hemos leído y estudiado la comunicación que nos envía con fecha 16 de los corrientes y la Resolución Preliminar que la acompaña. No hemos de ocultar la estupefacción que estos textos nos han producido ni nuestra total disconformidad con los mismos, como ya lo teníamos expuesto anteriormente.

La Resolución Preliminar es realmente un extracto de cuanto en estos últimos tiempos vienen manifestando los dirigentes del sindicalismo vertical oficial, y en ella no advertimos ni el más leve indicio de novedad en cuanto a la orientación de los sindicatos oficiales al sindicalismo libre.

Lamentamos que se haya creído usted en el deber de comunicarnos los textos de referencia, que ya conocíamos al leer los discursos y manifestaciones de los jefes de la organización sindical. Deseamos sinceramente que se percate usted de la inutilidad de sus discutibles propósitos. Le saluda. La Unión general de Trabajadores.

**5 de diciembre de 1965: Pleno extraordinario nacional de regionales, celebrado por la CNT.**

Las regionales representadas fueron: Centro (3 delegados); Norte (1 delegado); Asturias (3 delegados); Galicia (1); Cataluña (2); Levante (1). El Pleno aprobó las gestiones realizadas y el acuerdo de Resolución preliminar, con el voto en contra de una representación regional (Asturias). No obstante esta regional aceptó la resolución por respeto al voto mayoritario.

Además de ser aprobadas las gestiones realizadas, el pleno acordó que en lo sucesivo y para proseguir las conversaciones con los representantes de la CNS el equipo nombrado originalmente fuese integrado a la vez por un representante de cada regional.

**Enero 1966: Manifiesto « la CNT ante el pueblo español ».**

« ...La CNT considera que la primera medida práctica y efectiva en la actual evolución española, es conceder a los trabajadores la plena soberanía en las actividades sindicales para que puedan configurar sus estructuras; elegir libremente a sus representantes y tomar conciencia colectiva de los problemas que les afectan en su calidad de productores y ciudadanos. De conformi-

dad con este criterio, un grupo de militantes y de la CNT ha dialogado últimamente con dirigentes del sindicalismo oficial. Conjuntamente han abordado los problemas fundamentales del movimiento obrero español, coincidiendo en la necesidad inmediata de establecer una base de colaboración en la que puedan participar todas las tendencias obreras... ».

« ...La puesta en práctica de las conclusiones iniciales aprobadas por la CNT y el sindicalismo nacional, garantizará el firme comienzo de la democratización sindical y el primer paso decisivo en la evolución política de nuestro país... ».

**Marzo 1966: Manifiesto de la CNT titulado « Las cosas claras »**

El comité nacional de la CNT responde en él a las críticas de diversos sectores anarquistas.

« ...Para los que no conocen las particularidades y normas orgánicas de la CNT diremos que el comité nacional de nuestra organización siempre ha residido en España; que jamás se exiló y en todas las ocasiones ha sido nombrado por nuestras regionales reunidas en Pleno Nacional... ».

« ...El llamado secretariado intercontinental de la CNT, con residencia en Toulouse, es un organismo creado para mantener las relaciones entre todos los grupos de la CNT en el exilio y sólo a éstos representa legalmente. El comité nacional de la CNT de España no tiene ninguna clase de relaciones con el secretariado intercontinental de Toulouse ni nunca las ha tenido desde que al frente del mismo se encuentra el actual secretario, por no haber querido la CNT de España someterse a los dictados que dicho secretariado intercontinental ha pretendido imponernos... ».

El comité nacional desautoriza las declaraciones hechas por este secretariado y por un comité nacional que él considera fantasma y que expide circulares desde Francia al interior. Hace un llamamiento a los militantes libertarios para que definan sus posiciones.

Los esquemas a que se refieren el punto 5 del Informe de la CNT a las Regionales de 6 de noviembre de 1966, están contenidos en el Dossier « Proyección del sindicalismo español ».

**1. Esquema sobre ideario del sindicalismo obrero español**

1. Presentación; 2. Ante la persona humana; 3. Ante la religión; 4. Ante el Estado; 5. Ante la propiedad; 6. Nuestra concepción sindicalista.

**2. Esquema sobre estructuración orgánica y mecánica sindical**

1. Consideraciones previas; 2. Las federaciones de industria; 3. Consejo sindical de relaciones laborales; 4. los comités confederales; 5. El consejo económico



social. (Fechados en agosto de 1965. Resumidos al final del dossier).

## Estructuración

«Esquema sobre estructuración orgánica y mecánica sindical»

### 1. Consideraciones previas

«Al trazar los esquemas de estructuración y mecánica interna de la organización sindical, lo hacemos sobre estas cuatro consideraciones básicas:

1. Asegurar la colaboración ordenada y creadora entre las distintas corrientes ideológicas del sector obrero español dentro de la organización sindical, a través de unos organismos rectores que tengan la máxima responsabilidad orgánica a todos los niveles, y que garanticen la incorporación activa de muchos hombres hoy dispersados, sobre un máximo común denominador, basado en la total independencia de los sindicatos de manera que sean siempre los trabajadores y en todas partes los que gobiernen sus asociaciones y decidan la acción permanente de la organización en todas sus actividades.

2. Articular las estructuras sindicales de acuerdo con la nueva programación, reformando y adaptando las existentes y sus normas de acción al definitivo ideario político social de la organización dándoles la más correcta autenticidad dentro de las nuevas líneas trazadas.

3. Montar los organismos de relaciones permanentes entre empresarios y trabajadores a todos los niveles, de manera que, existiendo orgánicamente ambos sectores perfectamente diferenciados, se garanticen entre ellos las más correctas relaciones, así como para asegurar la máxima cooperación en todos los aspectos económicos y sociales que puedan afectar a la comunidad nacional.

4. Dotar a la organización sindical de la mayor capacidad de intervención en la vida pública, mediante su cooperación, con todos los sectores que representan la economía de la nación, en unos órganos colegiados, a todos los niveles geográficos del país, que deberán quedar integrados en el consejo económico social.

### 2. Las Federaciones de Industria

El **jurado obrero** es ante la dirección de la empresa la representación oficial del sindicato y a la vez, la representación directa de los obreros de la empresa. **Legalmente** es el organismo obrero de relaciones permanentes con la dirección de la empresa.



Ante el sindicato representa a los trabajadores que le han dado el nombramiento y ante estos trabajadores representa a las superiores estructuras sindicales. **Orgánicamente** es la estructura primaria legal del sindicalismo obrero, mediante sus enlaces permanentes con el sindicato respectivo.

Cuando un problema interno de la empresa no halle solución directa entre el jurado obrero y la dirección de la empresa, deberá ser trasladado por cualquiera de las dos partes, al consejo sindical de relaciones laborales del sindicato respectivo, como organismo inmediato superior de mayor capacidad resolutoria.

**Sindicato Local:** Todos los productores deberán estar organizados dentro de un sindicato local, a través de sus respectivos jurados de empresa, o delegados sindicales de las pequeñas empresas en las que no existe jurado.

El sindicato local se bifurca en dos direcciones. Por un lado se integra en la Federación Nacional de Industria que le corresponda a través del sindicato provincial con el que está enlazado, como eslabón inmediato superior.

Por otro lado se integra en la confederación nacional, mediante su incorporación directa a la federación local de sindicatos de su respectiva localidad.







En la primera vertiente queda federado en su industria nacional para todos los efectos específicos de la economía de esa industria y también a todos los efectos laborales.

En la segunda vertiente queda confederado mediante su incorporación a la Federación local de sindicatos, con plena responsabilidad en todas las actividades de orden político, económico y social que la organización sindical ejerce en la vida comunitaria, a todos los niveles geográficos.

Hay una tercera relación con los consejos sindicales de relaciones laborales. En esta línea ascendente vemos como los sindicatos locales de una industria quedan integrados en su respectivo sindicato provincial. De la misma manera, todos los sindicatos provinciales de la misma rama industrial, quedan incorporados a la correspondiente federación regional de industria. A esta escala regional toma la organización sindical de industria el nombre de federación, todas las federaciones regionales integran la federación nacional de la industria correspondiente. Por otro lado, y en todas las

escalas superiores a la local, quedan de la misma manera que en ésta, integrados los sindicatos y federaciones regionales y nacionales de industria, dentro de la confederación nacional, a través de las comarcales, provinciales y conferencias regionales, formando una perfecta unidad sindical, dentro de la variedad de todas las partes federadas y confederadas.

Todos los cargos directivos, desde el jurado de empresa hasta el comité nacional de la federación de industria, se harán por elección directa de los trabajadores representados.

### Sindicato Nacional de Industria

En tanto subsistan las tendencias que se integran en la organización sindical los comités confederales estarán constituidos, a todos los niveles, por un secretariado compuesto por las representaciones directas de estas tendencias ideológica en la misma proporción numérica, más los delegados directos de los sindicatos o federaciones, en calidad de vocales con voz y voto. Los actuales delegados locales, comarcales, provinciales y nacionales de la organización sindical podrán quedar integrados en los comités confederales, como parte integrante del secretariado, junto con las representaciones de las otras corrientes ideológicas.

### 3. Los comités confederales

La Confederación Nacional de Sindicatos está representada por un comité nacional, constituido por un secretariado que representa a las diferentes corrientes ideológicas del movimiento obrero español integradas en la organización sindical. Este secretariado está rodeado por un cuerpo representativo de todos los estamentos que compone la confederación nacional, y que actúan en calidad de vocales con voz y voto, entre los que recaen los diferentes cargos de las secciones, departamentos, consejos, etc. de este organismo nacional. Dichos vocales son de un lado los representantes de las federaciones nacionales de industria, que representan a las ramas de producción en sus dos peculiares aspectos: económico y laboral. Y de otra parte los representantes de las confederaciones regionales, que representan la acción sindical en la vida política y social de nuestras regiones.

Las funciones del comité nacional son, aparte de sus relaciones internas con las federaciones nacionales de industria y con los comités regionales confederales, para todas las actividades internas de la organización, la representación pública en todos los organismos y actividades en que participa la organización sindical, entre las que destacan las relaciones internacionales



con los movimientos obreros de otros países, OIT, consejeros laborales en las empresas españolas, congresos internacionales del trabajo, etc.

En el orden nacional, la designación de los representantes sindicales en el consejo nacional económico social, Cortes, Montepíos laborales, etc.

Los montepíos laborales, obra sindical del hogar, educación y descanso, universidades laborales, escuelas de formación profesional, y en general, todos los organismos o servicios con los que tienen relación o dependen de la organización sindical, serán orientados, controlados o intervenidos según los casos, por los comités confederales, a sus respectivos niveles. La prensa obrera y demás medios de información los comités confederales les darán la orientación marcada por la línea política de la organización.

La verdadera concepción democrática se asienta en el principio de admitir la variedad dentro de la unidad (ni separatismo — ni centralismo).

Nuestra organización puede ofrecer un esquema de posible solución social a este intrincado problema, mediante sus propias estructuras sindicales. Estas estructuras sindicales las venimos desarrollando dentro de una mecánica, en la que aparece en primer plano y como soberana en la acción conjunta, la personalidad del individuo dentro del grupo, y de otro lado, la personalidad del grupo dentro de la nación, sin que ninguna de ambas personalidades se pierda en una rigidez centralizadora, ni sin que esta estructuración debilite en lo más mínimo la unidad nacional.

A este nivel regional adquiere nuestra organización el nombre de **Confederación Regional**. Está constituida por una doble representación: la del trabajo dentro de la región y la política social dentro de su provincia. La representación del trabajo la ostentan las Federaciones regionales de industria, mediante un delegado directo al comité regional; la representación política y social está presente mediante un delegado de cada una de las federaciones provinciales.

Todos estos delegados son vocales con voz y voto en el comité de la confederación regional, al frente del cual figura un secretariado como en los anteriores comités confederales, integrado por las representaciones de las distintas corrientes ideológicas de la organización sindical.

Las funciones del comité regional son en su esfera de acción las mismas que hemos señalado a los anteriores comités confederales. A este nivel adquieren una mayor importancia las actividades sindicales, en el terreno económico y social, a través de los consejos del mismo nombre. Los planes de desarrollo tendrán que sentar la base de sus actividades en las realidades económicas y sociales de las regiones. Hacer participar a la organización en esta tarea colectiva exigirá crear los organismos adecuados para los fines que se persiguen.

**La Federación Comarcal** es el organismo confederal representativo de las federaciones locales y de todos



los pequeños sindicatos de industria, agricultura, oficios varios o servicios de una comarca. La constitución de este organismo está hecha a base de un secretariado constituido de la misma manera que el de las federaciones locales. Como no existen sindicatos comarcales, los vocales de la federación comarcal serán designados en pleno comarcal de sindicatos locales, como delegados directos de estos plenos que actuarán con voz y voto.

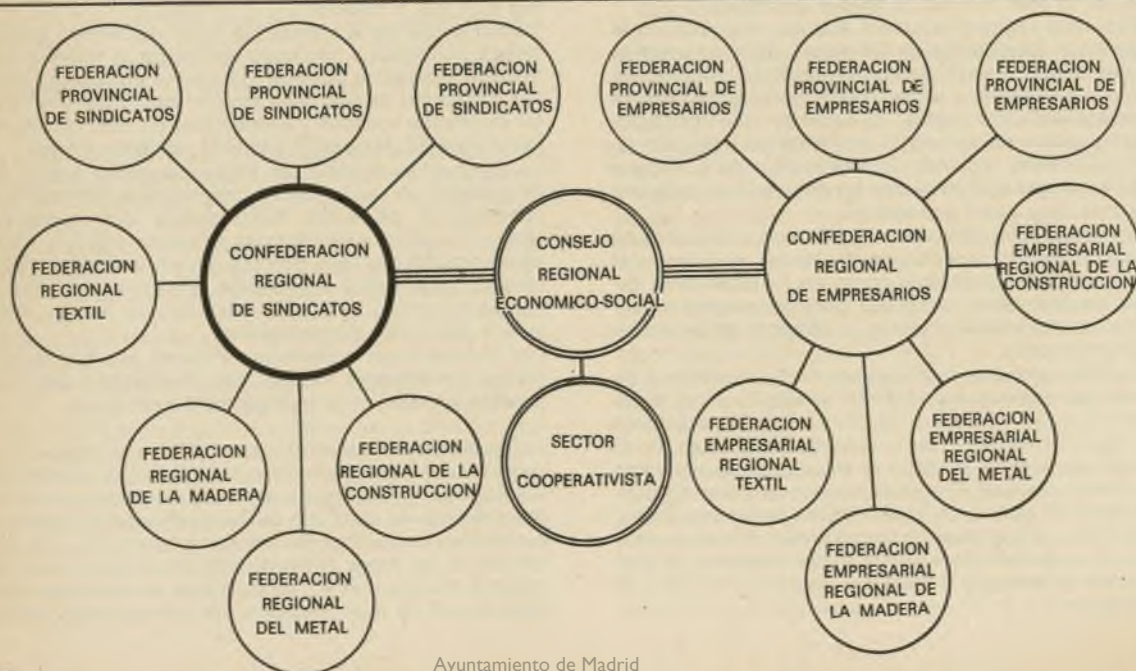
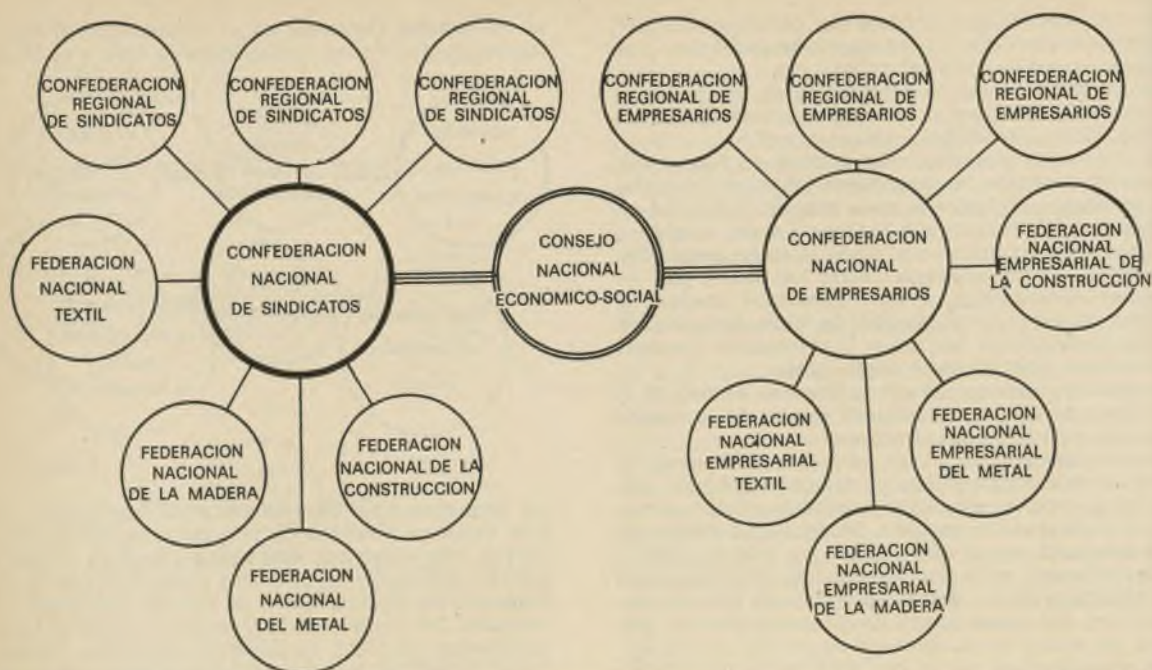
Tienen excepcional interés las funciones de las federaciones comarcales, teniendo en cuenta la enorme cantidad de pequeños pueblos existentes en nuestro país, sin capacidad propia para atender servicios y acometer empresas sociales y económicas de todo orden que los planes de desarrollo y la vida moderna exigen.

La agrupación sindical de estas pequeñas zonas demográficas en extensiones comarcales, permitirá la constitución de estas federaciones con capacidad real y efectiva, para abordar y dar solución a todas estas actividades, que de otra manera sería imposible afrontar de forma organizada. Estas actividades a escala comarcal serán las mismas que hemos señalado a las federaciones locales.

Las federaciones comarcales enlazan con las federaciones provinciales respectivas, quedando integradas a estos niveles en la confederación nacional.

**La Federación Provincial** se constituye a base de un secretariado integrado por las distintas corrientes ideológicas de la organización sindical, más un delegado directo de cada uno de los sindicatos de industria provincial, en calidad de vocales con voz y voto. Las funciones de estas federaciones provinciales son las mismas en sus niveles provinciales, que hemos señalado dentro de sus esferas, a las federaciones locales









y comarcales. Adquieren, como es natural, mayor extensión y personalidad las actividades de la organización en el área provincial, que en la local y comarcal, especialmente por la configuración política de nuestra sociedad a través de las provincias. Los representantes sindicales en las diputaciones provinciales, consejo provincial económico social y en todos cuantos organismos de carácter provincial participe la organización estarán bajo la orientación y control de estas federaciones provinciales.

**La Federación Local de Sindicatos** quedará constituida por un secretariado compuesto por las diferentes tendencias ideológicas que existan en los sindicatos de la localidad y que figuren integrados a escala nacional, más un delegado directo de cada sindicato local en calidad de vocales con voz y voto. La designación y las funciones de cada uno de sus miembros serán especificadas en los estatutos generales. La Federación local de sindicatos como organismo representativo de todos los sindicatos locales, es el po-





der armonizador en toda acción conjunta del sindicalismo local. Tiene autoridad suficiente para intervenir acerca de cualquier sindicato que presente dilemas que puedan afectar a los demás sindicatos locales o que vulneren las normas o los estatutos generales de la organización, de la misma manera que en sus respectivos niveles pueden hacerlo los superiores comités confederales.

La Federación local de sindicatos es la representación unitaria de los sindicatos de la localidad en todas las esferas de la vida comunitaria local. Este organismo es quien nombra, orienta y controla la actividad de los representantes sindicales en el municipio en el consejo económico social y en todos los organismos e instituciones en que el sector obrero tenga participación.

La federación local de sindicatos está enlazada con la federación comarcal respectiva, e integrada por ese canal en la confederación nacional.

#### 4. Consejo Sindical de Relaciones Laborales.

Al adquirir el sindicalismo obrero vida legal, con reconocimiento jurídico en la sociedad contemporánea, queda equiparado a todas las demás instituciones de la nación, en cuanto a entidad con derechos y deberes, dentro del conjunto comunitario.

En la práctica de sus derechos, aparece en primer plano la defensa de los intereses del sector obrero que representa ante el sector empresarial con el que aparece vinculado en la vida económica de la sociedad. Pero la sociedad que garantiza estos derechos a sus instituciones, exige a cambio unos deberes que, en la pugna inevitable capital-trabajo, obliga a ambos sectores a practicar en sus litigios métodos que no perturben los demás intereses y la armonía de la vida social. Dentro de este mecanismo ordenado de la democracia nuestro sindicalismo se alinea con plena responsabilidad en estas reglas, creando los organismos legales con poderes resolutivos, para entender en todos los conflictos laborales que se puedan producir, mediante los consejos sindicales de relaciones laborales.

A través de las históricas luchas del sindicalismo obrero hemos llegado a la convicción de que conflictos y diálogo no se excluyen, aunque se oponen y condicionan en una unidad dialéctica de todos los instantes y a todos los niveles. Por violentos que sean, pocos conflictos existen que no conduzcan finalmente a un diálogo. En la pugna constante entre capital y trabajo las conversaciones directas colectivas tienen una significación verdaderamente revolucionaria, por el hecho de que concretizan frente a las direcciones de empresa, un poder rival al servicio de los trabajadores. Para estos fines constituimos los consejos sindicales de relaciones laborales.

Los consejos sindicales de relaciones laborales son unos organismos de personalidad propia y competencia legal, para entender en todos los conflictos que puedan surgir entre capital y trabajo. Son a la vez, mediante los dos sectores de la producción que representan, organismos de colaboración para los consejos económico-sociales, en todos los planos del desarrollo de la economía nacional.

Dichos consejos serán creados en todos los niveles de la estructura sindical de las federaciones de industria, con participación directa de las asociaciones empresariales y de los sindicatos obreros en igualdad de representación.

Estos consejos tendrán un secretario permanente, graduado en legislación social, designado conjuntamente por la representación obrera y patronal, que actuará en calidad de funcionario del consejo en todos los trámites del mismo; convocará las reuniones a petición de cualquiera de las dos partes; presidirá estas reuniones y actuará como asesor técnico en todos los asuntos laborales que planteen.

Será de competencia de estos consejos entender y resolver sobre todos los conflictos laborales que le sean planteados, tales como hacer cumplir a ambas partes la legislación social y laboral vigente; revisar cuando se le plantee, los contratos de trabajo; estudiar y confeccionar nuevos convenios colectivos; autorizar o denegar despidos por escasez de trabajo; autorizar o denegar sanciones individuales o colectivas por faltas cometidas por los obreros; evitar por medio del arbitraje los conflictos huelguísticos. Los jurados de empresa que no pueden resolver directamente con la dirección de ésta cualquier problema planteado, lo remitirán al consejo de relaciones laborales del sindicato local de su industria. El consejo del sindicato local que llegue a la misma situación en cualquier problema, trasladará el asunto al consejo provincial de su industria, quien habrá de resolver a la mayor urgencia o elevar el pleito a la magistratura provincial del trabajo.

#### 5. El Consejo Económico Social

Los sindicatos conservarán sin reservas su independencia en las relaciones con el Estado y continuarán siendo los defensores naturales de las reivindicaciones obreras. Pero su participación en las instituciones económicas, administrativas y legislativas de la nación, les tiene asociados en grandes responsabilidades, y estas responsabilidades nos autorizan a proponer las fórmulas que estimamos más útiles y adecuadas a los grandes planes en los que nos hallamos incluidos. Esta responsabilidad no hará sino aumentar a medida que los sindicatos se vean reconocer nuevos derechos, nuevos medios de acción y de participación.



Vamos a señalar el papel que puede desempeñar el sindicalismo obrero mediante su inclusión en las planificaciones económicas y sociales, dentro de la cooperación entre el sindicato y la empresa, con la asociación a estas tareas de todo el sector cooperativo, cada día más importante en nuestro país.

La conexión entre los órganos oficiales del Plan de Desarrollo y su ejecución de una parte, y el sector productor por otra, plantean problemas delicados y complejos. Dada la diversidad de las fuerzas productoras, estos problemas no hallarán solución mientras no se coordinen en organismos de convergencia y colaboración, de plena responsabilidad recíproca. La fuerza económica de la nación la constituyen estos tres sectores: la mano de obra con la técnica, representada por los sindicatos obreros; la economía privada representada por el capital financiero y la empresa; y la economía social, administrada por el sector cooperativista y el Estado. La asociación de estos tres sectores en unos organismos de cooperación mutua, libre y ordenada, es, a nuestro entender, la fórmula adecuada a los fines que todos perseguimos. Estos organismos pueden ser los Consejos Económicos y Sociales.

Al hacer estas proposiciones tenemos muy presente que la construcción de una democracia moderna debe hacerse progresivamente y por etapas y que sus órganos no pueden ser definitivos e instalados sino paulatinamente. Esto es verdad, cuales quiera que sean las condiciones del advenimiento de esta democracia: por evolución continua o a saltos. Hay pues que aceptar, al comienzo, fórmulas aproximativas ya que la misma necesidad de mejorarlas será el acicate que permitirá lograr con el tiempo decisiones más satisfactorias.

**Constitución:** A todos los niveles geográficos se constituyen los consejos económico sociales, coordinados nacionalmente sobre el mismo esquema que lo están los comités confederales de la organización sindical. Es decir, los consejos locales estarán coordinados dentro del consejo comarcal y los consejos comarcales dentro del consejo provincial; los consejos provinciales dentro del consejo regional y los consejos regionales dentro del Consejo Nacional. Esta coordinación representa la más perfecta unidad entre las particularidades locales y permitirá la máxima colaboración de todos los sectores responsabilizados directamente.

Los consejos económico sociales los constituirán las representaciones directas, en proporción a los efectivos que cada parte represente en sus propios niveles, por los siguientes sectores: los sindicatos obreros representados a través de sus comités confederales; el empresario a través de sus asociaciones profesionales, cámaras o hermandades; el sector de producción

cooperativo mediante sus uniones territoriales; y el sector consumidor a través de sus cooperativas de consumidores.

Al lado de las representaciones de procedencia económica y profesional debe darse lugar a una representación geográfica que permita a las regiones hacerse oír en el consejo económico nacional. Esta representación geográfica deberán asumirla delegados de los consejos regionales o un cuerpo electoral más vasto, compuesto también por los consejos provinciales y comarcales, dentro de los cuales están los comités confederales de esas mismas áreas geográficas y los organismos de esas mismas zonas.

Destacamos la conveniencia de que aparte las delegaciones de los grupos económicos y profesionales, es necesario la representación de los intereses regionales, lo que se llama el problema catalán o el problema vasco, debe encontrar su expresión en una asamblea económica y social si ésta quiere rendir cuentas de toda la realidad nacional.

El reclutamiento del consejo económico y social se hará siempre en estrecha relación con la realidad nacional, a fin de evitar representaciones inexactas.

La mecánica interna de los consejos económico-sociales se desarrollará de arriba a abajo en la recepción y estudio de los planes elaborados por la administración, y de abajo a arriba en las respuestas y participación en los consejos de estos planes.

— Los documentos e informaciones que resumimos, han sido extraídos de los siguientes documentos:

**Comunidad Ibérica.** Publicación bimestral anarquista, nº 20, enero-febrero de 1966. México.

«Proyección del sindicalismo español». Dossier que contiene los documentos resultados de las conversaciones. Publicado a ciclostil por la CNT.

**Sindicalismo.** Boletín de orientación libertaria. nº 1, abril de 1966.

## Anexo 2. Ante el futuro del sindicalismo

(El documento que reproducimos ha sido ampliamente difundido y enviado a los ministros y otras autoridades del Régimen).

Después de cuatro meses de un diálogo fraternal y sincero, un grupo de militantes del movimiento obrero he-



mos encontrado las bases sobre las que creemos que podría desarrollarse la lucha unida de los trabajadores. Ningún exclusivismo ni espíritu de grupo nos animó a esta labor. Nadie ha pretendido que triunfe una u otra de las tendencias que actualmente tratan de representar a los trabajadores y la realidad de su lucha. Sólo nos animó, aun reconociendo la diversidad de procedencias de cada uno, el mejor espíritu de servicio al movimiento obrero, por encima de cualquier otra consideración.

Cuando llegamos al punto final de nuestro acuerdo básico, queremos hacer llegar a todos los compañeros, a todos los que comparten la misma lucha y las mismas aspiraciones, el texto definitivo, en el que hemos logrado recoger y sintetizar cuanto llenó largas horas de trabajo y discusión.

1. El sistema capitalista genera y condiciona la lucha de clases. En un sistema socioeconómico capitalista no hay posibilidad de armonizar los intereses de los dos bandos en pugna, situados en posiciones contrapuestas. Por ello, en defensa y reivindicación de intereses contrapuestos e irreconciliables, no pueden admitirse más organizaciones sindicales que aquéllas que parten de esta clase. Repudiamos, por tanto, los llamados «sindicatos» actualmente existentes legalmente en la España capitalista en que estamos, fundamentalmente por no ser instrumentos idóneos para la lucha que los trabajadores necesitan desarrollar para la defensa y reivindicación de sus derechos.

2. Los trabajadores españoles han de luchar, por tanto, por la conquista del derecho de asociación obrera, universalmente aceptado y que nadie puede — moralmente — negarles; mientras que los sectores patronales han conservado en todo momento sus organizaciones, sus posibilidades de reunión, de diálogo y acuerdo para la acción coordinada, los trabajadores españoles han estado y están sometidos a la dura disciplina de una legislación que prohíbe sus asociaciones y que, además, les impone el encuadramiento en unos «sindicatos» estatales (cuyos dirigentes no han sido democrática y libremente elegidos por los trabajadores) que, para colmo, además, no les permiten defenderse eficazmente en la ininterrumpida lucha de clases, es decir, en la lucha justa que los trabajadores se ven obligados a desarrollar, para la defensa y reivindicación de sus derechos, en un sistema socioeconómico capitalista.

3. Los trabajadores, a lo largo de la historia del movimiento obrero, han comprobado que su fuerza, su capacidad, procede principalmente de la unidad de clase. Sumando pobreza, esfuerzos, experiencia y organización, han conquistado del sistema capitalista avances sociales que aunque limitados y circunstan-

ciales, parecían inalcanzables hace años. Pero, cuando la unidad se rompe, al igual que cuando faltan las bases elementales de libertad y de independencia, la acción de los trabajadores no es eficaz o no puede desarrollarse. De ahí la importancia fundamental, la trascendencia indiscutible de la unidad, al igual que de la independencia y de la libertad del movimiento obrero.

4. En virtud de la experiencia histórica y atendiendo a las exigencias de la unidad, afirmamos que las organizaciones del sindicalismo obrero deben ser plenamente independientes de todos los partidos políticos. Reconocemos, sin embargo, la posibilidad de existencia de partidos políticos identificados con las aspiraciones e intereses de la clase obrera.

5. Los trabajadores deben comprender claramente que forman un mundo marginado por la sociedad capitalista. Ellos son los desposeídos, los que reciben las migajas de un sistema socioeconómico injusto, no sólo en dinero sino también en cultura, en responsabilidad, en participación. Porque creemos que todos los hombres son originariamente iguales en derechos, la sociedad que les encuadra debe ser la sociedad de todos. Para ello, hay que cambiar las estructuras de la sociedad actual, concebidas sólo para el beneficio fabuloso de unos pequeños grupos, y el beneficio marginal, muchísimo menor, de un sector inmensamente mayoritario de la población. Con este fin, los trabajadores, rechazando las tentaciones de la sociedad capitalista, que sólo aspira a prolongar su vigencia engañando y comprometiendo a las masas populares, tienen que organizarse con plena independencia para desarrollar los planes que conduzcan a su emancipación y a la construcción de una sociedad para todos. Lo cual no quiere decir que, en ciertos momentos, no acepten determinadas acciones conjuntas con otras capas sociales, para la consecución de objetivos coincidentes.

6. Aceptada la necesidad de unidad del movimiento obrero y de su independencia, consideramos que el instrumento eficaz ha de ser la central sindical única, cuyas bases de construcción deberán ser, libre y democráticamente, acordadas por las asambleas de trabajadores, realizadas con la colaboración de las organizaciones sindicales obreras representadas en las empresas. Estas asambleas deberán ser debidamente reglamentadas desde el escalón de empresa. Podrá acordarse la constitución de una federación de sindicatos de la misma rama de producción, un sindicato único, una cámara sindical, o cualquier otra fórmula que se acuerde y que responda mejor a la voluntad de los trabajadores. Consideramos que las actuales organizaciones de encuadramiento real y los movimientos



de representación de los trabajadores, deberán colaborar siempre, y por encima de todo, en esta aspiración unánime de la auténtica unidad.

8. Ningún trabajador puede, moralmente, eludir la parte que le corresponde en la lucha de la clase obrera por su libertad y por la construcción de una nueva sociedad para todos. El movimiento obrero español logró, en otros tiempos, que nadie pudiera concertar un contrato de trabajo si no estaba previamente inscrito en un sindicato obrero. La lucha es de todos para todos y nadie puede eludir su responsabilidad ni puede permitírsele que lo haga ya que, con ello, perjudica a los demás trabajadores, a la lucha comunitaria desplegada en la que la unidad es imprescindible. Comprendemos que ahora solamente es exigible a los trabajadores su vinculación militante, su compromiso en la lucha. Deseamos que algún día, dispongamos del elemento legal que garantice la sola posibilidad del encuadramiento en la central sindical única, según la libre y espontánea voluntad de los trabajadores.

9. Nosotros creemos que es obligación de todos los militantes del movimiento obrero español colaborar:

- a) En la difusión de estas ideas para hacer frente así a los intentos redoblados de la burguesía capitalista para frustrar, una vez más, esta oportunidad próxima de organización unida de los trabajadores, que ya se perfila, superando los errores del pasado.
- b) Colaborar en todos los intentos de constitución de comisiones de enlaces y jurados, así como de militantes obreros, en los diversos sectores de trabajo, y abierta a todos para luchar en forma unitaria por las reivindicaciones inmediatas de derechos y la maduración del movimiento obrero. Las comisiones obreras, creadas por los propios trabajadores, son un movi-

miento independiente, sin subordinación a ninguna tendencia ideológica.

c) Cooperar a la coordinación de estos esfuerzos y de entendimientos entre cuantas entidades y personas luchan hoy, activa y sinceramente, en el seno del movimiento obrero.

Nunca el capitalismo ha regalado nada a los trabajadores. Si actuamos unidos, podremos alcanzar el éxito. Si nos prestamos a las maniobras enemigas sólo nosotros seremos culpables del mantenimiento de nuestra esclavitud. Los trabajadores son el único sector de la población española que tiene garantizadas, cara al futuro, unas organizaciones de masas. La burguesía capitalista sólo cuenta con la posibilidad de aglutinar grupos minoritarios. Si rechazamos las tentaciones fáciles y luchamos por los objetivos tradicionales y actuales del movimiento obrero, unidos y desde posiciones claras, nadie podrá arrebatarnos el triunfo final. Deseamos fervientemente que nuestras aspiraciones puedan realizarse por cauces pacíficos, cerrando definitivamente el ciclo de violencias que han ensangrentado en el último siglo a nuestra nación. Madrid, 31 de enero de 1966.

Relación nominal de firmantes por orden alfabético de apellidos: Julian Ariza (metal); Marcelino Camacho (metal); Manuel Deogracias (transporte); José Hernando (electricidad); Diego Cureses (metal); Ceferino Maeztu (prensa y artes gráficas); Víctor Martínez-Conde (prensa y artes gráficas); Serafín Peroul (metal); Juan Rubio (banca); Irene Santos (banca); Manuel Somoza (metal). Siguen adhesiones demás de cien miembros de la comisiones obreras del Metal, Prensa y Artes gráficas, Electricidad, Industrias químicas, Construcción, Banca, Transporte, y Combustible.

## NOTAS

1. Daniel Guérin, *Fascisme et grand capital*, F. Maspero, París, 1965, p. 179-180.
2. D. Guérin, *op. cit.*, p. 182.
3. D. Guérin, *op. cit.*, p. 187.
4. D. Guérin, *op. cit.*, p. 192.
5. D. Guérin, *op. cit.*, p. 193.
6. D. Guérin, *op. cit.*, p. 197.
7. D. Guérin, *op. cit.*, p. 199.
8. Sanz Orrio, *Los sindicatos españoles. Una creación para el mundo*, Madrid, 1948, p. 103.
9. F. Sanz Orrio, *op. cit.*, p. 67.
10. Véase S. G. Payne, *Falange. Historia del Fascismo español*, Ruedo Ibérico, París, 1965, p. 176 a 180.
11. Al frente del poderoso grupo de intereses industriales y financieros estaba por aquel entonces Demetrio Carceller. Durante la República fue uno de los miembros del grupo financiero que proporcionó ayuda a Calvo Sotelo y a J. A. Primo de Rivera. Al acabar la guerra formó parte del Consejo nacional, y en 1941 fue nombrado ministro de Industria y Comercio, cargo que ocupó hasta 1945.

12. Como ejemplo podemos tomar el de la Central Siderúrgica de Ventas, organización patronal que encabeza por Altos Hornos de Vizcaya representaba los intereses de la siderurgia española. Con la publicación de la ley de Unidad Sindical de 1940, este consorcio tenía que haberse encuadrado dentro de la organización sindical. Sin embargo, el consorcio se convirtió de la noche a la mañana en Central Siderúrgica, S. A., sociedad formada con capital de las principales siderúrgicas españolas. Igual camino de independencia siguieron las Cámaras de Comercio y Navegación, las Cámaras de Industria, la Asociación de fabricantes de cementos, el gremio textil algodonero, el centro de estudios y asesoramiento metalúrgico (CEAM), etc.
- El artículo de la Ley de unidad sindical que se refiere a este tema dice: «...aquellas asociaciones creadas para defender y representar total o parcialmente intereses económicos o de clase, lleven o no la denominación de sindicatos, asociaciones obreras, patronales, gremiales, etc., quedarán incorporadas a la organización sindical».
- El contenido demagógico de la ley de unidad sindical queda



claro, así como la impotencia de los jérfarcas « sindicales » para hacerse cargo de la representación real de los intereses capitalistas; impotencia, por otra parte, bien demostrada a lo estos 26 años de franquismo, ya que la polémica entre la organización sindical y el empresariado se mantiene.

Los problemas que planeaban el « poligrafo » comportamiento y los ambiciosos proyectos de Merino, así como las transacciones con los grupos capitalistas, se resolvieron, naturalmente, a favor de estos últimos, al fin y al cabo los auténticos vencedores de la guerra civil. El intento de Merino y sus amigos viene a ser el último intento falangista de post-guerra, tendente a encauzar y controlar la presión obrera tras el nacionalsindicalismo, como medio de conquistar una situación de poder dentro del sistema. Estos sueños terminan con la destitución de Merino y la cuidadosa purga en los « sindicatos ». Los nuevos jérfarcas aprenderán la lección y asumirán su verdadero papel: el de mercenarios del capital cuya misión será la de controlar la clase obrera e impedir su oposición a la despiadada explotación capitalista.

13. Sanz Orrio, *op. cit.*

14. La organización sindical Española, Madrid, 1961.

15. R. Tarnes, *España en el umbral de la integración.*

16. Políticamente la aprobación de la ley de convenios colectivo por estas fechas se explica, de un lado, por los movimientos huelguísticos que en marzo del 1958 sacudieron a Cataluña, País Vasco y Asturias, por otro, debido a las dificultades del gobierno español con la Organización Internacional del Trabajo.

En 1939 España había dejado de ser miembro de la OIT. En 1955 envía un observador a una de sus conferencias y en mayo de 1956 España es aceptada nuevamente como miembro. Sin embargo, el gobierno español no ha ratificado el convenio 87 sobre libertad sindical y protección de 1948, ni el convenio 98 sobre el derecho de sindicación y negociación colectiva de 1949.

La 137 reunión de la OIT celebrada en Ginebra en 1957 aprobó las siguientes recomendaciones:

« En vista de las circunstancias, el comité recomienda al Consejo de Administración: [...] b) Llamar la atención del gobierno español sobre la contradicción fundamental que existe entre la legislación vigente en España y los principios de libertad sindical que consagra la Constitución de la OIT en su preámbulo, la Declaración de Filadelfia y los Convenios sobre la libertad sindical y la protección del derecho de sindicación, 1948, y sobre el derecho de sindicación de negociación colectiva 1949. Urgir al gobierno para que enmiende su legislación a fin de hacerla compatible con estos principios y, en particular, en los principios de que: I) Los trabajadores deben tener el derecho, sin autorización previa, de constituir las organizaciones que les parezca convenientes, así como el de afiliarse a las mismas. II) Esas organizaciones deben tener el derecho de redactar sus estatutos, elegir libremente sus representantes, organizar su administración y sus actividades y formular su programa de acción debiendo las autoridades públicas abstenerse de toda intervención que pueda limitar su derecho y obstaculizar su ejercicio legal; y III) las organizaciones no deben estar sujetas a disolución o suspensión por vía administrativa.

c) Llamar la atención del gobierno sobre el principio enunciado por la Conferencia Internacional del Trabajo en su 35ª reunión [1952], en su resolución sobre independencia del movimiento sindical, según la cual « los gobiernos no deberían tratar de transformar el movimiento sindical en un instrumento político y utilizarlo para alcanzar sus objetivos políticos. No deberían tampoco inmiscuirse en las funciones nor-

males de un sindicato, tomando como pretexto que éste mantiene relaciones libremente establecidas con un partido político ».

Con la aprobación de la ley de convenios colectivos no se solucionaron, sin embargo, los problemas con la OIT. Con motivo de la entrada en vigor de la nueva legislación el comité del Libertad Sindical de la OIT declaró que « la necesidad prevista por la ley, de la aprobación previa del gobierno para la entrada en vigor de un convenio colectivo, es contraria al principio del mismo de negociaciones voluntarias, según cuyo principio, debe reconocerse a los sindicatos el derecho de tratar de mejorar mediante negociaciones colectivas, las condiciones de vida y de trabajo de sus representantes y las autoridades públicas deben abstenerse de toda intervención para limitar tal derecho ».

17. Mucho menos podía librar luchas directamente políticas contra la dictadura franquista. Hoy desde nuestra perspectiva, podemos explicarnos la falta de eco encontrada por la Huelga Nacional Pacífica concebida como una amplia acción de masas antifranquista.

Años	Número de Convenios	Número de Empresas	Número de trabajadores
1958	1	1	361
1959	179	53 760	427 686
1960	166	44 403	87 084
1961	412	93.949	771 652
1962	1 707	649 446	2 047 383

Fuente: *Diario Arriba*, 16 de febrero de 1963.

18. Véase « Las nuevas relaciones laborales », E. García, *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n. 5.

19. La táctica de acción dentro de los sindicatos, utilizando las más mínimas posibilidades legales y combinándola con la actividad ilegal, había ya sido hecho suya por el PCE anteriormente. (Véase « Encuesta sobre la oposición sindical », y S. Carrillo « En torno a la encuesta sindical de Nuestra Bandera », *Nuestra Bandera*, n. 33 y n. 35 de 1962). Igualmente fue practicada por militantes de otras tendencias, principalmente católicos de la HOAC y de la JOC. La acción sindical de los militantes católicos les llevó a un enfrentamiento con los « sindicatos » y a presionar continuamente sobre la jerarquía eclesiástica exigiéndole en vano que demostrarán su oposición a tales estructuras. En esta perspectiva hemos de ver la polémica mantenida entre el cardenal primado Pla y Deniel y Solís en noviembre de 1960.

20. Véase Jean Marie Vincent, « Les difficultés du syndicalisme », *La Nouvelle Revue Marxiste*, n. 2, noviembre 1961.

21. S. M. Vincent, *op. cit.*, p. 10 y 11.

22. Véase Pedro Lamata Megías, Conferencia en la VII semana de Estudios de la Escuela social de Valencia (julio de 1965). Conferencia en la Sociedad parlamentaria de Bonn (Alemania) sobre « Historia y desarrollo de los sindicatos españoles » (julio de 1965). Discurso en San Sebastián con motivo de la constitución del consejo sindical de Guipúzcoa (12 de agosto de 1965). Conferencia en el círculo mercantil e industrial de Vigo dentro del ciclo de conferencias del XXIII curso universitario de verano sobre « El sindicalismo como vehículo de unidad social » (23 de septiembre de 1965). (Recogidas de la prensa diaria).

23. Iglesias Selgas, *Los sindicatos en España*, Ediciones del Movimiento 1965, p. 453.

24. 1. La creación de los consejos de trabajadores es acordada en el III congreso sindical. Se organizan a nivel nacional y provincial. El consejo nacional de trabajadores está for-



mado por delegados de los sindicatos nacionales y de los consejos provinciales de trabajadores; y la **comisión permanente** formada por los presidentes de las secciones de trabajadores de las entidades sindicales, por un presidente, elegido entre los anteriores, y una secretaria que ocupa directamente, sin elección, el vicesecretario nacional de ordenación social.

El **consejo provincial de trabajadores** tiene una estructura similar pero a nivel provincial.

El consejo nacional de trabajadores se une con él de empresarios en el congreso sindical, instancia máxima del «sindicalismo español».

2. **Ley de seguridad social:** Las Cortes aprueban el 27 de diciembre de 1963 la nueva ley de Bases de seguridad social después de un gran debate que supuso más de 300 enmiendas al proyecto. La ley pretende: establecer un sistema unificado de seguridad social; crear un Instituto nacional de seguridad, rehabilitación y accidentes del trabajo; encomendar la gestión del régimen de accidentes de trabajo y enfermedades profesionales a las mutualidades laborales. Ello supone retirar dicha gestión a las empresas mercantiles privadas que con ánimo de lucro venían dedicándose a ello. (El folleto «seguridad social» del consejo social de la obra sindical da la cifra de 601 entidades dedicadas a gestionar los seguros sociales obligatorios, en 1959); extender los beneficios de la seguridad social a los funcionarios del Estado. Las dificultades que encontró la ley motivó el que tuvieran que transcurrir tres años para el dictado del texto articulado que desarrolla las bases establecidas en 1963.

3. **Ley de «congestión»:** El 21 de julio de 1962 se aprueba en las Cortes de ley por la que se establece la «participación del personal en la administración de las empresas». Las presiones contra esta ley motivaron que hasta el 15 de julio de 1965 no se publicara el decreto para su aplicación. La representación obrera en los Consejos de Administración es mínima y el control patronal sobre ella absoluto. Un año después, en junio de 1966, sólo 321 empresas han realizado las elecciones para «consejero representante del personal». Lo que supone la ridícula cifra de 525 «representantes» para 680 614 trabajadores «representados». (Los datos fueron dados por Espinosa Poveda, sucesor de Lamata, en la televisión el 30 de mayo de 1966).

4. **Régimen de garantías a los enlaces y jurados de empresas.** Según datos proporcionados por la misma «organización sindical» durante los tres últimos años más de 1800 cargos sindicales — enlaces y jurados de empresa — han sido despedidos de sus respectivos lugares de trabajo en toda la geografía española.

El fenómeno de despidos y «listas negras» patronales llegó a tan escandalosos extremos y las presiones de la base obrera fueron tan fuertes que el ministerio del Trabajo, con el que colaboró la organización sindical, elaboró un proyecto de decreto que fue aprobado el 29 de mayo de 1966.

La comisión conjunta que ha confeccionado la memoria del proyecto reconoció que «cualquier cargo representativo sindical dentro de la empresa carece de la garantía necesaria para asegurarle una estabilidad mínima en el empleo, y por tanto, no tiene seguridad alguna en el ejercicio pleno de su cometido. Por ellos está sometido a permanente incertidumbre sobre las consecuencias ulteriores de su actuación como representante sindical, lo que coarta sensiblemente sus posibilidades reales de acción».

Con el decreto «se establece un régimen de garantías, y de ahora en adelante cualquier expediente que recaiga contra un representante obrero — esté o no todavía en el ejer-

cicio de sus funciones sindicales — será examinado con especial cuidado, aparte de las facilidades que se le otorgarán para el libre ejercicio en su labor de defensa de los derechos e intereses de sus compañeros».

25. Cuando hablo de los **objetivos** de la clase obrera quiero establecer una fundamental diferencia entre éstos: movimiento sindical unido, democrático y antipatista, y los objetivos de las clases dominantes: pluralismo sindical, sindicatos reformistas que acepten el juego capitalista sin pretensiones de una radical transformación del sistema.

26. Desde el punto de vista propagandístico, pasando por alto la multitud informes, revistas y otras publicaciones de los «sindicatos», hemos de fijarnos en las de masas. Por un lado el diario **Pueblo** financiado por los «sindicatos» y con el «sindicalista» Emilio Romero al frente. Por otro el semanario **Voz social**, creado a principios de 1966, con una tirada de 100 000 ejemplares y destinado especialmente a enlaces y jurados de empresa.

Desde el punto de vista económico hemos de considerar el enorme potencial acumulado por la actual organización administrativa Juan de Dios, hechas el 20 de diciembre de 1965, las finanzas de los «sindicatos» están en la siguiente situación: Un patrimonio de más de 5 000 millones de pesetas. Inmuebles propios por más de 3 000 millones en valor de coste y estimados actualmente en casi 6 000 millones. El presupuesto para 1966 es de 4 888 128 908 pesetas, con un aumento sobre el de 1965 de 379 908 096 pesetas.

Otro aspecto es la participación de los «sindicatos» en las mutualidades y montepíos laborales dependientes del ministerio del Trabajo. Estos organismos que controlan sumas fabulosas de dinero, realizan fuertes inversiones en empresas industriales. Merecería capítulo aparte el examinar como esta inmensa potencialidad económica obrera se pone ciegamente al servicio del capital. Como ejemplo podemos examinar su participación en algunas empresas importantes. Los datos son de 1962, desde entonces las inversiones, calculadas en 120 000 millones de pesetas, han aumentado. En la lista sólo citamos las empresas más importantes. (Las cifras son en millones de pesetas).

RENFE	1 216,2	Iberduero	88,7
ENHER	1 080,9	Maquinista Terrestre y Marítima	92,9
ENSIDESA	2 289,8	Elcano	70,7
FENOSA	408,9	Altos Hornos de Vizcaya	84,4
Hidroeléctrica Española	337,1	Materiales y construcciones	94,4
Calvo Sotelo	351,2	Dow-Quinquesa	78,2
Fábrica de Mieres	273,2	Bazán	42,3
Moncabril	183,02	Cervezas Santander	64,9
CAMPESA	138,9	Pegaso	36,6
Iberia	112,3	Tudela Veguín	61,1
Nueva Montaña Quijano	171,7	Boetlicher	32,07
Asturiana Santa Bárbara	120,7	Unión Española de Explosivos	45,8
Salts del Sil	150,8	CAF	13,4
Lanz Ibérica	125,5	Echevarría	28,4
UEM	96,5		

Fuente: revista **Sindicalismo**, abril-mayo de 1965.

27. Declaraciones de P. Lamata a **La voz de Albacete**, 24 de septiembre de 1965.

28. Estas elecciones sindicales tendrán lugar en el período comprendido entre el 19 de septiembre de 1966 y el 12 de enero de 1967. Se realizarán en cuatro fases. A nivel de em-



presa, del 19 de septiembre al 14 de octubre; a nivel de sindicatos locales, del 15 al 29 de octubre; a nivel de sindicatos provinciales, del 15 al 30 de noviembre; y por último la fase nacional, del 1 de diciembre al 12 de enero. La actual base sindical está constituida por 173 000 enlaces sindicales elegidos en 1963.

El nuevo reglamento para las elecciones sindicales ha sido aprobado el 14 de mayo de 1966 y publicado en el n. 905 del **Boletín de la organización sindical**. Las variaciones con respecto al anterior son las siguientes:

— Mandato electoral de seis años y renovación por mitades cada tres años.

— Se puede ser elegido desde los 21 años de edad. — Una sola elección para enlaces y jurados.

29. **Desarrollo**, 11 de abril de 1965.

30. « ¿Sindicalismo cooperativo? », **Desarrollo**, 12 de septiembre de 1965.

31. Juan Relayo. « ¿Una nueva mentalidad?, jóvenes patronos españoles », **Cuadernos de Ruedo Ibérico**, n. 3, octubre-noviembre de 1965.

32. « Carta del soberano Pontífice » dirigida a la 51 semana social católica de Francia (Lyon 1964). Publicada en **Le travail et les travailleurs dans la société contemporaine**, Editions de la Chronique Sociale de France, 1965.

33. No pretendemos realizar una crítica maximalista de las actuales posiciones que comienza a tomar la Iglesia del « aggiornamento ». El salto hacia adelante que supone el Concilio Vaticano II es inmenso visto con perspectiva. La doctrina del Esquema XIII (« La Iglesia en el mundo actual ») refiriéndose al tema sindical dice lo siguiente: « Entre los derechos fundamentales de la persona humana debe contarse el derecho fundamental de fundar libremente asociaciones obreras que representen auténticamente al trabajador y puedan colaborar en la recta ordenación de la vida económica, así como también el derecho de participar libremente en las actividades de las asociaciones, sin riesgo de represalias. Por medio de esta participación organizada, que está vinculada al progreso en la formación económica y social, creará más entre los trabajadores el sentido de responsabilidad, que les llevará a sentirse sujetos activos, según sus medios y aptitudes propias, en la tarea total del desarrollo económico y social y del logro del bien común universal. » Refiriéndose a la huelga el esquema dice: « La huelga puede seguir siendo medio necesario, aunque extremo, para la defensa de los derechos y el logro de las aspiraciones justas de los trabajadores. » (**Concilio Vaticano II, constituciones, decretos, declaraciones**, BAC, Madrid, 1965).

Indudablemente la crisis de adaptación de la Iglesia española y los problemas de « asimilación » por parte del franquismo son evidentes y políticamente positivas. El cardenal Herrera Oria, sin embargo, ya se ha apresurado a afirmar que la adaptación de las normas conciliares a España es una cuestión exclusiva de la Iglesia nacional. Todos nos imaginamos los « esfuerzos » de adaptación que puede realizar una jerarquía que en su gran mayoría mantuvo constantemente una postura opuesta a la mayoría del Concilio. Sin embargo, habrá adaptación. Como dice el diario de Herrera Oria, **Ya**, glorando en una editorial el libro de Iglesias Selgas sobre los « sindicatos », « la evolución sindical hay que hacerla ahora, cuando las aguas están tranquilas. »

Nuestra postura crítica la situamos, pues, cara a esta perspectiva evolutiva y sus peligros. La afirmación de una izquierda católica autónoma que se incorpore realmente a la lucha por la sociedad socialista pasa por una crítica precisa e intransigente del neocapitalismo, cuyas concepciones in-

fluyen en las corrientes modernas del pensamiento católico. (Sobre este tema puede verse el importante estudio de Bruno Trentin, « Les doctrines neocapitalistes et l'idéologie des forces dominantes dans la politique économique italienne ». Constituyó su intervención en el coloquio organizado por el Instituto Gramsci en Roma a principios de 1962. En francés ha sido publicado en **Temps Modernes**, n. 196-197 de septiembre-octubre del 1965 dedicado a los problemas de la lucha obrera en Europa).

34. Dr. D. Rafael González Moralejo, **El hecho sindical y la doctrina pontificia**, Valencia, 1961.

35. Martín Brugarola S. J., **Crítica del sindicalismo español**, del capítulo dedicado a « la catolicidad del sindicalismo español », p. 155, Editorial SIPS, Madrid, 1964.

36. El número extraordinario de 1 de mayo del seminario de la CFDT, **Syndicalisme**, realiza un estudio de las actuales tendencias del sindicalismo español.

37. Lelio Basso, « La socialdemocratie dans la société néo-capitaliste », **Revue Internationale du socialisme**, n. 7, enero-febrero de 1965. Sobre este tema ver también: Lelio Basso, « Por un análisis dialéctico », **Cuadernos de Ruedo Ibérico**, n. 5.

38. Para el estudio de la socialdemocracia europea y de su política con respecto a la Europa mediterránea ver: Pino Tagliazucchi, « L'Europe c'est aussi le sud », **Revue Internationale du socialisme**, n. 2, abril de 1964.

39. Para este tema ver **Les forces politiques en Grèce**, Jean Meynaud, Daussanne, 1965.

40. En 1961 la Alianza Sindical publica su « Declaración de principios y bases de funcionamiento » y su « Programa mínimo ».

La alianza es apoyada por la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOIS) y por la Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos (CISC), las cuales el 23 de diciembre de 1960 deciden coordinar sus esfuerzos. En octubre de 1961 se celebra la conferencia sindical internacional sobre España, organizada por las dos centrales.

41. La FIOM, que en América latina se la conoce con las siglas FITIM, es un secretariado profesional internacional. Es « una organización que agrupa a toda clase de trabajadores del metal en el mundo libre para la defensa conjunta y efectiva de sus intereses » (del folleto **¿Qué es la FIOM?**). Su secretario general es Adolphe Graedel (de la Federación metalúrgica y de relojeros suizos) y su presidente Otto Brenner (presidente de la IG Metall alemana).

42. Servicio de prensa, p. 4. IG Metall, Frankfurt-Main, Navidad, 1965.

43. Alianza Sindical Obrera, « **Nouvelles du mouvement syndical libre** », publicación mensual del departamento de Asuntos Internacionales de AFL-CIO, n. de diciembre de 1964.

44. Servicio de prensa, **op. cit.**, p. 4.

45. Servicio de prensa, **op. cit.**, p. 6. Sobre la línea sindical de ASO ver también: « **Nuestras raíces** », Servicios de publicaciones de Perpligan.

46. Servicio de prensa, **op. cit.**, p. 7.

47. Servicio de prensa, **op. cit.**, p. 4.

48. **Syndicalisme**, 1 de mayo de 1966, **op. cit.**

49. Véase « Carta de la Unión Sindical Obrera. Su razón de ser y sus fundamentos ». Documento aprobado por el Comité Nacional de USO en 1965.

50. **Carta de la Unión Sindical Obrera**, p. 16.

51. **Op. cit.**, p. 16.

52. **Op. cit.**, p. 15.

53. La Confederación Francesa de Trabajadores Cristianos



(CFTC), se convierte después del congreso de noviembre 1964 en Confederación Francesa Democrática de Trabajadores (CFDT); esta desconfesionalización es fruto del lento trabajo realizado por una de sus tendencias, la « minoritaria » que democráticamente fue aumentando su influencia y alcanzando puestos en la dirección.

En los « exminoritarios », que no son un grupo homogéneo, podemos observar tres tendencias:

— Aquellos que, junto con los tradicionalistas que han aceptado la evolución, son partidarios de un sindicalismo que es, en la acción y en la lucha, de concepción reformista, próximo de lo que en Francia se suele llamar « la tercera fuerza ».

— Los partidarios de un sindicalismo « técnicamente revolucionario » y del socialismo en tanto que concepción económica de la sociedad. Están muy próximos del pensamiento laborista inglés y de los principios de la « Declaración Socialista de Frankfurt ». En el plano internacional desean la adhesión de la CFDT a la CIOSL.

— La tercera corriente la constituye lo que podemos llamar « ala izquierda » del movimiento. Son los que quieren un sindicalismo revolucionario, insertado plenamente en la lucha por una sociedad socialista. Son partidarios del socialismo no sólo desde el punto de vista económico, sino como sociedad global. Buscan una nueva estrategia sindical que dé prioridad, tanto en los medios como en el contenido, a las reivindicaciones de « poder sindical », sobre las reivindicaciones de consumo. En el plano internacional piden abandonar la CISC, no integrarse en la CIOSL, e iniciar una política de contactos multilaterales con todas las organizaciones sindicales sea cual sea su filiación internacional, incluidas las de los países socialistas.

Para este tema ver: G. Adam, *La CFTC*, Colin, París, 1965; y « Un tournant pour le syndicalisme français: la CFTC devient la CFDT », Jean Marchal, *Revue Internationale du Socialisme*, n. 7, enero/febrero de 1965.

54. *Lutte anti-capitaliste dans une perspective socialiste*, Jean Auger. Syndical Construction Electrique et Electronique CFDT. Rapport del congreso de septiembre de 1964.

55. No podemos ver la desaparición del franquismo como forma política de Estado con los esquemas de las caídas del

fascismo italiano o del nazismo alemán. Las diferencias con el nazismo son tan evidentes que no vamos a comentarlas. El caso del fascismo italiano requiere más atención: el régimen fascista se derrumbó al final de la guerra por la acción bélica de los aliados y por el apoyo del movimiento de resistencia interior; de esta situación deriva el impulso renovador que las masas populares organizadas imprimieron al nuevo régimen republicano que se plasmó en una constitución ampliamente democrática que luego fue también ampliamente neutralizada por el resurgimiento de las clases dominantes escudadas tras la democracia cristiana.

56. Del documento « Ante el futuro del sindicalismo », Madrid, enero del 1966. Véase anexo 2.

57. El problema de los accidentes de trabajo en España es pavoroso, Según datos proporcionados por el propio Ministro del Trabajo, las cifras son las siguientes:

Años	Número de accidentes	%
1954	500 805	134,1
1964	1 038 537	194,7

Según el diario *Pueblo* (21 de mayo de 1966), en cada uno de los tres últimos años se produjeron, en número redondos, un millón de accidentes de trabajo.

Los trabajadores de la construcción son los más afectados. El 20% (es decir 200 000 por año) corresponden a este sector. Cada día laboral en el trabajo de la construcción representa: la muerte de un obrero; la incapacidad de otro; dos lesionados definitivamente, y 837 con incapacidad temporal. En 1965 el daño por todos los accidentes de trabajo se valoró en 30 000 millones de pesetas.

58. Véase Ramón Bulnes, « Asturias frente a su reconversión industrial », *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n. 4, enero de 1966.

59. Bruno Trentin, *op. cit.*, p. 671.

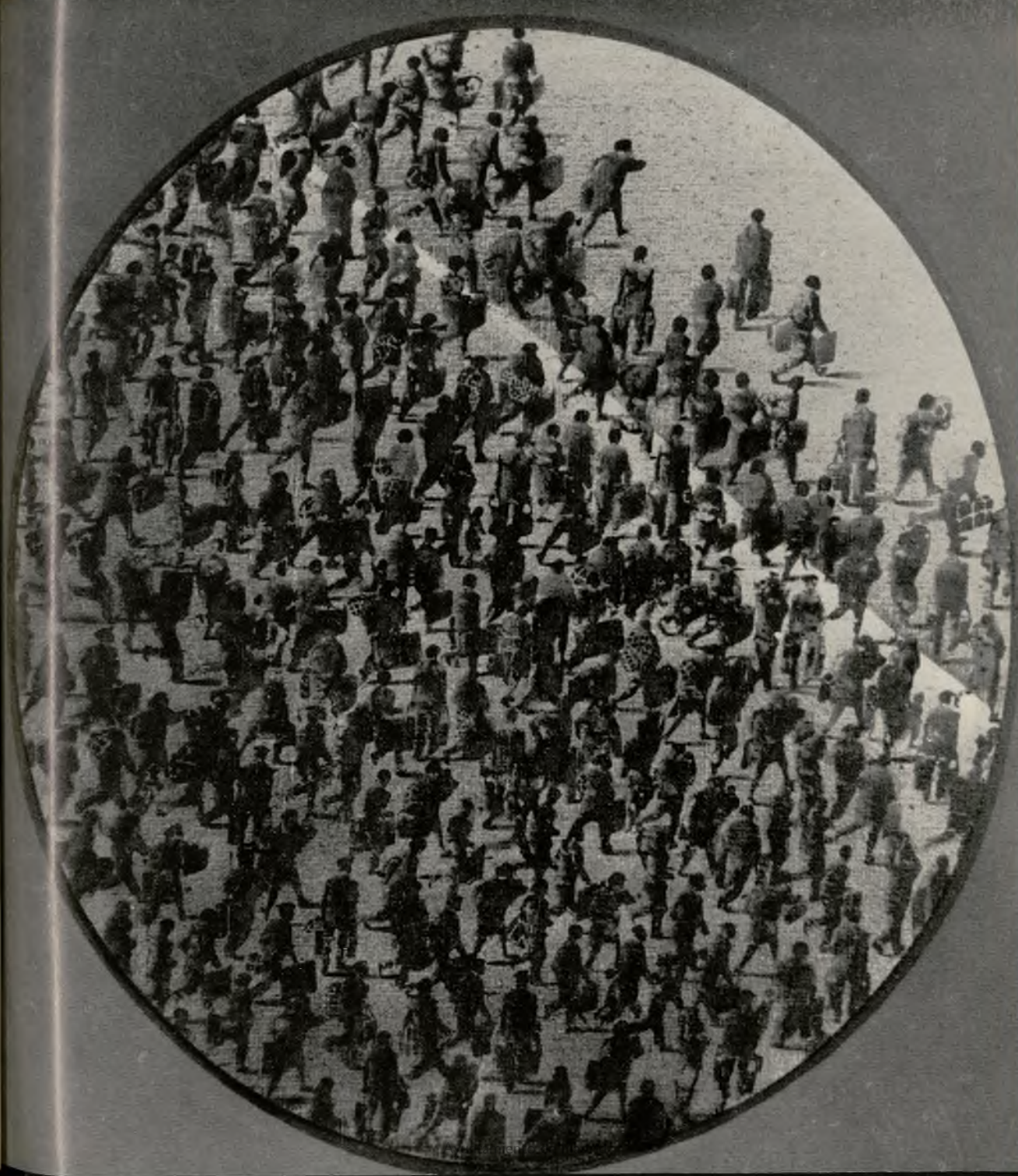
60. Para esta tema véase: Vittorio Foa, « Les luttes ouvrières dans le développement capitaliste ». Lucio Magri, « Le modèle de développement capitaliste et le problème de l'alternative prolétarienne » (*Temps Modernes*, septiembre-octubre de 1962). Alfonso C. Comín ha estudiado a fondo estos problemas en su libro *España del sur*, Editorial Tecnos, Madrid, 1966.



Dibujo de Urculo









**26**

BLAI SERRATÉS

**Teoría económica del turismo  
y su aplicación al caso español**

**27**

RAUL TORRAS

**Comunidad Económica Europea  
y España**

**Problemas de la entrada de España  
en el Mercado Común**

**28**

RAMÓN ABOY

**Espanoles en Alemania**

**29**

ANGEL VILLANUEVA

**Causas y estructura de la emigración exterior**

En la página anterior:

Genovés: **Exodo**



# 26 Teoría económica del turismo y su aplicación al caso español

BLAI SERRATES

De pronto, contra todo pronóstico, el turismo hizo su aparición en España. Fue algo así como un amanecer: ocurrió a pesar de que nadie se lo había propuesto. Luego, ya consumado el hecho, había que rendirse a la evidencia y adoptar medidas pertinentes.

En aquel momento la situación económico-social no permitía planteamientos elevados: o se favorecía la entrada de portadores de divisas, o se adoptaba una política netamente en contra. La primera solución abría rápidas posibilidades de salvación a un proceso que se estaba haciendo insostenible. La segunda, alejaba, tal vez para siempre, una fuente fácil de recursos y obligaba a tomar medidas mucho más graves y a aceptar reformas profundas.

Debe señalarse que la solución adoptada — la primera — no fue original. Existían ya antecedentes en la época de los Reyes Católicos como consecuencia de un problema similar al turismo: cuando se planteó, en forma más bien violenta, la reivindicación de la Mesta, la monarquía no dudó. Se inclinó en favor de la asociación de ganaderos decretando la prohibición de vallar los campos, para solaz de los rebaños. Así, sacrificando las aspiraciones de los agricultores, fue históricamente sacrificada la agricultura española a cambio de unos beneficios inmediatos y, además, espectaculares. En términos modernos, el corto plazo venció al largo plazo.

A partir del año 1960, el turismo ha desempeñado en España el mismo papel que en 1500 representó la ganadería. La actitud oficial ha sido concluyente: política de apoyo, cada vez más intensa, paralela a

la introducción de nuevos objetivos a lograr con el turismo (por ejemplo, fines relativos al orden público y a la paz interior). Es cierto que este apoyo no fue explicitado por lo menos hasta los años sesenta, mientras que la entrada de turistas era ya considerable en 1957. Pero no debe olvidarse que fue precisamente en 1960 cuando la afluencia se consolidó (con un aumento del 51 % sobre el año anterior) hasta el punto de permitir una definición clara de la actitud del poder público en esta materia.

La economía española ha sido, pues, embarcada en la aventura del turismo. Los economistas no han sido llamados a la hora de la decisión y su reacción ha sido tardía, demasiado tardía. Todo cuanto se ha hecho, tanto en el ámbito privado como en el oficial, ha sido sugerido por un tremendo deseo de tomar el tren en marcha y gracias a nuestro « buen sentido de la oportunidad en los negocios ».

Y es que, realmente, una economía del turismo no existía. Hoy las cosas han cambiado y si bien sigue faltando una teoría económica del turismo, los reportajes, artículos y visiones retrospectivas han proliferado, casi siempre en el tono propio de la polémica. Se ha hecho, a lo sumo, una muy imperfecta historia estadística de algunas variables turísticas.

Pero los problemas básicos, que son siempre los de definición de conceptos, no han sido resueltos todavía. Los límites de la población a observar son aún imprecisos (¿tan turista es el viajero que toca un puerto por espacio de unas horas, como el que vive un mes en el país?).



Más allá de una abundante literatura no existe prácticamente nada. La polémica ha sido apasionada, de juicio de valor, intuitiva, motivada a veces por la defensa de intereses creados, a veces por la rabia de no poder crearlos.

Creemos que en este momento, cuando el turismo ha adquirido en España proporciones de industria nacional, cuando se habla de desarrollo, y la política de fomento afecta al conjunto de la economía y cubre con un piadoso manto de sol y arena los verdaderos problemas, es preciso un análisis del fenómeno turismo con el mayor rigor posible.

Intentaremos, en primer lugar, definir los conceptos y relaciones básicas que intervienen en el turismo como actividad económica, para proceder después, a la luz de este análisis, a formular algunas reflexiones acerca de la situación española.

El conjunto de actividades a través de las que se satisface la necesidad turismo cristalizan hoy en actos concretos — de producción, cambio y consumo — exclusivamente dedicados a este fin.

El turismo que, bajo otras formas más ambiguas y menos generalizadas, se practicaba mucho tiempo antes, se convierte así una actividad económica perfectamente delimitada. Múltiples circunstancias, bien conocidas en el ámbito de la historia económica, han permitido este fenómeno. Recordemos solamente la mecanización y especialización creciente del trabajo; el proceso que ha tendido a buscar el motor de la economía en el crecimiento ilimitado de la demanda efectiva; el grado de organización del grupo humano. Estas circunstancias, al acentuar una demanda latente,

país donde comienza a desarrollarse una industria turística, toda la estructura de la economía se ve afectada y no únicamente un sólo sector.

Con fines estadísticos, sobre todo, es necesario acotar el tiempo de permanencia en un país para que ésta sea considerada turística. Los límites adoptados generalmente van desde 1 a 90 días.

De acuerdo con la definición de turismo, no consideraremos como tal al movimiento de personas y bienes en su propio país. La importancia del turismo reside fundamentalmente en su carácter de exportación. Se trata de una venta de bienes y servicios para la que el consumidor debe venir necesariamente al mercado y trasladarse por él.

## Los factores limitantes del turismo

Los más destacados parecen ser:

1. **La coyuntura política.** No sólo es un factor limitante, sino, a partir de cierto grado, excluyente. Es obvio que al turismo masivo le conviene una situación garantizada de orden y estabilidad. Sin embargo no existen series estadísticas lo bastante amplias para permitir establecer una correlación entre la entrada de turistas en un país y la coyuntura política. Francia, no obstante, nos muestra una serie que refleja probablemente esta correlación:

Años	1957	1958	1959	1960	1961	1962	1963
Turistas (en millones)	4,3	4,1	5,1	5,6	5,8	6,0	6,2

han permitido, al mismo tiempo, crear una oferta con suficientes garantías de rentabilidad.

Los conceptos y mecanismos que entran en juego tienen una entidad propia. Con la brevedad que impone los límites de un artículo, vamos a destacar sus rasgos más importantes.

## Algunas definiciones

Puede hablarse de turismo cuando, sin ánimo de lucro, se produce un movimiento de personas y bienes de un país a otro con carácter temporal.

Debe señalarse que, desde el punto de vista de la economía, este movimiento sólo es relevante en cuanto origina actos de producción y consumo que de otro modo no se producirían. Por tanto, en un

Aun cuando las dificultades existentes en el establecimiento de series estadísticas no permite un grado elevado de certeza en las hipótesis derivadas de ellas, se observa un descenso notable en la entrada de turistas en Francia que coincide con la crisis francesa y el advenimiento de De Gaulle al poder. El año 1958 fue realmente el de mayor inestabilidad interior después de la segunda guerra mundial. La pérdida real para Francia no es de 200 000 turistas sino que, dada la tasa media de aumento en los años comprendidos entre 1957 y 1960, la pérdida puede estimarse, con bastante aproximación en unos 600 000 turistas.

De esta dependencia entre turismo y coyuntura política se desprende que una política estatal de apoyo al turismo significa una oposición sistemática a aceptar o introducir cambios, sobre todo de estructura, que puedan provocar las alteraciones de orden



público » que les son propias. Una política turística supone en la práctica una consideración del momento presente como estable y definitivo.

**2. La organización administrativa.** Las dificultades derivadas de la organización administrativa pueden darse, bien en el país receptor (visados, rigor aduanero, etc.) bien en el emisor, o en ambos a la vez. En la práctica la organización administrativa permite la posibilidad de practicar el dúmping turístico para ciudadanos de determinada nacionalidad. En este sentido la experiencia española es bien significativa: un cambio de política de las autoridades con respecto a la frontera de Gibraltar hace variar la cifra de entrada de turistas en proporciones importantes.

**3. La propaganda.** La eficacia de la propaganda es a menudo más importante como factor limitante que como factor impelente, cuando existe por parte de determinado país una política tendente a alterar las corrientes turísticas que se dirigen a otro. El coste de la propaganda negativa es mínimo; una definición más o menos oficiosa del gobierno puede ser suficiente. Al mismo tiempo al emanar de órganos oficiales puede poner trabas serias a la propaganda positiva e incluso anularla. A medida que se intensifique la concurrencia entre diversos países en el ámbito turístico, la importancia de estos factores limitantes será creciente a fin de asegurar una posición de dominio en el mercado.

## La función de demanda turística

El turismo acentúa, si cabe, el problema de la determinación de la demanda al incluir bienes y servicios de índole muy diversa que afectan a necesidades heterogéneas. Sin embargo, con bastante aproximación podemos considerar el consumo turístico como función de dos variables principales y una secundaria.

**Renta real.** Para obtener la renta real dentro de la función de demanda turística es preciso una doble corrección de la renta monetaria que obtiene el turista en el país de origen. Es decir, corregir primero a base del índice — no global, sino de precios relevantes al consumo turístico — del país receptor. Este proceso pone de manifiesto la intervención en el modelo de variables exógenas que no pueden ser dominadas desde el ámbito de la política económica nacional. Su conocimiento aproximado puede permitir a lo sumo previsiones de tendencia pero no facilita datos suficientes, por el momento, para una verdadera planificación de la industria turística.

**Vacaciones.** La elasticidad de esta variable es poca. Su magnitud depende en mayor grado de la madurez social que de la coyuntura económica en un momento

dado, al contrario de lo que ocurre con la renta real. A corto plazo, pues, las vacaciones pueden considerarse constantes para niveles de renta y estructuras productivas determinadas. A largo plazo, tiende a aumentar. Este aumento, aun cuando sea relativamente pequeño, repercutirá favorablemente en la magnitud del consumo turístico en cuanto permita una distribución distinta del total de días de vacaciones. La quinta semana, una de las reivindicaciones clásicas más típicas de la Francia de hoy, permitiría la práctica del turismo tanto en invierno como en verano. En cualquier caso, el disfrute de mayores vacaciones con una renta constante modificará la estructura del gasto (por ejemplo, mayor uso de campings). La oferta de los países receptores deberá prever esta contingencia para adecuarse a las variaciones cualitativas de la demanda.

**Los bienes duraderos.** La introducción de esta variable, cuyo papel es secundario, se justifica por el hecho de que los bienes duraderos constituyen la más importante de las alternativas que se presentan al turista potencial. El grado de desarrollo de las industrias y canales de distribución de bienes duraderos influye en la magnitud de las corrientes de turistas hacia el exterior, así como el nivel y estructura de precios. Se trata, también, de una variable exógena desde el punto de vista del país receptor. Estas breves notas acerca de las variables más importantes de la demanda turística, si bien no hacen más que sugerir problemas que deben ser objeto de estudios mucho más amplios, permiten descubrir las dificultades que encierra una previsión con un margen de error aceptable de la cuantía de las corrientes turísticas de y a países concretos, a pesar de la simplificación que supone reducir el número de variables a tres.

## El empresario turístico

Toda función de oferta presupone la existencia de una actividad empresarial, esto es, una o varias personas que combinen los factores productivos para la obtención de los bienes y servicios objeto de la demanda y para su lanzamiento al mercado. Veamos la localización del empresario turístico en la geografía económicosocial, atendiendo a la dicotomía sector público-sector privado. Es evidente que, en los países capitalistas de occidente, gran parte de las actividades que constituyen la oferta turística no pueden estar bajo la gestión directa del sector público. Ambos sectores coexisten en un reparto de funciones significativo: 1. El sector privado suele ser responsable de la gestión de la oferta turística en el estadio más próximo al consu-



midor; 2. El Estado aparece como directamente responsable de la infraestructura turística. Sin embargo, el verdadero motor de la industria turística es, en cualquier caso, el Estado a través de una serie de medidas de política económica y de la propaganda. Es en este sentido que el Estado « nacionaliza » una actividad que, aparentemente, está en manos privadas. A través de esta acción y en los países donde el sector turístico es grande, el Estado actúa sobre el conjunto de la economía.

## Algunas características de la oferta turística

El análisis del fenómeno turístico en España requiere una breve descripción de la naturaleza de la oferta que genera a fin de situarlo en unas coordenadas que reflejen su trascendencia económica. Las características más sobresalientes de la oferta turística derivan de su consideración temporal. Destaquemos que: 1) La oferta de bienes y servicios turísticos es continua en el tiempo (al menos en una proporción importante) dado que en su mayor parte cristaliza en inmovilizado fijo. La demanda, en cambio, es discontinua; 2) No existe la posibilidad de almacenar excedentes. Además, las instalaciones y el equipo tienen una tasa de depreciación determinada; 3) Los precios están ligados a determinaciones institucionales; 4) Las inversiones en equipo turístico tienen una convertibilidad muy reducida. Por otra parte, conservar un excedente de capacidad en vista a probables aumentos de la demanda, genera un nivel extraordinario de costes innecesarios, según la terminología de Schneider, que pueden hacer variar el resultado final de la explotación; 5) La cantidad ofrecida depende menos del valor de la demanda en el año anterior que de la tendencia seguida por ésta en los últimos años. Es decir, los ajustes de la oferta a la demanda no se producen sino a plazo medio.

Estas características, de validez general, ponen de manifiesto el riesgo inherente a la oferta turística. No se trata de un riesgo a nivel de empresario privado, amenazado por la quiebra. Se trata de un riesgo mucho más profundo cuyas implicaciones afectan a la economía nacional en su conjunto, el riesgo que entraña iniciar una empresa de la que tan sólo se conocen algunos resultados monetarios, ignorándose cuáles son los verdaderos costes. Recordemos, únicamente, que a escala macroeconómica el concepto coste tiene una significación distinta que para el empresario privado. En su mayor parte, se traduce a la larga, en costes sociales.

## Los efectos del turismo

Esta cuestión constituye, como es sabido, el punto álgido de las polémicas que hasta ahora ha levantado el turismo. La mayor parte de los comentaristas, llevados por un « pragmatismo a corto plazo » feroz y una visión más bien simplista de la realidad económica, se han apoyado en los espectaculares resultados que el turismo ha producido sobre la balanza de pagos, para concluir que, dado que una balanza de pagos deficitaria es sumamente perniciosa, el turismo produce, a través de ella, efectos favorables para la economía nacional.

Sin embargo, aparte de los efectos sobre la balanza de pagos, el turismo incide en **toda la estructura** de la economía, es decir, en el empleo, en las relaciones de producción, en el nivel de precios, en los hábitos de consumo. Fuera del ámbito de la economía, es, por ejemplo, fuente de transformaciones en el dominio del urbanismo, que a su vez condicionan e influyen en lo económico.

Las repercusiones producidas por el turismo en el contexto económico y social de un país no pueden, evidentemente, ser analizadas exhaustivamente aquí. Pretendemos, tan sólo, apuntar algunos de los efectos sobre algunas magnitudes económicas y sobre determinadas situaciones de la coyuntura.

**Efectos sobre el empleo.** El efecto inmediato del turismo es el de proporcionar trabajo. En 1953 se estimó, por ejemplo, que ocupaba al 5 % de la población activa europea, cifra importante si tenemos en cuenta el rápido crecimiento que el turismo ha experimentado desde entonces.

Sin embargo, dado el carácter discontinuo de los movimientos turísticos, la oferta de trabajo que genera es, en gran parte, estacional. A menudo, éste es el caso de España, viene a encubrir una situación de paro real, sin acabar, por otra parte, con el paro estacional existente al coincidir generalmente con el período en que la población que lo sufre encuentra normalmente trabajo.

Finalmente, la mano de obra necesaria a la industria turística, no precisa ningún grado elevado de especialización.

**Efectos sobre el nivel de precios.** Las principales controversias de orden profético que suscita el turismo provienen del procedimiento dialéctico que predice su propia destrucción a través de los efectos ascendentes que provoca en el nivel de precios.

Esta influencia parece ser cierta. Sin embargo, no es ni tan directa ni tan simple como puede sugerir la observación de los mercados de productos alimenticios en zonas turísticas. Si es importante, en cambio, la incidencia sobre algunas de las magnitudes macroeconómicas de las que dependen de forma di-



recta los precios. Baste recordar, a este respecto, que el turismo ejerce en la canalización de las inversiones de capital un papel verdaderamente activo. Como caso particular, puede citarse el ejemplo de la industria textil catalana, cuyos beneficios (considerables a pesar de todo) en lugar de servir a la autofinanciación necesaria para una renovación del equipo, han levantado en la costa tarraconense la mayor parte de las construcciones turísticas. Los efectos de semejante fenómeno son realmente mucho más perniciosos para la economía española que un aumento del 100 % en el precio de la langosta. Debe señalarse, finalmente, que el nivel de precios no es la única variable relevante en la función de demanda. Por otra parte el alza de precios es en el momento presente general, con lo que el aumento en un país receptor de turismo se ve relativamente reducido.

**Efectos sobre el comercio exterior.** La oferta turística provoca una expansión general del comercio exterior. No obstante, la magnitud de los aumentos de las exportaciones y de las importaciones suele ser distinto, en beneficio de éstas. Ocurre, pues, que si bien la balanza comercial no es equilibrada por el turismo, en cambio, la balanza de pagos lo es. Debe advertirse aquí, que el problema no está realmente en conseguir este equilibrio; es necesario ver a que precio ha sido conseguido y la estabilidad que en un plazo más o menos largo puede esperarse de aquél.

De forma general, una política de fomento al turismo sólo será beneficiosa en el caso de que vaya acompañada de una política **racional** en el ámbito del comercio exterior, que sirva a las necesidades profundas del país.

## Entroncamiento de la política económica con la teoría

El somero análisis teórico que hemos esbozado debe servirnos de base a la hora de juzgar una política económica turística. Más concretamente, la política económica española.

El origen de coordenadas de la política turística en España es una situación secular de estancamiento que durante años y años ha exigido una política de desarrollo total y urgente. Como de costumbre, durante el período de postguerra tanto la totalidad como la urgencia han sido resueltos a base de medidas parciales. Esta actitud que en los años sesenta era ya muy difícil de defender necesitaba, sin mayor dilación, medidas coherentes. El resultado es, como se sabe, el llamado Plan de Desarrollo\*. El fenómeno turístico, incide plenamente en este contexto. Por

tanto, debe contribuir de forma primordial al desarrollo económico de España.

Sin embargo, por más que tautológicamente, conviene recordar que el turismo es una actividad económica. De este modo, al hacer su aparición los conceptos de productividad, amortización, convertibilidad, precio, etc. el problema principal reside en ver en que medida el instrumento turismo sirve al fin desarrollo.

## Turismo y crecimiento económico

No ya desarrollo económico, sino crecimiento<sup>1</sup>.

Es obvio que si la industria turística ha de servir al crecimiento sus características han de ser aquellas que se muestran capaces de promoverlo. En la terminología de Rostow, el turismo debería ser un sector de **crecimiento primario** del que se espera, por lo menos, que: 1. Reduzca los costes internos, en especial en el sector transporte pero a nivel de toda la economía; 2. Sirva de base a un sector principal de exportación (afectando positivamente a la balanza comercial); 3. Implique el desarrollo derivado de industrias modernas; 4. Homogeneice los mercados regionales conectándolos entre sí para crear un mercado nacional.

Como veremos a continuación, para el caso de España, el turismo no produce ninguno de estos efectos. Hoy se tiene ya suficiente perspectiva para comprender qué es lo que el turismo puede dar de sí y en qué forma hay que manejarlo para aprovechar sus aspectos positivos. España es un país, la frase es ya vieja, con desequilibrios regionales, con costes industriales altos, con medios de comunicación insuficientes. Y, sin embargo, el turismo ha sido aceptado y propugnado, para el bien económico y social del país. ¿Cuál es la estructura interna de este turismo, cuál ha sido su dinámica?

## Desarrollo del turismo en España

**1. Dificultades del análisis.** Si bien las líneas generales del fenómeno turístico en España aparecen con bastante claridad, las dificultades que encierra una descripción minuciosa residen, como de costumbre, en la carencia de datos estadísticos no sólo ciertos, sino objetivamente adecuados.

La crítica fundamental que puede formularse ante este estado de cosas ha de poner de relieve la uni-

\* NDLR. Véase en el primer volumen de esta obra: C. E. O. García, *De la autarquía económica al Plan de Desarrollo*.



ciudad de las fuentes de procedencia de las estadísticas existentes. El hecho de haber de recurrir siempre a estas fuentes únicas y oficiales, parece conferirles una veracidad que en la realidad es muy discutible. Conviene recordar, por ejemplo, que la doble estimación de las magnitudes como la renta nacional (una estimación oficial y otra de instituciones no estatales) ha permitido en España poner en tela de juicio los métodos empleados y confiere una relatividad muy oportuna a las conclusiones a que se llegue a partir de tales datos.

Es por todo ello que la mayor parte de los trabajos sobre el turismo en España incurrir en una serie de generalidades de uso común que participan de un optimismo estadístico considerable.

En esta situación, hemos pretendido recoger las series más características (con el lógico desfase temporal) intentando elaborarlas en lo posible para descubrir su significación.

**2. La gran magnitud.** La gran magnitud de la historia turística española ha crecido con una espectacularidad sin precedentes, causando, al mismo tiempo, admiración y envidia. Este crecimiento, debidamente difundido, ha sido, en mucho, el mejor medio publicitario: ha hecho del viaje a España un tópico; por tanto, una necesidad.

#### ENTRADA DE EXTRANJEROS PROVISTOS DE PASAPORTE

	(en miles)	% aumento
1953	909	17,0
1954	993	9,2
1955	1 383	39,2
1956	1 561	12,9
1957	2 019	29,3
1958	2 452	21,4
1959	2 864	16,8
1960	4 332	51,3
1961	5 496	26,9
1962	6 390	16,3
1963	8 000	22,0
1964	10 500	31,0

Estas cifras son importantes, no sólo en valor absoluto, sino en comparación con las de otros países con una clientela turística tradicionalmente sólida: España toma rápidamente la delantera en el mercado, en cuanto a entrada de turistas, y va en camino de tomarla en cuanto a entrada de divisas.

Sin embargo, estas corrientes se distribuyen de forma irregular a lo largo del año: el turismo en España es marcadamente estacional, como puede verse en el cuadro de la página siguiente.

Los porcentajes de entrada, en los tres grupos de meses más homogéneos, se ha mantenido sensiblemente constante. El principal atractivo de España, aparte del nivel de precios, sigue siendo el sol. Estos datos, a pesar de todo, dicen, poco del funcionamiento del turismo en el interior del país. Son por así decirlo, estadísticas de frontera. Sin embargo son prácticamente las únicas que se conocen, y aún aproximadamente. Intentemos descubrir lo que ocurre dentro de las fronteras.

**3. Relaciones entre el turismo y algunas magnitudes macroeconómicas.** La comparación de los datos turísticos y algunas magnitudes macroeconómicas permite descubrir caminos inéditos para la comprensión de la dinámica interna del turismo en España. La base de tal conocimiento podría obtenerse mediante la elaboración de series estadísticas a escala provincial como mínimo. Estas series no existen. Por ello, hemos considerado como dato indicativo el número de plazas (censo 31 de diciembre de 1964) disponibles para el alojamiento de viajeros en cada provincia, procedimiento que permite una cuantificación indicativa del peso turístico de cada una de ellas. El resultado muestra una coincidencia evidente con el grado de desarrollo turístico por provincias comúnmente admitido. Con estos datos hemos elaborado un mapa turístico de España que refleja la conocida concentración en las zonas costeras, excepto Almería en el Mediterráneo. Madrid, por otra parte, aparece como zona turística no sólo por su condición de capital, sino como centro de numerosos desplazamientos a otras provincias. (Véase el mapa en la página siguiente).

Algunos de los datos de la capacidad turística provincial han sido puestos en duda por la misma fuente (Instituto Nacional de Estadística). Se supone, por ejemplo, que la cifra correspondiente a Granada es en realidad bastante superior.

Las magnitudes macroeconómicas juzgadas relevantes son: **Producto bruto por habitante (pbh)**. Dato indicativo del desarrollo económico de la provincia. Los valores característicos de la serie nacional son: media: 21,1; mediana: 19,2 (Las Palmas); moda: 15,0.

**Paro.** Datos (en millares) tomados del Instituto Nacional de Estadística, cuya veracidad es discutible: se trata del paro oficial, y no del paro real; no tiene en cuenta el paro encubierto; la cifra de algunas provincias no puede imputarse totalmente a ellas, por cuanto recoge el paro de otras a través de la emigración; existen en la serie nacional cifras curiosas tales como:

Ciudad Real	710
Guadalajara	121
Huesca	28



## PORCENTAJE DE TURISTAS ENTRADOS EN LOS MESES QUE SE INDICAN

	1955	1956	1957	1958	1959	1960	1961	1962
Enero, febrero, noviembre, diciembre	11,0	11,7	12,6	13,1	13,0	14,3	16,1	14,9
Marzo, abril, mayo, octubre	24,8	25,4	25,2	27,3	24,0	23,8	22,4	23,8
Junio, julio, agosto, septiembre	64,2	62,9	62,2	59,6	62,0	61,9	61,5	61,3

Fuente: **Información Comercial Española**, noviembre de 1963.

Mapa turístico de España.





Sin embargo, por su valor indicativo aproximado y por tratarse de series de dos años distintos que permiten su comparación, las hemos introducido en la tabla.

Los valores característicos de la serie nacional son:

Máximo	18,6 (Sevilla)
Mínimo	0,02 (Teruel) en la serie del año 1964

**Coste de vida.** Con las mismas reservas hechas para la serie de paro. Se trata de los índices para el año 1964 (base: 1958 = 100).

Valores representativos de la serie nacional:

Máximo	163,1 (Pontevedra)
Mínimo	126,3 (Albacete)
Media ponderada	137,4
Moda	137,0

El primer hecho evidente es la concentración del turismo en una zona relativamente reducida que representa el 20 % del territorio nacional. La población que ocupa esta zona puede estimarse en unos 13 millones de habitantes, es decir, algo más del 40 % de la población total, sin incluir las plazas de

soberanía ni las provincias africanas. Sin embargo el número de personas directamente afectadas por el turismo es mucho menor debido a la desigual distribución de éste en el ámbito de las provincias (por ejemplo, Gerona, con una zona pirenaica sin turismo y una Costa Brava que es su símbolo).

La comparación del desarrollo turístico provincial y la producción bruta por habitante pone de manifiesto una segunda evidencia: el turismo ha afectado en España precisamente a las zonas de mayor potencial económico, cuyo nivel de vida es alto en comparación con el resto. En efecto, la media del producto bruto anual por habitante en las quince principales provincias turísticas se eleva a 22 000 pesetas, en tanto que la media nacional es de 21 100. La moda, en este caso muy significativa, se sitúa en el intervalo de las 15 a 16 000 pesetas.

A la vista de estos datos, generalmente olvidados en los comentarios oficiales, cabe preguntarse en qué medida el turismo puede paliar el desequilibrio económico entre regiones, típico de España. Esta hubiera podido ser la mejor justificación para una política económica de apoyo decidido al sector turístico. Más aún. El turismo, al incidir en zonas industrializadas ha provocado en ellas cambios en las estructuras productivas que pueden afectar al conjunto del país.

CUADRO A.

	Indice turístico	Pbh 1962	Paro			Coste vida
			1960	1964		
Gerona	86	26,1	0,3	1,4	+ 1,1	141,3
Málaga	77	15,2	9,4	11,9	+ 2,5	147,4
Baleares	76	24,6	0,6	1,1	+ 0,5	152,0
Barcelona	75	29,5	8,2	13,4	+ 5,2	142,6
Tarragona	61	24,8	0,2	0,15	- 0,05	150,7
Alicante	56	20,1	1,6	2,6	+ 1,0	148,9
Santander	41	27,0	0,4	0,4	—	133,4
Valencia	38	25,0	4,5	1,6	- 2,9	145,0
Madrid	32	26,6	12,4	10,3	- 2,1	137,7
Castellón	13	22,6	2,1	4,4	+ 2,3	148,0
Las Palmas	13	19,2	3,1	1,4	- 1,7	140,2
Tenerife	12	19,7	0,3	0,5	+ 0,2	136,0
Guipúzcoa	11	32,1	0,8	0,2	- 0,6	137,2
Granada	9	13,0	4,9	6,6	+ 1,7	134,8
Murcia	8	17,0	1,0	6,0	+ 5,0	137,9
Total	608		49,8	61,95		
Total nacional	705		130,3	170,0	+30 %	



La comparación turismo-paro (a pesar de la dudosa significación de las estadísticas que evalúan este último) pone de relieve que, en el mejor de los casos, el turismo ha sido ineficaz para resolver el grave problema del mercado de trabajo en España. Si bien el paro ha aumentado para el conjunto de las quince provincias en una proporción menor (24 %) que para el conjunto nacional (30 %) entre 1960 y 1964, la situación secular de paro y subempleo perdura todavía. Las causas de este fenómeno son las mismas, probablemente; la afectación del turismo a zonas ya desarrolladas. En realidad, el turismo al crear puestos de trabajo — de temporada, la mayor parte de ellos — ha ofrecido nuevas posibilidades de empleo a los que ya lo tenían. Aun cuando tal afirmación sea difícil de demostrar, es muy probable que el turismo haya proporcionado fundamentalmente trabajo suplementario.

La comparación turismo — coste de vida, no permite conclusiones con una verosimilitud suficiente. El problema de los índices de coste de vida no está resuelto en España: el «cesto» básico para la obtención de los índices sigue siendo uno para todo el país, sin distinción de poblaciones con estructuras de consumo muy distintas. Sin embargo, el hecho de que las provincias turísticas tengan índices altos confirma la existencia de variables significativas relativamente independientes del nivel de vida (dentro de ciertos límites) que influyen en la atracción de corrientes turísticas. Es lógico suponer que el turismo masivo — de clase media — exija condiciones igualmente medias que no pueden ser ofrecidas en zonas pobres.

En resumen, el turismo ha sido positivo en España desde el punto de vista de la balanza de pagos. En otros terrenos ha sido incapaz de resolver los problemas estructurales que afectan a la economía española y que requieren soluciones profundas. En determinados sectores el turismo ha sido una fiesta. Pero a veces, treinta kilómetros más allá, ha habido regiones que han seguido un viejo proceso de empobrecimiento y despoblación sin posibilidad alguna de participar en los festejos.

**4. La dependencia del turismo español.** El argumento más consistente en favor de la continuidad del turismo en España se basa en la tradición. El turista viene, las playas de los países tradicionalmente turísticos están saturadas, las playas de España, no. Las carreteras españolas permiten una circulación cómoda, porque hay menos automóviles en España que en Francia e Italia, por ejemplo.

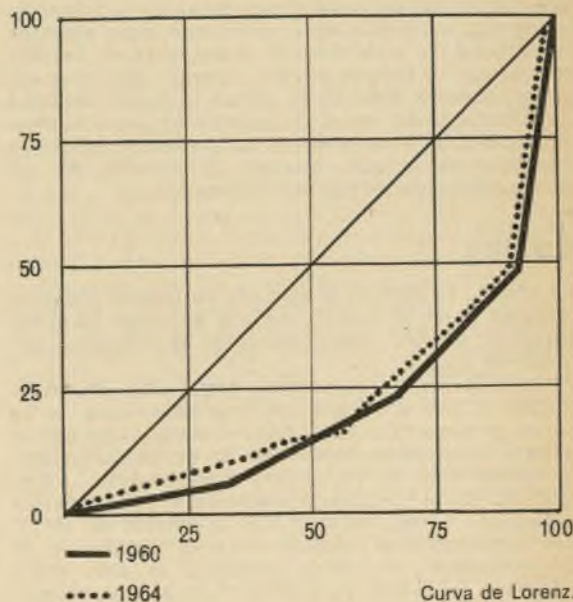
En realidad el único argumento válido para suponer la supervivencia del turismo estriba en el hecho de que España está situada en el centro de una **zona turística** que en conjunto goza de atractivos suficientes para atraer, al menos a plazo medio, a una parte

importante del turismo mundial. Dentro de esta zona se irán estableciendo sucesivamente diversas posiciones relativas de dominio, como muestra actualmente el crecimiento turístico español en perjuicio de Italia. A medida que nuevos países como Grecia, Yugoslavia e Israel vayan apareciendo en la escena, la posición de dominio seguirá cambiando. A partir de determinado nivel, las ganancias de un país representarán pérdidas netas para otros, ante la dificultad de ampliar un mercado ya saturado.

Sin embargo, ¿hasta qué punto está asegurado el porvenir turístico de España? Para intentar responder a esta cuestión hemos construido una curva de Lorenz que refleja la distribución de las corrientes turísticas por países de origen. Estos forman doce grupos, de acuerdo con las estadísticas existentes, como puede verse en el cuadro de la página siguiente.

Estos doce grupos de países no son, naturalmente, homogéneos. Sin embargo, su número es relativamente reducido. En algunos casos, pues, un solo país supone el mismo porcentaje de puntos de origen que el grupo «otros países europeos».

La ordenación que figura en las dos tablas muestra que la estructura del turismo en España, en cuanto al origen de los viajeros, no ha variado prácticamente a lo largo de cuatro años. Los únicos hechos sobresalientes son el retroceso del grupo América del Norte (USA, Canadá y Méjico) y la regularidad de los cuatro primeros países.





## ENTRADA DE VIAJEROS PROVISTOS DE PASAPORTE, POR NACIONALIDAD

1960	1964
Francia	2 235 617
Inglaterra	445 239
Alemania	304 538
Portugal	299 716
América del Norte	292 557
Países Bajos	153 002
Italia	140 629
Países escandinavos	105 398
Suiza	100 859
Otros continentes	97 865
América Central - Sur	90 865
Otros países europeos	62 341
Francia	5 476 831
Inglaterra	998 094
Alemania	917 749
Portugal	711 232
Países Bajos	542 669
Otros continentes	491 099
América del Norte	410 863
Países escandinavos	282 571
Suiza	204 201
Italia	202 490
América Central - Sur	152 114
Otros países europeos	110 745

La curva de Lorenz muestra claramente el alto grado de dependencia del turismo español al relacionar los puntos de origen y el número de turistas que corresponden a cada uno de ellos, en porcentajes. Como es sabido, tanto más próxima estaría la curva de la diagonal del cuadrado, tanto menor sería la dependencia del turismo con respecto a un número reducido de países. La situación es muy otra. La mitad de los puntos de origen proporcionan tan sólo el 10 % de los turistas entrados en España. En el otro extremo, un sólo país, Francia, suministra el 50 % de turistas. A esta dependencia tan estrecha de la situación económica y política de un sólo país debe añadirse la cantidad de españoles que trabajan en él. La vida económica de España parece depender en un grado peligrosamente elevado no ya de la buena voluntad de Francia, sino de sus oscilaciones coyunturales. Este riesgo que corre desde hace años la economía española no parece merecer la atención de los responsables de la política económica.

## La ley

En efecto, La política económica se inclina preferentemente hacia la solución de una situación histórica concreta, a corto plazo, olvidando la situación histórica de España.

El turismo se ha convertido, según una expresión oficial, en una « industria nacionalizada » que ha de servir al desarrollo económico y social: « La acción estatal en el campo turístico no se limitará a facilitar la consecución de un óptimo económico [...], sino que lo social informará claramente toda nuestra actuación » (Fraga Iribarne, ICE, noviembre de 1963). Las consecuencias prácticas de esta declaración de la ley 197/1963 de 28 de diciembre de 1963 sobre « Centros y Zonas de Interés Turístico Nacional ».

Una serie de afirmaciones contenidas en la ley bastará para situarla claramente: 1. La falta de desarrollo turístico de algunas zonas se debe a la ausencia de una política de fomento que ordene, supla o estimule la iniciativa privada; 2. La tasa teórica de crecimiento anual de la afluencia turística hace presumible que su ritmo de crecimiento seguirá ascendiendo, lo que asegura la inmediata rentabilidad de las inversiones que en este sector se hagan; 3. Cualquier acción turística en la esfera de la ley deberá ser estudiada según sus repercusiones en el plan de desarrollo; 4. La economía nacional se supeditará al interés turístico.

Tras un preámbulo optimista, la ley comienza señalando el criterio que ha de permitir que una zona sea considerada de interés turístico. Este criterio es la necesidad de realizar obras de infraestructura (se supone de infraestructura turística [?]). Las disposiciones prácticas alejan toda duda:

- Suspensión de la edificación en el centro o zona cuyo interés turístico se pretende declarar. Esta suspensión — o restricción — tiene lugar a partir de la apertura del expediente y su duración máxima será de seis meses.
- Aprobado el expediente, las obras a realizar gozarán del carácter de urgencia, que cristaliza en: prioridad crediticia, inmediata concesión de licencias y autorizaciones, así como el permiso a los extranjeros para comprar bienes y fincas rústicas en mayor cuantía que la permitida.
- Reducción en un 50 % de los impuestos que graven los actos de constitución y ampliación de las sociedades con fines turísticos.
- Régimen especial de amortización, sin limitación alguna.



- Bonificación hasta un 90 % de los aranceles a la importación del equipo turístico necesario.
- Declaración de excepcional utilidad pública a todos los proyectos elaborados con sujeción a los Planes.
- Como consecuencia de la declaración de Interés Turístico Nacional de un centro o zona, las industrias existentes deberán efectuar las correcciones precisas en sus instalaciones a fin de acomodarse en su funcionamiento al interés turístico, pudiendo llegarse si fuere preciso a la expropiación forzosa.

Estos puntos no necesitan comentario. Dentro de la situación económica española, la ley de centros y zonas de interés turístico nacional viene a inscribirse como una página antológica del absurdo económico. Este texto señala, de forma evidente, la cúspide de un proceso rápido que necesitaba el reconocimiento y formulación de una serie de hechos y políticas conocidos y vividos por todos. El turismo entra en escena, a partir de este momento, marcado por el sello de lo legal — de lo estable, jurídico e imperativo, por tanto — sentando las bases de una política sin precedentes.

A nadie escapa que la prioridad crediticia, la inmediata concesión de licencias y autorizaciones, la reducción en un 50 % de los impuestos que gravan la constitución y la ampliación de sociedades, el régimen « especial » de amortización, las bonificaciones del 90 % de los aranceles de importación y la expropiación forzosa, en fin, son medidas de urgencia, inauditas en el sistema económico español donde la obtención de créditos no ha sido nunca fácil y ha estado en manos de los monopolios bancarios y del acuerdo implícito de las potencias financieras, donde el régimen de amortización no ha tenido en cuenta nunca en la medida necesaria las necesidades de la economía. Medidas que sitúan al turismo en unas condiciones superiores a las que haya gozado cualquier actividad en España en los últimos años.

¿Cómo explicar esta actitud?

## La simbiosis política-economía

Si desde el punto de vista de la economía, el análisis precedente nos muestra la irracionalidad de un sistema basado fundamentalmente en el turismo, ¿cómo se explica la actitud que, desde hace algunos años, viene manteniendo la política económica española? Las razones parecen claras. El momento presente funda la viabilidad de una organización política en la eficacia económica: los resultados en términos de renta nacional han venido a ser el criterio adoptado a la hora de juzgar un régimen, una ideología.

Sin embargo, he aquí un arma peligrosa: un sistema político no comienza y acaba en lo económico. Un sistema político puede enmascararse, hoy, en la falacia de una tasa de aumento del 10 % en su renta nacional y justificar así conductas que rebasan lo económico. Lo económico, condición necesaria pero no suficiente.

**Demanda nacional no abastecida, sin pleno empleo.** Hay que comprenderse la política turística española dentro de estas coordenadas. Si las circunstancias hubieran sido otras, si en la gestión sostenida de la economía se hubieran obtenido buenos resultados, el Estado no hubiera recurrido al turismo para sobrevivir. Aislado del contexto político, el fomento turístico, en la medida en que se ha dado en España, resulta incomprensible para un economista que no esté al servicio de una tarea política que es necesario prolongar. Resulta incomprensible, sobre todo en un país donde al mismo tiempo que gran parte de la demanda está todavía sin abastecer, no existe el pleno empleo. Y ello porque en una situación de este tipo, el turismo aumentará las rentas en un sector, produciendo nuevas presiones en la demanda sin posibilidad inmediata de satisfacerla, generando, en consecuencia, movimientos inflacionistas. Hay que añadir la desviación de las inversiones hacia el sector turístico, que por su incidencia en la balanza de pagos gozará de prioridad en detrimento de sectores productivos más importantes. Creará, sin duda, nuevos puestos de trabajo, pero la mano de obra será absorbida estacionalmente y no se exigirá de ella ningún grado elevado de especialización.

Sin embargo, una política económica que va en camino de originar esta serie de efectos (y otros muchos), puede comprenderse en el contexto político. Debe permitir la supervivencia de un estado de cosas concreto, más allá de lo económico, que necesita, con urgencia, un nivel de vida medio y adormecedor. En la consecución de este nivel de vida se ha buscado, como de costumbre, la alianza del capital que ha encontrado un campo nuevo de perspectivas de beneficios inmediatos y sustanciosos. Creemos que es un deber del análisis económico, no ya el puro Informe técnico, sino el descubrir el juego que a través de la economía se viene desarrollando. Un poco, diríamos, en la oscuridad.

---

1. ¿Puede hablarse de desarrollo dentro de las actuales instituciones españolas? \* Creemos que, a lo sumo, puede esperarse una determinada tasa de crecimiento de las magnitudes que componen la renta nacional. Pero las relaciones entre éstas, y las estructuras básicas, persisten.

---

\* NDLR. Véase en este volumen: Fernando Claudín, **Dos concepciones de « la vía española al socialismo »**.



CARA Y VERGÜENZA

## HECHOS Y FIGURAS

—El lema de mi vida es la máxima clásica que dice: «busquemos el placer, que el penar viénese sin le buscar».



Un ministro francés en El Pardo

Gaston Falowski, ministro galo de la Ciencia, Energía Atómica e Investigación, durante su estancia en Madrid, ha visitado al Jefe del Estado español. La imagen recoge un momento de la entrevista en el palacio de El Pardo.

Composición de Ges.

Ayuntamiento de Madrid



# 27 Comunidad económica europea y España

## Problemas económicos de la entrada de España en el Mercado Común

En España no hay prácticamente ningún grupo, personalidad o tendencia que exprese una preferencia clara y definida por una política de aislacionismo frente a la Comunidad Económica Europea. Con una historia reciente, como la nuestra, tan marcada por la política de autarquía, tales preferencias resultan inconcebibles, a cualquier nivel de la sociedad española. No es menos cierto, sin embargo, que a la euforia europeísta palpable alrededor de 1962, año en que el gobierno pidió la asociación y en que la oposición comúnmente calificada de «burguesa» se ofreció asimismo como solución de recambio, como adherente respetable a la Comunidad, ha sucedido, en los últimos tiempos, un clima de mayor circunspección y cautela. Las grandes empresas industriales, con el beneplácito de las autoridades, prospectan mercados insólitos, como el Japón, el Medio Oriente, el Norte y el Centro de África y, quizás en menor medida, Sudamérica. Los países socialistas — cambio significativo — son objeto de una cortesía comercial creciente.

El europeísmo de carácter no económico, de tipo digamos sentimental, cultural, vagamente político, sin entrar en un declive pronunciado — pues sigue siendo fuerte, por ejemplo en Cataluña — resiste mal, al parecer, los efectos del tiempo, del desarrollo económico y de la restructuración política. Cierta desfase entre la ideología y los intereses de

las distintas capas de la burguesía ha permitido hasta hace bien poco que ese europeísmo difuso estuviera casi exclusivamente en boca de hombres de la clase media, cuando la pequeña burguesía tiene en realidad mucho que perder, en el terreno económico, con una eventual asociación al Mercado Común europeo. La disciplina impuesta por la «publicación» creciente de los intereses y aspiraciones de los distintos estratos de la sociedad española, la seriedad exigida por éstos a sus representantes políticos, o simplemente públicos, lleva trazas de terminar con el confucionismo y la ligereza ideológica reinante en el seno de la alianza que monopoliza los resortes del Estado.

En la medida en que desean participar lealmente — legalmente — en ese proceso de lucha de clases a escala reducida, limitado a un marco político más o menos estable y aceptado por una mayoría más o menos real de grupos sociales, algunas organizaciones con raíces en la clase obrera han debido renunciar a la negativa sistemática de afrontar la cuestión planteada por la existencia y el desarrollo junto a nuestras fronteras de la Comunidad Económica Europea. Quien en 1958 y en 1960 se contentaba con demostrar los efectos depresivos de nuestra adhesión al Mercado Común sobre el nivel de vida interior, presume ahora que un Estado democrático español estaría en mejores condiciones para nego-



ciar la asociación, sin olvidar tampoco las posibilidades de los mercados del Este<sup>1</sup>. Se trata tan sólo, de momento, de evitar fuentes de discordancia innecesarias.

Razones de orden estrictamente económico han contribuido también a ahogar el debate o, si se quiere, a cristalizar un **consensus** bastante amplio. Como es sabido, los efectos negativos de la formación del Mercado Común deben actuar en primer lugar sobre nuestra balanza de pagos, desaventajando nuestras exportaciones por medio de la tarifa exterior de los « seis » del Mercado Común que naturalmente no perjudicaría, por ejemplo, a las exportaciones italianas. Pues bien, estos efectos, que en último término suponen un estrangulamiento para el desarrollo económico interior, al marcar límites muy estrechos a nuestras compras de bienes de equipo en el extranjero, han sido aplazados por la entrada de divisas debida al turismo. Este hecho es bien conocido, lo mismo que el fenómeno similar, en este contexto, de las remesas de divisas procedentes del casi millón de españoles que trabajan en Europa Occidental. De este modo, la constitución de un mercado común del trabajo y un mercado común de servicios turísticos, que aventajan a España a corto plazo pues los extranjeros son compradores en ambos, ha hecho menos exigentes las circunstancias de nuestra relación con el mercado común de mercancías y ha permitido que España se librase en parte de la suerte que debía correr como país exterior y dependiente en buena medida del mismo<sup>2</sup>. A la ansiedad europeísta que caracterizó los años de la estabilización, ha sucedido pues una tregua. Pero ante la agravación renovada de los desequilibrios clásicos de la economía española: inflación, déficit de la balanza de pagos, crisis de la agricultura..., hemos de asistir sin duda a un replanteamiento sobre bases más rigurosas, por los motivos expuestos más arriba, de la cuestión de nuestras relaciones con la Comunidad Económica Europea. ¿Seguirá negándose la CEE a considerar seriamente las demandas formuladas por el gobierno en 1962 y 1964? ¿Qué fenómenos pueden influir en un cambio de tono de las relaciones? ¿Qué nuevos esfuerzos realizará la oposición burguesa para sacar partido de la situación? ¿Deben los socialistas españoles permanecer a la expectativa en este punto que puede resultar fundamental a lo largo de la nueva fase de dictadura del capital monopolista que se abre en estos momentos? Nuestro propósito es incitar a un estudio continuado de la marcha del Mercado Común y, en general, del

contexto económico-político exterior. Se trata de examinar los rasgos fundamentales del mismo, el juego de fuerzas que lo anima, de intentar un esbozo de su incidencia sobre la economía española a través de los trabajos de mayor relieve que sobre este punto se han realizado.

## 1. El contexto exterior

### Rasgos del comercio internacional

— Ninguna de las naciones que protagonizaron la primera revolución industrial ha pasado al llamado bloque socialista, excepto la Alemania Oriental, donde concurren circunstancias muy particulares a la conformación del sistema económico y social. Los Estados Unidos de Norteamérica y los países de la Europa Occidental — exceptuando la península ibérica — siguen gozando de la **ventaja histórica** que la burguesía de los mismos adquirió en forma de acumulación acelerada de capital a costa de los proletariados nacionales y de los pueblos colonizados. « Más del 80 % del comercio mundial de la casi totalidad de los productos industriales se realiza entre los Estados Unidos, Gran Bretaña y el Mercado Común »<sup>3</sup>. El resto de los países no-socialistas, salvo el Japón, con una estructura industrial débil o casi inexistente, se ven obligados a obtener los capitales necesarios para su desarrollo a cambio de exportaciones más y más desfavorables de sus productos agrícolas y materias primas; los precios de estos productos descienden o aumentan más lentamente que los de los productos industriales. En estas condiciones las burguesías nacionales de los países en vías de desarrollo deben dejar paso a los monopolios occidentales en sus propios mercados, a riesgo de verse desbordados por el movimiento obrero que reivindica un desarrollo rápido de acuerdo con el modelo socialista.

— Este mecanismo asegura al mismo tiempo la realización de las plus valías excedentarias acumuladas en los países capitalistas desarrollados, que pasan a invertirse en condiciones extraordinariamente favorables en países como España (salarios bajos, impuestos inferiores, mercado insatisfecho). El sistema monetario internacional, basado en el dólar, facilita la exportación de capital de los Estados Unidos de Norteamérica en razón de la demanda de dólares

\* NDLR. Véase en el primer volumen de esta obra: C. E. Q. García, **De la autarquía económica al Plan de Desarrollo**.



que acompaña a la demanda internacional de productos industriales. Los países de Europa Occidental sufren también relativamente las consecuencias de esta situación, puesto que facilita la entrada de capitales norteamericanos en sus mercados, poniendo en peligro la supervivencia de los monopolios nacionales. El Mercado Común es el principal importador del mundo y el segundo exportador, después de los Estados Unidos. Las balanzas de pagos de los seis países del Mercado Común son, sin embargo, excedentarias, mientras que los Estados Unidos son deficitarios — cómodamente deficitarios ya que el comercio internacional necesita los dólares que los

Estados Unidos gastan en el extranjero en forma de ayuda militar o de inversiones privadas.

### Evolución económica en Europa occidental

— El período de postguerra, 1950-1960, se caracteriza en Europa Occidental por un ritmo de expansión desconocido en el pasado. La realización de la primera fase del Mercado Común es mucho más el resultado que la causa de esta expansión. La expansión económica de la Alemania Occidental ha jugado un papel fundamental en todo el proceso, incluso con respecto a los países de Europa Occidental que no forman parte del Mercado Común: los de la zona

CUADRO 1. COMERCIO EXTERIOR DE LA CEE, 1960 (en millones de dólares).

Origen Destino	Grandes categorías de productos	IMPORTACIONES						EXPORTACIONES							
		Total	Productos alimenticios	Productos energéticos	Materias primas	Máquinas y material transporte	Otros productos	Total	Productos alimenticios	Productos energéticos	Materias primas	Máquinas y material transporte	Otros productos		
Total intra-CEE		10 155	1 297	835	994	2 238	4 792	10 246	1 291	874	964	2 318	4 801		
Total extra-CEE		19 512	4 178	2 666	5 881	2 028	4 758	19 497	1 636	922	714	6 579	8 635		
Mundo		29 667	5 475	3 501	6 875	4 266	9 550	29 733	2 927	1 796	1 678	8 897	14 436		
		%	%	%	%	%	%	%	%	%	%	%	%		
1. América del Norte		4 227	100	15,4	6,0	27,0	22,4	30,2	2 537	100	7,3	0,2	4,4	31,5	56,3
2. Europa del Norte		1 874	100	18,2	0,1	41,4	10,3	29,9	2 674	100	4,4	7,4	2,9	37,5	47,8
3. Austria, Suiza		1 342	100	6,5	0,6	14,3	21,9	56,6	2 285	100	9,1	8,9	5,7	29,3	47,0
4. Países de ultramar asociados		1 701	100	43,2	11,2	28,9	0,3	16,4	1 918	100	18,6	5,2	1,9	25,4	48,9
5. América latina		1 838	100	49,2	9,7	27,3	0,1	13,6	1 646	100	3,9	0,3	1,3	47,0	47,4
6. Reino Unido		1 549	100	4,5	4,4	8,8	32,7	48,3	1 759	100	18,4	6,2	7,2	25,3	42,8
7. Próximo Oriente y Oriente Medio, África del N.E.		1 957	100	3,6	84,6	8,7	0,1	3,0	1 117	100	8,2	2,0	3,0	36,3	50,5
8. Mediterráneo occidental		834	100	47,8	1,6	34,0	0,9	15,7	949	100	7,4	6,2	4,2	33,6	48,6
9. Extremo Oriente		866	100	13,8	4,6	62,5	0,9	18,1	809	100	8,8	1,3	1,9	35,2	47,8
10. Resto de África		836	144	27,4	4,8	53,6	4,1	12,5	738	144	6,5	2,9	1,2	44,9	44,5
11. URSS, China continental		601	144	12,5	25,8	39,8	4,5	21,6	650	100	1,0	4,4	3,4	28,8	66,8
12. Mediterráneo oriental		416	100	41,3	0,4	42,4	0,7	15,2	767	100	2,6	4,8	3,1	43,8	45,7
13. Europa del Este		545	100	32,9	11,9	20,9	6,1	28,2	582	100	4,4	0,5	8,9	24,9	61,3
14. Australia, Nueva Zelanda		585	100	13,8	0,1	84,2	4,0	1,9	329	100	4,3	0,6	1,9	39,5	53,7
15. Asia del Sur		256	100	15,5	0,0	64,3	0,4	18,7	536	100	2,4	4,8	1,0	47,9	48,0

Fuente: Charles Maignial, *L'Europe commencée*, Casterman, 1934.



européa de Libre Cambio (Gran Bretaña, Países Escandinavos, Suiza, Austria y Portugal) y España<sup>2</sup>. Para el período 1950-1960, Alemania (10,1 % anual) e Italia (9 %) van en cabeza en cuanto al crecimiento de la producción industrial. Esta expansión hubiera sido impensable sin una serie de migraciones en gran escala como las siguientes:

1. Desplazamiento de más de 10 millones de refugiados alemanes hacia Alemania Occidental.
2. En Italia, desplazamiento Sur-Norte de varios millones de personas.
3. Desplazamiento de más de un millón de Italianos, españoles, griegos y portugueses hacia Europa Occidental<sup>3</sup>.

— La expansión europea basada en la aportación de capitales americanos (Plan Marshall), en la reconstrucción de la postguerra y en la oferta de mano de obra barata procedente del sur provocó una primera ruptura de los marcos nacionales y el establecimiento progresivo de un mercado más amplio, a escala europea, para dar salida a la producción creciente de la gran industria alemana y holandesa, de los monopolios franceses, italianos y belgas y de los excedentes agrícolas franceses (cereales) e italianos (frutas y legumbres). En 1957 se firmó el tratado de Roma para el establecimiento progresivo de una unión aduanera, lo que supuso a partir de 1959 un desarme aduanero previsto en 3 etapas hasta la anulación total de las aduanas interiores en 1970 y la fijación, también en 3 etapas, de una aduana exterior común a los seis países. Hasta ahora los plazos han sido cumplidos a tiempo o con anterioridad. La consecuencia de este proceso ha sido una expansión del comercio mundial, casi enteramente absorbida por los países industriales y especialmente los del Mercado Común y un descenso paralelo de la parte de los países subdesarrollados en los intercambios internacionales. El comercio intracomunitario pasa de 7 mil millones de dólares en 1958 (30 % de las exportaciones de « los seis ») a 13,6 mil millones (40 %) en 1962. Las exportaciones de los seis hacia los países en vías de desarrollo permanecen estacionarias, pasando de 26,78 % a 18 % en cifras relativas sobre el total de exportaciones: es decir, en el corto plazo de 4 años, disminuyen en un 10 % sobre el total, mientras que el comercio intracomunitario absorbe este 10 %<sup>4</sup>.

— A partir de 1960 y especialmente de 1963, se llega al techo del crecimiento acelerado que se basaba en la diferencia entre el incremento de la productividad y el de los salarios: la oferta de nueva mano de obra va disminuyendo y la demanda de bienes y servicios va alcanzando niveles de saturación. (En Alemania se han construido ya más de 8 millones de viviendas para 53 millones de habitantes.) Italia, primero, y Francia, seguidamente,

ponen en marcha sendos planes de estabilización. Se trata de reconstituir un volumen « necesario » de paro obrero para recomenzar la acumulación sobre un nivel de salarios menos dinámico. Inglaterra pone en práctica medidas restrictivas de política monetaria y de comercio exterior. Aparece al capitalismo la necesidad de una « política de rentas » que frene el dinamismo de la clase obrera y haga marchar a la productividad siempre por delante. En efecto, la inflexión de la coyuntura al iniciarse la década del 60, cuyas características (pleno empleo que se mantiene todavía e indicios de caída en la tasa de beneficios ante la presión de los salarios) marcan el momento más favorable para la lucha de la clase obrera, da lugar a una oleada importante de acciones de masa: huelgas mineras en Bélgica (Borinage, 1961), grandes huelgas mineras en Francia (Lorraine, Decazeville, 1963), grandes huelgas metalúrgicas en Italia (enero 1963), primera huelga importante en muchos años en Alemania (metalúrgicos de Wurtemberg-Bade). Se produce una desaceleración notable en el crecimiento económico sin llegar a la recesión generalizada (crisis). El peligro de inflación se deja sentir también en Alemania. La inflexión de la coyuntura da lugar a la primera gran crisis política del mercado común (junio 1965, retirada provisional de Francia) que se salda con un compromiso y pone en cuarentena las esperanzas de los incondicionales de la Comunidad.

— Al mismo tiempo el excedente (exportación-importación) de la balanza comercial de los Estados Unidos ha disminuido; los yanquis se han impuesto una cierta disciplina en la exportación de capitales para no forzar demasiado el sistema monetario internacional, que les favorece, y para, eventualmente, parar el golpe de una ofensiva contra el dólar (conversión en oro de las divisas en posesión de los países extranjeros a cargo de la Reserva Federal de los Estados Unidos. Los países de Europa Occidental han disminuido, por otro lado, el ritmo de crecimiento de sus compras en los Estados Unidos en correspondencia con la disminución de su tasa de desarrollo. En Francia se desarrolla una vigorosa campaña contra las inversiones americanas (affaire Bull).

### Perspectivas económicas...

— El capitalismo europeo occidental se encuentra en 1966 ante las siguientes perspectivas generales: posibilidad de mantener un ritmo de crecimiento no excesivamente bajo si se adoptan medidas muy duras contra la inflación; en Alemania y Holanda disminución del ritmo de crecimiento de las inversiones públicas y limitación de la oferta monetaria; en el resto del Mercado Común, más afectado por la inflexión de la coyuntura y con graves problemas



de relanzamiento de las inversiones, es de prever sin embargo un aumento sensible del paro obrero (previsto en el V Plan francés), «único remedio contra la inflación y contra el desequilibrio de la balanza comercial». Los efectos de la concurrencia se dejarán sentir con mucha más intensidad en esta segunda fase de menor prosperidad: superada la etapa de liquidación de los cartels puramente nacionales, la concentración a escala internacional, la interpenetración de capitales empieza ya a transformar la fisonomía industrial de Europa, para no dejar en pie más que tres o cuatro grandes zonas (Cuenca del Rhur, Valle del Po, Valle del Ródano y Región de París). Hundimiento de sectores industriales enteros que no resisten la presión combinada de los

cambios tecnológicos, la apertura de las fronteras nacionales y la fase de menor prosperidad: las minas francesas del Norte, las minas belgas, tanto valonas (Borinage) como flamencas, los astilleros franceses, la pequeña metalurgia, la industria textil tradicional. Aparición de capacidades excedentarias en los sectores-clave del desarrollo reciente: automóvil, química, eléctrica. Si se mantienen todos los equilibrios, posibilidad de que el Mercado Común se convierta en exportador de capitales hacia los países en vías de desarrollo. Apertura real del mercado europeo a los excedentes agrícolas franceses en competencia con los excedentes agrícolas americanos. Decadencia de regiones enteras (Wallonia, oeste de Francia, sur de Italia). Posibilidad de movi-

CUADRO 1. 1. EVOLUCION Y PREVISIONES DE CONSUMO E INVERSION EN LA CEE, 1960 - 1965 - 1970.

País	Consumo privado				% del PIB		
	Indice de crecimiento anual %						
	Global		Por habitante				
	1965-60	1970-65	1965-60	1970-65	1960	1965	1970
Alemania	5,4	3,5	4,1	2,9	55,9	56,6	56,4
Francia	5,2	4,5	3,8	3,5	63,5	65,1	63,9
Italia	5,7	4,7	5,0	4,0	61,6	63,4	62,5
Países Bajos	6,2	4,0	4,7	2,5	57,2	61,3	59,4
Bélgica	3,8	3,7	3,0	3,1	69,3	66,7	65,6
Luxemburgo	3,5	3,2	2,4	2,4	57,7	59,5	59,3
Comunidad	5,3	4,1	4,2	3,3	60,8	61,9	61,2

#### EVOLUCION DE LAS INVERSIONES DIRECTAMENTE PRODUCTIVAS.

	% de las inversiones fijas totales			Indice de crecimiento anual	
	1960	1965	1970	1965-1960	1970-1965
Alemania	62,1	62,5	63,3	7,4	3,8
Francia	63,5	58,6	60,0	6,7	5,8
Italia	65,1	58,6	64,6	- 0,6	12,2
Países Bajos	64,6	63,3	60,7	6,5	5,7
Bélgica	60,9	61,1	61,3	4,4	4,0
Luxemburgo	59,6	—	—	—	—
Comunidad	58,2	56,3	58,5	5,8	6,1

Fuente: Projet de « Programme Economique Européen 1966-1970 » en Communauté Européenne, mayo de 1966.



mientos migratorios intracomunitarios importantes: del noroeste de Francia a Alemania, etc. Entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común una vez resuelta la cuestión de los excedentes agrícolas franceses y los problemas monetarios ingleses.

### ... y clases en lucha

— La lucha de clases se internacionaliza a escala europea, bajo la iniciativa de los monopolios supervivientes al primer arreglo de cuentas. La clase obrera deberá enfrentarse con patronos mucho más poderosos, capaces de soportar huelgas de gran duración mientras éstas se circunscriban al ámbito de una sola nación. La igualación de las condiciones de coste en el marco de la Comunidad europea permitirá a la burguesía monopolista de cada país hacer valer el argumento de la concurrencia internacional ante cada demanda de alza de salarios; e inversamente ofrece la posibilidad a un movimiento obrero integrado a escala europea de generalizar a todos los países las conquistas de los trabajadores de un país cualquiera. El movimiento obrero se ve en la

necesidad de librar batallas perdidas en los sectores regresivos, contra los despidos masivos y la disminución de los salarios reales.

— La socialdemocracia europea recoge los frutos de las contradicciones inherentes a este proceso de concentración, presentándose como única fuerza capaz de: 1) llevar a cabo una política de rentas (en razón de sus raíces en la clase obrera) y asegurar de este modo el problemático « crecimiento equilibrado »; 2) asegurar un arbitraje entre monopolios y naciones concurrentes poniendo en pie una programación a escala europea; 3) limitar los efectos del desarrollo desigual del capitalismo europeo con arreglo a una política europea que el capital privado no puede llevar a cabo contra sus principios; 4) resolver los problemas que la competencia americana plantea a los monopolios nacionales mediante una política de entrega y rendición incondicional tanto en el terreno militar (NATO) como en el económico (cesión de los sectores-clave a los yanquis). La fuerza electoral de la socialdemocracia europea está cerca o por encima del 50 % en todos los países y participa en el gobierno holandés, italiano, británico,

CUADRO 1. 2. EVOLUCION Y PREVISIONES DEMOGRAFICAS EN LE CEE. 1965 - 1970 - 1980. POBLACION DE LA COMUNIDAD EL 1 DE ENERO Y PERSPECTIVAS (sin migración).

	Alemania		Francia		Italia		Países Bajos		Bélgica		Luxemburgo		Comunidad Europea	
	HM *	M *	HM	M	HM	M	HM	M	HM	M	HM	M	HM	M
1965														
0-14	12 989	6 332	12 302	6 036	12 615	6 181	3 463	1 689	2 239	1 093	(65)	(32)	43 673	21 363
15-64	38 064	20 017	30 052	15 030	34 511	17 484	7 583	3 802	5 965	3 004	(233)	(116)	116 408	59 453
65 +	6 811	4 141	5 853	3 667	5 141	2 983	1 159	629	1 198	699	(32)	(17)	20 194	12 136
	57 864	30 490	48 207	24 733	52 267	26 648	12 205	6 120	9 402	4 796	330	(165)	180 275	92 952
1970														
0-14	13 768	6 709	12 326	6 054	13 263	6 489	3 698	1 806	2 273	1 108	(67)	(33)	45 395	22 199
15-64	37 667	19 670	30 972	15 446	35 535	17 954	8 061	4 028	6 041	3 040	(238)	(118)	118 514	60 256
65 +	7 730	4 655	6 539	4 002	5 755	3 324	1 308	728	1 295	757	(32)	(18)	22 659	13 484
	59 165	31 034	49 837	25 502	54 553	27 767	13 067	6 562	9 609	4 905	(337)	(169)	186 568	95 939
1980														
0-14	13 575	6 612	13 244	6 488	14 491	7 079	4 613	2 253	(2 330)	(1 130)	(69)	(34)	48 322	23 596
15-64	38 192	19 367	32 948	16 342	37 288	18 698	8 944	4 396	(6 165)	(3 055)	(247)	(123)	123 784	61 981
65 +	8 915	5 497	7 623	4 489	7 384	4 193	1 701	1 029	(1 425)	(845)	(34)	(18)	27 082	16 071
	60 682	31 476	53 815	27 319	59 163	29 970	15 258	7 678	(9 920)	(5 030)	(350)	(175)	199 188	101 648

\* HM: Ambos sexos; M: mujeres.

Fuente: Office statistique des Communautés Européennes, *Bulletin général de statistiques*, 1966, nº 2.



danés, sueco y austriaco. Ha abandonado el internacionalismo proletario para defender el internacionalismo del capital y ha traicionado no tan sólo su ideología sino incluso sus programas políticos. Su gran debilidad reside en el hecho de que una crisis del capitalismo europeo, una gran recesión, por

y sin gran insistencia de los sindicatos <sup>3</sup>, ha llevado a lo más alto el papel político de la socialdemocracia. Pero el fondo de la recesión sería una situación comprometida; la socialdemocracia no estaría bien situada. Los sindicatos y partidos obreros serían empujados por la base a una acción más enérgica.

CUADRO 2. LAS CINCUENTA MAYORES EMPRESAS DEL MERCADO COMUN.

	País	Rama	Cifra de negocios
1. Royal Dutch-Shell	PB/GB	Petróleo	9 761 872
2. Unilever	PB/GB	Materias grasas, detergentes	4 727 900
3. IRI	Italia	Siderurgia, etc.	2 596 160
4. Volkswagen	Alemania	Automóviles	1 999 275
5. Philips	PB	Construcción eléctrica	1 934 119
6. Siemens	Alemania	Construcción eléctrica	1 633 000
7. Electricité de France	Francia	Electricidad	1 623 658
8. A. Thyssen-Hütte	Alemania	Siderurgia	1 513 390
9. Fiat	Italia	Automóvil, siderurgia	1 452 800
10. Saint-Gobain	Francia	Vidrio, química	1 439 538
11. Daimler Benz	Alemania	Automóvil	1 309 000
12. Bayer Gruppe	Alemania	Química	1 253 000
13. Mannesmann	Alemania	Siderurgia, carbón	1 230 750
14. ENI	Italia	Holding, petróleo	1 217 920
15. F. Krupp	Alemania	Siderurgia, carbón, mecánica	1 208 750
16. Farbwerke Hoechst	Alemania	Química	1 125 250
17. Rhône-Poulenc	Francia	Holding, química	1 066 842
18. RWE	Alemania	Electricidad	1 042 000
19. Compagnie Française de Raffinage	Francia	Petróleo	1 025 116
20. Rheinische Stahlwerke	Alemania	Holding, siderurgia	1 025 000
21. Mannesmann	Alemania	Siderurgia, carbón	1 009 750
22. Charbonnages de France	Francia	Carbón	1 005 671
23. Salzgitter	Alemania	Holding, carbón, siderurgia	981 250
24. AEG-Telefunken	Alemania	Construcción eléctrica	950 500
25. BASF	Alemania	Química	938 750

Sigue en la página 346

ejemplo, significaría al mismo tiempo su propia muerte política: por ello se esfuerza en impedir esta posibilidad y se ofrece como fuerza de recambio en la política anticíclica. La inflexión de la coyuntura, que es el momento más favorable de la lucha obrera, «en que hay penuria de mano de obra, y por tanto sensación de fuerza y de libertad de acción en los sindicatos, y al mismo tiempo descenso de índice de beneficios, y por tanto mayor resistencia patronal a hacer concesiones, es decir pocas probabilidades de conseguir nada sin lucha

### El peligro de depresión económica

— ¿Es previsible una recesión total? El acceso de los países del Mercado Común a una estructura industrial **madura** del tipo yanqui hace prever más bien la posibilidad de pequeñas recesiones, como las de la economía de los Estados Unidos en 1957 y 1961. Estos descensos de nivel de actividad y de empleo se presentan con relativamente más frecuencia (ciclo de 4-5 años en vez de 7-10 años) en razón del acortamiento del período de renovación



del capital por el desarrollo rapidísimo de nuevas técnicas<sup>3</sup>. La aparición de capacidades de producción excesivas (sector automóvil especialmente) en el curso de la primera fase del Mercado Común puede agravar el carácter de la recesión provocada por un descenso de las inversiones. Pero el perfecciona-

ejemplo, podría tener un efecto depresivo en la economía occidental entera si se produce en el marco de una integración progresiva Mercado Común-Estados Unidos.) La doble reacción de los monopolios yanquis ante el Mercado Común, reacción favorable en cuanto el Mercado Común constituye un mercado

	País	Rama	Cifra de negocios
26. Petrofina	Bélgica	Petróleo	928 170
27. Gutehoffnungshütte Aktienverein	Alemania	Holding, siderurgia, mecánica	898 000
28. Shell Française	Francia	Petróleo	872 777
29. Régie Renault	Francia	Automóvil	864 393
30. VEBA	Alemania	Holding, carbón, electricidad	854 250
31. Finsider	Italia	Holding, siderurgia	828 691
32. Deutsche Shell	Alemania	Petróleo	803 794
33. Montecatini	Italia	Química	793 600
34. Deutsche Unilever	Alemania	Materias grasas, detergentes	716 197
35. Gelsenkircher Bergwerks	Alemania	Carbón, petróleo	716 000
36. Robert Bosch	Alemania	Carbón, electricidad	660 000
37. Schneider et Cie.	Francia	Holding, siderurgia, mecánica	654 236
38. Metallgesellschaft	Alemania	Metales no ferrosos	635 000
39. Hoesch	Alemania	Carbón, siderurgia	532 755
40. Hibernia	Alemania	Carbón, química	530 750
41. Bergwerk Rheinhausen Hüttenand	Alemania	Siderurgia, carbón	526 313
42. Phoenix-Rheinrohr	Alemania	Siderurgia	482 500
43. DEA	Alemania	Petróleo, carbón, química	466 750
44. Thomson-Houston	Francia	Construcción eléctrica	464 000
45. Kloeckner-Werke	Alemania	Siderurgia, carbón	453 250
46. Kloeckner-Hambolt	Alemania	Mecánica	452 750
47. Cie. Generale d'Electricité	Francia	Construcción eléctrica	426 575
48. Fimeccanica	Italia	Holding, mecánica	417 451
49. Olivetti	Italia	Mecánica	417 400
50. VIAG	Alemania	Holding, aluminio, electricidad	408 500

miento de la política anticíclica interviene aquí para sortear el peligro. En último término todo depende de la combatividad de la clase obrera en la defensa de su autonomía y de su salario real contra la política de rentas y la política del «paro controlado». — La interpenetración progresiva de la economía yanqui y la de Europa Occidental, cuyo próximo episodio será la negociación del Kennedy Round — disminución del 50 % de las tarifas aduaneras yanquis y europeas — extiende sin embargo los riesgos de la recesión. (El fin de la agresión en el Vietnam, por

en expansión y reacción defensiva en cuanto constituye un competidor posible, tiende a acelerar la integración atlántica « Ante los salarios más elevados del obrero americano, el capitalismo yanqui organiza el paro en los Estados Unidos exportando sus capitales (inversiones) a Europa, donde goza de salarios mas bajos. De este modo bloquea los salarios en las Estados Unidos y contribuye con sus inversiones a que suban los salarios europeos, lo que a la larga favorece su competitividad »<sup>3</sup>. Algo semejante persiguen tanto el V Plan francés como



la Comisión del Mercado Común al proponer un equilibrio de la balanza de pagos europea, actualmente excedentaria, mediante la exportación neta de capitales: un descenso relativo de las inversiones dentro de la Comunidad, un descenso relativo del empleo y el bloqueo consiguiente de los salarios. Con estas armas restrictivas, el control de la coyuntura se vería aumentado y la recesión aplazada por unos años más.

— La recesión, en forma de parón brutal del ritmo de desarrollo o en forma de freno moderado, dará lugar a tres actitudes divergentes ante las instituciones europeas: 1) Actitudes « liberales » de los grupos capitalistas más fuertes, dispuestos a admitir un nuevo equilibrio, después de una fase de reajustes dolorosos (desaparición de empresas marginales, crisis definitiva de los sectores industriales tradicionales, despoblación de regiones agrícolas, paro masivo). Entre los grupos favorables a esta salida están los grupos nortamericanos — que ganarían terreno dentro del Mercado Común y avanzarían en la formación de un « mercado común atlántico » — así como una parte importante de los bancos europeos y del gran capitalismo alemán, holandés, y británico; 2) Actitudes de oposición a las primeras de grupos no dispuestos a pagar las costas del proceso y menos sensibles a las ventajas de la integración europea liberal; defensa de los Estados nacionales y de sus instrumentos de política económica, comprometidos por la integración; vuelta a una política económica autónoma, nacional y proteccionista, para superar la crisis. Esta línea, puesta en práctica en parte por De Gaulle, tiene su base en las capas precapitalistas y paleocapitalistas (empresas familiares, comercio tradicional, pequeños campesinos) y una parte de las grandes empresas francesas, que pueden calificarse de « monopolios malthusianos », reducidos al ámbito nacional, que coexisten con una multitud de pequeñas empresas en su sector y quisieran impedir la competencia exterior; 3) Actitudes estrictamente « europeístas », que pretenden « salvar a Europa » de la explosión y de la competencia despiadada, por medio de la creación de un nivel supranacional de instrumentos de intervención, de política anticíclica y de programación, en sustitución de los instrumentos de política económica que los Estados nacionales han perdido. Tecnocracia europea, grandes empresarios neocapitalistas y socialdemocracia. Una parte importante de la « izquierda democrática » y de sindicalistas cristianos invitan a la clase obrera a tomar partido por esta solución<sup>4</sup>.

#### Últimas tendencias

— La desaparición progresiva de las fronteras interiores de la CEE, que será total el 1 de julio de 1968,

sigue empujando a la concentración en todos los sectores, sin desbordar todavía de forma amplia los marcos nacionales. (Acuerdos recientes: Renault-Peugeot, Empain-Schneider: fusión franco-belga, Edison-Montecatini, Banque Nationale de París, Suez-Pont-à-Mousson, fusión de las petroleras francesas...) La tendencia debe confirmarse próximamente en Alemania y Bélgica a favor de las medidas de estabilización que empiezan a dictarse. Mientras Francia recupera con dificultades el ritmo de actividad anterior al Plan Giscard, la expansión global de la CEE adquiere un tono inferior al de la primera fase, 1958-1962 (véase cuadro 1). Paralelamente, los diversos factores que contribuyen a desequilibrar la economía yanqui, la guerra del Viet-Nam entre ellos, han alcanzado las proporciones que parecen requerirse para que se piense seriamente en poner un freno al ascenso de la actividad económica; al instante Ford y General Motors han anunciado su intención de disminuir la producción y la bolsa de New York experimenta un bajón comparable al que siguió a la muerte de Kennedy. Si el mercado americano atraviesa dificultades, no cabe duda de que la competencia se agudizará no sólo en el europeo occidental sino por los llamados mercados del Este, incluido el chino, que últimamente van siendo solicitados por compañías alemanas, francesas, italianas, e incluso norteamericanas en número cada vez mayor, especialmente en los sectores más dinámicos (automóvil, telecomunicación...).

— Entramos pues, en conjunto, en una fase de menor prosperidad, al menos a corto plazo. La baja coyuntura no dejará de influir en el tono de las « negociaciones Kennedy » sobre reducción de los aranceles en los países asociados al GATT (que engloban la casi totalidad del comercio internacional); en el curso de estas negociaciones el capital yanqui intentará conseguir del capital europeo, y especialmente del Mercado Común, un desarme arancelario importante, tanto para sus excedentes agrícolas como para los productos industriales. A su vez, unos y otros, yanquis y CEE, perseguirán concesiones del mismo orden de parte de los países más atrasados, sin ofrecer gran cosa a cambio, puesto que la reivindicación fundamental de éstos: el establecimiento de garantías institucionalizadas para sus exportaciones de materias primas, fue torpedeada con éxito en la pasada Conferencia Mundial de Comercio. Las condiciones en que se desenvuelven países como España, donde se piensa más bien en una limitación de las importaciones para detener el proceso de deterioración de la balanza de pagos con el exterior, no facilitan precisamente el éxito de acuerdos sobre desarme arancelario.

— La competencia interimperialista va cobrando energía al compás de las decisiones « unilaterales »



de De Gaulle. Francia se retira de la NATO y presiona económica y políticamente sobre los países socialistas para obtener una imagen más y más convincente de coexistencia, así como un campo provechoso para sus exportaciones. De momento, sin embargo, los acuerdos industriales benefician por igual a varios países europeos (China encarga en Alemania el montaje de una metalurgia ligera; la Unión Soviética hace instalar por Fiat una planta de automóviles con capacidad para producir 600 000 unidades en 1970; Polonia llega a un acuerdo también con Fiat; la Unión Soviética adopta la patente francesa — Secam — de Televisión en color). En este contexto cabe situar en un mismo plano decisiones tan aparentemente lejanas como las de la política espacial y atómica francesa, el intento de crear una industria electrónica nacional, la neutralidad propuesta para el Viet-Nam y los estrechos contactos con Rumania, país en el que se pretende ver, por parte del gobierno francés, una encarnación socialista de la política internacional de De Gaulle. Las fisuras producidas por la actitud del gobierno francés alcanzan tanto al bloque occidental, en el que predomina todavía la «fidelidad atlántica» a los USA, como a la izquierda del país galo, dividida en «atlantistas» y «neutralistas». La derecha alemana (Adenauer, Strauss) se apoya también en el precedente gaullista con objetivos particulares, relativos al fortalecimiento político y militar de la República Federal. El neocolonialismo francés encuentra por su parte menos resistencias en los países atrasados, al amparo de las simpatías que en ellos despierta la política exterior de De Gaulle. En fin, el gobierno español ha hecho saber al presidente francés, que su concepción de la «Europa de las Patrias» cuadra perfectamente con las aspiraciones de nuestro país, y ha ido aún más lejos despreciando una entrada en la NATO que nadie le ofrecía (recuérdese la negativa de Castiella a permitir que los aviones alemanes de la NATO con base en Portugal sobrevolases España). En conjunto, pues, De Gaulle polariza a su alrededor una serie de intereses internacionales de sentido diverso, en ocasiones contradictorio, y que tienen en común el hecho de ser más o menos insatisfechos por la actual estructura del bloque occidental<sup>2</sup>. En definitiva, ese aglomerado confuso de intereses constituye una masa de maniobra relativamente importante para la política desde el punto de vista técnico, dentro del pelotón de cabeza de los países industriales.

— Los trabajadores europeos empiezan a coordinar sus reivindicaciones a escala internacional. Las grandes centrales sindicales italiana y francesa (CGIL y CGT) han enviado a sus dirigentes a Bruselas para reclamar un papel activo en el seno de la CEE, poniendo fin de este modo a un largo periodo de

indiferencia al respecto. La huelga de las trabajadoras de una fábrica de armamento en Lieja ha puesto sobre el tapete cuestión de la igualdad de salarios entre los dos sexos, cuestión que figuraba ya en el texto del Tratado de Roma. La política de reconversión y de desarrollo regional, tras tanta literatura, no da resultados; el hecho es que los trabajadores de la Lorena, empleados hasta ahora en pequeñas metalurgias o en minas de hierro, todas ellas en declive, no reciben más que un buen consejo: *Passez le Rhin*. Se trata de un flujo migratorio relativamente inédito en el mercado europeo del trabajo y que pone de relieve un grado creciente de internacionalización. No hace mucho, una misión enviada por un grupo de capitalistas griegos tuvo que desplazarse también hasta la cuenca del Rhin y, en definitiva, para no encontrar ni la mitad de los obreros cualificados (dispuestos a volver a su patria), que se necesitaban para poner en marcha una nueva industria con aportación de capital extranjero. Está por ver si la coordinación iniciada a nivel sindical por los trabajadores europeos situará a éstos en condiciones de contrarrestar los efectos de la gran movilidad que el capital les impone y de la concentración capitalista a escala internacional. No hay que olvidar que los núcleos de absorción de fuerza de trabajo están localizados en países donde la combatividad, real o potencial, de la clase obrera es inferior a los países de origen, o se limita al menos a objetivos de menor contenido revolucionario.

## 2. España y la comunidad económica europea

— La asociación de España al Mercado Común está en la mente del gobierno desde que «los seis» firmaron el tratado de Roma en 1957. En 1959, la estabilización y primera apertura de la economía española al exterior, contaba ya con este hecho entre sus móviles directos o indirectos. Pasado el bache de 1960-1961, se formuló oficialmente, en febrero de 1962, la primera petición de asociación, que no obtuvo ninguna respuesta. La demanda llegó antes de lo previsto, cuando el clima económico y político, tanto dentro como fuera de España, estaba aún muy verde para aceptar la integración, incluso a largo plazo. La euforia de los círculos europeístas españoles ocultaba en realidad los serios temores que estaban en la base de la decisión: Gran Bretaña,



nuestro segundo mercado de exportación, acababa de abrir conversaciones oficiales con la CEE; por otro lado, la CEE llegaba en ese momento a un acuerdo en materia de política agraria, aproximándose así al momento en que la protección de la producción agrícola europea había de empezar a causar trastornos a las exportaciones españolas. Fuese cual fuese el motivo, la petición no obtuvo respuesta, por lo que el gobierno español volvió a formularla al cabo de dos años justos, en febrero de 1964. Esta vez obtuvo una negativa menos brutal de parte de un Consejo de Ministros menos unánime: Alemania y Francia adoptaron una postura favorable a la apertura de conversaciones, mientras Italia insistía en la necesidad de que la CEE definiese la « filosofía política » mínima que se requiere para establecer unas condiciones a la asociación. En la nota de contestación se accedía a abrir negociaciones acerca de las consecuencias económicas que la existencia del Mercado Común podía reportar a España.

### Los factores políticos

— Las negociaciones no han producido todavía ningún resultado. Ullastres representa permanentemente en Bruselas, ante la Comisión de la CEE, los intereses del gobierno español. El exministro se ha visto encomendar esta tarea poco después de que, en sus últimos discursos ministeriales, el más sonado de ellos en Valencia, amenazase abiertamente a la CEE con orientar el comercio exterior español hacia otros mercados. No parece que estos propósitos inquietasen sensiblemente a las autoridades europeas; en último término el sentido común les propone reflexiones de mayor peso: « ¿Por qué comprarles sus frutas si ellos no nos dejan vender nuestros coches? » Lo cierto, sin embargo, es que las cosas ni

son ni se plantean de forma tan simplista. Los argumentos que juegan son preferentemente de orden político, lo que se discute es la oportunidad del momento para negociar una asociación que a la larga nadie vetará. El gobierno alemán recuerda de vez en cuando su apoyo total a los deseos de Madrid, con una falta pasmosa de escrúpulos democráticos, si se piensa que en Europa todavía no se ha extinguido del todo el « miedo a los alemanes ». ¿Será ésta una más de las misiones que los yanquis han impuesto a la « voz de su amo en Europa? El caso es que los franceses, con una postura de fondo similar, no arriesgan tanto en llevar las « relaciones públicas » de Franco. Lo que no sería impensable de De Gaulle, en cambio, si se asegurase el margen de admiración que está negociando en el Este con los países socialistas, es que diese la campanada apoyando a fondo la candidatura española. Esta hipótesis se haría más verosímil si España se convirtiera en un episodio más de la resistencia antiyanqui del capital francés dispuesto ya a salir de sus fronteras.

— Las peticiones del gobierno español hicieron correr bastante tinta en Europa, en el momento en que se produjeron. Surgió entonces una controversia sobre la postura a adoptar para mejor presionar a Franco hacia la liberalización. Los partidarios de la asociación inmediata se presentaban como conocedores de la realidad española; en su opinión, una actitud favorable de la Comunidad abriría el camino a los grupos más liberales de la dictadura y les permitiría vencer las resistencias autárquicas, africanistas u otras que, al parecer, predominan todavía. El mismo fenómeno servía para llevar a conclusiones opuestas a los más antifranquistas: una actitud favorable sería el espaldarazo definitivo al régimen y quien sabe si provocaría la decepción definitiva de

CUADRO 3. I. PRODUCCION DE ALIMENTOS EN PORCENTAJE DE LAS NECESIDADES, MEDIA 1956-1957 - 1959-1960.

	Cereales panifi- cables	Cereales secun- darios	Azúcar refinado	Patatas	Verduras	Frutas	Carne	Huevos	Queso	Mante- quilla	Arroz	Pescado
Francia	204	103	95	100	74	58	100	96	104	99	58	94
Alemania	79	68	81	99	47	51	89	56	77	92	—	89
Italia	104	82	105	100	103	133	84	84	99	82	158	64
Bélgica y Luxemburgo	65	39	109	96	76	57	96	110	33	96	—	59
				? 157 ?								
Países Bajos	42	29	89	150	157	72	135	242	205	179	—	211
Comunidad	91	76	92	102	90	82	95	90	99	98	86	90

Fuente: Boletines estadísticos OECE 1959 y 1961.



la oposición democrática y su orientación hacia el campo socialista. *The Times* estimaba que las negociaciones comerciales abiertas constituían « una victoria de la política del general Franco y el general De Gaulle dirigida a poner fin al aislamiento diplomático de España », mientras que el provecho material que cabía esperar de las mismas era secundario. *Le Figaro* hablaba de chantaje de los belgas e italianos. Según *Le Monde*, « la oposición liberal y socialista debería mostrarse satisfecha por la apertura de unas negociaciones que permitirán la transición normal de una situación autocrática a una situación políticamente basada en el Estado de derecho ». Los periódicos alemanes daban un giro curioso a sus comentarios: según *Die Welt* el gobierno español seguía la táctica de dejar negociar primero a los ingleses para que se creasen unos precedentes útiles a España en la defensa de sus intereses agrícolas: *Neue Zürcher Zeitung*: « Tenemos la sensación de que la demanda de España ha sido considerada como una incómoda complicación del problema de la ampliación de la CEE, tanto económica como políticamente ». *Frankfurter Allgemeine*: « España ha puesto claramente sus esperanzas en la República Federal porque el flujo de sus naranjas, de su aceite y de sus emigrantes se dirige ya hacia ella. Por otro lado España es un campo interesante para las inversiones industriales alemanas. Pero España se dará probablemente cuenta de que tiene que hacer antesala por mucho tiempo hasta que se la llame para que explique claramente sus aspiraciones ». *Industriekurier*: « ¿Ha surgido más allá de los Pirineos una especie de claustrofobia? O bien el estratega Ullastres ha querido matar dos pájaros de un tiro: por un lado, realizar la inevitable adhesión a la CEE, y por otro dar a la naciente liberalización un cierto carácter automático ». « Las ideas de Hallstein sobre la unidad política de la CEE serán cada vez más difíciles de realizar, si siguen pidiendo la asociación países tan diversos ». « Para los alemanes, la adhesión de España tendrá un aspecto positivo: la seguridad del pleno apoyo de los españoles contra la relegación de la América latina en favor de la Comunidad Francesa de África ».

### Factores económicos: la agricultura

— En el Memorandum que presentó Núñez Lagos en Bruselas (1964), el gobierno español trataba de demostrar que la asociación de España no podía perjudicar a los agricultores de la Pequeña Europa ni concretamente a los italianos. Este es quizás el único punto estrictamente económico que la Comunidad ha sospendido, a instancias de Italia, al responder a las demandas españolas. En cambio lo que parece evidente, desde cualquier punto de vista, es que la puesta en marcha de la política agrícola común perjudicará a los productores españoles, mientras nuestro país no se integre a la Comunidad. Veamos brevemente en qué consiste la política agrícola de la CEE.

— La CEE constituye el primer importador mundial de productos alimenticios. En parte porque no produce todo lo que necesita (en cuanto a carne y frutas) y en parte porque produce a precios elevados respecto del mercado mundial (cereales). El fuerte crecimiento de la renta desde la postguerra ha elevado el consumo global, pero no de una manera uniforme, sino privilegiando especialmente los artículos de superior calidad. Los artículos inferiores, como los cereales, han estado sujetos a una política de protección, basada en precios altos, lo que ha llevado, en Francia mayormente, a la aparición de excedentes considerables. Déficit, pues, por un lado y excedentes por otro. La política comunitaria persigue en este punto dos objetivos: 1) Financiación de los excedentes comunitarios para sostener la renta agraria; 2) Autoabastecimiento alimenticio de la Comunidad (excepto para los artículos climática o biológicamente imposibles de producir). Para ello ha puesto en marcha una complicada reglamentación, que tiende esencialmente a conseguir estos dos objetivos, pasando por la supresión total de las trabas aduaneras (contingentes y calendarios) y arancelarias, en 1968, entre los seis países miembros. Frente a terceros países se eleva un sistema de protección relativamente automático, como vamos a ver. Los puntos fundamentales de esta política agraria son:

CUADRO 3. 2. PORCENTAJE DE AUTOAPROVISIONAMIENTO EN CARNE (PRODUCCION PROPIA BRUTA EN % DE CANTIDADES DISPONIBLES).

	Alemania	Francia	Italia	Países Bajos	Bélgica Luxemburgo	Comunidad
1959/1960 - 1963/1964	87	101	80	138	98	94
1962/1963	88	102	77	137	101	95
1963/1964	88	96	71	142	95	91



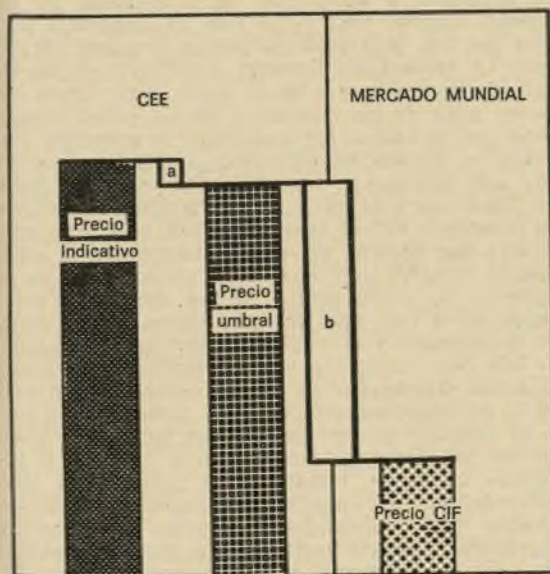
1) **La TEC** — Tarifa (arancelaria) Exterior Común — que se fija a un nivel promedio entre las tarifas de los seis países en 1957, o sea, en el momento de firmarse el Tratado de Roma. Esta tarifa es un objetivo al que van acercándose progresivamente los seis países, cada uno desde su nivel arancelario propio.

2) **Los precios únicos**, o precios indicativos de base, para cada producto, aplicables en toda la Comunidad a partir de 1968 y al que también se llega progresivamente. El nivel al que se fijan estos precios depende, en primer lugar, del intervalo que presentan los precios nacionales previamente, y, en segundo lugar, del grado de protección que se quiera acordar al producto de que se trate, en función de las necesidades actuales o previstas. Estos precios son también llamados **mínimos** porque desencadenan

la protección cuando las cotizaciones del mercado caen por debajo de los mismos. En torno a su determinación han surgido discusiones acaloradas porque los franceses (con precios previos en general más bajos) tenían interés en mantenerlos muy poco por encima de su nivel actual, por dos motivos: a) evitar un impacto alcista sobre el coste de la vida, y b) no favorecer la creación de nuevos excedentes en los demás países. Como es lógico, los agricultores alemanes (con precios muy altos) pretendían todo lo contrario.

3) **Los precios de referencia**, o precio umbral, están situados y sirven para indicar el nivel mínimo admisible de los precios de importación. Este tipo de indicadores se utiliza en el caso de las frutas y hortalizas. Cuando los precios de las importaciones son inferiores a aquéllos, los Estados miembros pueden, o bien percibir un gravamen compensatorio para igualar precios exteriores e interiores, o bien suspender las importaciones.

CUADRO 4. SISTEMA DE «PRELEVEMENTS» SOBRE LAS IMPORTACIONES DE CEREALES DE LA CEE.



a) costes de distribución desde la frontera al centro de comercialización (transporte, almacenamiento, etc.)

b) «prélèvements» frente a terceros países.

Fuente: Ramón Tamames, **Formación y desarrollo del Mercado Común Europeo**.

4) **El FEOGA** — Fondo Europeo de Orientación y Garantía Agrícola —, se nutre de esos gravámenes diferenciales («prélèvements») aplicados a las importaciones a bajo precio, y sirve precisamente para financiar las exportaciones de los productos que han dejado de venderse en el mercado interior. Estas son las bases, muy simplificadas, del mercado común agrícola. Con este conjunto de instrumentos se asegura al mismo tiempo la salida de toda la producción agraria y la orientación de la misma, mediante el juego calculado de los precios mínimos, a satisfacer total o casi totalmente las necesidades comunitarias. Queda por definir la política de productividad que permita a la larga una eliminación «sin dolor» de los excedentes, o sea de las explotaciones marginales. En principio esta política entra en el cuadro de las misiones encomendadas al FEOGA<sup>2 y 6</sup>.

— ¿Qué consecuencias son de esperar sobre la salida de la producción agrícola española? ¿Qué ocurriría en caso de asociación a la Comunidad? Para situar la cuestión conviene recordar la importancia de las ventas españolas de productos agrícolas a la CEE (véase cuadro 5 a 9). La comunidad es el primer cliente de España, especialmente en agrios y aceite, las dos partidas más importantes de nuestra exportación. Al imponer unos precios de referencia elevados, la Comunidad desaventa las ventas españolas frente a la producción interior, italiana sobre todo, y pone en marcha así un mecanismo de **trade diverting effects**, es decir de sustitución de unas corrientes comerciales por otras cuyos beneficios teóricos son menores, pero que se desarrollan precisamente gracias a la protección. Esto está posiblemente empezando a suceder, pese a las



protestas españolas, pero no debe hacernos olvidar el marco general de la comparación entre la agricultura española y la europea y sus efectos a largo plazo.

— El análisis de Arturo Camilleri sobre este punto<sup>\*</sup> está basando en una consideración conjunta de los precios y de los costes de la producción agrícola. Según Camilleri, los efectos de una eventual asociación se dejarían sentir en forma de aceleración de las tendencias que el desarrollo económico ha puesto en marcha: mayor movilidad de la mano de obra, emigración, elevación de los salarios, menor protección. Las repercusiones de este proceso son distintas sobre la oferta según esté orientada al mercado interior o al mercado exterior — distinción que tiene un paralelo claro en el orden territorial y estructural: producen para el mercado interior las tierras de la meseta castellana, generalmente en secano, y para el mercado exterior los cultivos, con mayor irrigación, de Cataluña, Valencia, parte de Andalucía y Canarias. Las deficiencias estructurales del primer tipo de explotaciones cobrarían mayor relieve en el caso de asociación a la CEE y habría que resignarse a abandonar buen número de tierras marginales, cerealistas especialmente, para dejar paso a explotaciones ganaderas. En cuanto a la zona de exportación, su capacidad productiva no se vería grandemente afectada. En conjunto la asociación al Mercado Común tendría consecuencias desfavorables para la agricultura española, como las ha tenido para las agriculturas de los países que se han integrado, abandonando los instrumentos nacionales de protección. Pero esas consecuencias no dejarán de presentarse si no nos asociamos, aunque en ese caso pueden tardar más. Los defectos básicos de la agricultura, la rigidez de su oferta y sus bajos rendimientos, están en realidad frenando ya ahora el proceso de desarrollo interior. La futura agricultura española no podrá probablemente satisfacer un porcentaje del consumo interior tan elevado como ahora. Lo que puede conseguir una política de protección como la actual es retrasar esa nueva situación, pero al precio de un bajísimo nivel de salarios en las zonas agrícolas, pues las producciones obtenidas en las explotaciones marginales no darán más que ingresos muy reducidos\*.

— Las limitaciones en que se desenvuelve el campo español son, en primer lugar, de orden natural: clima árido, topografía muy irregular, con terrenos en pendiente sometidos a una erosión intensa y una capa laborable poco profunda. La distribución de las lluvias es también mucho más desfavorable que en Europa,

dónde en general se prolongan durante el verano permitiendo una capa permanente de vegetación para la ganadería. Las zonas montañosas europeas están mucho más localizadas y sin embargo no se ignoran, como en España, los problemas específicos de la agricultura de montaña. En consecuencia, los rendimientos serán siempre inferiores en España, tanto en la producción forestal como en las cosechas, a igualdad de medios empleados. El riesgo de pérdidas en abonos, por ejemplo, debido a la irregularidad de las precipitaciones, es mucho mayor en España, lo que limita técnicamente su utilización. Lo mismo ocurre con la utilización de máquinas a causa de la naturaleza accidentada del terreno. ¿Existe una política de modificación del medio natural para hacer frente a estas limitaciones? La **irrigación** permite obtener productividades elevadas, en algunos casos superiores a las europeas, al tiempo que transforma radicalmente las características económicas y sociales de la empresa agrícola. Pero las posibilidades de irrigación no son infinitas. Sobre una superficie total de 50,5 millones de ha y 19,4 millones de ha de tierras cultivadas, las irrigaciones se extienden a poco más de 2 millones de ha (Censo Agrario, 1962) y el Plan de Desarrollo preveía que con gran esfuerzo podían irrigarse 300 000 más. La **rehabilitación forestal** constituye un medio de lucha contra la erosión del suelo, defendiendo las partes altas de las cuencas y de las zonas alimentadas por embalses. Por otra parte, la superficie cultivada en España ha alcanzado un máximo que no hay que sobrepasar; hay zonas en que la política de protección y de estímulo a la producción agrícola ha provocado incluso talas excesivas, en tierras marginales que deberán volver al pastoreo o a la repoblación forestal. Conviene, pues, concentrarse en el aumento de productividad de las tierras ya cultivadas, en la reducción de los periodos de barbecho, en la irrigación y el empleo de técnicas apropiadas. — Son bien conocidos los problemas que provoca la actual **distribución** del campo español en un casi 70 % de pequeñas explotaciones (menos de 5 ha) y un pequeño número de grandes latifundios (más de 100 ha). Estos últimos ocupan el 55 % de la superficie cultivable, forestal o de pastoreo. Si bien es verdad que técnicamente las grandes explotaciones ofrecen más posibilidades, de hecho, su existencia está unida a factores desfavorables, como el absentismo y los bajos salarios, en buen número de casos\*\*. El peligro que actualmente se empieza a vislumbrar, si el éxodo rural prosigue al ritmo presente, es la aparición de un nuevo factor limitativo para las gran-

\* NDLR. Véase en el primer volumen de esta obra: Macrino Suárez, **Problemas de la agricultura española**.

\*\* NDLR. Véase en el primer volumen de esta obra: C. E. Q. García, **De la autarquía económica al Plan de Desarrollo**.



des explotaciones: la escasez de mano de obra que tales explotaciones necesitan en un porcentaje elevado. El problema de las pequeñas explotaciones es común a toda la agricultura europea occidental, aunque agravado en España por los menores rendimientos. La política de **concentración parcelaria** constituye un paso adelante en este punto, pero no hace más que paliar levemente la gravedad de la atomización\*.

— Las limitaciones de orden económico resultan del conocido círculo «baja productividad — beneficios débiles — poca autofinanciación — falta de inversiones», cuyos efectos son más sensibles en España si se tiene en cuenta que la ayuda que la economía española puede prestar a su sector agrario será siempre menor que en los países de la Comunidad. La **mecanización** puede elevar la productividad de las tierras de secano, reduciendo los periodos de barbecho, lo mismo que la **selección de semillas** puede elevar insospechadamente la productividad de las tierras, irrigadas o no. Pero el empleo de estas medidas es muy reducido en España; y aunque el parque de tractores hayapasadado de 10 000 unidades en 1950 a 100 000 en 1963, la superficie por tractor (de unas 200 ha) es muy superior a las medias europeas. En cuanto a los abonos, en su escasa utilización hasta periodos muy recientes se halla la clave de la lentitud con que la producción agrícola española progresa desde 1939: hasta 1954 no se alcanzaron los niveles de empleo de abonos azoados y fosfóricos del periodo 1931-1935. Actualmente se señalan incrementos del 80 % respecto a ese periodo y de cuatro veces respecto del mismo en abonos potásicos gracias a la abundante producción interior de éstos últimos. Pero en comparación con Europa, el nivel es bajo. En tierras de regadío la fertilización es más alta, y en algunos cultivos valencianos se han conseguido gracias a ello productividades superiores a las holandesas.

— En general la estructura de la producción agraria es la típica de los países mediterráneos: predominio de la agricultura sobre la ganadería (65 y 30 % respectivamente de la producción final agraria, completada con un 5 % de producción forestal). Hay que señalar sin embargo que desde la campaña 1960-1961, el ganado para carne es más importante ya que la producción final de cereales, lo que releva una incipiente adaptación a la estructura de la demanda interior. En algunas zonas, como Galicia, Asturias, Santander y el País Vasco, la composición es semejante a la de los países de la Europa Occidental, con predominio de la ganadería.

En una segunda gran zona (Castilla especialmente, León, Extremadura, Rioja-Navarra y Andalucía Occidental) el grueso de la producción agrícola está constituido por cereales y leguminosas, es decir, productos típicos de secano y representativos de la agricultura protegida para el mercado interior. En Cataluña, Valencia y Canarias, en cambio, encontramos porcentajes elevados de regadío, con frutales y productos horticolas que aseguran la mayor parte de nuestras exportaciones agrícolas.

— Después de analizar brevemente los niveles de precios y rendimientos en España y los países de la CEE (véanse cuadros 10, 11 y 12), Camilleri llega a las siguientes conclusiones respecto a la viabilidad de las explotaciones españolas en caso de asociación a la CEE:

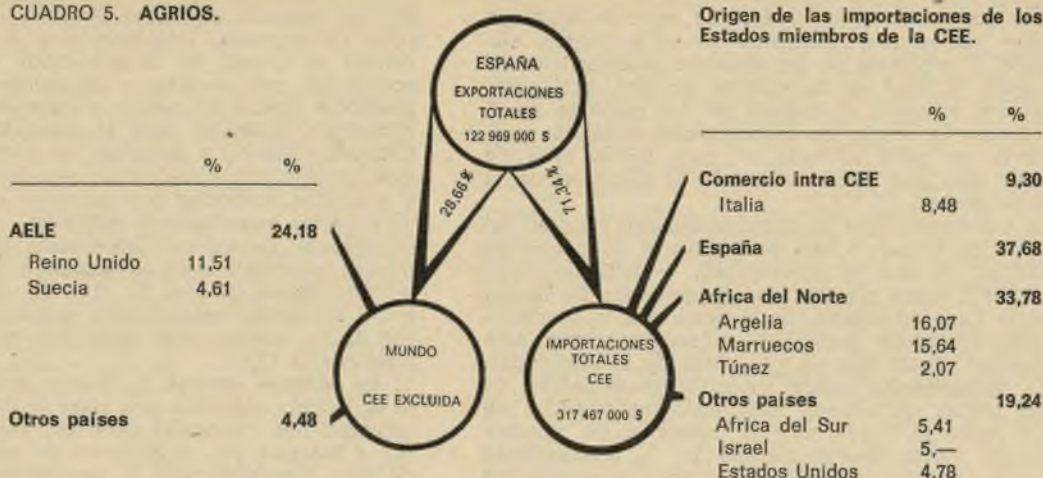
1) **De alcance general.** La menor productividad de la agricultura española dará lugar al abandono de las explotaciones marginales para su conversión en pastos o bosques (en el supuesto de que reste mano de obra disponible para la repoblación forestal), al traducirse esa inferioridad en costes más elevados a igualdad de salarios y a igualdad de precios de los medios de producción; a menos que la concentración permitiera compensar esta situación, mediante un empleo más abundante de maquinaria. Los abonos presentan un nivel de precios semejante al europeo, excepto los abonos potásicos, con precios netamente inferiores. La maquinaria es ofrecida a los agricultores españoles a precios superiores, especialmente la maquinaria «pesada» (tractores y cosechadoras), y además en cantidades y calidad insuficiente. Los salarios son inferiores a los europeos excepto en las zonas de exportación.

2) **Las tierras de secano.** «Los precios de los cereales permanecerían estables, mientras que los de la carne y los huevos subirían, de modo que la situación no mejoraría sensiblemente más que para la ganadería, cuya participación en zonas de secano es débil. En cambio los costes se elevarían a causa del incremento de los salarios... y, en consecuencia, importantes extensiones de esta zona árida quedarían al margen de la producción». La única salida podría provenir de una política de concentración energética, para obtener mayores dimensiones y una explotación, intensa de las posibilidades de la maquinaria agrícola europea a los precios europeos. El esfuerzo de mecanización debería seguir el mismo ritmo que el éxodo rural, para conseguir una sustitución equilibrada de factores productivos. «Si no se reuniesen estas condiciones, sería difícil que las tierras no irrigadas, que hoy producen casi exclusi-

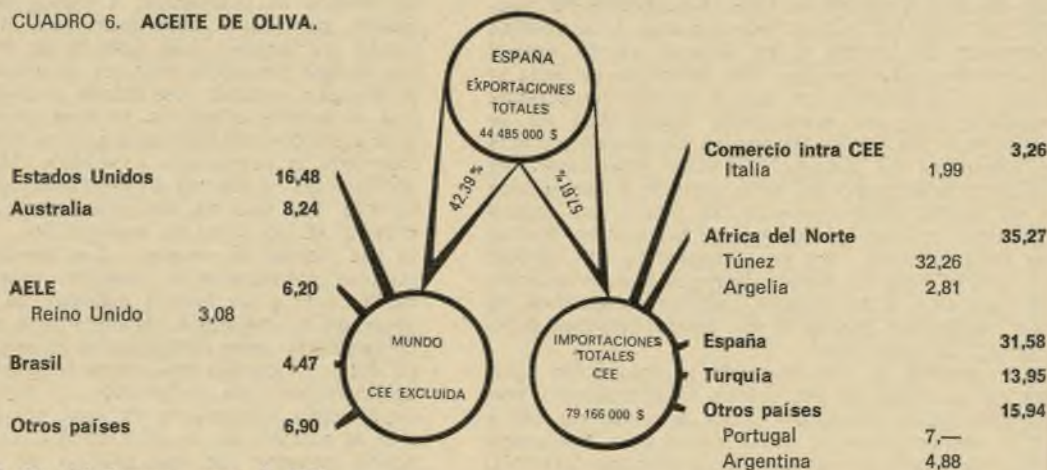
\* NDLR. Véase en el primer volumen de esta obra: Xavier Flores, **La propiedad rural en España**.



CUADRO 5. AGRIOS.



CUADRO 6. ACEITE DE OLIVA.



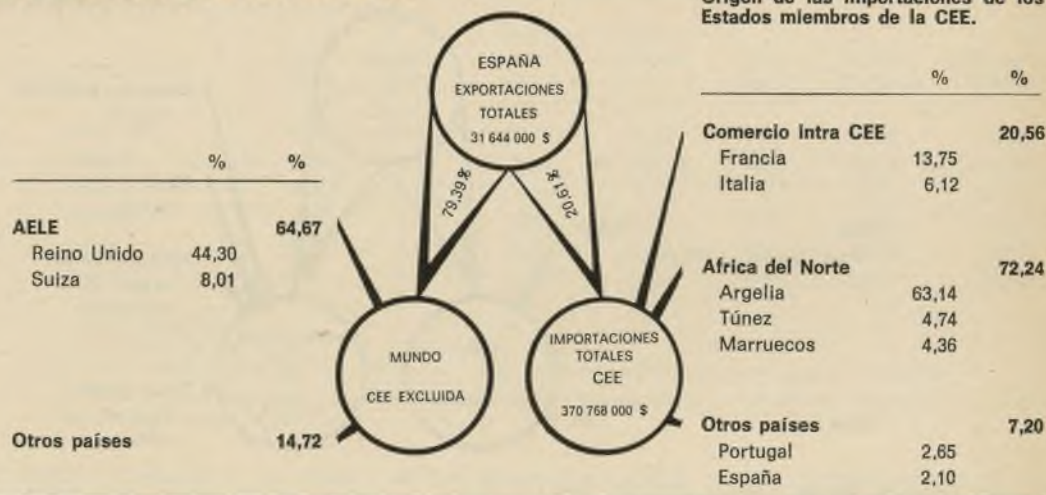
Fuente: Revue du Marché Commun, mayo de 1964.

vamente para el mercado interior, se repusieran del impacto que no dejará de provocar la asociación al Mercado Común. Pero no hay que olvidar que estas circunstancias se presentarán inevitablemente como consecuencia de la mera expansión de la economía española, [...] con el inconveniente, para los agricultores, de que tendrán que seguir adquiriendo sus medios de producción a precios más elevados (en

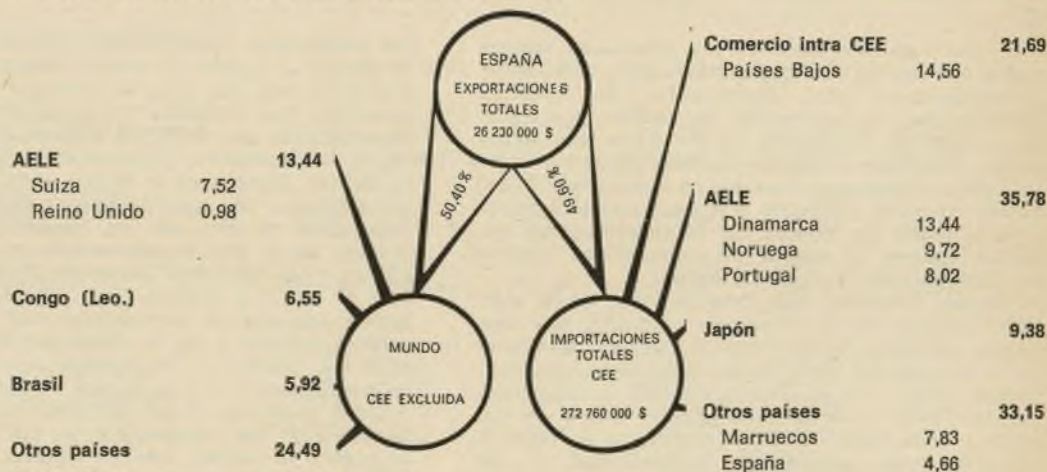
caso de no asociación)». Si España se asocia al Mercado Común, no tendrá que afrontar, gracias a la política proteccionista del mismo, la concurrencia de los cereales de ultramar, ofrecidos a precios sensiblemente más bajos en el mercado mundial en razón sobre todo del tipo de protección (subsídios en vez de precios oficiales) que los Estados Unidos conceden a su agricultura.



CUADRO 7. VINOS COMPRENDIDO LOS JUGOS DE UVA.



CUADRO 8. PESCADOS Y CONSERVAS DE PESCADOS Y CRUSTACEOS.



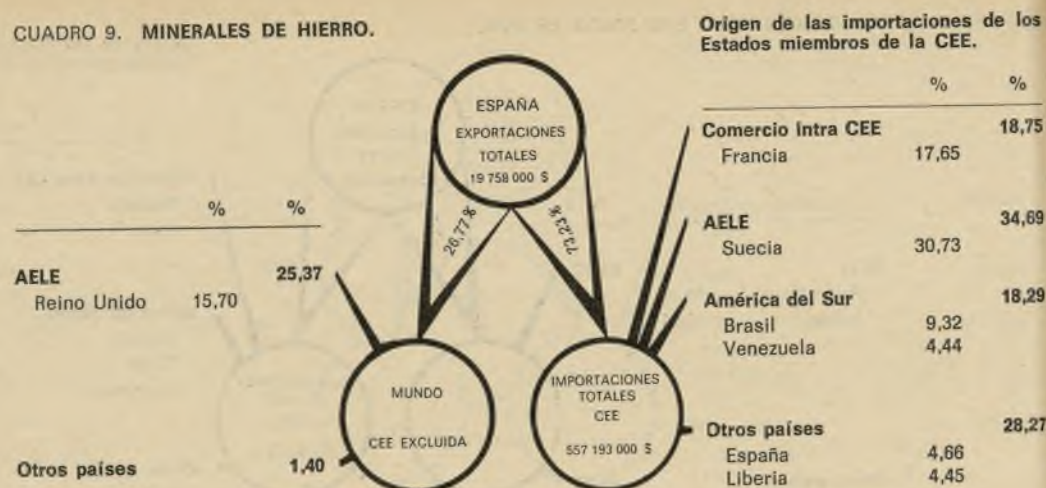
Fuente: Revue du Marché Commun, mayo de 1964.

3) En el litoral mediterráneo y Canarias. Como se sabe la agricultura ocupa aproximadamente el 60 % de las exportaciones españolas, y más de la tercera parte de las exportaciones agrícolas se dirigen a los países de la CEE. Agrios, otras frutas (excepto plátanos) y aceite, constituyen nuestras partidas más importantes en la balanza comercial con esos países. Es evidente que si España no se asocia a

ellos sus productos serán ofrecidos a un precio más elevado, en Alemania por ejemplo, desaventajando a los agricultores de las zonas de exportación y creándoles además, a más o menos largo plazo, una competencia que hoy es todavía débil en el interior de la Comunidad. La situación se agravará además si países mediterráneos con una producción semejante a la española se asocian a la Comunidad.



CUADRO 9. MINERALES DE HIERRO.



Fuente: Revue du Marché Commun, mayo de 1964.

Sólo una intensificación de las relaciones comerciales con los países socialistas podría compensar apreciablemente esta disminución de nuestras exportaciones. La asociación, en cambio, permitiría, sin perder las relaciones ya en curso con estos países, mantener o incluso aumentar nuestra venta en Europa Occidental, teniendo en cuenta que la demanda de estos productos aumenta constantemente.

— Con todos los riesgos de la simplificación, podemos resumir el cuadro de perspectivas trazado por Camilleri de la siguiente forma:

— Ramón Tamames nos propone una visión algo más optimista de la asociación a la CEE sus consecuencias sobre la agricultura<sup>4</sup>. Su postura se basa en el examen del nivel de capitalización comparado (véase cuadro 14) en España, la CEE y los países mediterráneos y en la consiguiente crítica de los análisis demasiado « físicos », centrados en torno a las diferencias actuales de productividad. «... Se aprecia el bajo nivel de capitalización de la agricultura española que en abonado no alcanza sino un 10 % del promedio de la CEE y que en mecanización sólo llega al 70 % del nivel correspondiente a la CEE en su conjunto. La comparación con los países mediterráneos es igualmente desfavorable; España se sitúa a 1/3 por debajo de Italia en abonado y a más de 1/2 por debajo de Grecia en mecanización. No son, pues, factores climatológicos u orográficos los que determinan el actual nivel de capitalización del agro en España: son sobre todo

las deficiencias estructurales (minifundismo y latifundismo) y la falta de medios financieros, los dos elementos que dan lugar al presente nivel de capitalización. Los problemas comerciales (liberación de importaciones con derechos aduaneros relativamente bajos) y financieros (concesiones de créditos de hasta tres años) para la mejora en el abonado y la mecanización, van resolviéndose paulativamente; demostración de ello son los aumentos que en los últimos años han experimentado el consumo de abonos y de tractores (hasta un 25 % anual). Pero cara al futuro y a largo plazo, el nivel de capitalización depende de la reestructuración de las empresas agrícolas y de la dimensión física que abarquen las mismas. « Un aspecto muy importante de la capitalización en el campo español es el del regadío, pues con él se consiguen aumentos espectaculares en los rendimientos de las tierras (véase al cuadro ya citado), que en algunos casos pueden llegar a ser dobles y aun triples de los rendimientos en secano, y aun más. « Las inversiones en agricultura han venido representando en los últimos años del 11 al 13 % de la inversión total de la nación, porcentaje a todas luces insuficiente para atender satisfactoriamente las amplias necesidades de mecanización y puesta en riego (si un tope de expansión está cifrado en 4 millones de ha aproximadamente) ».

— En el apartado que Tamames consagra a los « Problemas que la integración en el Mercado Común



CUADRO 10. 1. PRECIO DE LOS PRODUCTOS AGRICOLAS Y GANADEROS. MEDIA DE JUNIO A NOVIEMBRE DE 1963.

	Trigo *	Cebada *	Ganado bovino **	Ganado de cerda	Leche	Huevos	Mantequilla
	Pts/kg	Pts/kg	Kg.p.v.	Kg.p.v.	Pts/l	Pts/dc	Pts/kg
Alemania	6,50	5,69	28,53	42,23	5,53	32,80	99,05
Bélgica	5,64	4,56	28,36	38,71	4,23	23,78	104,95
Francia	5,16	3,95	25,73	—	—	34,63	108,01
Holanda	5,39	4,56	29,45	36,55	3,22	22,54	60,90
Italia	6,53	4,56	29,82	32,92	5,56	31,28	77,84
España	6,16	4,70 ***	21,60	29,39	5,00	28,33	65,00

\* Al productor.

\*\* Calidad media.

\*\*\* Son menos húmedos; los precios son pues realmente menos elevados que los indicados.

Fuente: Precios agrícolas, CEE. Para España: Información estadística y económica. Servicios de Estadística, Ministerio de Agricultura.

CUADRO 10. 2. PRECIOS COMUNES DE LA LECHE Y DE LOS PRODUCTOS LACTEOS, DE LOS GRANDES BOVINOS Y TERNEROS, DEL ARROZ, DE LA REMOLACHA AZUCARERA, DE LAS OLEAGINOSAS Y DEL ACEITE DE OLIVA (en UC y MN/100 kg).

	UC	DM	Ff	Fb/Flux	Lit	Fl
Leche (3,7% materias grasas)						
Precio Indicativo	9,5	38,00	46,90	475,00	5 937	34,39
Mantequilla						
Precio de intervención	176,25	705,00	870,16	8 812,50	110 156	638,03
Precio de entrada	191,25	765,00	944,21	9 562,50	119 531	692,33
Grandes bovinos (vivos) <sup>1</sup>						
Precio de orientación	66,25	265,00	327,08	3 312,50	41 406	239,83
Terneros (vivos) <sup>1</sup>						
Precio de orientación	89,50	358,00	441,87	4 475,00	55 937	323,99
Arroz						
Precio indicativo de base	18,12	72,48	89,46	906,00	11 325	65,59
Precio de intervención-Italia	12,00	48,00	59,24	600,00	7 500	43,44
Precio de intervención-Francia	12,30	49,20	60,73	615,00	7 888	44,53
Precio de entrada	17,78	71,12	87,78	889,00	11 113	64,36
Azúcar						
Precio indicativo para azúcar blanco	21,94	87,76	108,38	1 097,00	13 712	79,42
Precio de intervención para azúcar blanco	20,84	83,36	102,89	1 042,00	13 025	75,44
Precio mínimo de la producción de remolacha azucarera <sup>2</sup>	16,50	66,00	81,46	825,00	10 312	59,73

1. Calidad media.

2. Contenido de azúcar: 16% por tonelada.

Fuente: Communauté Européenne, abril de 1966.



CUADRO 11. RENDIMIENTOS DE LA AGRICULTURA ESPAÑOLA Y LA CEE.

	Trigo Qm/h	Cebada Qm/h	Maíz Qm/h	Patatas Qm/h
Alemania Oc. *	28,9	24,3	30,7	220
Bélgica *	35,3	33,8	45,2	247
Francia *	23,9	24,0	25,3	161
Holanda *	39,3	37,6	39,0	281
Italia *	19,1	12,7	32,9	104
España **				
Tierras de secano *	10,5	14,3	14,5	79
Tierras de regadío *	22,2	26,8	32,3	122

\* Campaña 1961-1962. Fuente: *Annuaire des Productions FAO*.\*\* Campaña 1962-1963. Fuente: *Anuario estadístico de la producción agrícola, 1962-1963*, Ministerio de Agricultura.

CUADRO 12. PRECIOS DE LOS ABONOS (100 kg) 1961-1962.

	Azoados Pts	Fosfóricos Pts	Potásicos Pts
Alemania	26,17	15,57	7,25
Bélgica	27,42	13,44	8,66
Francia	27,91	15,36	10,09
Holanda	26,07	16,63	10,22
Italia	26,08	15,26	13,28
España	28,90	13,90	6,16

Fuente: *Prix des produits agricoles et des engrais en Europe en 1961-1962*, ECE/FAO. AGRI/9, Ginebra, 1963.

plantearía a la agricultura española», puede leerse que «al final del período transitorio, nuestras exportaciones podría doblarse a poco que se expandieran los regadíos del litoral andaluz y del Guadalquivir, lo cual es perfectamente posible. Ciertamente, los reajustes a realizar en la economía vitivinícola serían algo más complejos y difíciles, pero no cabe duda de que el porvenir de los vinos españoles de cierta calidad no podrá sino mejorar. En cereales y productos ganaderos, el sistema de «prélèvements» (exacciones sobre la importación de países terceros) del período transitorio, daría a España un margen temporal suficiente para forzar las reformas necesarias» (a las que Tamames consagra buena parte de su estudio y que examinaremos a continuación). «Si esas reformas se llevan a cabo

poco puede temer la agricultura española de la competencia de la Comunidad. Teóricamente es cierto que, a largo plazo, lo que determinará las condiciones de competencia dentro de la CEE serán la fertilidad de la tierra y la productividad del cultivo; pero en la realidad a corto plazo — y aun quizás a largo plazo — subsistirán diferencias salariales o de beneficio de los empresarios, que permitirán una mayor resistencia en nuestros sectores peor dotados. Por otra parte, el binomio fertilidad-productividad, en la protección frente a terceros, vendrá dado hasta cierto punto por los valores correspondientes a las zonas marginales; ello, unido a lo alejados que se encuentran nuestro secano y nuestra ganadería del techo de productividad que permiten las técnicas más modernas, hace pensar



CUADRO 13. FACTORES Y EFECTOS SOBRE LA AGRICULTURA DE LA ASOCIACION DE ESPANA A LA CEE.

	EFECTOS			FACTORES
	Favorables		Desfavorables	
Productos	Frutas Productos hortícolas (« F-H »)	Huevos, leche y derivados Carne (« H-L-C »)	Cereales Leguminosas	Ligero $\Delta$ precios « H-L-C » $\Delta$ precios « F-H » Estabilidad precio cereales
Tipo de estructura productiva	Agricultura mediterránea Agricultura exportación Regadío	Agricultura de estructura europea	Agricultura para el mercado interior Secano Precios protegidos	$\Delta$ Salarios $\delta$ precio tractores Ligero $\delta$ precio abonos (salvo potasa) Desaparición protecciones
Zonas	Cataluña Valencia Canarias Andalucía oriental	Asturias Santander Galicia País Vasco	Castillas Extremadura León Andalucía occidental	Exodo rural Desaparición explotaciones marginales cerealistas Ampliación mercados exportación

que la situación del secano y la ganadería española no será tan diamétrica como algunos parecen verla, por el hecho de que haya que abandonar una cierta superficie de tierras marginales que nunca deberían haberse cultivado». La conclusión de Tamames, a reserva de que se emprendan con decisión las reformas indispensables, es la siguiente: «La agricultura española debe temer mucho más el no entrar en el Mercado Común que el incorporarse a él. Las exportaciones tradicionales experimentarían un fuerte incremento en caso de integración y, salvo en contadísimos cultivos y en las zonas marginales, el secano resistiría bien».

— Las reformas indispensables para la solidez de estas perspectivas, las enumera Tamames en sus conclusiones:

1) Frente al latifundio (grandes fincas mal explotadas) sería preciso aplicar a fondo la hoy casi olvidada ley de 1953 de «Fincas manifiestamente mejorables», expropiando todas aquellas — muchas — que no cumplieren los requisitos mínimos de rendimiento. Pago de las indemnizaciones con títulos de Deuda Pública. Las fincas así expropiadas podrían quedar bajo el control y la dirección técnica

del Ministerio de Agricultura durante un mínimo de años, a fin de capacitar a los obreros agrícolas, para convertirlas en auténticas cooperativas de producción. 2) Frente al minifundio, el panorama de soluciones es aún más claro. La política de concentración parcelaria ya iniciada debe proseguir a un ritmo mucho

CUADRO 15. EXPORTACION DE AGRIOS ESPAÑOLES POR PAISES

	(en toneladas).	
	1965-1966	1964-1965
Alemania	197 395	191 220
Francia	68 502	57 401
Inglaterra	51 581	61 127
Holanda	32 410	31 595
Bélgica	32 685	30 733
Suecia	20 096	16 732
Sulza	19 083	17 010

Fuente: Sindicato de Frutos.



mayor y forzando la creación de Cooperativas de producción a escala municipal, siempre que ello sea posible.

3) Frente al **régimen de propiedad**. En principio parece necesario conseguir que la mayor parte del área de cultivo se explote en forma de cultivo directo, ya sea individual o cooperativo. Por ello debería fijarse un plazo improrrogable y consignarse los medios para transferir a los arrendatarios la propiedad de las tierras que cultivan sistemáticamente después de más de 10 años.

4) El problema de la **falta de inversión**. Para desarrollar la agricultura hace falta un nivel de inversión como mínimo doble del normal en los últimos años, para dedicarla a concentración parcelaria y regadíos (en las zonas más rentables por sus condiciones de suelo y clima), a la mecanización, a la asistencia técnica y a la capacitación. Si no hay suficientes recursos internos por el hecho de que el capital privado prefiere la inversión en la industria, el Estado podría pedir un préstamo del Banco Mundial o emitir un empréstito especial de reforma agraria negociable en el exterior. Con las reservas de oro y dólares con que cuenta España hay suficiente como para resistir un «tirón» mucho más fuerte que el que la reforma agraria pudiera exigir.

5) En el campo de la **exportación**, las autoridades comerciales deberían hacer en los mercados externos sondeos más profundos y frecuentes de los que hasta ahora han venido realizándose. La concentración de las empresas comerciales debería ser fomentada para acreditar seriamente unas pocas marcas en cada sector de la exportación.

— Ha pasado ya un cierto tiempo desde que fue elaborado el análisis de Tamames (que obedeció a la oleada de interés que los temas relacionados con la CEE despertaron en España al comenzar la década del 60). Desgraciadamente las reformas preconizadas no han sido ni siquiera abordadas y los objetivos del Plan de Desarrollo en este punto presentan grados de incumplimiento muy elevados. En estas condiciones, la visión ofrecida por el trabajo de Camilleri, a pesar de las limitaciones de orden teórico que presenta, resulta más plausible como imagen global de la asociación y sus efectos. La falta de valentía del planteamiento es, por desgracia, un fiel reflejo de las condiciones de orden político y económico que prevalecen en el Estado español. Por otro lado, las comparaciones entre niveles de precios muestran signos de empeoramiento en el último periodo. La inflación congénita al desarrollo económico español está estrechamente ligada a la rigidez de la oferta agrícola y crea al propio tiempo las condiciones para que sea cada vez más temible la integración a la CEE, puesto que nuestros precios se elevan progresivamente respecto de los

europeos. Hay que presumir, además, que si bien los precios únicos fijados por la CEE en diciembre de 1964 para los cereales, lo fueron en dirección de los niveles alemanes, los más altos de la Pequeña Europa, en un futuro próximo la Comisión tenderá, resueltos ya los problemas básicos de precios y financiación, a fijar anualmente precios inferiores para fomentar una mejora de la productividad agrícola que aparecerá entonces como problema número uno.

## La industria

— La asociación de España a la CEE significaría inmediatamente, — recuérdese que en 1968 habrá desaparecido todo el tinglado aduanero entre «los seis» —, la participación de un país fuertemente proteccionista desde principios de siglo en una zona comercial enteramente abierta y que gozará de una protección frente a terceros relativamente baja, del 7,4 % por término medio<sup>10</sup>. Nuestro comercio exterior de importación se efectúa aún en porcentajes notables a través de contingentes establecidos periódicamente por las autoridades (alrededor de un 15 % del comercio total), y por vía de comercio estatal o acuerdos bilaterales (5-10 %) <sup>11</sup>. El resto de las mercancías están liberadas, pero caen bajo la jurisdicción de un arancel todavía muy elevado (como puede observarse en el cuadro de ejemplos (16), elevado no ya respecto de la nula protección interior en la CEE, sino también respecto de la tarifa exterior común de la misma. O sea que la asociación nos colocaría en situación de temer la competencia industrial incluso exterior a la Comunidad; más aún si las próximas conversaciones del GATT en Ginebra — negociaciones Kennedy — concluyen con un acuerdo de desarme arancelario entre Estados Unidos, Gran Bretaña y la CEE. Ahora bien, la asociación de España pasaría en cualquier caso por un periodo transitorio (12, 15 ó 20 años) durante el cual la industria peninsular iría sufriendo progresivas reducciones de la protección arancelaria, hasta el desarme total. Eso es lo que se ha acordado en el caso de Grecia, como veremos más adelante, y en esta perspectiva debe situarse el examen de los efectos que pueden esperarse de la asociación (véase el cuadro 16).

— De lo expuesto se deduce que aun en el caso de que se acordase un periodo de adaptación largo (20 años) para las ramas industriales especialmente sensibles, la asociación pondría en graves dificultades a un gran número de empresas de dimensión reducida en casi todos los sectores. El nivel de protección que pone de manifiesto el cuadro de ejemplos (cuadro 16), es suficientemente elevado



CUADRO 16. ARANCEL ESPAÑOL (AE) Y TARIFA EXTERIOR COMUN DE LA CEE (TEC)  
[Algunos productos significativos) % ad valorem.

	AE	TEC		AE	TEC
Hulla	19	—	Abonos nitrogenados	10	10
Neumáticos	35	22	Películas sin impresionar	50	20
Tejidos algodón	40	18	Chapa de hierro o acero	30	7
Telares	30 <sup>1</sup>	12 <sup>1</sup>	Maquinaria agrícola	30 <sup>1</sup>	12 <sup>1</sup>
Tornos	40 <sup>1</sup>	10	Máquinas de calcular	30	11
Rodamientos	35	18	Electrodomésticos	45	19
Tractores	35	18 <sup>1</sup>	Automóviles	85	29
Gafas	35	19	Máquinas fotográficas	20	18
Discos	40	17	Muebles de metal	35	18

1. Promedio.

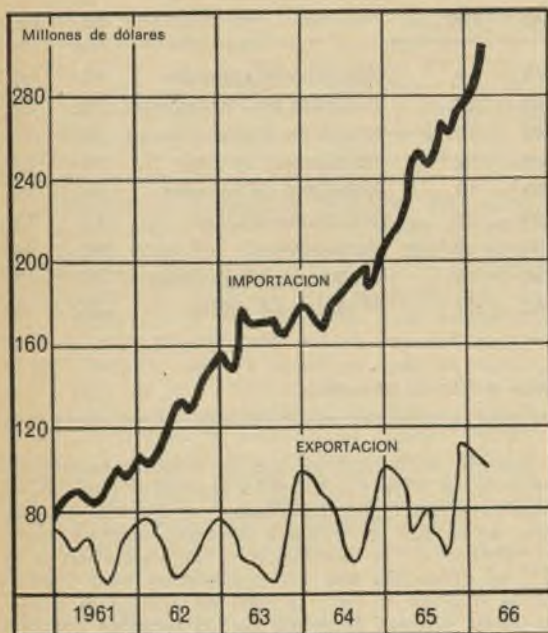
Fuente: Anexo Comercio Exterior al Plan de Desarrollo<sup>9</sup>.

— del doble o más en buen número de casos — como para que la competencia «a temer» no se limitase al solo marco de la CEE, sobre todo si se tiene en cuenta que por debajo del 10 % la protección puede considerarse simbólica en general. Frente a la Comunidad, el acero español, los neumáticos, la maquinaria agrícola, los rodamientos, los tejidos de algodón, la maquinaria textil, la máquina-herramienta, se verían en un sendero de protección descendente a un ritmo de 3-4 puntos porcentuales al año (período transitorio, 10 años) o cuando menos de 1,5-2 puntos (20 años). Considerada esta perspectiva únicamente desde el punto de vista de la elevadísima elasticidad de las importaciones españolas — elasticidad: 3-4, puesto que a un crecimiento del PNB de 7-8 % corresponde un aumento de aquéllas del 25-30 % —, habría que prepararse ante todo a una catástrofe de la balanza de pagos, puesto que el aumento de nuestras exportaciones agrícolas, dada la rigidez de la oferta agrícola, no podrían cubrir el hueco creciente que media entre, por un lado, las importaciones y, por otro lado, el carro de las partidas invisibles: entradas por turismo + remesas de emigrantes + entradas de capital extranjero a largo plazo; es decir, entre nuestras obligaciones y nuestros ingresos. Pero en este epígrafe, examinando los efectos de la asociación sobre el sector industrial, debemos ceñirnos primero a relaciones de orden más directo, efectos de la reducción de la protección aduanera sobre los precios industriales y por tanto sobre el margen de beneficios de los distintos sectores, y luego a los movimientos previsibles de la inversión extranjera sobre nuestro país.

— Resulta sorprendente que la política económica española no haya considerado necesario basarse en estudios específicos completos, al menos que se sepa, en lo que se refiere a las repercusiones sobre la industria de la asociación o no asociación a la CEE. El hecho de que las previsiones sean más o menos frágiles en este terreno no explica la ausencia de un examen completo de los factores determinantes. Las cosas no son aquí tan simples como en el análisis comparado de la agricultura española y europea, en razón de la heterogeneidad de los productos y el carácter libre de sus precios. Los análisis conocidos son en consecuencia más sujetos a caución; no es difícil en ellos encontrar conclusiones para todos los gustos. El capítulo de Manuel Fuentes Irurozqui<sup>12</sup>, actual vicesecretario Nacional de Ordenación Económica, es un buen ejemplo de trabajo de tesis, poco convincente si los hay, pero que conviene a pesar de todo examinar brevemente. «Así como la estabilización tuvo un precio, nos arriesgamos a decir que la incorporación española al Mercado Común tendrá otro, que se nos antoja más alto». «En ocasiones se ha discutido si el desarrollo económico español debería preceder a la integración, o viceversa. El orden en que se efectúen estos procesos tiene, a nuestro tender, un valor secundario, pues el resultado final no depende, al menos a estas alturas, del mismo». «Estimamos que la aproximación española al Mercado Común puede ser en sí misma un motivo que acelere la expansión, ya que la facilidad de acceso a los mercados de capitales será mucho mayor, y, además, por «simpatía», una vez integrados, nuestra actividad se desarrollará en términos análogos a la de



CUADRO 17. COMERCIO EXTERIOR. MEDIAS MOVILES DE TRES MESES.



Fuente: Boletín Estadístico del Banco de España, abril de 1966.

los países miembros». «Si permaneciésemos alejados del Mercado Común nuestras posibilidades de expansión serían menores y en este punto descansa nuestra inclinación a la adhesión». «Cabe esperar que la creación de nuevos puestos de trabajo en España, vinculada a la CEE, sea intensa, como consecuencia de una inversión de capital extranjero en una cuantía muy superior a la actual». Así, pues, Fuentes Irurozqui considera que la asociación tendría grandes efectos positivos sobre la economía española, en forma de expansión acelerada, y por otro lado el efecto negativo de la desaparición de las empresas mal estructuradas (que tarde o pronto tenían que desaparecer). Los factores que pondrían en juego este proceso: libre circulación de los trabajadores — hacia la CEE —, aumento de los salarios, creciente inversión de capital extranjero y... simpatía. Esta visión no desmiente los vaticinios de

un rueda ibérico convertido en Florida de Europa, donde los pocos trabajadores no emigrados ganarían efectivamente altos salarios de temporada haciendo de camareros en la costa. Pero Fuentes Irurozqui no se detiene aquí y hace un rápido análisis del futuro de las ramas industriales. Veámoslo.

1) «Industrias que, sin capacidad exportadora, puedan soportar en el mercado nacional la competencia extranjera o no».

1.1. **Industria carbonífera:** «podrá soportar el impacto de la integración plena, debido al alejamiento de las cuencas extranjeras». Fuentes parece olvidar que está hablando de un sector ya actualmente en crisis, que entraría en competencia con una minas europeas, ellas mismas en crisis por la competencia del carbón americano y el desarrollo de otras fuentes de energía.

1.2. La mayoría de la **industria metalúrgica transformadora** «difícilmente podrá soportar la competencia extranjera sin una profunda transformación de su estructura». De esas transformaciones hemos oído hablar mucho últimamente.

1.3. La **industria de automóvil** «será uno de los sectores afectados aunque cabe esperar que las firmas extranjeras busquen una solución para sus filiales o asociadas en España».

1.4. «Otros muchos sectores industriales no exportados pueden salir beneficiados, o al menos no perjudicados debido a ciertas características de sus productos, aceptados particularmente por el mercado nacional y con escasa competencia extranjera. Entre estos cabe señalar numerosas ramas de la **industria alimenticia**». Por la descripción parece que nos hallamos ante la industria de las pipas de girasol y que el cambio de estructuras no impedirá al consumidor español seguir teniendo sus gustos particulares.

2) «Industrias con cierta importancia exportadora».

2.1. **Conservas de pescado y conservas vegetales:** «salen beneficiadas especialmente las últimas».

2.2. «El sector de vinos saldrá beneficiado también con la aproximación española al M.C., al no soportar derechos arancelarios elevados que, caso de no asociarnos, tendrá que satisfacer».

2.3. **Industrias extractivas.** Repercusión favorable. En la mayoría de las ramas, España tiene ya tradición exportadora. Así, el **mercurio**, el **mineral de hierro** y ciertos **minerales no férricos**.

2.4. «La **industria eléctrica** reúne condiciones de competencia, y cabe esperar con la integración española un aumento de las exportaciones de energía, especialmente a Francia» ¿Adonde más podemos exportar energía eléctrica como no sea muy bien empaquetada?

2.5. «La **industria siderúrgica** tampoco sufrirá grave quebranto con la asociación española, pues la mayo-

ría d  
traba  
2.6.  
perar  
CEE,  
de p  
obra  
ción  
se e

quín  
elect  
truce  
num  
nació  
nues  
2.7.  
quín  
tanto  
2.8.  
cant  
favor  
men  
2.9.  
salir  
en g  
lejos  
«Re  
mom  
acce  
com  
plaz



ría de las empresas, al menos las más importantes, trabajan con gran rendimiento [sic].»

2.6. «En la industria metalúrgica transformadora superarán las dificultades de nuestra entrada en la CEE, aquellas ramas que incorporan en el proceso de producción un elevado porcentaje de mano de obra. Si se lleva a cabo la consiguiente modernización de instalaciones serán muchos los sectores que se expansionarán rápidamente: la industria de má-

aventurado decir que si el plan de desarrollo se llevase a cabo con firmeza desde los primeros momentos y en las negociaciones se establecen condiciones para protegerlo, los quebrantos se superarán pronto, iniciándose ulteriormente la verdadera recuperación industrial y económica de España». Visto lo cual los españoles deben confiar ciegamente en el Mercado Común puesto que además de trabajar en la hotelaría les quedará la posibilidad de buscar

CUADRO 18. DISTRIBUCION DE LAS POSICIONES ARANCELARIAS CEE Y ESPAÑA (% ad valorem).

Intervalos de protección	Posiciones TEC		Distribución de frecuencias por intervalos de protección						
	Posiciones España	Libres	1 al 6	7 al 12	13 al 17	18 al 23	24 al 33	Más de 33	Total
	Libres	176	81	91	35	15	3	1	402
	1 al 6%	94	117	162	116	55	4	0	548
	7 al 12%	48	26	143	115	47	12	7	398
	13 al 17%	51	31	137	87	43	16	0	365
	18 al 23%	53	43	216	226	104	30	6	678
	24 al 33%	24	50	419	576	279	112	8	1 468
	Más del 33%	4	15	160	538	491	66	15	1 289
	Total	450	363	1 328	1 693	1 034	243	37	5 148

Fuente: Anexo Comercio Exterior al Plan de Desarrollo<sup>2</sup>.

quinas-herramientas, la construcción de maquinaria eléctrica, la industria de maquinaria ligera y la construcción naval. No obstante, las dificultades serán numerosas para hacer compatible en el mercado nacional la presencia de la industria extranjera y la nuestra». Sin duda alguna.

2.7. «Una peor situación corresponde a la industria química, en exceso atomizada y que exige, por tanto, una fuerte concentración».

2.8. La industria textil: «Es necesario invertir fuertes cantidades...; de lo contrario el momento bastante favorable que atraviesa [1962] se esfumaría rápidamente ante la competencia arrolladora del M.C.».

2.9. «La industria de la piel y del calzado puede salir ganando, lo mismo que la de la confección. Y, en general, las industrias con alto grado de mano de obra y desde luego las de artesanía». ¡Qué lejos estamos del factor «elevación de salarios»!

Resumiendo, la industria española en los primeros momentos acusará un impacto desfavorable por la adhesión al M.C., impacto que se podrá suavizar si, como parece justo y probable, se dispone de un plazo dilatado de reestructuración, no resultando

empleo en las conservas vegetales, el calzado y la artesanía.

El lector sabrá en este punto hacer un alto, olvidar el contenido del epígrafe y retener solamente el extraordinario nivel de confianza en el capital extranjero que se requiere para sostener una visión tan esperanzada sobre bases tan pobres.

— El grado de protección relativa de la industria española, en comparación con la de «los seis» del Mercado Común (TEC), ha sido objeto de un examen más detenido por la Ponencia de Comercio Exterior del Plan de Desarrollo (véase cuadro 18). Se han confrontado los dos aranceles sección por sección y homogenizando todas las posiciones, para llegar a las conclusiones que exponemos a continuación.

En primer lugar se analizan las diez secciones que presentan un grado de correlación elevado, en el conjunto de sus posiciones, entre el arancel español y la TEC, es decir, aquellas secciones cuya comparación resulta facilitada y más significativa por el hecho de que la forma en que se distribuyen dentro de ellas los derechos a la importación guarda cierta



relación entre los dos aranceles. De las diez secciones hay cuatro — la III (grasas y aceites), la XI (Materias textiles y sus manufacturas) la XV (Metales y sus manufacturas) y la XVII (Material de transporte) — que tienen un peso importante en el conjunto de las exportaciones españolas: 4,54; 6,56; 9,69 y 7,14 %, respectivamente, en 1962; en total, cerca del 28 %.

Sección III: « Estamos por encima de la TEC, pero no exageradamente. En las partidas que más pesan (aceites alimenticios vegetales) siempre estamos por encima de la TEC, salvo en el caso del aceite de oliva, circunstancia que irá teniendo cada vez mayor importancia, según vaya liberándose el comercio de estas mercancías » [por ampliación de los

baratas, mientras que en España la protección se reparte entre la agricultura y la industria, neutralizándose en cierto modo sus efectos ».

Sección XV: « En el Arancel español, la mayor acumulación de posiciones se da en los dos intervalos con derechos superiores al 24 %; casi el 70 % tienen derechos superiores a esa cifra. En la TEC, por el contrario, la mayor concentración (469 posiciones) tiene lugar en los dos intervalos a los que corresponden derechos entre el 7 y el 17 %. Esto daría lugar, caso de que España tuviera que adoptar la TEC, a una importante modificación del Arancel de esta sección con la consiguiente repercusión sobre toda nuestra producción industrial ».

Sección XVII: « En la TEC, a este capítulo corres-

CUADRO 19. PORCENTAJE DE COBERTURA DE LAS IMPORTACIONES POR LAS EXPORTACIONES.

Años	% de cobertura	Años	% de cobertura
1931-1935	80	1952-1955	76
1941-1945	103	1956-1959	57,6
1946-1950	84,5	1960	100,7
1951	120	1961	65,2
		1962	46,9
		1963	46,5

Fuente: Dirección General de Aduanas <sup>13</sup>.

contingentes o eliminación total de las trabas cuantitativas a la importación].

Sección XI: « Esta sección aparece como una de las que tienen en la TEC derechos más elevados, ya que tradicionalmente la industria textil ha sido una de las más protegidas por los países industrializados de Occidente. De las 399 posiciones que aparecen en la tabla de frecuencias, 259, correspondientes a la TEC, están situadas en los dos intervalos con derechos del 13 al 23 %. En el Arancel español esta protección se refuerza mucho más, ya que en los dos últimos intervalos (derechos superiores al 25 %) se acumulan 289 posiciones (el 72 % del total) y con derechos superiores al 33 % hay 181 posiciones (casi el 50 %). De otra parte, con derechos libres existen en la TEC 55 posiciones, mientras que en el Arancel español sólo hay tres, y ello porque mientras en los países del Mercado Común las materias primas entran libres de derechos, en España se encuentran protegidas prácticamente todas. Con ello, los países de la Comunidad logran la máxima protección a su industria, que cuenta así con fibras

ponden los derechos más elevados si bien nunca superan el 29 %; mientras que en nuestro Arancel se repite con bastante frecuencia el 80 y el 85 %. No es preciso, pues, subrayar las dificultades por que atravesaría esta rama industrial en nuestro país si tuviera que adoptarse una protección análoga a la de la TEC.

« Otras cuatro secciones dentro de este grupo [la VII, VIII, IX y X] pesan menos en nuestro comercio de importación, aunque tienen también una gran importancia en nuestro abastecimiento, ya que incluyen productos tales como maderas, pastas de papel, caucho, cueros, plásticos artificiales, etc., que son vitales para nuestra economía. En 1962, la importación de los productos incluidos en estas cuatro secciones representaron el 8,53 % del total de nuestra importación ».

« En la sección VII [Materias plásticas artificiales, resinas, caucho, etc.] son frecuentes en nuestro Arancel los derechos del 40 y del 50 % en el capítulo 39 que incluye materias plásticas artificiales éteres y ésteres de la celulosa, resinas artificiales.



y manufacturas de estas materias. Ello indica que se trata de industrias nacientes que necesitan de la consiguiente protección ».

« En la sección VIII [Piel, cueros y sus manufacturas], los cueros que son los que realmente tienen importancia desde el punto de vista de nuestra importación, vienen gravados por derechos muy bajos (por lo general del 4 %, mientras que en la TEC están libres de derechos. En cuanto a las manufacturas, en las cuales somos exportadores, tienen relativamente derechos bajos y muy semejantes a los de la TEC ».

Sección IX [Madera, caucho y sus manufacturas]: « La principal diferencia entre ambos aranceles estriba en que, en el español, las maderas tropicales, a causa de la producción de Guinea, están muy protegidas, con derechos del 20 al 22 %, mientras que en la TEC están libres. En el capítulo del corcho, dada nuestra importancia en la producción del mismo, tenemos derechos muy bajos para el corcho natural y muy similares a los de la TEC en sus manufacturas (25 y 20 % en nuestro arancel y en la TEC, respectivamente). Los problemas en esta sección no parece que fueran tampoco muy graves ».

Sección X [Materias utilizadas en la fabricación del papel; papel y sus aplicaciones]: « Incluso cuando los derechos españoles son relativamente bajos, resalta su diferencia con los de la Comunidad; así al capítulo 47 [Materias utilizadas en la fabricación de papel] que es el que, con gran diferencia, pesa más en la importación dentro de esta Sección, tiene un derecho en el arancel español que oscila en torno al 20 %, mientras que en la TEC se encuentra libre de derechos o con derechos del 6 %. Esta característica aparece también en el capítulo 48 [Papel y cartón y sus manufacturas] en que la diferencia entre los dos aranceles oscila entre 10 y 20 puntos ».

Secciones con baja correlación.

Sección IX [Productos de las industrias alimenticias, bebidas, tabaco etc.]: « En nuestro arancel el 65 % de las posiciones tienen derechos superiores al 24 %, mientras en la TEC están más equidistribuidas ».

Sección X [Productos minerales]: « La importancia de esta sección en nuestro comercio exterior se pone de manifiesto si tenemos en cuenta que los productos en ella incluidos representaron, en 1962, cerca del 19 % del total de nuestras importaciones. Las mayores diferencias se encuentran en los carbones, donde nuestros derechos son bastante más elevados que los de la Tarifa común. En cuanto al petróleo que es el que más pesa en nuestra importación, se rige, como el tabaco, por la disposición 8ª ya que constituye un monopolio, por tanto el arancel pierde significación. En la TEC el derecho queda

por fijar mediante negociaciones entre los Estados miembros ».

Sección VI [Productos de las industrias químicas]: « En la TEC el 88 % de las posiciones tienen derechos que van del 7 al 23 %, mientras que en el arancel español el 65 % de las posiciones tiene derechos superiores al 18 %. En el capítulo 29 [Productos químicos orgánicos] los derechos españoles son, por lo general, muy elevados y están muy por encima de los de la TEC ».

Sección XIII [Manufacturas de piedra, yeso, cemento, vidrio, productos cerámicos, etc.]: « El capítulo más importante es el 70 [Vidrio y sus manufacturas], en el que nuestros derechos son superiores a los de la TEC de 10 a 20 puntos ».

« La sección XVI [Máquinas y aparatos; material eléctrico] tiene una importancia que no es preciso subrayar. Las importaciones de estos artículos supusieron en 1962 el 18,25 % del total de nuestra importación. La característica más acusada, como señalaba el Informe del Banco Mundial, es que los derechos son especialmente altos para los bienes de capital necesarios al desarrollo; estos derechos se sitúan generalmente por encima del 30 % y en algunos superan el 50 % ».

Sección XVIII [Instrumentos y aparatos de óptica, fotografía, cinematografía, medida, precisión, etc.]: « Las frecuencias en el arancel de la TEC se concentran en su 60 % en un solo intervalo; en el de los derechos del 13 al 17 %, mientras que en nuestro arancel un porcentaje similar tiene derechos superiores al 24 %, siendo frecuentes los derechos superiores al 40 % ».

— Si tomamos el nivel relativo de protección como un indicador del nivel relativo de costes en el binomio « industria española-industria CEE » obtenemos una idea aproximada de los sectores que podrán seguir vendiendo sus productos en condiciones competitivas, al menos en el mercado nacional. Pero esta primera idea sería todavía muy provisional. Para ir más adelante habría que tener en cuenta datos más detallados sobre la dispersión de las estructuras de costes en el seno de cada una de las ramas industriales, de forma que aparecieran las verdaderas posibilidades de los grupos más dinámicos del capital español. Aun suponiendo que el sector como tal quedase expuesto a un choque que no dejaría de perjudicar al « océano » de empresas pequeñas (o anticuadas en su equipo y en su organización), aun imaginando auténticas crisis sectoriales, algunas empresas o grupos de ellas podrían abrirse paso o bien explotando su localización y tradición industrial para jugar un papel de *fill in*, de « relleno », en el mercado nacional, o bien asociándose al capital extranjero. El análisis de la inversión extranjera es un segundo paso para llegar



CUADRO 20. BALANZA DE PAGOS. Operaciones en divisas y pesetas convertibles. (Enero-octubre de 1964-1965) (Millones de dólares).

Conceptos	1964			1965		
	Ingresos	Pagos	Saldo	Ingresos	Pagos	Saldo
Mercancías	813,5	1 638,6	-825,1	859,10	2 213,44	1 354,34
Servicios	964,2	230,1	734,0	1 202,65	364,06	838,59
Turismo y viajes	787,3	49,9	737,4	977,78	61,38	916,40
Transportes	73,1	48,2	24,9	83,67	72,11	11,56
Seguros comerciales	2,6	2,6	—	2,53	3,19	- 0,66
Rentas de inversiones	22,6	31,5	8,9	30,03	16,51	- 16,48
Transacciones gubernamentales	28,7	38,3	- 9,6	30,68	15,63	15,05
Otros servicios	49,8	59,6	- 9,8	77,96	165,24	- 87,28
Tranferencias	164,2	1,7	162,5	266,51	8,89	257,62
Privadas	164,2	1,7	162,5	266,51	8,89	257,62
Públicas	—	—	—	—	—	—
Capital a largo plazo	281,4	65,7	215,7	298,35	142,75	155,60
Privado	278,2	13,9	264,3	279,20	63,78	215,42
Público	3,2	51,8	- 48,6	19,15	78,97	- 59,82
	2 223,2	1 936,1	287,1	2 626,61	2 729,14	- 102,53

a conclusiones más sólidas en el tema de la asociación. El estudio de las estructuras de coste que ha quedado aquí insinuado no es en modo alguno imposible, pero sobrepasa la misión introductoria de este artículo. A este efecto sería muy útil partir de un examen de las exportaciones españolas. Es por la superposición de estos estudios parciales — como el de la comparación de aranceles — como puede llegarse a una sólida valoración del conjunto, a falta de un esfuerzo colectivo importante para adelantar camino.

### La inversión extranjera

— La Inversión extranjera en España ha aumentado notablemente desde la estabilización, en virtud de un régimen de desprotección absoluta de la riqueza nacional y como consecuencia, claro está, del crecimiento rápido y del nivel de beneficios elevado que ofrece la economía española de estos últimos años. Las entradas netas de capital marcan 119,6, 125,5, 208,5 y 263,3 millones de dólares del 1961 a 1964 según cifras de la OCDE<sup>14</sup>. Obedeciendo a la desaceleración iniciada en 1963, y a un fuerte

aumento de las salidas de capital, el año 1965 presenta un saldo semejante al de 1964 (véase cuadro 20). Las entradas brutas de capital andan alrededor de los 300 millones de dólares. Pero estas cifras engloban tanto partidas de inversión propiamente dichas (directa, en valores o inmobiliaria), como los montantes de préstamos y créditos obtenidos por el sector privado y por el sector público. La inversión industrial e inmobiliaria procedente del extranjero fue de 158 millones de dólares en 1963 y 186 millones en 1964, según la Memoria Anual del Plan de Desarrollo (p. 127). Ello significa que se mantiene en torno al 5 % de la formación bruta de capital fijo en España. La procedencia de estas inversiones denota un predominio de la entrada de capitales yanquis (más del 50 % del total) en los dos años citados, suizos (16 %), alemanes (10 %), y en menor cuantía de Gran Bretaña y del resto de la CEE. Parece que la tendencia ha de ser hacia la disminución relativa de las inversiones norteamericanas en beneficio de las comunitarias europeas, teniendo en cuenta la situación monetaria internacional y la creciente predisposición de « los seis » a la exportación de capitales (Krupp está dando el ejemplo). De la evolución reciente hay que retener en síntesis que, pese al aumento cierto de la inver-



# International Company SEEKS SECRETARY

- Preferably Spanish nationality.
- Some experience.
- Good knowledge of English written and spoken.
- Pleasant working conditions.
- Five-day week.
- Salary commensurate with ability.

Applications will be treated confidentially. Please, send resumes to



Composición de Ges

sión extranjera, los resultados no están a la altura de lo esperado por las autoridades económicas, puesto que la participación en la inversión total no es muy elevada y que las entradas netas de capital están por debajo de lo que el Plan de Desarrollo preveía (p. 55).

— La verdadera importancia de las inversiones extranjeras dentro del esquema que hemos ido trazando, reside, no tanto en su contribución al equilibrio de la balanza de pagos, como en sus efectos sobre el empleo, considerando al empleo como el índice más significativo de la economía nacional en su conjunto. La primera aproximación, por la vía de los aranceles, nos conducía, a través de sus repercusiones sobre el nivel de beneficios a unas pri-

meras conclusiones sectorizadas — más bien desoladoras — sobre las relaciones entre la industria española y la industria europea. Desde este ángulo era de preveer, en caso de asociación, un efecto depresivo a largo plazo sobre el empleo, fundamentalmente por multiplicación de las crisis sectoriales al nivel de la empresa pequeña o anticuada y por emigración de los excedentes de trabajo así creados. Los matices que pueda introducir el examen más detallado de las diferencias estructurales en el seno de cada una de las ramas industriales, en poco pueden cambiar esta visión de conjunto. Por el contrario, la idea de que la inversión extranjera se volcaría a cubrir el « hueco de capital » de la economía española, tranquiliza los espíritus y hace coherentes las previsiones de los que hasta hace bien poco profesaban el autarquismo más recalcitrante. El capital extranjero contribuiría a mantener en España un nivel importante de empleo industrial y a evitar así que el mayor nivel de vida en términos individuales se viera oscurecido por la emigración masiva y la decadencia total de grandes zonas del interior. Veámoslo un poco más de cerca. — Parece que está comprobado que el capital extranjero (el yanqui en Europa y el yanqui y el europeo en España) es más sensible que el propio capital interior a los incentivos de la política regional; dicho de otro modo, que no vacila tanto como éste en situarse en zonas atrasadas. En la CEE se ha podido verificar que los americanos están relativamente más presentes en el oeste francés o en el Mezzogiorno italiano que los propios capitales nacionales. Esta cuestión es de una importancia clave para el futuro de la economía española, en tanto que posible « región atrasada » de Europa. Pero la formulación que se le da esconde el verdadero motivo de esa movilidad: en realidad el « capital extranjero » es siempre, por definición, el más potente, desde el punto de vista financiero y desde otros muchos. Ello le permite contabilizar con menos preocupaciones las deseconomías externas típicas de las zonas atrasadas y centrar su agresividad mercantil en factores de orden dimensional, técnico y comercial. Sin embargo, esta mayor movilidad no impide que la gran mayoría de las inversiones yanquis en Europa estén localizadas a lo largo de la Lotaringia industrial — la franja que une el mar del Norte con el Mediterráneo a través de las cuencas del Rin y del Ródano y que se alarga por el valle del Po. Como también es cierto que el incremento de estas inversiones (superior al 200 % de 1975 hasta ahora) presenta un nivel absoluto muy superior a las inversiones excéntricas.

— Segundo punto importante para situar las perspectivas de inversión extranjera: sus objetivos pueden ser muy distintos según que acuda a un mercado



CUADRO 21. SENTIDO DEL IMPACTO DEL MERCADO COMUN SOBRE LAS ECONOMÍAS DE LOS PAÍSES MEDITERRANEOS, MIEMBROS O ASOCIADOS DE LA CEE (en el supuesto de que se den condiciones idóneas durante el período de adaptación).

Características estructurales	Objetivos	Impacto del Mercado Común
Clima, orografía, subsuelo	Mejor utilización de las tierras	Positivo (Técnica, especialización)
Situación geográfica		Positivo (ampliación)
Superficie reducida		
Población en expansión	Nivel de empleo	Positivo (Consecuencias de la difusión)
Bajo nivel de empleo	Nivel de empleo	Positivo (emigración transitoria)
Demanda atrasada y débil	Redistribución	Positivo (difusión)
Falta de capitales	Redistribución	Positivo (ayuda transitoria inversiones)
	Mayor producción	
Dependencia del extranjero	Balanza de pagos	Negativo (a corto plazo, Balanza de pagos. A largo plazo, interdependencia)
Baja productividad	Mayor producción y promoción humana	Positivo (difusión y presión de la competencia)
Bajo nivel de vida	Mayor producción	Positivo (consecuencia general)
Instituciones anacrónicas	Reformas. Promoción humana	Positivo (convenios, difusión)
Empresarios especuladores	Promoción humana	Positivo (difusión, presión de la competencia)
Grupos de presión	Reformas. Promoción humana	Positivo (convenios, difusión)
Bajo nivel de educación	Promoción humana	Positivo (difusión)
Administración inadecuada	Reforma	Positivo (convenios, difusión)
Dualismo estructural	Diversos	Diversos

Observación: En el texto se ha matizado el esquematismo exagerado de algunas de las afirmaciones contenidas en este cuadro.

protegido o a un mercado abierto. Las inversiones privadas en un mercado protegido, como el español hasta ahora, no obedecen al temor de que surjan en él competidores válidos a escala internacional sino más bien a la posibilidad de obtener beneficios relativamente elevados por toda suerte de motivos: fiscales, escasa competencia interior, protección contra la exterior, mano de obra barata, etc. El único objetivo es la conquista del mercado nacional. Por el contrario, un país abierto a la competencia internacional ofrece al inversionista extranjero la posibilidad de situarse ventajosamente en ella, pero corriendo, en ese caso, todos sus riesgos, se decir, sin ninguna garantía ni reserva de mercado en el propio país receptor. Surge de este modo una estrecha limitación a las posibilidades de monopolizar la oferta nacional, puesto que sólo las industrias **market-footed**, con fuerte incidencia del transporte en el coste unitario, permiten alguna esperanza en este sentido. En estas condiciones cabe

preguntarse si España ofrecería suficientes incentivos a las empresas extranjeras con ambiciones de exportación y si estos incentivos bastarían para compensar el retraimiento de los presuntos « conquistadores del mercado nacional », en el caso de asociación a la CEE. El capitalista americano que hasta ahora se limitaba a « comprar empresas » en España o a vender licencias y patentes prohibiendo a cambio la exportación, se hallará ante un marco transformado, abierto a la competencia europea.

— Diversos factores pueden contribuir a modificar la orientación de los movimientos del capital internacional sobre nuestro país:

1) En la medida en que los países de la CEE pongan barreras a la entrada de capital americano, para contener la inflación o por otros motivos, éste tenderá a situarse a proximidad, en España por ejemplo, para organizar la competencia desde fuera, con la posibilidad además de encontrarse dentro de la CEE en un plazo no excesivamente largo.



2) Los propios países de la CEE están poniendo en marcha políticas de fomento a la exportación, basadas en una gran severidad interior en cuanto al crecimiento de los salarios y en el estímulo a la concentración industrial. El margen positivo así creado en la balanza comercial de estos países debería abrir camino a un equilibrio global de la balanza de pagos, que incluyera, por primera vez, una cantidad importante de exportaciones netas de capital. En este sentido se pronuncia por ejemplo el V Plan francés.

### Efectos globales

— La acción de estos y otros factores semejantes no pueden hacer olvidar, sin embargo, que la política de atracción al capital extranjero practicada en nuestro país tiene un carácter totalmente forzado por el planteamiento general de nuestro desarrollo y que, en consecuencia, no presenta ni puede presentar la más mínima garantía de independencia nacional, de protección de sectores clave ni de los sectores más dinámicos. La apertura de nuestro comercio exterior a los países socialistas y el ejemplo que están dando en materia de importación controlada de capitales, debería hacernos reflexionar sobre la posibilidad de un acuerdo de carácter limitado con la CEE. El desarrollo español sólo dejaría de ser inflacionista cuando: 1) Una reforma agraria digna de este nombre modificase la **estructura** de nuestra producción agrícola (véase más arriba la síntesis de las conclusiones de Tamames sobre este punto), y 2 cuando el nivel de salarios haya superado ampliamente las limitaciones que le impone la actual estructura social en forma de distribución escandalosamente injusta de la renta \*. Entretanto los precios agrícolas seguirán subiendo frente a una demanda superalimentada por el turismo y los trabajadores buscarán algo más que una compensación a la pérdida sufrida por sus salarios reales. Es bien sabido que en estas circunstancias la balanza de pagos se hace eco del exceso de demanda en forma de déficit creciente; en estas mismas circunstancias, por tanto, pensar en una reducción de aranceles o en una mayor apertura es obligarse a desatender las necesidades más inmediatas de nuestra industria, fomentando la importación, y a reclamar a cualquier precio la entrada salvadora de capital extranjero. El cuadro de medidas alternativas: búsqueda de nuevos mercados para nuestros pro-

ductos agrícolas e industriales, política selectiva de protección a la industria, entrada negociada de capitales, nacionalización de las exportaciones... no entra naturalmente dentro de las perspectivas de los que han visto en la asociación a la CEE la única posibilidad de supervivencia política.

— Por otro lado la CEE sólo aceptaría un acuerdo limitado de garantías a nuestras exportaciones agrícolas y de entrada controlada de capitales si España se situase en una perspectiva duradera de industrialización basada en una protección estable y un régimen social bien anclado en la historia y exento de contradicciones explosivas. En otro caso, las garantías sólo serán acordadas a cambio de una salida garantizada para la producción industrial europea, a plazo más o menos corto. Si España no se orienta decididamente hacia los mercados socialistas, « los seis » de la CEE no tendrán inconveniente en explotar a fondo nuestra fragilidad comercial exigiendo más mano de obra barata (600 000 obreros emigrados necesita la CEE de aquí a 1970 para frenar el alza de salarios), más libertad para sus capitales y menos trabas para sus exportaciones.

— La asociación de Grecia está dando buenos resultados en este sentido: las exportaciones griegas se estancan y las importaciones procedentes de la CEE crecen vertiginosamente. El periodo transitorio comenzado en 1961, termina en 1973, excepto para las industrias más sensibles, cuyo periodo de adaptación se fijó en 22 años. Pero las garantías para algunos productos agrícolas y las promesas de ayuda del Banco Europeo de Inversiones no han satisfecho ni siquiera al propio capital griego, como tuvieron ocasión de comprobar los industriales catalanes que se entrevistaron con el director del Banco central de Atenas a su paso por Barcelona, en « viaje de protesta » a Bruselas. El ambicioso Plan de desarrollo que se han fijado las autoridades griegas, con crecimientos previstos muy superiores a los del Plan español, se basa precisamente en el modelo de desarrollo de nuestro país: emigración de trabajadores a Alemania, vacaciones de los alemanes en Grecia, entrada de capital extranjero y ayuda de Bruselas a la agricultura interior. Por otro lado, el papel que puede jugar España como cabeza de puente del capital internacional para entrar en Africa (e incluso en Iberoamérica, según los alemanes), Grecia lo ofrece como avanzadilla hacia los mercados socialistas y el Medio Oriente. Por todo ello, la atención de muchos españoles se ha fijado en la evolución económico-política de Grecia.

\* NDLR. Véase en este volumen: Angel Villanueva, **Causas y estructura de la emigración exterior**; Blai Serratés, **Teoría económica del turismo y su aplicación al caso español**.



— (Aunque era mi propósito terminar este artículo con un examen de los trabajos que en España se han publicado sobre los efectos globales, económicos y sociales, de la asociación de España a la CEE, su poca consistencia, el hecho de depender estrechamente de las opciones políticas o de clase de sus autores, les priva en general de todo interés en el contexto de perspectivas trazadas hasta aquí. Valga la crítica concretamente para las tesis federalistas de Larraz<sup>15</sup>, fanático de la unión política europea, y las opiniones del europeísta Riera Clavillé (consúltese la colección de *Revista Europa* que él dirige en Barcelona), a quien su docilidad atlantista le ha valido el cargo de director de un hotel ameri-

cano en Barcelona. La ponencia del profesor Sampedro en el Congreso de Nápoles<sup>16</sup>, tiene carácter infinitamente más responsable, pero su argumentación en torno a la no validez del modelo de integración del Mezzogiorno italiano (unificado en 1871 con la Italia Centro-Norte y progresivamente empobrecido desde entonces hasta 1957) no parece base suficiente para presentar un cuadro de previsiones tan satisfactorio como el que aquí reproducimos (véase cuadro 21). Los progresos de la política regional europea son, todo lo más, modestos. Difícilmente podemos fiar en ellos, como Sampedro propone, la futura configuración económica y social de la península).

1. Santiago Carrillo, *Después de Franco, ¿qué?*, Editions Sociales, París.
2. Paul Fabra, *¿Y a-t-il un Marché Commun?*, Editions du Seuil, París.
3. Ernst Mandel, « Structure et Dynamique économiques du Marché Commun »; en *L'integration Européene et le Mouvement Ouvrier*, CES, París, 1964.
4. André Gorz, « Marché Commun et Planification », *Ibidem*.
5. Pino Tagliazucchi, « L'Europe, c'est aussi le Sud », en *Revue Internationale du Socialisme*, abril de 1964.
6. Ramón Tamames, *Formación y desarrollo del Mercado Común Europeo*, Iberamer, 1965.
7. Arturo Camilleri Lapeyre, « L'Agriculture espagnole et le Marché Commun » en *Revue du Marché Commun*, mayo de 1964.
8. Ramón Tamames, « Problemas de la Agricultura Española » en *Tiempo de España*, n. II, Madrid, 1964. Posteriormente ha sido incluido en un libro sobre *Problemas de la Economía española*, Península.
9. Presidencia del Gobierno. Comisaría del Plan de Desarrollo Económico y Social, 1964-1967. *Comercio Exterior* (Anexo). Madrid, 1964.
10. André Marchal, *L'Europe solidaire*, París, 1965.
11. « L'Espagne et le Marché Commun. Point de vue allemand », en *Revue du Marché Commun*, mayo de 1964.
12. Manuel Fuentes Irurozqui, *Tres ensayos sobre el Mercado Común Europeo*, Capel, Madrid, 1962.
13. Reproducido por Claude Berger, « Les échanges extérieurs en Espagne », en *Revue du Marché Commun*, mayo de 1964.
14. OCDE General Statistics, *Main Economic Indicators*.
15. José Larraz, « Souvenirs et commentaires sur l'intégration espagnole », en *Revue du Marché Commun*, mayo de 1964.
16. José Luis Sampedro, « Los problemas planteados a la economía de los países mediterráneos por el desarrollo del Mercado Común », en *Tiempo de España*, n. II, Madrid, 1964.



# Españoles en Alemania

RAMON ABOY

En cantidad considerable empezaron a llegar españoles a la República Federal Alemana en 1959. Hasta entonces en masa sólo habíamos visitado Alemania encuadrados en las filas de un ejército: por vez primera en la guerra de los Treinta Años; tres siglos más tarde, dispuestos a desfilar por las calles de Moscú, con la « gloriosa » División Azul. Desde finales del XIX, siguiendo la ruta que había inaugurado Sanz del Río, algunos jóvenes, deseosos de familiarizarse con la tradición filosófica y científica de este país, hacían estancias de uno o dos años. Después de la primera guerra mundial, Alemania se convirtió en la Meca científica de muchos de nuestros mejores universitarios. Si en el siglo XIX sólo pasaba por culto aquel que dominaba el francés y estaba al corriente de las últimas novedades de París, en los primeros decenios del nuestro, el grado de cultura se medía por la capacidad de echarse al colete libros alemanes. Pero se trabada de intelectuales que, encerrados en laboratorios y bibliotecas, a penas tomaban contacto con la realidad del país. Transcurridos los primeros años de miseria que siguieron a la derrota, hacia 1953, cuando la parte occidental surgía de nuevo potente y segura, empezaron a llegar los estudiantes, esta vez sin beca ni dinero, para quienes las puertas de la universidad permanecían cerradas y las de la fábrica abiertas. Los primeros trabajadores españoles en Alemania fueron estudiantes. El hecho es significativo. En los años cincuenta el estudiante no sale asegurado con una beca o dinero de papá — éstos son los menos — para ampliar estudios en el extranjero; escapa de una atmósfera tóxica y está dispuesto a todos los sacrificios, con tal de ventilarse, de respirar libre en Europa. Sus inquietudes, sin un cuarto en el bolsillo, no pueden ser puramente intelectuales. La fábrica no resulta mala escuela: su sed vaga de justicia termina por concretarse en la lucha de la clase oprimida. En la universidad le dirán que en « la moderna sociedad industrial », los conceptos de clase y de lucha de clases se han quedado viejos; pero no es fácil que convenza al que tiene que pasarse ocho horas diarias esclavo de una máquina. Cuando los obreros lleguen en grandes masas, algunos de estos estudiantes serán la base de un fermento revolucionario.

La fecha en que la inmigración española se generaliza en Alemania no es casual. En 1959, el plan de estabilización puede llevarse a cabo, contado con la expulsión de mano de obra a una Europa que ha creado más puestos de trabajo de los que puede cubrir inmediatamente. El neocapitalismo considera uno de sus éxitos más indiscutibles el hacer acabado con el paro. Uno de los males constitutivos de la sociedad capitalista — afirman sus adversarios — proviene de la necesidad de mantener un depósito de mano de obra inocuada, que permita un mercado de trabajo favorable al capital. Un paro más o menos encubierto es la condición imprescindible de un mercado « libre » de trabajo. El neocapitalismo, por el contrario, ha mostrado — así reza la propaganda oficial — que el paro puede absorberse por completo en una economía no planificada; más aún, es capaz de crear un superávit de puestos de trabajo. La teoría del « depósito de parados » que necesariamente ha de regular el mercado de trabajo es una falsedad más de las muchas que cabe imputar al marxismo. No es difícil hacer patente el sofisma de una tal argumentación. Se supone un **mercado nacional de trabajo**, en una Europa económicamente unida bajo el dominio de los grandes monopolios. En un primer momento, el depósito de parados lo constituye el campesinado nacional, obligado a emigrar a los centros industriales. Pero hoy, en la época del capitalismo monopolista supranacional, el mercado de trabajo es también internacional. El depósito de parados con que cuentan los países industrializados de la Europa occidental, se encuentra en España, Italia meridional, Grecia y Turquía. Si el capitalismo puede o no funcionar sin tal « réservoir », es cuestión que sobrepasa el marco de este artículo. Tratarla significaría plantear en detalle la contradicción básica entre estructura social y desarrollo técnico. El hecho es que el capital prefiere hasta ahora importar mano de obra extranjera, lo que implica poseer un depósito de parados, a acelerar el proceso de automación.

No son, sin embargo, las razones de esta movilidad de la mano de obra en el mercado europeo de trabajo, sino sus consecuencias, lo que en esta ocasión nos interesa. En las páginas siguientes pretendemos



dar una visión de conjunto de los problemas que esta emigración lleva consigo, desde una perspectiva concreta; la alemana.

El Anuario estadístico de la República Federal Alemana para el año 1964 nos da las siguientes cifras. De una población activa de 22 595 000, son extranjeros 828 000, de los cuales 119 500 españoles. Después de los italianos — 286 000 — los españoles constituimos la segunda minoría nacional, seguidos de los griegos, turcos, austriacos y holandeses<sup>1</sup>.

## ESPAÑOLES EN ALEMANIA

(cifras válidas el 30 de septiembre de 1963)

	%
<b>Hombres 81 857</b>	
Menores de 21 años	8,3
De 21 a 35	66,2
De 35 a 45	21,9
Más de 45	3,5
<b>Mujeres 32 628</b>	
Menores de 21 años	15,6
De 21 a 35	64,7
De 35 a 45	16,0
Más de 45	3,6

Teniendo en cuenta el aumento que se ha producido en este último año y que la Oficina de Colocación, fuente oficial de estas cifras, incluye sólo a aquellos que trabajan legalmente, cabe suponer unos 150 000 españoles en Alemania. La juventud de los emigrantes, el 74,5 % de los hombres y el 80,3 % de las mujeres son menores de 35 años, es el dato demográfico más digno de atención. En sí, nada tiene de extraño. El país importador necesita mano de obra joven y sana, y el control que ejerce en su selección se concentra en estos dos puntos. Por otro lado, son los jóvenes los que en una economía estancada más difícilmente se abren paso y más ánimo tienen para correr los riesgos de la emigración. Pero dado que se trata de una emigración temporal que no se ha desvinculado del país de origen y que piensa volver en cuanto las circunstancias lo permitan, no es ocioso especular sobre el impacto que producirá en ciertos hábitos y mentalidades tradicionales.

Los emigrantes se dividen en dos grandes grupos: los que se han organizado el viaje por su cuenta y los que han venido contratados por la Oficina de

Colocación alemana, a través de Organización Sindical española<sup>2</sup>. Los primeros pertenecen en su mayoría a la clase media baja que se ha visto proletarizada en los últimos años: empleados cesantes, pequeños comerciantes que han dado quiebra, representantes de productos invendibles, peritos sin colocación, maestros nacionales que no se resignan a las condiciones de vida que el Estado les ofrece, estudiantes que no han acabado la carrera, universitarios que como los veterinarios, licenciados en filosofía o en derecho, no saben que hacer con el título. Los emigrantes libres que como turistas o con el pretexto de aprender la lengua, intentan establecerse en Alemania, encuentran cada vez más dificultades. Tanto el gobierno español — a quien se le paga una prima por obrero exportado — como el alemán que le interesa controlar, además de la salud de los emigrantes, el número y su distribución, obstaculizan al máximo este tipo de emigración. El extranjero que llega como turista sólo tiene derecho a permanecer tres meses y le será negado muy probablemente el permiso de trabajo. La solución provisional consiste en el trabajo clandestino, a menudo pagado por debajo de los salarios normales. Este grupo, numéricamente muy minoritario, constituye el elemento más dinámico de la emigración. Ha proporcionado intérpretes a las fábricas, colaboradores a Caritas y a la Embajada, dirigentes a las organizaciones obreras, escritores a los periódicos de los Centros Culturales, músicos y camareros a los bares para españoles. Su superioridad cultural lo ha predestinado para dirigir, enseñar o explotar a los demás compatriotas.

El segundo grupo lo constituye el emigrante reclutado en España por los organismos oficiales y que llega con un contrato de trabajo para un año. Se inauguró en 1959 con los despedidos de Pegaso. Obreros especializados fueron obligados — cierto que también hubieran podido elegir morir de hambre en sus casas respectivas — a trasladarse a dos mil kilómetros para descargar vagones de correos. Aparte de los graves conflictos que se originaron para estas familias, piensen los que sólo quieren hacerlo en cifras económicas, lo que significa para un país que carece de mano de obra especializada, deshacerse de la poca que a costos muy elevados se ha ido formando. Con relativa frecuencia he encontrado muchachos que han tenido la suerte de asistir a escuelas profesionales y que una vez en posesión de un oficio, no han tenido otra salida que marcharse al extranjero. Y no se crea que aquí consiguen sin más trabajar en su profesión; lo corriente es que tengan que hacer un trabajo que no requiere cualificación alguna y que al cabo de unos años hayan olvidado el oficio por completo. Aún dejando de lado por un momento un montón de otras razones, un despilfarro semejante estremece.



Desde entonces no se ha cesado de organizar expediciones. Todos los jueves a la una, llega a la estación de Deutz en Colonia un tren especial con 1 000 a 1 500 emigrantes. Campesinos andaluces y extremeños, muchachas de Salamanca, Palencia o Burgos, obreros madrileños, mujeres de Orense, descendiendo de unos vagones viejos que no suponíamos en uso en los ferrocarriles alemanes. Sobre el pecho un número y paquetes con los restos de la matanza, malletas de madera y más paquetes, muchos paquetes. Si es invierno no todos traen abrigo. Cuando algún pasante, encastillado en su bienestar, comenta, entre irónico y admirado, el pintoresquismo, la furia nos domina. Un altavoz suena imperativo, « Todos en fila de tres », « Colocaros según se vaya nombrando vuestro número ». La operación dura una hora en un andén descubierto, a veces tirando de frío, otras bajo la lluvia. Los recién llegados obedecen sin un murmullo a todo lo que se les dice. Una voz más reposada sucede a la del sargento que hasta ahora ha estado dando órdenes. Es un representante de la Santa Madre Iglesia que se preocupa de sus hijos allí donde se hallen. Aprovecha el saludo para advertirlos de los lobos — sindicatos, politiquillos — que amenazan en la tierra de promisión. « Cuando tengáis problemas acudid con toda confianza a los Centros de Caritas y, si no los hubiese en vuestra localidad, a las empresas donde trabajéis ». Los patronos no quieren más que el bien de los obreros. Fuera esperen los capataces para encargarse de su gente. Otros continúan el viaje. Un madrileño de unos cuarenta años me decía, venciendo con el humor la vergüenza, mientras desfilaba de tres en fondo por los pasadizos de la estación: « mire usted, mi segunda mili ». Detrás de él un andaluz deseoso de congraciarse con el país repetía a quien le quería oír. « Yo ya he estado en Alemania... con la División Azul ». Son las primeras horas de unos hombres que después de haber perdido toda esperanza, creen pisar la tierra que les promete pan para sus hijos y hasta ¿por qué no?, con un poco de suerte, incluso la polisibilidad de ahorrar lo necesario para comprar un piso o instalar un pequeño negocio.

El trabajador extranjero gana lo mismo y tiene los mismos derechos — seguros sociales, pagas extraordinarias, voz y voto en las elecciones para enlaces sindicales<sup>3</sup> — que sus colegas alemanes. Su inferioridad real viene determinada por el hecho de que rara vez sale de peón — los puestos de especialista le son inalcanzables — porque ha de conformarse con los trabajos que por su dureza o por sus bajos salarios no se cubren con la mano de obra nacional. Los españoles que vienen con contrato han de trabajar por lo general en la construcción o en la minería — trabajos muy duros — o en industrias que como

la textil o la alimenticia pagan por debajo de los salarios medios. Se llevan el primer disgusto morrocotudo al comprobar que el salario de 2,50 a 3 marcos hora, que traducido en pesetas les había parecido astronómico, pertenece al grupo más bajo. El malestar aumenta cuando el dinero que en realidad perciben no se aproxima ni con mucho a lo calculado, debido a la fuerte presión tributaria. Un soltero tiene que pagar en conceptos de impuestos y de seguridad social hasta el 25 % del salario bruto. Su primera preocupación consistirá en intentar rescindir el contrato para buscar de meter la cabeza en la industria metalúrgica, mucho más automatizada y con salarios más altos. Ahora bien, la rescisión unilateral tiene como efecto inmediato la vuelta a España y no queda, por tanto, otra solución que armarse de paciencia y aguantar hasta cumplir el contrato.

Las dificultades de adaptación, el aislamiento de los primeros meses, la desilusión que implica comprobar que con los nuevos ingresos tampoco se sale de pobre, hace a los recién llegados políticamente muy vulnerables. Del franquismo no traen ninguna buena idea y la única esperanza se ha quedado en agua de cerajas. Es en este periodo cuando muestran más interés por las organizaciones obreras — tienen aún el atractivo de lo prohibido — y si entonces no se organizan, es muy difícil que lo hagan, cuando hayan encontrado un trabajo más satisfactorio, conozcan los defectos y luchas intestinas de los distintos grupos y se hayan encajado en un círculo de amistades.

Según el Anuario Estadístico el salario bruto oscila entre 4 y 3 marcos hora para los hombres y 2,70 y 2,50 para las mujeres. Semanalmente el español se llevará a casa, una vez hechos todos los descuentos, entre 160 y 120 marcos y las mujeres entre 100 y 90. Estas cifras están calculadas según la jornada normal, pero pocos son los que no hacen horas extraordinarias. Trabajando jornadas de diez a doce horas y los sábados y los domingos, estas cifras se elevan considerablemente.

Teniendo en cuenta los ingresos mensuales — por término medio 700 marcos los hombres y 500 las mujeres — y que los gastos mínimos necesarios — comida y alojamiento — se elevan a 300 marcos, fácilmente pueden calcularse las posibilidades de ahorro. Los casados con hijos, viven con la familia o envían el dinero a casa<sup>4</sup>, quedan por lo pronto excluidos. Sólo algunos solteros — la mayoría prefiere vivir con un cierto desahogo — y sobre todo matrimonios jóvenes sin hijos, trabajando los dos, se creen liberados de la clase por haber juntado medio millón de pesetas al cabo de unos años de inmensos sacrificios. Típica es la siguiente anécdota que me ocurrió en una residencia de muchachas que se mostraban



reacias a colaborar con los sindicatos, escudándose en el pretexto de que lo único que a ellas les interesaba era ahorrar para comprarse un piso. Las pregunté que cuanto ahorran por año. Después de hacer muchas cuentas, resultó que en el año anterior, la que más había juntado, tenía mil marcos en la cartilla. «Entonces necesita usted continuar así veinte años para poder comprar el piso más barato». Este cálculo elemental sirvió para que la ideología importada del ahorro se derrumbase por completo. Llorando y llenas de furia me gritaban: «pero ¿qué podemos hacer?»

El estado de familia es, claro está, el factor decisivo en la forma de organizar la vida. Las mujeres solteras suelen vivir en residencias dependientes de la empresa o de organizaciones religiosas, donde se consigue reproducir artificialmente los valores y costumbres de la España provinciana que no se oponen al ritmo de trabajo. Con ello se reducen las dificultades de adaptación a la vez que el control se hace más rígido. A las once de la noche las puertas están cerradas: razones de moralidad dicen los patronos; limitación de la libertad personal, con el fin de que un largo sueño reparador entregue obreras descansadas, dice el sindicato. Una reglamentación minuciosa regula hasta el menor movimiento y la lista de las prohibiciones resulta interminable. Los precios no suelen ser altos — 45 marcos al mes — pero si se considera que lo normal es que duerman hasta cuatro en un cuarto pequeño, tampoco es mal negocio para el arrendador. El cotilleo, la difamación, la patriotería, el respeto supersticioso, están a la orden del día. La Iglesia conserva casi intacta su influencia. La conciencia política o de clase, inexistente. Los jóvenes solteros tienden, en cambio, a la «dolce vita». La erotización de la moderna sociedad capitalista es la puerta de escape que colma todo su afán de libertad. Viven la emigración como una gran aventura y se sienten infinitamente superiores a los que se han quedado en España. Si pueden comprar un coche viejo y lucirlo durante las vacaciones, han realizado todas sus ilusiones.

Mucho más dura es la emigración para el casado. Una minoría privilegiada ha logrado reunir la familia. Encontrar un piso a un precio razonable es un milagro imposible. Familias de cuatro, cinco y más miembros se apilaban en uno o dos cuartos realquilados. Si los hijos están en edad escolar, habrá que elegir entre mandarlos a la escuela pública, donde en el mejor de los casos sólo terminarán familiarizándose con la lengua, o a las escuelas que la Iglesia o el Estado español han organizado para los hijos de los emigrantes, donde no aprenderán nada. Y, sin embargo, lo normal es vivir separados de la familia. Dos mil kilómetros separan al padre de la mujer y de

los hijos. Aquellas fuerzas sociales que consideran la familia sagrada, piedra incorruptible sobre la que se apoya todo el edificio social y que rasgarían las vestiduras si alguien hablase de la necesidad de una ley de divorcio, no se inmutan ante el drama de familias separadas, que no querían separarse. La política alemana consiste en limitar al máximo el número de emigrantes con familia. Las razones son claras. En primer lugar se trata de una emigración que no se quiere que se convierta en definitiva. Un cambio de la coyuntura económica implicaría como primera medida el tener que deshacerse de los trabajadores extranjeros. Dado el sistema de permisos de residencia — hay que renovarlos cada año y no se tiene ningún derecho a él — la operación podría llevarse a buen término, sin demasiadas perturbaciones, en el plazo de un año<sup>5</sup>. Una familia numerosa — y la del proletariado meridional lo es, sobre todo por la cantidad de ascendientes y miembros colaterales que incluye — es más difícil de desalojar. Además lleva consigo una serie de personas que sólo son consumidores, precisamente de aquello — vivienda, plazas en el colegio, camas en el hospital — de que más falta tiene Alemania Occidental.

Lo hasta ahora dicho nos permitirá hacernos una idea de la situación de los trabajadores españoles en Alemania. Obvio es decir que el nivel de vida es muy superior al que tenían en España. Por vez primera les es dado disfrutar de ciertos bienes en Europa muy generalizados, pero que en nuestro país continúan siendo privilegio de clase. El participar del bienestar ambiental, aunque sea desde las posiciones más bajas, se refleja en un cierto conformismo difuso y en la conciencia de privilegiados que tienen frente a parientes y amigos que se quedaron en España. La adaptación a las nuevas condiciones de vida ha sido sorprendentemente buena. El español rinde en el trabajo y lo único que le indigna es su simplicidad. Con los compañeros alemanes se lleva bien, pero las dificultades de comprensión y los mutuos prejuicios hace difícil una relación más íntima. Los contactos con el resto de la población son muy superficiales, aunque correctos. La xenofobia latente tiende a ser cada vez más agresiva. El aumento considerable de extranjeros y la radicalización a la derecha, la favorecen. Prácticamente una integración sólo existe dentro de la minoría nacional. Los españoles viven con los españoles, teniendo a su disposición sus propias instituciones: párroco y misa de los domingos, bares y centros culturales. Estas comunidades se caracterizan por la simbiosis muy peculiar de rasgos españoles y alemanes; mezcla que se hace también patente en la mímica y en el vocabulario. El grupo más desgraciado es el de los casados con la familia en España. Viven angustiados sin saber como escapar a este círculo infernal: por un lado, la soledad



y el alejamiento de la mujer y de los hijos se hace insoportable; por otro, quedarse en casa, significa volver a los agobios pasados. En Alemania no encuentran piso; en España, trabajo. Cada vez que van de vacaciones se despiden como si su vuelta fuese definitiva; cada vez llegan de nuevo, confiando en que este año sea el último de separación.

La emigración significaba, sin duda, un riesgo para el gobierno. La mayor parte de la población, directa o indirectamente<sup>6</sup> iba a experimentar mejores condiciones de vida y desaparecido el monopolio informativo se abrirían paso corrientes ideológicas no controlables. En 1959, el gobierno tenía conciencia de estos peligros, pero entre un mal inmediato, el paro, y otro lejano y difuso, la posible politización de la clase obrera, la elección era clara. Cinco años de emigración masiva han mostrado que el peligro a corto plazo se había exagerado. El primer error radicó en pensar que la clase obrera no estaba politizada y que se iba a politizar en el extranjero. La realidad era más bien la contraria; el emigrante sabía muy bien, si no lo que quería, por lo menos lo que no quería: al fin y al cabo huía de un mundo donde no había sitio para él. Intentarle convencer de antifranquismo era echar agua sobre mojado. La popularidad del régimen, innegable en determinados círculos y aún relativamente extendida en amplios sectores de la clase media, no había que ir a buscarla entre las capas sociales que abastecen la emigración. El segundo error consistió en creer que, puesto que los emigrantes eran decididamente antifranquistas y se contaba con un marco mayor de libertad, la organización política o sindical de la mayor parte era cuestión de tiempo y de un trabajo coordinado y constante.

Cuando se ha convocado a los emigrantes para una acción concreta a la que ven ligados directamente sus intereses, el éxito ha sido seguro. Con motivo de las huelgas de Asturias y de otras huelgas se pudieron organizar grandes manifestaciones de solidaridad. Si el proletariado del interior da señales de vida, la reacción del exterior es inmediata. Error grave, sin embargo, es pensar que la inversa es también cierta, que desde el exterior se pueden organizar acciones que tengan una cierta repercusión en el interior. La emigración se ha mostrado como un eco, particularmente sensible, eso sí, de las voces del interior, pero en fin de cuentas se trata sólo de un eco. Precisamente en esta su función de reflejo radican las dificultades.

No es posible organizar grupos muy numerosos sin un alto grado de institucionalización. Para ello se precisa unos fines concretos y un aparato burocrático. Desde la situación especial de una minoría en tierra extraña, las acciones que cuentan con el asen-

timiento general no son abundantes ni pueden repetirse demasiado a menudo. Un aparato burocrático, única garantía de continuidad, implica, además de una base económica muy amplia, un cierto grado de legalidad, que no son pensables era un Estado capitalista. Trabajo semiclandestino, único posible, es por esencia minoritario. Pero la dialéctica actual de la lucha de clases no corresponde a los viejos modelos conspiratorios y revolucionarios. La aporía general de la izquierda europea ha de reflejarse necesariamente en nuestra situación.

Una primera solución parece radicar en la colaboración con las organizaciones obreras del país. En este punto Alemania Occidental no tiene mucho que ofrecer. La sola organización existente, la Confederación de Sindicatos Alemanes (DGB), ha perdido casi por completo la coincidencia de clase. Un trabajo conjunto, intentado una y otra vez, no podrá ir, por tanto, demasiado lejos, pero no por eso ha de dejarse de lado. Su constitución representa la dificultad más grave: 16 sindicatos que gozan de una gran autonomía regional y local, con intereses e ideologías no siempre concordantes. La preocupación por los trabajadores extranjeros es, por consiguiente, muy variable de sindicato a sindicato, de localidad a localidad. Pero es de justicia consignar que algunos secretarios, conscientes de su responsabilidad, no han escatimado las ayudas. Centros culturales, bibliotecas, conferencias, manifestaciones, no hubieran sido realidad sin el apoyo del DGB. Otros han guardado sus buenas intenciones por desconfiar de sus colaboradores españoles, por lo general más de izquierdas. Por otro lado, los condicionamientos de la vida española tampoco eran los mejores para educar hombres generosos y desprendidos. El egoísmo, más o menos primitivo, es nuestro primer rasgo nacional. Si son muchos los que despotrican contra el régimen o hablan entusiasmados de la necesidad de organizar la clase obrera; muy pocos los que están dispuestos a pagar las cuotas sindicales — en Alemania relativamente altas — o a sacrificar el tiempo libre en tareas de organización. Muchos de los sindicatos lo han hecho con el fin no demasiado altruista de sacar algún beneficio tangible y cuando después de tres meses de pagar las cuotas no las han visto materializadas en algún provecho personal — los colectivos, como centros, bibliotecas, etc., cuentan — no han perdido un minuto en borrarse.

Para la Embajada resulta confortante que apenas el uno por ciento de los españoles estén organizados políticamente. Para las organizaciones obreras esta cifra representa una base aceptable: mil quinientos hombres capaces, en un momento oportuno, de arrastrar a la mayoría. La gama de colores, como cabe esperar es muy amplia: desde los grupos ultrarrevo-



lucionarios del FLP y de la izquierda prochina del Partido Comunista hasta las organizaciones reformistas de Toulouse. Tres son, sin embargo, los centros de polarización, el Partido Comunista, los socialistas independientes y las organizaciones del exilio (UGT-CNT).

La experiencia política de la emigración es importante y tendrá sus consecuencias futuras. Era ingenuo pensar que hubiera sido posible organizar a la mayor parte de los emigrantes, como es falso creer que, porque las organizaciones católicas hayan multiplicado sus efectos en este último tiempo — han empezado a invertir dinero en cantidades considerables y cuentan con el apoyo oficial — la clase obrera en la emigración es franquista o está domesticada. El problema número uno del emigrante es librarse de su soledad y desplazamiento, reuniéndose con sus

compatriotas. Acude a los centros de la Iglesia porque le ofrecen música de baile y no le dan sermones. El que la Iglesia haya renunciado a predicar y sólo se preocupe de que se baile, es señal clara de su batida en retirada. Los otros centros son más exigentes: conferencias, discusiones políticas. Y lo sorprendente es que también están llenos. Una minoría obrera ha tenido así la posibilidad de leer y educarse, organizar y dar mítines. Discusiones interminables, guerras entre grupos afines, todo contribuye a aumentar sus conocimientos, a afinar su experiencia. En los centros culturales para españoles de la República Federal Alemana se están formando cuadros dirigentes para la lucha de mañana. El hecho no es demasiado ruidoso; hay que estar acostumbrado a sentir los latidos mas íntimos de la Historia, para atribuirle toda su significación.

---

1. Austriacos y holandeses no se incluyen en el concepto oficial de Gastarbeiter — trabajador huested — con que se designa a los trabajadores extranjeros provenientes del sur de Europa. Las razones — lingüísticas, culturales, posición social — son obvias.

2. El hecho que los Sindicatos Verticales desempeñen la función de una Oficina de Colocación estatal es fuente de no pocas confusiones. Algunos se sindicaron en el DGB con la esperanza de que el sindicato les busque una mejor colocación.

3. Con el fin de impedir las candidaturas comunistas, sobre todo entre los italianos, desde hace poco se exige, para poder presentarse como candidato el haber trabajado tres años como mínimo en la empresa.

4. En las estadísticas oficiales, sin embargo, se incluye en concepto de ahorro las cantidades que el obrero extranjero envía a casa para el sostenimiento de la familia.

5. El permiso de residencia se emplea también como instrumento de distribución de la mano de obra extranjera. Si se ha concentrado en una región y se quiere desviarla a otra, basta con negar los permisos e informar que tal vez en este o aquel Estado sería posible obtenerlo.

6. La influencia más peligrosa de la emigración ha recaído, sin duda, sobre los que se han quedado. A través de parientes y amigos reciben una imagen embellecida de la Europa occidental, donde se gana mucho y se hace lo que se quiere.



# Causas y estructura de la emigración exterior

ANGEL VILLANUEVA

## 1. Un ejército de reserva de alquiler

La acumulación capitalista lleva consigo la necesidad de una fuerza de trabajo cada vez más grande. Suponiendo que, en un momento dado, cada capitalista pague la fuerza de trabajo en su valor, es decir, pague a cada trabajador lo necesario para su subsistencia únicamente, el proceso, *ceteris paribus*, llevaría por efecto de la escasez a que el precio de la mercancía fuerza de trabajo se desviara de su valor. Para el capitalista esta situación es peligrosa. ¿Cómo conseguir que la fuerza de trabajo se mantenga en un precio parecido a su valor? La dificultad para el capitalista se halla fundamentalmente en que no existe una industria productora de esa mercancía, que reaccione ante la escasez produciendo más. Ricardo ante este problema había encontrado ya una solución: «Sin embargo cuando por el estímulo, que los salarios altos dan al crecimiento de la población, el número de trabajadores aumenta, los salarios bajan de nuevo hasta su precio natural, y a la verdad, como reacción caen a veces por debajo de él».

No creo que sea necesario hacer notar que esta teoría es inadmisibile. Y más aun vistas las cosas desde nuestra perspectiva de hoy. Sin embargo, es cierto que los salarios no alcanzan por este mecanismo de la escasez un nivel lo suficientemente alto como para poner en peligro el sistema.

Uno de los efectos de la escasez de mano de obra es el aumento de la composición orgánica del capital, es decir, una mayor mecanización de la producción y el efecto neto de esta conducta, que naturalmente se hará general, es el desempleo en alguna medida, es decir, el mantenimiento de lo que Marx llama ejército de reserva. Encargado de paralizar todo el proceso de alza de salarios. Ahora bien, este proceso de mecanización puede darse en circunstancias de tipo demográfico e incluso de tipo económico que se le plantee al sistema en su conjunto la necesidad de alquilar ese ejército a otro país, que se encuentre en condiciones de poderlo prestar como consecuencia de las desigualdades en el desarrollo internacional que el capitalismo conlleva.

Este sistema del alquiler comporta al sistema capitalista, que lo adopta, indudables ventajas. Ventajas que pueden resumirse diciendo que el capitalismo que hace esto ve renacer los dorados tiempos del machesterismo.



— Salarios más bajos que los que tendría que pagar a los del propio país por esas labores.  
— Bajo nivel reivindicativo del emigrado. Debido: 1) a que, pese a todo, el emigrado mejora con el cambio; 2) a la mentalidad multimilenaria de la economía de subsistencia, en que una persona más era una boca más, que venía a comer « nuestro pan ». Mentalidad hábilmente explotada por los « órganos capitalistas » en beneficio propio. Es natural que a las personas que más les cueste comprender la falsedad de esto sea a los propios obreros de las zonas desarrolladas, en cuanto que temen la concurrencia de los recién llegados, pero estas ideas deben y pueden ser combatidas racionalmente, de lo contrario el empleo de los recién llegados presionará más aún sobre los niveles de salarios, en este caso como en todos sólo la solidaridad entre los trabajadores, impidiendo todo tipo de discriminación extralaboral, puede paliar la común explotación<sup>1</sup>. Sin embargo, esta solidaridad no es fácil de conseguir por el carácter de gran parte de los sindicatos europeos a las órdenes del gran capital de forma cada vez más descarada\*.

— A la colaboración del Estado, más perfecta aún que la normal, con el capital para controlar a este tipo de trabajador « invitado » (como se les llama en la Alemania « libre » de Billy Brandt y demás).

— Evitación, si es necesario, de cualquier tipo de cargas familiares, mediante el método de las trabas legales para trasladar a las familias.

— No planteamiento por parte de estos trabajadores de problemas de vivienda y demás.

Hemos de aclarar que, naturalmente, el asunto se podría complicar más ganándose en profundidad con ello, pero perdiendo en claridad y las conclusiones además no variarían demasiado.

Reriéndonos concretamente a España, es decir, desde el punto de vista del país que alquila un ejército de reserva, diremos que ante la clase dominante la emigración puede funcionar como sigue. Si el ejército de reserva es lo suficientemente grande —y en España lo es— la clase capitalista tendrá asegurada una fuerza de trabajo barata como para no preocuparse ante la emigración. Esta, sin embargo, puede llegar a inquietar al capitalismo español por las siguientes causas:

— Porque la presión ejercida por la emigración sobre el mercado de fuerza de trabajo llegue a ser tan grande que empiece a poner en peligro la existencia de un ejército de reserva interior « eficaz ».

— Porque la demanda de fuerza de trabajo se desplace del peonaje —abundante— a los obreros cualificados —escasos— lo cual obligaría al capitalismo español a subir suficientemente los salarios de éstos últimos para retenerlos en el país.

— Porque el drenaje de población implicado por la emigración ponga en peligro el nivel de la demanda efectiva.

Digamos que estas condiciones no se dan, de momento, en España, pero si se llegan a dar enseguida empezarán los voceros de los monopolios a echar mano, de nuestro orgullo nacional, de la necesidad de brazos de « nuestra economía » (el mito este de « nuestra economía », tan querido de los monopolios, en el que suele caer hasta el más avisado), etc. Conviene

\* NDLR. Véase en este volumen: Ramón Aby, **Espanoles en Alemania**.



que nos vayamos curando en salud, no vaya a ser que en un momento dado se empiecen a poner trabas a la emigración, perjudicando una vez más a los trabajadores, y precisamente echando mano de argumentos que algún sector de la oposición le viene echando en cara al régimen, como ocurre con esa frase de **la necesidad de brazos para nuestra economía**, que aún siendo cierta puede ser pronunciada en muchos contextos.

Acabamos de decir que las condiciones en que la emigración perjudicaría al capitalismo monopolista no se dan en España. No se dan porque:

— Aunque la emigración es reflejo de una presión efectiva sobre el mercado de trabajo, hay amplios sectores que suministran peonaje más que suficiente tanto a la industria como a la agricultura. Favorecido todo ello por un cierto proceso de mecanización del campo.

— La demanda de fuerza de trabajo, por parte de Europa, se concreta en el peonaje, al menos de momento.

— En cuanto al efecto sobre la demanda efectiva, desde un punto de vista «nacional», es decir, desde el punto de vista de los monopolios, la emigración provee de fondos, mediante los ahorros hechos en el extranjero y enviados a las familias. Este ahorro puede operar de dos formas, o bien es gastado en bienes de cualquier tipo dentro de España —dinero sin contrapartida real— incrementando la demanda efectiva, o bien se mete en un banco. De las dos formas el capitalismo nacional se encuentra con un fondo de divisas que puede ser girado contra el producto social de cualquier país extranjero. Demanda que suele tomar la forma de bienes de equipo. No hay que aclarar que los dos sistemas de canalizar este dinero benefician más o menos por igual (la primera le es más favorable) al capitalismo español, máxime si se le considera enfrentado a una necesidad de renovación del equipo. Las remesas de los emigrantes han mantenido un ritmo creciente. En 1960 enviaron 57,76 millones de dólares, en 1961 eran ya 118,49 millones; 147,79 en 1962, 200,86 en 1963 y 239,96 en 1964. Según declaraciones a la Televisión del director del Instituto de Emigración en 1965 la cifra de las remesas alcanzó los 380 millones de dólares.

## 2. Evolución global de la emigración: 1939-1963

Conviene aclarar que el optimismo habitual en las cifras de los organismos oficiales, se une en este tema a una clara subestimación de las cifras dadas por todos ellos, debido, en gran parte, a las dificultades de control de la emigración, sobre todo la emigración a Europa, que es últimamente la más importante. Llegando a estimar los propios organismos que la emigración clandestina es más importante que la oficial. Nosotros hemos intentado usar, en la medida de lo posible, las cifras lo más aproximadas a la realidad y para ello hemos utilizado fundamentalmente los censos y padrones del INE. De esta forma, se llega a una estimación global de la emigración exterior por quinquenios hasta 1960, que con toda seguridad se aproxima a la realidad<sup>2</sup>. Sin embargo, tanto para la composición de esa emigración exterior, como para la distribución de los países a donde va dirigida hemos tenido que echar mano de las estadísticas del Ministerio de Trabajo; por ello hemos utilizado, cuando de estas estadísticas se trata, preferentemente porcentajes, ya que consideramos que las cifras que da este orga-



nismo, según él mismo confiesa, están claramente subestimadas, empleándolas nosotros por lo tanto como muestra del colectivo de la emigración, en cuanto que nos dan idea de la distribución por edad, el tipo de emigrantes, etc.<sup>3</sup>.

En lo que va de siglo, aparte de los tres años de guerra civil, hay dos épocas en que el saldo migratorio es favorable y son los años que van de 1931 al 35 y los años 1940 a 1945. En el primer caso se debe, sin duda, más que a las condiciones internas del país, que también influyeron, al impacto de la gran depresión sobre los trabajadores emigrados. Estos, como es de prever, fueron los primeros en sufrir el paro y, puestas así las cosas para ellos, es normal que pensaran en volver a España.

CUADRO 1. EVOLUCIÓN DE LA EMIGRACION TRANSOCEANICA POR VIA MARITIMA DE 1916 A 1935.

Periodos	Emigración	Inmigración	Emigración neta
1916-1920	345 504	206 239	139 265
1921-1925	361 701	233 050	128 051
1926-1930	229 377	198 215	31 162
1931-1935	63 685	168 385	-104 700

Fuente: González-Rothvoss: *La emigración española a Iberoamérica*.

La otra excepción es, como hemos indicado, el periodo de 1940-1945 en que hay una inmigración de 146 043 individuos. Este hecho es debido a:

1) Los repatriados con motivo de la guerra mundial; 2) la vuelta de algunos exilados políticos de los primeros momentos (el número de exilados al fin de la guerra civil no está demasiado claro); 3) las condiciones en que se realizó el censo de 1940, el cual da unas cifras no muy fiables; 4) la coyuntura agrícola de aquellos años<sup>4</sup>; 5) el cambio de circunstancias que se da en Latinoamérica, que era la única emigración en la que podrían pensar los que deseaban emigrar en aquellos momentos.

A partir del final de la guerra mundial última empieza de nuevo la emigración, que se incrementa fuertemente en el periodo 1950-1955. Sin embargo, en la década del 50 al 60 el número de emigrantes es mucho menor que en la época de las grandes emigraciones de principio de siglo. Esto es debido, no a las condiciones por las que atraviesa el país, sino, y sobre todo, a que los países latinoamericanos empezaron a practicar una inmigración seleccionada con lo que las salidas de españoles hacia América se mantuvieron dentro de un marco familiar —cartas de llamada, etc.— En lo que se refiere a los países europeos, éstos no están en las condiciones que se encontrarán después de la disminución de su ejército de reserva, que acompaña el auge general del ciclo y que encontrará su más alto grado en los primeros años de la década actual (60, 61, 62).

Las cifras del cuadro 2 se han obtenido mediante la utilización de los censos y padrones<sup>5</sup>. Sabido el crecimiento vegetativo de cada provincia mediante el censo sabemos el número de emigrantes o de inmigrantes. Haciendo la suma total de emigrantes de todas la provincias con saldo negativo (emigrantes) y deducida la suma de los saldos de las provincias con saldo positivo (inmigración neta). Hemos de hacer notar que el sistema es teóricamente per-



CUADRO 2. EMIGRACION NETA DE 1940 A 1960.  
(+ Inmigración; - emigración)

Periodos	Emigración neta
1941-1945	+ 146 043
1946-1950	- 371 451
1951-1955	- 493 605
1956-1960	- 381 137
Total	-1 100 150

Fuente: A. García Barbancho: Los movimientos migratorios en España.

fecto y nos da un número para la emigración neta por quinquenios muy aproximado, seguramente, a la realidad. Aunque son las cifras más serias que hemos encontrado existe una gran dificultad para manejarlas, pues por sí mismas no nos indican gran cosa sobre la estructura de esa emigración.

Los organismos oficiales no dan cifras de nuestra emigración, fuera de las trasoceánica, hasta 1959, es por lo tanto muy difícil sostener ningún juicio sobre bases tan débiles. En cuanto a la emigración trasoceánica existen cifras con un grado de fiabilidad bastante grande.

CUADRO 3. EMIGRACION NETA TRANSOCEANICA DE 1946 A 1964.

Años	Emigración	Inmigración	Emigración neta
1946	5 575	3 859	1 716
1947	13 532	4 623	8 909
1948	19 156	4 690	14 466
1949	41 910	5 394	36 516
1950	55 314	6 911	48 403
1951	56 907	8 937	47 970
1952	56 648	13 964	42 688
1953	44 572	15 299	29 273
1954	52 418	14 633	37 785
1955	62 237	17 868	47 369
1956	53 082	14 863	38 219
1957	57 900	18 613	39 287
1958	47 179	22 888	24 291
1959	35 220	19 100	16 120
1960	34 328	23 114	11 214
1961	36 495	24 197	12 298
1962	36 181	22 321	13 860
1963	25 852	22 322	3 530
1964	24 240	22 434	1 806
Totales	758 746	283 030	475 716

Fuente: Estadísticas de emigración exterior.



Si comparamos las cifras del cuadro 3 con las obtenidas por medio de los censos (cuadro 2) obtenemos a partir de 1946:

CUADRO 4. COMPARACION DE LA EMIGRACION NETA TOTAL Y LA TRANSOCEANICA DE 1946 A 1960.

Periodos	Emigración neta total	Transoceánica	Porcentaje
			%
1946-1950	371 451	110 010	29
1951-1955	493 605	205 081	41
1956-1960	381 137	130 132	34

Fuente: Estimación como se indica en el texto.

lo cual nos hace pensar, por un lado, que las cifras dadas sobre emigración transoceánica están ligeramente subestimadas y, por otra parte, es indudable que nuestra emigración, después de la guerra civil, ha cambiado de rumbo. El fenómeno se agudiza mucho más en los últimos años.

CUADRO 5. EMIGRACION CONTINENTAL Y TRANSOCEANICA DE 1959 A 1964.

Años	Emigración continental	Emigración transoceánica
1959	24 055	35 220
1960	40 838	34 328
1961	104 032	36 495
1962	149 916	36 181
1963	160 825	25 852
1964	170 552	24 240

Fuente: Estadísticas de la emigración exterior de España.

Insistimos una vez más en que las cifras más de fiar son las obtenidas mediante los censos y padrones; las demás son las más de las veces estimaciones y en general, cuando provienen de los organismos oficiales españoles, suelen ser cálculos por debajo de la realidad, por los motivos que ya expusimos, lo cual es más que evidente en lo que se refiere a la emigración continental de los años 1959 y 1960. Algunos autores estiman que entre el año 1959 y el 1964 salieron de España en dirección a Europa 723 655<sup>6</sup>, otro cálculo más verosímil parece ser el que muestra que la emigración clandestina alcanza el 57 % de la oficial<sup>7</sup>; en lo que se refiere a Europa esto nos da un número de migrantes mucho más elevado. (Véase cuadro 6). Aún teniendo en cuenta esta corrección nos atrevemos a decir que las cifras para 1959 están, como las de 1960, claramente subestimadas.

Volviendo de nuevo sobre el cambio de rumbo sufrido por nuestra emigración después de la guerra, encontramos una explicación doble, vistas las cosas desde los países receptores.



CUADRO 6. EMIGRACION CONTINENTAL (CORREGIDA) Y EMIGRACION TRANSOCEANICA DE 1959 A 1964.

Años	Emigración continental	Emigración transoceánica	Porcentaje de la transoceánica con respecto a la europea
			%
1959	37 776	35 220	93
1960	64 105	34 328	53
1961	169 887	36 495	21
1962	235 368	36 181	15
1963	252 495	25 852	10
1964	267 767	24 240	9

Fuente: Estimación según se indica en el texto.

## Disminución de la emigración a Latinoamérica

Después de la segunda guerra mundial, es decir, cuando empieza de nuevo a aparecer nuestra emigración, la situación ha variado en los países latinoamericanos que habían sido los seculares receptores de nuestra emigración. En 1946 la III Conferencia de Estados Americanos llama la atención sobre la llegada de emigrantes y la conveniencia de su selección y reducción. En estos países no es la presión demográfica la causa de su atraso ni mucho menos —las causas son muy otras— sin embargo, esa presión existe y hoy parece excesiva planteando evidentes problemas desde cualquier punto de vista que se mire y más teniendo en cuenta el **status** actual. Es, entre otras, por esta razón por la que la totalidad de estos países han venido tomando medidas respecto a la inmigración. Medidas dirigidas a practicar, de un lado, una emigración selectiva —más tarde veremos como gran parte de los emigrantes transoceánicos son obreros calificados— y, de otro, a implantar el sistema de cupos. Hay que tener en cuenta también, como factor fundamental, que las condiciones que se le ofrecen al campesino en Latinoamérica no son precisamente halagadoras. De hecho, nuestra tradicional emigración a América, aunque de extracción campesina, se afincaba en las ciudades. La concentración urbana existente cada vez en mayor grado en estos países, debido al proceso económico sufrido en ellos, hace que no sea rentable hoy para un campesino español, sin ningún oficio, el llegar a esos grandes núcleos urbanos. La coyuntura ha cambiado para ellos fundamentalmente. A principios de siglo la burguesía en un proceso típico de acumulación incipiente y los centros urbanos, aún no saturados, eran el lugar donde se reclutaba a los trabajadores<sup>1</sup>. Este es el momento que aprovechan los emigrantes continentales. Allí encontrarán trabajo relativamente bien remunerado. Es obvio que la situación aparece hoy diametralmente opuesta.

## El auge de la emigración a Europa

Las causas de la creciente atracción de Europa para el emigrante español, se pueden considerar desde dos puntos de vista:



a) **La coyuntura del ciclo**, que toma la forma de auge en Europa, después de un amplio período de estancamiento. La zona más alta del ciclo se alcanza en los últimos años, así entre 1961 y 1964, para los países más desarrollados de Europa, se han triplicado las exportaciones de productos manufacturados respecto a 1938 y duplicado respecto a 1950. De 1958 a 1962 el volumen total de producción industrial ha crecido en un 34 % en los seis países miembros del Mercado Común. Durante el mismo período la producción de automóviles se ha elevado en un 70 %, la de plásticos en un 100 % y en un 235 % la de fibras sintéticas. De manera general, la parte de material industrial en las exportaciones ha pasado de ser el 32,7 % en 1938 al 46,2 % en 1962. Las causas de esta larga expansión hay que buscarlas en la continuada ola de innovaciones y éstas tienen su causa principal en la carrera de armamentos que facilita los inventos. En efecto, el tiempo muerto entre el hecho del invento y la aplicación de éste a la industria, tiende a disminuir en estos años a causa de que la lógica de la innovación en la industria normal (amortización previa de la innovación anterior) no sirve para los ejércitos que se esfuerzan por poner en circulación continuamente los inventos y a fomentar su aparición<sup>9</sup>. Al llegar a ser el auge general, pese al aumento de la composición orgánica del capital, el alquiler de un ejército de reserva aparece como necesario en Europa. Esta necesidad se ve acentuada en algunos países por la causa siguiente:

b) **El envejecimiento de las poblaciones europeas**. Desde la terminación de la guerra de 1914-1918 la baja de la natalidad se generaliza, con lo cual se hace más patente al capitalismo europeo, en estos últimos años, la necesidad del alquiler de que hablamos. Sin embargo, es importante hacer notar que en ciertos países, en los que no ha ocurrido esto tan claramente —Países Bajos, por ejemplo— la necesidad de atraer trabajadores ha aparecido por las causas puramente económicas ya citadas.

En lo que a España se refiere, existe un hecho que tampoco hay que despreciar, como determinante del citado aumento de emigración en nuestro país. Es la aparición simultánea en Italia de un auge efectivo, lo cual reduce en mucho el ejército de reserva de alquiler clásico en Europa, ya que Italia se había convertido en la suministradora típica de fuerza de trabajo, es así como el alquiler de fuerza de trabajo se desvía, primero hacia la península ibérica y luego hasta Grecia y Turquía. Por parte de algunos empresarios europeos se ha pensado incluso en importar **coolies** de Hong-Kong<sup>10</sup>. Lo que aparece claro es que en la península ibérica ha encontrado el capitalismo europeo el ejército de reserva y la fuerza de trabajo barata subsiguiente que necesitaba para su crecimiento; quizá es en eso en lo que piensan Franco y Salazar cuando se hacen llamar «salvadores de Occidente».

Hemos generalizado sobre las razones que se han dado dentro del proceso capitalista europeo para que esta emigración tuviera lugar de forma tan acentuada; más tarde particularizaremos un poco más, porque el proceso, aunque general, adquiere formas especiales en cada país.

**Perspectivas.** Podemos trazar unas pequeñas perspectivas para un futuro próximo, siempre desde el punto de vista de los países que reciben nuestra emigración.

En cuanto a Latinoamérica nada hace pensar en que las circunstancias se modifiquen en lo que se refiere a las perspectivas de nuestra emigración. Respecto a Europa, principal punto de atracción actualmente, es posible que las perspectivas cambien en un futuro no muy lejano. En los países europeos y muy especialmente en Alemania, que es la que mayor ritmo



de crecimiento ha tenido en estos últimos años, la clase capitalista se ha encontrado con una serie de circunstancias eminentemente favorables, siendo la principal el tener asegurado un ejército de reserva de alquiler lo suficientemente amplio, lo cual le ha permitido mantener un ritmo de acumulación extremadamente rápido; pero sin embargo un análisis del momento actual de la coyuntura nos llevaría a ver que la realización de la pulsvalía le es cada vez más difícil al capitalismo monopolista europeo. En la República Federal Alemana la utilización de su capacidad de producción ha caído del 93,8 % en 1956 al 90,2 % en 1960 y al 84 % en 1962 y dentro del Mercado Común la producción de acero está prácticamente estancada en 73 millones de tm desde 1960. Al mismo tiempo las inversiones en esta industria, como efecto de un proceso de acumulación acelerado, han subido en un 50 %, lo cual ha llevado a que, mientras se producen esos 73 millones de tm, la capacidad de producción sea de 95 millones en 1964. En los laminados ocurre algo parecido, la producción ha sido de 18 millones de tm en 1965 y la capacidad para esa fecha era de 3,5 millones de unidades, pero la capacidad de producción era de 7 millones de unidades<sup>11</sup>.

Todo ello nos lleva a pensar que el capitalismo europeo se puede encontrar dentro de un breve plazo, no con una catástrofe del tipo de la 1929 —eso con los medios puesto a su servicio, Estado, etc, es prácticamente imposible en la estructura mundial actual—, pero sí ante un estancamiento sensible que ya él empieza a preveer, lo cual de darse efectivamente, provocará un estancamiento, sino una recesión en la importación de fuerza de trabajo, a la vez que una mayor selección de la misma. En este sentido parece que se preparan ya algunos gobiernos: «La política que conviene llevar, estima el Ministerio de Asuntos Sociales, debe ser selectiva desde el punto de vista de las capacidades profesionales de los inmigrantes... esta política debe ser también selectiva desde el punto de vista de la adaptación social»<sup>12</sup>. Es, por lo tanto, lógico pensar a este respecto que la emigración neta tenderá a descender en los próximos años. Más tarde contemplaremos este hecho desde el punto de vista de España, es decir, desde el crecimiento capitalista español.

### 3. Nuestras migraciones en general

No se puede contemplar el movimiento emigratorio exterior sin verlo en el contexto de los movimientos migratorios en su conjunto, es decir, para intentar comprender aquel proceso es necesario ver también el de nuestras migraciones internas.

La contemplación del cuadro 7 nos da ya una idea de los movimientos dentro de España. Se observa un fortísimo movimiento migratorio que se ha polarizado cada vez más en lugares fuertemente industrializados. Durante el quinquenio 1956-1960, las únicas provincias que recibieron inmigración de una forma apreciable fueron: Madrid, Barcelona, Vizcaya y Guipúzcoa. Intentaremos ver la distribución geográfica de estos movimientos, para ello llevamos sobre un mapa la última columna del cuadro 7.

Hay que insistir, cómo en la primera época del régimen (1941-1945) el número de provincias de inmigración es mucho más elevado, debido no sólo a la coyuntura externa, que hace que el saldo total sea positivo durante ese período, sino también a que la coyuntura agrícola, con relación a la industrial, era mucho más favorable que lo iba a ser después. Posteriormente, el crecimiento capitalista afecta fundamentalmente a la industria. La agricultura, sobre todo los pequeños propietarios, que habían servido para «cebar la bomba» y facilitar la realiza-



CUADRO 7. MOVIMIENTOS MIGRATORIOS POR PROVINCIAS, 1940 A 1960. (— emigración; \* Inmigración)

	1944/1945	1946/1950	1951/1955	1956/1960	Total del período (1941/1960)	Porcentajes de emigrantes respecto a las poblaciones 1950
						%
Alava	790 *	— 4 587	— 925	8 002 *	3 280 *	2,7 *
Albacete	— 17 523	— 8 543	— 44 520	— 35 722	— 106 308	— 26,7
Alicante	— 13 039	— 4 341	— 214	14 095 *	— 3 499	— 0,5
Almería	— 28 043	— 18 803	— 33 904	— 23 658	— 104 408	— 29,2
Ávila	— 8 446	— 4 415	— 16 055	— 24 474	— 53 390	— 21,2
Badajoz	11 864 *	— 16 015	— 24 849	— 68 391	— 97 391	— 11,9
Baleares	— 1 540	— 271	— 50	2 499 *	638 *	0,1 *
Barcelona	136 410 *	95 496 *	203 131 *	246 525 *	681 562 *	30,5 *
Burgos	— 16 349	6 555 *	— 26 770	— 32 802	— 69 366	— 17,4
Cáceres	— 14 389	— 8 467	— 29 464	— 51 807	— 104 127	— 18,9
Cádiz	7 615 *	18 179 *	6 156 *	— 16 976	14 974 *	2,1 *
Castellón	2 762 *	565 *	— 3 119	3 026 *	3 234 *	0,9 *
Ciudad Real	— 6 838	— 15 011	— 36 627	— 26 786	— 58 262	— 10,2
Córdoba	— 22 507	— 39 764	— 49 522	— 53 602	— 165 395	— 21,1
Coruña (La)	247 *	— 17 134	— 21 142	— 38 358	— 76 387	— 7,9
Cuenca	— 20 829	— 13 600	— 31 190	— 26 718	— 92 337	— 27,5
Gerona	— 2 233	1 934 *	2 098 *	8 261 *	10 060 *	3,0 *
Granada	— 18 831	— 28 923	— 80 706	— 62 053	— 190 513	— 24,3
Guadalajara	— 8 060	— 9 344	— 14 438	— 19 981	— 51 823	— 25,4
Guipúzcoa	4 473 *	6 095 *	19 641 *	29 105 *	59 314 *	15,8 *
Huelva	— 15 415	— 3 238	— 1 259	— 7 539	— 27 451	— 7,4
Huesca	2 417 *	— 4 284	— 2 238	— 11 633	— 15 738	— 6,6
Jaén	— 23 315	— 52 115	— 75 940	— 76 290	— 227 660	— 29,7
León	— 4 657	— 121	— 18 129	— 16 647	— 39 554	— 7,2
Lérida	14 853 *	399 *	— 3 642	— 8 175	3 445 *	1,0 *
Logroño	— 5 910	— 5 400	— 11 219	— 9 923	— 32 452	— 14,1
Lugo	— 18 669	— 17 410	— 30 331	— 30 510	— 96 920	— 19,1
Madrid	187 745 *	37 778 *	124 223 *	287 405 *	637 151 *	33,0 *
Málaga	28 025 *	— 39 953	— 45 578	— 28 683	— 86 189	— 11,4
Murcia	— 22 432	— 32 028	— 30 345	— 40 841	— 125 656	— 16,6
Navarra	— 7 571	— 12 262	— 11 820	— 8 686	— 40 339	— 10,5
Orense	521 *	— 27 944	— 24 415	— 22 494	— 74 332	— 15,8
Oviedo	6 077 *	— 8 321	20 407 *	— 18 293	— 130	0,0
Palencia	— 6 520	— 2 682	— 12 130	— 18 149	— 39 481	— 16,6
Palmas (Las)	— 8 079	— 8 739	— 7 777	125 *	— 24 470	— 0,5
Pontevedra	— 10 695	— 16 275	— 8 258	— 61 976	— 97 204	— 14,4
Salamanca	— 11 870	— 12 275	— 20 020	— 35 576	— 79 741	— 19,3
Sta Cruz de T.	29 616 *	— 35 054	— 14 655	16 229 *	— 3 864	— 0,9
Santander	— 18 682	— 5 386	— 24 150	— 2 177	— 50 395	— 12,4



	1944/1945	1946/1950	1951/1955	1956/1960	Total del período (1941/1960)	Porcentajes de emigrantes respecto a las poblaciones 1950 %
Segovia	- 4 796	- 5 996	- 13 029	- 16 317	- 40 138	- 19,9
Sevilla	28 858 *	3 535 *	1 004 *	- 34 818	- 1 421	- 0,1
Soria	- 9 576	- 4 764	- 11 882	- 14 861	- 41 083	- 25,4
Tarragona	11 488 *	- 1 629	- 3 042	- 5 295	1 522	0,4 *
Teruel	- 101	- 8 544	- 16 268	- 20 937	- 45 850	- 19,4
Toledo	1 612 *	- 10 848	- 41 088	- 26 757	- 77 081	- 14,6
Valencia	33 146 *	- 7 090	- 7 946	- 24 168	- 6 058	- 0,4
Valladolid	- 11 123	- 8 902	- 13 950	- 15 456	- 49 431	- 14,2
Vizcaya	15 072 *	3 915 *	34 611 *	61 699 *	115 297 *	20,2 *
Zamora	- 10 318	- 4 018	- 18 878	- 17 444	- 50 658	- 16,0
Zaragoza	- 1 592	- 8 836	- 23 392	6 865 *	- 26 955	- 4,3
Totales (emigración exterior)	- 146 043	- 371 451	- 493 605	- 381 137	- 1 100 150	- 3,9

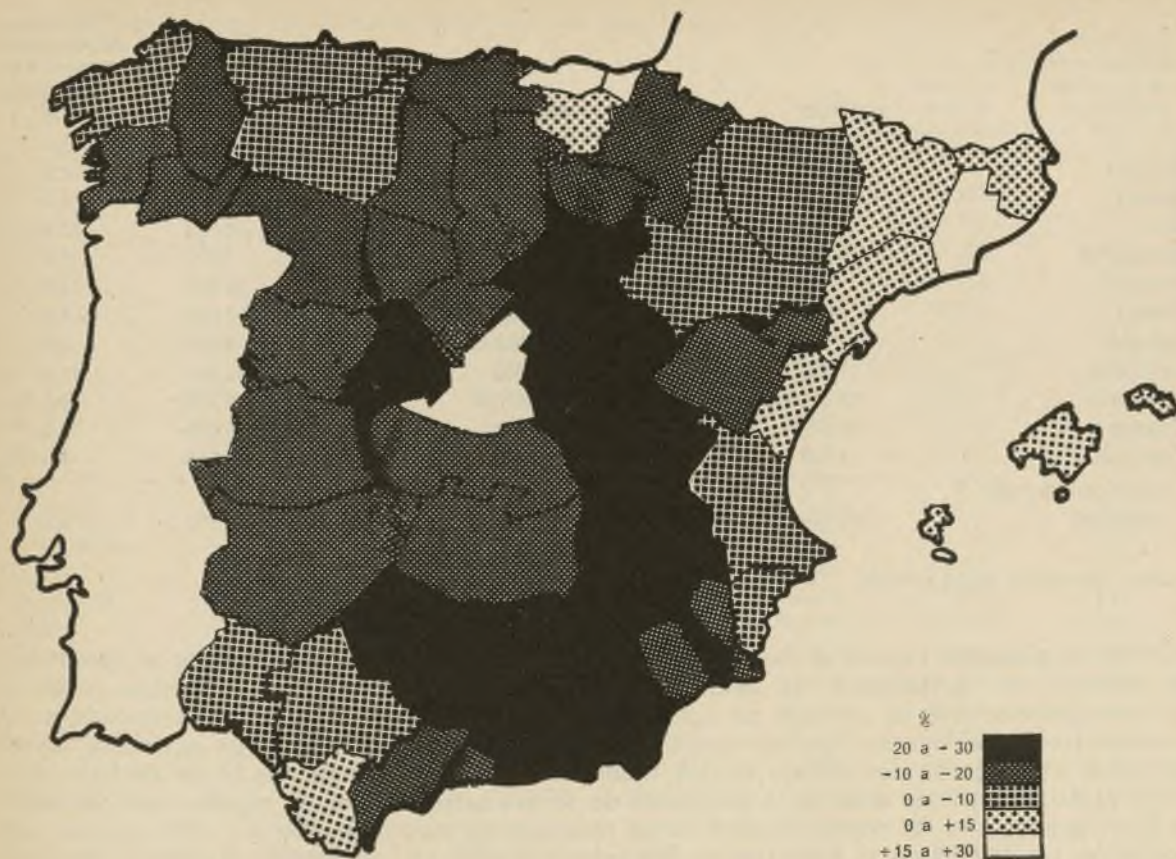
Fuente: Estimación según el texto.

ción de la plusvalía industrial durante los años del hambre, se ve afectada por el cambio en la relación con la industria, es decir, la agricultura, que por su situación relativa había facilitado grandemente el proceso de acumulación industrial, empieza a perder preponderancia y se asiste a una inversión de la relación industria-agricultura. Los precios agrícolas van a empezar a colocarse por debajo de los industriales. A partir precisamente del período 1951-1955 el éxodo agrícola empieza a ampliarse de forma extremadamente rápida; esto va ligado a dos causas: una, el citado cambio en la relación agricultura-industria y otra, que la acumulación capitalista de la industria en los primeros años se hace sentir ya sobre la demanda de fuerza de trabajo.

Es precisamente el cambio en la relación agricultura-industria, lo que influye decisivamente en el crecimiento de nuestra emigración en los años 1951-1955; no es que el campesino « se sienta atraído por la ciudad » o por el extranjero, sino que huye del campo que se le hace cada vez más insoportable. El citado crecimiento de los precios industriales con relación a los agrícolas se agudiza a partir de los años 1957 y 1958; este proceso naturalmente hace carne también en los pequeños propietarios. El hecho de tener englobados los años 1956-1960 no permite calibrar el efecto de la primera época del Plan de Estabilización; lo que si parece cierto es que la época de expansión inflacionista anterior al Plan afectó favorablemente en nuestro saldo migratorio exterior, polarizando a su vez más aún la migración interna sobre las zonas industrializadas.

De la visión del mapa se saca la conclusión cierta de que hay una zona de España, muy amplia, que se está despoblando a una velocidad vertiginosa. Así en la zona marcada en negro, a ese ritmo de emigración para el año 2000 aproximadamente la despoblación sería prácticamente total.





Migraciones del período 1940-1960. Porcentajes de migrantes respecto a la población de 1950.

No podemos pasar por alto un fenómeno psicológico que sin duda ha tenido una cierta importancia, sobre todo en la zona en que la emigración se ha hecho a base de trabajadores agrícolas (eventuales preferentemente). La zona sur, no era antes de la guerra civil una fuente demasiado importante de emigrantes, ello debido, en gran medida, a que nuestra emigración se dirigía a Latinocamérica, lo cual significaba un desembolso inicial para el largo viaje que los obreros del campo no estaban en situación de hacer. Ahora al cambiar el rumbo de la emigración y convertirse está en europea, una gran parte de los emigrantes son de esta zona. La posible causa psicológica a la que hacíamos referencia es la desmoralización de los trabajadores del campo andaluz al fin de la guerra civil. Había existido una razón para quedarse antes de la guerra en el campo: hacer la revolución. Los fusilamientos masivos de líderes anarquistas abría el largo paréntesis de « prehistoria » al que aún estamos asistiendo.



Al aparecer el hambre en los años 1941-1942, los braceros del campo empiezan a emigrar pasando, de momento, a nutrir el ejército de reserva industrial dentro de España, lo cual había de ser uno de los sostenes más importantes del capitalismo español en aquellos tiempos de acumulación acelerada<sup>13</sup>.

Según las cifras dadas en el cuadro 7, cambiaron de provincia, al menos 377 548 españoles entre 1941 y 1945. Entre 1946 y 1950, 546 122. Entre 1951 y 1955, 904 876 y desde 1956 a 1960 lo hicieron 1 664 973.

Esto es solamente un índice del cambio real de domicilio e incluso, como tal cambio de domicilio de una provincia a otra, puede estar subestimado —las entradas y salidas de una provincia se compensan en el cuadro, dentro del período quinquenal, con las salidas y entradas de una misma oponente—. Por ejemplo, dos personas de Pontevedra, fijan su residencia en Madrid y una de Madrid lo fija en Pontevedra, el cuadro nos da un sólo cambio y sin embargo ha habido tres. Para intentar llegar a una aproximación mayor, se pueden clasificar los municipios en dos categorías: grandes municipios y pequeños municipios, así obtenemos el siguiente cuadro:

CUADRO 8. EMIGRACION (EXTERNA + INTERNA) POR MUNICIPIOS.

Períodos	Grandes municipios	Pequeños municipios	Total
1946-1950	489 555	328 127	817 682
1951-1955	594 060	572 959	1 167 060
1956-1960	729 646	639 851	1 369 646

Fuente: A. García Barbancho: Los movimientos migratorios en España.

Estas cifras indican que entre 1946 y 1950 el 2,92 %, al menos, de la población española cambió de municipio en ese período. Al menos, el 2,63 % de los que vivían en grandes municipios cambiaron de domicilio y, en cuanto, a los que vivían en pequeños municipios, el porcentaje fue del 5,5 %. Entre 1951 y 1955 los porcentajes fueron del 4,03 % para el total de España, 3,02 % para los que vivían en los grandes municipios y el 6,15 % para los que vivían en los pequeños. Entre 1956 y 1960, los porcentajes suben a 4,5 % en lo que se refiere al total de España, 3,44 % para los que vivían en los grandes municipios y 7 % para los que vivían en los pequeños. El aumento de la emigración afecta, lógicamente, más a los pequeños municipios. De hecho la despoblación de la España rural puede constatarse sabiendo que en 1947 había 9 376 775 habitantes en los pequeños municipios y en 1957 había bajado esta población a 9 207 963 (la población de España había crecido mientras tanto, lo cual hace que el porcentaje representado por los que viven en pequeños municipios haya bajado más que considerablemente). En el quinquenio 1946-1950 se desplazaron del municipio original, al menos, en cada uno de los años, 200 000 personas, esta cifra se eleva a 250 000, por lo menos en cada uno de los años que van de 1951 a 1955, creciendo aún más entre 1956 y 1960. Según una estimación que hemos podido hacer a la vista de diversas cifras la emigración interior española alcanzó a unos cuatro millones de individuos entre 1940 y 1965<sup>14</sup>. Podemos



CUADRO 10. RENTAS « PER CAPITA » Y PORCENTAJES DE POBLACION ACTIVA SECUNDARIA Y TERCIARIA SOBRE LA POBLACION ACTIVA TOTAL (1957).

Provincia	Renta « per capita »	Agricultura	Industria	Servicios
	(pesetas)	%	%	%
Vizcaya	30 230	9,17	57,71	32,12
Guipúzcoa	30 229	11,09	56,63	32,28
Madrid	24 858	6,19	37,68	56,13
Barcelona	22 453	7,85	56,08	36,07
Alava	21 204	27,08	39,69	33,23
Valencia	18 875	47,57	25,62	26,81
Navarra	18 441	49,14	25,19	25,67
Oviedo	17 733	36,09	45,21	18,70
Santander	17 710	37,74	34,98	27,28
Zaragoza	17 677	43,08	26,04	30,88
Logroño	17 658	53,66	21,58	24,78
Valladolid	16 404	39,59	22,37	38,04
Gerona	16 309	32,90	39,93	27,17
Tarragona	16 873	54,97	19,51	25,52
Baleares	15 769	40,67	27,92	31,41
Segovia	15 498	54,41	17,46	28,13
Castellón	15 395	61,84	18,67	19,49
Lérida	14 645	54,39	23,49	22,12
Sevilla	14 505	43,14	25,59	31,27
Burgos	14 448	51,12	20,69	28,19
Palencia	14 404	45,62	26,15	28,33
Soria	12 994	57,13	16,06	26,81
Guadalajara	12 511	66,35	12,30	21,35
Huesca	12 488	55,78	20,46	23,76
Palmas (Las)	12 355	61,23	9,79	28,98
Pontevedra	12 342	63,48	17,03	19,49
León	12 312	56,74	25,14	18,12
Huelva	12 079	55,25	25,33	19,42
Coruña (La)	12 021	62,78	17,36	19,86
Salamanca	11 863	55,22	17,22	27,56
Cádiz	11 673	44,22	28,42	27,36
Alicante	11 453	50,05	28,71	21,24
Teruel	11 126	64,13	17,63	18,24
Cuenca	10 795	71,89	6,93	21,18
S. Cruz de T.	10 773	65,23	10,39	24,38
Zamora	10 628	62,14	12,41	25,45
Badajoz	10 488	71,22	12,85	15,93
Murcia	10 420	62,63	18,06	19,31
Lugo	10 415	68,48	9,98	21,54



Provincia	Renta « per capita »	Agricultura	Industria	Servicios
	(pesetas)	%	%	%
Toledo	9 964	72,49	9,97	17,54
Córdoba	9 925	66,18	15,23	18,59
Albacete	9 832	70,69	11,11	18,20
Ciudad Real	9 768	67,09	15,37	17,54
Málaga	9 509	57,81	13,57	28,62
Ávila	9 172	72,43	7,50	20,07
Cáceres	8 670	73,38	9,12	17,50
Jaén	8 452	72,29	13,91	13,80
Almería	8 193	65,80	14,42	19,78
Granada	8 037	69,74	10,06	20,20
Orense	7 893	77,73	9,61	12,66

Fuente: Elaborado con datos del Banco de Bilbao.

concluir con certeza diciendo que la corriente migratoria campo-ciudad se ha agudizado en los últimos años, así la población activa agraria ha seguido disminuyendo de forma creciente, alcanzando entre 1960 y 1963 una cifra anual de cerca de 100 000 trabajadores, dando en el primer año del Plan de Desarrollo (1964) el pavoroso salto de 257 000, según estimación de la propia Comisaría del Plan. Dicho Plan, aclaremos, preveía el abandono de 69 000 trabajadores agrícolas por año. En 1965 el descenso de la población agrícola ha alcanzado 220 000 trabajadores, por lo menos.

**El porqué de estos movimientos.** Es sabido que el desarrollo económico en cualquier sistema económico conlleva el paso de población activa de la agricultura a la industria y, en alguna medida, a los servicios<sup>15</sup>.

CUADRO 9. DISTRIBUCION DE LA POBLACION ACTIVA (1900-1960) \*.

Años	Sectores						Total población activa	Porcentaje de población activa sobre el total de la población
	Primario **	%	Secundario	%	Terciario	%		
1900	4 318 000	65,9	1 061 700	16,2	1 172 000	17,8	6 551 700	34,8
1910	4 616 000	65,2	1 137 900	16,0	1 324 300	18,7	7 079 100	35,4
1920	4 364 000	57,4	1 572 800	20,6	1 661 900	21,8	7 599 300	35,5
1930	3 857 400	45,6	2 246 200	26,6	2 339 600	27,7	8 443 200	35,6
1940	4 584 900	50,6	2 034 900	22,3	2 444 100	26,9	9 053 900	35,0
1950	0,052 700	47,6	2 803 500	26,4	2 755 300	25,9	10 611 500	37,8
1960	4 617 000	41,2						

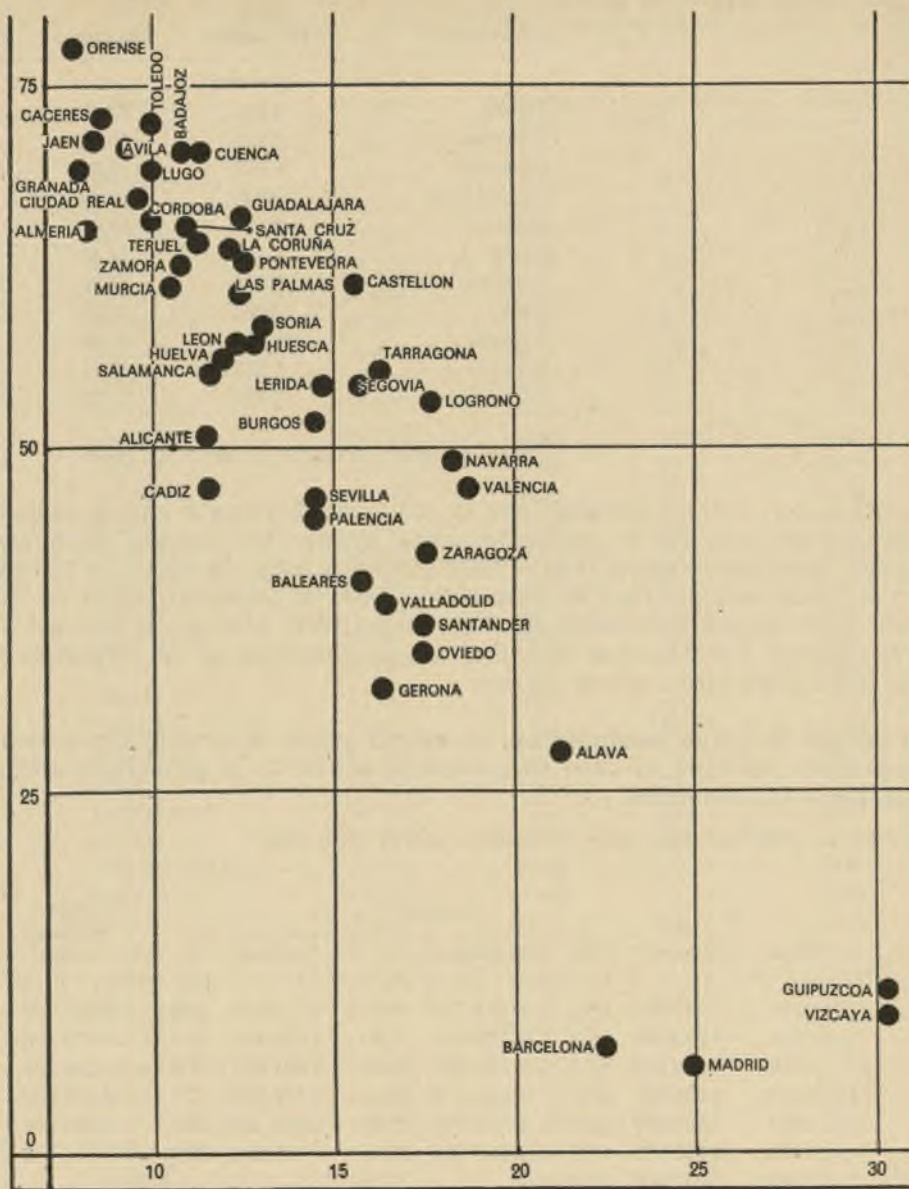
Fuente: I Congreso Sindical.

\* En 1962 el porcentaje de población activa agrícola respecto al total de la población activa era del 38,7%.

\*\* Sin incluir las mujeres en la agricultura.



% de población activa  
agraria.



Renta en miles de pesetas anuales.



Ahora bien, ese paso de trabajadores de un sector a los otros se puede hacer de diversas formas, de las cuales la más anárquica es la que sigue el sistema capitalista, forma que en España ha tomado caracteres verdaderamente dramáticos. El paso del sector agrario al industrial o al extranjero no se hace en España (no sé si merece la pena recordarlo) por ne-

% de migración sobre  
población total

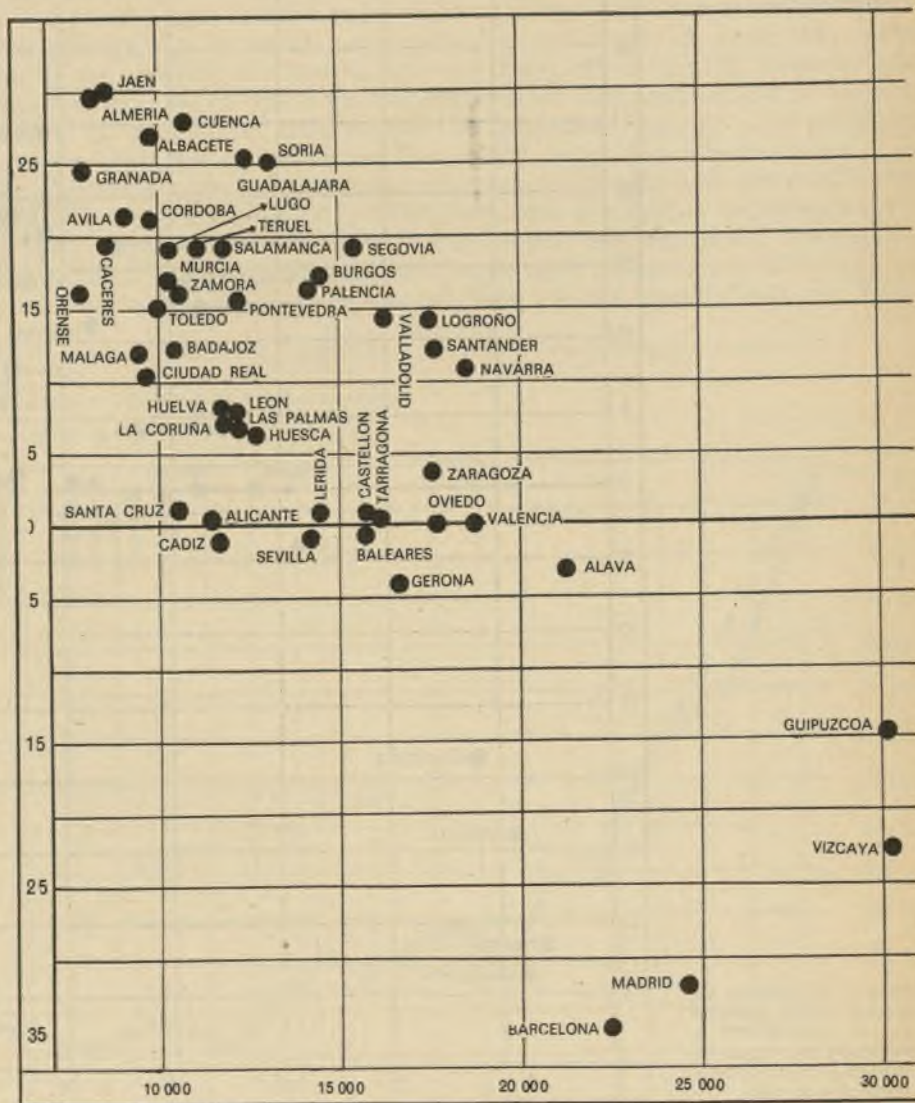


Gráfico 2. Rentas per capita (1957) y porcentajes de migrantes (1940-1960) en relación con la población de 1950.

Renta per capita.



cesidades económicas de desarrollo, consciente y ordenadamente, sino que se hace porque en las zonas agrícolas no se puede vivir y hay que marcharse dónde sea y cómo sea<sup>16</sup>. Evidentemente estos cambios de población son, entre otras cosas, signos de un efectivo

% de micración sobre  
población total

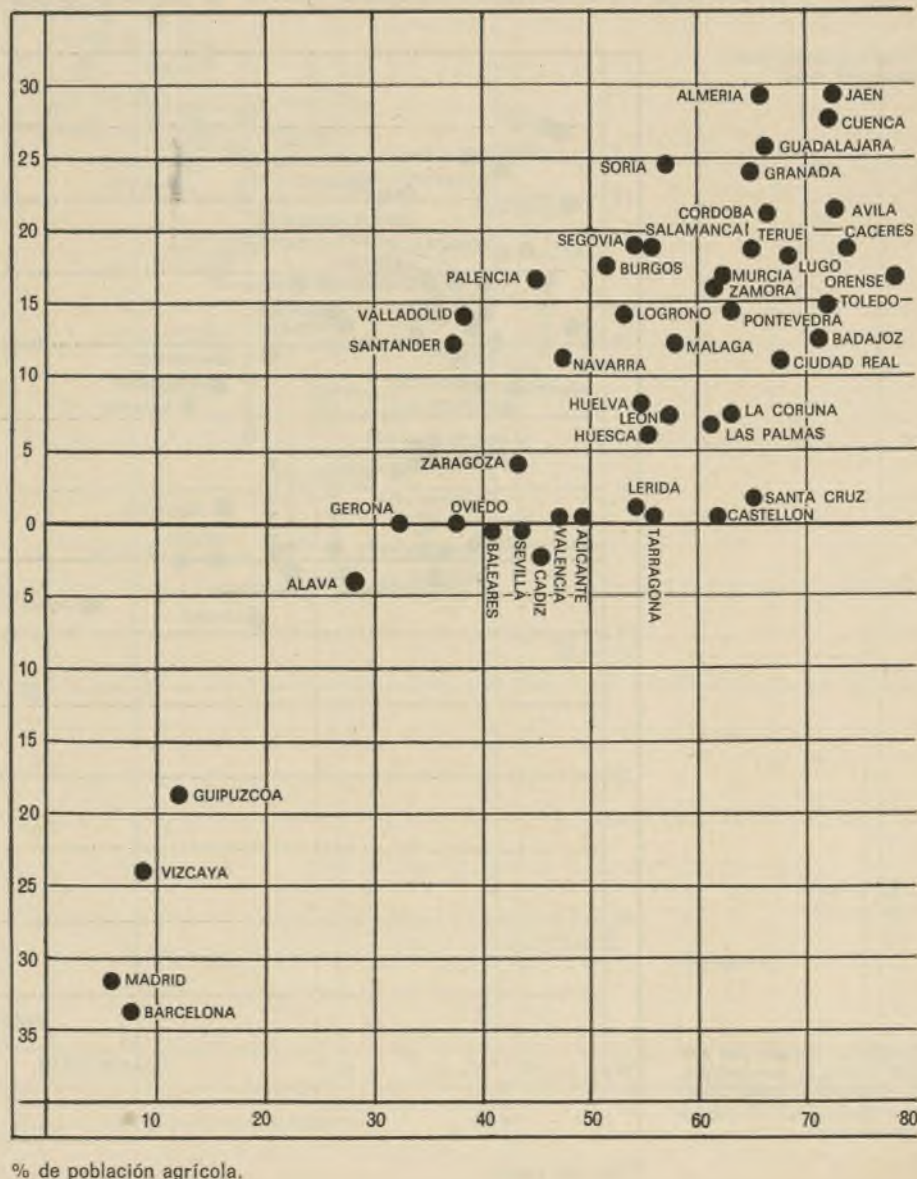


Gráfico 3. Porcentajes de población activa agrícola sobre el total (1957) y porcentajes de migrantes (1940-1960) con relación a la población de 1950.

% de población agrícola.

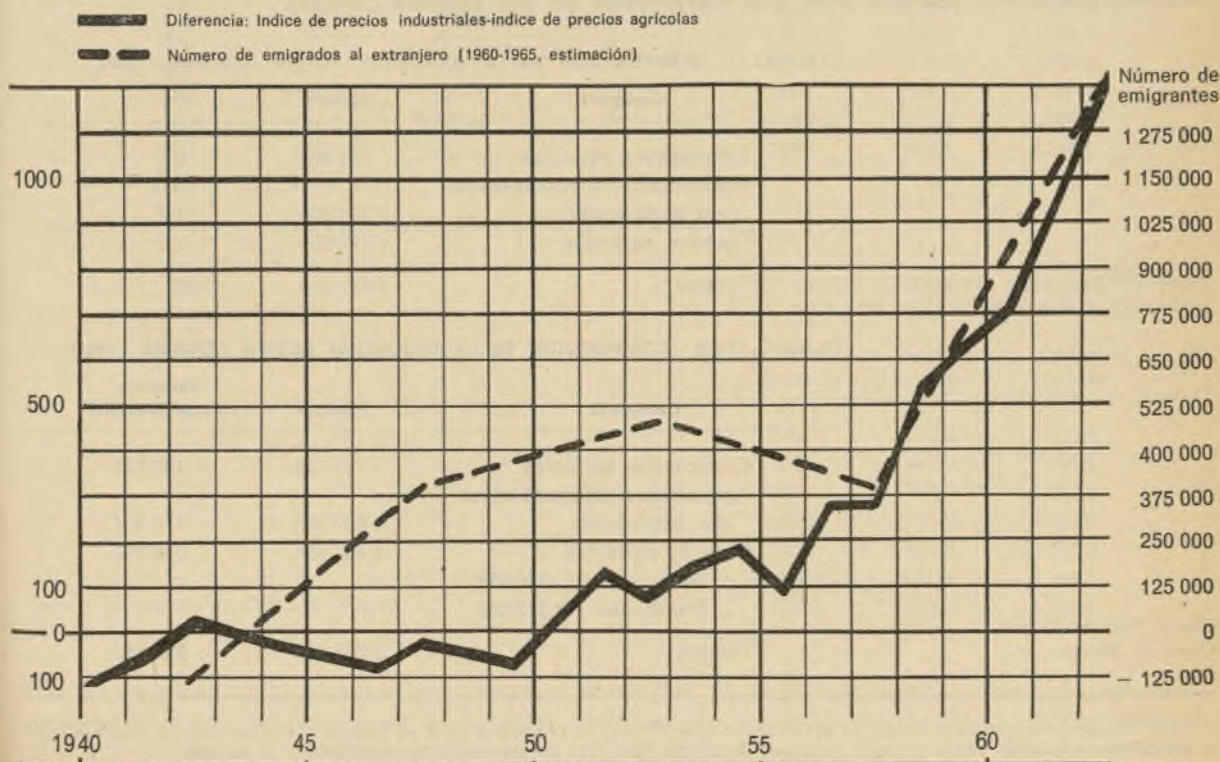


crecimiento, pero habría que conocer a cada una de las personas que cogen el tren para marchar a Francia o a Barcelona, saber de sus razones para irse, de su sufrimiento, si quisiéramos valorar un poco el coste efectivo de ese crecimiento.

La relación existente entre emigración, agricultura y renta es algo que está bastante claro, sin embargo lo intentaremos evidenciar.

En el cuadro 10 y en el gráfico 1, que le corresponde, se ve claramente que existe una correlación muy clara entre el nivel de la renta **per capita** y el porcentaje de población activa dedicada a la agricultura, así a mayor número relativo de campesinos en el conjunto provincial, corresponde una más baja renta. En el gráfico 2 aparecen relacionadas, de un lado, la renta **per capita** y de otro la emigración (porcentajes de migrados respecto a la población de 1950). Vemos en este gráfico que la correlación es clara entre las emigraciones y la renta **per capita**. De la observación de los dos gráficos se puede deducir una estrecha correlación entre porcentaje de población agrícola y migración, esta relación la recogemos en el gráfico 3. En dicho gráfico aparece efectivamente la correlación que intuimos, también vemos en él algunas excepciones, correspondiendo casi todas ellas a provincias del litoral mediterráneo, que, como es sabido, tienen un tipo de agricultura que les ha permitido ser, hasta

Gráfico 4. Relación entre la diferencia precios industriales / precios agrícolas y el número de emigrados al exterior.





cierto punto, centro de atracción de las emigraciones de otras provincias. Como veremos luego esta inmigración tiene un carácter particular, pues gran parte de los inmigrados dan en un momento posterior el segundo salto al extranjero.

Es evidente que esta corriente emigratoria, como ya indicamos, corre paralela a un cambio, más o menos profundo, en las formas de explotación agrícola. No es este el lugar para realizar el análisis de la evolución sufrida por la agricultura en estos años, pero conviene insistir en que el proceso de emigración no contradice para nada un crecimiento de las formas capitalistas de producción en la agricultura. Con el nivel técnico disponible actualmente (esté o no aplicado en España) se calcula que son suficientes 3 030 000 trabajadores agrícolas para obtener el 77 % más de producción que la obtenida en 1957 en que había casi 5 millones de trabajadores en la agricultura sin contar el trabajo de las mujeres.

Esto no quiere decir que el campo español haya tomado ya las vías de un claro desarrollo de tipo capitalista. Ni los índices de inversión ni los de producción indican eso, lo que tampoco excluye que el capital monopolista haya empezado ya esa transformación capitalista del campo y que quizá dentro de un tiempo relativamente corto se pueda hablar de una ola de verdaderas empresas agrícolas, cosa que hoy se apunta tímidamente, como podemos comprobar en la comparación de los cuadros 11 y 11 bis. Es un hecho que el proceso de emigración afecta seriamente no sólo a los trabajadores asalariados, sino también a los pequeños propietarios, como aparece más que claramente en los citados cuadros\*.

CUADRO 11. COMPOSICION DE LA POBLACION ACTIVA AGRARIA (1960).

Categoría	Número	%
Empresarios agrícolas	241 200	5,2
Agricultores independientes sin asalariados	2 397 900	51,9
Obreros agrícolas	1 977 900	42,9
Totales	4 617 000	100

Fuente: INE.

CUADRO 11 bis. COMPOSICION DE LA POBLACION ACTIVA AGRARIA (1964).

Categoría	Número	Variación respecto a 1960
Empresarios agrícolas	701 828	+ 460 628
Agricultores independientes sin asalariados	1 687 505	- 710 395
Obreros agrícolas	1 423 683	- 554 217
Fijos 310 620		
Eventuales 1 113 063		
Totales	3 782 381	- 834 619

Fuente: Estudio de las Cajas de Ahorro.

\* NDLR. Véase en el primer volumen de esta obra: Xavier Flores, *La propiedad rural en España*; Macrino Suárez, *Problemas de la agricultura española*; véase en este volumen: Antoliano Peña, *Las hermandades de labradores y su mundo*.



Efectivamente, el medio agrario se ha convertido en inhabitable para los campesinos, la presión ejercida por las sucesivas subidas de precios industriales ha hecho que el nivel de vida en el campo, tanto de forma absoluta, como relativa, se haya hecho insoportable no sólo a las capas tradicionalmente expoliadas de los trabajadores agrícolas sino que esta ola ha alcanzado necesariamente a los pequeños propietarios afectados muy seriamente, máxime si se tiene en cuenta el relativo auge que para ellos significa la época del hambre, debido a las circunstancias que en aquellos años atravesó el capitalismo español.

Intentaremos mostrar la correlación entre el nivel de emigración exterior y la diferencia alcanzada en cada momento entre los precios agrícolas y los industriales.

CUADRO 12. INDICES DE PRECIOS.

Años	Precios agrícolas	Precios industriales	Años	Precios agrícolas	Precios industriales
1936	100,0	100,0	1949	522,7	477,8
1940	198,4	168,6	1950	634,4	573,8
1941	243,7	186,8	1951	789,9	791,1
1942	256,8	216,6	1952	707,1	836,2
1943	259,5	261,9	1953	800,2	888,8
1944	270,6	268,0	1954	774,5	908,0
1945	319,2	289,7	1955	786,7	949,8
1946	406,2	333,8	1956	913,0	1 009,7
1947	479,1	401,3	1957	959,1	1 234,1
1948	479,4	453,2			

Fuente: Informe sobre la Agricultura del Partido Comunista de España (1957).

CUADRO 13. INDICE DE PRECIOS PERCIBIDOS Y PAGADOS POR LOS AGRICULTORES (1957-1963).

Años	Precios percibidos	Precios pagados
1957	100,0	100,0
1958	117,8	114,8
1959	114,4	132,5
1960	117,6	142,8
1961	121,8	151,2
1962	132,5	166,1
1963	140,3	199,0

Fuente: Estudio de las Cajas de Ahorro

De los cuadros 12 y 13 podemos obtener el cuadro 14, tomando como índice de precios pagados por los agricultores en el período 1940 a 1957 los precios industriales en su conjunto (la estimación es bastante aceptable).



CUADRO 14. INDICE DE PRECIOS PERCIBIDOS Y PAGADOS POR LOS AGRICULTORES (1940-1963).

Años	Precios percibidos	Precios pagados	Diferencia
1936	100,0	100,0	0
1940	198,4	168,6	- 30
1941	243,7	186,8	- 75
1942	256,8	216,6	- 40
1943	259,5	261,9	2
1944	270,6	268,0	- 2
1945	319,2	289,7	- 30
1946	406,2	333,8	- 73
1947	479,1	401,3	- 78
1948	479,4	453,2	- 26
1949	522,7	477,8	- 45
1950	634,9	573,8	- 66
1951	789,9	791,1	2
1952	707,1	836,2	129
1953	800,2	882,8	82
1954	774,5	908,0	134
1955	786,7	949,8	163
1956	913,0	1009,7	96
1957	959,1	1234,1	275
1958	1129,8	1416,7	287
1959	1097,2	1625,2	522
1960	1127,9	1762,3	635
1961	1168,1	1864,7	696
1962	1270,8	2159,9	889
1963	1345,6	2475,9	1130

Fuente: Estimación según se indica en el texto.

Tomando, de un lado, la emigración exterior neta (para el período 1940-1960) y, de otro, haciendo una extrapolación a partir del cuadro 7 obtenemos el gráfico 4.

La relación, aún sin estar demasiado depurado el gráfico, aparece como clara. Esto nos muestra algo que se hace evidente. El empobrecimiento continuado de los campesinos es lo que ha provocado el éxodo rural tanto a zonas de la propia España como al extranjero. Las pretendidas razones que se han querido dar de «llamada de la ciudad», «comodidades de la vida urbana», «los espectáculos», etc., no han sido más que columnas de humo hábilmente lanzadas por los «científicos de la ciencia social» al servicio del sistema. Los campesinos se van porque si se quedan corren el riesgo de morir de hambre o poco menos. Partiendo de esa única base cierta, el análisis se podría haber hecho más completo, sobre todo si tenemos en cuenta que lo único que hemos querido evidenciar completamente es la



necesidad de emigración que se les plantea a multitud de pequeños campesinos propietarios de las tierras que trabajan a causa de la coyuntura planteada por el capitalismo en su paso hacia formas históricamente más avanzadas. Haciendo entrar otros datos, como son la distribución de la tierra, el carácter de eventualidad del trabajo agrario para la mayor parte de los asalariados (ver cuadro 9 bis), el nivel de salarios y su evolución en la industria y en la agricultura, etc., hubieramos obtenido una visión completa de las causas de estos movimientos migratorios<sup>17</sup>. Esto nos llevaría demasiado espacio y creemos que con lo dicho hemos ya indicado una dirección importante. La introducción de más variables en el análisis aclararía más la cosas, pero no modificaría sensiblemente las conclusiones a las que hemos podido llegar.

Desde el punto de vista de la absorción de esta fuerza de trabajo por el capitalismo industrial. El sistema no se siente perjudicado, sino todo lo contrario, con la existencia de ese ejército de reserva. Por otra parte, al menos en el momento de la incorporación a la industria, lo normal es que el grado de conciencia proletaria sea bajo, sobre todo en los que en ese momento acaban de dejar sus propias tierras. Todo esto, naturalmente, visto a muy corto plazo.

## Conclusiones

Lo visto sobre los movimientos migratorios en España desde el final de la guerra civil, nos puede llevar a concluir:

— Que se da un éxodo masivo del campo, alcanzando en algunas zonas una amplitud desorbitada<sup>18</sup>.

— Que este éxodo es debido principalmente a la creciente deteriorización de la situación del campesino en general, agravada aún en los últimos años por las deficiencias crecientes entre los niveles de los precios industriales en relación con los agrícolas. Complicado todo ello por los seculares defectos estructurales de nuestra agricultura y la diferencia de salarios de uno y otro sector.

— Que esta emigración, si bien en un principio afectó fundamentalmente a los trabajadores asalariados, hace mella cada vez más en las capas de los pequeños propietarios, como se ve claramente en los cuadros 11 y 11 bis.

— Que este éxodo no contradice en nada, sino que viene reforzado por el crecimiento que se empieza a dar de las formas de explotación capitalistas propiamente dichas en el campo. Por otra parte, este desarrollo de las formas capitalistas, en perjuicio de las típicamente feudales, choca con numerosas dificultades, sin ser tan brillante como losregoneros del «todo va bien» pretenden ni mucho menos.

— Que esta emigración favorece el capitalismo monopolista en su aspecto industrial y en casi todos los aspectos, al menos a corto plazo: a) no deprime la demanda de bienes de equipo, sino que la favorece, siempre que provoque, como en alguna medida está ocurriendo, una efectiva mecanización del campo; b) No deprime la demanda de bienes de consumo, pues muchos de estos emigrantes —pequeños propietarios— antes eran autosuficientes en parte y ahora al pasar a la industria o al extranjero empiezan a demandar bienes que antes no demandaban —ya hemos hecho referencia al factor demanda en los emigrados al extranjero; c) La presión de ese ejército de reserva sobre los salarios industriales se hace efec-



tiva al trasladarse, sin contrato de trabajo o con él, a las zonas industriales; d) El éxodo al extranjero favorece en las circunstancias actuales, decididamente, el capitalismo español cara a una renovación del equipo.

— Que este proceso de mecanización del campo hace muy difícil, en las condiciones actuales, el planteamiento de acciones reivindicativas por parte del campesinado, al menos con las armas clásicas de la huelga.

## 4. La emigración exterior

Acabamos de construir un pequeño esquema de los movimientos migratorios refiriéndonos principalmente a los que afectan al interior. Esto, hemos dejado dicho, era fundamental para comprender el fenómeno de la emigración externa. Esta presión ejercida por los emigrantes campesinos es la que ha determinado fundamentalmente, vistas las cosas desde dentro, el que nuestra emigración exterior haya sido tan grande. Sin embargo, nunca hubiera alcanzado las proporciones actuales si no hubiera sido porque el capitalismo nacional vio en ella un filón apreciable. Las ideas que el régimen traía al final de la guerra eran muy distintas a las actuales en lo que a emigración se refiere. Las necesidades del capitalismo monopolista nacional hicieron variar fundamentalmente éstas. Un estudio sobre la legislación de la emigración y su evolución en estos años nos da una idea clara del **pensamiento** del régimen sobre la materia. **Pensamiento** que coincide en cada momento con las necesidades del capitalismo monopolista. No es de extrañar por lo tanto que haya sido a partir del Plan de Estabilización cuando las facilidades para emigrar aumentaron prodigiosamente. Precisamente es el momento en que el capitalismo español menos retardatario, es decir, el monopolista se plantea la necesidad de una renovación de capital, sin deprimir la demanda efectiva, hay que convenir en que la solución de la emigración para nuestros trabajadores no es ninguna tontería desde su punto de vista. Una vez más el sistema encuentra la solución para cargar sobre las espaldas de los trabajadores toda suerte de dificultades en las que él se encuentra.

Hemos dado antes una visión global de la evolución de esta emigración exterior a la vez que dábamos unas razones generales de ella, desde el punto de vista de los países a donde se dirigía. Veamos ahora la estructura de esa emigración desde el punto de vista español.

### ¿Quiénes son los que emigran?

El 74,3 % de nuestra emigración entre 1946 y 1963 se nutrió de población activa<sup>19</sup>. Sólo entre 1959 y 1963 emigró el 1,3 % de la población activa de España. Que ocurra esto es lógico puesto que la mayor parte de los que emigran lo hacen para trabajar y, por otro lado, las dificultades para emigrar con la familia suelen ser grandes, no sólo desde el punto de vista legal, sino, sobre todo, debido a una causa económica. Con lo que se gana en un país europeo, trabajando solamente el cabeza de familia, da para vivir toda la familia en España mejor de lo que vivirían si toda la familia se encontrara fuera. Sin embargo, lo que se suele hacer



es salir a trabajar fuera toda la familia, sobre todo cuando la edad de los hijos lo permite. Además del desperdicio normal de fuerzas productivas que todo capitalismo lleva consigo, al capitalismo español hay que cargarle en la cuenta esta pérdida de la emigración. En un país como España, en que la población activa no era más que el 38,1 % del total de la población en 1963, frente al 47,9 % de Alemania o el 42,1 % de Francia, la pérdida de esta apreciable capacidad de producción no tiene ninguna justificación, se mire desde donde se mire. De los emigrados a Europa entre 1959 y 1960 eran hombres el 86,5 %, siendo el único país con saldo favorable de mujeres el Reino Unido en donde nuestra emigración se ha canalizado preferentemente hacia el servicio doméstico.

En cuanto a las edades, se puede ver cómo la emigración recoge un efecto selectivo. Puesto que la población activa se da solamente entre unos límites de edad, al ser la emigración fundamentalmente de población activa, está a su vez nutrida por personas en una determinada edad preferentemente. Esto es mucho más apreciable en la emigración que se ha dirigido a Europa.

CUADRO 15. EMIGRACION EXTERIOR CLASIFICADA POR GRUPOS DE EDADES 1946-1963.

Grupos de edad	Transoceánica %	Europa %
Menos de 15	15,85	0,32
15-25	20,86	25,52
25-55	56,24	73,73
Más de 55	7,05	0,43
	100	100

Fuente: Ministerio de Trabajo.

Hay que tener en cuenta que muchas personas de las que salen y que en España pertenecían a la población considerada como inactiva, cuando han emigrado se han puesto a trabajar como asalariadas. Este es el caso de muchas de las esposas de trabajadores. Todo lo cual nos lleva a concluir que, con respecto a Europa, nuestra emigración es casi totalmente del sector activo. En Suiza y en Alemania las dificultades para el traslado de la familia son enormes. Lo que desea el capitalismo europeo es, pura y simplemente, fuerza de trabajo barata, al menos mientras no se le planteen dificultades serias de superproducción en artículos de consumo. Para Alemania, Austria y Países Bajos desde 1959 no ha salido ninguna persona menor de 15 años, para Suiza salieron 3.

En lo referente al estado civil de los emigrantes no podemos aventurar nada, sin embargo si tomamos como muestra significativa la emigración a Francia (sólo hay estadísticas sobre ello en este país) concluimos con que el número de casados es mayor.

Este fenómeno, en gran parte, es debido, no sólo al mayor apuro económico del casado, sino a que muchas veces la mujer emigra para trabajar ella también lo cual hace que ellas incrementen el capítulo de «casados».

La composición de esa población activa se ve claramente en el siguiente cuadro.



CUADRO 16. CLASIFICACION DE LOS EMIGRANTES EN FRANCIA (1959-1962) POR ESTADO CIVIL. (Porcentajes)

Año	Solteros %	Casados %	Viudos %
1959	34,67	64,47	0,86
1960	35,34	63,91	0,75
1961	42,48	55,37	2,15
1962	40,27	58,16	1,57

Fuente: Ministerio de Trabajo.

CUADRO 17. CLASIFICACION PROFESIONAL DE LA EMIGRACION EXTERIOR ESPAÑOLA (1946-1963).

(Porcentajes)

Grupos	Ultramar %	Europa %
Personal directivo	3,48	0,04
Empleados	13,34	0,14
Obreros industriales y calificados	41,03	35,88
Trabajadores del campo	35,53	59,49
Miñeros y canteros	0,20	2,34
Servicios diversos	4,55	1,76
Mal especificados	1,87	0,35
	100	100

Fuente: Ministerio de Trabajo.

La mayor parte de los trabajadores que emigran lo son del campo, sobre todo en lo referente a Europa. Que sean trabajadores del campo es bien lógico, en cuanto que la emigración a Europa ha canalizado más porcentaje de ese tipo de emigrantes, porque la emigración a Latinoamérica se hizo selectiva a partir del final de la guerra mundial. A pesar, de todo, el porcentaje de trabajadores del campo está muy subestimado en el cuadro debido a que en nuestra emigración se pueden distinguir claramente dos corrientes. Una corriente va directamente de las zonas agrícolas al extranjero, pero hay otra corriente importante que pasa por los núcleos industriales, si bien estos emigrantes que parten en última instancia de las ciudades industriales y como trabajadores de la industria son de reciente extracción campesina. Esto se puede deducir del siguiente cuadro.

La existencia de esas dos corrientes queda bien patente si se tiene en cuenta la importancia grande que tienen Madrid y Barcelona en nuestro saldo emigratorio. Esta segunda corriente de emigración, que, como hemos dicho, va de las zonas industriales o de las zonas agrícolas



CUADRO 18. EMIGRACION EXTERIOR POR CONJUNTOS REGIONALES (1946-1962).

(Porcentajes)

Conjuntos regionales	Transoceánica %	Europa %
Galicia	44,32	4,74
Andalucía	5,92	25,72
Levante	3,14	28,81
Canarias	13,35	0,03
Provincias costeras catalanas	9,06	8,41
Región cantábrica	9,53	2,92
Castilla la Nueva	6,01	9,95
Castilla la Vieja	4,46	8,63
Depresión del Ebro	2,52	8,08
Extremadura	0,25	2,38
Baleares	1,12	0,14
Plazas de soberanía	0,32	0,19
Total	100	100

Fuente: Ministerio de Trabajo.

desarrolladas al extranjero, no contradice en nada la tesis sostenida sobre la extracción agrícola de nuestra emigración exterior. Como acabamos de indicar la mayor parte de los emigrantes de las zonas industriales no son sino campesinos emigrados previamente del campo a la industria. El campesinado español surge de peonaje a la industria por unos sueldos míseros de subsistencia al más bajo nivel y a la menor ocasión se marcha al extranjero; esto se ve reforzado porque el hecho de la emigración es más fácil desde una ciudad industrial que desde el campo.

### ¿A dónde se emigra?

La emigración a Latinoamérica está sostenida por dos clases de regiones: los grandes núcleos urbanos y el norte (sobre todo Galicia) con Canarias. A grandes rasgos, podemos justificar esta tendencia por dos motivos. Uno de ellos es la persistencia de una emigración de antes de la guerra civil. Ya hemos señalado que una gran parte de esta emigración se ha hecho a base de cartas de llamada, lo cual explica esa persistencia regional. El otro motivo es, que estas regiones (el norte y Canarias) presentan un tipo de explotación agraria extremadamente pequeño lo que secularmente ha sido motivo de emigración. Dando esa pequeña explotación la capacidad económica para pagarse tan costosos viajes. En Santander, por ejemplo, el tipo de explotación y el desarrollo ganadero ha dado un tipo de emigrante muy característico, aun considerando solamente la emigración hacia otros lugares de España. Frente a esta concentración de la emigración a Latinoamérica existe una generalización de



la emigración a Europa. A pesar de esta generalización, que ya hemos indicado, es necesario decir que son Andalucía y Levante los que dan el mayor número de emigrantes. El caso de Andalucía es característico y entra dentro del cuadro general que sobre los movimientos migratorios hemos trazado, sin embargo se ve como necesario explicar el caso de Levante que no es tan típico. La primera causa de esta emigración reside en la forma que reviste: la emigración que sale del Levante español es fundamentalmente de temporada. Aquí, en Levante, se da el típico salto en dos veces de que hablamos antes. La inmigración anterior hacia estas huertas se ha convertido en posterior emigración a Europa. Esta previa inmigración hace que Valencia, por ejemplo, pese a tener una intensidad de explotación agraria grande, no sea de las primeras en renta **per capita** agrícola, estando por delante: Tarragona, Barcelona, Navarra, Guipúzcoa, etc., es un índice de que en la agricultura de esta región los salarios no son excesivamente grandes, de ahí que la emigración por temporadas a Francia constituya una buena salida de emergencia. Fue precisamente a Francia a donde se dirigieron el 86,9 % de los emigrantes que salieron de Valencia entre el año 1961 y el 1963. En cambio, sólo marcharon a Alemania el 3,8 % de ellos. Francia absorbe también la mayor parte de la emigración en toda la región levantina, así marcharon hacia este país el 87 % de los emigrantes de Castellón y el 90,5 % de los de Alicante. También la dimensión de las empresas industriales de la región —demasiado pequeñas para ser económicas— ha hecho que una parte de los obreros, incluso cualificados, haya salido también.

A propósito de la emigración a Latinoamérica, diremos que en estos años sólo ha tenido lugar regularmente hacia Argentina, Venezuela y Brasil. El siguiente cuadro da una visión global de nuestra emigración transoceánica.

La causa fundamental de que sea Argentina el país principal de nuestra emigración transoceánica reside en el convenio suscrito por el gobierno de Franco y el de Perón en 1948 que daba abundantes facilidades a la emigración hacia ese país, así en 1950 emigraron a Argentina 38 758 españoles. Posteriormente, nuestra emigración americana se orienta hacia Venezuela y Brasil, sobre todo hacia el primero de ellos. En los últimos años, 1961 a 1963, la corriente emigratoria hacia América ha disminuido aún más.

La mínima importancia que tienen los Estados Unidos y Canadá dentro de la emigración transoceánica tiene su causa en la restricción que llevan a cabo dichos países. En Estados Unidos la cuota de inmigrantes españoles era hasta hace poco de 250 al año, últimamente se elevó a 1 840 inmigrantes anuales. En Canadá las dificultades son parecidas existiendo allí la emigración selectiva racial, sin embargo este país es relativamente más abierto que Estados Unidos en la actualidad para los españoles.

Australia aparece como fenómeno nuevo. Se trata, esta emigración, de operaciones acordadas entre el gobierno australiano y el Instituto Nacional de Emigración. Aun procediendo, en su mayor parte, de zonas rurales los emigrantes no tenían como único destino el campo australiano, sino que muchos de ellos fueron a la industria, además de grupos enteros de muchachas de servicio.

Pasemos ahora a Europa. Las causas generales de nuestra creciente emigración a Europa ya las hemos dado más atrás; se encuentran inscritas en el auge largo que el ciclo ha tenido en estos últimos años y a la necesidad subsiguiente de crearse artificialmente un ejército de reserva, lo suficientemente eficaz como para que en ningún momento peligrase la expansión capitalista. Ante este hecho, la demanda de fuerza de trabajo se dirigió a los países vecinos atrasados, que más fácilmente la podían suministrar. Este momento coincidió, en lo que a



CUADRO 19. PAISES DE DESTINO DE LA EMIGRACION TRANSOCEANICA (1946-1963).

Países	Número	%
Argentina	262 376	35,72
Venezuela	237 758	32,36
Brasil	119 466	16,26
Uruguay	46 642	6,35
Cuba	20 974	2,85
Australia	7 877	1,07
Méjico	7 718	1,05
Colombia	7 571	1,02
República Dominicana	6 169	0,83
Estados Unidos	5 199	—
Chile	2 915	—
Peru	2 652	—
Antillas	2 120	—
Panamá	1 781	—
Canadá	1 001	—
Puerto Rico	793	—
Ecuador	782	—
Paraguay	392	—
Costa Rica	114	—
Salvador	67	—
Guatemala	57	—

Fuente: I. García Fernández, *La emigración exterior española*.

España se refiere, con una creciente presión económica sobre el medio agrícola que le hacía despoblarse a gran velocidad a la vez que se mecanizaba, en alguna medida, el campo. Todo lo cual incrementó de forma notable el ejército de reserva interior, con lo que, el capitalismo monopolista español se colocó en disposición de alquilar parte de ese ejército a otros países, todo ello, naturalmente, en su beneficio porque se le plantea, llegado el momento, la necesidad, para subsistir, de una modernización de su equipo. Pero ello depende, en una gran medida, de las disponibilidades de divisas. La salida de obreros al extranjero, sobre todo si sus familias quedan dentro, facilita enormemente la adquisición de ese equipo por medio de las remesas de los emigrantes. Aquí es donde hay que encuadrar las facilidades que el gobierno ha dado a los emigrantes para que se marcharan, así como también, hay que ver en este contexto los tratados del gobierno con la mayor parte de los países europeos, «la emigración asistida».

Se calcula que de los españoles que salieron en dirección a Europa en los últimos años el 65 % se dirigió a Francia, el 20 % a la República Federal Alemana, el 12 % a Suiza y el 1,5 % a los Países Bajos<sup>20</sup>. Esto se explica en el contexto anterior; es decir, son Francia y Alemania los países en donde la necesidad de fuerza de trabajo se le ha agudizado más al capitalismo, unido esto, en lo que a Francia se refiere, a un descenso de la natalidad en los años anteriores a la segunda guerra mundial y al drenaje, por la llamada a filas, durante la guerra de Ar-



gelia. Hay que señalar un hecho curioso al respecto de la emigración a este país. Francia ha procurado en todo momento que las familias de los emigrantes se reunieran con ellos, es reveladora al respecto la insistencia de las autoridades francesas en lo de « la integración social ». Esto es debido a que el capitalismo francés prefiere plantearse algunos problemas de asistencia social antes que perder una importante parte de su demanda efectiva. Ante la gran cantidad de trabajadores extranjeros que hay en Francia (el número más importante es el de italianos) es muy interesante para el capitalismo francés, mantener una tensión suficiente, en la demanda de bienes de consumo.

El proceso creciente de nuestra emigración a Francia, así como la composición de la misma, se recoge en el siguiente cuadro.



Dibujo de Ges

CUADRO 20. EMIGRACION ESPANOLA A FRANCIA (1949-1962).

Años	Trabajadores permanentes	Trabajadores temporales	Familias	Personal
1949	—	—	281	563
1950	650	—	820	1 592
1951	804	—	667	1 240
1952	1 646	—	575	1 113
1953	1 681	35	400	872
1954	1 541	1 126	275	579
1955	2 204	2 880	212	418
1956	8 823	8 946	248	592
1957 *	23 096	15 086	481	1 370
1958	22 698	18 405	689	1 942
1959	14 716	21 844	657	1 861
1960	21 413	69 150	4 099	9 080
1961	29 623	66 400	9 171	20 882
1962	63 535	74 366	11 568	26 048
Totales	202 430	278 238	30 143	68 152

Fuente: Office National d'Immigration.

\* Toma de contacto del Office National d'Immigration con el gobierno español.

Es muy importante, respecto a Francia, el carácter de la emigración de temporada. Entrando dentro de este capítulo tanto los que marchan a la vendimia al Languedoc, como los remolacheros y arrozeros. Los que van a vendimiar suelen volver con unas 11 000 pesetas ahorradas, los trabajadores de los arrozales ahorrán de 10 000 a 12 000 y los que salen a la escarada de la remolacha entre 6 000 y 9 000 cuando van por tres meses y de 20 000 a 29 000



cuando el contrato es de siete meses. Los sacrificios que para ello hacen son verdaderamente enormes llegando la mayor parte de ellos a cobrar la comida, que normalmente dan los patrones, para comer, o mejor dicho malcomer, por su cuenta, todo lo cual les lleva a un alto grado de desnutrición.

A partir del año 1960 —una vez pasado el bache estabilizador francés de 1958— la emigración española de obreros industriales a este país creció de forma muy sensible. Los españoles han pasado a ser el grupo extranjero que proporciona cada año la aportación más importante al capitalismo francés y al paso actual llegarán a ser la primera minoría en el país. (Todavía actualmente, como ya indicamos, son los italianos).

Nuestra emigración a Alemania, que pese a ser muy amplia, no alcanza ni con mucho la emigración francesa<sup>21</sup>, tiene unas causas generales parecidas, agudizadas, si cabe, por ser Alemania el centro de donde parten tanto el auge como la depresión en una especie de círculos concéntricos. Por otra parte la natalidad alemana bajó considerablemente en los años postbélicos, lo cual no hace más que agudizar la necesidad de importar fuerza de trabajo para sostener el auge.

Ya antes de 1960 existían en España oficinas de colocación alemanas, pero la emigración subirá de forma abrumadora a partir del acuerdo hispanoalemán de marzo de 1960.

La vuelta de parte de los emigrados italianos a su país en estos años —ya indicamos este fenómeno general— no es ajena al incremento de los españoles que emigran a Alemania. Los españoles suponían en 1962 el 13,3 % del total de obreros extranjeros en Alemania.

El tercer país en importancia es Suiza. Oficialmente la emigración a este país no se inició hasta 1961, fecha en la que se firmó un tratado hispanosuízo a este respecto. Las asociaciones patronales suizas han tramitado desde entonces sus ofertas de trabajo a través del Instituto Nacional de Emigración. Los contratos tramitados en 1961 fueron 4470 y en 1963 eran ya 19052. Suiza es, a pesar de todo, el país en que la emigración clandestina española es relativamente más alta. Se calcula que el 61,7 % de la emigración real española a ese país es clandestina.

Nuestra emigración a Holanda ha revestido una corriente mucho menor. Por los conductos oficiales sólo han marchado 7500 personas desde 1960. La emigración clandestina hasta el año 1964 no parece muy importante en este caso.

Finalmente en cuanto a Bélgica, la emigración española se inició en 1956 de forma importante con motivo de los accidentes que costaron la vida a varios mineros italianos. La reacción del gobierno italiano fue prohibir la salida de más trabajadores de ese tipo para Bélgica. Los empresarios belgas se dirigieron hacia España, Portugal y Grecia. Se llegó, naturalmente, a un rápido acuerdo entre dichos empresarios y los respectivos «salvadores de Occidente». Claro que esta vez en España se excedieron en su celo, permitiendo que los empresarios belgas contratasen obreros especializados entre los mineros asturianos. Los empresarios españoles llamaron al orden inmediatamente a sus perros guardianes y al momento se cortó la salida de obreros cualificados. Todo ello, claro está, para el mayor bien de **la economía nacional**. En 1957 se contrataron para Bélgica 2813 trabajadores, de los cuales sólo fueron mineros propiamente dichos 120.

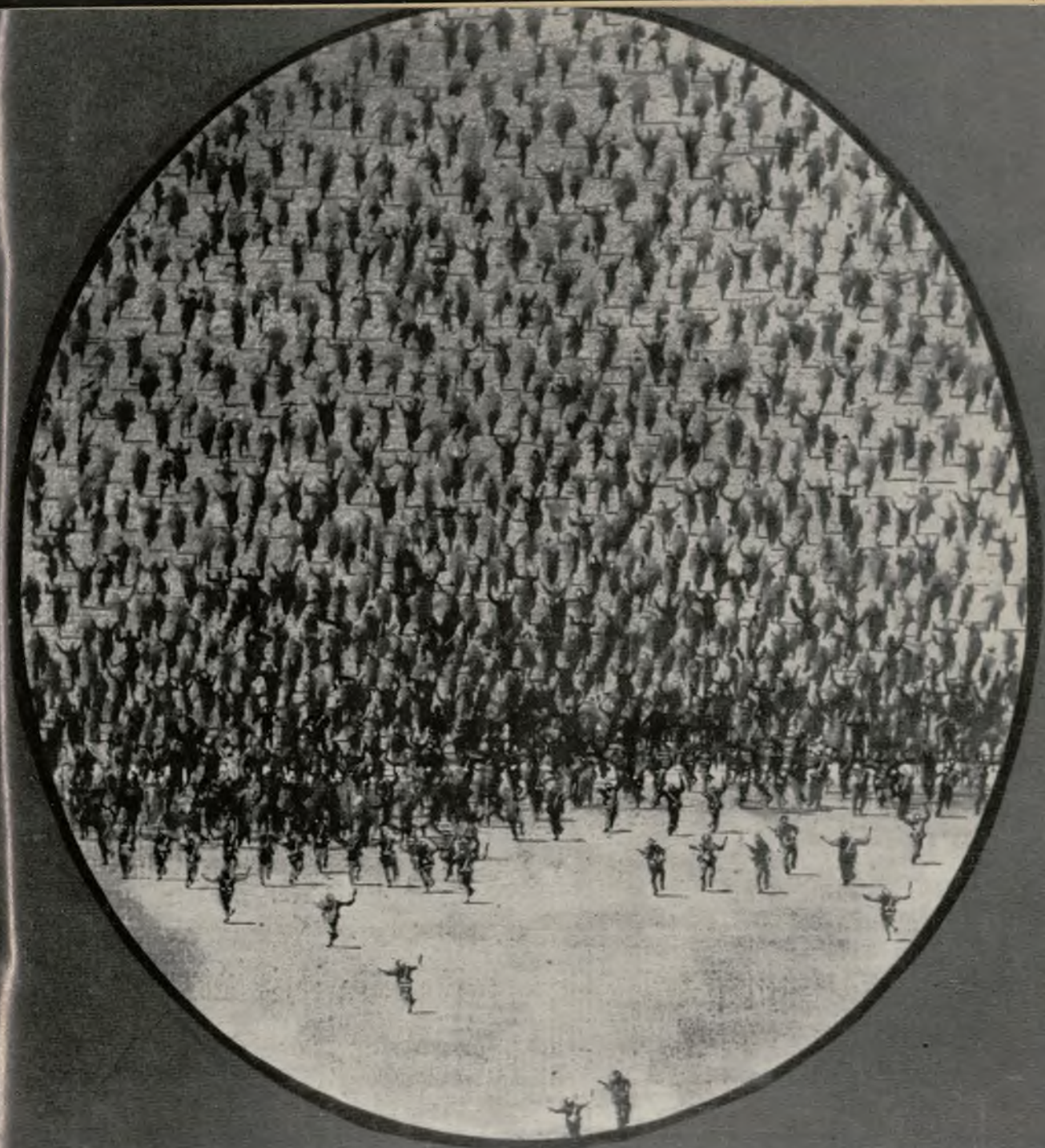
Las dificultades de la minería, a escala de capitalismo mundial, hicieron que en 1958 empezara el cierre de las minas de baja productividad en Bélgica. Los mineros vieron repetirse hechos que ya conocían de España y surgieron los conflictos con la patronal. Se detuvo la corriente emigratoria durante un tiempo, volviéndose a reanudar en 1962<sup>22</sup>.



## NOTAS

1. Para una interesante visión del tema ver: « L'immigration en France » de G. Marchais, *Cahiers du communisme*, Noviembre de 1965.  
El tema no es nuevo y en los congresos obreros aparece desde 1907 en que se debatió durante el Congreso Internacional Socialista de Stuttgart. Generalmente no se ha llegado a ningún acuerdo debido a lo espinoso del tema. Complicado el hecho de la competencia con la difícil integración de los obreros emigrados en la lucha — al menos en los tiempos pasados —. En el citado congreso un representante de los obreros Estados Unidos, refiriéndose a los chinos y japoneses decía: « no hemos podido organizarlos e integrarles en nuestra lucha ». Para comprender la trayectoria del problema y sus interesantes variaciones ver: « Etudes européennes de population », INED, 1954.
2. Un trabajo fundamental para estos cálculos ha sido el de A. García Barbancho: « Los movimientos migratorios en España », *Revista de Estudios agrosociales*, números 37 y 43.
3. Hemos tenido muy en cuenta al redactar este trabajo el libro de Jesús García Fernández, *La migración exterior de España*, Ariel, 1965.
4. Más tarde haremos referencia a la conyuntura agrícola de esta etapa. Veremos cómo el nivel de precios agrícolas, en este período (1940-1945), iba por delante de los industriales.
5. A. García Barbancho, *op. cit.*
6. Téngase en cuenta que sólo se incluye la emigración bruta para ambas emigraciones: continental y transoceánica. Como índice de cambio de dirección es más que suficiente, puesto que la inmigración en estos años fue más fuerte en los que provenían de Latinoamérica.
7. A Treviño, « La emigración como problema... », citado por J. Garda Fernández, *op. cit.*
8. Existen declaraciones oficiales en este sentido.
9. Ernest Mandel: « El apogeo del neocapitalismo y su porvenir », *Les Temps Modernes*, agosto-septiembre del 1964.
10. J. G. Fernández, *op. cit.*
11. E. Mandel, *op. cit.*
12. *Le Monde*, 1 de abril de 1966.
13. J. G. Fernández, *op. cit.*
14. La Dirección General de Empleo da como emigración interior bruta las cifras de 327 276 para 1957 y 319 852 para 1958. El anuario estadístico da para 1964 la cifra de 948 203 emigrados al interior de España. Todo ello nos hace ver como subestimada la cifra de José Ros-Jimeno que da 2 600 000 emigrados en el interior entre 1940 y 1960.  
Creemos que nos acercamos bastante a la realidad, si estimamos que entre 1940 y 1965 la emigración interior alcanzó, por lo menos, 4 millones de personas.  
A éstos habrá que sumar, al menos, un millón de los tres millones y medio de españoles que se encuentran en el extranjero (*La Vanguardia*, 29 de noviembre de 1963), puesto que la mayoría al retornar a España no volverán al campo de donde provienen.
15. Cuando el desarrollo capitalista alcanza la etapa monopolista, los llamados servicios — trabajo en gran medida improductivo — adquieren una gran importancia debido al mecanismo de los monopolios. No tiene que ocurrir lo mismo en un desarrollo no capitalista.
16. « En la actualidad, las causas por las cuales emigra la generalidad, por no decir todos los españoles, es casi única y exclusivamente lo mal pagada que está la mano de obra en España.  
... No es que el productor abandone con gusto su país... lo que sucede es que en su patria no puede vivir la mayoría de las veces con el mínimo decoro de hombre que trabaja y produce, su salario, es más que insuficiente, o los precios prohibitivos, la desigualdad laboral muy grande y presencia una continua carrera de precios jamás alcanzada por la de salarios », p. 225 de *Cuadernos de estudio de la Delegación Nacional de Organizaciones*, A. Treviño. El decir esto en una publicación del Movimiento no deja de constituir un trágico cinismo a más de 25 años de iniciada **gloriosamente** la revolución nacional-sindicalista. Pero por ello no deja de ser cierto y corrobora lo que acabamos de exponer en el texto.
17. Téngase en cuenta que el saldo de inmigrantes no está estimado para el período 1960-1965.
18. En un libro titulado **Así es España** editado por el Instituto Nacional de Estadística, nuestros pretendidos « técnicos » no tienen recato al mentir descaradamente. Así se puede leer: « La industrialización de España, que desde 1940, se opera a un ritmo más acelerado que el incremento de la población, produce el doble beneficio de absorber de modo gradual este incremento y de facilitar el necesario aumento de la población... Por la misma razón en sus provincias (las de España) no es problema grave el absentismo, puesto que crecen las ciudades **sin despoblarse el campo**, España puede llegar a ser una potente nación industrial sin dejar de ser un país agrícola ».  
Cuando es necesario nuestros organismos oficiales dicen lo que haya que decir. El prestigioso Instituto Nacional de Estadística asegura que **... sin despoblarse el campo**; esto es rigurosamente falso, como acabamos de ver en cifras dadas por el propio Instituto. Si es necesario el INE no duda en falsificar las cifras mismas — no ya la literatura tejida a su alrededor —; esto ha ocurrido no hace mucho con los índices del coste de vida de 1965. **La ciencia no tiene ideología**. Hay ya pocos perros que traguén ese hueso, ley de oro de la tecnocracia.
19. J. G. Fernández, *op. cit.*
20. La cifra para Francia está hinchada con respecto a la de Alemania, pues contiene el número de emigrantes por temporada, mientras que de Alemania contiene sólo el número de emigrantes con contrato de trabajo, al menos por un año. J. G. Fernández, *op. cit.*
21. La emigración clandestina a Alemania es mucho más pequeña que a Francia.
22. Existe un amplio trabajo sobre este tema: **La emigración española a Bélgica en los últimos años**, de E. G. Manrique.





Ayuntamiento de Madrid



**Nueva realidad: nueva prensa**

En la página anterior:  
Genovés: **La fuga**



# Nueva realidad: nueva prensa

JUAN CLARIDAD

## El neocapitalismo tiene prisa

Cuando se anunció la entrada en vigor de la «Ley de Prensa» la izquierda intelectual española se vio forzada una vez más a escudar el desajuste entre su análisis —muy a menudo abstracto y generalizador— y las condiciones reales en que desarrolla su acción, tras una confortable y ya habitual postura escéptica: «Todo seguirá igual... No ha habido cambio de estructuras, luego las cosas están donde estaban. La naturaleza del poder no se ha modificado y en consecuencia la libertad de prensa no será más que una burda ficción...»

Ciertamente, las estructuras no han experimentado ninguna transformación. Ciertamente, el poder continúa en las mismas manos. Pero uno se pregunta por las razones de que tantos hombres alerta, cuyo método esencial debe consistir en «el análisis concreto de cada situación concreta», desdénen alegremente la consideración de los condicionamientos que han determinado en el seno del Régimen la necesidad de establecer esta ley, al margen de la que podíamos denominar en lenguaje publicitario «operación-prestigio» que también, sin duda, configura en medida importante al fenómeno. Tales razones se inscriben, creo yo, en un esquema apriorístico que desconoce adrede la situación del proceso socio-económico español para justificar el mantenimiento de una línea política en desacuerdo con los hechos. El objeto de nuestra rápida crítica no es solamente la estrategia de un grupo concreto: todas las fuerzas de la izquierda merecen, en general, el reproche\*.

Porque, aparte de la repercusión en la práctica lograda por la aplicación de la ley a partir del 9 abril —repercusión profunda que luego estudiaremos— resulta indispensable analizar la apertura de esta nueva etapa fraguista como síntoma, como expresión de una exigencia planteada por un amplio sector de la clase dominante y como satisfacción de una reivindicación largamente acariciada por vastas zonas de la pequeña burguesía. No hay que omitir tampoco la importancia que en este orden ha representado la acción de la izquierda intelectual opuesta al Régimen, factor, sin discusión, también determinante. La suma de estos condicionamientos confluyentes ha forzado a las viejas estructuras a ceder terreno en uno de sus frentes más débiles. Más adelante veremos donde han restablecido sus líneas defensivas.

---

\* NDLR. Véase en este volumen: Jorge Semprún, *La oposición política en España*; Xavier Flores, *El exilio y España*; Antonio Linares, *Las ideologías y el sistema de enseñanza en España*.



Aclaremos enseguida esta coincidencia de condicionantes. En su «despegue» —utilizamos el término en su acepción primera, sin carga ideológica alguna— el capital monopolista español tiende a favorecer, en beneficio propio, la aceleración de un vasto proceso de integración que pretende abarcar a las diversas capas y clases que componen la sociedad: concretamente, se siente interesado en la reapertura de la lucha de clases en su sentido más tradicional. A través de la lucha de clases, aquella buscada integración se produciría —hablo desde los supuestos del gran capital— bien por la sumisión de la empresa independiente —incapaz de resistir los efectos de los conflictos laborales— bien por la destrucción pura y simple de la pequeña empresa. En cuanto al proletariado, el neocapitalismo aspañol acaricia la idea de acorralarlo en la lucha económica, lo cual eliminaría la pequeña competencia representada por las empresas antes aludidas y crearía condiciones para lograr la alienación de la clase obrera en la llamada «sociedad del bienestar», cortando de raíz sus aspiraciones políticas. La reclamación de la libertad sindical insistentemente planteada por las empresas más poderosas confirma esta hipótesis. El proceso en cuestión, que podríamos denominar «germanización», incluiría varias fases, una de las cuales residiría en la devolución al pueblo de ciertas libertades, que implícitamente iría encaminada a disolver de modo progresivo al rígido aparato falangista. La operación no es, sin embargo, tan transparente como la presentamos: entran en juego factores ideológicos y sentimentales, intereses particulares, temores y recuerdos, además de los condicionantes aludidos. Tampoco puede entenderse como fatal la aceptación por parte del proletariado español del campo elegido por el neocapitalismo para centrar la lucha. Por el contrario, la entrada en la liza de tantos determinantes la problematiza de tal modo que a la clase obrera le caben multitud de posibilidades de rehuir los persuasivos cantos de sirena de la «sociedad de la abundancia» si su vanguardia toma plena conciencia de la situación. Pero hoy sólo nos limitaremos a dar referencia de este interesante tema\*.

El caso concreto que nos ocupa, la «libertad de prensa», se inserta en esta perspectiva apresuradamente descrita. En virtud de tal libertad la sociedad española aparecerá —como el corto periodo que la ley lleva en vigor ha demostrado ya— no como un todo amorfo, sin sensibilidad pública, sin inquietudes ni aspiraciones, sino como lo que realmente es: un conjunto de clases, capas y grupos en permanente conflicto, que exigen implícitamente la institucionalización de las tensiones y que prueban, en su dialéctica, la ineficacia de los cauces actuales, la esclerosis del aparato fascista, las insuficiencias del Estado. Ello es obvio para el que haya seguido con cierta atención los avatares de la recién estrenada libertad. Claramente se observa que aquellos periódicos que han manifestado una mayor agresividad crítica son los adscritos a grupos de presión que defienden un neocapitalismo puro, libre de residuos «verticalistas» o fascistas. Ya, por ejemplo, ha planteado con singular intensidad la necesidad de una reforma sindical, de una transformación de las estructuras del SEU, de un intercambio mayor, en todos los niveles, con los países socialistas, **ABC** ha defendido con vigor una restauración de la monarquía liberal, aunque muchas veces disfrazara sus planteamientos con hábiles eufemismos. Por su lado **El Alcázar** ha confiado al batallador Guillamón, líder obrero, su sección de problemas sociales, radicalizándola sin reservas. Sin olvidar que los grandes periódicos de la burguesía catalana han abierto sus páginas,

\* NDLR. Véase en este volumen: Ramón Bulnes, *Del sindicalismo de represión al sindicalismo de integración*.



de una u otra manera, a conocidos demócratacristianos e incluso a republicanos como Miguel Maura, para que expresaran su criterio acerca de las instituciones del inmediato futuro. Todas estas publicaciones han asumido al papel de sustitutos de unos inexistentes partidos, capaces de canalizar las distintas corrientes de opinión, evidenciando así una ausencia que el neocapitalismo lamenta y que intentará remediar por todos los medios. Por lo menos a tal meta apuntan sus esfuerzos.

A la luz de este análisis, ¿cómo se define la coyuntura española al cumplirse los treinta años de la guerra civil? El cuadro sociopolítico puede esquematizarse así: existe un neocapitalismo muy vigoroso que trata de abrir una operación de deshielo político para intentar a través de la misma una integración de las clases, en la perspectiva de una sociedad desarrollada a la manera occidental. Existen unas estructuras falangistas, ya esclerotizadas, que se defenderán, sin embargo, a muerte, frente al ímpetu neocapitalista. Y existe por último una clase obrera todavía desconcertada, que progresa paulatinamente en su toma de conciencia, que por el momento plantea la lucha en el plano económico, y que posee una inmensa fuerza potencial, aunque es capaz de esterilizarla si responde afirmativamente a las tentaciones neocapitalistas, pero que también puede transformarla en un poderoso vendaval revolucionario. El gran capital lo sabe y tiene prisa. Quiere acelerar el proceso de integración. Necesita dar paso a las libertades bajo su control\*. Por lo pronto, la «libertad de prensa» ya ha sido promulgada.

## Los perros guardianes

«Durante muchos años los periódicos españoles han permanecido bajo una ley de guerra... han estado sometidos a la ley de la censura. Los periodistas hemos sido largamente incitados e invitados a la actitud apologética y hemos encontrado graves obstáculos, a veces insalvables, en el desarrollo de la función crítica. Eran los años del «editorial a favor», de los «nombres impronunciados» y del «palo a Rusia». Esto no lo decimos nosotros; lo dice nada menos que Jaime Campmany, recientemente ascendido al cargo de polemista mayor de la Falange que sigue la línea de la Secretaría General (conviene matizar). Su juicio ha de resultar elocuente a la hora de definir casi treinta años de periodismo español. No debe, pues, de extrañarnos que la imperiosa reivindicación de la libertad de prensa, tradicional en los medios pequeño-burgueses, intelectuales o profesionales, indispensable últimamente para el gran capital monopolista y, en definitiva, punto insoslayable en los programas de la atomizada oposición antifranquista, encontrara también en el periodista, desde siempre, un portavoz resuelto. Mediador insustituible entre el poder y el pueblo, el periodista, cualquiera que fuese su color, se vio forzando a desempeñar un papel ambiguo, apresado en la trampa de la información «orientada», obligado a respaldar no ya lo que no sentía sino asimismo lo que sabía deliberadamente falseado o deformado. Una situación concebida como provisional, reiterada en todo el mundo durante el período de la guerra mundial, perdió sus posibles razones durante los largos años llamados «de paz». A la vista de la Europa re-

\* NDLR. Véase en este volumen: Fernando Claudín, *Dos concepciones de «la vía española al socialismo»*.



construida de los cincuenta, que proporcionaba al observador transpirenaico una imagen de «normalidad», creció la fuerza de la demanda de una prensa sin mordaza. Este presión tuvo como consecuencia, sin duda por el santo horror a los aires nuevos padecido por el equipo gubernamental de entonces, un endurecimiento, un enquistamiento del aparato censor, de la barrera granítica del departamento «de consulta». Ello dio origen a no pocas tensiones: cabe recordar, al nivel de la anécdota, el dramático altercado entre la familia Luca de Tena y el ministro Arias Salgado, en la noche de una de las concesiones del premio «Mariano de Cavia». Hubo, desde el primer día, una resistencia —de grado proporcional a la fortaleza de la posición del periodista con relación al Régimen— a aceptar el editorial de consigna y la omnipotencia del Ministerio de Información y Turismo en punto a la designación de directores o, sencillamente, a la valoración de la noticia o a la forma de la misma.

No puede afirmarse, sin embargo, que haya existido en el seno de la prensa española una oposición de alguna entidad. Hubo, sí, un profundo malestar causado tal vez más por las arbitrariedades de los responsables menores de la censura, por la mala conciencia provocada por la deformación de la noticia, y por las dificultades técnicas derivadas de la intromisión del Ministerio, que por la comprensión del carácter inadmisibles del sistema y el posible deseo consiguiente de darle una vuelta completa.

Los enfrentamientos, protestas, insumisiones, quejas, se instalaron, en todo momento, en una escala individual, al amparo de privilegios de tolerancia ganados en la guerra y de la feroz independencia en que algunos fieles a «los principios» se encastillaron frente a las supuestas traiciones a los «ideales» que habían animado a los combatientes nacionalistas. De aquí que fueran a menudo los «ultras» de la Falange los más belicosos e incordiantes. Los pocos periodistas liberales incorporados en la postguerra a las tareas profesionales se veían en la necesidad de pasar inadvertidos o de consolidar a efectos públicos su conversión, y soslayaban, en la medida de lo posible, aventuras arriesgadas y de inseguro resultado. Hay que hablar de las nuevas promociones. Si dejamos al margen intentos culturalistas juveniles de cierto mérito por su frecuente incidencia en los grandes problemas nacionales —un ejemplo es el semanario **La Hora**, muy supervalorado, por lo demás— ya que no se inscribieron en el ámbito de la comunicación de masas\*, cabe considerar la significación del acceso a la prensa, por el canal de la Escuela de Periodismo. Conviene distinguir en este orden dos épocas bien diferenciadas. Una informal, caótica, sometida a los vaivenes de la locura de Juan Aparicio y a los caprichos de Tomás Cerro Corrochano, cuya meta consistió en dar conformación —y confirmación oficial— a una situación de hecho; tras un breve curso de capacitación —o por medio de otras mañanas— se dotaba del carnet profesional a los periodistas ya integrados en las distintas redacciones. Otra, doctrinaria, presidida por los antiguos alumnos de la escuela de periodismo organizada en **El Debate** por Herrera Oria, y conducida en la oscuridad, desde su sillón de inválido irremediable, por una de las eminencias grises que se mueven entre bastidores en el Pardo: Fernando Martín-Sánchez Juliá. La mínima y mediocre, pero tenaz sombra de Pedro Gómez Aparicio se proyectó sobre esta nueva perspectiva para configurar la fase, que se abría en un sentido ramplón y burocrático tendente a infundir en las promociones juveniles un cerrado espíritu de casta bajo el pretexto de la definición, el reconocimiento oficial y la defensa de los derechos profesionales, sin

\* NDLR. Véase en este volumen: Antoliano Peña, **Veinticinco años de luchas estudiantiles**.



otorgarles, no obstante, lo más valioso a éstos y a todos los efectos: una formación cultural, ideológica y política amplia, abierta y sólida.

Las consecuencias de esta pequeña política de clan no se hicieron esperar. Mientras las redacciones se vinieron nutriendo de profesionales improvisados técnicamente en su seno o provenientes, las más de las veces, del ámbito universitario, más del noventa por ciento de los graduados en la Escuela ha vivido en una agobiante situación de paro, o bien ha vacado a otras ocupaciones más accesibles. Por su lado, la Escuela de la Iglesia, y posteriormente la del Opus Dei en Pamplona, cumplían, sin más, su primer propósito de crear cuadros para las publicaciones propias.

El intenso proceso de «politización» franquista a que se vio sujeta la prensa durante tantos años provocó, por lógica reacción, una general aversión a la consideración e incluso la simple atención hacia los fenómenos políticos en los medios profesionales. Por otra parte, la clausura de toda libre discusión amparó aquellos oportunistas que supieron cubrir con habilidad los espacios vacíos. Casos como el de Emilio Romero en el campo del análisis político o el de Gonzalo Fernández de la Mora en el ideológico —por citar dos ejemplos muy notorios— no tiene otra explicación: su debilidad los haría inadvertibles en un clima distinto. Bajo unas leyes promulgadas en plena guerra —en abril de 1938— y dentro del cerco de unas normas de control de imposible elusión, nada invitaba a la dialéctica si es que alguno hubiera sentido de verdad tentaciones que el clima político nacional no propiciaba precisamente. (Basta recordar, al respecto, la experiencia de Dionisio Ridruejo al frente de **Revista** de Barcelona, quien abordó, con la mayor buena fe, la empresa de abrir un frente «liberal» sin salirse del marco del Régimen. La experiencia tuvo, elocuentemente, poca duración.) Ahogada la oposición en el plano político, instaurado como estilo oficial el lirismo falangista, al que reemplazaría, en algunos casos, el barroquismo orteguiano, la discusión pública se limitaba a cuestiones de matiz —o a problemas municipales, o culturalistas, o metafísicos— magnificadas por el tono lírico-sentimental del irracionalismo postjoseantoniano, apadrinado desde su desdeñoso y lejano escepticismo por los camaradas Víctor de la Serna y Rafael Sánchez Mazas, por citar a dos conspicuos representantes de la estética del Fundador.

Ya más avanzado el proceso despolitizador y acelerada la degradación literaria, surgiría con ímpetu imperialista el reino, cuidadosamente dorado por la publicidad, de las «starlettes» o de «Galerías Preciados» y «El Corte Inglés», de los Tico Medina y los Olano, los Gómez-Santos y los Yale, los Camarero y los Hermida, pintorescos y cucos inventores de una España bulliciosa, frívola y despreocupada, sin tensiones ni desgarramientos, hecha a la medida de los anhelos turísticos, posteriormente realizados, de don Manuel Fraga Iribarne. Mientras, desde la «tercera página» de **Pueblo** se hacía la demagogia de la «justicia social» para probar que los más desfavorecidos no estaban desamparados.

Pero toda esta prehistoria pertenece al folklore o a la picaresca, o bien pide integrarse en la decoración de los «veinticinco años» fraguistas. Interesa más centrarse en lo que acaba de pasar, en lo que está pasando desde el nueve de abril. Y para comprenderlo mejor hay que conocer previamente la contextura de la prensa española en 1966, indagar en su anatomía, analizar su papel social, medir el alcance de su influencia, estudiar sus más específicas características nacionales, identificar la naturaleza de las fuerzas que la controlan, verificar el nivel formativo profesional e ideológico de sus responsables. La envergadura de un planteamiento así desborda este lugar, no encaja en este espacio y lo aleja de nuestras



posibilidades. De todos modos, aunque precipitada y desorganizadamente, intentaremos redactar unas notas aproximativas.

## Subdesarrollo

De acuerdo con los datos del Instituto de la Opinión Pública —al que debemos el único análisis serio sobre la prensa española existente hasta el momento (**Estudio sobre los medios de comunicación de masas en España**, 1.º. Prensa. Madrid, agosto de 1964)— se publican en nuestro país 107 periódicos diarios, cifra que se eleva a 111 si tenemos en cuenta cuatro periódicos creados posteriormente, **3E** en Madrid —diario de información económica—, **Telexpres** en Barcelona, **Diario de Lérida** y **Al día** de Valencia; 99 salen a la luz en la España peninsular, 11 en la insular y 1 en la colonia de Fernando Poo. (En adelante nos atenderemos a los índices de 1964).

En relación con el número de habitantes, la tirada de los diarios españoles es, en conjunto, una de las más bajas del mundo occidental. Mientras en Inglaterra se editan 573 ejemplares por cada mil habitantes, 526 en Suecia, 447 en Finlandia, 465 en Noruega, 526 en Suiza, 122,5 en Italia, nuestro país figura en la escala con un modestísimo índice: 71,3 ejemplares por cada mil habitantes. Hay que ligar este dato directamente con lo esclerosis infraestructural española, fuente del subdesarrollo cultural. Las grandes zonas rurales del país viven al margen del proceso de la cultura y de la información, como lo prueba otro índice: el del grado de concentración geográfica de nuestra prensa. Mientras la tirada cotidiana de los diarios madrileños alcanza la cifra de 768 000, y la de los barceloneses, 384 000 —el 52 % de la tirada media española, con 15 diarios en total— cuarenta y una provincias editan, en conjunto, el 21 % de dicha tirada. Conviene tener en cuenta al respecto que salvo dos diarios de Madrid, o tres a lo sumo —**ABC**, **Pueblo** y **Ya**— y uno de Barcelona —**La Vanguardia**— los periódicos de las dos primeras ciudades del país no alcanzan difusión de consideración en las restante provincias. Cabe destacar también que los grandes centros industriales proporcionan los índices de tirada y difusión superiores: Vizcaya, con tres periódicos, cuenta con una tirada total diaria de 161 000 ejemplares (el 7 % de la tirada global española) y Oviedo, con seis periódicos, alcanza los 93 450 ejemplares diarios, seguida de Guipúzcoa con tres y 78 000 respectivamente. (Véase mapa en la página siguiente).

## La propiedad

De los 107 diarios que, de acuerdo con la estadística de 1964, se publican en el país, 62 son de propiedad privada, pertenecen a empresas particulares y no están encuadrados en cadenas a nivel nacional. Su tirada total diaria alcanza la cifra de 1 496 765. Por su lado, la «Prensa del Movimiento», controlada desde la Secretaría General y ahora en vínculo estrecho con al Ministerio de Información y Turismo, como luego veremos, posee 41 diarios, con una tirada de 707 100 ejemplares (32 % de la tirada total nacional). La «Editorial Católica» dispone de cinco periódicos: **Ya** de Madrid, **El Ideal** de Granada, **El Ideal Gallego** de la Coruña, **La Verdad** de Murcia y **Hoy** de Badajoz. Tirada media diaria en conjunto: 196 000





Dibujo de César \*

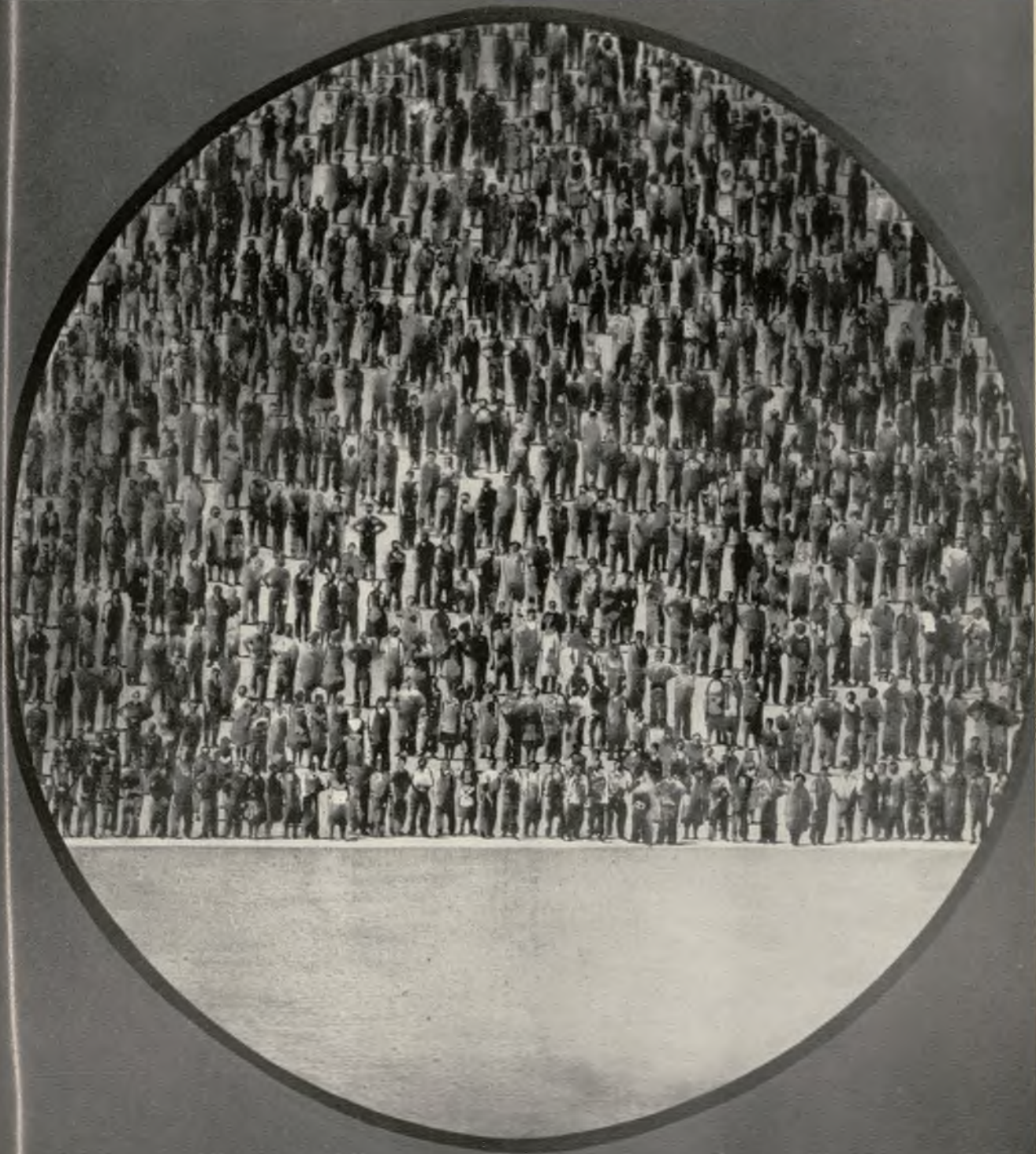
\* NDLR. Nuestro malogrado amigo César vio así la «era de Fraga», poco antes de su muerte prematura, en los días en que se proyectaba este libro que él debió ilustrar.



## RELACION DE LOS PUBLICADOS EN ESPAÑA, CON INDICACION DEL LUGAR DONDE SON PUBLICADOS, DE SU PROPIEDAD Y DE SU TIRADA DIARIA.

	Localización	Propiedad	Tirada Sección Prensa Periódica Ministerio I. Turismo	Tirada Secretaría Técnica I. San Ministerio Isidoro I. Turismo		Tirada A. de Publicidad
A B C	Madrid	Prensa Española, S. A.	192 000	192 000	—	197 199
A B C	Sevilla	Prensa Española, S. A.	46 000	46 000	49 000	50 000
Adelantado de Segovia	Segovia	El Adelantado, S. L.	5 000	5 000	5 300	—
Adelanto, El	Salamanca	Hijos de Francisco Núñez	8 100	8 100	8 100	—
Alcázar, El	Madrid	Prensa y Ediciones, S. A.	29 000	29 000	40 000	45 000
Alerta	Santander	Prensa del Movimiento	23 000	23 000	45 000	45 000
Amanecer	Zaragoza	Prensa del Movimiento	6 000	6 000	31 000	31 000
Area	La Linea	Antonio Gómez	—	—	—	—
Arriba	Madrid	Prensa del Movimiento	40 000	40 000	85 000	85 000
Arriba España	Pamplona	Prensa del Movimiento	1 900	1 900	8 500	7 500
Baleares	Palma	Prensa del Movimiento	19 800	19 800	35 000	25 000
Campo Soriano	Soria	Cámara Oficial Sindical Agraria	6 000	6 000	6 500	—
Comercio, El	Gijón	El Comercio, S. A.	9 300	9 300	20 000	16 500
Córdoba	Córdoba	Prensa del Movimiento	8 100	8 100	28 500	28 500
Correo de Andalucía, El	Sevilla	Editorial Sevillana, S. A.	9 300	9 300	10 500	18 000
Correo Catalán, El	Barcelona	F. Prensa Tradicionalista, S. A.	32 500	32 500	32 500	—
Correo Español - Pueblo Vasco	Bilbao	Bilbao Editorial, S. A.	62 000	62 000	60 000	76 820
Correo Gallego, El	Santiago	Editorial Compostela, S. A.	6 600	6 600	12 000	15 000
Correo de Zamora - Imperio	Zamora	Editorial Católica Zamorana, S. A.	8 400	8 400	16 000	11 000
Día, El	Tenerife	Herederos de Leoncio Rodríguez	12 100	12 100	13 000	—
Diario de Avila, El	Avila	Editorial Católica Abulense Pro XII	2 000	2 000	2 000	2 000
Diario de Avisos	La Palma	Antonio Carrillo Rábana	1 840	1 840	2 000	2 000
Diario de Barcelona	Barcelona	Editorial de Publicaciones, S. A.	35 000	35 000	54 000	—
Diario de Burgos	Burgos	Diario de Burgos, S. A.	9 000	9 000	12 500	—
Diario de Cádiz	Cádiz	F. Joly y Cía., S. en C	12 000	12 000	16 000	16 500
Diario de Cuenca	Cuenca	Prensa del Movimiento	1 550	1 550	8 000	8 000
Diario Español	Tarragona	Prensa del Movimiento	2 900	2 900	3 500	7 000
Diario de Ibiza	Ibiza	Herederos de Juan Valera	900	900	1 000	—
Diario de León	León	Diario de León, S. A.	4 500	4 500	4 500	—
Diario de Mallorca	Palma	Editorial Mallorquina, S. A.	7 100	7 100	10 000	—
Diario Montañés, El	Santander	Editorial Católica, S. A.	9 325	9 325	15 000	15 000
Diario de Navarra	Pamplona	La Información, S. A.	22 000	22 000	20 000	20 000
Diario Palentino - El Día de Palencia	Palencia	Diario Palentino, S. L.	8 500	8 500	20 000	15 000
Diario de las Palmas	Las Palmas	Editorial Prensa Canaria, S. A.	14 900	14 900	14 900	—
Diario de Pontevedra	Pontevedra		5 200	5 200	5 200	—





Ayuntamiento de Madrid



En la página anterior:  
Genovés: **Espera II**



	Localización	Propiedad	Tirada	Tirada		Tirada
			Sección	Secretaría	Tirada	
			Prensa	Técnica	Ministerio	A. de
			Periódica	I. San	I. Turismo	Publicidad
			Ministerio	Isidoro		
			I. Turismo	I. San		
Diario Regional	Valladolid	Diario Regional, S. A.	3 850	3 850	30 000	28 500
Diario Vasco	San Sebastián	Vascongada de Publicaciones	25 000	25 000	25 817	40 000
Ebano	Sta. Isabel	G. General de la Guinea	—	—	—	—
Extremadura	Cáceres	Editorial Extremadura, S. A.	2 800	2 800	2 800	—
Eco de Canarias, El	Las Palmas	Prensa del Movimiento	9 800	9 800	29 000	38 000
Faro de Ceuta, El	Ceuta	Joaquín Ferrer y Cia., S. L.	3 100	3 100	2 600	—
Faro de Vigo, El	Vigo	Faro de Vigo, S. A.	30 000	30 000	42 000	40 000
Gaceta del Norte, La	Bilbao	Editorial Vizcaína, S. A.	89 000	89 000	90 000	90 000
Gaceta Regional, La	Salamanca	Prensa del Movimiento	4 600	4 600	16 000	—
Heraldo de Aragón	Zaragoza	Heraldo de Aragón, S. A.	45 000	45 000	60 000	60 000
Hierro	Bilbao	Prensa del Movimiento	10 000	10 000	36 000	36 000
Hoy	Badajoz	Editorial Católica, S. A.	11 100	11 100	20 000	30 000
Ideal	Granada	Editorial Católica, S. A.	20 500	20 500	20 500	25 000
Ideal Gallego, El	La Coruña	Editorial Celta, S. A.	15 500	15 500	15 500	—
Información	Alicante	Prensa del Movimiento	11 500	11 500	28 000	—
Informaciones	Madrid	Prensa Castellana, S. A.	38 000	38 000	52 000	52 000
Jaén	Jaén	Prensa del Movimiento	8 450	8 450	17 000	17 000
Jornada	Valencia	Prensa del Movimiento	7 000	7 000	31 000	—
Lanza	Ciudad Real	Diputación Provincial	4 000	4 000	5 000	6 000
Levante	Valencia	Prensa del Movimiento	33 000	33 000	68 500	—
Libertad	Valladolid	Prensa del Movimiento	2 900	2 900	16 500	8 000
Línea	Murcia	Prensa del Movimiento	8 200	8 200	35 000	37 000
Lucha	Teruel	Lucha, S. A.	2 000	2 000	2 000	—
Madrid	Madrid	Juan Pujol Martínez	67 000	67 000	68 000	—
Majorca Daily Bulletin	Palma	P. Antonio Serra Banza	—	—	4 500	4 500
Mañana, La	Lérida	Prensa del Movimiento	5 100	5 100	14 000	15 000
Marca	Madrid	Prensa del Movimiento	145 000	145 000	—	—
Mediterráneo	Castellón	Prensa del Movimiento	4 200	4 200	12 000	12 750
Menorca	Mahón	Editorial Menorca, S. L.	1 600	1 600	—	—
Mundo Deportivo	Barcelona	Ricardo Grau	33 000	33 000	85 000	—
Noche, La	Santiago	Editorial Compostelana, S. A.	5 700	5 700	8 000	12 000
Norte de Castilla, El	Valladolid	Editorial El Norte, S. A.	15 500	15 500	16 000	35 000
Noticiero, El	Zaragoza	Editorial El Noticiero, S. A.	11 000	11 000	15 000	25 000
Noticiero de Cartagena, El	Cartagena	M. Carreño López	1 600	1 600	2 250	—
Noticiero Universal, El	Barcelona	Editorial Mencheta, S. A.	59 300	59 300	80 000	95 000
Nueva Alcarria	Guadalajara	Nueva Alcarria, S. R. C.	—	—	5 000	—
Nueva España	Huesca	Prensa del Movimiento	3 100	3 100	11 000	—
Nueva España, La	Oviedo	Prensa del Movimiento	48 500	48 500	60 000	55 600



			Tirada Sección Prensa Periódica Ministerio I. Turismo	Tirada Secretaría Técnica I. San Ministerio Isidoro I. Turismo			Tirada A. de Publicidad
	Localización	Propiedad					
Nueva Rioja	Logroño	Nueva Rioja, S. A.	7 500	7 500	7 500	—	
Odiel	Huelva	Prensa del Movimiento	3 700	3 700	15 000	15 000	
Patria	Granada	Prensa del Movimiento	6 600	6 600	22 000	—	
Pensamiento Alavés, El	Vitoria	Económica C. Alavesa, S. A.	3 000	3 000	3 000	—	
Pensamiento Navarro, El	Pamplona	Editorial Navarra, S. A.	12 100	12 100	12 100	—	
Prensa, La	Barcelona	Prensa del Movimiento	20 000	20 000	72 000	—	
Proa	León	Prensa del Movimiento	7 000	7 000	26 000	24 000	
Progreso, El	Lugo	Hijos de P. Cova	6 500	6 500	9 500	14 000	
Provincias, Las	Valencia	Federico Doménech, S. A.	31 000	31 000	45 000	50 000	
Pueblo	Madrid	Organización Sindical	122 000	122 000	150 000	140 000	
Pueblo, Gallego, El	Vigo	Prensa del Movimiento	7 000	7 000	26 000	26 000	
Región, La	Orense	Acción Social Católica, S. A.	7 000	7 000	10 000	10 000	
Región	Oviedo	Editorial Gráfica Asturiana	12 000	12 000	13 000	18 000	
Sevilla	Sevilla	Prensa del Movimiento	10 000	10 000	24 000	—	
Sitios, Los	Gerona	Prensa del Movimiento	3 900	3 900	12 500	7 500	
Solidaridad Nacional	Barcelona	Prensa del Movimiento	17 000	17 000	63 000	—	
Sur	Málaga	Prensa del Movimiento	14 500	14 500	25 000	—	
Tarde, La	Málaga	Prensa del Movimiento	4 200	4 200	14 000	10 000	
Tarde, La	Tenerife	M. Real y Cía., S. L.	7 800	7 800	8 000	8 000	
Telegrama de Melilla, El	Melilla	Prensa del Movimiento	3 000	3 000	3 200	5 000	
Ultima Hora, La	Palma	Herederos de J. Tous Ferrer	4 900	4 900	10 000	12 000	
Unidad	San Sebastián	Prensa del Movimiento	11 000	11 000	25 000	15 600	
Vanguardia Española, La	Barcelona	La Vanguardia, S. A.	187 000	187 000	220 000	225 000	
Verdad, La	Murcia	Editorial La Verdad, S. A.	14 500	14 500	30 000	24 500	
Voluntad	Gijón	Prensa del Movimiento	13 000	13 000	30 000	22 600	
Voz de Albacete, La	Albacete	P. García Minerva	4 100	4 100	7 000	5 500	
Voz de Almería, La	Almería	Prensa del Movimiento	4 500	4 500	15 000	12 000	
Voz de Asturias, La	Oviedo	J. Tartierre de las Alas	8 000	8 000	6 000	—	
Voz de Ávilés, La	Ávilés	Viuda de Wes e Hijos	2 650	2 650	6 000	—	
Voz de Castilla, La	Burgos	Prensa del Movimiento	1 800	1 800	14 500	14 500	
Voz de España, La	San Sebastián	Prensa del Movimiento	42 000	42 000	42 000	—	
Voz de Galicia, La	Coruña	Voz de Galicia, S. A.	28 000	28 000	30 000	30 000	
Voz de Sur, La	Jerez	Prensa del Movimiento	5 300	5 300	18 000	18 000	
Ya	Madrid	Editorial Católica, S. A.	135 000	135 000	—	132 500	

Fuente: Instituto de la Opinión Pública. Datos de 1964.



ejemplares (9%). (El diario **Pueblo** de Madrid se considera aquí como perteneciente a la «Prensa del Movimiento», como así es, de hecho, puesto que depende de la Secretaría General, aunque a raíz de la entrada en vigor de la ley de prensa se haya creado una entidad fantasmal para responder del mismo: «Ediciones y Publicaciones Populares»). Es interesante hacer notar, en favor de una interpretación correcta de estos índices, que la «Prensa del Movimiento», aparte de la ventaja que representa su cohesión al servicio de una unidad de criterio, constituye una fuerza predominante en materia de opinión, calidad e influencia, en varias provincias de gran vitalidad política: aparte de la difusión que alcanza **Pueblo** en vastas zonas industriales, conviene valorar el papel de periódicos como **La Nueva España** en Asturias, **La Voz de España** de San Sebastián, **Levante** de Valencia, **Alerta** en Santander y **Baleares** de Mallorca, casi todos ellos sin competencia por parte de la prensa privada de sus respectivas provincias y alguno con profunda penetración en los medios obreros, en virtud de la hábil demagogia que desarrollan. Por otra parte, a lo largo de un cuarto de siglo de politización periodística en sentido franquista, los diarios pertenecientes a empresas privadas, poco entusiastas, en general, al respecto, dimitieron, sin duda para compensar a los ojos oficiales esta falta de calor, de su condición de órganos de opinión, limitándose a seguir sin demasiado ardor las orientaciones ministeriales. Muchos de estos periódicos independientes han despertado con brusquedad de su letargo de lustros al alborear la nueva etapa y han cobrado de pronto una especial sensibilidad para todos los problemas, sorprendiendo a los periodistas más «abiertos» de la vieja situación con una agresividad y un desenfado que ha llegado a producir significativas irritaciones (caso de Emilio Romero), aparte de una fuerte reacción defensiva en el orden político, como luego veremos.

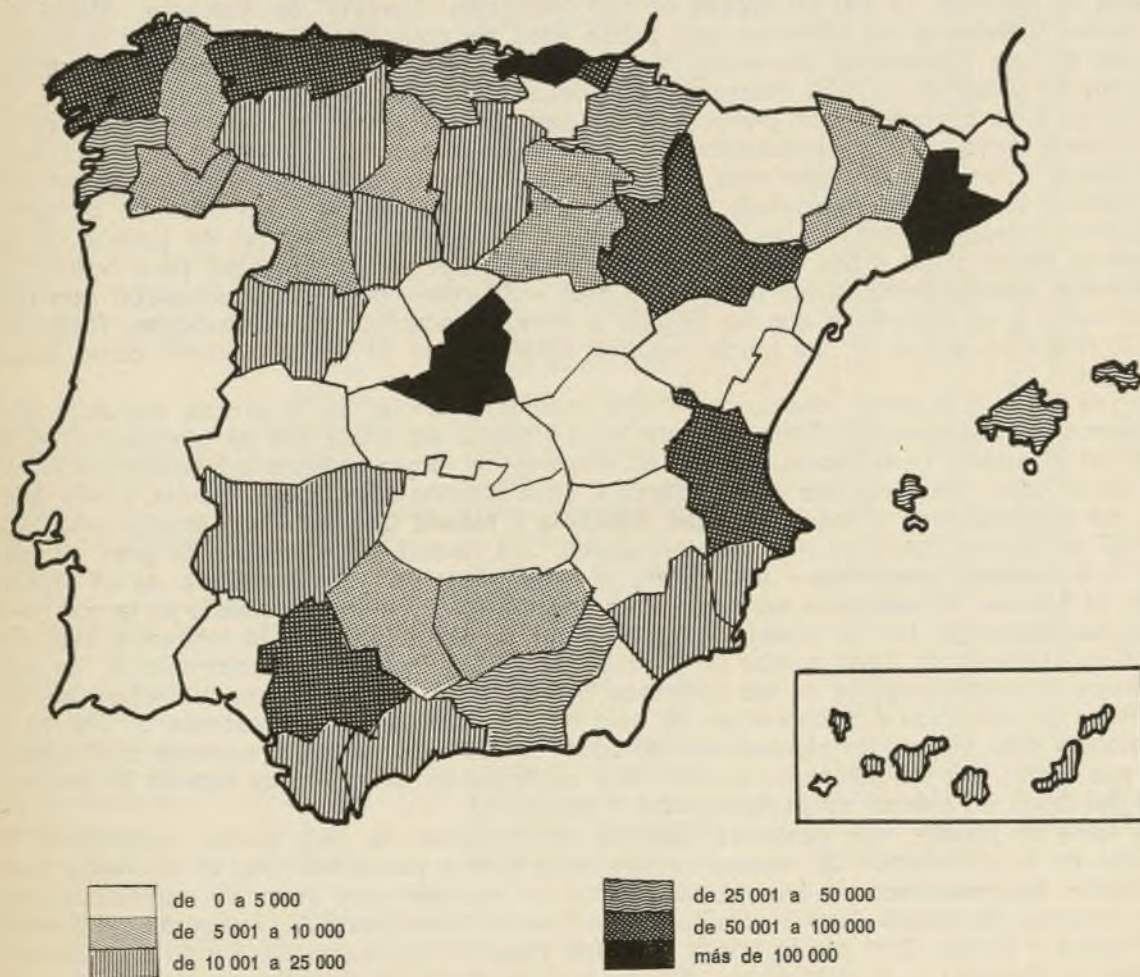
Pero ¿se agota la cuestión ideológica en esta estructura oficial de la prensa española que acabamos de desmenuzar? Evidentemente no. La fuerza del Opus Dei es también considerable en el ámbito periodístico, aunque no disponga de largas cadenas legalmente constituidas como tales. Una empresa como «Sarpe», cuya filiación a nadie se le oculta, posee, además de publicaciones como **Actualidad Española** y **Mundo Cristiano**, con amplia influencia en los ambientes católicos más conservadores, una revista de economía de gran circulación —**Actualidad Económica**— y también, ya en el plano de la prensa diaria, de un órgano como **El Alcázar**, formalmente excelente y en constante crecimiento, instalado en la más pura línea neocapitalista. No es posible valorar, en su verdadera medida, la influencia real del Opus en la prensa sin llevar a cabo un análisis muy minucioso de la composición de los Consejos de Administración de las empresas periodísticas independientes, e incluso de las plantillas de redacción y colaboración, no sólo de los diarios pertenecientes a empresas autónomas sino incluso de algunos encuadrados en las tres grandes cadenas nacionales. Ello nos remitiría a problemas de considerable envergadura como el que supone la penetración del Opus en ciertas zonas falangistas y sindicales.

Otro tema de interés, que desborda nuestras posibilidades de hoy, podría constituirlo el estudio de la vinculación de ciertos grupos de presión a vastos sectores de la prensa independiente. **Informaciones**, de Madrid, nos ofrece un ejemplo muy claro de entrelazamiento con el capital financiero. Tras sus editores —«Prensa Castellana S.A.»— figuran los Bancos de Vizcaya y Bilbao. Otro nos lo brinda el **Diario Vasco** de San Sebastián, ligado a los Bancos citados, al Banesto y al Hipotecario. Por su lado **El Norte de Castilla**, de Valladolid, está vinculado al Banco Urquijo, y **La Voz de Asturias** de Oviedo al Banco Asturiano. Tras el **Dia-**



rio de Barcelona se halla el Banco Hispano-Americano, y el Central respalda a **El Correo de Andalucía**.

El entrecruzamiento de influencias exteriores sobre la prensa, ya provengan de grupos económicos, políticos o ideológicos, es complejísimo y ha venido llamando la atención de aquellos que, desde dentro del Régimen, se sienten preocupados por su desarrollo y porvenir. En agosto de 1965, Juan Beneyto se aventuraba por estos intrincados vericuetos en las páginas de la revista **REOP**. Beneyto citaba un dato de la Oficina de Estadística de la Iglesia española, según el cual hay « treinta y cuatro diarios dóciles a las consignas de los obispos, lo que representa el 30 % del número y el 20 % de las tiradas ». El articulista ad-



Concentración provincial de prensa con relación a la tirada. Fuente: Instituto de Opinión Pública. Datos de 1964.



cribía al Opus Dei media docena de diarios, entre ellos **La Gaceta del Norte** y «dos de Madrid», sin duda **El Alcázar** y **Madrid** (en este último parece existir una fuerte participación económica opusdeista). Beneyto clasifica a **ABC**, **El Diario Vasco**, **El Pueblo Español** y el **Diario de Barcelona**, como monárquicos «juanistas», lo cual ya resulta obvio en el verano de 1966, dada la campaña tenaz, cerrada y coherente que llevan a cabo al unísono. A esta lista podemos sumar **La Voz de Asturias**, vinculado a **ABC** por razones familiares (un Luca de Tena ha casado con una Tartiere), que ha mostrado en las últimas semanas un singular vigor en la defensa de las tesis del órgano de «Prensa Española». Como contrapartida, **El Pensamiento Navarro** y **El Correo Catalán**, expresos instrumentos del carlismo representado por el duque de Madrid, mantienen belicosamente su postura frente a la que llaman «monarquía isabelina», y no vacilan para ello en abrir sus páginas a la oposición no comunista. En el plano político, y a la luz de la nueva situación nacida el 9 de abril, podemos observar que existen adscripciones firmes a un partido o grupo determinados —caso de **ABC**— e identificaciones con tendencias más o menos explícitas (**Ya** con la Democracia Cristiana derechista de Martín Artajo, **Informaciones** con la monarquía, etc.). La ausencia de partidos organizados convierte a los periódicos en auténticos centros de polarización de corrientes políticas muy definidas que reclaman, en última instancia, otros cauces más idóneos para manifestarse. La izquierda carece, naturalmente, de voz, y las polémicas derivan, en consecuencia, hacia una temática de matices que rara vez incide en los problemas de fondo. El artículo segundo constituye una barrera infranqueable para la oposición.

## El artículo segundo

Sin embargo, este fundamentalismo artículo no parece encerrar suficientes garantías para los defensores a ultranza de las viejas estructuras falangistas. Esta desconfianza queda probada por el intento, nada encubierto, de reforzar la potencia y la unidad de la cadena de prensa del Movimiento, intento que parte del pacto Fraga-Solís, planteado precisamente sobre la necesidad de salvar, ante el acelerado proceso socioeconómico que atraviesa el país, aquellas estructuras. Un hombre fiel a ambos ministros y a su política, buen conocedor de la ley —participó en su redacción— y de las interioridades del mundo periodístico, Alejandro Fernández Sordo, ha pasado a ocupar la jefatura de la prensa controlada por la Secretaría General, con el propósito de realizar desde este puesto un programa cuya médula reside en la defensa a ultranza de las formas actuales, frente a posibles y peligrosos embates desde los sectores más renovadores o más comprometidos en la aceleración de la evolución socioeconómica (y deseosos por tanto de liberarse del aparato fascista). Ello explica que un hombre como Blanco Tobío, que exaltó desde **Pueblo** las virtudes de la revolución castrista y se manifestó siempre, como corresponsal en Nueva York, en favor de la distensión y de las tendencias liberales del mundo político americano, se vea obligado a dirigir un **Arriba** más «ultra» que en ninguna de sus anteriores épocas, a pesar de haber anunciado en diversos círculos madrileños su ambición de liberar al órgano falangista de su impopular inmovilismo y de «hacer un periódico que el público arrebatase a los vendedores». Ello explica también que el «Gallito» de Emilio Romero padezca desde el 9 de abril una incurable ronquera.

Esta operación se combina con otras anteriormente iniciadas. El propio Alejandro Fernández



Sordo creó el Sindicato de Prensa, Radio, Televisión y Publicidad hace más de un año, por medio de un desgajamiento provocado en el seno del Sindicato del Papel, Prensa y Artes Gráficas. De este modo, los obreros de la prensa quedaban separados sindicalmente de los periodistas. No hace falta explicar la finalidad perseguida.

Pero sólo el miedo nacido de la conciencia de la condición parasitaria, inservible y esclerotizada de las formas falangistas, debería suscitar —como quizás ha ocurrido en la Secretaría General— un sentimiento de desconfianza hacia el artículo segundo, instrumento de indiscutible eficacia en manos del poder, puesto que parece permitir desde el mismo todas las maniobras y arbitrariedades precisas para ahogar la manifestación de cualquier tendencia o estado de opinión. He aquí el enunciado del tal artículo:

«La libertad de expresión y el derecho a la difusión de informaciones, reconocidos en el artículo primero, no tendrán más limitaciones que las impuestas por las leyes. Son limitaciones: el respeto a la verdad y a la moral; el acatamiento a la Ley de Principios del Movimiento Nacional y demás leyes fundamentales; las exigencias de la defensa nacional, de la seguridad del Estado y del mantenimiento del orden público interior y la paz exterior; el debido respeto a las instituciones y a las personas en la crítica de la acción política y administrativa; la independencia de los tribunales, y la salvaguardia de la intimidad y del honor personal y familiar».

Texto difuso y de límites indefinidos que autoriza a la Administración a impedir la circulación de cuantos escritos aludan a la más mínima cuestión política de fondo. La voz de la izquierda, si es abiertamente expresada, no podrá nunca traspasarlo. Pero el miedo falangista puede explicarse, seguramente, en razón de esa vanguedad de límites establecida por «las exigencias de la defensa nacional» o por «el respeto a la verdad y a la moral»... En este carácter difuso e inasible reside el peligro que advierten. Nos hallamos ante una realidad contradictoria, en la que juegan múltiples fuerzas y se entrechocan intereses y distintas perspectivas de futuro. No todas estas fuerzas interpretan los conceptos expresados en el artículo de la misma manera. Por el contrario, la experiencia de sus tres meses de vigencia nos revela hasta que punto esa inconcreción crea condiciones para la discordancia, sin que el poder —que atraviesa también un proceso contradictorio— llegue a controlarlas.

## Realidad fluida

La realidad española de 1966 es fluida, dinámica. Las viejas formas, ya anquilosadas, resultan incómodas a muchos de sus antiguos defensores. A raíz de la promulgación de la ley de prensa, Juan Aparicio, el compañero de Ledesma Ramos, la figura más a la derecha —en contra de la opinión de ciertos mitólogos y de la leyenda popular— del fascismo español, formuló unas declaraciones a la revista **SP**, la cual a partir del 9 de abril adoptará un tono virulento y radical frente a la monarquía patrocinada por **ABC**. «Cuanta menos ley de prensa, mucho mejor», dice Aparicio. Y añade: «La España que se entrevé en el articulado de la ley es una España en potencial guerra civil por las cautelas que toma». Juan Aparicio, que fue director general de prensa en la época «dura», ejemplifica muy bien los profundos cambios registrados. Declara: «¡Ojalá que esa desaparición de la censura previa sea beneficiosa y no sea un número de ciencia-ficción!».

El 10 de abril, **ABC**, al manifestar su satisfacción en el día inaugural de la nueva etapa,



escribe francamente: «Ni la inmovilidad, ni la hipocresía, ni las semiverdades, son compatibles con la situación política contemporánea de España...». Y a continuación recomienda que no se confunda uniformidad con unidad. El mismo día, **El Correo Catalán** hace un llamamiento «al diálogo y a la conciliación». «Los periodistas —escribe **Telexpress** también el 10 de abril (Federico Gallo)— hemos perdido hoy un colaborador desagradable pero encubridor y cómplice. De antemano, también rechazamos otros lápices más oscuros y sutiles. Queda sólo ahora nuestra pluma. Cuanto escribamos, mantenido sea por nosotros». (Palabras irónicas: pocas semanas después, el director de **Telexpress** abandonaba su cargo por presión directa de El Pardo bajo la influencia del arzobispo de Lérida a propósito de un editorial sobre «las nuevas inquisiciones». Ignacio Agustí, hombre débil, acabado, fiel por indigente, asumía la dirección). Pedro Gómez Aparicio, siempre tan prudente como mediocre, escribía en **La Hoja del Lunes** el 18 de abril: «Quizá el mayor peligro para una prensa libre sea la adopción de una actitud polémica que rebase los términos de la crítica serena y constructiva».

Las opiniones que se emiten acerca de la nueva ley son diversas e incluso contrarias; pero prevalece la satisfacción por haber sido reconocida legalmente una situación de hecho. El 20 de julio escribe editorialmente **Ya**: «Entre los efectos positivos de la nueva Ley de Prensa, creemos que debe mencionarse el cauce por ella abierto para que tengan expresión definida las corrientes políticas que existen y se mueven dentro del esquema actual de leyes fundamentales». Pero a continuación lamenta lo que considera una «tara paradójica de la vida española»: «la lucha, sorda o abierta, entre personas o grupos afines». Seguidamente **Ya** reconoce que «el área de los valores que unen en lo fundamental es forzosamente reducida». Y a continuación: «...por ello conviene ser cautos y un tanto minimistas en la definición de la tabla de los denominadores comunes».

Pero pocos han sido tan lúcidos en la constatación de la realidad contradictoria denunciada por la Ley de Prensa como Alvaro Alonso-Castrillo, perteneciente al cuadro rector del periódico **Informaciones**, quien en un artículo titulado «Sociedad en conflicto» (26 de mayo) escribía: «Hemos descubierto de repente, gracias a la nueva ley de prensa, que la sociedad española vive en situación de conflicto: antagonismos políticos, laborales, religiosos, lingüísticos y estudiantiles nos dividen. Después de treinta años de necesaria pero exagerada asepsia, nos habíamos acostumbrado a la imagen de un Juan Español despolitizado, amante del fútbol y de las quinielas... España no es diferente, no: como en todas partes, lo que al español le importa hoy es saber de qué manera se plantean y resuelven los perdurables antagonismos regionales; cuánto aceptan del edificio levantado por sus mayores las nuevas generaciones; dónde están, entre las demás naciones del mundo, nuestros amigos y enemigos; cómo luchan y se entienden defendiendo legítimamente sus intereses contrapuestos, obrero y empresarios, y bajo qué régimen político han de vivir nuestros hijos». El de Alonso-Castrillo es ya un lenguaje puramente neocapitalistas, libre de toda adherencia nacional-sindicalista. Sigue: «Una sociedad donde muchos catalanes y vascos hablarán con acento andaluz o extremeño, ciertos obreros irán a la huelga contra un Estado socializador rezando el Rosario, los empresarios acudirán a misa sólo si sienten fervor religioso, pero no por afinidad clasista, [...] He aquí el país auténticamente diferente que puede surgir de una serie sucesiva de conflictos autorreguladores bien encauzados, en que cada grupo social conseguirá anular, mediante sus propias ondas expansivas, las emitidas por otros. [Se trata de no perder] en la segunda mitad de nuestro siglo, la revolución social de la opulencia».



No se puede sintetizar mejor que lo ha hecho Alvaro Alonso-Castrillo —al analizar el significado de la ley del 9 de abril— las aspiraciones más inmediatas del neocapitalismo español, y el importante servicio que la ley acaba de prestarle.

## ¿Y la oposición?

La oposición, insistimos, sigue careciendo de voz. Sus minoritarios periódicos autorizados generalmente amparados por la izquierda católica —**Juventud Obrera, Serra d'Or, Signo, Mundo Social**— van cayendo bajo el hacha del artículo segundo. **Cuadernos para el diálogo** mantiene una línea sobria, impuesta por Joaquín Ruíz Jiménez. **Destino** y **Triunfo** continúan a la expectativa. La oposición quiere hacerse oír a través de declaraciones o entrevistas. Su palabra se apaga bajo el trueno de las rencillas institucionales, que llegan a cobrar tal envergadura que el propio **ABC** ha de sufrir las consecuencias. El 21 de julio, un artículo de Luis María Ansón que trata de saltar sobre el «espíritu del 18 de julio» para enlazar con el 13 de abril, da lugar a la retirada del periódico. (Se dice que fue el Ministro de Justicia, notorio partidario del Conde de Barcelona, quien ordenó el secuestro, al considerar vulnerado un pacto secreto por el cual **ABC** se había comprometido a no llegar demasiado lejos en el planteamiento de las reivindicaciones de la monarquía liberal). Una vez más, la oposición de izquierda corre el peligro de perder el autobús al perseverar inerte en el corazón de una realidad cambiante, al no saber adaptar su estrategia y su táctica a la nueva situación; al mostrarse torpe en la utilización de las contradicciones que han producido la ley de prensa y que la propia ley ha puesto a la luz del día.

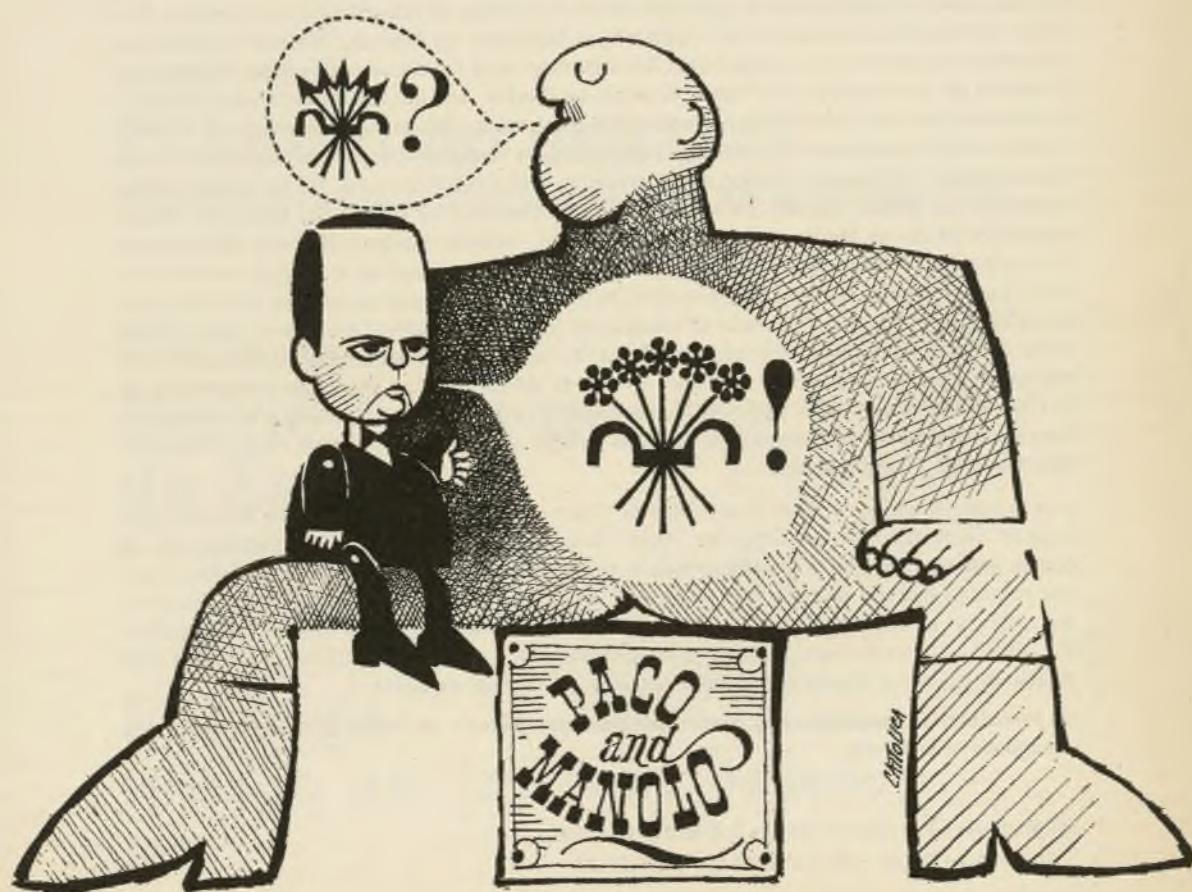
## Nota última

Resumamos, aunque sea con prisa, las apuntes más arriba desarrolladas. Tras cinco lustros de inmovilidad periodística, despolitización y opinión amordazada, las realidades socioeconómicas, protagonizadas por un neocapitalismo en plena ofensiva, fuerzan al Estado o promulgar una ley de prensa, cuyo contenido aparece condicionado por las todavía influyentes estructuras falangistas que se resisten a desaparecer bajo el embate de las nuevas corrientes económicas. La entrada en vigor de una realidad conflictiva y contradictoria al nivel mismo de las clases y capas que detentan el poder. La denuncia de esta realidad promueve en la sociedad española un proceso de concienciación bastante acusado ya; se crean, de este modo, nuevas condiciones políticas. La imperiosa necesidad de una renovación democrática aparece con gran vigor. Empieza a plantearse con bastante nitidez el propósito del gran capital español de abrir el cauce hacia una sociedad «integrada», «germanizada», con una libertad controlada y la lucha de clases ceñida a los límites económicos. Hay fuerte oposición, todavía, por parte de las viejas estructuras de poder. Las contradicciones se multiplican. Los periódicos reflejan las inquietudes de las distintas fuerzas. La dinámica social y política experimenta una gran aceleración.

Tal es el panorama a la luz de la problemática que medula estas notas. Un panorama favorable para la acción política de la izquierda, si ésta sabe atenerse a los hechos concretos, económicos, políticos y sociales que definen el actual momento español.



Caricatura de Cattolica





IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO  
JOSE MARTINEZ

# España hoy

La grandes líneas de la vida política y social española quedan marcadas por hechos —y exclusivamente por hechos— en las 512 páginas del libro, palpitantes, cargadas de actualidad.

**Índice de materias:** Presentación; **La concordia** (José Angel Valente); **I. El largo camino** (1939-1962); **II. Primavera 1962;** ¿Hacia el mercado común?; Conferencia de Roma por la libertad del pueblo español; Huelgas mineras; El gobierno, la oposición, la Iglesia; Huelgas metalúrgicas; Politización de la agitación social; La prensa internacional y las huelgas; Agitación en Cataluña: la Universidad; Agitación en Cataluña: las fábricas; Madrid y las huelgas de primavera; Madrid: los estudiantes; Intelectuales: tres cartas de solidaridad; Mujeres en la Puerta del Sol; Madrid: conflictos obreros; La Iglesia: una actitud de reserva prudente y de expectativa moderada; Situación actual del clero vasco; Agitación en el resto de España; La solidaridad internacional; ¿Qué han significado las huelgas?; Franco en Garabitas; El coloquio político del Munich; Franco en Valencia; La crisis del 10 de Julio; **III. La era de la liberalización;** La Iglesia después de las huelgas de primavera; La herejía del siglo XX; Represión después de las huelgas; El proceso Ormazábal; Agosto: huelga y lock-out en Asturias; La huelga de la « Siemens »; Ley de arbitraje de conflictos; ¿Qué es la huelga general política?; La « Operación Barcelona », maniobra de diversión; La subida general de salarios; Liberalizarse o morir; El caso Einaudi; El imperio de la ley en España; Terrorismo; Jorge Conill Valls; El cardenal Montini; Proceso de Varese; En la puerta del desarrollo económico; 1963: represión y terrorismo; Julián Grimau: el muerto de la paz; Las elecciones sindicales de la CNS; Franquismo 1962; ¿Se abre la sucesión?; La oposición: democracia o revolución; Represión y terrorismo; España: ¿el próximo milagro económico?; Asturias hace la historia; **Asturias 1963** (Serafín González).

Veinte poemas inéditos (Pere Quart, Blas de Otero, José Angel Valente, Gil de Biedma, José Agustín Goytisolo, Serafín González, Antón Salamanca...) constituyen **una antología de la poesía antifranquista en la España actual**; el texto va ilustrado con **más de 200 dibujos**. Especial mención merece la serie de caricaturas de Franco, obra de los más diversos autores, que recorre el libro en una simbólica omnipresencia. **Un abundante material fotográfico** (64 planchas fuera de texto) aporta la imagen plástica de los acontecimientos políticos más recientes así como de las constantes sociales de la vida española.

Un **inventario de asociaciones y grupos políticos españoles** y un índice de fuentes utilizadas completan el volumen.

512 páginas - 230 ilustraciones - 3 gráficos en color -  
7 gráficos en negro - 64 planchas fuera de texto

36 F



**Colección España contemporánea**

En esta colección Ruedo Ibérico publica textos sobre problemas de tipo político, social y cultural de las épocas que constituyen el antecedente inmediato al momento actual español. La selección de las obras incluidas en esta colección obedece a un criterio amplio y no está determinada por ningún partidismo previo.

**HUGH THOMAS**

## **La guerra civil española**

600 páginas - 30 mapas

27 F

**GERALD BRENAN**

## **El laberinto español**

**Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil**

330 páginas - 9 mapas en colores

24 F

**MIJAIL KOLTSOV**

## **Diario de la guerra de España**

500 páginas - 141 documentos fotográficos

33 F

**STANLEY R. PAYNE**

## **Falange** **Historia del fascismo español**

276 páginas

24 F



Editions Ruedo ibérico

Depôt légal: numéro 34; quatrième trimestre 1966

Tipografía Toso. Torino

Imprimé en Italie

# España hoy

## La guerra civil española

## El laberinto español

Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil

## Diario de la guerra de España

## Falangismo

## Historia del fascismo español







**horizonte  
español**

**1966**

**Tomo II**

**ideologías** ■ **luchas obreras** ■ **política**  
**sociedad** ■ **emigración** ■ **opinión pública**  
**nacionalidades** ■ **economía** ■ **sindicalismo**  
**iglesia** ■ **plan de desarrollo** ■ **prensa**  
**relaciones exteriores** ■ **turismo** ■ **oposición**  
**enseñanza** ■ **agricultura** ■ **liberalización**  
**opus dei** ■ **luchas estudiantiles** ■ **exilio**  
**oligarquía** ■ **mercado común** ■ **socialismo**



Ayuntamiento de Madrid

**Ruedo ibérico**